
CIUDAD de las ROSAS
de Kip Manley
VOL. I
“DESPIERTA…”

Créditos

Ciudad de las Rosas Vol I: "Despierta..."

thecityofroses.com

longstoryshortpier.com

Traducción y edición: Artifacs, nov-2019.
artifacs.webcindario.com
Diseño de Portada: Kip Manley.

Una Introducción

A finales de los noventa pasé mucho tiempo caminando de un lado a otro, entre una oficina en "Park" (entre Washington y Alder) y un apartamento al lado de lo que eventualmente se convertiría en la casa de Robin Buenamigo, en la esquina de esa casa verde brillante con columnas blancas donde iba a vivir la Reina. Y muchas de esas veces, cuando regresaba al apartamento desde la oficina, era medianoche, era la una de la mañana, eran las dos. La ruta que tomaba para evitar el concurrido (incluso a esa hora) "Burnside" me llevaba atravesar lo que apenas comenzábamos a llamar burlonamente "la Perla" (a través del corazón de lo que algún día se convertiría en los "Bloques de la Destilería") cuando todo estaba quieto y, ya sabe, en una *destilería* y a medianoche, incluso una o dos líneas de botellas de vidrio tintineaban una contra la otra en una cinta transportadora, que se extendía por encima de la calle, desde una etapa del proceso de elaboración de cerveza en ese anónimo edificio de metal corrugado blanco de allí, hacia la siguiente etapa del proceso en ese otro anónimo edificio de metal corrugado blanco de allá. Y en algún lugar al lado de aquel edificio hace mucho tiempo desmantelado estaba aquello, que no sé cómo se llama, donde la línea de alimentación principal entra y baja por la pared exterior en una especie de tubería que termina en varios cuernos curvados hacia arriba de los cuales brota una maraña de cables mucho más finos que se ramifican para llevar la corriente de aquí para allá a través del edificio. Y a veces hay uno que ya no está en uso, o no lo está todavía, donde no brotan cables, sólo esos cuernos, vacíos, doblados hacia arriba, esperando. Y pasando una noche (o de mañana temprano), con las botellas tintineando por encima de la cabeza, los vi y me detuve y me dije a mí mismo, dije *serpientes*, dije *pitones*, dije *oráculo*...

... y allí estaba ella, de repente, surgió plenamente, si es que no se tranformó finalmente en el resplandor rosa anaranjado de la farola: una chica de aspecto a lo Lori Petty con cabello de punta amarillo y gafas subidas sobre la frente y vaqueros negros y una camiseta blanca con las mangas arrancadas que decía... no sé, ¿quizá «The Rodney Clock»? Y zapatillas Chuck Taylors diferentes, con cinta

adhesiva en una punta del pie, y una mano enguantada apoyada en la cadera y un reluciente bate de béisbol en la otra, y estaba mirando esos cuernos, y obviamente esperaba que se movieran y giraran y *hablaran* con ella...

Nuestra protagonista, Jo Maguire, damas y caballeros.

Ah, el bate de béisbol se cambió bastante pronto por una espada real, y Guthrie se quedó la camiseta; las gafas fueron para mi propia iteración de Esos Dos Tipos, los señores Charlock y Keightlinger (aunque hacen cosas diferentes de lo que hacían entonces). Roland se quedó los guantes. Le di mi pelo a Becker, aunque es mi pelo de entonces, no mi pelo de ahora; así como el Duque bebe la cerveza que yo bebía en ese momento; y así como el Danmoore Hotel sigue en pie, y todavía hay un restaurante indio en el Templo Masónico, y la tienda "Macy's" nunca llegó a la ciudad, y Henry Weinhard nunca se fue, y esas botellas todavía tintinean por encima a todas horas. Pero algunas cosas son para siempre: la uña de mi dedo gordo del pie izquierdo sigue siendo una cosa rizada gris muerta, así que se la di a Jo, para castigarla.

Y todo aquello se inventó de nada más que palabras sobre palabras: palabras provocadas y sugeridas, oídas y robadas a Emma Bull y Ellen Kushner y Peter Beagle, John Crowley y Joanna Russ y Joss Whedon, Patricia McKillip y William T Vollmann, John D. MacDonald y Cristo, no lo sé, pero también: palabras apoyadas por Lisa Spangenberg y Barry Deutsch, elegidas por y rebotadas de Nick Fagerlund y Brenna Zedan, adorables y adoradas por Jenn Manley Lee y Taran Jack, palabras que posiblemente no podrían soportar la deuda que tienen ni contener su gratitud. Y sin embargo: aquí estamos.

- Kip Manley
Portland, Oregon
2003 - 2011

(¿Ysabel? Venga ya. Eso sería contar un secreto.)

Ciudad de las Rosas

VOL I: "Despierta..."



Kip Manley

N° 1: Prolegómeno

Cuando Suena el Teléfono / Lo Que Se Necesita

Cuando suena el teléfono, las arrugadas mantas se sacuden y retuercen y escupen una mano. La mano busca a ciegas, encuentra el despertador y le da al botón de «Snooze». El teléfono vuelve a sonar. Aparece una cabeza, parpadeando, aturdida. El cabello es rubio recortado cerca del cráneo, con un par de mechones largos aquí y allá, teñidos de negro, lacios. El teléfono vuelve a sonar. Ella se echa sobre él, medio cayendo del futón, agarra el auricular. "Qué", grita.

"Frankie", continúa ella. Agarra el despertador. "Frankie. ¿Tienes idea de qué hora es? Son..." mirando fijamente el reloj, frunce el ceño"...son las once menos cuarto. Joder."

"Bueno, la alarma de mi despertador no ha sonado. Yo..."

"Frankie, tendría que tomar un autobús, llegaré tarde como..."

Mientras escucha la alegre voz al otro lado de la línea, rebusca entre la basura del correo sin abrir y la ropa desechada junto al futón, y saca un arrugado paquete de cigarrillos. "De acuerdo, de acuerdo". Lo agita. Está vacio. "Deja que... sí, Frankie."

“Sí."

"He dicho que lo haré, maldita sea".

Jo Maguire cuelga el teléfono, se pone la cara entre las manos y respira hondo por la nariz. "Joder", dice.



Está lloviendo. Bajo el refugio de la parada de autobús, ojos medio cerrados, apoyada contra el marco, Jo tose finamente en un puño y lo mete de nuevo en el bolsillo de su desgastada chaqueta verde excedente del ejército. Una de sus Chuck Taylor es negra y la otra es blanca y la punta del pie está sujeta con cinta adhesiva. Viste pantalones caqui recortados bajo la rodilla sobre mugrientos y antaño blancos leotardos «longjohns». No lleva sombrero.

En la ventana del salón detrás del refugio hay un enorme cartel lleno de una tenue luz acuosa que ni es verde ni azul. Una desnutrida modelo envuelta en una toalla blanca flota en el medio y no parece supremamente preocupada por nada en particular. Su cabello rojo dorado se extiende detrás de ella y por encima de ella, la única fuente de calor. Sobre ella hay reunidas pilitas emblemáticas de esto y aquello, una ramita de algo herbal, un montón de algo como tiza, un charco de pasta del color de la melaza, virutas de alguna raíz amarillenta o arcilla. Bajo sus suspendidos pies, palabras gotean con agua fotografiada: «Reinterpreta el día libre».

Un autobús número quince se detiene en la parada. Excavando en su cavernoso bolsillo en busca de cambio, Jo se agacha bajo la lluvia y sube.



Es un complejo de apartamentos de treinta años, pequeño, tal vez ocho unidades en dos edificios de dos plantas que forman una tosca U alrededor de un pequeño bolsillo de aparcamiento mal asfaltado. Revestimiento amarillo y ribetes pelados marrones y un letrero que dice «El Bedevere» en letras descoloridas del Viejo Oeste. Jo esquiva un torrente de una bajante de agua rota y camina penosamente por un tramo de escaleras en voladizo hasta un apartamento del segundo piso. La puerta se abre de golpe casi en cuanto llama.

"¿Y bien?", dice el tipo flaco con cabello oscuro hasta los hombros.

"Estoy aquí, ¿no?", dice Jo.

"Sí, pero quizá quieras entrar fuera de la lluvia."

Dentro está oscuro. Una de esas ubicuas lámparas halógenas permanece apagada en la esquina con un ligero ángulo. Hay un viejo sofá de vinilo como sacado de la sala de espera de un dentista y una capa de platos sucios y cajas de comida para llevar en la alfombra frente a él. "Hey, um", dice el flaco pateando una botella vacía de 2 litros, "Odio preguntar pero, ¿te puedo pedir un cigarrillo?"

"No me quedan", dice Jo en el umbral de la puerta.

"No te quedan". Su voz es plana, su cabeza se inclina para lanzarle una mirada de reojo.

"Sí, Frankie, se me acabaron anoche y no he tenido oportunidad de comprar más porque he tenido que cruzar corriendo toda la ciudad para averiguar qué demonios querías y..."

"Jesús", dice Frankie, "ah, jesús, Jo, no quise decir que tenías que salir corriendo, quiero decir, podrías haber tomado un café o algo..."

"Oh. Gracias".

"...o comprar algunos cigarrillos, ya sabes, quiero decir, no es *tan* importante... Y estoy intentando dejarlo de todos modos, ¿sabes? Quizá sea mejor así, ¿sabes? Quizá deberías, quizá pensar en ello también, yo...”

"Tengo que estar en el trabajo en diez minutos. Lo cual es una imposibilidad física desde este lado del río. ¿Podemos acelerar esto?”

Frankie aparta la mirada. "Yo, eh. Me han despedido. Hace una semana, una semana y media".

La lluvia suena fuerte con la puerta abierta.

"Ese ya no es exactamente mi problema", dice Jo.

"No seas", dice Frankie, "no seas así. Los últimos días, ¿vale?, he estado probando, ¿sabes? Llamar a gente y mirar algo, pero... bueno, ha sido difícil, y yo es que..."

"Frankie", dice Jo. "Simplemente para".

“¿Qué?”, dice Frankie.

Jo aparta la mirada cuando él se gira allí en la penumbra para encararla. Jo tiene las manos en los bolsillos. Respira hondo.

"¿Parar qué?", dice Frankie.

Ella deja escapar el aliento, desinflada. "¿Qué es lo que quieres, Frankie?"

Él suelta una risita como si fuera demasiado esfuerzo molestarse en terminar. “¿Qué?, ¿que qué quiero? Quiero que las cosas sean como antes, ¿sabes?", sus manos se alzan en dos arcos delante de su rostro, sus dedos dibujan un pequeño estallido de estrellas en el aire, puuf. “Y tal vez sólo fueron así durante diez minutos, quince minutos, pero aún así. Quiero.... yo...", sus manos caen a los lados, sus hombros se desploman. “Quiero muchas cosas. Lo que necesito es... lo que necesito son cincuenta pavos, ¿sabes?"

Sus ojos en los de ella, los de ella en los de él. La lluvia cayendo. Ella es la primera en apartar la mirada.

Él sonríe. Un poco. Suficiente para sacar un hoyuelo, allí y allí.



Apoyada en el lateral de la parada de autobús en Morrison con la 20, una pared de vegetación detrás de ella, la lluvia constante. Saca la mano del bolsillo y sacude la manga de la chaqueta para poder mirar el reloj. 11:35.

"Mierda", dice Jo.

Apoya la cabeza contra el rayado plexiglás. Cierra los ojos.

Que es cuando se detiene la lluvia. Cuando ella abre los ojos, frunciendo el ceño, la luz comienza a parpadear, un poco, como si... como si las nubes de arriba, el bajo y sólido techo gris lácteo, todo eso estuviera despejando, alejándose, una película a cámara rápida. De pie, ceñuda, agacha la cabeza y mira hacia arriba. Su cabello brilla. Una gruesa gota de agua cae en su hombro inadvertida, empapa, un borrón oscuro.

Un hombre bajito con un traje seco de algodón color menta viene caminando por Morrison, silbando sin melodía, mete la mano en su chaqueta y saca un paquetito envuelto en celofán con un círculo rojo brillante. Tiene las mejillas rojas, un grueso bigote marrón y un estival sombrero de paja de ala ancha. Jo lo mira, su boca enmarca

una palabra que aún no está pronunciando mientras él sacude hábilmente el paquete una vez. Un par de cigarrillos salen en firme y él saca uno, se lo ofrece a ella con una pequeña y cortés reverencia, una exagerada caída de la cabeza.

"Yo, eh. Gracias", dice Jo y, tras un momento, se estira para aceptarlo. Ella sonríe. Es estrecho, color blanquecino marfil y sin filtro. Ella se lo lleva a la nariz para olerlo. "Es bueno", dice ella. "Tiene aroma. ¿Qué es...?"

Pero el hombre del traje de algodón de color menta no está allí.

Ella mira hacia a un lado y al otro de Morrison, sale hasta la esquina para mirar por la 20. La luz del día está cambiando de nuevo, reenturbiándose. La película se reproduce a la inversa cuando cae una gota de lluvia sobre el charco que ahoga la alcantarilla superada, y luego otra y otra y otra. Jo vuelve corriendo bajo la parada de autobús. Riendo. La lluvia cae como si nunca se hubiera detenido.

Una Estrecha Oficina / Una Promoción No Deseada / Esperando, Observando

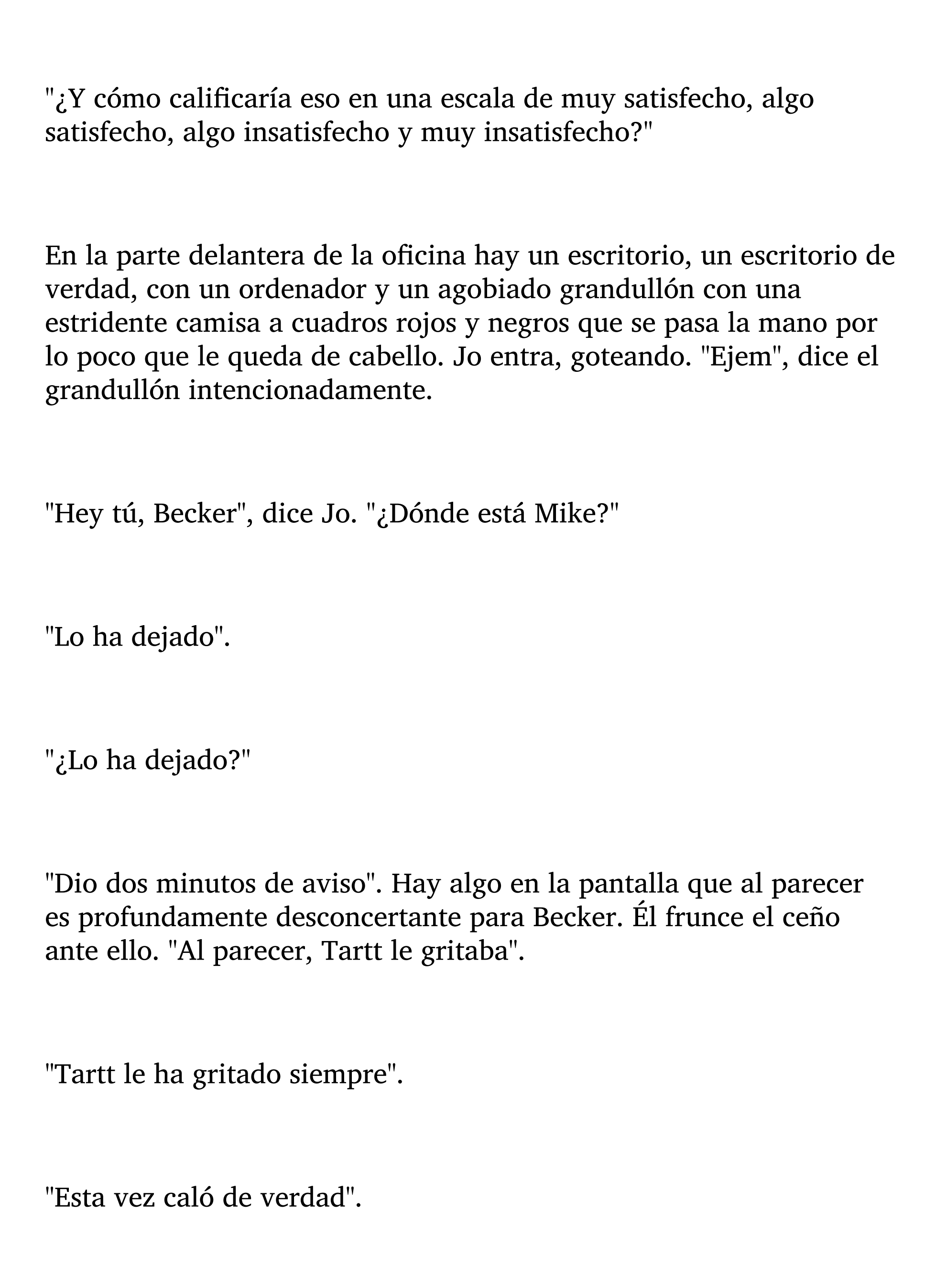
Una estrecha oficina en el sexto piso de un edificio en la parte oeste del centro de la ciudad tiene paredes crema indeciso interrumpidas por escritorios-cubículo Kelly Green, un par de docenas de ellos colocados junto a largas mesas plegables frente a aquella pared y la otra posterior. Cada una de las mesas tiene suficiente espacio para una pantalla de ordenador, un teclado, un teléfono. Hay quizá treinta ordenadores y casi todos los asientos están ocupados.

"¿Hay alguien en casa con quien *pueda* hablar? ¿Tu madre o tu padre, tal vez?"

La pared frontal tiene un tablón de anuncios y una entrada a la cocina de la oficina, asombrosamente blanca: formica y linóleo y luces fluorescentes, refrigerador y horno microondas con tirador blanco.

"¿Alguien en su casa trabaja para un banco, una compañía de seguros, una compañía de servicios financieros o una empresa de investigación de mercado?"

La otra pared lateral, la que no tiene una hilera de mesas, escritorios y teleoperadores, tiene un par de altas ventanas y, a través de ellas, más allá de los últimos escollos de los altos edificios del centro, mayormente de ladrillo viejo, un hotel restaurado, un bloque de apartamentos de nueva construcción que pende sobre el barranco de la carretera, más allá de todo eso están las colinas del Oeste, repentinamente cerca, empapadas entre fragmentos de nubes bajas de lluvia como algodón gris turbio.



"¿Y cómo calificaría eso en una escala de muy satisfecho, algo satisfecho, algo insatisfecho y muy insatisfecho?"

En la parte delantera de la oficina hay un escritorio, un escritorio de verdad, con un ordenador y un agobiado grandullón con una estridente camisa a cuadros rojos y negros que se pasa la mano por lo poco que le queda de cabello. Jo entra, goteando. "Ejem", dice el grandullón intencionadamente.

"Hey tú, Becker", dice Jo. "¿Dónde está Mike?"

"Lo ha dejado".

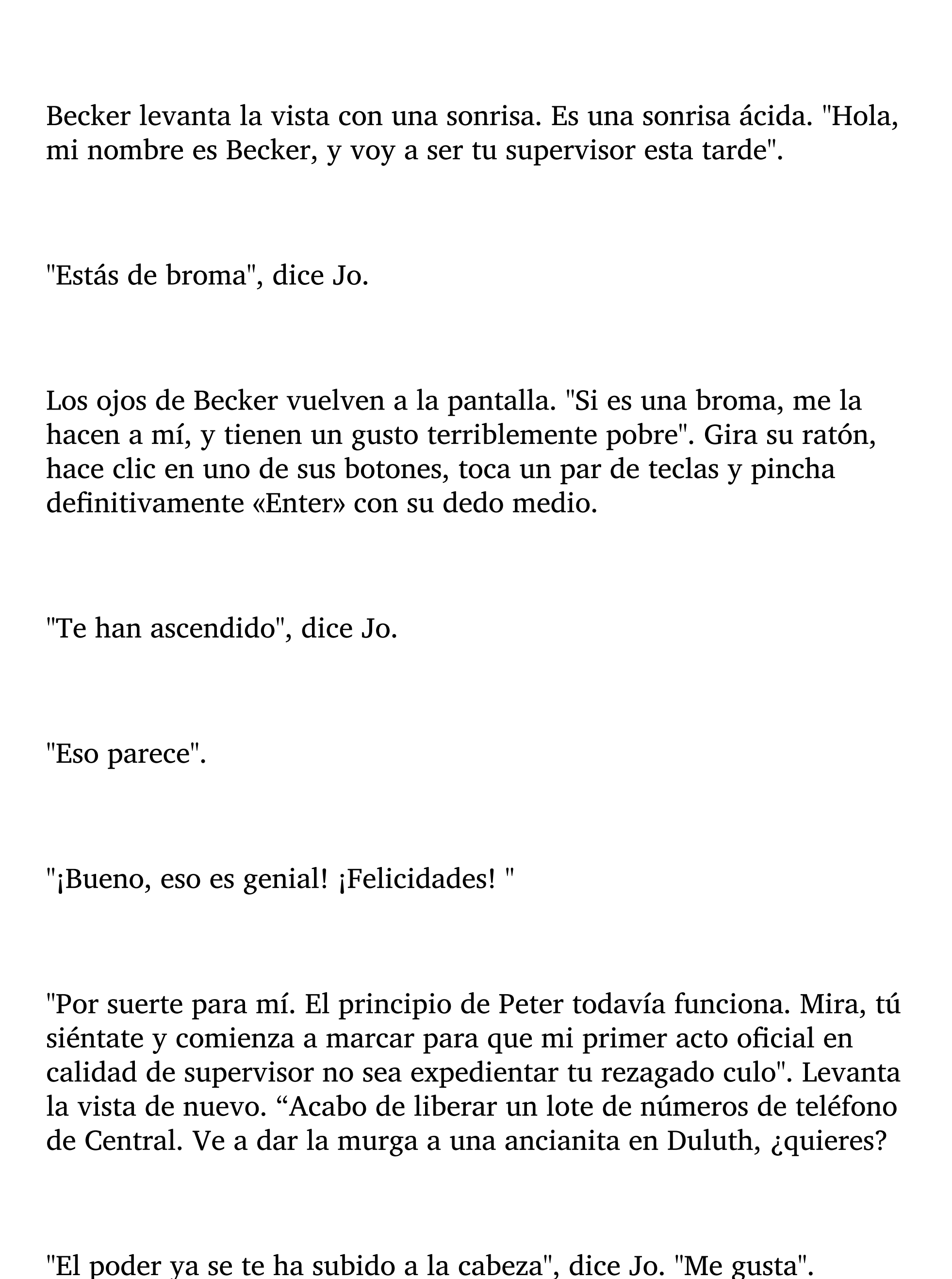
"¿Lo ha dejado?"

"Dio dos minutos de aviso". Hay algo en la pantalla que al parecer es profundamente desconcertante para Becker. Él frunce el ceño ante ello. "Al parecer, Tartt le gritaba".

"Tartt le ha gritado siempre".

"Esta vez caló de verdad".

"Lo cual", dice Jo, "no explica por qué *estás tú* sentado en el asiento importante".



Becker levanta la vista con una sonrisa. Es una sonrisa ácida. "Hola, mi nombre es Becker, y voy a ser tu supervisor esta tarde".

"Estás de broma", dice Jo.

Los ojos de Becker vuelven a la pantalla. "Si es una broma, me la hacen a mí, y tienen un gusto terriblemente pobre". Gira su ratón, hace clic en uno de sus botones, toca un par de teclas y pincha definitivamente «Enter» con su dedo medio.

"Te han ascendido", dice Jo.

"Eso parece".

"¡Bueno, eso es genial! ¡Felicidades! "

"Por suerte para mí. El principio de Peter todavía funciona. Mira, tú siéntate y comienza a marcar para que mi primer acto oficial en calidad de supervisor no sea expedientar tu rezagado culo". Levanta la vista de nuevo. “Acabo de liberar un lote de números de teléfono de Central. Ve a dar la murga a una ancianita en Duluth, ¿quieres?

"El poder ya se te ha subido a la cabeza", dice Jo. "Me gusta".

"Cállate y marca", dice Becker.

Jo encoge los hombros para quitarse el abrigo y lo cuelga en el respaldo de una silla vacía. La gira para poder sentarse a horcajadas y apoyar los codos en el respaldo. Carga la encuesta en el ordenador. Mientras surge el primer número de teléfono, se coloca los auriculares del teléfono en las orejas y ajusta el micrófono. Respira hondo.

"Se lo aseguro, señora", dice un joven flaco a su lado con un grueso pegote de rímel en el rabillo del ojo izquierdo, sus ásperas y nudosas manos con uñas de esmalte negro y relucientes anillos de plata y... ankhs, cráneos, cabezas de serpiente, dados... "todo lo que diga se mantiene en la más estricta confidencialidad". Su voz es profunda y sedosa, suave y gentil como su sonrisa, su leve asentimiento de saludo a Jo. Su camiseta negra de letras blancas dice «Necrofílica ME». “Su número de teléfono se generó al azar. Ninguna información financiera que recopilamos se asocia de manera alguna con su nombre y dirección, los cuales ni siquiera sabemos ni le pedimos".

Jo marca el primer número en su teléfono.

"Buenas noches", dice ella en su micrófono. “Mi nombre es Jo Maguire. Llamo de Asociados Barshefsky, una empresa independiente de investigación de mercado. No vendemos nada. Sólo me gustaría hacerle algunas preguntas a la persona del hogar que toma la mayoría de las decisiones financieras".



"Uno cree que sabe lo que está pasando", dice Becker. "Crees que lo tienes controlado". Están sentados a la mesa del fondo, bajo el

balcón junto a las máquinas de video póker. La máquina de discos está cantando sobre esos extraños que pasan por tu puerta y te cubren de acción y te piden una más. "Quiero decir", dice Becker en voz alta, "sí, vale, estás más que cualificado, pero eres menos que ambicioso. Pones la mínima cantidad de esfuerzo. Llamas diciendo que estás enfermo lo suficiente para poder engañarte a ti mismo y decir que en realidad no haces esto para, para *ganarte la vida*. Que en realidad estás en una fase de tu vida o que te estás buscando a ti mismo, o trabajando en tu libro o montando una banda o qué coño sé. Que sólo es una estación de paso. Pero. Pero. No la jodes lo suficiente como para darles una excusa para *despedirte*, Dios lo sabe, porque no puedes permitirte perder esta... este *trabajo* y haces esto, sigues las normas, de cheque en cheque, eres el epítome de la mediocridad, y ¿qué es lo que tienen el descaro de hacer? "

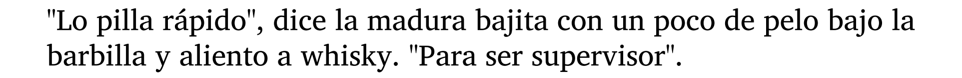
"Ascienden tu culo a supervisor", dice Jo.

"Ascienden mi culo a supervisor", dice Becker. "¿Por qué? ¿Por qué a mí?

"Están rascando el fondo del tarro", dice el joven flaco con todos los anillos vertiendo una tercera cucharada de azúcar en su café.

"Quizá", dice Jo, "Tartt cree que ya conoces todos los trucos, así que estás listo para lo que sea que el resto de nosotros intente hacer".

La cara de Becker se detiene contemplativamente. "Tartt no es tan inteligente", dice. "¿O sí? ¿Crees que...?" Se golpea la frente. "Mierda. Y aquí estamos todos borrachos y vosotros vais a llamar mañana diciendo que estáis enfermos esperando a que yo os cubra".


"Lo pilla rápido", dice la madura bajita con un poco de pelo bajo la barbilla y aliento a whisky. "Para ser supervisor".

"*No estoy* borracho", dice el joven flaco con todos los anillos.

"Cállate", dice Becker.

"No lo *haré*," dice una mujer en voz tan alta que todos levantan la vista. Está saliendo de la cabina junto a las máquinas de video póker, con zapatitos negros pisando torpemente al final de largas medias grises perladas hasta un pequeño vestido con tono champiñón grisáceo con dobladillo de encaje amarillento. El cabello negro brillante de ingeniosos rizos se balancea mientras alcanza su abrigo.

"Siéntate", dice quien sea que sigue todavía sentado en la cabina, y ella aparta la mirada, suspira y luego se sienta.

"Joder", dice el flaco apreciativamente, y luego, dándose cuenta de golpe, mirando a Jo, "*Ouh*". Jo le sonríe por encima del borde de su vaso. "Hablando de eso", dice el flaco, "me debes una cena".

Jo apura lo último de su ron con Coca-Cola y golpea la mesa al bajar el vaso. "Mantén ese sueño vivo", le dice inclinándose hacia adelante, echando la silla hacia atrás.

"No te *irás*", dice Becker.

"Baño", dice Jo de pie. Sonrie. "No estoy lo bastante borracha para tener una resaca épica mañana".

"Cómo sois", dice Becker, y suspira fuertemente.

Jo resopla una carcajada y se aleja de la mesa. Al girar, choca con la mujer de champiñón, que ha salido de su cabina. "Vaya", dice Jo, extiende la mano para agarrar la parte superior del brazo de la mujer al tropezar. "Uooaa".

El hombre que sale de la cabina no es alto pero es larguirucho, con un elegante chándal verde que revolotea cuando su largo brazo coloca rápidamente una mano, dentro de un guante de ciclista, en el pecho de Jo. El hombre se inclina para dar un empujón que envía a Jo girando como una peonza hacia la mesa de atrás.

"¡Oye!", ladra Becker al tiempo que el flaco echa su silla hacia atrás, poniéndose en pie.

"No lo hagas", dice el larguirucho con el chándal verde. Su voz es fina, aflautada. Es joven, aunque su cabello es blanco plateado y muy corto. Tiene gafas de sol verdes con lentes dentadas y deportivas, subidas por encima de la frente. Auriculares azul y blanco le cuelgan del cuello. "No la toques".

“¿Qué coño?”, espeta Jo sacudiendo la cabeza.



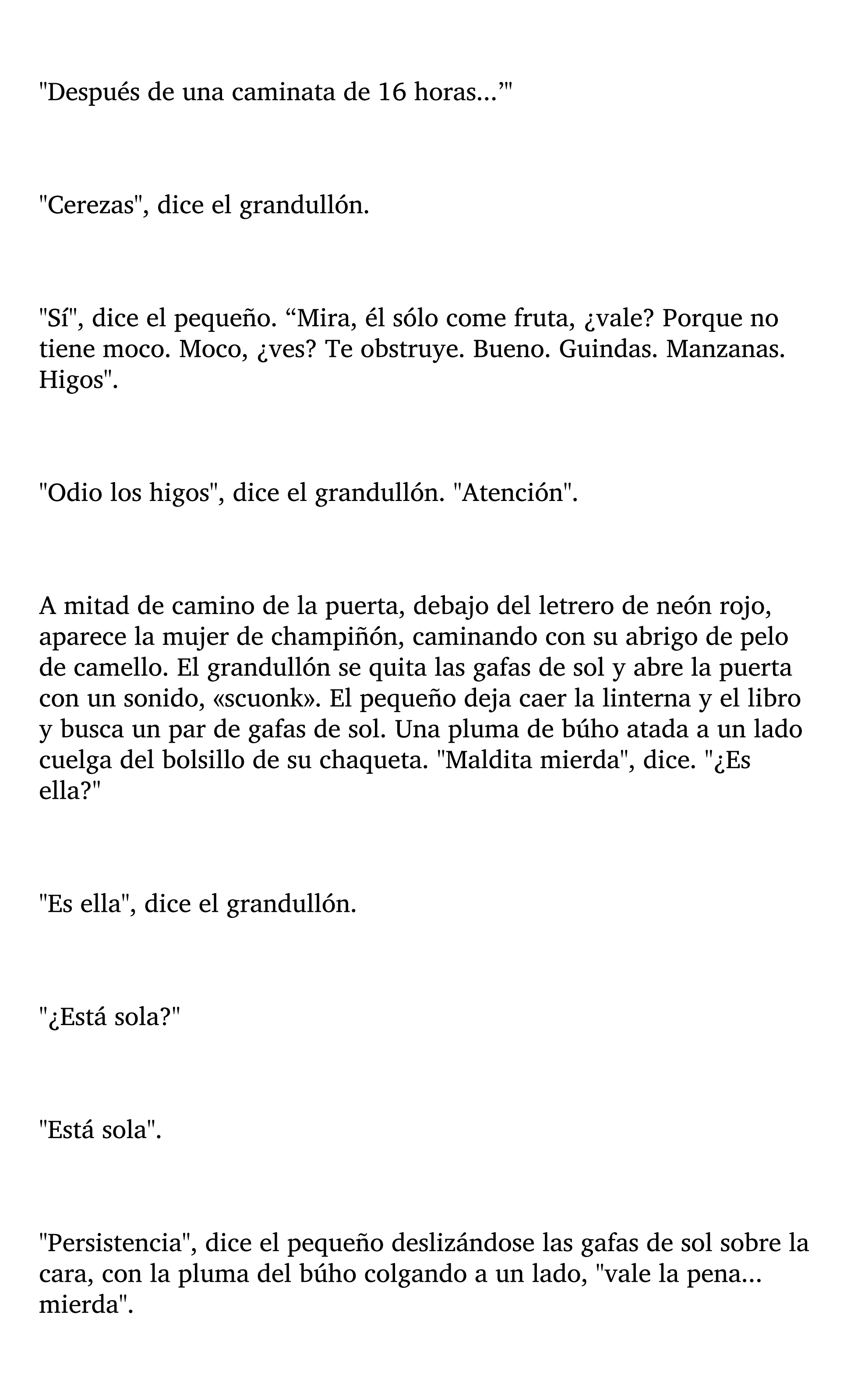
"Mira", dice el bajito del traje oscuro. Sostiene una linterna y un libro con un hombre del siglo XIX en la portada, de bigotes puntiagudos y ojos ridículamente hipnotizantes. "Tu problema es tu dieta".

"En serio", dice el grandullón del traje oscuro. Está sentado detrás del volante.

"Sí", dice el pequeño sentado en el asiento del pasajero. El poco cabello que tiene es gris, lacio, agrupado alrededor de sus orejas y luchando en vano para lanzar un rizo casi con precisión a medio camino entre su frente y la parte superior de su cráneo. “La mucosidad y esas cosas. Se acumula a partir de tu dieta. Carnes, panes y otras cosas, se pone todo, ya sabes... Pegajoso. Moco. Atasca todo el sistema de tuberías del cuerpo humano".

El grandullón tiene la barba del color de los muebles de caoba, lo suficientemente tupida como para enterrar el nudo de su fina corbata negra. La mayor parte de su cabello se tensa tras la cinta de cuero que lo estira en un torpe palo de coleta. "Moco", dice. Lleva gafas de sol negras clásicas. La lente izquierda está llena de arácnidas palabras pintadas con tinta blanca.

"Escucha esto". El pequeño pasa un par de páginas del libro que no tiembla tanto como vibra, casi redobla en sus manos nerviosas. “Hicimos un viaje por el norte de Italia, caminando durante 56 horas seguidas sin dormir ni descansar ni comer, sólo beber. Esto, después de un ayuno de siete días y luego sólo una comida de un kilo de cerezas... Uh ..." Pasa la página, la recorre con un dedo.



"Después de una caminata de 16 horas...’"

"Cerezas", dice el grandullón.

"Sí", dice el pequeño. “Mira, él sólo come fruta, ¿vale? Porque no tiene moco. Moco, ¿ves? Te obstruye. Bueno. Guindas. Manzanas. Higos".

"Odio los higos", dice el grandullón. "Atención".

A mitad de camino de la puerta, debajo del letrero de neón rojo, aparece la mujer de champiñón, caminando con su abrigo de pelo de camello. El grandullón se quita las gafas de sol y abre la puerta con un sonido, «scuonk». El pequeño deja caer la linterna y el libro y busca un par de gafas de sol. Una pluma de búho atada a un lado cuelga del bolsillo de su chaqueta. "Maldita mierda", dice. "¿Es ella?"

"Es ella", dice el grandullón.

"¿Está sola?"

"Está sola".

"Persistencia", dice el pequeño deslizándose las gafas de sol sobre la cara, con la pluma del búho colgando a un lado, "vale la pena... mierda".

"Le he visto".

La puerta bajo el letrero de neón rojo se abre y, a media carrera tras la mujer, aparece el hombre larguirucho del chándal verde.

"Maldición", dice el pequeño, con una mano aparta la pluma de búho de la mejilla.

"¿Un caballero?", dice el grandullón, volviendo a entrar en el coche.

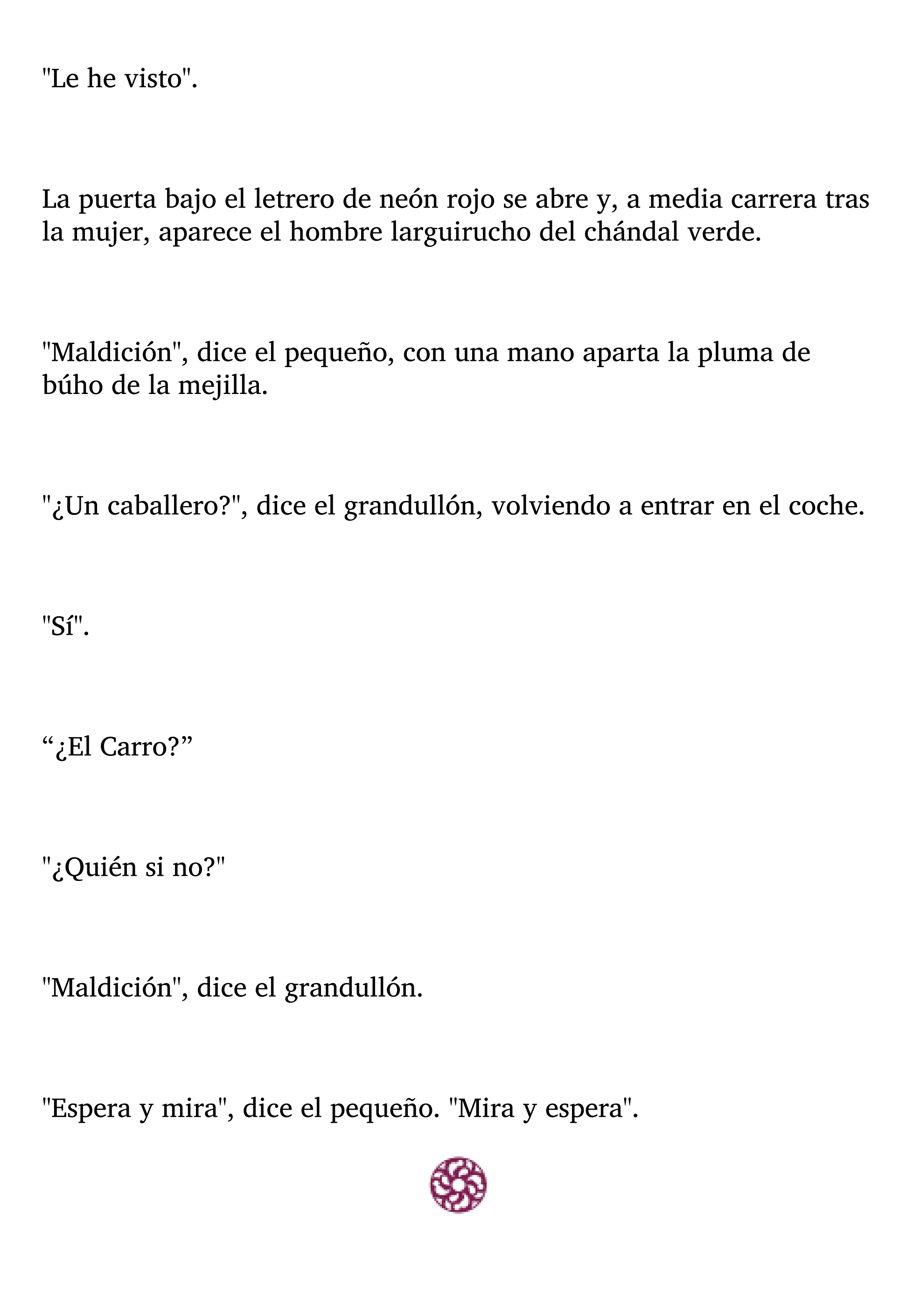
"Sí".

“¿El Carro?”

"¿Quién si no?"

"Maldición", dice el grandullón.

"Espera y mira", dice el pequeño. "Mira y espera".



La puerta debajo del letrero de neón rojo se abre una vez más y sale Jo Maguire, Becker pisándole los talones, el joven flaco cierra la retaguardia.

A medio camino hasta la esquina, la mujer de champiñón es detenida. Las manos con guantes de ciclista del hombre están sobre ambos hombros, apretadas debajo del chal de zorro falso del abrigo de la mujer. "Esto no es de su incumbencia, señorita", dice él. Ambos están mirando a Jo, quien dice: "Acabo de hacer que sea de mi incumbencia".

"Jo va a conseguir que nos pateen el culo, ¿verdad?", dice el flaco.

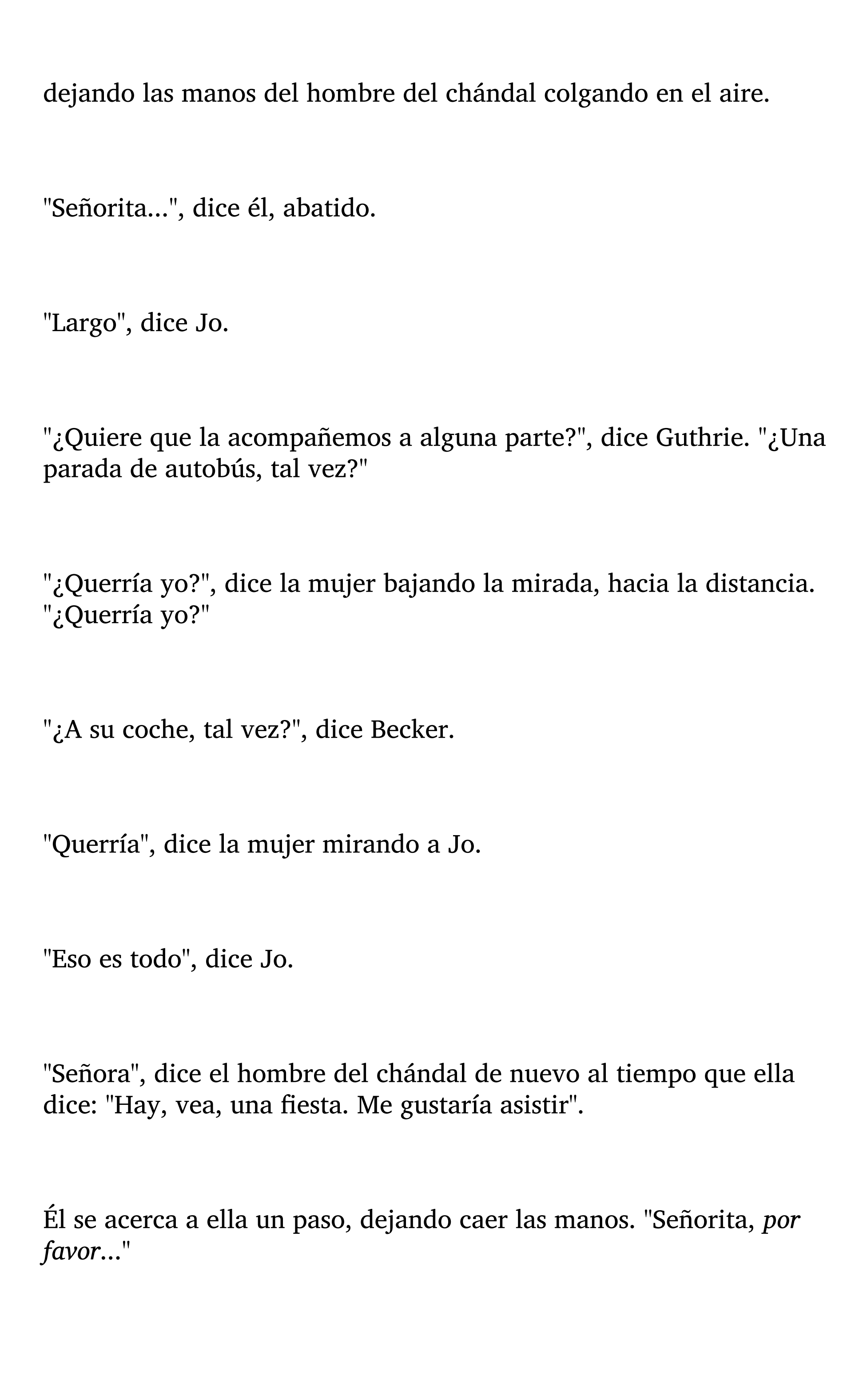
"Cállate, Guthrie", dice Becker.

"No lo entiende", comienza a decir el hombre del traje. Las rayas plateadas que bajan por sus mangas y pantalones brillan ultraterrenalmente a la luz rosa anaranjada de la farola. Lleva zapatillas extravagantemente hinchadas, atadas y reforzadas con parches, impecablemente blancas.

"Lo entiendo muy bien", dice Jo. "Ella dijo *No*. Y ya está. Se acaba ahí. Dejas que se vaya. Te marchas".

"¿Este tipo la está molestando? ¿Lo más mínimo?", dice Becker a la mujer.

"Sí", dice ella simplemente, y se aleja marcha atrás por la acera



dejando las manos del hombre del chándal colgando en el aire.

"Señorita...", dice él, abatido.

"Largo", dice Jo.

"¿Quiere que la acompañemos a alguna parte?", dice Guthrie. "¿Una parada de autobús, tal vez?"

"¿Querría yo?", dice la mujer bajando la mirada, hacia la distancia. "¿Querría yo?"

"¿A su coche, tal vez?", dice Becker.

"Querría", dice la mujer mirando a Jo.

"Eso es todo", dice Jo.

"Señora", dice el hombre del chándal de nuevo al tiempo que ella dice: "Hay, vea, una fiesta. Me gustaría asistir".

Él se acerca a ella un paso, dejando caer las manos. "Señorita, *por favor...*"

"Por supuesto", dice Jo mirando al hombre del chándal.

"Tendríamos que caminar", dice la mujer de champiñón. En los escaparates de la joyería, detrás de sus huevos engarzados fantásticamente, brillan, verdes y rojos duros, dorados impetuosos, en los brillantes rayos duros de pequeños focos. "Está hacia el Noroeste... diez, quince minutos de distancia. Si alguno... o todos... ¿de ustedes quisieran venir?”

"Yo, eh", comienza a decir Becker, mientras la mujer le sonríe y le dice: "Insisto. Para agradecerle su caballerosidad.

"Nos encantaría", dice Jo. Sus ojos todavía están en el hombre del chándal, que ahora retrocede con las manos a los costados. Guthrie se encoge de hombros.

"Que le follen", dice Becker, mirando su reloj. "Mañana *me pongo* enfermo".

“Se equivoca, Milady, al hacer esto”, dice el hombre del chándal. "Pero la acompañaré".

"No. Si *Milady* no quiere que lo hagas, no lo harás", dice Jo.

“Su madre ha...”, comienza a decir el hombre del chándal cuando la mujer dice, “Puede acompañarnos. No me importa".

"No puedo apartarme de su lado", dice él mirando atrás hacia los coches estacionados a ambos lados de la calle. El neón rojo del letrero sobre la puerta del bar reluce en las gotas de lluvia fresca, las rayas, los charcos y los parabrisas, los capós, los adornos cromados y el pavimento oscuro y húmedo.

“¿Nos vamos?”, dice la mujer de champiñón con sonrisa radiante.

Está Lloviendo Otra Vez / Lo Que Ella Dice es Verdad / En Carcosa / Términos

Está lloviendo de nuevo, golpeteando suavemente, invisible, en las ramas de los árboles por la calle Everett. Velas y luces navideñas guiñan y parpadean desde cada ventana de la ruinosa mansión blanca de la esquina. El joven flaco, Guthrie, empuja una de las dos puertas principales y avanza hacia el porche, dejando escapar un estallido de música, un violín, fuertes golpes de tambor. Anillos brillan de sus dedos cuando señala, mirando por la fachada de la casa. Ceñudo. "¿Ves?", dice. Hay una mujer con robustas rastas y vaqueros holgados, una taza de plástico en cada mano, apoyada en la puerta entornada tras él. "¿Ves? Aquí afuera la ventana está *allí*", deja caer su mano inestable, agacha la cabeza para mirar la ventana por dentro. "Mientras que aquí dentro, está más abajo por aquí. ¿Ves? ¿Ves eso?”

"¿Lo está?", dice ella, tendiéndole una taza. Él la toma.

"Sí", dice. "Quiero decir...", frunce el ceño.

Dentro de la gran sala delantera, la batería está puesta entre la chimenea y el bar. La cabeza del baterista es rojiza. La cantante; o al menos una mujer con un voluminoso suéter de pescador y vaqueros que deja colgar un micrófono por el cable en una mano; se sienta en una silla plegable al otro lado de la chimenea. El violinista pone en marcha la habitación, gruñendo para sí mismo en un baile, su cabello rojo oscila por encima del círculo de personas que pisan al ritmo una y otra vez, su arco vuela en el aire. Hay alguien en las sombras en la parte superior de las escaleras, tocando algo en una línea de ritmo con una guitarra. "Recuérdame que nunca juegue al póker contigo", dice Becker con su gran camisa a cuadros, apoyado en la pared, mientras la mujer con las gafas de ojos de gato le saca

una limpia escalera real de corazones de detrás de la oreja.

"Fuiste tú quien escondió las cartas, amigo", dice ella. "No yo", levanta su castigada muñeca, mira un reloj poco abrochado. "Ahora, si me disculpas..."

"Ese es, ah", dice Becker. "Mi reloj".

Ella alza una ceja más alta que otra, pero sonríe de todos modos. "Quizá te convendría no quitarle el ojo la próxima vez", dice ella tratando de desabrocharlo.

"Creo que quizá lo has entendido mal", dice Becker.

El baterista choca sus baquetas tres veces por encima de su cabeza y hace sonar un fuerte redoble de desfile, sincopando mientras el guitarrista envía un rasgueo de carillón por la escalera. La cantante, sonriendo, hace girar el micrófono en el aire una vez, enrollando el cable en la muñeca, lo atrapa con un pop y cuando el violín se une impecablemente al rasgueo, ella se levanta y canta una canción sobre cómo las amazonas sabemos dónde estamos, «tenemos hijos, tenemos trabajos, ¿para qué necesitamos un hombre?» La sala ruge y empieza un asombrosamente variado repertorio de bailes. Jo está apoyada en la esquina bajo las escaleras y se lleva una mano a la boca para sofocar un bostezo bastante grande.

“¿Se divierte?”

Jo gira de golpe la cabeza hacia un lado. Es la mujer de champiñón, sostiene dos vasos apenas más anchos que un dedo y casi igual de largos. Mueve la cabeza para apartarse un rizo negro de los ojos mientras le ofrece uno de los vasos a Jo.

"¿Y bien?", dice la mujer inclinándose para que la pueda oír por encima de la música.

"Lo... lo siento", dice Jo. "Es que... me resultas familiar, no sé. Excepto que creo que te recordaría. Si alguna vez te hubiese visto antes, quiero decir", toma el pequeño vaso, casi lleno de algo nacarado que brilla a la tenue luz justo en la cúspide de la transparencia. Lo levanta y se vierte la mitad por la garganta. "Maldición", dice parpadeando.

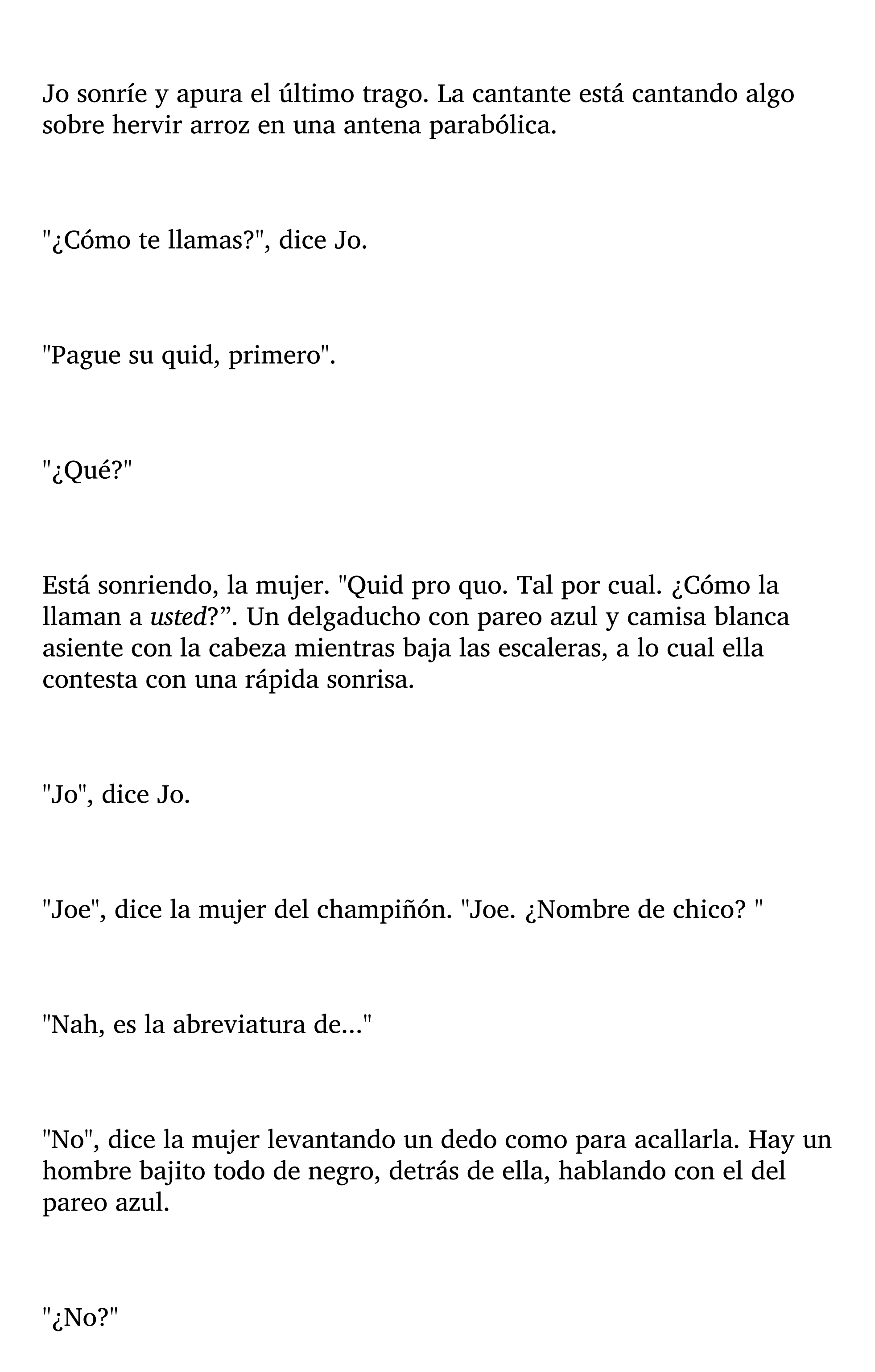
"¿Maldición?"

“Buena priva. Gasofa", dice Jo, y en respuesta a la mirada curiosa de la mujer, "Licor. Solera".

"Nuestro anfitrión destila el suyo propio".

"¿Ah, sí?"

"Aunque él no usa el Sol. Demasiado común. Prefiere ingredientes menos disponibles. La virtud de una doncella, por ejemplo.



Jo sonríe y apura el último trago. La cantante está cantando algo sobre hervir arroz en una antena parabólica.

"¿Cómo te llamas?", dice Jo.

"Pague su quid, primero".

"¿Qué?"

Está sonriendo, la mujer. "Quid pro quo. Tal por cual. ¿Cómo la llaman a *usted*?”. Un delgaducho con pareo azul y camisa blanca asiente con la cabeza mientras baja las escaleras, a lo cual ella contesta con una rápida sonrisa.

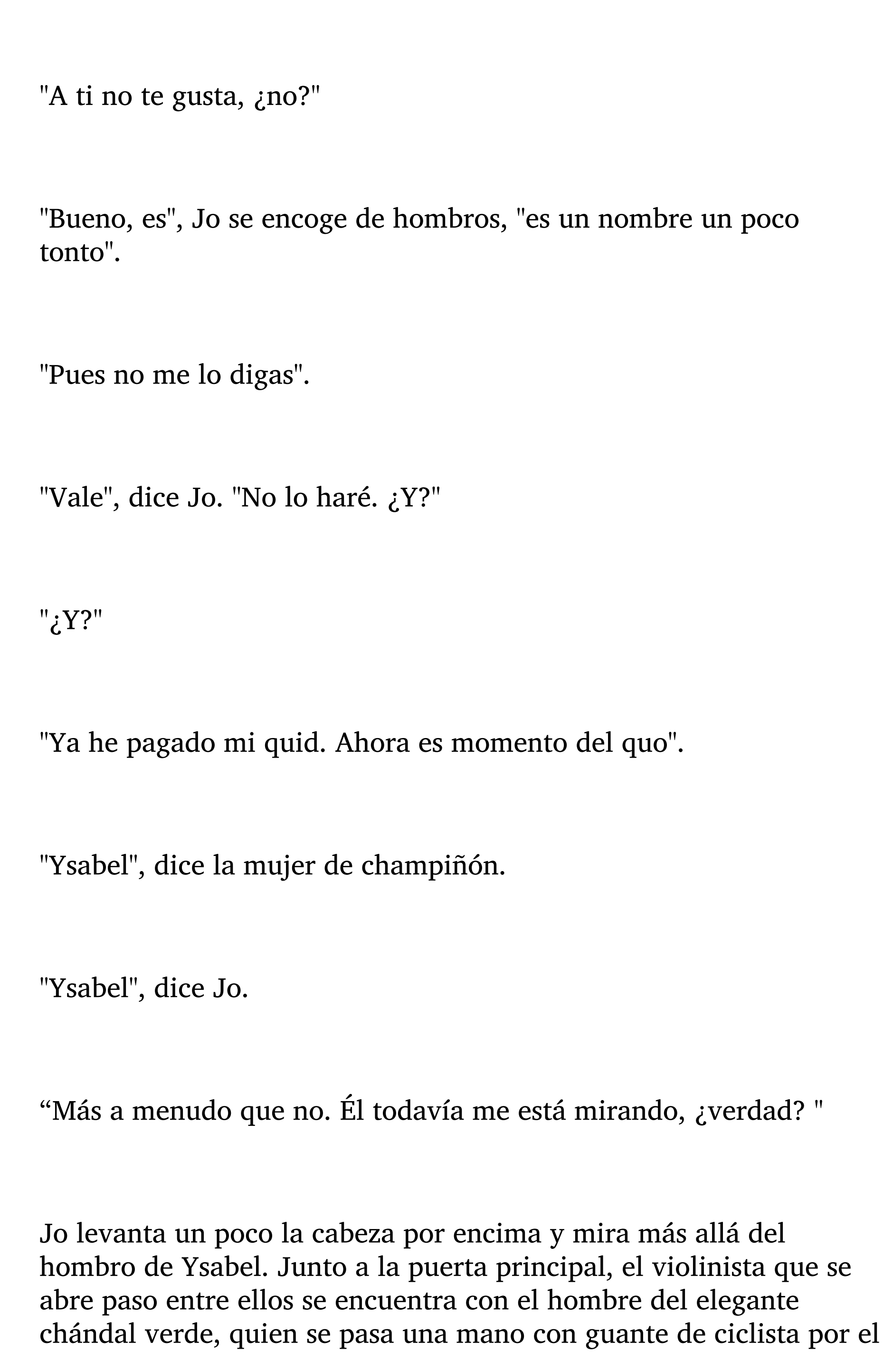
"Jo", dice Jo.

"Joe", dice la mujer del champiñón. "Joe. ¿Nombre de chico? "

"Nah, es la abreviatura de..."

"No", dice la mujer levantando un dedo como para acallarla. Hay un hombre bajito todo de negro, detrás de ella, hablando con el del pareo azul.

"¿No?"



"A ti no te gusta, ¿no?"

"Bueno, es", Jo se encoge de hombros, "es un nombre un poco tonto".

"Pues no me lo digas".

"Vale", dice Jo. "No lo haré. ¿Y?"

"¿Y?"

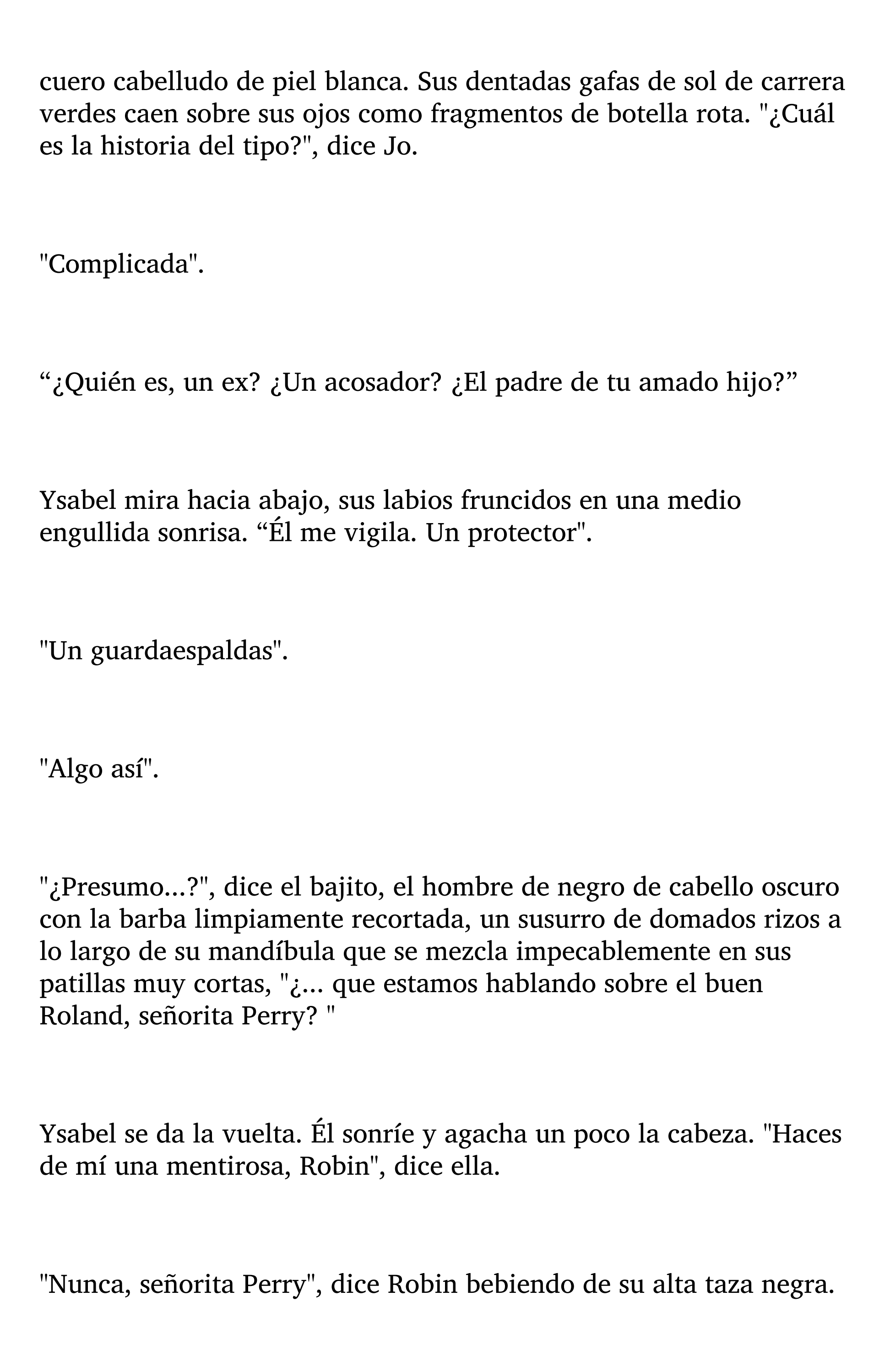
"Ya he pagado mi quid. Ahora es momento del quo".

"Ysabel", dice la mujer de champiñón.

"Ysabel", dice Jo.

“Más a menudo que no. Él todavía me está mirando, ¿verdad? "

Jo levanta un poco la cabeza por encima y mira más allá del hombro de Ysabel. Junto a la puerta principal, el violinista que se abre paso entre ellos se encuentra con el hombre del elegante chándal verde, quien se pasa una mano con guante de ciclista por el



cuero cabelludo de piel blanca. Sus dentadas gafas de sol de carrera verdes caen sobre sus ojos como fragmentos de botella rota. "¿Cuál es la historia del tipo?", dice Jo.

"Complicada".

“¿Quién es, un ex? ¿Un acosador? ¿El padre de tu amado hijo?”

Ysabel mira hacia abajo, sus labios fruncidos en una medio engullida sonrisa. “Él me vigila. Un protector".

"Un guardaespaldas".

"Algo así".

"¿Presumo...?", dice el bajito, el hombre de negro de cabello oscuro con la barba limpiamente recortada, un susurro de domados rizos a lo largo de su mandíbula que se mezcla impecablemente en sus patillas muy cortas, "¿... que estamos hablando sobre el buen Roland, señorita Perry? "

Ysabel se da la vuelta. Él sonríe y agacha un poco la cabeza. "Haces de mí una mentirosa, Robin", dice ella.

"Nunca, señorita Perry", dice Robin bebiendo de su alta taza negra.

“¿No le acabo de decir a Jo que la mayoría de las personas me llaman Ysabel? Y aquí apareces tan descarado como te place para probar que es mentira." Ella sonríe mientras dice esto, sorbiendo de su propio vaso fino.

Uno de los hombros de Robin se levanta cuando su cabeza se inclina hacia abajo y se aparta, sus ojos se alzan para dibujar una sonisa hacia Jo: un elaboradamente ambiguo encogimiento de hombros. "Lo que ella dice es verdad, señorita". Mirando hacia arriba. Es bastante bajito, ni siquiera es tan alto como Jo. "Fuese lo que fuese". La canción se detiene, el baterista hace sonar sus redobles y rellenos al azar, el guitarrista se aleja tranquilamente por una escala menor, el violinista raspa una larga nota vibrante de las tripas de su violín.

"Robin es nuestro anfitrión", dice Ysabel.

"*Humilde* anfitrión", dice Robin sonriendo.

"Y esta", dice Ysabel, "es Jo. Quién me rescató.

Jo asiente. Luego se encoge de hombros, sonriendo incierta.

"Un placer, Jo", dice Robin. "¿Rescató? ¿De qué?

"De una noche terriblemente aburrida", dice Ysabel frunciendo un poco el ceño, mirando a nada en particular. Una gaita ha comenzado a vibrar en algún lugar dentro de la casa. Se acerca. El

violín entra raspando una nueva nota y comienza a envolver una melodía de compás lento alrededor de la gaita invisible. "¿Es esta...?", dice Ysabel.

Las comisuras de la boca de Robin giran hacia abajo, arqueando su pequeño bigote hacia arriba y hacia afuera. “Yo sólo les pedí que tocaran. No les dije el qué".

La gaitero, pálida, apártandose del rostro unos rizos de color blanco amarillento, entra a marcha mesurada en la sala delantera tocando su gatita. La multitud... variada, licra y forro polar, mejillas brillantes, pantalones caqui y suéteres, pantalones militares y un sujetador deportivo negro, un mohawk holgado, un esmoquin, un minivestido brillante, un pecho desnudo bajo remolinos de pintura corporal, vaqueros ajustados y el llamativo chándal verde y plateado de Roland mientras cruza la habitación, deslizándose a través de todos ellos en pie y en silencio ahora, mirando, esperando. La cantante está sonriendo cuando la gaitero recoge lentamente la melodía del violín en vibración. El baterista se limpia el sudor de la cara y bebe algo de un vaso de plástico rojo.

"Lo *es*", dice Ysabel agarrando la mano de Jo. "Vamos".

“¿Qué?”, dice Jo.

"Señorita", dice Roland a su lado, estirando la mano para casi agarrar a Ysabel, pero no del todo. "Tal vez sea hora de que la llevemos a casa".

"Todavía no", dice Ysabel dándole la espalda, con las manos en los

brazos de Jo. Cierra los ojos. "Escucha", le dice a ella.

Ha habido un cambio en la canción, los engranajes han cambiado. La guitarra avanza ahora en una línea de ritmo desvencijado mientras la melodía respira y se repite, fuerte, segura. El baterista espera, se queda quieto, asintiendo con la cabeza a alguien, escucha. La cantante mira a la pequeña multitud, allí en la sala de Robin, levanta el micrófono a sus labios y dice, cantando a medias: “Por la orilla rompen las nubes, los soles gemelos se hunden debajo del lago, las sombras se alargan...en Carcosa..."

Jo frunce el ceño. "No está conectado".

Ysabel, con la cabeza inclinada hacia atrás, con el pelo colgando mientras balancea el pie izquierdo hacia la derecha y hacia atrás, sus manos aún en los brazos de Jo, sonríe. "¿Qué?"

"El micrófono", dice Jo.

"Extraña es la noche en que las negras estrellas se elevan y extrañas las lunas que circulan los cielos...pero más extraña aún, perdida Carcosa..."

La batería suena entonces, una vez. Alguien grita. La gaitero está tocando dos compases sobre el latido constante del tambor, una marcha lenta con el alegre violín, la otra vuela siguiendo la guitarra, cada una persiguiendo a la otra, buscando los monstruosos compases por venir. Toda la sala espera tensamente, casi, casi.

“Las canciones que cantarán las Híades, donde aletearán los jirones del Rey, deben morir sin ser escuchadas en la oscura Carcosa...”

Jo cierra los ojos. Las manos de Ysabel caen. Jo respira hondo.

"Canción de mi alma, mi voz está muerta... aunque muerta, no cantada, mientras lágrimas sin derramar se secarán y morirán en la perdida Carcosa..."

El violín y la gaita están podando, haciendo bullir la melodía a medida que la guitarra y la gaita se asientan y bajo todo esto, el redoble y la amenaza de la batería.

"En Carcosa... perdida Carcosa perdida... lúgubre Carcosa..."

Un hombre canoso hace una pausa en la cabeza que se menea para volver a meterse las gafas con montura blanca y bordes negros. Robin esboza una sonrisilla alegre y apura lo último de que lo que sea que hay en su taza. Una chica morena con un mono remendado abre de par en par los brazos y las manos, engullidas por los voluminosos guantes. Becker recupera el aliento y mira con ojos brillantes a la cantante mientras la mujer con gafas de gato mete una mano en el bolsillo de la cadera de sus vaqueros. La melodía derviche se ha vuelto más y más rápida hasta que casi no son más que dos notas pulsando en binario, un oh entra, sale un *da*-da mientras la cantante canta un lamento. El baterista levanta las baquetas y las deja allí, esperando.

"En Carcosa ... perdida Carcosa... lúgubre Carcosa..."

Jo abre los ojos.

Ese primer latido brontolítico desata algo monstruoso. La sala gira, salta, brinca, patea, apisona en movimiento como un todo con el ritmo de avalancha. Jo está en el centro ahora con los brazos por encima de su cabeza gritando y gritando. Ysabel a su lado, con la cabeza hacia abajo, el pelo volando, todo es tan fuerte que la música casi ni se oye, la banda redunda en todos ellos, ahora como loca persiguiendo un poco de conducción apenas fuera de alcance. El violinista toca sacudidas en un círculo de gente bailando ante él, la gaitero de rodillas, las mejillas sonrojadas, las flautas se agitan. El guitarrista todavía no se puede ver en las sombras de las escaleras, pero definitivamente se puede oír. La cabeza de la cantante echada hacia atrás, el micrófono elevado por encima y ella aullando la melodía sin palabras, una vocal sin nombre y desesperada, y el batería recupera el tiempo perdido. Pero Ysabel ha desaparecido.

Jo extiende su mano, tropezando, empujada hacia un lado por la mujer de cabello gris con una camiseta de "Frankie Say". Da la espalda a la multitud que baila, tropezando contra el chico pesado de la barba y la gabardina de cuero negro. Ysabel está allí, al pie de las escaleras, gritándole algo a Roland, cuya mano en el guante de ciclista está sujeta alrededor del brazo de Ysabel. Jo mira hacia otro lado rodando los ojos, es empujada y da dos asombrados pasos hacia ellos, chocando con los brazos del hombre del chaleco brillante. La banda de repente y de la nada toca un montón de notas como una sola, un clarín, una fanfarria, y cae de repente en su agitada conducción casi caótica. "Carcosa...", gime la cantante, y Jo se abre paso entre una mujer con un abrigo de piel blanco y un hombre cuyos largos brazos marrones llevan redecillas rosas. Roland tira de Ysabel tras él hacia la puerta. Le está diciendo algo sobre su madre.

"No vuelvas a mencionar a mi madre esta noche", dice Ysabel. “Como un favor. Para mí".

"Hey", dice Jo. Plantando los pies.

Roland frunce los labios y aparta la vista de ambas. Suelta el brazo de Ysabel y ella retrocede una vez hacia las escaleras mientras él levanta la mano para tocarse ligeramente el puente de su nariz, cerrando los ojos. Se quita las gafas de sol verdes de la cara y sus ojos son tiernos cuando los gira para mirar a Ysabel. "Señorita", dice él. "Basta. Ya lo ha dejado claro", extiende la mano para que ella la tome. "Pero ahora debemos partir".

"No estoy aquí para dejar claro nada", dice Ysabel, apenas escuchada debido a la música. Sonríe dulcemente. "Estoy aquí para divertirme".

"¿Vale?", dice Jo. “Así que largo. Déjala...”

"¿Quién es usted?", dice Roland.

“¿Qué?”, dice Jo.

“¿Quién es usted para que le importe esto?”, se da la vuelta para mirar a Jo ahora y sus ojos ya no son tiernos. "¿Para que ella debiera ser una preocupación para usted?", extiende una mano, abarcando la sala de baile. "Usted no pertenece aquí. ¿Quién *es* usted para interferir?”

"No sé", dice Jo. Se encoge de hombros. "Supongo que no me gustan los abusones".

"¡*Yo* soy su guardián!", dice Roland. "Ella está a *mi* cargo. Es mi responsabilidad...”

"Tienes una curiosa forma de mostrarlo", dice Jo.

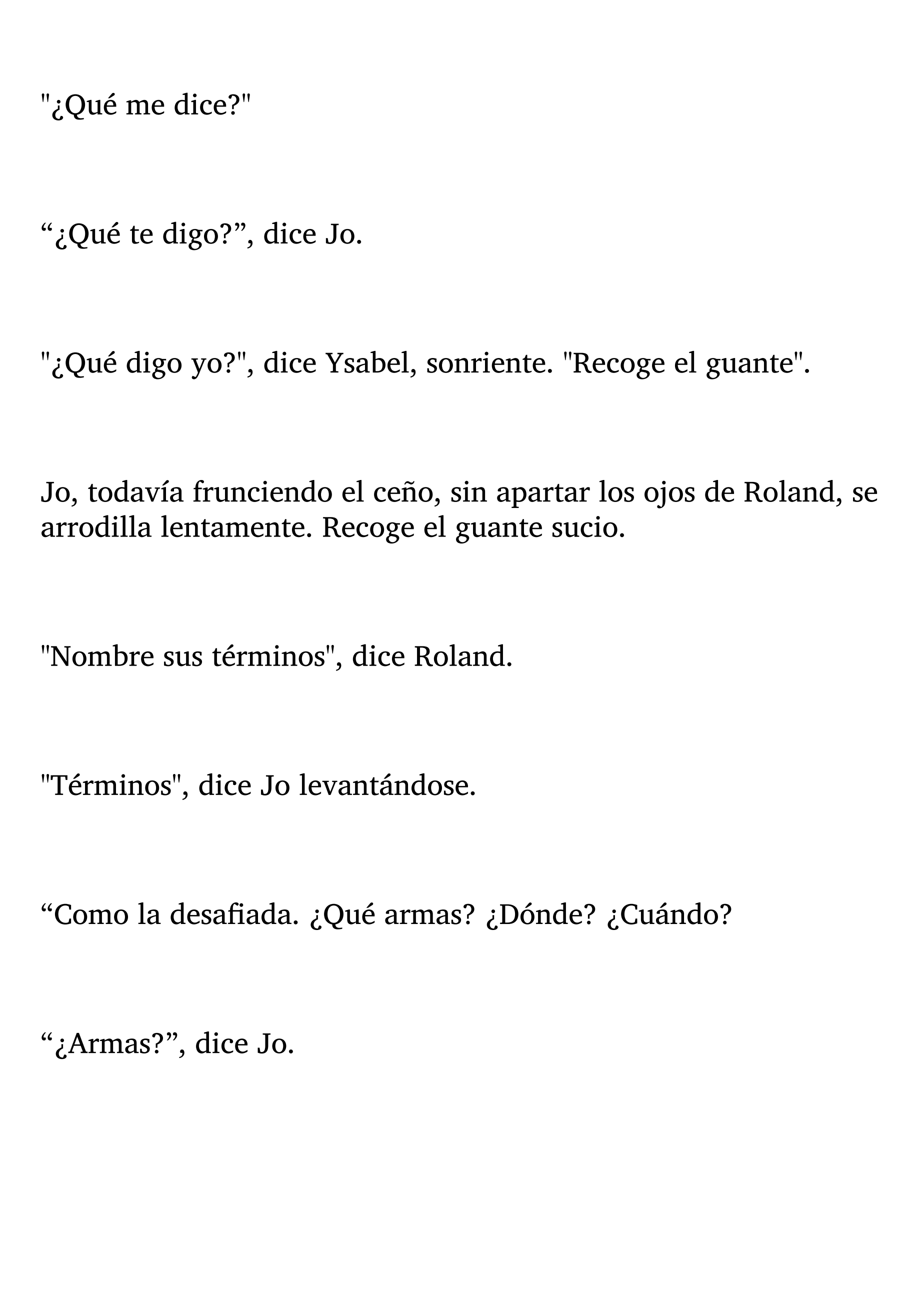
"¿Está usted...", dice Roland tranquilo, plantando ahora los pies con fuerza mientras la banda ruge,"... impugnando mi honor?"

Jo bufa. "¿Honor?"

La banda que sale de la nada vuelve a tocar su tonada al unísono; y nuevamente...la sincopada fanfarria de efecto ebrio. En el momento de silencio entre la última nota que llega al climax y los primeros gritos de los bailarines repentinamente inmóviles, el rasgar del velcro es sorprendentemente audible. Cuando los aplausos estallan a su alrededor, Roland se quita un guante de ciclista de la mano derecha y lo tira a los pies de Jo.

"¿Y bien?", dice Roland.

"¿Y bien?", dice Jo frunciendo el ceño.



"¿Qué me dice?"

“¿Qué te digo?”, dice Jo.

"¿Qué digo yo?", dice Ysabel, sonriente. "Recoge el guante".

Jo, todavía frunciendo el ceño, sin apartar los ojos de Roland, se arrodilla lentamente. Recoge el guante sucio.

"Nombre sus términos", dice Roland.

"Términos", dice Jo levantándose.

“Como la desafiada. ¿Qué armas? ¿Dónde? ¿Cuándo?

“¿Armas?”, dice Jo.

"Es tarde" / Los Méritos de una Pelea / Algo Perverso / Despertar

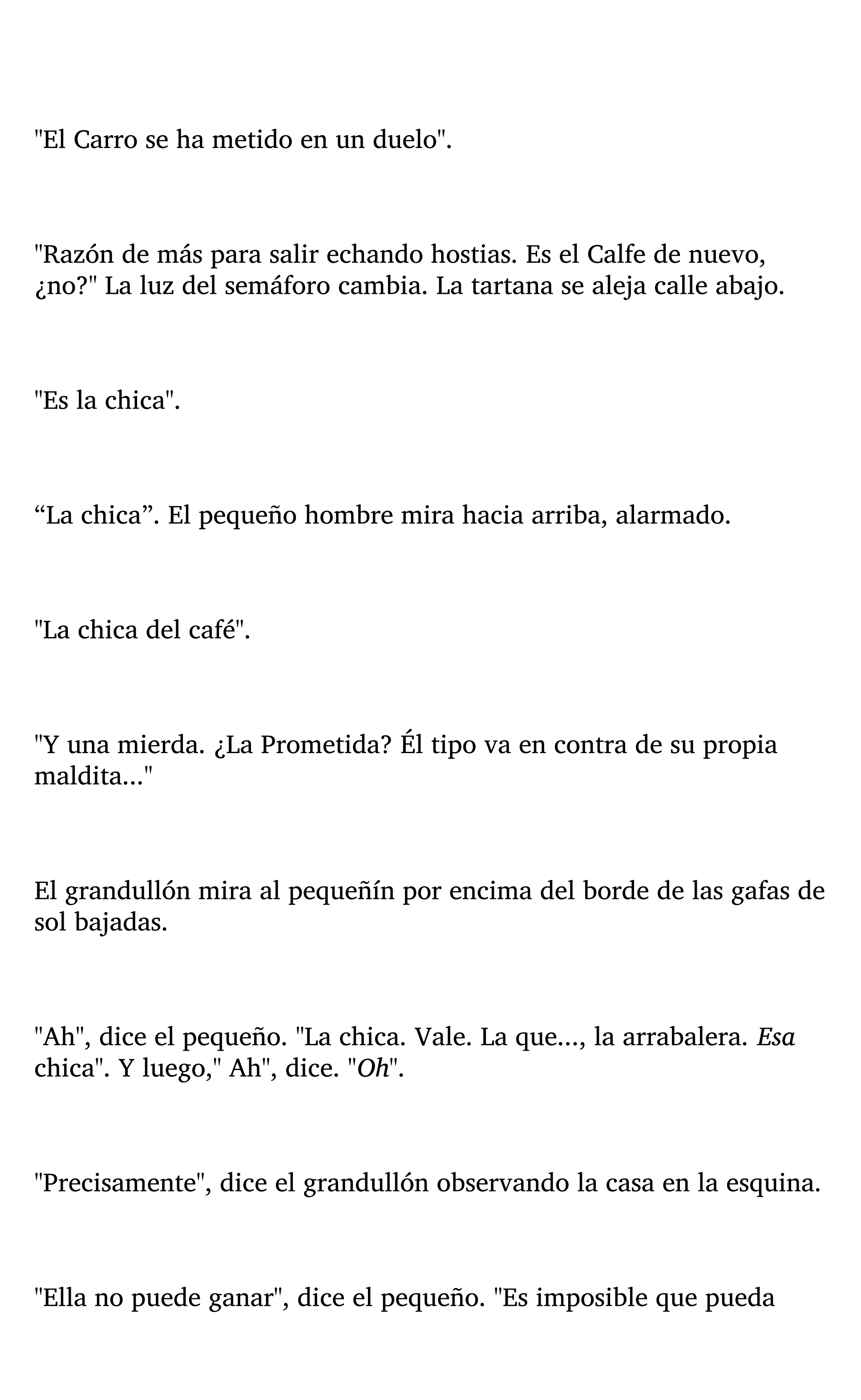
"Es tarde", dice el pequeño del traje oscuro marcando un punto en sus dedos. "Está intentado llover". Se apoya contra la parte delantera de un automóvil negro. Meticulosas líneas de letras blancas pintadas a mano se alzan sobre el guardabarros. "Hay, ¿cuántos?, ¿una media docena de caballeros ahí dentro?" Comienza a contar con su otra mano. “El Carro, por supuesto. El Hacha. Estoy bastante seguro de que el Mooncalfe. El Masón y el Yelmo. Tú mismo dijiste que viste a el Escudo. Y una docena más a la distancia de un grito". Levanta la vista, frunciendo el ceño. "¿He mencionado que está lloviendo?"

"Espadas", dice el grandullón del traje oscuro. Se sienta sobre el capó del automóvil, ambos pies principalmente dentro de anillos concéntricos de letras blancas apretadas.

"Sí, tienen espadas", dice el pequeño. "Ese es otro problema allí mismo".

"Están *sacando* espadas". El grandullón mira con gafas de sol negras hacia la destartalada casa en la esquina a través de una intersección obstruida por el tráfico que espera en un semáforo en rojo. La lente izquierda de las gafas de sol está llena de arácnidas palabras pintadas con tinta blanca.

"¿Tengo que preguntar por qué sacan espadas para saber por qué sacan espadas?", dice el pequeño. El estéreo de la tartana de alguien suena con un compás vibrante de bajo.



"El Carro se ha metido en un duelo".

"Razón de más para salir echando hostias. Es el Calfe de nuevo, ¿no?" La luz del semáforo cambia. La tartana se aleja calle abajo.

"Es la chica".

“La chica”. El pequeño hombre mira hacia arriba, alarmado.

"La chica del café".

"Y una mierda. ¿La Prometida? Él tipo va en contra de su propia maldita..."

El grandullón mira al pequeñín por encima del borde de las gafas de sol bajadas.

"Ah", dice el pequeño. "La chica. Vale. La que..., la arrabalera. *Esa* chica". Y luego," Ah", dice. "*Oh*".

"Precisamente", dice el grandullón observando la casa en la esquina.

"Ella no puede ganar", dice el pequeño. "Es imposible que pueda

ganar".

Comienza a llover un poco más fuerte.



"Que se muestre para el registro", suspira Robin, "que vuestra merced ha ingresado en las listas para probar vuestra apelación, y que vuestras promesas por ley se cancelan. ¿Aceptaréis vos la grasa, cenizas y azúcar?”

"No lo haré", dice Roland.

Ysabel se apoya en Jo con una mano sobre su hombro, murmura en su oído. "No te preocupes. No puede lastimarte. Eso va contra las reglas. Él no dejará que le lastimes. Es sólo un juego".

"¿Y quién se presentará como vuestro segundo?", dice Robin mirando al techo.

"No tendré ninguno aquí en ese oficio", dice Roland. Robin asiente superficialmente. Una breve ráfaga de susurros y risas barre la habitación.

"Y juráis", dice Robin respirando hondo, "que no venís designado de otra manera, con nada salvo vuestro cuerpo y los méritos de vuestra pelea, que no tenéis cuchillo, ni ningún otro instrumento

puntiagudo, ni ingenio pequeño o grande, ni piedra ni hierba de la virtud, ni encantamiento, experimento ni otro hechizo por cuyo poder creáis que podéis vencer más fácilmente a vuestro adversario? "

"Lo juro", dice Roland con ojos tranquilos y suaves.

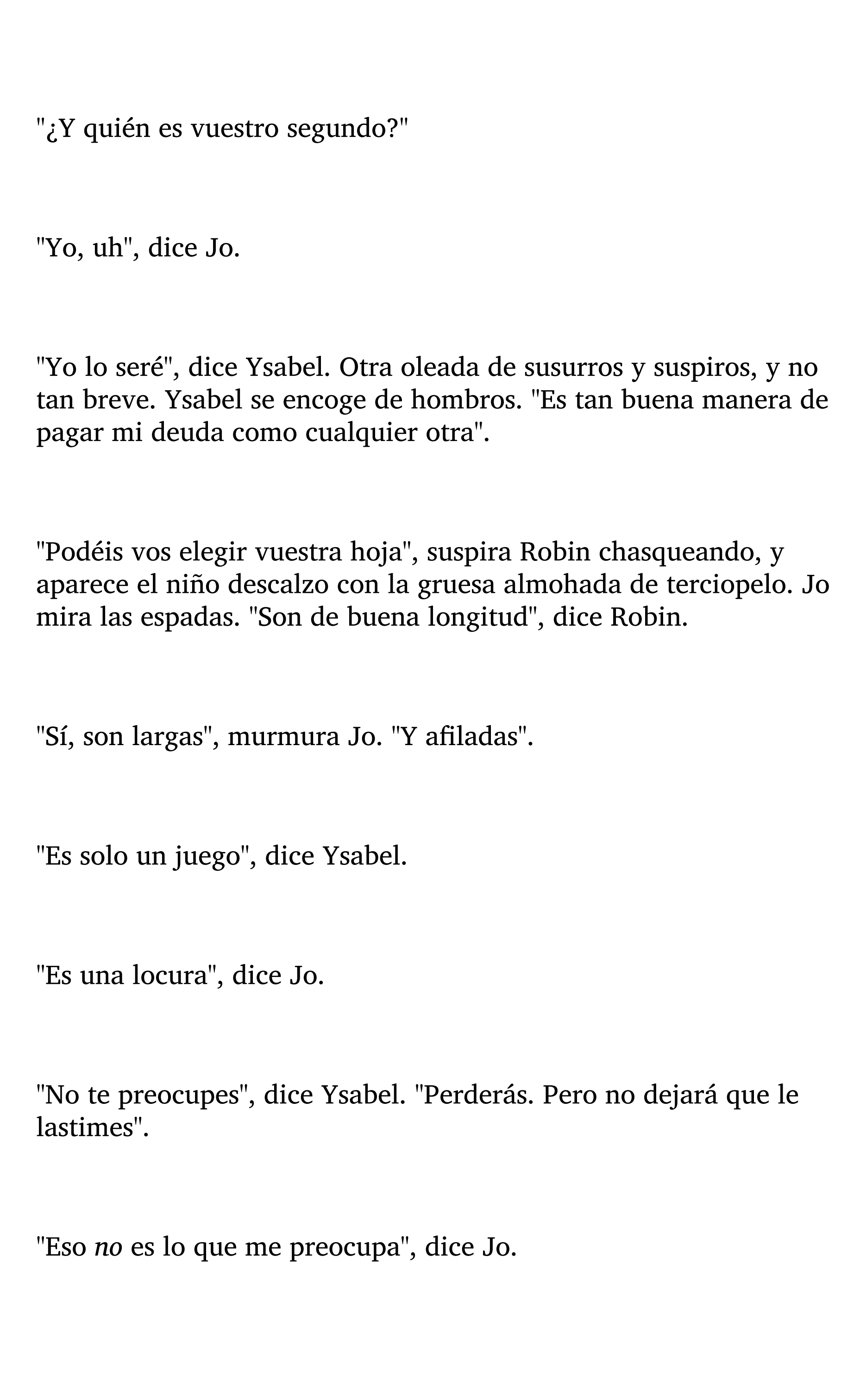
"Un juego", dice Jo. Traga saliva. "Genial".

La multitud de la fiesta se ha dispuesto irregularmente junto a las paredes, dejando un pasillo despejado que cruza diagonalmente desde el pie de las escaleras, donde Jo e Ysabel están al lado de la puerta hacia la cocina brillante de color crema dental, mantenida abierta por la gaitero sentada sobre sus talones, quien le ofrece una botella de algo a Roland. Robin camina por el centro de ese pasillo hacia Jo, pasando al chico descalzo con pantalones color blanco hueso y que sosteniene dos estoques cruzados sobre una gruesa almohada de terciopelo. "Jo Maguire", dice, "salvad vuestro honor y participad en la acción que habéis emprendido este día. ¿Aceptaréis grasa, cenizas y azúcar?”

"Ella renuncia a ellas", dice Ysabel. "No pasa nada", le dice a Jo. "Es una formalidad".

“¿Y juráis que no venís con nada más que vuestro cuerpo y los méritos de vuestra pelea, ni cuchillo ni otro instrumento puntiagudo, ni ingenio, piedra, hierba de la virtud, ni encantamiento, experimento ni otro hechizo?”

"¿Sí?", dice Jo al tiempo que Ysabel dice: "Lo jura".



"¿Y quién es vuestro segundo?"

"Yo, uh", dice Jo.

"Yo lo seré", dice Ysabel. Otra oleada de susurros y suspiros, y no tan breve. Ysabel se encoge de hombros. "Es tan buena manera de pagar mi deuda como cualquier otra".

"Podéis vos elegir vuestra hoja", suspira Robin chasqueando, y aparece el niño descalzo con la gruesa almohada de terciopelo. Jo mira las espadas. "Son de buena longitud", dice Robin.

"Sí, son largas", murmura Jo. "Y afiladas".

"Es solo un juego", dice Ysabel.

"Es una locura", dice Jo.

"No te preocupes", dice Ysabel. "Perderás. Pero no dejará que le lastimes".

"Eso *no* es lo que me preocupa", dice Jo.

"Ya te lo he dicho: no puede lastimarte. Va contra las reglas. Es por *honor*," dice Ysabel. “Tu honor, nada más. El cual tienes en bastante ligera estima". Jo frunce el ceño y mira de reojo a Ysabel, quien sonríe. "Confía en mí", dice ella cuando Robin dice: "¿Vuestra hoja, Jo Maguire?"

Y Jo toma una espada mirando a la luz de las velas y a las luces de Navidad guiñando y persiguiendo la cesta de cintas de acero tejidas alrededor de la empuñadura. "Esto es una", dice ella, "locura".

"¡Duelistas!", llama Robin desde el centro del pasillo, y aparece Roland con su chándal verde, auriculares azules y blancos todavía colgando al cuello, plantando sus zapatillas blancas suaves e impecables una delante de la otra, sus caderas de canto, el brazo izquierdo hacia arriba y hacia atrás, doblado para que las yemas de los dedos rocen el aire detrás de la cabeza, la punta de la espada fija en un punto en el aire ante sus ojos. "¡Saluden!", Grita Robin. Jo, con su camiseta negra lisa, sus pantalones caqui recortados, sus mugrientos leotardos «longjohns», arreglo con cinta adhesiva en su Chuck Taylor, una delante de otra, su brazo izquierdo hacia atrás y afuera, su espada levantada delante de ella como un palo. Roland gira la muñeca con fluidez y su espada traza un círculo, su cabeza saluda. Jo asiente a cambio. "¡Ataquen!", Grita Robin levantando la mano y todos comienzan a vitorear. Roland se lanza. Jo salta hacia atrás, tropezando, agacha la cabeza, gritando "¡Uuoh uuoh uuah uuoh uuoh!" Deja caer su espada al suelo, cruza los brazos sobre su rostro, lloriqueando "¡Tú ganas! ¡Tú ganas!”

Los aplausos se convierten en susurros y murmullos.

"¡Recoged vuestra hoja!", dice Roland.

"¡No!", dice Jo. "¡Tú ganas! Cedo, me rindo, se acabó. Tío". Hay risitas por eso. Una carcajada sofocada. Jo se asoma por debajo de sus brazos cruzados. Roland aún en su posición ha retirado su espada para fijar la punta en ese punto en el aire ante sus ojos. "Felicidades, grande", dice Jo. "Bien hecho".

"Me has insultado", dice Roland alzándose en su postura, sus brazos se relajan, su espada baja.

"Y ahora me voy", dice Jo. "¿Trato hecho?". Le da la espalda. Becker, Guthrie e Ysabel esperan al pie de las escaleras. "¿Dónde está mi abrigo?" Se escucha un jadeo colectivo mientras ella se da cuenta a medio paso. Brazos arriba y afuera de repente, sin aferrarse a nada. Frunciendo el ceño, ella mira hacia abajo. La punta de la espada de Roland ha hecho un agujero en su camiseta negra. Unos buenos diez centímetros de hoja sobresalen de su pecho, un poco a la izquierda del centro. "Yo...", dice Jo.

Con un giro y un tirón, Roland saca la hoja del cuerpo de Jo.

Jo se vuelve vacilante para mirarlo. Una rodilla amenaza con ceder pero ella no cae. "Yo", dice ella. "¿Jo?", dice Becker. Ella extiende una mano para coger algo, cualquier cosa, para mantener el equilibrio. No hay nada allí.

"Auh", dice Jo. Se desploma.



La oficina exterior está oscura, excepto por la chispa de una lámpara halógena de mesa. La mujer detrás de la mesa lleva un vestido de lino sin forma y estrechas gafas en una fina cadena alrededor del cuello. Levanta la vista de un bloc de notas amarillo cuando el grandullón del traje oscuro abre la puerta exterior. "Señor Charlock y el señor Keightlinger", dice el pequeño del traje oscuro. "Para ver al señor Leir".

"Os está esperando", dice ella.

El despacho interior está oscuro, excepto por la lámpara con pantalla blanca que brilla sobre un escritorio con tapizado de cuero. Sobre el escritorio, un bolígrafo plateado y un cuchillo con mango de marfil y hoja ancha de bronce deslustrado. El hombre que mira por la ventana hacia la calle de abajo tiene el cabello blanco grueso y rebelde, y usa camisa blanca con corbata blanca. Un imperceptible cigarrillo está pellizcado entre el pulgar y el índice de su pálida mano derecha. La ventana está abierta. Debajo del goteo de la lluvia llega el acuoso susurro de la máquina de un barrendero.

"¿Y bien?", dice el Sr. Leir. Su cara es muy joven bajo todo ese pelo blanco.

“Bien”, dice el Sr. Charlock, “el Carro fue y se metió en un duelo. Con una chica. Una chica *mortal*. Y, bueno, él perdió".

"Perdió", dice el Sr. Leir.

“La atacó por detrás. Sí. Perdió".

"Ahora hay", dice el Sr. Keightlinger, girando distraídamente un mechón de su barba, "un Gallowglas".

El Sr. Leir los mira por encima del hombro. Frunce el ceño. Mira hacia abajo para descubrir el cigarrillo en la mano, el cual levanta. Da una calada y expulsa el humo por la ventana hacia la lluvia.

"Bueno", dice.



“Tú”, llama la anciana por encima del hombro, con los ojos puestos en sus dedos que recorren un iluminado estante de botellas de prescripción de plástico naranja, “has hecho algo perverso”. Encontrando la que quiere, la baja. Lucha con el tapón, saca dos pastillas en un mortero. "Sientate derecha. Eres indecente".

Ysabel no se sienta derecha. En la habitación más oscura, ella está echada de lado en una silla con respaldo en ala junto a la chimenea, con la cabeza hacia atrás apoyada en un ala, las piernas dobladas y metidas bajo el brazo opuesto. "Deberías concentrarte en despertarla". Aún va con su vestido color champiñón, arrugado descuidadamente y revelando las bandas oscuras en la parte superior de sus medias nacaradas. "Suponiendo que puedas, por supuesto".

"Oh, sí puedo", dice la anciana, entrando en la habitación desde el baño blanco brillante, sosteniendo el mortero de mármol y el mazo con ambas manos. Viste una pesada túnica rosa con un jardín

enredado de rosas de té bordadas en el grueso cuello del chal. El pelo blanco brillante le cuelga suelto delante y detrás de los hombros. "Sólo está impactada, eso es todo. Lo estarías tú, si fueras ella".

Sobre la almohadada cama de grueso edredón, yace Jo Maguire, desnuda, dormida. Una vieja costra le afea una rodilla. La uña de su dedo gordo izquierdo es un rizo gris muerto. Un tatuaje baja el bulto de la barriga desde el ombligo hasta el borde del vello oscuro y rizado, algo angular, abstracto, una sugerencia de pico y ojos. Jo tiene el brazo derecho doblado, la mano sobre el pecho, las yemas de los dedos tocan un moratón rojo opaco justo a la izquierda del esternón. La anciana se sienta en la cama al lado de ella, aparta un mechón de cabello teñido de negro de la frente de Jo. "No sé por qué elegiste esta", dice ella. En la mesita de noche junto a la cama hay un vaso de agua. La anciana vierte el polvo del mortero en el agua, que se vuelve de varios colores demasiado rápido para nombrarlos. "Ella está en el mundo de tu madre, no en el tuyo. O el mío".

"Yo no la *elegí*", dice Ysabel. Peleándose con el encaje del dobladillo. "No *hice* nada de esto. Todo sólo...”

“¿Simplemente sucedió?”, dice la anciana.

Uno de los estrechos zapatos negros de Ysabel cuelga a medias de un pie oscilante. El otro está en el suelo delante de la silla con respaldo de ala. "Sí", dice Ysabel.

La anciana sumerge los dedos en el vaso de agua y luego los sacude en la cara de Jo. Jo se sienta de pronto tragando saliva, la mano en su pecho es ahora un puño contra ese moratón. La anciana pone el

vaso de agua en la mesita de noche y toma un pequeño frasco, un potito para bebés con la etiqueta medio arrancada. Jo se da la vuelta, mueve la mano izquierda, agarra el suave y grueso edredón, aspira un aliento irregular tras otro, su puño derecho frota el moratón. Hay otra roncha, más grande, más difusa, como roja, en su espalda. La anciana olfatea el potito y asiente, luego saca una cucharada viscosa y translúcida de dos dedos que deja caer sobre el moratón en la espalda de Jo. Jo se pone en pie gritando, agitando los brazos y con los ojos desorbitados. La anciana aprieta una mano sobre su hombro, inmobilizándola mientras le unta el resto de las cosas en el moratón del pecho. Jo grita. La anciana le sisea todo el tiempo mientras le sostiene los hombros. Jo patalea y echa la cabeza hacia atrás con las manos cavando firmemente en el edredón bajo el agarre de la anciana. Y luego, con una sacudida, Jo se detiene. Abre los ojos. Respira hondo sollozando. Se hunde hacia adelante y se acurruca a un lado.

"Joder, qué infierno", croa Jo.

"Ya pasó", dice la anciana. "No se pasa por *eso* todos los días".

Jo tose y tirita, levanta un extremo del edredón en el que está sentada para envolverse. "Mi ropa", dice ella. Tose de nuevo. "¿Dónde está mi ropa?"

"La quemé, cariño", dice la anciana. “Cosas sucias. Es posible que no puedas comparecer ante el tribunal con *ellas*."

"Había agujeros en tu camiseta", dice Ysabel, quien no levanta la vista del encaje en su regazo.

"Tú", dice Jo al ver a Ysabel sentada de lado en la silla con respaldo de ala. "Tú. Me mentiste. Dijiste que no podía lastimarme. Me lo dijiste. Él...", Jo frunce el ceño. "¿Me apuñaló?"

Ysabel levanta la vista y mira a Jo al tiempo que la anciana dice "Ya pasó, ya". "Dije la verdad", dice Ysabel. "Fue Roland el que me dejó por mentirosa". Vuelve a mirar el encaje en su regazo. "Ahí *hay*", dice, "una diferencia. No veo por qué estás tan enfadada".

"No lo ves", dice Jo. Acurrucada bajo el edredón incómodamente retorcido. "No lo ves". Ojos cerrados. Respiracion profunda. "Me han apuñalado, tú. No tengo idea de dónde estoy. ¿Dónde estoy?", dice cuando la anciana dice: "Ya pasó, ya". Jo niega con la cabeza. "¿Qué hora es? ¿Qué es lo que... necesito para... ? Fui *apuñalada*. Él..." Otra respiración profunda y algo que es una medio risita. "¿Tienes...?", dice Jo y traga, "¿tienes idea de lo difícil que es encontrar una camiseta negra decente por menos de diez pavos?"

"Ganaste", dice Ysabel.

"¿Qué?"

"Ganaste", dice Ysabel. "Le venciste".

"Es cierto", dice la anciana retirando el edredón para mirar la espalda de Jo. "Te atacó por la espalda... una grave brecha en el honor y el decoro. Por no hablar en tu piel". El moratón ha desaparecido.

"Gané", dice Jo.

"Te probaste a ti misma contra su honor", dice Ysabel, "y él pierde todos sus oficios por su ataque. Incluyendo...", y levanta la vista para mirar a Jo a los ojos, "a mí".

Jo parpadea.

"Más bien, mi custodia", dice Ysabel. “Era mi guardián. Ahora lo eres tú. Yo estaba a su cargo, era su responsabilidad", se encoge de hombros. "Ahora soy la tuya".

Jo cierra los ojos y, cuando habla, su voz es tranquila y constante. “Quiero mi ropa. Cualquier ropa. Quiero un cigarrillo. Quiero café. Quiero... quiero ir a *casa*. Si tú...", y mira a Ysabel, su voz se alza,"crees que voy a seguir con esto, este... juego... incluso por un minuto, Yo... yo...”

"Bueno", dice la anciana, empujándose con un poco de esfuerzo para ponerse en pie. "*Eso es* un alivio y no me importa decirlo".

"Yo...", dice Jo frunciendo el ceño. "Tú. ¿Un alivio?”

"Querida", dice la anciana apoyada en el hombro de Jo, "estábamos bastante preocupadas de que aceptaras".

“Un completo desastre” / una Llamada Inesperada / No es Asunto de Ella

“Un completo desastre”, dice la mujer con los quevedos posados en la punta de la nariz. Frunce los labios. "Bien podemos vernos obligadas a raparlo todo y empezar desde cero". Se ajusta sus quevedos con dedos nudosos y acabados en afiladas uñas pintadas de negro. "¿Quizá...", dice ella,"...con una peluca?"

"No vais", dice Jo, "a tocarme el pelo". Está sentada en un desteñido taburete color borgoña con una corta camisa blanca, levantando los brazos para que la anciana con su pesada túnica rosa pueda envolverle el pecho una cinta métrica. Ysabel sonríe, sentada en su cama con una batita blanca, el cabello muy húmedo, una pierna desnuda cruzada sobre la otra.

“Su primer discurso ante la Reina debería ser como «Su Majestad», que a partir de ahí debería reducirse a «Madam»”. La cara estrechamente sombría del alto hombre está iluminada por extravagantes flores de ginebra aplicadas dos tercios de su nariz y sus hundidas mejillas. Su mentón está inquieto tras los altos postes blancos de su cuello de camisa. "*Nunca* aproveche esa horrible redundancia. Su «*Real* Majestad» huele a besaculos".

"Estoy perpleja", dice la anciana, plegando la cinta métrica en su puño.

"Como yo", dice la mujer con los quevedos.

"Bien puede referirse a sí misma a través de la aceptada ficción del

«nos» mayestático, o bien podría inclinarse por el singular en primera persona; nuestra Reina es bastante aficionada a vagar por este punto del protocolo. Todavía no ha mostrado propensión hacia la *tercera* persona, por lo que supongo que deberíamos estarle agradecidos".

“Está el vestido que la Princesa usó para su cotillón. Podríamos meterle un poco el seno...”

"Demasiada crinolina", añade la mujer con los quevedos.

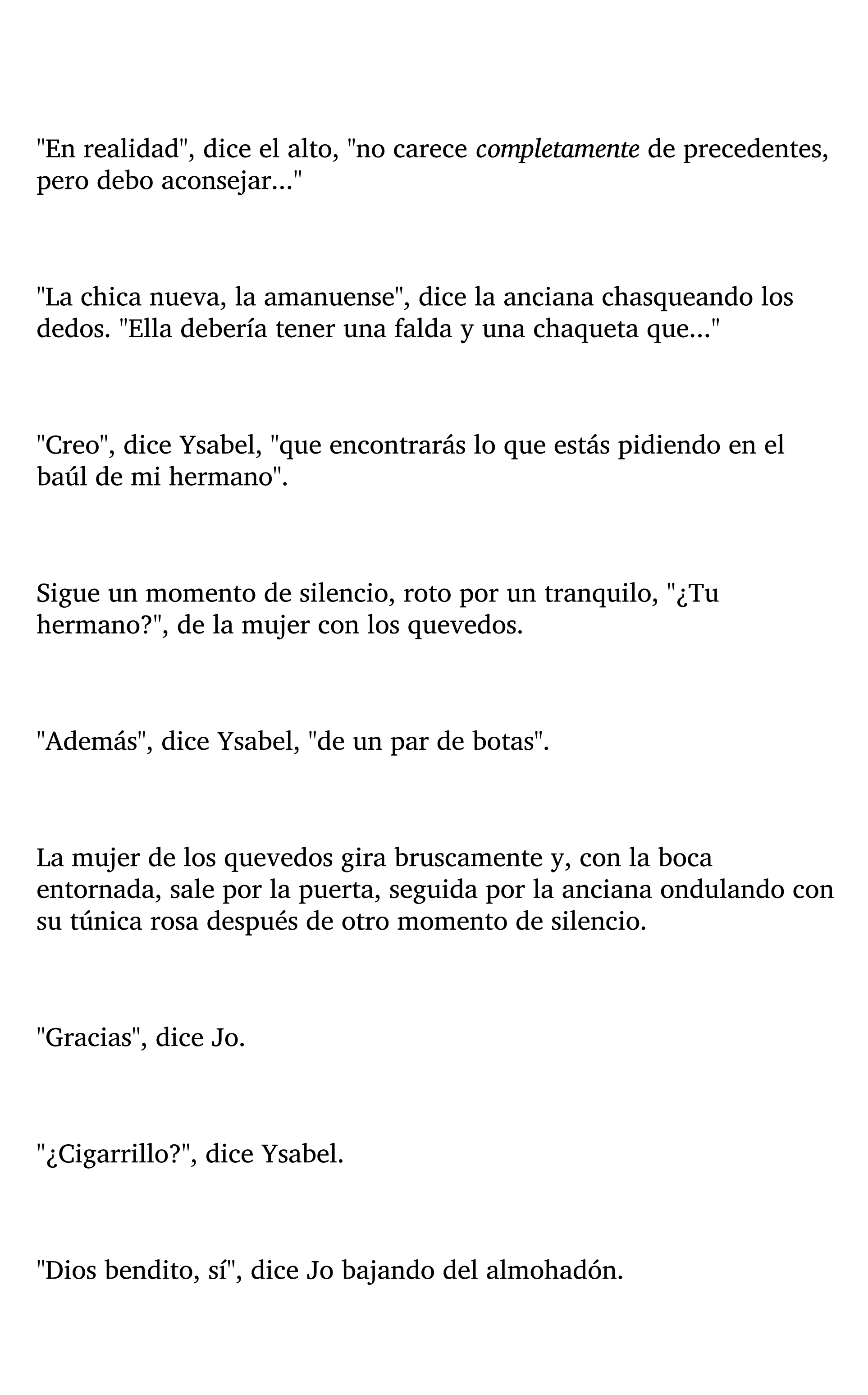
"Sin embargo", dice el alto, "debe tener en cuenta que se dirige no sólo a una persona sino a las personas que gobierna. Cuando se dirija directamente a nuestra Reina, limítese al plural en segunda persona: «vos» y «vuestro» en oposición a «usted» y «suyo». Yo *no*..." y su cara se quiebra entonces en una pequeña sonrisa irónica,"... anticipo que *este* punto, al menos, resulte difícil para usted".

"Lo que tú digas", dice Jo. "Mira, no voy a rechazar un vestido gratis, pero tal vez puedas hacer que sea simple. Ya sabes. Pantalones. ¿Un par de pantalones, una bonita camisa?”

"Fuera de cuestión", dice la mujer con los quevedos.

"No podrías, querida", dice la anciana.

"*No* delante de la Reina", dice la mujer con los quevedos.



"En realidad", dice el alto, "no carece *completamente* de precedentes, pero debo aconsejar..."

"La chica nueva, la amanuense", dice la anciana chasqueando los dedos. "Ella debería tener una falda y una chaqueta que..."

"Creo", dice Ysabel, "que encontrarás lo que estás pidiendo en el baúl de mi hermano".

Sigue un momento de silencio, roto por un tranquilo, "¿Tu hermano?", de la mujer con los quevedos.

"Además", dice Ysabel, "de un par de botas".

La mujer de los quevedos gira bruscamente y, con la boca entornada, sale por la puerta, seguida por la anciana ondulando con su túnica rosa después de otro momento de silencio.

"Gracias", dice Jo.

"¿Cigarrillo?", dice Ysabel.

"Dios bendito, sí", dice Jo bajando del almohadón.

"¿Si se me permitiera retomar el hilo de mis instrucciones desde el momento en que me obligaron a dejarlo?", dice el alto de la cara estrecha. "Cuando comience la audiencia, señorita Maguire, esperará en la parte de atrás de la habitación hasta que la llamen específicamente ante nuestra Reina".

Ysabel abre un ruidoso cajón en un desordenado tocador alzado sobre raquíticas patas, y rebusca hasta sacar una pequeña caja de madera. “Permítale que lleve la conversación por donde quiera; puede que desee hablar en voz baja.", el hombre alto se permite otra estrecha sonrisa. "Esto *no* carece de precedentes".

Ysabel abre la caja y saca un delgado cigarrillo marrón, que arroja a Jo.

"Responda a cualquier pregunta que pueda con franqueza, discreción e ingenio, y lo hará bien".

"¿Clavo?", dice Jo olisqueando el cigarrillo.

"No somos completamente impredecibles", dice Ysabel. "Mayordomo, ¿si no te importa?"

"Cierto", dice Jo, "¿un encendedor?"

El alto les da la espalda, mirando hacia la ventana que da a un pequeño patio verde, una calle iluminada. Ajustando ostentosamente su levita negra. “¿Un encendedor?”, dice Ysabel. "Por supuesto". Se desabrocha la bata y la deja caer, luego saca una caja de fósforos de la caja de madera y cruza la habitación hacia Jo. El cristal transparente capta la tenue luz y parpadea en el alfiler de oro que perfora su ombligo. El fósforo estalla en llamas.

“¿Dónde estaba?”, dice el mayordomo. "Sí. Abordará el tema en

cuestión, ah, de cualquier forma que ella elija."

Ysabel sonríe cuando Jo se inclina hacia adelante para tocar el cigarrillo con la cerilla. El clavo crepita cuando se enciende.

"Dicho tema, el asunto sobre el que depende todo este alboroto, es la cuestión de si acepta o no la custodia de la Princesa".

Ysabel apaga el fósforo y lo deja caer, cruzando la habitación hacia la cómoda mientras Jo toma una profunda y crepitante calada.

"Esa respuesta, por supuesto, será «no»".

Ysabel abre otro cajón y saca algo sucio de él, un montón de lencería. Una camiseta interior. La levanta sobre su cabeza y serpentea dentro de ella. Tira para ajustarla en su sitio.

"La Reina la exiliará y eso será todo". Se da vuelta arqueando una pierna de puntillas, doblado un poco incómodo para acortar la entrepierna.

Jo, soplando humo, frunce el ceño. "¿Exilio?", dice ella.

"Por supuesto", dice el mayordomo. "Rechazar el oficio *debe* tomarse como un insulto. Pero: el Carro será devuelto a su lugar legítimo. La Princesa será guardada una vez más por alguien que pueda quedarse con ella. Y *usted* tendrá la libertad de ir a cualquier otro lugar que desee: eso, como dije, será todo".

"Vale", dice Jo.



En la oficina larga y estrecha con paredes color crema indeciso y escritorios verdes y delgados, cada uno con una pantalla de ordenador y un teléfono y la mayoría con un teleoperador parloteando o bostezando, Becker se sienta detrás del gran escritorio en la parte delantera, una taza de café en una mano, un auricular telefónico encajado entre la oreja y el hombro. "Lo que estoy viendo", dice, "es una habitación donde Rob está aquí, y TJ y Dorfman y Denice y Christian están aquí. Guthrie está aquí. Demonios, yo *estoy* aquí. Lo que *no* estoy viendo, Jo, es a ti. Tú no estas aquí ¿Por qué es eso? "

En el borde de la enorme cama oscura de Ysabel, sobre el grueso edredón blanco se sienta Jo, vestida con pantalones negros ajustados y botas negras de jinete hasta la rodilla y una camisa blanca abierta con mangas onduladas y un cuello plano y ancho. "Um", dice ella en el auricular de oro y marfil de un teléfono de Princesa en una bandeja de plata sostenida por un chico medio engullido por un tabardo blanco bordeado con una trenza dorada.

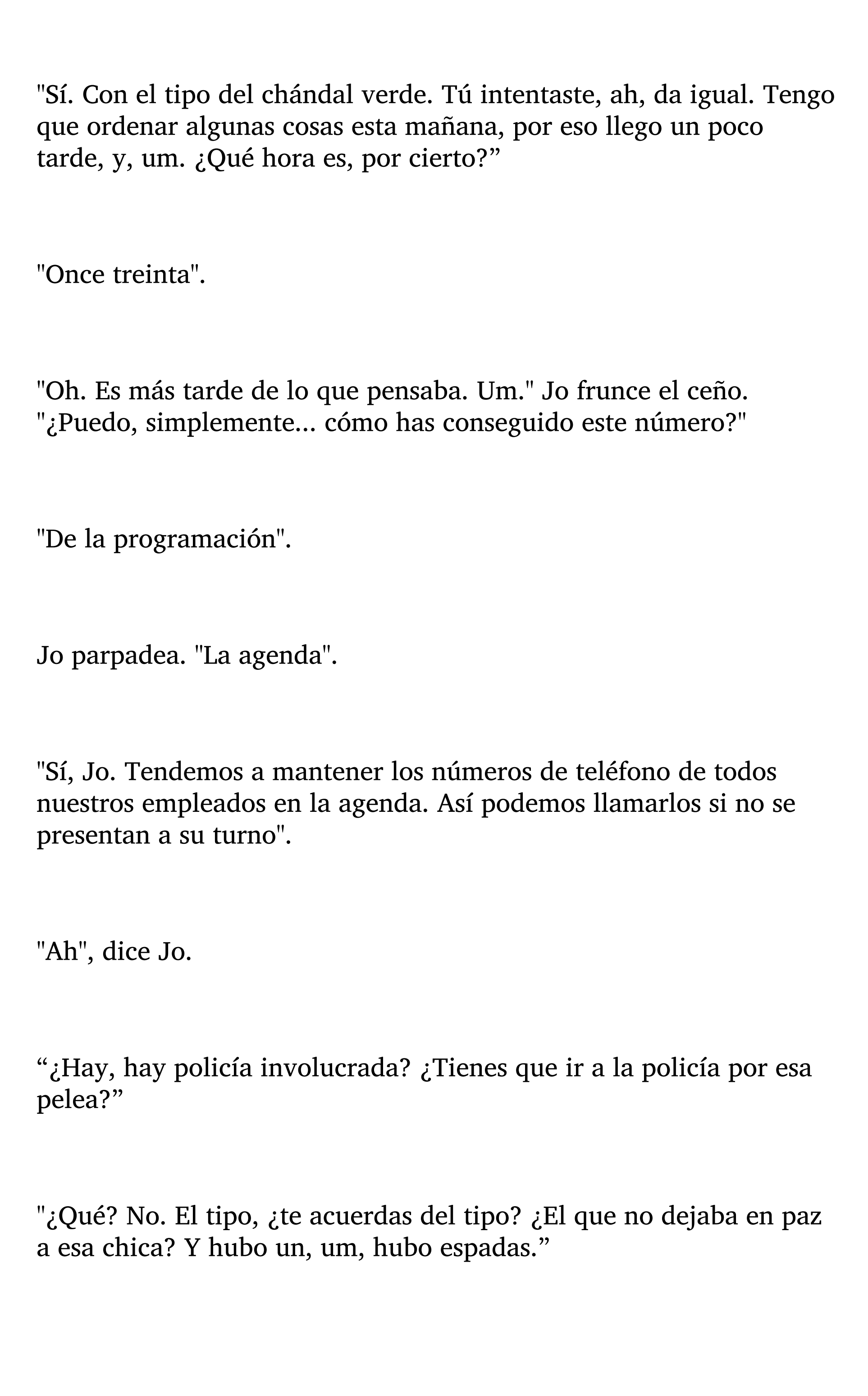
"¿Um?", dice Becker.

“Sí, mira, pasó esa cosa. ¿Te acuerdas de la fiesta? ¿Anoche?

"Sí".

"¿Y la pelea?"

"¿Te metiste en una pelea?"



"Sí. Con el tipo del chándal verde. Tú intentaste, ah, da igual. Tengo que ordenar algunas cosas esta mañana, por eso llego un poco tarde, y, um. ¿Qué hora es, por cierto?”

"Once treinta".

"Oh. Es más tarde de lo que pensaba. Um." Jo frunce el ceño. "¿Puedo, simplemente... cómo has conseguido este número?"

"De la programación".

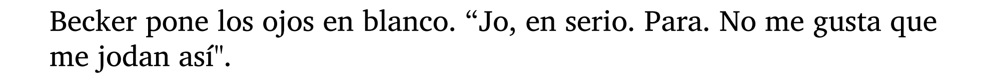
Jo parpadea. "La agenda".

"Sí, Jo. Tendemos a mantener los números de teléfono de todos nuestros empleados en la agenda. Así podemos llamarlos si no se presentan a su turno".

"Ah", dice Jo.

“¿Hay, hay policía involucrada? ¿Tienes que ir a la policía por esa pelea?”

"¿Qué? No. El tipo, ¿te acuerdas del tipo? ¿El que no dejaba en paz a esa chica? Y hubo un, um, hubo espadas.”


Becker pone los ojos en blanco. “Jo, en serio. Para. No me gusta que me jodan así".

"No pretendo hacerlo", dice Jo.

"Si no puedes llegar aquí antes del mediodía, no te molestes en venir hoy. ¿De acuerdo?

"Becker, escúchame, no estoy..." Jo suspira, luego levanta la mano para dejar caer el auricular en su base dorada.

"Pero quedan cinco minutos hasta la audiencia, Princesa, señorita Maguire", dice el mayordomo.

"Sí", dice Jo, "gracias. ¿Podríais, simplemente, ah, dejarme en paz? Durante un minuto, quiero decir. Ysabel no, obviamente, es su habitación, pero..."

El Mayordomo mantiene la puerta abierta para la mujer con los quevedos, que sale con los faldones color borgoña agarrados en una mano con uñas negras, seguido del regordete paje con el teléfono en la bandeja de plata. "Enviaré a alguien a buscarlas a los dos", dice el mayordomo, cerrando la puerta detrás de él.

"¿Y bien?", dice Ysabel, deslizando un palillo rojo oscuro en la base de su cola de caballo.

"¿Qué demonios está pasando?", dice Jo cerrando su blusa blanca. "Becker no recuerda el duelo. En absoluto".

Ysabel se ajusta la blusa negra, comprueba la caída de su sombría falda gris en el espejo de tres vías.

"¿Y bien?", dice Jo. "Me llama al número del móvil y me localiza aquí". Pasa una mano por su corto, corto pelo, revolviendo los mechones oscuros al azar. "¿Estáis redirigiendo mis llamadas o algo así? Y era el amanecer, ¿qué, hace una hora? ¿Máximo? ¿Y ahora es casi mediodía?" Tira de la camisa otra vez. "¿Qué *es* todo esto? ¿Quiénes son vosotros? ¿Y cómo *coño* se abrocha esta camisa? "

"Las cintas", dice Ysabel.

"¿Cintas?"

"En la parte inferior. Envuélvelas alrededor de tu cintura y átalas".

"Oh", dice Jo. Alcanza las largas cintas que salen de las colas de la camisa y las ata en un lazo flexible sobre su cadera izquierda.

"¿Qué tal te queda?", dice Ysabel.

"Me siento como un pirata". Jo mira hacia abajo. Se estira para tocar la piel entre los pliegues de la camisa que aún está abierta. "Una camiseta estaría bien". Allí, justo a la izquierda de su esternón.

“O un botón, aquí arriba. ¿Quizás un sujetador?”

"Ya lo tengo", dice Ysabel entrando en el armario. Sale con un chaleco negro, la parte delantera está cargada de densos bordados dorados. “Ponte esto y abróchalo. Te ves bien".

Jo se desliza dentro del chaleco. "Tu madre es una Reina", le dice. "Y tú eres una Princesa".

"Sí", dice Ysabel ajustando el cuello de Jo cuando esta comienza a abrocharse el chaleco.

"¿De qué?"

"La ciudad", dice Ysabel. "Bien. Esto es todo, al menos".

Jo mira a los ojos de Ysabel. "¿Entonces qué es esto? ¿Algún tipo de familia, de algún viejo país, como la mafia? ¿O los cíngaros?”

Ysabel retrocede. Cruza los brazos. "¿Quiénes sois vosotros?", dice ella con una leve burla. "¿Qué demonios está pasando? ¿Qué es todo esto? "

"Basta", dice Jo.

"No *es de tu incumbencia*, Jo Maguire". Ysabel estira de manera rebelde un mechón de cabello negro teñido detrás de una oreja. Sonriendo, le dice: “Tú sal y di que no y eso será todo. Terminado y acabado. Como si nunca hubiera ocurrido".

"Ya", dice Jo.



La música, de donde sea que provenga, destaca como el agua que cae. Las cascadas de discretas campanas aflautadas cambian en un tema simple que se pierde en todos sus retrasos reflejados. Jo está de pie a un lado de la gran sala trasera, ojos cerrados, escuchando. Debajo de dos escalones de poca altura en un mullido sofá seccional de cuero blanco suave se sienta una mujer fornida, toda de negro y con el largo pelo negro peinado, brillante y artístico. Un sombrerito, que parece un pastillero negro, se ladea en un alegre ángulo. El Mayordomo se inclina con cierta dignidad sobre el respaldo del sofá para murmurar en su oído mientras un hombre corpulento que tensa los hombros de un brillante traje azul espera pacientemente. Junto a las puertas francesas que se abren a un jardincillo sombreado se encuentra Ysabel recogiendo las cortinas de gasa. "Tú", dice Roland, en voz baja, "eres una desgracia".

Jo abre los ojos. Roland está de pie junto a ella con los brazos cruzados y sus ojos en la Reina, toda de negro. Él lleva una camisa blanca con corbata amarilla y pantalones de mezclilla, y observa el chaleco dorado de Jo, su blusa blanca, levanta la vista para mirarla a los ojos. "Con esos colores", dice. "¿Sabes lo que hace falta para usar esos colores?" Jo no dice nada. “¿Para hacer lo que yo hago? ¿Ser lo que yo soy?” Él no levanta la voz. “Debes con escudo y vara salvarte de nueve lanzas arrojadas todas a la vez. ¿Podrías hacer eso? Debes escapar de la caza en un bosque y volver de entre las ramas ileso, sin un mechón despeinado del cabello, y debes

mientras corres saltar una rama de tu altura y pasar bajo otra de la altura de tu rodilla. Debes poder componer un poema con las rimas y los ritmos que lo hagan digno de ello." Su sonrisa es fina. "¿Puedes hacer algo de eso?", le pregunta. "¿Mortal?"

“Viene ahora ante vos”, dice el Mayordomo, “Jo Maguire y vuestro caballero, Sir Roland, el Carro”, y Jo se impulsa en la pared delante de Roland, más allá del gran hombre con su brillante traje azul, con su rostro radiante, subiendo y bajando por los escalones de poca altura y rodeando el blanco sofá para pararse delante de la Reina. Jo frunce el ceño, mira por encima del hombro para ver a Ysabel allí, junto a las puertas francesas, con las manos ahora entrelazadas a la espalda. "¿Señorita Maguire?", dice la Reina.

"Lo siento, madam. Su Majestad. Acabo de...”

"El parecido es notable", dice la Reina con la cabeza inclinada hacia el murmullo del Mayordomo. "Aún así. Ella *es* mi hija. ¿Qué más se puede esperar? Gracias”, le dice al enderezado Mayordomo. "¿Confío en que nuestra Gammer Gerton os haya recuperado completamente?"

"Ah", dice Jo, "sí. Madam. A menos que haya algún efecto secundario en ese potingue que usó". Jo levanta la mano y toca el botón superior de su chaleco. Lo pellizca. Baja la mano.

"Roland", dice la Reina.

"Su Majestad", dice Roland, "Fui intemperado..."

“Fuiste un idiota. Si no fuera por la destreza de tu espada, podríamos llegar a cansarnos de limpiar tus incómodos desastres".

"Madam", dice Roland.

“No obstante, aquí estamos todos, y tengo un almuerzo al que asistir. Señorita Maguire. Aunque sin culpa propia, se encuentra con el cargo y oficio de seguridad de nuestra hija. Esto le cabe aceptarlo o rechazarlo”. Donde sea que esté, la música se detiene lentamente, como una caja de música de cuerda. "¿Qué dice?"

Y Jo dice: "Sí".

La Reina examina al Mayordomo, cuya manzana de Adán sube al tragar tras los postes de su cuello. "Usted acepta", le dice a Jo.

Jo mira a Roland, que permanece inmóvil con los ojos cerrados. Ysabel detrás de ella se ha tapado la boca con la mano. Jo respira hondo y mira a la Reina directamente , a sus ojos oscuros y oscuros. "Acepto", dice Jo.

La Reina suelta un suspiro corto y agudo. "Muy bien". Roland niega con la cabeza. Tras su mano levantada, Ysabel está sonriendo.

"¿En qué estabas pensando?"

"¿En qué estabas pensando?"

Ysabel está de pie en la acera, brazos en jarras, ojos enfadados, medio ocultos por estrechas gafas de sol negras puestas contra la amenazadora luz solar de la tarde. Jo; aún con esas botas negras, esa camisa blanca holgada, el chaleco negro y dorado; baja los escalones desde el porche de la vieja casa verde. "No sé", dice ella moviendo una gran bolsa negra colgada de un hombro. "¿Que no era posible meter todos esos zapatos en esta bolsa?"

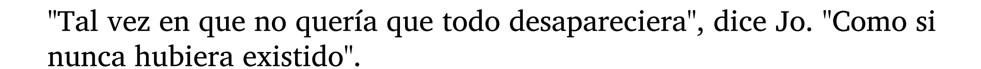
“Esto es completamente culpa *tuya*, Jo Maguire”.

"No tenía idea de que te iba a *echar*," dice Jo dejando caer la pesada bolsa a los pies de Ysabel.

"*Echarnos*", dice Ysabel. "A las dos. Ahora tienes el cuidado de mí. No puedes hacerlo muy bien a mitad de camino de la ciudad. Y no puedes quedarte aquí". Cruza los brazos y mira hacia la calle. Se pellizca la boca. "Así que voy a donde tu vayas", dice ella.

"Qué suerte la mía", dice Jo.

“Te dijimos cómo salir de esta, Jo”. Ysabel se da vuelta para mirar a Jo con las gafas de sol bajas. "Tú *no perteneces aquí.* Te mostramos el camino para salir". Empuja las gafas de sol hacia arriba. “Y te negaste a tomarlo. ¿En qué estabas pensando?



"Tal vez en que no quería que todo desapareciera", dice Jo. "Como si nunca hubiera existido".

"Qué suerte la mía", dice Ysabel.

Jo saca la pesada bolsa negra de la acera y se la cuelga al hombro. "Va a llover", dice. Comienza a marchar hacia la esquina. Tras un rato, Ysabel comienza a seguirla. "¿A dónde vas?", le dice ella. "¿Jo?"

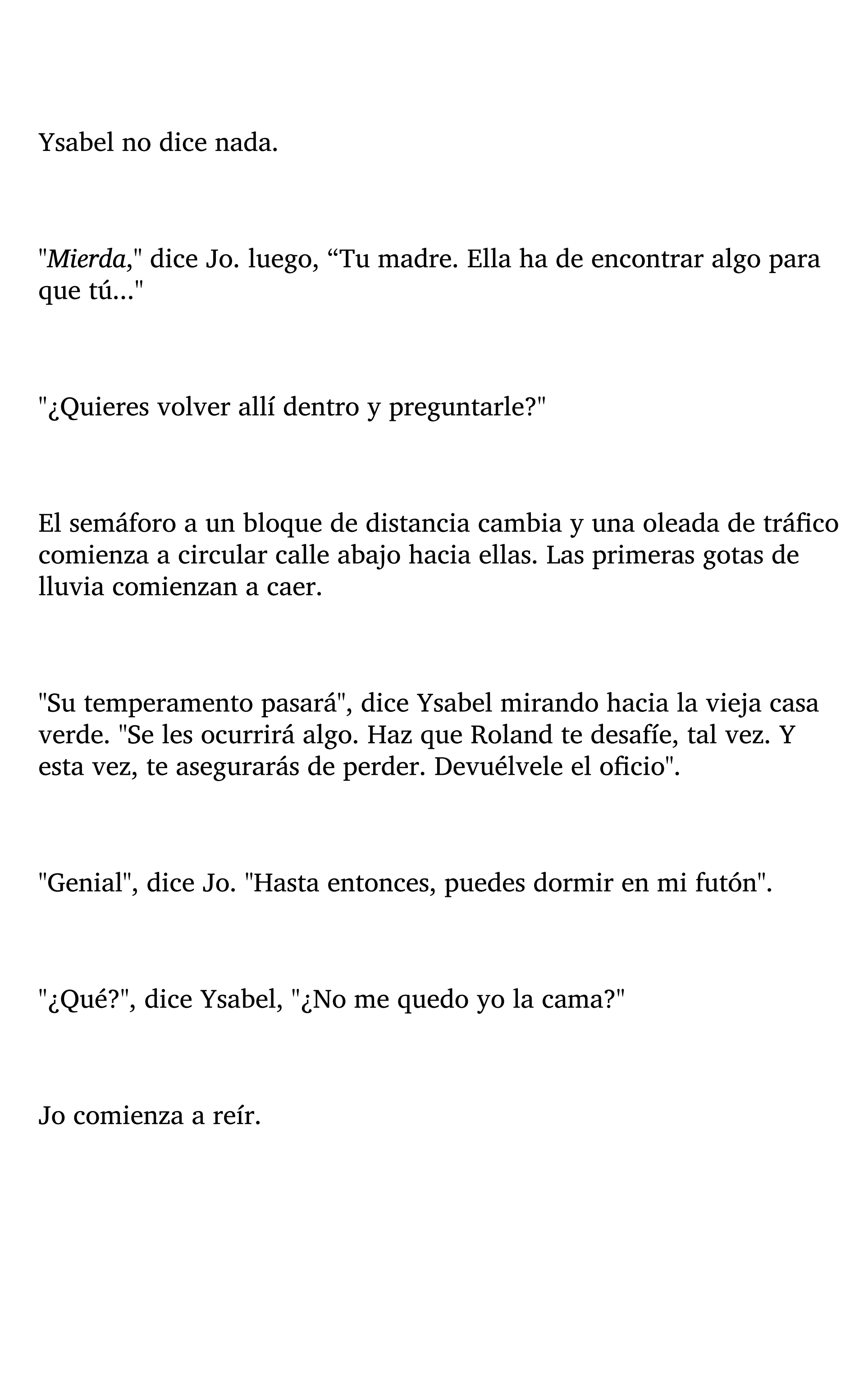
"¿Eh?", dice Jo en la esquina. Al otro lado de la intersección está la destartalada casa de Robin.

"¿A dónde vas?", dice Ysabel alcanzándola. La luz vespertina está cambiando, sofocándose en berrinches y achaques. Los árboles de la calle Everett comienzan a agitar sus hojas.

"Vas a donde yo voy, ¿verdad? Bueno, voy a conseguirte una habitación de hotel. Instalarte y tal vez podamos empezar a encontrar una manera de hacer esto bien".

"Una habitación de hotel", dice Ysabel. "Qué generoso de tu parte. Con tus camisetas de diez dólares y tus cigarrillos con filtro".

Hay una pausa en el tráfico. Jo no empieza a caminar. “Tú tienes dinero. ¿No?", dice ella esperanzada.



Ysabel no dice nada.

"*Mierda,*" dice Jo. luego, “Tu madre. Ella ha de encontrar algo para que tú..."

"¿Quieres volver allí dentro y preguntarle?"

El semáforo a un bloque de distancia cambia y una oleada de tráfico comienza a circular calle abajo hacia ellas. Las primeras gotas de lluvia comienzan a caer.

"Su temperamento pasará", dice Ysabel mirando hacia la vieja casa verde. "Se les ocurrirá algo. Haz que Roland te desafíe, tal vez. Y esta vez, te asegurarás de perder. Devuélvele el oficio".

"Genial", dice Jo. "Hasta entonces, puedes dormir en mi futón".

"¿Qué?", dice Ysabel, "¿No me quedo yo la cama?"

Jo comienza a reír.

Coda 1

También sabía algo acerca de la escritura, ya que cuando deambulaba por la ciudad había visitado bibliotecas públicas y leído suficientes historias para saber que había de dos clases. Una clase era una especie de cine escrito, con mucha acción y casi ningún pensamiento. La otra clase era sobre personas inteligentes e infelices, a menudo autores mismos, que pensaban mucho pero no hacían gran cosa. Lanark supuso que un buen autor tenía más probabilidades de haber escrito la segunda clase de libros.

—Alasdair Gray



El mundo visible es simplemente su piel.

—William Butler Yeats

N° 2: Fidesa

“¡Julio, Julio!” / La Sonrisa de Ganesa

"¡Julio, julio!", canta Jo en la ducha. "¡Nunca me pareció tan extraño, nunca me pareció tan extraño!"

Ysabel, sentada junto a la ventana abierta, enciende un cigarrillo y da una calada. Apaga el fósforo, sopla el humo afuera. Estira una pierna larga y desnuda sobre el fino y falso balcón blanco. Lleva una sudadera azul de gran tamaño que dice «¡Brigadoon!» Levanta la mano para quitarse una miga de tabaco del labio.

“Y el agua rueda por el desagüe”, canta Jo abriendo la puerta del baño. Su cabello mojado está pegado a su cráneo, los mechones negros densos frente a la pelusa amarilla. Está envuelta en una toalla de Bob Esponja. Se deja caer al pie del futón y comienza a excavar en un nido enredado de ropa. "¡Ajá!", tira de un par de medias negras y las levanta. Las huele. Se encoge de hombros.

"Vives en una pocilga", dice Ysabel.

"¿Qué?", dice Jo poniéndose en pie, tirando de las medias sobre sus caderas.

"Vives", dice Ysabel, "en una pocilga. Deberías traer a alguien aquí para limpiarlo".

Jo mira a Ysabel. Tose un solo resoplido de risa. "Sí", dice ella. "Me pondré a ello". Se desenrrolla la toalla y agacha la cabeza, revolviéndose el pelo.

Es un pequeño estudio. Hay una pequeña cocina a lo largo de la pared frente al baño. El fregadero está lleno de platos sucios, envoltorios vacíos de tallarines Ramen, un cenicero medio lleno, restos de una caja de Coca-Cola Light. Una extensión petrificada de antiguos espaguetis secos se aferra a la pared sobre la pequeña

estufa eléctrica. El futón de Jo ocupa la mayor parte del espacio abierto. En la esquina junto a la ventana hay una gran bolsa negra repleta de zapatos: sandalias de tacón alto con correas delgadas, botas altas de cuero marrón claro y lacio, sandalias deportivas impecables, negras y amarillas y blancas. Un pequeño televisor se posa en una caja de leche encima de un montón de bolsas de patatas fritas y más latas de Coca-Cola Light y un zapato perdido o dos.

Ysabel principalmente se humedece los labios y mira por la ventana hacia las verdes colinas al Oeste, barriendo hacia el Norte. Más allá de la dispersión de rascacielos y edificios de apartamentos, la gran curva del puente de la autopista se cierne sobre el río. El cielo es alto y blanco. Será un día caluroso y húmedo.

"Maldición", dice Jo. Se ha puesto una camiseta negra. Hay una gran cara de demonio rojo en ella, sacando la lengua. "Desearía que se decidiera y empezara a llover".

"Lo hará", dice Ysabel. "Muy pronto". Se reclina en el marco de la ventana y mira a Jo. "Tengo hambre", le dice.

"Aún queda algo de pizza".

Ysabel deja escapar una bocanada de humo por la ventana. "No quiero pizza fría", dice ella.

"Pues la calentamos..."

"Tampoco quiero pizza *caliente*".

"Ah". Jo está hurgando en la pila de ropa otra vez y aparece una minifalda de mezclilla negra. "Hay Ramen", dice ella, retorciéndose.

"Tú sabes lo que quiero, Jo".

"Y yo te estoy diciendo lo que puedes tener".

"Yo *quiero,*" dice Ysabel, "ir a un restaurante. Y comer una comida adecuada".

"Y yo quiero un millón de dólares", dice Jo poniéndose un par de medias de tubo que no coinciden. "Eso no va a suceder pronto".

"No puedes esperar que sobreviva con una dieta de tallarines y esas...", niega con la cabeza, "¡Esos paquetes de *sabor*!"

"Y Coca-Cola Light", dice Jo. “Y cigarrillos. Y pizza".

"Jo", dice Ysabel aplastando la colilla de su cigarrillo en la base de listones del falso balcón.

"Quiero decir, eres perfectamente libre de ir a donde quieras". Jo saca una gran bota negra y maltratada. “En cuanto a un restaurante o lo que sea. Demonios, *no* voy a detenerte".

"*Jo*," espeta Ysabel, girando para ponerse de pie.

"¿Qué?", dice Jo, y luego, saludando a Ysabel, "*No me lo digas*, lo sé, lo sé. Te tengo a mi cargo".

"Sí", dice Ysabel cruzando los brazos sobre el pecho.

"Como si hubiese sido idea mía", dice Jo suspirando.

"Tampoco fue elección *mía*", dice Ysabel. "Sin embargo, soy tu responsabilidad y quiero ir a un restaurante y comer un buen almuerzo".

Jo se pone en pie, su pierna se inclina un poco, una bota puesta y otra bota no. "Iremos al Roxy", dice. "Puedes comer una tortilla".

Ysabel abre la boca y luego se detiene, frunciendo el ceño. Asiente. "Al menos nos saca de este... *apartamento*," dice ella.

"Lo que sea", dice Jo inclinándose para recoger su otra bota. "Quizás quieras ponerte unos pantalones primero".



El hombre del traje de lino está parado en la esquina mirando hacia un gran edificio de ladrillos. La piedra angular está marcada con una brújula masónica y un cuadrado. Los letreros que anuncian un restaurante indio y una tienda principal se ciernen sobre las puertas delanteras entre columnas blancas con capiteles verdes. El hombre del traje de lino se agacha bajo un grupo de toldos teñidos con etiquetas de precios que revolotean y él entra en el cáñamo y la tienda mundial de artesanías.

"Hey", dice el niño detrás del mostrador. "¿Puedo ayudarte?"

"Sí", dice el hombre del traje de lino. Levanta una pequeña estatua, una figura delgada como un látigo que se enrolla en una improbable pose de oración. Él le sonríe. Su cara es carnosa y su rico cabello rojo cae de la cima de un flequillo en V en la frente. Lleva un largo tubo portafolios de artista negro colgado al hombro. "Dile a Su Gracia que el Estribo está aquí para verle".

El niño detrás del mostrador levanta el teléfono y dice algo. El Estribo mira hacia una pared empapelada con carteles religiosos hindúes superpuestos. Ganesa lo mira con suaves ojos oscuros. Si está sonriendo, esto se esconde detrás de su pecho rosado.

"Sube", dice el niño detrás de la esquina colgando el teléfono.

"¡Gaveston!", grita el joven que abre la puerta.

"Su Gracia", dice el Estribo.

"Entra, entra". Su Gracia está descalzo. Lleva pantalones de pijama y una bata hasta el suelo repleta de intrincados diseños curvos plumados de color púrpura y granate y dorado y marrón. Conduce a Gaveston por un pasillo oscuro hasta una habitación llena de luz de ventanas altas y estrechas. Una cama baja se extiende en medio. En la cama yace una mujer boca abajo. Ella tiene el pelo largo y rubio, usa un par de pantalones cortos de

encaje negro y tiene un bolígrafo en los dientes. Está frunciendo el ceño ante el crucigrama de un periódico.

“Por favor, disculpa el desorden”, dice Su Gracia. "Me estaba preparando para la reunión de personal de la mañana".

"Esperaba", dice el Estribo, "tener unas palabras en privado"

"Ah, no te preocupes, Tommy", dice Su Gracia sentado al borde de la cama. Señala al hombre rechoncho, vestido con una camiseta negra y vaqueros negros, y parado a un lado de la puerta. Su largo cabello oscuro brilla a la luz. “Tommy lo escucha todo. Ese es su trabajo".

Tommy gruñe. El Estribo mira a la mujer en la cama, luego vuelve a mirar a Su Gracia, quien hace una mueca tímida y se recuesta al lado de la mujer. Acaricia la parte baja de su espalda. Le besa el hombro. "¿Querida?"

"¿Qué", dice ella, "tiene seis letras y significa «palabra mágica». Comienza con P. "

"No tengo ni idea", dice Su Gracia. ¿Tal vez podrías salir a buscarla? Danos un minuto para hablar de negocios.”

Suspirando, ella se levanta de la cama, recoge su periódico y pasa al lado de Tommy hacia el pasillo oscuro.

"¿Y bien?" dice Su Gracia.

El Estribo respira hondo. Cambia el peso del tubo portafolio que cuelga de su hombro. "Su Gracia", dice. "Si lo permitís, me ocuparé de que mañana a esta hora... seáis un hombre casado".

Su Gracia frunce el ceño. Señala hacia la puerta. "¿Con *ella*?" dice.

"Oh, no, su Gracia", dice el Estribo. "Con la Prometida".

"Oh", dice Su Gracia. Mira a Tommy, que se encoge de hombros. Levanta la vista hacia el Estribo. "Continúa", dice y sonrie. "Te

escucho".

Portland, Dividido en Cuatro Quintos / Cerveza Brasileña, Tallarines Tailandeses / Disparando a la Luna

"Portland", dice Ysabel, untando mermelada en su tostada, "se divide en cuatro quintos".

"Cuatro", dice Jo. "¿No cinco?"

"Cuatro", dice Ysabel. Inclinándose sobre el plato, le da un mordisco a la tostada, con cuidado de su top sin mangas de seda color durazno. "Está el Noroeste, Sudoeste, Sudeste y Noreste". Su dedo toca cuatro vagos cuartos en la mesa púrpura entre su plato y la taza de café de Jo.

"¿Qué pasa con el Norte?"

"¿Qué pasa con él?"

"Es una gran parte de la ciudad", dice Jo, inclinándose hacia atrás. La máquina de discos debajo del crucifijo de yeso gigante en la pared del fondo está cantando sobre cómo has crecido, y sobre que ya no te importa, y odias a todas las personas que solías adorar. "¿No es uno de los quintos?"

"No hay nadie allí".

"¿No hay nadie en el Portland Norte?".

"Pero pocos de cualquier tipo", dice Ysabel, echando pimienta en su tortilla, "y ninguno de nombre".

"Vale", dice Jo, removiendo el café. "Pero todavía está allí. Todavía es parte de Portland. Todavía es un quinto".

"Si deseas ser quisquillosa, también podrías notar que no hay nadie técnicamente en el centro de la ciudad", dice Ysabel cortando

un limpio triángulo de la esquina de su tortilla. “Ni en el Casco Antiguo. Así que podrías hablar de seis quintos. O siete. Pero." Se lleva el tenedor a la boca, mastica, traga. "Intento mantener las cosas simples. Por ejemplo: toda la ciudad está técnicamente bajo el control de mi madre".

"Porque ella es la Reina".

“Además de el Anatema. A veces. Pero. El poder de ella se concentra en el Noroeste, y ese quinto representa los límites prácticos de su territorio. Hay demasiados champiñones".

“¿Qué?” dice Jo.

“En la tortilla. Hay demasiados champiñones. Y esa *todavía* no ha traído mi refresco. Sus colores", dice Ysabel, "los colores de mi *madre*", antes de que Jo pueda hacer su pregunta, "es el dorado y el blanco. También, el negro y el rojo. A veces. El resto de las quintas partes se reparten entre aquellos que le deben lealtad." Ysabel da otro mordisco. Jo sorbe su café. “El Sudoeste es el Conde, Conde Pinabel. Sus colores son el blanco, el azul y el rosa. Ya no va mucho por las colinas, y la mayor parte del centro de la ciudad está libre, sin reclamar, por lo que es el quinto más pequeño y el poder más débil. El quinto más grande pertenece al Duque Barganax; tiene la mayor cantidad de caballeros enfeudados..."

"¿Afeados?"

"Jurados a él". La camarera, con una ajustada camiseta negra que dice «Feliz Jodida Navidad», coloca un vaso alto en la mesa al lado del plato de Ysabel. "Refresco Orgeat Italiano con crema. ¿Algo más?"

"En realidad", dice Ysabel, mirando hacia arriba, "esta tortilla..."

"Está bien", dice Jo. "¿Traes la cuenta?"

"Claro", dice la camarera.

Ysabel deja caer su tenedor en el plato. Se sienta de nuevo.

"Debo", dice ella, "recordarme *constantemente* a mí misma que no sabes nada de quién soy y cuál es tu lugar adecuado".

"Ya", dice Jo inclinándose hacia adelante, con los codos sobre la mesa. "¿Y estabas diciendo? ¿Sobre este duque, con el feudo más grande?"

Después de un largo momento, Ysabel toma su tenedor. "Él tiene la mayoría de los caballeros", dice ella. "Si no fuera por mi madre, probablemente ya se habría apoderado del Trono. Sus colores son el rojo y el marrón, aunque a veces usa el el negro y el dorado".

"Vale", dice Jo. "Entonces. Noreste".

Ysabel mastica pensativamente. "Algunos colores rara vez se ven", dice ella.

"¿Y?"

"Casi nunca vamos al Noreste de Portland".

"Sí, pero ¿quién está allí? Es el cuarto quinto. ¿Quién lo tiene? "

Ysabel baja y aparta la vista, sus densos rizos oscuros se deslizan por detrás de un hombro para caerle ante la cara. Ella los levanta hacia arriba y hacia atrás con una mano. "El cabello de su cabeza cuelga hasta el suelo", dice en voz baja. "Sus ojos, estrellas; sus manos, de hierro. Las uñas de sus manos y pies, hoces. Ella se transforma en un perro, un gato, una mosca, una araña, un cuervo, una niña de aspecto malvado, y entra en las casas de la gente y lastima a las mujeres y causa problemas a los niños. Trae cambiantes y tiene diecinueve nombres".

"¿A qué demonios viene eso?", dice Jo, después de un momento.

"Noreste de Portland", dice Ysabel. "Luna negra, gris, fría y plateada". Ella sonríe brillantemente. "Quizá sería mejor que le pagaras a la mujer, Jo".

La camarera está poniendo la cuenta en la mesa. Jo hurga en su

mochila negra y saca un doblado fajo de billetes sujetos por un clip de carpeta de tamaño medio. Mirando la cuenta, saca uno de cinco y cuatro de uno, luego un quinto. "Deberíamos habernos comido la pizza", murmura.

"Sí, pero ¿y lo mucho más agradable que ha sido esto?", dice Ysabel. Limpiando su tostada.

"Y yo que aquí pensaba que el trato era ir a donde *yo* fuera", dice Jo.

“Pero *tú* terminas yendo a donde *yo* quiero ir”. Otra sonrisa brillante. "¿Ves con qué facilidad funciona todo?"

"Bueno", dice Jo. "Pues mejor será que quieras ir a trabajar conmigo ahora".

"Ciertamente", dice Ysabel. Suspirando.



Un niño con una chaqueta bomber marrón corre a toda velocidad por las puertas delanteras del antiguo templo masónico y sube las escaleras de dos en dos hasta el segundo piso. Su cabello castaño aparece en un copete mate. Lleva una bolsa de papel marrón. En la parte superior, ataja rodeando una brillante máquina de Coca-Cola y aparece poco después ante una puerta blanca escondida al otro lado. Llama a un alegre tatuaje con una mano. Hay un susurro detrás de la puerta y retumba una voz grave, "Duncan será un hombre".

"Y Farquahr será dos, cabronazo", dice el niño. "Abre ya".

La puerta se abre con una explosión de música brillante y una carcajada que no proviene del hombre que sostiene el pomo de la puerta, que es bajo y corpulento. Sus ojos son grandes y húmedos. Su largo cabello negro brilla. El chico de la chaqueta bomber lo

empuja al pasar hacia el oscuro pasillo hacia la brillante habitación al final. La música suena con un compás de bajo rodante y un pop duro y deslizante, alguien canta «Tengo que rendir homenaje a mi pandilla del Oeste», y hay risas del joven con camisa de seda dorada recostado en la silla de oficina con respaldo de mimbre. Lleva un brazalete de oro y sandalias de monje. "Pandulce", grita. "¿Qué novedades hay sobre el Rialto?"

"Traigo su puta cerveza", dice el chico de la chaqueta bomber. "Su Gracia". El suelo se cubre de luz solar proveniente de dos altas ventanas. El chico lo cruza rápidamente y pasa junto a el Estribo con su traje de lino para que le entregue la bolsa de papel marrón a Su Gracia, quien deja a un lado un recipiente blanco para llevar del que sobresalen un par de palillos rojos. Su Gracia saca un paquete de seis botellas oscuras de la bolsa. Levanta una botella para Pandulce, quien niega con la cabeza sin apartar la vista del gran televisor plano que cuelga en la pared. En la televisión, dos chicas con uniformes escolares se besan bajo la lluvia.

"Cerveza brasileña", dice Su Gracia girando la botella por el aire hacia el Estribo, quien se las arregla para atraparla. “Música Bhangra. Videos rusos”. Libera otra botella y se la ofrece al hombre bajito con el pelo largo y lacio. “Fideos tailandeses por capricho”. Saca una tercera botella y la sostiene con la uña debajo del borde de la chapa. “Teléfonos móviles y módems de cable. Porno japonés. Coches alemanes. Camisas italianas". La chapa sale disparada girando en el aire. “El mundo sigue mejorando, todos los días y en todos los sentidos. Y todo aparece en mi puerta con una llamada telefónica. Entonces dime...", y echa un trago, "¿por qué debería joderlo todo por tu idea de tonto del culo?"

"Porque le traerá lo único que no tiene, Su Gracia", dice el Estribo.

"La Prometida", dice Su Gracia.

"La Prometida", dice el Estribo. “Ella y la Reina han tenido una discusión. Esto es indiscutible. La *única* persona que ha visto a la Prometida estos últimos días ha sido la chica".

"La chica *Mortal*," dice el hombre bajo con el pelo largo y lacio.

"Que no sabe luchar", dice el Estribo. "Y no creo que sus propios caballeros tengan motivos para atacarse unos a otros", da un trago de un poco de cerveza. "La Prometida dejó la casa de la Reina el domingo por la tarde, Su Gracia. "Desde entonces no ha cruzado ni río ni carretera. Su Gracia no pisará los pies de nadie".

“¿Y cómo funciona eso?”, dice Su Gracia. "¿Me acerco a ella, oye, nena, cómo te va, quieres volver a mi escondite?" Se inclina hacia adelante en la silla con los codos sobre las rodillas. "No lo creo".

"Supongamos", dice la figura que se inclina allí, en las sombras entre la luz que se vierte desde las dos altas ventanas. Tiene nariz larga y delgada y los bordes de su cara son afilados. Sus ojos son de color azul pálido y su largo cabello negro está recogido en una sola trensa gruesa. Lleva un pareo azul y negro y una camisa blanca suelta medio desabrochada. “¿Quizá la Prometida se vea amenazada? Una banda de rufianes, digamos, la ataca cuando salen de ese edificio esta noche. Una amenaza no infrecuente, en cualquier área de esta ciudad que no esté fuertemente regida por un fuerte lord." inclina su cabecilla hacia Su Gracia. Su voz es muy aguda, rica, gentil y suave. “Afortunadamente, ocurre que unos caballeros pasaron por allí. Dieron rápida cuenta de estos rufianes, pero se presenta un problema en sí mismo: su guardián actual obviamente no puede mantener a salvo a la Prometida. ¿Qué debe hacer un caballero responsable?”

"Por supuesto", dice Su Gracia. "¿Y crees que vale la pena el riesgo?"

"¿Riesgo?" El hombre del pareo azul y negro extiende las manos en un encogimiento de hombros magnánimo y sonríe. "¿Quién podría culparle por tomarla bajo vuestra protección?"

"¿Que dices tú, Tommy?", dice Su Gracia.

"Me disgusta, Milord", dice el hombre bajo con el pelo largo y lacio con su voz profunda y gruñona.

“¿Te *pago* para que te disguste?”

"Es demasiado evidente, Milord. Demasiado fácil. Su Majestad no es idiota".

"Bastante cierto", dice Su Gracia, y luego, por un momento nadie dice nada. El estéreo surge con tablas y retumba con el bajo. Luego Su Gracia se pone en pie. "Pandulce", dice, "saca algo de dinero y reúne algunos sabuesos. Los lugares habituales: bajo los puentes, refugios. Suficiente para formar la pandilla de rufianes de Orlando".

"De jodido sobredaliente", dice Pandulce.

"Milord, no debería", dice Tommy.

"Ya tienen a un mortal en el campo", dice Su Gracia. "No cambiará el equilibrio. Gaveston".

"Su Gracia", dice el Estribo.

“Trabaja con Orlando en esto y llévate a Tommy contigo. Asegúrate de que esos sabuesos no joden todo el plan. Ellos *no* deben tocarla. ¿Entendido?", da una palmada. “Haced que me sienta orgulloso, muchachos. Esta noche me vais a embolsar una Prometida".



"En realidad, Jo", dice Becker desde su escritorio frente de la sala de teléfonos, "¿puedo hablar contigo un minuto?"

"Claro", dice Jo con su mano en el respaldo de la silla.

"Usemos la oficina de Tartt", dice Becker.

La oficina de Tartt tiene el mismo color crema indeciso que la sala de teléfonos. Es bastante grande para contener un escritorio y

un par de sillas. Adherido al tablón de anuncios sobre el escritorio, junto a notas adhesivas y mensajes telefónicos, hay una gran tarjeta azul que dice «Por supuesto que no parezco ocupado, lo hice bien la primera vez». Becker con su gran camisa de franela a cuadros se sienta a medias en el borde del escritorio lleno de pilas de papel. Jo cruza los brazos y se apoya en la puerta cerrada. El cartel sobre su hombro es una imagen grande de la Luna llena y dice «Dispara a la Luna ... Aunque falles, aterrizarás entre las estrellas».

"No es que tenga un problema", dice Becker.

"Entonces, ¿por qué estamos aquí?"

"Jo, ¿se va pasar ella todo el rato aquí, todas las noches?"

"¿Quién, Ysabel?" Jo está mirando directamente a Becker, que a su vez está mirando una de las pilas de papel en el escritorio de Tartt. "Ya te lo he dicho. Tiene feos problemas con su ex novio. Simplemente no se siente segura por sí misma en este momento".

"¿No tiene otro lugar al que pueda ir y, así, no estar sola?"

"Esto es sólo hasta que resolvamos las cosas. ¿Qué tiene de grave, Becker? Quiero decir, tampoco es que tú tengas problemas por ello ni nada".

Becker levanta la vista. Cruza los dedos sobre el regazo. "Ella es una distracción".

"¡Ella se queda en la cocina leyendo un maldito libro!"

“La gente hace preguntas. Tartt está haciendo preguntas".

"Pues ese es problema de Tartt".

“Jo...”

"¡Maldita sea, Becker, dijiste que estaba bien!"

“Dije que estaba bien el lunes. Estamos a miercoles. Jo, es genial

que quieras ayudarla, y a todo el mundo, pero..."

“Cállate, Becker, ¿de acuerdo? Simplemente no".

"Jo". Becker se mira las manos. La mira a ella de nuevo. "Sé que solo han pasado un par de días, pero *intenta* recordar que ahora soy tu jefe".

"Lo siento", espeta Jo, "¿no he sido lo bastante respetuosa?"

"Jo, maldita sea..."

"Perdón", dice Jo bajando la vista. "Perdón".

Becker respira hondo y exhala un suspiro.

"Si la vas a echar esta noche, tengo que ir con ella", dice Jo todavía mirando hacia abajo. "No tengo nada montado para cuidarla esta noche".

"Sí, bueno, tus números, puede que no sean tan malos".

Jo mira hacia arriba, sorprendida. "Te conseguí cinco completos por hora anoche..."

“Cuatro punto ocho. Y cinco son los esperados. Algunas personas, Guthrie, Lee, están llegando a seises y sietes. Te estás distrayendo, Jo".

"Así que me estoy distrayendo..."

"Puede quedarse aquí esta noche", dice Becker, levanta su postura sobre el escritorio de Tartt. “Pero mañana quiero que se vaya y que tú te quedes aquí. Al cien por cien". Jo sigue apoyada en la puerta, con las manos a los costados. “Jo”, dice Becker, “tengo trabajo que hacer. Igual que tú. ¿De acuerdo?", Jo no dice nada. Ella no asiente. "Quiero decir, es genial que quieras ayudar a una amiga y todo eso. Pero...", dice Becker, y no termina la frase.

“¿Pero qué?”, dice Jo.

"¿Vais vosotras...?", dice Becker, "quiero decir, ¿va a ir todo bien?"

"Irá bien, Becker", dice Jo abriendo la puerta. Sin mirarlo. "Irá bien".

Luz de Paneles Fluorescentes del Techo / Un Hueco Polvoriento / A Casa / ¿Qué es tan Peligroso?

La luz de los paneles fluorescentes del techo se desliza sobre la cocina blanca. A la mesita bajo una ventana oscura se sienta Ysabel en una silla de plástico blanco. Unas gafas de sol de Carey, una lata de Coca-Cola Light y una bolsita de plástico se encuentran al lado del grueso librito que no está leyendo. Ella tiene los ojos cerrados. Una esquina de la bolsita contiene una pizca de algo dorado.

Un hombre flaco cuyas manos de uñas oscuras brillan con anillos plateados empuja la puerta, que deja entrar el murmullo de una activa sala telefónica. Ysabel no levanta la vista. La camiseta negra del flaco dice «Fallecimiento Elegante». Abre bruscamente el refrigerador, inhala profundamente y suelta el aire melodramáticamente. "¿Fumas?", dice él.

"¿Quién?", dice ella mirándolo. "¿Yo?"

"¿Lo haces?", dice él cerrando el refrigerador. "Porque la idea del goulash tempeh recalentado *no* me acelera el motor".

"A veces", dice Ysabel. "¿Quieres un cigarrillo?"

"No", dice mirándose las manos y mirando la cafetera. "*Yo* no fumo. Sólo pensé que tal vez te gustaría tener algo que hacer. Cuando salgamos a charlar".

Ysabel mira la puerta cerrada que conduce a la sala de teléfonos. Descruza sus piernas. Lleva vaqueros ajustados que se ensanchan en los tobillos. "¿Vamos a salir?", dice ella.

"Sí", dice el flaco.

“¿Sobre qué vamos a hablar?”

"¿Cómo está Jo?", pregunta él. Se cepilla algo de sus vaqueros negros.

"Jo está, ah", dice Ysabel. Se sienta un poco cruzando las piernas. "Jo está bien". Mira hacia la puerta de la sala de teléfonos. "¿Algo va mal?"

Él está mirando los carteles de los empleados que detallan las reglas de tiempo extra, los descansos obligados por el estado para el almuerzo, una ocupada mancha de color en la pared blanca. "¿Todo te va bien a ti? ¿Quedarte en su casa?”

“Su apartamento es demasiado pequeño. Y es horrible". La sonrisa de Ysabel es pequeña e irónica. "¿Entiendo que *no* vamos a salir?"

Pero él se está cepillando los vaqueros otra vez. "¿Cómo está tu novio?"

"¿Qué?"

"Tu novio", dice mirando el librito y la bolsita que está al lado. "Eso es lo que dijo Jo. Que te quedas con ella porque tu novio es un malvado hijo de perra".

"Pues yo diría", dice Ysabel, reclinándose en su silla,"que todavía es malvado". Cruza una pierna sobre la otra otra vez. Lleva sandalias de cinta de cuero. Las uñas de los pies están pintadas de oro. "Tú eres Guthrie, ¿no?"

"Sí", dice él con la cabeza inclinada hacia un lado, aún mirando el librito. "¿Qué es lo que estás leyendo?"

Ysabel pone el libro en su regazo y pasa a página del principio. "Ella dando la vuelta con afligido semblante", dice ella, "Cristo, Piedad piedad Señor dignaos a mostrar; sobre boba Dama, sujeta a gran infortunio; y a vuestra poderosa voluntad. Su modesta humildad; probada en tan alto lamento e igual gloriosa muestra; esto hizo tan mella en su resuelto corazón heroico; que él dijo: Querida Dama, vuestro repentino trastorno, mucho me aflije". Ysabel cierra el librito y sonríe a Guthrie, que frunce el ceño en un

rincón de la esquina de la mesa. "Spenser", dice ella.

"Y mira", dice Guthrie, "esa es la cuestión. Esa, al parecer gloriosa, muestra. Eso era una fiesta de sábado por la noche".

"Sí", dice Ysabel. "Lo era".

"¿Y tú?", dice Guthrie, respirando profundamente, mirando al techo brillante, "¿Las tienes a menudo?"

"Cuando nosotros...", comienza a decir Ysabel.

"Porque...", dice Guthrie, mirándola con los ojos un poco entornados, "Creo que recuerdo más de lo que piensas".

La cara de Ysabel queda inmóbil durante un momento. Luego dice: "No sé de qué estás hablando. Pero si estás intentando conseguir una invitación para la próxima..."

"No quiero una invitación para la próxima", dice Guthrie.

“¿Qué *quieres*?”, pregunta Ysabel.

Guthrie se estira y se pasa una mano por el fino cabello. Se muerde el labio. De repente cae hacia adelante, girando sobre la cintura, cerniéndose sobre Ysabel y agarrándose al respaldo de su silla, al borde de la mesa. "Quiero asegurarme...", le dice al oído. “... de que lo entiendes. Jo no está sola en esto, ¿vale? Sea lo que sea".

Hay otro estallido de charlas en la sala telefónica cuando la puerta se abre. Una chica rubia con una taza de café pasa junto a Guthrie y se dirige a la cafetera. Guthrie se endereza. "Debería volver a los teléfonos", murmura él avanzando hacia la puerta.

"Guthrie", dice Ysabel.

Él se detiene a mitad de la puerta abierta.

"Aprecio todo lo que ella está haciendo por mí", dice ella.

"Bien", dice el flaco encogiéndose de hombros. La puerta se cierra detrás de él.

"¿Tienes idea de dónde han puesto la leche?", dice la rubia.



Desde la acera, el suelo se inclina abruptamente hasta una vieja cerca ciclónica. Más allá de eso, un muro de contención cae seis metros hasta la carretera de cuatro carriles llena de tráfico de treinta kilómetros por hora. Pandulce, con su chaqueta bomber marrón, se abre paso a través de un arbusto cuidadosamente podado hacia un transitado hueco de tierra entre las malezas donde la cerca se encuentra con el contrafuerte de hormigón del puente sobre la carretera. En una caja de cartón aplanada hay un hombre en cuclillas con ajada y mugrienta chaqueta deportiva a cuadros y una barba marrón. Junto a él hay una chica sucia, mancha de grasa en sus mejillas, manos ennegrecidas envueltas en trapos. Un viejo mohawk se extiende sobre su cuero cabelludo. El hombre parado junto al puente sostiene una botella vacía como un garrote. Los demás miran fijamente a Pandulce pisando cuidadosamente con sus mocasines. El hombre junto a la cerca no aparta la vista del tráfico.

"Tengo una propuesta", dice Pandulce con las manos extendidas. "Jodida simplicidad en ella".

"Todo pasa por el Oficial al Mando", dice el hombre barbudo en un oxidado tono monótono. "Ya lo sabes".

"Claro que lo sé", dice Pandulce, sonriendo. “Y tu OM me dijo: «lo que sea, que le follen. Que lo hagan los jefes, hazlo jodidamente ad hoc», a él no le importa una mierda. Así que ahora se lo estoy pasando a los jefes. Bueno." se agacha al lado del hombre barbudo. "Jefe. ¿Quieres ganar un puto dinero? "

"Claro", dice el hombre barbudo. Hay un largo rollo de fieltro industrial gris, salpicado de colores oscuros, enrollado, apoyado en

el contrafuerte de hormigón. Se retuerce. Rueda bocarriba. Hay una cara de ojos salvajes asomando cerca de un extremo. "Callad, callad, callad", dice.

"Hay dos chicas", dice Pandulce. “Una tiene el pelo rubio con esas mierdas negras, mechas. No podéis confundirla. Lleva una camiseta negra con un demonio y botas de combate. Van a salir de ese edificio", se endereza y señala a un modesto rascacielos que se cierne sobre ellos."poco después de las nueve en punto. Eso os da un par de horas".

El rollo de fieltro industrial se sienta y quienquiera que esté dentro se escurre a medias, un torso y un par de brazos en una chaqueta rosada de esquí, sucia y acolchada. Esa cara va escondida bajo la capucha. "Callad, intento dormir maldita sea". Pandulce lo mira y vuelve a mirar al barbudo. "¿De los tuyos?"

"No", dice el barbudo.

"Vale", dice Pandulce. Mira a la chica con el mohawk, que todavía lo está mirando. "¿Estás entendiendo todo esto?", le grita Pandulce.

"La otra", dice la chica con el mohawk.

"Sí", dice el hombre junto a la valla, que poco más que un chaval. Sus pómulos se curvan como hombros bajo sus ojos entrecerrados. "La otra chica".

"Dijiste que había otra chica", dice la chica con el mohawk.

"Sí", dice Pandulce, bajando la mirada hacia la tierra. "Callad, callad, callad", dice quien está en la chaqueta de esquí rosa. "Puede que estés familiarizado con ella", dice Pandulce.

"¿Sí?", dice la chica con el mohawk.

"La Prometida", dice Pandulce.

“A la mierda con eso”, dice el chaval impulsándose en la cerca. "Y una mierda. De ninguna manera el OM ha firmado esta mierda".

"Sólo sois jodidos sabuesos en esto", dice Pandulce poniéndose en pie. “Las asustáis. Eso es todo". El chaval no lo está mirando. "No os vais a ensuciar las manos porque ni se os va a *ocurrir* tocarlas. Sólo vais a montar un buen espectáculo para que los hombres de Su Gracia puedan rescatarlas. Y *sólo* los hombres de Su Gracia. Nadie más. Tenéis mi palabra".

"Pff. Ya", dice el chaval.

"¡Callad, callad!", grita quien está en la chaqueta de esquí rosa. Podría ser una mujer incorporándose, pateando el pesado fieltro. “¡Sin paz no hay maldita paz! ¡Jodidos negros! ¡Malditos negros de la pendiente, negros de la arena, negros picantes, negros cortados, malditos, estoy tratando de dormir!"

El barbudo no aparta la vista de Pandulce. La chica del mohawk mira hacia el edificio. El chaval mira hacia la carretera con los brazos cruzados.

"¿Ninguno de los hombres de tu Reina?", dice el barbudo.

"¡Malditos negros malditos duendes!", grita pateando el fieltro.

Pandulce agarra a la mujer que se apoya contra el hormigón con una mano. "¡Buu!" Ella da un respingo. "¿Sabes lo que acabo de hacer?", dice Pandulce. "¿Sabes qué mierda te acabo de hacer?" Ella está mirando hacia abajo, con una mano levantada como escudo. "¡Acabo de quitarte un puto año de tu vida, eso es lo que acabo de hacer!", le grita. "¡Un asquerosamente jodido año de tu miserable y despreciable vida!" Ella respira aire jadeando, superficial y sollozando. “¿Quieres probar otra vez? ¿Quieres decirlo de nuevo?”

Ella no dice nada. Tose.

"¿Y bien?", gruñe Pandulce.

La mano de ella aún levantada como un escudo.

"¿*Ninguno* de los hombres de tu Reina?”, dice el barbudo. "No queremos vernos atrapados en medio de otra escaramuza".

Pandulce suelta a la chica con el mohawk, retrocede. "No", dice. La mujer de la chaqueta de esquí rosa se desploma para sentarse con la espalda contra el hormigón. "Tienes mi maldita palabra".

“¿Y?”, dice la chica con el mohawk.

"Veinte dólares". Girándose, Pandulce saca tres billetes nuevos y nítidos del bolsillo de su camisa. "Para cada uno".

El barbudo sonríe. "Ya tienes a tus sabuesos".



La puerta de la sala del teléfono se abre. Jo asoma y gira la cabeza. "¿Estás lista?"

Ysabel levanta la vista de su libro.

"Vamos", dice Jo.

"¿Ahora adónde?"

"A casa", dice Jo. Y cuando Ysabel abre la boca para responder: "Ni lo pienses", dice Jo.

"Sólo para tomar una copa", dice Ysabel. "Una canción".

"Tú puedes ir a donde quieras", dice Jo. "*Yo me voy* a casa". Regresa a la sala telefónica. Ysabel cierra su libro y se levanta.

En el pasillo, Jo llama al ascensor pulsando el botón de bajar. "Tampoco tiene que ser un bar", dice Ysabel. "Ni un club". Jo no dice nada. "Eso", dice Ysabel, "podríamos ir ..."

“¿Adónde?”, dice Jo.

"No sé".

“¿Adónde, Ysabel? ¿Dónde están las bebidas gratis? ¿Sin cobertura? ¿Eh?

Ysabel mira a Jo. "No tenemos..", comienza a decir.

"Te zampaste lo último de nuestro efectivo en el almuerzo". Jo patea las puertas del ascensor. "El maldito ascensor más lento de la ciudad, te lo juro".

"El segundo más lento", dice Ysabel.

El ascensor timbra. Las puertas se abren de golpe. Cuando Jo entra, Guthrie y una mujer bajita de edad salen de la oficina por el pasillo. "Hey", dice Guthrie, "¿puedes esperar ...?"

"Ups", dice Ysabel pulsando el botón de cerrar la puerta. Las puertas se cierran. El ascensor se pone en movimiento.

"¿Por qué has hecho...?", comienza a decir Jo.

"¿Ese es amigo tuyo?", dice Ysabel.

"¿Qué tiene eso que ver con...?"

“¿Te habla? ¿Hablaste? ¿Esta noche?”

Jo se inclina hacia atrás. Decenas de tenues reflejos de Jo se inclinan con ella en los empañados espejos que recubren el ascensor. "Estamos al teléfono todo el tiempo", dice ella. "No salimos y charlamos precisamente".

"Estás cansada, ¿verdad?", dice Ysabel. "En realidad no haces ningún *trabajo* en este empleo, pero ..."

"La gente que te dice que te vayas a la mierda te agota un poco después de un tiempo", dice Jo.

"Pues entonces...", dice Ysabel levantando un dedo,"... sólo *una*

copita..."

"¡No podemos!" le dice Jo. "Cristo. Vete tú sola", mira a Ysabel de arriba abajo, vaqueros ajustados a la cadera y camiseta sin mangas color melocotón. "No tendrías que pagar ni un maldito centavo". El ascensor se detiene.

"Si voy a alguna parte", dice Ysabel en voz baja cuando las puertas se abren de golpe, "tienes que ir conmigo. *Lo sabes*".

"Bueno", dice Jo saliendo, "Me voy a casa. Ahí están tus opciones".

"Es tu *deber*", espeta Ysabel siguiéndola.

"Que le follen", dice Jo irrumpiendo en el vestíbulo iluminado.

“¡Dijiste que sí!”, grita Ysabel taconeando detrás de ella. "¡Estuviste *de acuerdo*!

"Demonios, desearía no haberlo hecho", dice Jo inclinándose hacia atrás para apuntar una gran bota negra hacia la barra de la puerta exterior de cristal y abrirla de un puntapié. En el exterior, el crepúsculo arde tras las colinas del Oeste. El cielo es de un tono azul profundo con índigos y negros en el Este, donde sólo pueden verse algunas de las estrellas más brillantes. Todavía hay más luz en el aire que la que emiten las farolas y el letrero luminoso del hotel de la esquina. Jo atrapa la puerta antes de que se cierre y la mantiene abierta para Ysabel. "Mira", dice Jo, quien respira hondo y dice apresuradamente: "No puedes venir aquí mañana".

"¿Qué?", dice Ysabel rotundamente, deteniéndose allí en la puerta.

"Que no puedes venir aquí mañana", dice Jo, mirando hacia abajo. "Lo ha dicho Becker". Sigue manteniendo la puerta abierta para Ysabel. "Tienes que quedarte en mi casa".

"¿Y tú?", dice Ysabel todavía de pie en la puerta.

“Yo iré a trabajar. Como hoy".

Ysabel respira hondo. La calle esta vacia. El único sonido real es el susurro del tráfico en la carretera a dos manzanas de distancia, escondido en su gran barranco. "Todavía no lo entiendes", dice ella.

"Eres *tú* quien no lo entiende", dice Jo. "No sé cómo era pasar el rato con Roland. Tal vez el tipo tenía una tarjeta de crédito mágica, no lo sé. Yo no la tengo, ¿vale? No podemos hacer lo mismo. Tengo un trabajo. *Tengo* que tener un trabajo. Y mi jefe me ha echado una bronca por tu culpa y *no* voy a hacer que me despidan".

"Nada de eso importa", murmura Ysabel. Ella comienza a caminar por la calle, lejos de la carretera detrás de ellas.

"Entonces puedes quedarte en casa mañana", dice Jo mientras deja que la puerta se cierre. Va tras Ysabel. “O ve a dónde coño quieras. Oficialmente no me importa".

"Nada de eso *importa*", dice Ysabel. Jo extiende la mano y la agarra del brazo. La detiene bruscamente. "¿Qué coño?", dice ella al tiempo que Ysabel dice: "Soy tu *responsabilidad*. Tienes mi custodia". Sus ojos están muy abiertos, su boca en un ceño fruncido. Está tratando de no respirar pesadamente. "No puedes dejarme en esa *pocilga* sin más. Sola. Debes mantenerme a salvo. A cualquier coste".

Jo parpadea. "¿Puedes parar con el tema de la pocilga?", dice ella.

"¡Maldita sea, Jo!" Ysabel se libera. Hay un tintineo vidrioso extrañamente distorsionado en algúna parte detrás de Jo.

"¿Qué?", dice Jo. "¿De qué te estoy protegiendo?" Hay un sonido metálico y otro.

"Jo", dice Ysabel.

"¿Qué es tan peligroso..." Otro tintineo."... que necesitas un maldito guardaespaldas veinticuatro siete?". Clonk.

Ysabel señala. Jo se da vuelta.

En la calle, desde el puente sobre la carretera, vienen cuatro personas: una chica con un mohawk suelto y las manos envueltas en trapos. Un hombre de mugriento camuflaje gris y negro, sus zapatillas un par de Nikes desintegradas. Un tipo alto con vaqueros negros ajustados. Un chaval con una vieja sudadera gris, su rostro torcido en un ceño fruncido. Tiene tres botellas de vidrio vacías en su mano derecha, dos dedos y el pulgar atorados en los cuellos de las botellas. Las levanta y tintinea una y otra vez. "Nenas nenitas", dice. "Buu", dice el alto. Están a una manzana de distancia y extendiéndose hacia la calle, y la chica con el mohawk está separando las manos, sonriendo. "Nenas nenitas", dice el chaval con las botellas. Clink. Clonk.

"Sería mejor...", comienza a decir Ysabel, mientras Jo, frunciendo el ceño, da un paso hacia ellos. "¿Christian?", dice Jo.

"Sería mejor *irnos*", dice Ysabel.

"Oh, mierda", dice el chaval dejando caer la mano que sostiene las botellas. La chica con el mohawk dice "¡Vamos!"

"¿Christian?", dice Jo de nuevo. "¿Qué está pasando?"

"Mierda", dice el niño. "¿Que coño estás haciendo *tú* aquí, Jo?"

“¿Nenas nenitas?” / Dispersando a los Perros / Violencia Inesperada / Santuario

“¿Nenas *nenitas*?”, dice Jo riendo.

"Cállate", murmura Christian sacando una botella de su pulgar. Lo arroja por la acera, girando de lado. Se estrella contra la puerta de un restaurante. “Hubiera funcionado. Te habría asustado muchísimo, si no me conocieras".

"Christian, hombre", dice la chica con el mohawk clavando el dedo del pie en la ranura de una pista de tranvía.

"Cállate, Mel", dice Christian.

“¿Tú *conoces* a estas personas?”, dice Ysabel. Está mirando hacia el puente sobre la carretera que baja la calle hacia el río invisible.

"Conozco a Chris", dice Jo.

"*Christian*", dice él lanzando la última botella por la calle para hacerla estallar contra la acera.

"Jo", dice Ysabel.

"¿Cuánto tiempo ha pasado?", dice Jo. "¿Casi un año?"

“¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Eh?", dice el alto con vaqueros negros ajustados.

"Más de un año", dice Christian. “No desde el viaje a la isla de Sauvie. El pasado agosto. ¿Cómo has estado?”

"Más o menos...", comienza a decir Jo.

"Vamos, *Christian*", dice la chica con el mohawk.

"Cállate, *Mel*", dice el chaval.

"...casi lo mismo", dice Jo. "Aún trabajando. Christian, ¿qué *demonios* estás haciendo?

"Asustándote", dice Christian. "¡Buu!"

"Esto no va bien", dice el hombre de camuflaje gris y negro. "No voy a dejar que tu amiga me deje mal con los vecinos".

"Sí", dice el alto y corta el aire con una mano.

Que le *follen*", gruñe Christian. “A los vecinos les conviene acudir los unos a los otros, confía en mí. Veinte dólares no son suficientes para quedar en medio de eso".

"¿Veinte?", dice el alto.

"Dijimos que haríamos algo", dice el hombre en camuflaje. "Tenemos que hacer esto bien".

"Jo", dice Ysabel tirando de su brazo. "En serio..."

"¡Buu!", grita Christian abriendo mucho los brazos. Ysabel da un brinco. "Dijimos que las asustaríamos", dice Christian al hombre en camuflaje. "Lo hemos intentado. Hemos fracasado. Que le follen".

"*Yo no me he llevado veinte", dice el alto.*

"Jo", dice Ysabel agarrada al brazo de Jo. Tirando de ella calle arriba hacia el puente sobre la carretera. "En serio deberíamos irnos".
"Pero", dice Jo.
"Ahora", dice Ysabel.
"El apartamento...", comienza a decir Jo, tirando hacia atrás contra Ysabel.
"No vamos a volver allí", dice Ysabel. "Por el puente. Volveremos a casa de mi madre".
"¿Ysabel?", dice Jo. Ceñuda. Dando otro paso tras ella hacia el puente. "Estos tipos, no..."

"Estos tipos no son los únicos aquí", dice Ysabel.

"¡Sabuesos!"

La palabra suena a su alrededor en voz alta y clara. El hombre en ropa de camuflaje levanta las manos. El alto grita y huye calle abajo. "¡Mierda!", dice la chica con el mohawk. Ysabel se da vuelta. En el puente sobre la carretera se alza una figura delgada en las sombras entre las farolas de color rosa anaranjado. Vestido con una falda negra azul, una camisa blanca, sosteniene a un lado una espada japonesa que apunta pesadamente hacia la calle.

"Demasiado tarde", dice Ysabel. "Demasiado tarde".

"¡Corred, sabuesos!", grita la figura. Camina hacia ellos, despacio, levantando la espada. "¡Huid! ¡Y rezad para que no os encontremos cuando nuestro asunto aquí haya terminado!"

"¡Que te jodan!", grita Christian tropezando con el hombre de camuflaje.

"Tiene una espada", dice Jo.

"Ya lo veo", dice Ysabel.

"Tiene una maldita espada".

"Ya lo veo. Jo". Ysabel tira del brazo de Jo.

"De acuerdo", dice Jo. Se alejan juntas, girando, caminando rápidamente, trotando, las botas de Jo taconean, las sandalias de Ysabel se agitan. Ysabel las conduce al otro lado de la calle hacia la esquina bajo el gran cartel de neón del hotel Danmoore. "Si llegamos a Burnside", dice Ysabel.

"¡Esperad, Milady!"

Esta voz es más grave, aunque no tan fuerte. En mitad de la calle, delante de ellas, al doblar la esquina, hay un hombre con un traje de lino pálido. Se cuelga un largo tubo de portafilio negro al hombro. "No hay necesidad de correr", dice. "La mantendremos a salvo". A tres bloques tras él, el tráfico rueda silenciosamente arriba y abajo por la calle.

"No estaba en peligro", dice Ysabel. Allí, bajo el zumbido del letrero del hotel, Ysabel toma la mano de Jo y dice: "Tengo a mi guardián. Partid ahora, con mi agradecimiento". Jo mira hacia adelante y hacia atrás, por Morrison, a lo largo de la 12, el hombre del traje de lino delante de ellas, la figura en la falda azul y negra todavía acechando hacia ellas, la espada ahora sostenida en ambas manos. "Ysabel", sisea Jo.

"Parece que su guardián, Milady, no está a la altura de la tarea", dice el hombre del traje de lino. Se quita el tubo portafolios y apoya el

extremo trasero sobre el pavimento. "Quién sabe qué más podría acosarla".

"¿Como tú, quizá?", dice Ysabel en voz alta. ¿Crees que pondrás las manos sobre tu Princesa? Cancela al Mooncalfe, el Estribo". La figura de la falda azul y negra ha llegado a la acera a su lado de la calle. Se agacha y da pasos largos y lentos para que su cabeza, hombros, brazos y espada permanezcan gráciles y firmes. Sus pies están descalzos.

"¿Dónde demonios está todo el mundo?", dice Jo.

"Milady", está diciendo el hombre del traje de lino, "no tiene por qué llegar a eso..."

"¡Cancélalo, Gaveston!", espeta Ysabel.

El Estribo se estremece. "Espera un momento, Orlando". Levanta la barbilla, frunciendo el ceño, para poder aflojarse la corbata roja. "Estás asustando a nuestra Princesa". Se desabrocha el botón superior de la camisa y se seca la frente con el antebrazo. El Mooncalfe se detiene, todavía en cuclillas, con la espada apuntando directamente hacia ellas. A un par de bloques, invisible, un carro grita.

"Están aquí", le murmura Ysabel a Jo.

"¿Qué?" dice Jo.

"Están aquí. Así que ya no estamos exactamente allí".

Jo frunce el ceño. "Yo, um", dice ella.

"Todo lo que pedimos es que vengáis con nosotros un momento, Milady". El Estribo desabrocha la parte superior de su cartera. "Nuestro maestro tendría unas palabras con vos".

"¿Se te ocurre alguna idea?", le dice Ysabel en voz baja a Jo. "¿La que sea?"

Jo, mirando a el Estribo, a el Mooncalfe, a las dos calles vacías, se encoge de hombros. "Grita", dice por la esquina de su boca.

"¿Que grite?", dice Ysabel.

"Igual les sobresalta. Nos da una ventaja". Ella mira a Ysabel. "Jesús. Yo que sé".

"¿Y bien?", dice el Estribo. "¿Milady?"

Ysabel aprieta la mano de Jo. "¿Y si...", dice ella y traga saliva,"... no quisiera hablar con vuestro maestro?"

"Lamentaría escuchar eso, señora", dice el Estribo. Se apoya en el tubo portafolios. "Lo lamentaría de veras".

"En ese caso", dice Ysabel, y grita.

"Oh, joder", dice Jo volviéndose y comenzando a correr, arrastrando a Ysabel tras ella. El Estribo gira la tapa superior del tubo portafolios y libera el pomo y la empuñadura de una espada. Se oye el roce del metal

al desenfundar. El tubo y la vaina escondida dentro caen al suelo con un ruido. "¡Orlando!", grita él. "¡Tommy!"

Por la 12, cruzando Morrison, las botas de Jo pisan fuerte, Ysabel jadea cogida de la mano. El Mooncalfe se inclina hacia ellas corriendo, golpeando con los pies, pero ellas lo superan, cruzan la calle, corren por la acera, pasando la larga pared en blanco de las ventanas, los carteles que anuncian tarjetas bancarias doradas y bajas tasas hipotecarias. Él avanza en su estela. El Estribo sopla y resopla detrás. Dando la vuelta a la esquina, surge un hombre bajito y grueso con pelo largo, rugiente, los brazos largos extendidos para atraparlas en un abrazo aplastante, su rostro roto por una horrible sonrisa gruñona. "¡Os pillé!", aúlla levantando las manos en el aire. Ysabel suelta la mano de Jo y tropieza por su impulso. Gira la cabeza para mirar hacia atrás a el Mooncalfe, a media manzana de distancia, inclinado hacia una espada levantada hacia atrás, el Estribo va detrás de él, con su espada como un bate de béisbol sobre su cabeza. Ysabel llama: "Jo, nosotras..."

Pero Jo ha bajado la cabeza cuando Ysabel le ha soltado la mano y los brazos, batiendo las botas, apisonando directamente al hombre, bajito y grueso de ojos muy abiertos, mientras intenta esquivarlo. El hombro de Jo con el brazo de Ysabel se estrellan contra el pecho del tipo sacándole el aliento y él da un paso hacia atrás y luego otro, con esos largos brazos revoloteando en busca de equilibrio mientras una Jo que corre de cabeza pierde el equilibrio y cae al suelo rodando. El hombre bajo y grueso se sienta pesadamente, tosiendo. Jo se sienta con las manos arañadas, las medias rotas alrededor de una rodilla ensangrentada. Ysabel se tapa la boca, con los ojos muy abiertos en medio de la acera. El Mooncalfe se planta derecho, esperando, con su espada alejada de su cuerpo y la cabeza ladeada, alerta. La desaceleración de el Estribo permite que sus brazos se relajen y caiga la punta de su espada. Tony se recuesta sobre un codo, se aprieta el pecho y aspira ruidosamente aire.

"¡Ysabel!", dice Jo extendiendo la mano.

E Ysabel da un paso tras otro, apartándose de Tony, cada vez más rápida, mientras Jo se pone de pie y agarra la mano de Ysabel. Empiezan a correr. Llegan al final del bloque. Se lanzan al otro lado de la siguiente calle. El Mooncalfe corre detrás de ellas, agachándose de nuevo con la espada hacia arriba y hacia atrás otra vez, pasando a Tony sin mirar atrás. El Estribo, espada al hombro, corre hacia Tony. Se agacha. Le da una palmada en el hombro, riéndose. "¿Estás bien?"

"Perra", dice Tony jadeando. "La perra me dejó sin aliento".

"Bueno", dice el estribo. "Ya lo has recuperado. ¡Vamos!

Tony lo mira. El Estribo lo ayuda a ponerse de pie.

"¡El aparcamiento!", dice Jo, señalando al otro lado de la calle tirando de ella. Más allá de un carromato de comida india, la cabina del asistente del estacionamiento está iluminada, vacía, con un trocito de luz interior brillante atrapada detrás del vidrio. Pasan corriendo al otro lado. Jo hace una mueca mientras desacelera, mirando las largas y oscuras filas de automóviles anónimos a la tenues faroles de color rosa anaranjado. "Maldición", dice ella. Acaban de pasar por la única entrada al parking, que se mantiene nivelada a medida que la calle se eleva. Su extremo más alejado es una pared a la altura del pecho con una barandilla encima. Detrás de ellas, el rápido aleteo de los pies de el Mooncalfe y el ruido sordo de los zapatos de el Estribo. Tony, gruñendo, soplando y resoplando detrás de ellos.

El Mooncalfe se detiene de repente al lado de la cabina del asistente, vacía, iluminada por luz fluorescente blanca. Cierra los ojos y la ciudad que lo rodea se calla. El oleaje de los neumáticos en el pavimento se desvanece. No hay bocinazos. No hay alarmas estridentes. No hay motores compactos que aceleren alejándose de las luces de freno, ni ruidos profundos de camiones al ralentí, los frenos de los autobuses a pocas manzanas no silban ni suspiran cuando se detienen. Nadie grita. No se filtra música de las ventanas abiertas. El ruido blanco de los ventiladores de la azotea desaparece y el viento no arroja las hojas de los árboles ante la iglesia al otro lado de la calle. Su espada se hunde y apunta lentamente hacia un pasillo de coches aparcados. Respira hondo y gira, lentamente, señalando ahora hacia el siguiente pasillo de automóviles.

"¿Y bien?", dice el Estribo de pie detrás de él.

Suspirando, el Mooncalfe levanta su espada. "Silencio", dice.

"¿Vamos a...?", comienza a decir Tony.

"Silencio", dice el Mooncalfe.

"Se fastidió", dice Tony. "Deberíamos abandonar y correr".

"Se ha salido un poco de control", dice el Estribo.

"Le dijimos al Duque que le entregaríamos una Prometida", dice el Mooncalfe. "Y eso es exactamente lo que haremos". Cierra los ojos de nuevo y nivela su espada. "Ahora, cerrad el pico".

Tony mira al Estribo, que se encoge de hombros. Él sostiene la espada ligeramente con una mano, descansando sobre el hombro, donde la cuchilla arruga el cuello de su chaqueta. Hay un roce de grava cuando alguien, en el fondo del estacionamiento, cambia de peso, y el

Mooncalfe salta de pronto sobre el capó del coche estacionado frente a ellos, su espada se desliza hacia atrás, sus pies descalzos golpean mientras da dos pasos y luego se acerca el sedán y luego al Jeep, desde el capó hasta el techo y nuevamente al capó. Las alarmas de los violentados automóviles cobran vida. A un tercio del camino desde el otro extremo del parking, Jo sale corriendo desde detrás de una minivan, Ysabel delante de ella. "¡Corre!", grita Jo mirando por encima del hombro hacia el Mooncalfe, que salta ligero hacia ellas, los coches se balancean y gimen a su paso.

El muro al final es demasiado alto. Ysabel salta con sus piernas en vaqueros azules pataleando para agarrar la barandilla, pero no puede izarse, pierde el control y cae de pie. Está llamando a Jo, sacude la cabeza cuando Jo corre hacia ella y la levanta con ambas manos hacia la parte trasera de una camioneta aparcada. Desde allí, Jo salta una vez y atrapa la barandilla de la acera de arriba. Patalea en la pared con sus botas mientras se abre paso subiendo bajo el riel más bajo.

"La iglesia", dice Ysabel jadeando.

"¡Venga!", dice Jo, ahora boca abajo, estirando la mano hacia Ysabel por debajo de la barandilla. Ysabel niega con la cabeza y dice en algún lugar debajo del aullido de las alarmas: "Voy de camino. Sigue tú. Huye", mientras Jo grita: "¡Vamos, maldita sea! ¡Sube aquí!", Ysabel toma la mano de Jo. "¡Sube al parachoques!" El Mooncalfe salta del techo curvo de un Audi para caminar delicadamente por la parte superior del parabrisas de un descapotable una vez, dos veces, y desde allí hasta el techo de la minivan. Ysabel hace un mohín al patalear sus pies mientras la piel desnuda entre su blusa de seda sin mangas y sus vaqueros que se abrazan a la cadera raspan la parte superior de la pared. Jo se gira y planta una bota en la baranda. Dando la vuelta sobre su espalda, Ysabel se encorva sobre el borde de la pared y Jo la impulsa hacia la acera. Una sandalia de cinta de cuero pateada cae suelta del pie de Ysabel cuando el filo del Mooncalfe golpea sacando chispas del hormigón detrás de ellas.

"¡La iglesia!", dice Ysabel de nuevo, señalando.

Al otro lado de la calle está el grueso de una antigua iglesia de piedra. La puerta lateral está embutida en un pequeño porche bloqueado por una verja de metal. Jo ayuda a Ysabel a ponerse de pie. Tony está doblando la esquina y viene hacia ellas corriendo. El Estribo alcanza el pasillo de coches estacionados camino a la pared. El Mooncalfe salta del techo de la camioneta. En el suelo, da cuatro rápidos pasos hacia atrás, alejándose de la pared. Apoyándose mutuamente, Jo e Ysabel renquean

rápidas hacia al otro lado de la calle, hacia los escalones de la iglesia. Mientras Tony reduce la velocidad hasta acabar paseando y mirando hacia un lado y otro de la calle vacía, mientras el Estribo corre detrás de él y Jo agarra los barrotes de la verja lateral, haciendo sonar el letrero que dice que «No Merodear. Sólo Servicios Eclesiásticos. Protección Polícial», el Mooncalfe se pone en cuclillas .

Y salta.

Jo se gira a tiempo para verlo flotando en el aire, con los brazos sosteniendo su espada sobre la cabeza, su falda azul y negra aleteando, su camisa blanca entreabierta ondeando mientras un pie roza la parte superior de la barandilla de metal. Aterriza de cuclillas en la acera de la calle.

"No sueltes la puerta", dice Ysabel. Quien no ha subido los escalones después de Jo. Se ha quedado abajo, abrazándose fuertemente.

"¡Dejadla en paz!", grita Ysabel.

"¿Ysabel?", dice Jo.

"Dejadla fuera de esto", dice Ysabel. "Si la dejáis marchar ilesa, iré con vosotros a dónde queráis".

"Milady", dice el Estribo todavía en el estacionamiento. "No tenemos intención de lastimar a ninguna de ustedes". Deja caer la espada, que suena en la parte superior de la pared y se levanta laboriosamente detrás de ella.

"Quiero vuestra palabra", dice Ysabel. "Como caballero. Como hidalgo". El Mooncalfe, que había avanzado un pie, se detiene en seco y no da su paso.

"¡Ysabel!", dice Jo.

"No...", dice Ysabel volviéndose para mirar a Jo. Allí, en la parte superior de las escaleras, sosteniendo la puerta, esta Jo con una rodilla de un rojo furioso tras los jirones caídos de sus mallas rasgadas y su camiseta negra con la sonrisa del diablo rojo. "No sueltes la verja", le dice Ysabel en voz baja.

"Milady", dice el Estribo agachando la cabeza. "Como hidalgos no podemos dejar de honrar vuestra petición". extiende su mano.

¡Alto!", grita alguien, y todos se giran.

Un hombre con un chándal verde con rayas plateadas corre por la calle. Sus gafas de sol dentadas amarillas brillan extrañamente a la tenue luz, y en una mano sostiene una espada larga con un pesado pomo dorado.

"Roland", dice Ysabel, y cierra los ojos y se afloja en sí misma. Sonríe, sólo un poco, mientras respira profundamente.

“¡El Carro!”, grita el Estribo y va en busca de su espada.
"Oh, mierda", dice Jo.

La Música está Alta / Como Arreglo entre Caballeros / El Segundo Empuje / La Ciudad Nocturna, Llena de Luz

La música está alta. Jo, con su camiseta de demonio macabro, se desploma en la cabina de color rojo oscuro, apoyando la cabeza contra el almohadón de vinilo. Ysabel se desliza a su lado, su pesado cabello negro se balancea al inclinarse sobre la mesa. Roland apoya su espada en la mesa y entra en la cabina ante ellas, abriendo el velcro de sus mitones. La voz de una mujer está cantando sobre que puedes convertir el rocío en diamantes y apaciguar a los leones, pero sabes que nunca podrás amarme más. Roland se quita los mitones y los deja sobre la mesa. Mira a Ysabel. Levanta las cejas, trata de sonreír. La expresión de esta no cambia. "Milady", comienza a decir.

"Lo has matado en serio, ¿verdad?", dice Jo con la cabeza todavía apoyada en la cabina.

Roland mira sus guantes sobre la mesa y lo intenta de nuevo. "Milady. Lamento no haber estado con vos directamente estos últimos días".

"Ya no es tu oficio", dice Ysabel. Sostiene una de sus manos dentro la otra, su pulgar acaricia distraídamente una herida húmeda roja en la palma de su mano.

"Ya no es mi oficio", dice Roland. La mira directamente de nuevo. "*Y* lamento no haber estado con vos mucho antes esta noche".

"Nos apañamos", dice Ysabel.

"Realmente mataste a ese tipo", dice Jo mirando a Roland. "Está *muerto*".

"No se os debería obligar a apañároslas, Milady", dice Roland. "Mi única defensa es que debería haber sido inconcebible que el Duque

actuara tan abiertamente, tan rápido". Mira sus guantes de nuevo. "Una triste excusa, lo sé".

"¿Qué van a tomar?", dice la camarera.

"Stoli de Vainilla y Coca-Cola Light", dice Ysabel de golpe poniendo las manos en el regazo.

"Agua para mí", dice Roland. "Gracias".

"¿Y usted?", dice la camarera girándose para mirar a Jo y tirando la espada de Roland. "Oh", dice ella. "¡Lo siento!" Se agacha para recogerla.

"Esa es una espada de verdad, ¿sabes?", dice Jo.

"Lo sien... um", dice la camarera apoyando la espada contra la mesa. "¿Qué?"

"Esa es una verdadera espada. Por eso es tan pesada. Si la sacas, verás sangre en ella. *Él* acaba de *matar* a alguien con esa espada".

La camarera mira a Roland, que a su vez mira los guantes sobre la mesa. "¿Sabes?", le dice a Jo, "la ley estatal no nos permite servir a nadie que está visiblemente intoxicado".

"No estoy borracha", murmura Jo. "Todavía".

"¿Y bien?", dice la camarera.

"¿Pagas tú?", dice Jo a Roland.

"Supongo", dice él.

“Entonces tráeme una de esas bebidas que hay en la pecera”, dice Jo. “Cualquiera con mucho ron. Y sombrillas. Y esas sirenitas de plástico".

"Muy bien", dice la camarera.

«Deja que la lluvia caiga», canta la mujer, «deja que los valles se ahoguen, aún así, sabes que nunca puedes hacer que te ame más».

"Mira", dice Jo de repente. "Quiero dejarlo".

"Quieres dejarlo", dice Roland. Ysabel está mirando hacia otro lado, hacia el bar, una lúgubre confusión de personas en la sombra y vidrios brillantes.

"Sí", dice Jo.

"Te advirtieron", dice Roland. Sus ojos son de un azul pálido que destaca a la tenue luz.

"No me *importa*", dice Jo. Se tapa la cara con las manos y se aprieta los ojos con la punta de los dedos. "No me importa", dice con sus manos cayendo sobre sí mismas para descansar sobre la mesa. "Te desafiaré a un duelo o algo así. Perderé, te dejaré ganar. Puedes recuperarla. Llévala de vuelta. Lo siento", le dice a Ysabel. "Pero..." Ysabel no dice nada.

"No funciona así", dice Roland mirando hacia el techo. La cremallera de su chaqueta destella al subirla hasta la barbilla.

"¿Por qué no?", dice Jo. "Así es como me metí en este lío".

"La Reina nunca..."

Que le *follen* a la Reina", le dice Jo.

Las manos de Roland se cierran en tensos puños sobre la mesa. Ysabel parpadea y vuelve lentamente la mirada hacia Jo.

"¿Vale?", dice Jo. "Quiero decir, ¿qué nos va a pasar? ¿A mí?

"¿Pasar?", dice Roland.

"¡Con la policía!", dice Jo. "Y", frunce el ceño, "¡y la policía!"

"Esto no es de su incumbencia", dice Ysabel.

"¿Que no?", dice Jo. "¡Él *mató* a ese tipo!"

"No, Jo", dice Roland. Su voz es gentil. Se mira los puños frunciendo los labios. Mira a Jo a los ojos. "Yo no lo hice", le dice. "Lo hiciste *tú*".

“¿Qué?” dice Jo.



El Mooncalfe corre para enfrentarse al embite de el Carro mientras las alarmas de los automóviles suenan y aúllan a su alrededor. El Estribo va a buscar la espada que había dejado bajo la barandilla. El Mooncalfe balancea su espada japonesa con las dos manos, agachándose, sus caderas giran así y asá. El Carro pone un pie de lado, con la cabeza inclinada hacia atrás y hacia fuera, con la mano lejos del pecho. De vez en cuando, un corte directo es bloqueado por una parada sólida que suena como una gran campana quebrada y afinada. Muchas más respuestas tentativas y ataques de sondeo apagados suenan como si alguien estuviese limpiando a martillazos las tuberías de un radiador de vapor. "Roland", grita el Estribo levantando su espada. "¡Roland! ¿No crees que podemos arreglar esto como caballeros?”

"¿Y qué crees que *estamos* haciendo?", gruñe el Carro, su espada roza contra el filo de Mooncalfe entre empuje y estocada.

"Ysabel", sisea Jo desde lo alto en la parte superior de los escalones que conducen a la puerta lateral de la iglesia. Todavía aferrada a la verja, se asoma y llama a Ysabel al pie de las escaleras. "¡Sube aquí!"

Ysabel mira a Jo y niega con la cabeza. En la esquina de su acera se encuentra Tommy, con los brazos cruzados y los ojos fijos en la pelea. El Mooncalfe tropieza contra la acera ante él. Agacharse bajo el corte del Carro lo ha hecho casi arrodillarse. "¡Sin cuartel!", ruge

el Carro. "¡Ven a mí como quieras!"

¿No crees que *merecemos* escuchar la naturaleza de nuestros crímenes?", dice el Estribo, moviendo su peso para que una pierna le conduzca, con la espada en la cintura, lejos del Carro. "¡Solo *queremos* proteger a la Princesa!"

"¡*Embustero*!", grita el Carro alejándose del Mooncalfe. “Os llamo embustero, señor. Y *probaré* cierta esa afirmación sobre su persona". Y mientras que el Carro levanta su espada y da su primer paso corriendo hacia el Estribo; y mientras que el Estribo se agacha, su espada aún hacia abajo, esperando; y mientras que Tommy se para allí en la acera, a medio camino entre la esquina y los escalones de la iglesia, con los brazos cruzados, observando la pelea; el Mooncalfe se sube al guardabarros de un pequeño coche redondo y se lanza girando en el aire con la espada sobre su cabeza para dar un golpe final. El segundo paso del Carro se flexiona al agacharse, rodando sobre la espalda con la espada en alto.

"Venado", dice el Mooncalfe.

Se encoge sobre el Carro. Atrapado en la hoja que atraviesa limpiamente su cuerpo. Su espada japonesa repica tenuemente al caer al pavimento.



"¿Son estos los Nazis, Walter?", dice el hombrecito nervioso respecto a la gran televisión plana que cuelga en la pared.

"Son nihilistas, Donny", dice el tipo grande. "No hay nada que temer".

Su Gracia, en el sofá de cuero marrón con su bata de cachemir, se ríe. La rubia al otro lado del sofá está sentada bajo la única luz de la habitación. Lleva medias negras y una camiseta interior negra, y está leyendo un grueso libro de bolsillo amarillo. Se oye un grito

ahogado afuera. Pasos golpean las escaleras. "¿Nena?", dice Su Gracia recogiendo un control remoto. La televisión se congela con la imagen de un hombre doblado, agarrándose la entrepierna y la cara en una máscara de dolor. La rubia no levanta la vista de su libro. "Quizá quieras...", empieza Su Gracia y por el pasillo se abre la puerta. Su Gracia se pone en pie de un salto. La rubia pone los ojos en blanco y pasa la página furiosamente.

"¿Gaveston?", llama su Gracia.

Es el Mooncalfe el primero en entrar en la habitación. El Estribo, con la corbata suelta, la camisa abierta, es el siguiente.

“¿Y bien?", dice Su Gracia. "¿Está ella aquí?", los mira de uno a otro y vuelta a empezar. "¿Y bien?", frunce el ceño. "¿Dónde está Tommy?"

El Estribo mira a el Mooncalfe, que en realidad no está mirando a nadie.

"¿Dónde diablos está Tommy Cabezacuero?", dice Su Gracia.

El Estribo echa mano a su arrugada chaqueta de lino y saca un hueso. Es un hueso de buen tamaño, grueso y largo, la tibia de un hombre bajito. Brilla.

"Oh", dice la rubia mirando por encima del respaldo del sofá. "Oh, no".

Cuando Su Gracia toma el hueso con mano temblorosa, el polvo de oro tiembla en el aire, brillando. Él levanta el hueso con ambas manos y apoya la frente contra la brida nudosa en un extremo, los ojos cerrados. El Estribo aparta la mirada. El Mooncalfe todavía no mira a nadie en particular. Luego, con una mano, Su Gracia cepilla parte del polvo de oro que todavía se aferra al hueso. Con los ojos aún cerrados, se lleva los dedos a los labios y murmura. Luego los abre.

"¿Quién hizo esto?", dice.



"Venado", dice el Mooncalfe.

El Carro se estira para colocar una mano sobre el pecho del Mooncalfe y empujarlo hacia arriba mientras tira de la hoja hacia abajo y la saca del cuerpo. El Estribo está encima, levantando su espada...

"¡Hey!", grita Jo.

... y el Carro rueda hacia un lado mientras Ysabel mira sorprendida a Jo en la parte superior de los escalones de la iglesia; y Tommy parado al lado de Ysabel levanta la mano para agarrarla por el brazo; y la hoja del Estribo se balancea en un poderoso golpe que choca contra el pavimento donde el Carro había estado tumbado. El Carro se levanta y retrocede. El Mooncalfe, agarrándose el vientre, pisa con rabia la acera. "¡Joder!", grita hacia el cielo nocturno de borrones rosa entre las perforantes alarmas de automóvil.

"Suéltame", dice Ysabel. "¡Suéltame!"

"Hey", dice Tommy sosteniendo fácilmente el brazo de Ysabel entre sus grandes manos. "Roland".

El Estribo y el Carro se rodean entre sí, cautelosas hojas entre ellos.

"Hey", dice Tommy.

El Carro se separa de pronto hacia los escalones de la iglesia cuando Jo suelta la verja. Sorprendido, el Estribo comienza a perseguirle mientras Jo corre escaleras abajo hacia Ysabel. Tommy arrastra a un lado a Ysabel, lejos de la salvaje estocada del Carro, levantando un largo brazo para protegerse. Cuando Jo se sube a los escalones para girar, estirando la mano hacia Ysabel. Tommy bloquea la primera estocada hacia un lado, dejando que la espada

de el Carro resbale a lo largo del antebrazo, mientras Ysabel toma la mano de Jo y luego levanta la vista para verla allí y ella grita: "Oh, oh no. Jo... ¡Roland!”

El segundo ataque de el Carro alcanza el objetivo y, de pronto, todo está en silencio.

Tommy mira el metal clavado en su pecho. Abre la boca. Algo oscuro y húmedo cae salpicando la acera.

"¡Gallowglas!", vocifera el Estribo.

"Yo no lo...", empieza el Carro. Saca su espada del cuerpo de Tommy, y Tommy se hunde suavemente sobre sus rodillas. La parte delantera de su polo negro está manchado con algo que brilla bajo las farolas. "Yo no lo sabía", dice Roland.

"¡*Gallowglas*!", el Estribo marcha hacia la acera, hacia un Tommy caído de lado hacia Jo, quien sostiene la mano de Ysabel. El Mooncalfe al otro lado de la calle se está poniendo de pie.

"¿Ysabel?", dice Jo. "¿Qué est...?"

"Corre", dice Ysabel.

"Gaveston", llama el Carro. El Estribo no lo oye. No mira a Tommy mientras pasa, se dirige hacia Ysabel y Jo, que ahora corren hacia la esquina. El Carro balancea su espada y derriba la espada del Estribo. "¡Se acabó!". Agarra el hombro del Estribo y lo empuja contra la pared de la iglesia. El Estribo jadea. "Se acabó", dice Roland. Un SUV se detiene bruscamente en la intersección, tocando la bocina cuando Jo e Ysabel corren de la mano cruzando la calle. "Llévatelo contigo y salid de aquí", le dice Roland a Gaveston.

"Pagarás", dice Gaveston.

"Vete", dice Roland.



"Soy un Gallowglas", dice Jo. Con dedos torpes se las arregla para desabrocharse la minifalda, pero al bajarla se tropieza y cae sobre el futón. Se da la vuelta sobre su espalda. "Soy *el* Gallowglas. Hey. Oye. ¿Cómo es que el otro tipo no murió? "

Ysabel está sentada en el borde del futón con un vaso de agua en la mano. "Deberías beber un poco", dice ella entregándoselo a Jo.

"Necesito una toalla". Jo intenta sentarse y rueda sobre el costado. "Por si acaso. ¿Cómo fue eso?

"Tú no estabas en el campo de batalla entonces", dice Ysabel. Deja el vaso de agua y recoge la toalla de Bob Esponja. La alisa en el futón junto a la cabeza de Jo. "Es sólo cuando realmente estás combatiendo eso, bueno".

“Les hago. Puedo matarlos. Se pueden matar”, dice Jo. "Esto no tiene sentido".

"No se supone que lo tenga", dice Ysabel.

"Tiene perfecto sentido", dice Jo. "Lo jodí todo". Levanta las rodillas hasta el pecho. Se ocupa en la rodilla rasgada de sus medias. “Jodí la pelea. Jodí a ese tipo. Estoy jodiendo mi trabajo. He jodido mi vida. La jodí en el instituto. Podría haberlo conseguido, habría ido a Harvard. ¿Lo sabías?”. Alcanza la mano de Ysabel. "Si tuviera el dinero. Hubiera ido a Harvard. O tal vez a Berkeley".

Ysabel acaricia el cabello de Jo. Sonríe un poco. "Deberías beber un poco de agua y dormir un poco", dice ella.

"Pero la jodí", dice Jo. Cierra los ojos. "Y te estoy jodiendo", dice ella. Los abre y mira a Ysabel. "Estoy jodiendo tu vida", le dice. "Estoy jodiendo tu vida, y lo lamento mucho". Cierra los ojos de nuevo.

"Shh", dice Ysabel. Dejando el vaso en el suelo junto al futón, se levanta y camina cuidadosamente por las pilas de ropa y zapatos sucios, pasa el fregadero lleno de platos sucios hacia la puerta principal del apartamento. En el pasillo se encuentra a Roland con las manos en los bolsillos de su chándal verde y plateado, mirando sus impecables zapatillas blancas.

"¿Necesitáis algo, Milady?", pregunta en voz baja.

"Bueno", dice ella.

"¿Algo que pueda traeros?"

"No", dice ella.

"Milady", comienza a decir.

"Contéstame a esto, Roland", dice ella. "¿Te puso mi madre a vigilarme?"

"Bueno...", dice él. "Quiero decir, bueno..."

“¿Lo hizo?”, dice Ysabel.

Roland se encoge de hombros. "Sí", le dice.

"En ese caso", dice Ysabel volviendo al apartamento, "te veré por ahí".

"Milady", dice Roland, "Yo..."

Ella cierra la puerta.

Dentro, en el futón, Jo ronca.

Ysabel queda parada allí, en medio del desordenado apartamento, con sus vaqueros ajustados a la cadera, su camiseta sin mangas color melocotón y las uñas de los pies descalzos brillantes con pintura dorada. Ella traga saliva. Cierra los ojos y se muerde el

labio y brevemente, solo por un instante, se estremece.

Luego se estira y apaga la luz.

Llega hasta el alféizar de la ventana sin tropezar. Jo murmura al oír el rígido graznido de la ventana cuando Ysabel la abre. Se sienta en el alféizar, estirando una pierna larga hacia el falso balcón. Saca un cigarrillo de un paquete arrugado y lo enciende con una cerilla. Jo comienza a roncar de nuevo con grandes bufidos burbujeantes. Soplando humo por la ventana, Ysabel mira hacia la ciudad nocturna llena de luz: la neblina rosa y naranja de las farolas, puntos al blanco vivo de la luz de arco en un solar en construcción, aquí y allá rectángulos amarillos que aún arden en los edificios de alrededor, garabatos de neón en colores primarios colgando en las oscuras ventanas de las tiendas, vallas publicitarias iluminadas como pantallas gigantes de televisión. El semáforo de abajo cambia de rojo a verde y con el cambio de color todo el mundo cambia sutilmente. Los motores retumban y gruñen. Los faros y las luces traseras comienzan a moverse. Un fondo ruidoso pasa deslizándose. Ysabel se reclina en el alféizar y cierra los ojos.

Sin Tarifa

"Sin Tarifa", dice Christian al conductor del autobús. Sus manos están metidas en los bolsillos de su vieja sudadera gris, tirando de ella. No muestra una tarjeta o un pase. No deja caer calderilla en la caja de tarifas. La conductora se encoge de hombros. "Centro Lloyd", dice ella.

"Sí", dice Christian. "Lo que sea".

El autobús está casi vacío. Él se desliza en el asiento justo detrás de la puerta trasera. Su reflejo lo fulmina con la mirada en el negro cristal de la ventana.

"Huyendo al Noreste", dice uno de los hombres sentados en el mismo asiento detrás del otro. "Ahora parece bastante inteligente, la primera vez que se mira".

El otro hombre, el grande, no dice nada.

"Nadie va a buscarte hasta allí, al menos no justo después del proverbial bate", dice el primer tipo, el pequeño. “Ciertamente no las personas que cabreaste. Y no la gente que *ellos* cabrearon, tampoco. No estás en medio de ellos, y animo al equipo por ello. Además, estás cruzando las aguas". El autobús cambia de marcha y sube por una rampa de acceso a un puente. “Siempre es bueno poner un poco de agua corriente entre ti y tus problemas. No es que tenga necesariamente ningún efecto práctico, te lo aviso. Ahora que lo pienso, no tiene mucho efecto en absoluto, ¿verdad? Pero es lo que todos hacen cuando se topan con un problema demasiado grande para sus pantalones. Te hace sentir un poco mejor hacerlo. Es *importante*. ¿Sabes?

El grandullón no dice nada.

"Y mira", dice el pequeño, "si empiezas a mirar este plan, todo este plan de correr hacia el Noreste, con atención al detalle, bueno. Todo comienza a parecerse menos a un «home run» y más a un

toquecito de bate, y tal vez ni siquiera un toquecito de bate, ¿sabes? Quiero decir, demonios. Noreste. Allí hay monstruos. Si no conoces los signos y las señales, las formas y los medios, vas a acabar como almuerzo, no te confundas".

"Lo que necesitas", dice el grandullón, "es un amigo".

“Y eso era *precisamente* lo que iba a decir, Sr. Keightlinger. Justo eso, maldita sea, de verdad. ¿Quién *no querría* tener un amigo en momentos como estos? El otro compañero tiene a alguien que respalda su juego, ¿qué necesitas *tú*? Alguien que respalde el tuyo. Pero no solo un amigo, no. Ningún viejo amigo lo hará. Necesitas a un amigo con pantalones lo suficientemente grandes como para hacer frente a tus problemas. Necesitas un amigo con bolsillos profundos para respaldar tu juego. Lo que necesita, Sr. Keightlinger..."

"Al nota le gusta el sonido de su voz", dice Christian en voz alta.

“Lo que *necesitas,* Sr. Keightlinger...”, dice el pequeño, "*especialmente* si eres un pequeño hijoputa agresivo como ese Christian Beaumont de aquí, lo que necesitas es un maldito *mecenas*.

"No te equivoques", dice el grandullón, que tiene una barba espesa del color de los muebles de caoba, lo suficientemente tupida como para enterrar el nudo de su corbata negra y delgada.

"¿Quién coño sois vosotros?", dice Christian, que se ha dado la vuelta en su asiento para mirarlos.

"¿Yo?", dice el pequeño, que lleva un traje negro como el del grandullón. "Soy el Sr. Charlock. Mi asociado es el mencionado Sr. Keightlinger. Y supongo que en realidad usted es el Sr. Christian Beaumont. Si no es así, lo que estoy diciendo probablemente no tenga ningún sentido. Pero si lo *es*, amigo mío, bueno, simplemente estás atrapado en medio de dos casas de la nobleza que están *determinadas* a golpear cabezas y sin mucho particular sobre lo que les sucede a los pequeños atrapados en medio. Demonios, tienes a uno o dos de ellos para atenderte *personalmente* en que termines más plano, ¿que no? El tipo de problema en el que estás no se hace

más grande. *Necesitas* un mecenas. Y nosotros podemos cumplir ese papel, mi asociado y yo mismo".

"¿Y si te dijera que te fueras a la mierda?", dice Christian.

"Bueno", dice el Sr. Charlock. “Tienes un par de opciones, todas las cuales implican salir corriendo de la ciudad. ¡Pero! Eso cuesta dinero, ¿no? "

"Bastante dinero", dice el Sr. Keightlinger.

"Más de lo que el Sr. Beaumont tiene, al menos".

"Que te jodan", dice Christian.

"Podría hacer autostop, supongo", dice el Sr. Charlock, "o vagabundear hacia el Sur o el Este. ¡O podría inscribirse para combatir incendios forestales! Es la temporada, después de todo, y los conjuntos comerciales no son demasiado exigentes con respecto a quién se inscribe. Podría estar fuera en el incendio de Tres Hermanas en cuestión de días".

"No tiene días", dice el Sr. Keightlinger.

Christian pone los ojos en blanco.

"Ah, ahí tienes razón", dice el Sr. Charlock. “Ese Mooncalfe es un bastardo *sanguinario*. Asesino. ¿Qué fue lo que le hizo a ese desagradable cowboy en el estacionamiento del León Rojo?”

"Apuesto a que no le calentó la puta oreja", dice Christian.

"No", dice el Sr. Charlock, su voz de pronto llana y silenciosa cuando el autobús se detiene. "No, no lo hizo".

"Centro Lloyd", avisa la conductora del autobús. "Fin del viaje sin tarifa".

Christian se levanta del asiento. "Bueno, ¿qué queréis de mí?", les dice.

Levantándose, el Sr. Charlock dice: "¿Ves, Sr. Keightlinger?" Siguen a Christian por la puerta trasera hacia la acera frente a un parque con poca luz. “La calle es una dura amante, pero sus lecciones se toman muy en serio. La mano invisible del mercado está trabajando duro, se asegura de que los servicios se presten por el valor recibido. Después de todo, un mecenas no es un simple amigo al que acudir cuando cambia el buen tiempo; un mecenazgo, después de todo, es una obligación *mutua*. Así que, por supuesto, vamos al grano: Sr. Beaumont, le mantendremos a salvo del Mooncalfe y de el Estribo y de cualquier persona que puedan enviar para vengarse. A cambio de lo cual, nos educará en las costumbres de una tal Jo Maguire".

"¿Jo?" dice Christian.

"Usted *sí* conoce a la señorita Maguire, ¿no, Sr. Beaumont? De lo contrario, me temo que esto ha sido una terrible pérdida de tiempo para todos".

Christian mete las manos en los bolsillos de su sudadera. Aparta la vista de los dos hombres con sus trajes negros y camina por la acera hacia el estacionamiento de una sala de cine, lleno de un atasco de gente y coches que se dirigen lentamente a casa después de la última sesión. Un autobús número ocho se detiene hasta la parada, abre sus puertas expectante. Él lo despacha con la mano. "Invítame a una hamburguesa", dice. "Hablemos de ello".

"No faltaría más, Sr. Beaumont", dice el Sr. Charlock. "No faltaría más".

Coda 2

En este serio apuro, solitario, desafortunado,
Ahora miserable, yo, Fidesa, resido,
Pidiendo de vos en la piedad de mi estado,
Hacer ningún mal, si os place hacer lo dañino.
Él en gran pasión todo este tiempo vivido,
Más ocupando sus prestos ojos en ver de ella su cara,
Y en escuchar de ella lo dicho, sus malos oídos,
Y dijo: corazón de pedernal Dama de Hada premiara
Las incumplidas penurias y tristezas, que vos mostrara.

—Edmund Spenser

* * *

NdT: No he encontrado traducción a español (que pueda publicar aquí) de este extracto de *The Faerie Queene* (La Reina de las Hadas) Libro I. Canto II. publicado en 1590 y escrito por Edmund Spencer. He interpretado todos los extractos de esta epopeya incluídos por Kip Manley a partir de las notas de Thomas P. Roche, Jr y C. Patrick O'Donnel, Jr. de la reedición de 1987, colección Penguin Classics, Penguins Book London. Extracto original:

In this sad plight, friendlesse, vnfortunate,
Now miserable I Fidessa dwell,
Crauing of you in pitty of my state,
To do none ill, if please ye not do well.
He in great passion all this while did dwell,
More busying his quicke eyes, her face to view,
Then his dull eares, to heare what she did tell;
And said, Faire Lady hart of flint would rew
The vndeserued woes and sorrowes, which ye shew.

El extracto que Ysabel lee a Guthrie en la cocina de la oficina en este capítulo, también pertenece al mismo Canto II del Libro I. Incluyo el extracto original:

Cride, Mercy mercy Sir vouchsafe to show
On silly Dame, subiect to hard mischaunce,
And to your mighty will. Her humblesse low
In so ritch weedes and seeming glorious show,
Did much emmoue his stout heroïcke heart,
And said, Deare dame, your suddein ouerthrow
Much rueth me...

The Faerie Queene fue la primera epopeya en inglés y uno de los poemas más influyentes en el idioma para poetas posteriores desde Milton a Tennyson. Dedicando su obra a Isabel I, Spenser unió brillantemente el romance medieval y la épica renacentista para exponer la gloria de la Reina Virgen. El poema cuenta las aventuras de los caballeros, entre ellos Sir Guyon, Caballero de Constanza, que resiste la tentación, y Artegall, Caballero de la Justicia, cuya historia alude a la ejecución de María, Reina de Escocia. Compuesta como una alegoría moral y política abierta, *The Faerie Queene*, con sus dramáticos episodios de caballería, pomposidad y amor cortés, es también una obra suprema de atmósfera, color y descripción sensual.

—**Fuente**: Wikipedia.

N° 3: Zoopedaleo

Uno de los Comedores Privados del Club / Mejorando

En uno de los comedores privados del Club se han colocado largas mesas con deslumbrantes telas blancas y se han arreglado en un bloque en U. Se han reservado dos lugares a cada lado de una de las esquinas: platos de pan y platos de sopa, tenedores para pescado y tenedores para ensalada, cuchillos para mantequilla y cuchillos para carne, vasos de vino y tazas de té. Vestida toda de negro, la Reina se sienta frente a uno de los escenarios, frente a la puerta, de espaldas a una ventana que da a un aparcamiento. Su cabeza asiente. Sus ojos se cierran. Su barbilla le roza el pecho. Detrás de ella se encuentra una mujer con finas gafas de montura negra y un suéter negro sobre una camisa blanca con enorme cuello rígido que le cubre los hombros. Tras una señal invisible, se inclina para susurrarle al oído a la Reina. La reina se sienta, parpadeando. Sonríe incómodamente.

Hay un ajetreo en la puerta.

El primero en entrar es un joven de espaldas que retrocede con cuidado, ambas manos extendidas con cierta preocupación, murmurando a un anciano que se tambalea lentamente sobre dos bastones ortopédicos grises. El cabello de este de color marfil traza una desordenada corona sobre una cabeza rosa que se balancea levemente como contrapeso delicadamente equilibrado a cada paso vacilante. Sus brazos y piernas son muy delgados, perdidos en los copiosos pliegues de un traje azul claro, pero su vientre empuja los botones cuando se levanta un poco y gruñe: "Estás perdiendo la cabeza, Duenna".

"Abuelo Conde se siente honrado como siempre de acompañarla para el almuerzo, Su Majestad", dice el joven sobre su hombro, "y ofrece toda su enhorabuena a su ilustre reinado. Que dure para siempre".

"Y Nos estamos encantadas, como siempre, por su compañía", dice la Reina.

"Esa chica tuya es como la miel", dice el Conde abriéndose camino lento y tortuoso desde las mesas hacia la Reina, cada paso tembloroso se apoya en un bastón en la mano opuesta. "Deja una olla llena miel fuera de tu tienda.", y levanta un bastón, empujando su punta de goma en la dirección general de la Reina, "¡Y los osos se ponen *juguetones*!". Casi se cae por la fuerza de su argumento retórico. El joven le agarra por un codo. Él también usa un traje azul claro y su camisa es de un rubor rosado. Su cabello también es blanco, con toques de oro pálido, y cuelga en trenzas más allá de sus hombros. "Hay, por supuesto", dice el joven mientras ayuda al Conde a sentarse en su silla, "algunos asuntos que Abuelo desea discutir", y favorece a la Reina con un rápido asentimiento. "Pero ninguno tan apremiante, madam, que no pueda esperar hasta después de que hayamos comido".

"Si pudiera recomendar", dice el camarero, quien con su delantal blanco y corbata negra ha aparecido en silencio al otro lado de las mesas, "la tortilla de hoy es deliciosa... rebozuelos, puerros, nueces..."

"¡Boca!", ruge el Conde.

"También tengo chile de frijol negro", dice el camarero cepillando su bigote negro de morsa.

"¡Quiero mi Boca!"

“Con”, dice el camarero, “base de chocolate semidulce. Y un delicioso risotto con limón y granada...”

"¡Quiero mi maldita hamburguesa de Boca!" El Conde golpea sobre la mesa con el puño y saltan los cubiertos de plata. ¡BAM! "¡Sobre masamadre! ¡Hecho de la maldita cultura de la Fiebre del Oro de Yukon!” ¡BAM! "¡Quiero un trozo de cheddar irlandés bañado en whisky! Ninguno de tus malditos escatimados de esos... ¡Dije una losa y quiero una maldita losa! Quiero chutney de mango

y quiero mis jo-jos fritos en maldito aceite de cacahuete y quiero cilantro fresco, *fresco*, maldición, ¿me oyes?, corta este maldito rollo, ¡y quiero el último tomate del verano! " BAM! "Y dame una botella de Cel-Ray del Dr. Brown, ¿me oyes?" ¡BAM!

El camarero se aclara la garganta. "También tengo muchas sorpresas para el postre, pero más tarde le tentaré con ellas". Se inclina leve y rígidamente.

"Abuelo tendrá lo de su costumbre", dice el joven.

"Tortilla", dice la mujer con las gafas de montura negra de pie tras la silla de la Reina. “Una ensalada ligera, aceite y vinagre a un lado. Una taza de café. ¿Y puedes asegúrate de que tengamos algo de Esplenda en la mesa?”

"Por supuesto", dice el camarero.

"No es nada más que un creído khokhol con una camisa acolchada", murmura el Conde.

La boca y los pasos del camarero se tensan ante eso cuando se va rechinando.

"Probablemente deberíamos comenzar", dice la Reina, "Discutamos nuestros planes para las festividades de fin de año". La mujer de las gafas con montura negra saca una carpeta manila del estuche de cuero a sus pies y la se la acerca caminando hasta al joven.

"No lo haremos. No mientras la gente está muriendo", dice el Conde. El joven hace una pausa en el acto de tomar la carpeta. "Abuelo", dice, "¿está muy preocupado por algún incidente reciente? Involucrar a la Princesa y a algunos de los hombres del Duque..."

"No vemos cómo eso concierne al Conde", dice la Reina.

"Gallowglas", dice el Conde. "*Eso es* es lo que me preocupa, maldita sea". Tose. "A todos nosotros. Maldita forastera, lo amenaza todo. Tu chica la ha hecho buena, Duenna. Ya sea que ella quisiera

o no".

"¿Que ella *quisiera*?”, dice la Reina arqueando una fina ceja negra.

El joven dice "Lo que Abuelo está tratando de decir...", cuando la mujer de las gafas de montura negra dice "La Reina debe insistir en que este asunto se mantenga..."

"¡Tonterías!", brama el Conde. ¡BAM! "¡Ella! ¡La! ¡Ha! ¡Hecho! ¡Buena!” ¡BAM! "Y estás tratando de enseñarle una lección". El Conde agita las manos quitando importancia a esto. "Pero se está yendo de las manos". Se inclina hacia atrás de la mesa con un empujón lento. "*Tú* eres quien tiene que *cancelarlo*".

"Frederic", dice la Reina en voz baja. “Harías bien en recordar quién soy. Y que nadie... ni siquiera tú ni el Duque, y *ciertamente* no mi hija... dicta mis acciones".

"Se le invita al Conde a notar", dice la mujer de las gafas de montura negra, "que la Princesa y su Tutora están efectivamente aisladas de la corte".

"Abuelo no siente que estén aisladas lo *suficiente*", dice el joven examinando al Conde.

"Si el Duque no hubiera intentado secuestrar a la Princesa", dice la mujer con gafas de montura negra, "nada de esto..."

"Es suficiente, Anna", dice la Reina.

"¿Y bien?", dice el Conde.

"No tenemos intención de aceptar al Gallowglas en la corte", dice la Reina. “No tenemos intención de rescatar a nuestra hija de las consecuencias de sus acciones. No insultaremos a uno de nuestros caballeros causando más de su reciente... indiscreción, y no tenemos intención de permitir que las quejas del *Duque* determinen cómo y quién protege a la Princesa. ¿Confiamos en que esto está claro?”

"Nada cambiará", dice el joven. El camarero ha reaparecido.

Coloca un pequeño plato de tortitas oscuras y un tazón de yogur ante el Conde.

"A menos que Nos cambiemos de opinión", dice la Reina. El camarero coloca una tortilla y una ensalada pequeña ante la Reina, junto a un par de pequeños sobres color crema. "Esto fue entregado en recepción", dice colocando uno ante la Reina y otro ante el Conde.

Anna levanta el sobre y lo abre con un dedo. Saca una tarjeta y la escanea rápidamente mientras se la da a la Reina.

"Una invitación", dice ella. "Del Duque".

“A la corte”, dice el joven mirando la otra carta. “Una cacería, en honor a la Princesa”. Levanta la vista. Su cara está cuidadosamente blanca. "Esto parece operar en *contra* de su aislamiento", dice.

El Conde resopla antes de tomar una cucharadita de yogur.

“No Hace Falta Que Se Te Dé Bien” / Esta No Es Una Llamada de Ventas / Papeleo Desesperado

"No hace falta que se te dé bien", dice Jo pulsando el botón del cuarto piso. Se queda pegada en él una capa de azúcar en polvo. "Demonios, ni siquiera tienes que *esforzarte,* sólo tienes que arreglártelas durante una semana, más o menos". Se agacha y saca otro donut de uno de las bolsas de plástico de compras sus pies.

"Tú quieres", dice Ysabel, "que *trabaje*. Por *dinero*". Una mano cuelga del pulgar de un cinturón de sus vaqueros color ciruela. La otra sostiene una botella de té de durazno.

"Tú misma has dicho que no era un trabajo. Sólo vas a hablar con gente por teléfono".

"Quieres que *yo cambie mi tiempo... horas de mi día... por dinero".*

Timbra el ascensor. Las puertas se abren. "Bueno, sí", dice Jo recogiendo una bolsa de compras en cada puño. "Si es que no resulta demasiado problema".

Ysabel pone los ojos en blanco.

"Mira", dice Jo liderando el camino por el pasillo genérico de color beige y naranja quemado. “¿Ves estas compras? ¿Ese té? Si no entro y consigo mi paga para poder cubrir el cheque que escribí para esta mierda, bueno, pues esa es la clase de cosas por las que te quitan la cuenta bancaria. Y si no tienes una cuenta bancaria, no puedes quedarte en un apartamento”. Al final del pasillo, Jo deja las compras en el suelo junto a una puerta y busca la llaves en el cavernoso bolsillo de sus pantalones de trabajo. "Y tiendo a ponerme de mal humor cuando no tengo un apartamento. Así que. Como tengo que ir de todos modos y tú tienes que venir conmigo, bueno, Becker no puede expulsarte exactamente si trabajas allí".

"¿Por qué no llamas diciendo que estás enferma otra vez?", dice Ysabel.

"No has oído nada de lo que acabo de decir, ¿verdad?", dice Jo abriendo la puerta.

"Lo menos posible", dice Ysabel.

Jo parpadea. "¿Qué coño?"

La ventana en la pared del fondo del apartamento está enmarcada con cortinas color burdeos hasta el suelo. Una sombra de gasa filtra la luz del sol en algo suave y fresco. Junto al futón, cuidadosamente hecho y apilado con una loca colcha de almohadas estampadas, una mesa de café con tablero de vidrio se alza entre dos sillas de hierro forjado. Un voluminoso armario de madera rubia ocupa la esquina detrás de él, y un artilugio, con finos tubos metálicos que cuelgan a un lado, sostiene dos decenas de pares de zapatos. El fregadero de la pequeña cocina del pasillo brilla como un espejo, con un único vaso en él. Un pequeño anillo de leche en el fondo.

"¿Qué...?", dice Jo mirando el número de la puerta. Examina el apartamento de nuevo.

"¿Te gusta?", dice Ysabel, deslizándose al lado de ella. "Hice que alguien limpiara el lugar mientras estábamos fuera".

"¿Hiciste a alguien limpiar?", dice Jo subiendo las compras sobre el impecable mostrador de la cocina. "¿Tú?", sigue Jo entrando en el espacio principal del apartamento. "Yo...", dice ella admirando el expansivo ramillete de flores que se extiende sobre la mesa, los esbeltos cirios encendidos ante ella. "¿Tú?", dice Jo de nuevo. Sacude la cabeza. "¿Dónde coño están mis cosas?"

"Comino negro", murmura Ysabel acariciando unas fantasmales flores azules que forman espuma en la parte superior del ramo. "¿Perdón?" Se da vuelta, mira alrededor de la habitación. Señala. Al pie del futón hay tres o cuatro cajas de madera rubia llenas de ropa cuidadosamente doblada.

"Tú", dice Jo. "Quiero decir. Yo. Tú..."

"No te importa, ¿verdad?", dice Ysabel abriendo el armario, pasando una mano por las camisas y tops y vestidos y chaquetas y faldas colgadas dentro. "Sólo es mientras me quedo aquí. ¿Crees que podrás resistirlo? ¿Durante una semana más o menos?"

Jo arruga la nariz. "Huele a jodido Pino-Sol", murmura.



Es una habitación pequeña, sin ventanas, no mucho más grande que

la mesa redonda en el centro, Ysabel se sienta en una esquina mirando a una pizarra que dice «BancoGanador 4.3 por hora ¿Cómo mejorar?» Una pequeña pila de impesos grapados en una esquina se posa en la mesa delante de ella. Ysabel lleva el pelo recogido en una gruesa coleta a la altura de la nuca. Lleva un ligero suéter de cuello alto en un color natural sin nombre.

La puerta se abre y una cabeza asoma entre el marco. "Um, hey", dice él tras una cortina de pelo negro. "Becker ha dicho que debería entrar aquí y, eh, mostrarte el guión..."

"Hola, Guthrie", dice Ysabel.

"Um", dice Guthrie mirándola. Sus ojos están rodeados de rímel negro. "Hola". Lleva una camiseta negra que dice «Cometa de Tiburón» "Pues se supone que tengo que enseñarte el guión de BancoGanador", dice entrando en la habitación y cerrando la puerta. "Um. Llaman a esto la Pequeña Sala de Conferencias, que creo que es una especie de broma, ya que la otra sala de conferencias no es más grande".

"Eso no es parte del guión", dice Ysabel.

"Um, no. No lo es. ¿Has leído ya el memo de fondo?" Guthrie saca una silla y se sienta.

"Cuando dijiste que tal vez recordabas más de lo que creías, ¿qué querías decir?", Ysabel apoya los codos sobre la mesa.

"Eso tampoco está en el guión", dice Guthrie.

"Compláceme".

Él sonríe, sus ojos se apartan de ella. "Um", dice. "Sólo quería decir que, bueno. Becker no recuerda a ese tipo luchando contra Jo con una espada. Y, uh. Yo sí.

"¿Y crees que no se suponía que debías recordar eso?

"No sé", dice Guthrie.

"Guthrie", dice Ysabel. "Mírame". Su sonrisa se ha tensado en una mueca que se arrastra bajo la nariz. "No hay ningún secreto aquí, ¿de acuerdo?" Sus ojos se apartan de ella. "No estoy ocultando nada. Sé que Jo dijo que había un novio malvado, y no lo hay, pero esa fue idea suya. ¿Vale? No sé por qué lo dijo. ¿Vale? Soy una pésima mentirosa, Guthrie. Guthrie, mírame". Él lo hace, ahora sin sonreír. "En realidad no importa si recuerdas el duelo de no, ¿de acuerdo? ¿Entendido?"

Guthrie asiente. "¿Podemos, ya sabes? ¿El guión? "

Ysabel se encoge de hombros. "Claro".

"Seré el encuestado", dice Guthrie, "y tú haces la encuesta, ¿de acuerdo? Simplemente comienza desde arriba.

Ysabel extiende las manos frente a ella sobre la mesa y traza en el

aire una vaga forma de caja. Finge que enchufa algo y que se pone un auricular de teléfono imaginario en el oído. Pincha en el aire con el dedo donde ha formado la caja, seis, siete veces.

"¿Qué estás...?", dice Guthrie. "¿Qué estás haciendo?"

"Te estoy llamando", dice Ysabel. "Tengo que llamarte por teléfono, ¿no?"

"Sí, pero...", dice Guthrie, "O sea, no hay necesidad de, fingir todo eso, ¿por qué no simplemente...?"

"Tu teléfono está sonando", dice Ysabel, señalando el espacio en la mesa delante de él.

Parpadeando, frunciendo el ceño un poco, Guthrie finge que levanta el teléfono. Anillos plateados brillan en sus dedos. "¿Hola?", dice.

"Buenas tardes, señor", dice Ysabel. "Mi nombre es Ysabel Perry y llamo en nombre de Asociados Barshefsky. Esta no es una llamada de ventas. Somos una firma de investigación de mercado independiente ubicada en Portland, Oregon, y estamos realizando una breve encuesta. ¿Estoy hablando con la persona que toma la mayoría de las decisiones financieras en su hogar?"

"Ah, sí", dice Guthrie.

"¿Diría que toma todas las decisiones financieras, al menos la mitad de las decisiones financieras, menos de la mitad de las decisiones financieras o ninguna de las decisiones financieras en su hogar?... Esto es redundante", dice Ysabel.

"Yo, ¿qué?"

"Que es redundante. Ya me has dicho que tomas la mayoría de esas decisiones, así que yo no debería preguntar si tomas menos de la mitad o ninguna".

"Eso es, ah", dice Guthrie levantando la mano y señalando el guión, "así es como está escrito".

"Está mal escrito", dice Ysabel. "No debería hacerte una pregunta que ya has respondido. Me hace parecer estúpida".

"Sí, pero...", dice Guthrie señalando el guión de nuevo. "Mira, tienes que hacer cada pregunta tal como está escrita. Tienen que ser las mismas cada vez que realizas la encuesta, tú o cualquier otro. De lo contrario, quiero decir, obtendrás respuestas diferentes de las de alguien que se ciñe al guión, como se supone que debes hacer".

"¿No se trata de eso?"

"¿Perdona?"

"Quiero decir, si quisieras obtener las mismas respuestas cada vez, podrías averiguar cuáles se supone que son y escribirlas y ahorrarnos

mucho tiempo y problemas al resto".

Guthrie cierra los ojos. "Tú lee el guión. De la forma en que está escrito. ¿Vale?

"Todo", dice Ysabel.

"Sí", dice Guthrie.

"Porque hay algunos errores gramaticales aquí, ya sabes".

"Sólo", dice Guthrie. "Léelo. ¿Cuál es la siguiente pregunta? "

Ysabel gira la primera página del guión. "Le voy a leer una lista de productos y servicios financieros. Para cada uno, dígame si usted o alguien de su hogar tiene ese producto o servicio. Tengo una pregunta aquí".

"Cuál", dice Guthrie, que no ha abierto los ojos.

"¿Qué demonios es un producto financiero?"

"Yo, eh", dice Guthrie. La puerta se abre y Becker asoma la cabeza. "¿Cómo va todo por aquí? ¿Estáis revisando el guión?"

"Ehh", dice Guthrie. "Sí", dice Ysabel.

"Bien", dice Becker. "Diez minutos más y luego entras en directo, ¿vale, Ysabel?"

"Vale", dice ella.

"Um", dice Guthrie.

Becker cierra la puerta, se encamina por el pasillo estrecho y dobla una esquina hacia la sala de teléfonos, llena de charlas y luz gris de la tarde. Tiene una nueva carpeta manila en una mano y lleva una voluminosa camisa de franela a cuadros. Jo está sentada en mitad de un lado de la U de escritorios-cubículo. Los mechones negros en su cabello se enredan en la banda de sus auriculares. Ella se inclina sobre la mesa, una mano levanta el micrófono más cerca de la boca. "Bueno, señor", dice ella, "Yo no... bueno. Programamos la cita con su esposa... Sí señor... Bueno, ella dijo... señor, no le creo. Justo lo que he dicho, que no le creo. Nadie toma todas las decisiones financieras estos días. Bueno, su esposa parece pensar que... señor, no debería decir... Pues que te jodan a ti también". Se quita los auriculares y los deja caer junto al monitor de su ordenador.

Becker se arrodilla junto a su silla. "Hola", le dice.

Jo pega un brinco. "Jesús", dice ella. "Oye. El tipo ya había colgado antes de que yo empezara a maldecir. ¿Vale?

"Eso pensé", dice Becker. "En realidad, quería hablar contigo sobre otra cosa".

En la pequeña oficina de Tartt, con su cartel en la puerta exhortándolos a disparar a la luna, Becker levanta la carpeta manila.

"No debería mostrarte esto, pero estoy pensando que puedes ayudarme con Ysabel".

"¿Sí?" dice Jo.

"Bueno, el papeleo para su I-9 es inútil". Abre la carpeta sobre un par de pilas de papel relativamente niveladas en el escritorio de Tartt.

"¿Inútil?", dice Jo.

"Ella no tiene nada de esto", dice Becker. "Ni permiso de conducir. Ni pasaporte ni tarjeta de la seguridad social. Ni certificado de nacimiento. Ni tarjeta de registro de votante o identificación escolar. Dice que nació en los Estados Unidos, pero no tiene nada que lo demuestre. Ella quería saber por qué su palabra no era lo suficientemente buena".

Jo suelta una risita.

"Mira, no es muy divertido. Si no podemos completar esto, no podemos pagarle. ¿Vale? Y si pudiéramos, bueno", gira el formulario más grande y saca una pequeña octavilla,"No estoy seguro de qué demonios hacer con lo que ha puesto en su W-4."

Jo se inclina hacia delante para mirar el formulario y dice: "Oh, Dios". Se lleva la mano a la boca.

"¿Qué?", dice Becker.

"No tenía ni idea", dice Jo sofocando una risita, "que así es cómo ella deletrea Ysabel".



Es una habitación redonda en el tercer piso de una torre, y está vacía, excepto por un gran espejo de tres vías y varias cajas de cartón con ropa y más ropa esparcida por el piso aquí y allá, y la mujer que está parada en el medio de todo eso, usa un par de pantalones cortos blancos y levanta su masa de rizos de oro pálido dentro de una coagulada pila color crema en la parte superior de su cabeza. La radio a sus pies está murmurando algo alegre tipo bossa-nova. «Ser todo lo que ella quiere», está cantando la radio, «no puedo. Todas las cosas que se necesitarían, solo para lograrlo».

Se agacha y saca una chaqueta con capucha azul celeste de una de las cajas. Mete un brazo y luego el otro en las largas mangas ajustadas forradas de ribetes rojos, que se ensanchan repentinamente en las muñecas, engullendo los talones de las manos. «Ella tiene expectativas demasiado altas», canta la radio, «cree que merece todo lo que puede conseguir. Lo que ella quiere de mí es algo que no puedo ser». El

dobladillo de la chaqueta llega justo por encima de su ombligo. Ella introduce un extremo de la cremallera en el otro y la sube hasta la garganta, luego tira de ella hacia abajo, a mitad de camino entre sus senos. Inclina la cabeza, balancea el torso hacia un lado y luego hacia el otro, examinándose en el espejo. Hace un puchero pensativo. Baja la cremallera un poco más.

"¿Cita caliente?", dice el hombre apoyado en la puerta.

Ella salta un poco. "No me asustes de esa manera", le dice en el espejo. Lleva una saturada camisa color salmón y su cabello pálido, pálido, le cuelga en trenzas más allá de los hombros. Se agacha junto a la caja de cartón y hurga en ella. "Y no, querido hermano. Solo estoy haciendo un favor a un amigo". Saca una falda a juego larga y atlética, azul bebé y rojo. Sentada en el suelo, se pone la falda sobre los pies, luego las rodillas, luego se levanta del suelo para jalarla por los muslos y las caderas.

"Hey", dice el hombre apoyado en la puerta. "Déjame ayudarte con eso". Camina detrás de ella, la ayuda a colocarse la falda en su sitio, baja sobre sus caderas. Tira de la cremallera hacia atrás. "¿Y este amigo sería Roland?", murmura en su oído. "¿Y es ese favor lo que creo que es?"

Ella estira la mano y golpea ligeramente la nariz con la yema del dedo. "Ya te lo he dicho", le dice ella. "No es una cita caliente".

"Bueno", dice él retrocediendo. "Estás fantástica".

"Naturalmente", dice ella, sentada junto a otra caja de cartón.

"Asegúrate de decirle a tu cita fría que tu hermano está celoso", dice él saliendo de la habitación.

"Oh, me aseguraré", dice ella distraídamente. Saca un par de zapatillas de color rosa. Frunce el ceño. Vuelve a buscar un par de sandalias azul gelatina claro.

Ysabel Triunfal / el Cambio de la Guardia / Ahora y Aquí / Un Montón de Bicicletas

Ysabel levanta triunfalmente la mano con el dedo medio en equilibrio rodeando el botón de desconexión del teléfono. "Vaya, no", dice ella por el auricular de su teléfono. "*Gracias*. Sólo puedo disculparme por lo mal que se escribieron las preguntas y lo aburrido que debe de haber sido para usted. De ningún modo. Y usted también tenga una buena noche. Adiós". Pulsa el botón. Suspira. Mira el teclado del ordenador, que ocupa la mayor parte del poco espacio de escritorio que deja el monitor, y toca un par de teclas con dos dedos índice saliendo de dos puños. Mira la pantalla, luego golpea un par de teclas más.

Becker se agacha junto a su silla mientras ella echa mano al teléfono de nuevo. "Hola", dice. "Son más de las nueve. Ya has terminado".

"Oh", dice Ysabel reclinándose en la silla.

"Llevas hablando por teléfono unas cinco horas. Has registrado 42 encuestas completas. Eso es, ah, casi un récord".

"Oh", dice Ysabel. Jo aparece detrás de Becker con los brazos cruzados y la boca torcida. Detrás de ella, otros telefonistas están recogiendo bolsas, libros, botellas de agua vacías, envoltorios de dulces, reuniendo sus cosas y dirigiéndose hacia la puerta.

"Sí", dice Becker. “Seth monitoreó varias de tus llamadas... hiciste un trabajo fantástico. Tal vez podríamos..., ya sabes, insultar un poco menos la encuesta, pero..."

"Bien", dice Ysabel empujando la silla hacia atrás, se pone en pie, se cepilla la falda de color caqui. "¿Y ya es suficiente?", le pregunta a Jo. "¿Hemos terminado?"

"Claro", dice Jo.

"Buen trabajo, Ysabel", dice Becker, en pie.

"Gracias", dice Ysabel agachándose para tirar de una de sus medias de lana sobre la rodilla. "¿Podemos hacer otra cosa mañana por la noche?", le dice a Jo. "Esto ha sido *realmente* aburrido".

"Um", dice Becker.



Roland, con su chándal verde y plateado, está de pie en la acera a la luz rosa y naranja bajo el cartel multicolor de Tónica que se agita en el aire de la noche. Con él hay una mujer un par de dedos más alta, cuyo cabello color crema coagulada se apila aún más alto. Lleva una sudadera con capucha azul claro y una falda larga a juego. "Qué", dice Jo con los brazos en jarras, mirándolos de arriba abajo. "¿Tenemos escolta ahora?"

"Esta es Marfisa, el Hacha", dice Roland. “Se quedará con la Princesa esta noche. Tú y yo tenemos algo que debemos hacer". Él inclina la cabeza ligeramente. "Con su permiso, por supuesto, milady".

Ysabel asiente. "¿Algo que debemos hacer?", dice Jo. "*Genial.* ¿Qué pasa si ya tengo algo que hacer?"

"¿Qué sería tal cosa?", dice Roland.

"Bueno", dice Jo mirando hacia otro lado, "nada, en realidad". Mete las manos en los bolsillos de sus pantalones de trabajo. "Es que no me gusta la forma en que vosotros os dejáis llevar por las órdenes, ¿sabes? Haz esto, haz aquello, irás conmigo, entregarás a la Princesa o te apuñalarán. Es grosero, ¿sabes?"

"No es muy agradecida, ¿verdad?", le dice Marfisa a Ysabel. Su voz es baja, redonda y plena.

Ysabel se encoge de hombros. "*¿Agradecida?", dice Jo. “Escucha,*

Glamurosa Amazona. Debo ciento treinta dólares gracias a tu Princesa. ¡Demonios, y eso sólo es por los días perdidos de trabajo que no cuenta los almuerzos y los tés de durazno! "

"Te advirtieron", dice Roland.

"Sí, lo sé". Jo se encoge más profundamente en su voluminosa camisa de franela. "Me advirtieron. Me dijeron que me fuera y no lo hice, y todo es culpa mía. Podrías haber informado sin más, es todo lo que digo. Del principio del asunto, ¿sabes? "

"Jo Maguire", dice Roland mirando hacia la acera y extendiendo las manos. "Aunque la Reina no puede reconocerte como miembro de la corte, hay, sin embargo, ciertos eventos que requerirán que, como guardián de nuestra Princesa, asumas un papel más público. Después de considerarlo un poco, la Reina, en su sabiduría, ha decidido que podríais vos beneficiaros de algunas instrucciones, sobre cómo comportaros, qué decir y hacer, cómo manejar una espada. Y yo, al parecer, debo presenciar tal instrucción".

"¿Lo ves?", dice Jo después de un momento. "No ha sido tan difícil. Hasta me has hecho sentir como una imbécil. Eso añade un bonus".

"¿Entonces vendréis conmigo?" dice Roland.

"Sí, sí, ya voy. Cristo." Cuando Roland comienza a cruzar la calle hacia la esquina debajo del letrero del hotel Danmoore, Jo está bajando de la acera y se detiene. Se da la vuelta para mirar atrás. "Hey", le dice a Ysabel. "¿Vas a...?"

"Ella estará bien", dice Marfisa.

"Todo va bien, Jo", dice Ysabel. "Continúa".

"Vale", dice Jo. "Yo..., eh. Te veré luego." Suspira, baja de la acera, luego trota tras Roland.

"Una chica rara", dice Marfisa. Ysabel la mira de reojo, frunciendo los labios en pugna con una sonrisa perpleja. "¿Qué?", dice Marfisa, mirándola.

"Glamurosa Amazona", dice Ysabel.

Marfisa pone los ojos en blanco, cruza los brazos, exasperada. Luego sonríe, solo un poco. "Sí", dice ella, "Vale. Y tú te ves bien.

"¿Eh?", dice Ysabel con sus botas de sangre de buey, los calcetines hasta la rodilla, su falda caqui, su suéter de cuello alto en un color natural sin nombre, recortado a una pulgada por encima de sus caderas. Su larga coleta se balancea cuando inclina la cabeza. "¿No he quedado

ruinosa por mi exilio?"

"Bueno, esta noche es tu noche", dice Marfisa bajando la acera, dando vueltas ofreciéndose a la ciudad. "¿Para qué estás de humor? ¿Salsa? ¿Le feliz? ¿Madame Condenable? ¿Panorama? "

"En realidad", dice Ysabel de pie bajo el carte de tónica, "estaba pensando que... con el reciente incidente y todo eso... que sería mejor si regresáramos al apartamento de Jo y nos escondiéramos allí. Por seguridad." Ella aparta la mirada hacia la noche de iluminación urbana. "¿Qué piensas tú? Como mi tutora, para esta noche".

"Bueno", dice Marfisa. "Yo creo que... dado el reciente incidente, probablemente deberíamos regresar a su apartamento. Eacondernos allá arriba. Hasta que regresen. Por seguridad." La comisura de su boca se arquea. "Suena a un buen plan".



Jo y Roland suben un estrecho tramo de escaleras hacia el corazón de un antiguo edificio comercial. El segundo piso tiene paredes blancas y un suelo negro pintado tantas veces que todavía parecen resbaladizas y húmedas. Las esquinas son suaves y redondas. En la parte superior de la escalera hay un conjunto de puertas dobles de vidrio esmerilado. Roland llama a la puerta de la derecha con el dorso del puño. "¡Entre!", grita un hombre en algún lugar al otro lado.

Roland abre la puerta. La habitación más allá es amplia y profunda, el extremo más alejado se pierde en las sombras. Los espejos de suelo al techo se alinean en una pared. El piso oscuro está marcado en una docena de puntos con X de cinta adhesiva azul. En la luz salpicada por un solitario panel fluorescente del techo se encuentra un hombre fornido. Su cabello canoso y escaso es muy corto, su boca agria enmarcada por un salpimentado pañuelo Van Dyke. Sus ojos son grandes y brillantes. "¿Es esto?", dice. Lleva pantalones con cordón, una camiseta ajustada sobre su amplio pecho y zapatos sencillos de lona. Una mano sostiene un manojo de espadas atadas juntas con un poco de cuerda. "¿Con esto es con lo que se supone que debo trabajar?" Su otra mano es un gancho de metal al final de una prótesis beige, unida justo debajo del codo izquierdo.

"Jo Maguire", dice Roland, "Vincent Erne. Vincent, Jo".

"Está flaca", dice Vincent. Atraviesa la habitación y deja las espadas sobre una estera enrollada. "Postura terrible. Una actitud tan tosca que

ya me ha puesto de los nervios". El hombre se mueve rápido, las puntas de sus pies chasquean silenciosamente en los zapatos sobre ese suelo mientras rodea a Jo. "Y, por supuesto, es una chica".

"Eso no importa", dice Roland.

"Para ti no. Lo sé. Soy yo quien tiene que hacer algo viable con ella para el miércoles de la próxima semana. Tendrá que cortarse el pelo, eso es ridículo".

"Pensé que se suponía que este tipo debía enseñarme a usar una espada", dice Jo siguiendo a Vincent con su mirada.

"¡Ja!", dice Vincent. "¡Ja! Te voy a enseñar a no avergonzarte, niña. En nuestra búsqueda de esta meta, nos esforzaremos por evitar todo lo que implique el uso real de una espada. Tú", dice girando y señalando con el dedo a Roland,"Fuera. Vuelve en un par de horas. Y tú...", dice señalando con el dedo a Jo, "quítate esa voluminosa chaqueta para que pueda ver cómo te mueves. Luego camina hasta el final del pasillo y regresa, y te diré todo lo que estás haciendo mal".

Jo, quitándose la camisa de franela, mira a Roland, que se encoge de hombros.

"¡Al turrón, chica!", dice Vincent, haciendo clic en su gancho protésico para enfatizar. "¡No tenemos toda la noche!"

Mientras Jo camina por el suelo de madera oscura, Vincent va diciendo, "Hombros, por el amor de Dios, hombros atrás, no te encorves." Roland abre la gran puerta negra y sale al pasillo. Bosteza, se estira, se sienta en el escalón superior. "¡Barbilla arriba! ¡Arriba!", llega débilmente la voz de Vincent desde la sala de entrenamiento. Roland sonríe.



La yema del dedo de Ysabel brilla con polvo de oro. Lo sostiene frente al rostro, dibuja un garabato en el aire, un patrón floral que perdura brillando como los patrones hechos por las bengalas en una noche oscura. Ella le sonríe, sus ojos brillan. Da una risita, solo un poco. Cierra los ojos y respira hondo. Los abre y deja salir el aire. La flor se disipa en remolinos brillantes, perdidos en un apartamento oscuro, iluminado sólo por velas parpadeantes y centelleantes.

"Oh, cómo te he extrañado", dice Marfisa, acostada desnuda sobre su vientre en el futón junto a Ysabel.

"Yo os he extrañado a todos vosotros", dice Ysabel con el cabello

suelto y oscuro sobre la almohada, derramándose sobre sus hombros desnudos. Todavía lleva los calcetines de lana. Una bolsita de plástico hinchada con polvo de oro yace sobre su estómago.

"Sabes", dice Marfisa, "quería ponerte celosa esta noche".

"No pienses así", dice Ysabel.

"Lo hice. Lo hice. Iba a colgarme de Roland cuando saliste con esa chica e iba a hacer, no sé. Fue una tontería".

"Lo fue".

"Roland pensó que tenía frío. Me ofreció su chaqueta", dice Marfisa.

"Roland puede ser un poco... denso". Ysabel se besa ligeramente la punta del dedo y lo sumerge en la bolsa para obtener otra mancha de polvo de oro.

"Fuiste una perra en la fiesta de Robin", dice Marfisa rodando de lado para mirar a Ysabel. "Bailando con esa chica mientras yo tocaba tu canción. Y luego..."

"No sigas", dice Ysabel. Su dedo corta en el aire, dibujando una forma enojada. "No pienses así. No pienses que puedes ponerme celosa, Marfisa. No hay nada por lo que estar celosa". La forma se suspende resplandeciente sobre ellas, fantasmeando lentamente en el aire. Ysabel se da vuelta para mirar a Marfisa, cuyo cabello pálido, pero pálido, está enredado en las almohadas, su hombro, enredado con flores fantasmales de color azul ante su amplio rostro, cae. Su boca de labios finos gira hacia abajo, sus ojos azules brillan húmedos y rodeados de rojo . "Lo sé", dice Marfisa. "Lo sé. Algún día el Rey vendrá y se sentará nuevamente en el Trono. Y te casarás con él. Pero hasta entonces..."

"No", dice Ysabel. "No. No hay entonces. No hay hasta. No hay podría ni quizá ni puede ser".

Cerrando los ojos contra la amenaza de las lágrimas, Marfisa vuelve la cara hacia la almohada. "Ya lo sé", dice ella con voz amortiguada. "Milady, lo sé".

"Shh". Ysabel sumerge el dedo y el pulgar en la bolsa, saca una pizca de polvo y coloca la bolsa a un lado. Se pone de lado para acostarse contra Marfisa, besando el grueso hombro redondo de color azul delante de ella. "Hay ahora", dice ella. "Hay aquí". Rocía la pizca de polvo que flota brillando en el aire para aterrizar en la espalda de Marfisa. "Oh", dice Marfisa. Temblando. "Hay ahora", dice Ysabel acariciando ligeramente el polvo en la piel de Marfisa, "y aquí".

"Oh", dice Marfisa.



Jo baja por el estrecho tramo de escaleras y abre la puerta de un puntapié, buscando en el bolsillo de su camisa un paquete de cigarrillos. La puerta se está cerrando cuando ella enciende uno y aspira un pulmón entero de humo.

"Me gustaba más cuando la destilería estaba aquí", dice Roland, quien está sentado en la acera junto a la puerta. "Me gustaba el olor. A algunas personas no, pero a mí sí. Era rico. Agrio, pero... rico. Lleno de vida. Sabías que algo estaba creciendo aquí. Se creaba", sonríe. "También me gustaba la forma en que las botellas tintineaban sobre la cinta transportadora sobre la calle. Como pequeñas campanillas de cristal," mira a Jo. "¿Cómo te ha ido?"

"Dice que debería dejar de fumar", dice Jo, dando otra calada. "Entre otras cosas. Se supone que debo volver el domingo para una prueba". Mira atrás hacia al largo edificio de dos pisos. "Monstruo". Una última calada y luego apaga el cigarrillo, que se enciende en las vacías ventanas negras sobre ellos. "¿Y tú por qué te has quedado?"

"Pensé que podría acompañarte a casa", dice Roland.

"Oh", dice Jo. Se encoge de hombros, le extiende una mano. Él la toma. Ella lo pone en pie. "¿Me vas a contar más sobre la elaboración de cerveza?"

"Es un buen trabajo honesto, elaborar cerveza", dice Roland.

"En realidad", dice Jo mientras parten por la acera hacia la 10. "Quería preguntarte algo. Sobre, sobre esto que hago, ser un Gallowglas".

"Adelante", dice Roland frunciendo el ceño hacia sus zapatillas.

"Cuando me desafiaste. En esa fiesta. Si realmente te hubiese golpeado..."

"No me hubieras golpegado", dice Roland caminando más rápido.

"Ya, pero si hubiera logrado..." dice Jo trotando para alcanzarle.

"No lo hubieras logrado..."

"Ya. Estoy diciendo si. Si lo hubiera logrado. ¿Yo habría...?, bueno, quiero decir..."

"No hay forma en que pudieras haberlo logrado. Pero. Si lo hubieras hecho... sí", dice Roland deteniéndose en una esquina. El semáforo sobre la intersección parpadea en rojo en las cuatro direcciones. "Sí", dice de nuevo.

"Por lo que soy", dice Jo.

Por lo que eres. Sí".

“Podría haberte matado. Igual que a ese tipo la otra noche. "

"No habrías..."

"Y me desafiaste de todos modos".

"¡No había ningún peligro!", dice Roland. Jo levanta las manos y comienza a cruzar la calle. "No debería haber habido ningún peligro", dice Roland siguiéndola.

"Oh, no", dice Jo. "Ninguno en absoluto. Por eso yo acabé despertando en casa de Ysabel con un agujero en la espalda y sin tener idea de qué coño había pasado".

"Jo", dice Roland. "¡Jo!" Él corre y la agarra del brazo. Los dos se detienen, uno frente al otro, ante las oscuras ventanas de una librería. "Siento todo eso", dice Roland. “Y te lo prometo: lo enmendaré”.

"Tú", dice Jo. “lo emendarás. Por mí".

Roland sonríe. Ríe un poco. “Eres grosera, Jo. Eres impaciente e irrespetuosa. No escuchas, nada te importa y te ríes de cosas que no entiendes. Pero anoche te probaste a ti misma".

Jo comienza a decir algo, se detiene y luego levanta las manos. "Anoche salí corriendo. Conseguí que mataran a un tipo, que se esfumó en la nada, porque no supe ni dónde poner los < em> pies".

“Luchaste”, dice Roland, “para mantener a salvo a la Princesa con todo lo que tenías. Eso es todo lo que me importa".

Jo niega con la cabeza. "Nunca os podré a entender, colegas".

"¿Por qué deberías?", dice Roland. Hace un gesto hacia la siguiente intersección con la mano y, encogiéndose de hombros, Jo se pone en marcha. Él la sigue.

Allí, en la esquina de la 10 con Burnside, esperando a que cambie el semáforo, Jo señala a través de la intersección. "¿Qué demonios es eso?"

En un paso de acera que atraviesa la intersección de cinco vías, frente a una pizzería, hay bicicletas en un montón: bicicletas para niños de bonitos colores, bicicletas de montaña brillantes como espejos, choppers con asiento de banana relucientes con brillantina, ruedas con borde blanco con el fulgor color rosa de luz de la calle, manillares de plástico con borlas, todas apilados en un montón tan alto como Roland. "No tengo ni idea", dice.

“Me parece algo que haríais vosotros”.

"¿Mi gente?", dice Roland.

"Bueno, parece que sí". Jo frunce el ceño.

"No tengo ni idea, Jo", dice Roland. "El semáforo está en verde".

"Ya, ya", dice Jo.

“¿Le Trash Blanc?” / Su hombre no / Algo, Lo que sea, Eso / preguntas Muy Simples

“¿Le Trash Blanc?”, dice Jo.

"Adelante", dice Ysabel. "Por otros cincuenta centavos te dan una lata de cerveza".

Jo se encoge de hombros. "¿Por qué no?"

"Semivegana", dice Ysabel entregando los menús a la camarera. "Y una copa de sidra doux Bordelet".

La habitación está tenuemente iluminada y roja. Jo e Ysabel se sientan juntas en un sofá bajo debajo de la ventana delantera. Mientras suena un piano de cóctel y una trompeta solitaria, canta un coro sobrenatural «Dare no harienu, daiya no kokoro tsumetai watashi no». Más allá de las empaquetadas mesas del fondo hay una cocina abierta, donde un hombre con perilla vierte la masa sobre una plancha caliente y la hace girar en círculo con una paleta ancha y plana. "Ah", dice Ysabel. Lleva vaqueros negros y una camiseta blanca ajustada. Una chaqueta de cuero negro cruje con flecos se deja caer sobre el sofá junto a ella. "Esto está bien".

"Sí", dice Jo. "Tenemos menos de veinte dólares, y alcochol". Lleva unos pantalones holgados marrones y una camisa de rugby azul y naranja, sus zapatillas Chuck Taylor no encajan en el borde de la mesa de café ante ellas. Una negra, una blanca, el del pie envuelto en una sucia cinta adhesiva.

"Lo que *quise decir* era", dice Ysabel, "que hace casi una semana que desafiaste a Roland. Y en todo ese tiempo no hemos tenido muchas oportunidades de sentarnos y..."

"¿Comer fuera?", dice Jo.

"No", dice Ysabel en voz baja. Jo se mira las manos en el regazo y toma el vaso de agua sobre la mesa entre sus pies. Da un sorbo. "¿Crees que podemos estirarnos con un postre?", dice Ysabel.

"Ya veremos", dice Jo.

"Podríamos compartir uno", dice Ysabel. “Limón con jengibre. Y una taza de café. Ya está. Lo juro".

"Ya veremos", dice Jo.

«Donna tenshi mo akogare sasayaki mo», está cantando el coro. «Otoko no ainado todoki wa shinai, todoki wa shinai».

"Bueno, ¿y cómo es tu vida cuando no la estoy interrumpiendo?", dice Ysabel. La camarera con su vestido de bígaro coloca un vaso de sidra y una lata de Pabst Etiqueta Azul en la mesita.

"Ya lo has visto, prácticamente", dice Jo. "Trabajar. Casa. Dormir. De vez en cuando pido una pizza".

"Ya, pero...", dice Ysabel. “Me refiero a amigos. Saliste con algunos el sábado pasado... con Becker y, bueno, ese pequeño gótico curioso..."

"Guthrie", dice Jo encogiéndose de hombros, se inclina hacia adelante haciendo estallar la tapa de la lata de cerveza. “Y Becker, sí. Amigos del trabajo. Conozco a Becker hace... ¿cuánto, ocho meses? Se está convirtiendo en un gilipollas ahora que lo han ascendido". Sonríe mientras vierte la cerveza en un vaso vacío. “Que es lo que celebramos la semana pasada, su promoción, quiero decir. No su gilipollez".

Ysabel apoya un fino brazo a lo largo del respaldo del sofá. "¿Y qué hay de los demás?"

"¿Qué pasa con ellos?", dice Jo.

"Ya *sabes*", dice Ysabel. "¿Alguien ahí? ¿Alguien en particular?”

"Bueno", dice Jo, el vaso de cerveza rubia en la mano. "Solía haberlo".

Con la mano en la sien, jugando con sus gruesos rizos oscuros y enredados, Ysabel sonríe. "¿Y ese alguien tiene nombre?"

"Frankie", dice Jo. "Y, o sea, se acabó. Definitivamente ha terminado. Terminó mal". Da un largo trago de cerveza. "Y", dice ella, bajando el vaso.

"¿Y?", dice Ysabel.

"Y", dice Jo encogiéndose de hombros. "Se acabó. Así que supongo que la respuesta es que no lo hay".

"¿Y Christian?", dice Ysabel.

"¿*Christian*?", dice Jo. "No. O sea, ¿qué? Nosotros sólo..."

"¿Cómo llegaste a conocerle?", dice Ysabel.

"Fue una de las primeras personas que conocí cuando me mudé aquí", dice Jo mirando de reojo a Ysabel. "Hace unos cuatro años".

Ysabel sorbe su sidra. "Él, qué", dice ella, "no parece el tipo de persona que tú, bueno, conozcas".

"Ya, bueno", dice Jo, "lo era. ¿Vale? Por un tiempo hubo... Hice algunas estupideces, y sucedieron algunas estupideces. Y Christian es un chiflado, ¿sabes? Pero, si eres un amigo, él está *ahí*. Punto". Sonríe. "Fue genial verle de nuevo".

"¿Estúpideces?", dice Ysabel con una ceja alzada.

"Sí", dice Jo. "Por eso estos días voy a trabajar y regreso a casa, a mi apartamento, y de vez en cuando pido una pizza".

Ysabel asiente un poco ante eso.

"Por supuesto", dice Jo, "tu hombre, Vincent, no cree que eso me

haga ni un poco bien".

“¿Vincent?”, dice Ysabel.

"Dice que no importa qué, siempre voy a estar buscando problemas. Buscando pelea." Se sonríe un poco. "Creo que demostré eso la semana pasada".

"Él no es «mi hombre»", dice Ysabel.

"¿No?", dice Jo.

"Nunca he conocido a Vincent Erne", dice Ysabel. "¿Cómo es?"

"Habla demasiado", dice Jo.



"¡Barbilla arriba! ¡Arriba!", dice Vincent.

Jo, al fondo de la habitación con paredes de espejos, gira. "¿Qué coño?", dice ella. "Estoy *andando* como has dicho".

"Estás andando, de acuerdo", dice. El gancho de metal al final de su brazo izquierdo emite un chasquido despectivo. "Estás andando como un maldito *crío*, como si fueras a *detención*, como si tu *madre* te acabara de llamar a casa para cenar y tú quieres que todo el mundo sepa que odias las coles de bruselas". Él se desliza por el suelo oscuro marcado con cinta adhesiva, empujándola con su dedo índice delgado y nudoso. "Buu. Joder. Buu". Jo extiende los brazos, se queda mirándole con la boca abierta de consternación, de ira. "¿Qué?", le dice él rodeándola. "¿Qué? Venga. Dame caña". La boca de Jo se tensa. “¿Qué tienes? Venga". La mano de Jo se tensa en un puño y se abre de nuevo. "¿Y bien? ¿Qué vas a hacer al respecto, eh? ¡Venga, *adelante*!" Inclinándose hacia un lado, Jo le lanza la palma de la mano a la cara.

Él la atrapa fácilmente.

"No tienes nada", dice.

Ella trata de liberar la mano. Él la sujeta allí en el aire entre ellos, con los dedos apretados alrededor de su muñeca.

“No tienes nada”, dice de nuevo, “y todos lo saben. Por eso te encrespas y tensas por ello y cuando alguien trata de molestarte para ver qué es lo que hay, lo único que puedes hacer es quitarle la cabeza a ese alguien. Así que, adelante. Quítame la cabeza".

Jo vuelve a sacudir el brazo, intentando usar las caderas en ello, y cuando él retrocede su mano hacia arriba entre ellos, ella sigue ese movimiento desde el hombro, arremetiendo contra él. Él la bloquea con su brazo protésico beige. Luego la suelta, retrocediendo.

"Como entres así en una habitación llena de nobleza", dice él negando con la cabeza.

"¿Qué coño *es* eso?", gruñe Jo.

"Esas son personas que tan pronto te destriparían y te dejarían por muerta mientras se llevan el dinero de tu almuerzo", dice Vincent. "Si entras en una habitación, llena de nada, *así*, no saldrás". Dándose la vuelta, camina por la larga habitación hacia el extremo iluminado. "Ahora camina como si *tuvieras* algo", grita él sobre el hombro. "Camina como si fueras en serio".

"Maté a uno de ellos", dice ella.

"*No*", dice de pie bajo la luz al otro lado de la habitación. "No lo hiciste *tú*. El *Carro* lo hizo. Y él no era hidalgo. Sólo era Tommy Cabezacuero. Las madres usaban su nombre para asustar a sus hijos. ‘¡Levántate de la cama o Cabezacuero y Huesos Sangrientos te comerán! ¡Tú! ¡Arriba!”, Vincent niega con la cabeza. "Y luego a algún idiota se le metió en la cabeza que iba a perseguir a la Prometida, y Tommy se metió en medio de ello, y *tú* te entrometiste cuando te dijeron que te quedaras al margen, y *esto* es lo que

pensaste que traías a la mesa?”

Jo se mira las botas.

"Afortunadamente, se trata todo de apariencia", dice. “Si *parece* que lo tienes, lo *tienes*. Ese es el secreto, querida. Simple y claro. Si entras en una habitación con la Prometida de tu brazo y *parece* que lo tienes, nadie te va a molestar para descubrir lo contrario".

"Entonces", dice Jo, "¿Cómo hago...?"

"Camina hacia mí", dice Vincent. “Para cuando llegues aquí, quiero creer que *tienes* algo. Lo que sea. *Ello*".

Jo respira hondo. Cuadra los hombros. Le mira directamente a los ojos. La luz brilla en la frente de Vicent, en la punta de su nariz. Su mano se suspende suelta a su lado, esperando.

Ella comienza a caminar, paseando sobre el suelo oscuro hacia él. Él suspira. Aparta la mirada hacia el espejo de suelo a techo que baja por la pared. Se dirige hacia ella de repente. Ella titubea cuando él circula tras ella, toma sus hombros con la mano y el extremo de su prótesis, girándola hacia el espejo. "Mira", le dice inclinándose sobre su hombro. “Mírate a ti misma. *Mira*. ¿Qué tienes? ¿Qué tienes de lo que estar orgullosa?”

La cara de Jo en el espejo es laxa. La línea de su nariz es lo único afilado al respecto. Las sombras se acumulan en sus mejillas y manchan la piel debajo de sus ojos. Sus labios se separan, un poco. Respirando. "¿Qué es?", dice. “Al final del día, ¿qué puedes recordar y decir, yo *hice* eso? Encuentra eso. Encuéntralo y deja que te llene para que puedas caminar con los hombros hacia atrás y la barbilla arriba y la cabeza alta. Encuéntralo para poder mirarles a los ojos y que *vean* que eres una persona a tener en cuenta. Encuéntralo, Jo, y *muéstralo*, para no tener que demostrarlo". Jo cierra los ojos. Traga. "Pero tienes que *encontrarlo*, Jo".

Ella abre los ojos, baja la vista hacia la mano. "Por favor", le dice ella. "Quita tu mano de mi hombro".

Vincent retrocede un par de pasos. "Camina", dice. "Adelante. Hasta el final de la habitación y de vuelta. Ve".



"¿Y qué hay de ti?", dice Jo, inclinándose hacia delante para tomar un bocado de crepe.

"¿De mí?", dice Ysabel puliéndose su sidra. «Hay demasiado de mí», canta una mujer sin aliento sobre el lamento de una guitarra de acero, «y no lo suficiente de la persona que quiero ser».

"Sí", dice Jo. "¿Tienes a alguien en particular?"

«Nueve noventa y nueve», canta la mujer, «muy buen vino, un hermoso momento». Ysabel sonríe. "No", dice ella. "Nunca lo he tenido".

"Nunca", dice Jo.

"No puedo", dice Ysabel. Se reclina jugando con el fleco de la chaqueta a su lado. "Soy la Princesa", dice ella. "La Prometida. No puedo".

"¿Y este asunto de la Prometida es, quiero decir, literal?", dice Jo. "¿Te vas a casar?"

"Con el Rey", dice Ysabel. "Cuando vuelva. Así que supongo que sí *hay* una persona en particular después de todo". Se inclina hacia adelante levantando el tenedor para perseguir un último pedazo de pastel de frijoles negros.

"¿Cómo es él?", dice Jo.

"No lo sé", dice Ysabel. "Nadie sabe quién será el Rey ni cuándo vendrá". Mira a Jo. “Lo cual podría ser la razón por la que alguien intentara hablar conmigo el miércoles. Tal vez piensa que funciona

igual al revés que al derecho... que si se casara conmigo...”, y ella lame el último bocado de su tenedor.

"Se convertiría en Rey", dice Jo.

"Y bien podría funcionar de esa manera", dice Ysabel. "Pero hasta entonces", se encoge de hombros. "No puedo".

"Ahora bien", dice Jo, "cuando dices nunca", ¿quieres decir...?"

"Creo que quiero decir que no es asunto tuyo".

"Ya, pero. ¿Nunca?

“¿Te gustaría compartir un crepe de postre?”, dice Ysabel.



Suena el teléfono, así que él lo levanta. "Hola", dice metiéndolo entre la oreja y el hombro, recoge el cuchillo. "Yo, uh", dice, picando un diente de ajo bajo la hoja. "Mira", dice. "Es domingo, por amor de Dios. ¿Vosostros no deberíais estar...?".

"Oh, entiendo", dice Ysabel en el auricular de su teléfono. "Pero esto no es una llamada de ventas. Es sólo una encuesta, señor. Sólo queremos preguntarle si está satisfecho con varios productos y servicios financieros. Sólo le tomará cinco o seis minutos de su tiempo, como máximo, y estará ayudando a un banco a hacer un mejor trabajo para brindar a sus clientes lo que quieren. Quizá sea *su* banco. Mírelo como la buena acción del día".

"Ya, bueno", dice pelando el papel del diente, "no creo".

"Y debe usted entender, señor, que no sabemos quién es usted. Su número de teléfono fue generado aleatoriamente. No le distinguiría de Adán, señor, si me topara con usted en la calle. Entonces." Ella gira en su silla, mirando fuera de su escritorio a lo largo de la

estrecha oficina con sus paredes color crema indeciso. Un par de puestos más abajo, Jo está encorvada sobre su teléfono, haciendo algo enfático con sus manos. Guthrie está colgando su teléfono. La mujer con vello bajo la barbilla se dirige a la cocina en un descanso. Becker en su escritorio, con un auricular en la oreja y monitoreando la llamada de alguien. "Con eso en mente", dice Ysabel, "¿cree que podría quererme?"

"Yo, eh". Su cabello castaño es peludo y tiene suficiente canas para que se vea polvoriento y descuidado. Sostiene el cuchillo en una mano y mira un revoltijo de dientes de ajo sin pelar. "¿Qué?", dice.

“¿Quiere responder a mis preguntas?”

"Yo", dice.

"Tenga en cuenta que son muy simples. Sólo le tomará cinco o seis minutos de su tiempo. Por ejemplo: ¿me considera deseable?”

"Estoy *casado*", dice dejando el cuchillo sobre el mostrador.

"No importa para los propósitos de esta encuesta", dice Ysabel. Se está mirando las uñas pintadas de oro. En su escritorio, Becker la mira frunciendo el ceño. "¿Cómo me calificaría, en una escala de uno a diez, siendo uno el más bajo y diez el más alto?"

"Un diez", dice. "Pensé que había dicho que esto se trataba de finan..."

"Se trata de cuán *satisfecho* está", dice Ysabel. Becker está haciéndole gestos de cortarse la garganta. "¿Cuán satisfecho cree que estaría conmigo?" Becker se levanta de detrás de su escritorio. "¿Diría que está muy satisfecho, algo satisfecho, algo insatisfecho o muy insatisfecho?"

"Oh", dice él mirando a través de la cocina a una mujer que escribe en un ordenador portátil en un pequeño escritorio en una alcoba bajo una estantería abarrotada. "Muy satisfecho. Pero... ¿Hola? ¿Hola?"

Ysabel se levanta cuando Becker quita el dedo del botón de desconexión. "¿De qué demonios iba eso?", dice él.

"Estaba", dice Ysabel, "flirteando. Tratando de mantenerlo interesado para hacer la encuesta".

"Eso no era *flirtear*", dice Becker. "Eso era... extraño".

Ysabel se encoge de hombros.

"No *hagas* eso", dice Becker. "Si vuelves a hacerlo, tendré que sacarte de los teléfonos. ¿Vale? Sólo queda una hora de turno..." Ysabel está colgando sus auriculares en el armario, se agacha para recoger un pequeño bolso del suelo bajo su escritorio. "¿Qué estás...?", dice Becker.

"Me voy", dice Ysabel. "Estoy aburrida y casi seguro que lo volvería a hacer. Te estoy ahorrando el problema".

"¿Qué pasa?", dice Jo de pie detrás de Becker.

"Vuelve al teléfono", dice Becker.

"Cierra el puto pico", dice Jo. "¿Ysabel?"

"No sigas", dice Becker.

"Me voy", dice Ysabel. "Estoy harta".

"No me hables...", dice Becker.

"Déja que coja mi chaqueta", dice Jo.

"No me *hables* de esa manera", dice Becker. La gente observa desde sus teléfonos. “Jo, siéntate. Ysabel, dirígete a la Salita de Conferencias. Nos vemos allí en un minuto".

"Creo", dice Ysabel, "que yo estaría Muy Insatisfecho con eso".

"Eso no importa", dice Becker tranquilamente sin mirar a ninguna de ellos.

"Aparta, joder", dice Jo tirando de su chaqueta del respaldo de su silla. Apagando su ordenador.

"No te vayas", dice Becker.

"Si la estás echando", dice Jo, "tengo que ir con ella. Ya *lo sabes*".

"No voy a..." dice Becker. "*Sentaos*, Jo. Ysabel..."

"¿O qué?", dice Jo. "¿Me vas a *despedir*?", se pone la chaqueta. "Venga ya".

"¿Qué demonios?", dice Becker allí, en mitad del pasillo de los escritorios-cubículo Kelly Green.

Batido de Crema / Como la mayoría de la gente / Zoopedaleo / Este Ray

El batido de crema se derrite en un lodo aceitoso. Las cuajadas esponjosas se parten, subiendo y bajando mientras Ysabel las empuja con un agitador de plástico.

"Podríamos vender cosas", dice Jo.

"Cosas", dice Ysabel, sin alzar la mirada.

"Los muebles", dice Jo inclinándose hacia adelante con los codos sobre la mesa. “Ese cofre. Lo que trajo quienquiera que fuese, quien entró y limpió el lugar".

"No podemos vender eso".

"No podemos", dice Jo.

"No podemos venderlo, Jo", espeta Ysabel soltando el removedor de plástico junto a su café. "Honestamente. ¿De verdad crees que alguien subió todo eso por el ascensor y lo instaló en tu apartamento mientras estábamos de compras durante media hora?" Se desploma en su silla mirando las tejas amarillentas del techo. "No me pertenece para venderlo", dice ella.

"¿Qué estabas haciendo en el teléfono?", dice Jo.

"Estaba *flirteando*", dice Ysabel.

"¿Por *flirtear*...", dice Jo,"...Becker te interrumpe? ¿Por flirtear, quiere hablar contigo en la salita de conferencias?”

"Sí", dice Ysabel simplemente.

"Lo que tú digas", dice Jo.

“Bueno”, dice Ysabel levantando nuevamente el agitador. "¿Crees

que lo estás?", Y hunde una gran cantidad de pesada crema batida, "¿Despedida?"

“¿Por *eso*?", resopla Jo. "Tendría que haberme vuelto loca de estrés y empezar a disparar a la gente o algo así para que me despidieran allí. Yo estoy preocupada por ti".

"¿Crees que estoy despedida?"

"Creo que has renunciado".

Ysabel se encoge de hombros. Remoja otra pizca de crema batida.

"¿Te vas a beber eso?"

"Probablemente no", dice Ysabel.

"Bien", dice Jo empujando su silla hacia atrás. "Es hora de reunirse con Roland y con esa como se llame, de todos modos. ¿Sabes?", dice mientras Ysabel saca su chaqueta del respaldo de la silla", podríamos hacer que *ella* te protegiera mientras yo estoy trabajando..."

"No", dice Ysabel dirigiéndose hacia la puerta.

“¿No?” dice Jo.

"*No*"; avisa Ysabel por encima del hombro.

"Vale, vale, lo que tú digas", murmura Jo, siguiéndola.

Tras un momento, ella vuelve, coge la taza de café y se la lleva con ella.



"Ella me sorprende", dice Roland, de pie una vez más bajo el

cartel multicolor de tónica. Lleva un chándal plateado con ribetes verdes. Sus zapatillas están hinchadas y blancas e impecables, y los auriculares azules y blancos le cuelgan del cuello. "Sigo esperando que se dé por vencida y no lo hace".

"Su nariz es demasiado grande", dice Marfisa, manos metidas en los bolsillos de un jersey de lana azul celeste.

“¿La Princesa?”, dice Roland.

"No", dice Marfisa. “Pensé que estabas hablando de la chica. Jo".

"Me refería a la Princesa".

"La nariz de la Princesa está bien".

"Ya lo sé"

"Pensé que querías decir que *Jo* se negaba a rendirse".

"Ya lo sé"

Marfisa alza una mano para meter un mechón de pelo detrás de la oreja. "Y que Jo *era* sorprendente".

"Jo", dice Roland, "es sorprendente precisamente de la manera que esperarías".

Marfisa frunce el ceño.

"Hey", llama Jo desde la esquina, Ysabel detrás de ella, una forma oscura dentro de su traje oscuro. Roland mira hacia la puerta principal del edificio, luego de vuelta a las dos que llegan por la calle. "Cambio de planes", dice Jo. "Quiero decir, todavía vamos a casa de Vincent. ¿No? Nosotros sólo, um. He salido del trabajo un poco antes".

"Oh", dice Roland.



La luz del pasillo se derrama sobre carteles arrugados de obras de teatro de hace mucho tiempo, con títulos como «La Tragedia de la Dama» y «La Tragedia del Mensajero», «La Condesa Insaciable» y «El Caballero del Ardiente Mazo». "No estabas en el estudio", dice Roland.

"No lo estoy", dice Vincent Erne cuando las luces del techo cobran vida, "¿verdad?". Está sentado con las piernas cruzadas en una silla de oficina, de espaldas a una larga mesa perdida bajo pilas de libros al azar y pilas de papel. Sostiene una taza de café sin apretar, su dedo atraviesa el aro. Sobre el escritorio, una botella con un dedo de hollinoso whisky.

"Estás bebiendo", dice Roland.

"Vaya, sí", dice Vincent. "Lo *estoy*. ¿Has traído a tu protegida? ¿Jo?"

Ella está apoyada en la puerta, cabeza contra la jamba. "¿Estará lista para el miércoles?", dice Roland.

"¿Qué le *haréis* el miércoles?"

Los ojos de Jo se mueven de Vincent a Roland y viceversa. "Vincent Erne", dice Roland, "usted ha contraído ciertas obligaciones..."

"*Tú* no necesitas recordármelo, muchacho", dice Vincent. "¿Por qué no te vas a jugar por ahí y me permites a mí decidir si han terminado? *Como*", dice saliendo lentamente de su silla, "mejor me parezca".

"¿No deberíamos empezar con...?", dice Jo señalando el pasillo tras Roland.

"No estoy de humor para ir detrás de ti gritándote", dice Vincent.

Un hacha larga colgada con cintas y laxas fundas de fieltro se apoya en la esquina. En el suelo, un gran escudo blanco en forma de cometa con una abeja dorada y negra. Vincent se pone en cuclillas allí, gruñendo. "¿Estás de humor para correr y que te griten?"

"No", dice Jo.

"Entonces no iremos al estudio", dice Vincent. Se pone en pie sosteniendo una espada. "Toma". Le arroja la empuñadura a Jo, que apenas la atrapa por encima de la guarnición en forma de platillo.

"Esto es una espada", dice ella.

“Y *esto* es una vaina”. La sostiene en alto, con una banda de cuero que cuelga del gancho al final de su brazo izquierdo. "Quítate la chaqueta".

“¿Para qué?”, dice Jo.

"Para que pueda atarla a tu *cinturón*", dice arrodillándose con esfuerzo ante ella, sosteniéndose con la mano en el suelo.

"Tú no eres...", dice Jo apartando torpemente los brazos fuera del camino. "No eres uno de ellos. ¿verdad?”. La vaina cuelga de un pliegue de tela negra satinada con un par de ataduras largas que operan bajo el cinturón de Jo. "Quiero decir", dice ella, "sabía que no eras un *caballero*, pero no me había dado cuenta de que no eras un, bueno, un ..."

"Continúa", dice Vincent.

"Que eres... eres como yo. Eres como la mayoría de las personas".

"Lo dudo mucho", dice inclinándose hacia atrás. "Bueno, *nadie* es como la mayoría de la gente. Envaina la espada".

"Yo pensaba...", dice Jo mirando hacia abajo, apuntando la punta vacilante hacia la boca de la vaina,"... que no iba a acercarme a una espada, o algo así. ¿De repente soy digna? "

Vincent se pone en pie. "Esa es una épée de mierda que te costaría unos cien dólares". Sonríe. “Las consigo al por mayor. Ahora. Déjame mostrarte todo lo que necesitas saber".

Él toma su mano izquierda en la suya y la coloca en la empuñadura. “El error más común que hace un recién llegado con una espada es sostenerla aquí, por el pomo. Adelante. Agárrala." Jo lo hace. La espada se balancea un poco sobre su cadera, el final sobresale detrás de ella golpeando la puerta. "¿Ves?", dice Vincent. "Es una pieza larga de metal. Deseas mantenerla bajo control, pero si la agarras así, la punta sobresale. Si tuvieras que inclinarte ante la Reina, le habrías sacado el ojo a quien tuvieras detrás de ti. Suéltala. Apoya la muñeca en la empuñadura. Empuja la empuñadura *hacia afuera*", y ella lo hace. Desde su calva negra satinada, la empuñadura balancea la hoja en su vaina para acomodarse junto a la parte posterior del muslo. "Bajo control", dice Vincent. “Si te inclinas, recuerda seguir empujando la empuñadura de esa manera. Se convertirá en una segunda naturaleza".

"Vale", dice Jo. "Ahora. ¿Qué pasa si me meto en una pelea? "

"Si te peleas, Jo", dice, "*perderás ". Se dirige a su escritorio y vierte el último dedo de whisky en su taza. "Así que no pelees. Si no te doblas, no te partes".*

"Vincent", dice Jo.
"Sr. Erne", dice sorbiendo.
"Sr. Erne", dice Jo. "¿Qué va a pasar el miércoles?"
Tragando, Vincent baja su taza. "Una cacería", dice.



"Es una forma estúpida de llevar las cosas, si me preguntas", dice Ysabel. Está sentada en el borde del mostrador del baño, al lado del lavabo.
"Quédate quieta", dice Marfisa. "Cierra los ojos". Está de pie entre las rodillas de Ysabel, inclinándose cerca con un pincel en la mano para aplicarle un beige pálido y cremoso sobre el párpado.

"Se despierta", dice Ysabel cerrando los ojos. “Pasa seis horas al día telefoneando a la gente y preguntándoles cuánto les gustan sus cosas. Hace esto por un dinero que le da apenas para poder regresar a su departamento. A veces pide una pizza”. Marfisa toma el pincel delgado y lo sumerge en un cuadrado color rosa brillante entre una mezcla de colores y pinceles en un estuche de Mi Pequeño Pony. "Ni siquiera posee la mitad de las cosas por las que pregunta. Mercados financieros. Fondos mutuos". Las manos de Ysabel descansan ociosamente en las caderas de Marfisa. “Una anualidad. Ella ni siquiera sabe lo que son."

"Algo que sucede una vez al año", murmura Marfisa dibujando con cuidado una delgada línea rosa a lo largo del borde del párpado de Ysabel.

"No creo que lo que ella haga importe. Ya sea llamar a la gente o cocer rosquillas o entregar pizzas. Lo que ella realmente está haciendo es sacar dinero a paladas de la compañía que paga a las personas para que hagan preguntas y dárselo a las personas que poseen este edificio de apartamentos y hacen las pizzas. Dinero que probablemente han puesto en fondos mutuos con los que no están tan satisfechos. Es como una marea", dice Ysabel, "corriendo constantemente, y ella tiene que ayudarla, y nunca puede parar y tomar nada para sí misma".

"Ella se lo pierde", dice Marfisa inclinándose un poco hacia atrás, mirando los ojos cerrados de Ysabel. "¿Qué tal?"

Ysabel se mira por encima del hombro en el espejo. Parpadea "Está muy bien", dice ella volviéndose para mirar a Marfisa. Sonriente. "Vamos".



"¿El Oso?", dice Roland al pasar por la pared de ladrillo blanco de la antigua armería. "¿El Ciervo? El Jabalí? ¿Ninguno de esos?”

"De lo único que habló fue de cómo caminaba", dice Jo.

“¿El Zorro?"

"Mira", dice Jo, "ni siquiera sabía que iba a haber esta cacería hasta ayer por la noche. Tú no has sido muy claro precisamente".

“Pensé que te lo iba a decir él”, murmura Roland. "¿Ni siquiera habló de la Liebre?"

“Me dio esto", Jo da un golpe sosteniendo la espada que lleva a su lado, todavía en su funda de cuero negro, su mano en un puño aprieta torpemente bajo la campana. "¿Qué demonios se supone que debo hacer

con eso?"

"No la vayas agitando por ahí", dice Roland extendiendo la mano y bajando la de ella.

"Ni siquiera tiene punta", dice Jo.

"¡Roland!", avisa alguien más adelante. "Roland, ¿eres tú?"

"¿Qué demonios está haciendo?", dice Roland mirando hacia atrás por donde han venido.

"¿Quién, él?", dice Jo señalando con la empuñadura de su espada a un hombre con un mechón de cabello rosa anaranjado, más adelante en la esquina de la intersección con Burnside. Lleva una chaqueta de cuero negra y vaqueros negros, y se apoya sobre el manillar de una pequeña bicicleta rosa. Sus rodillas se aprietan a ambos lados como una rana raquítica. Serpentinas blancas en el manillar revolotean con la brisa.

"Roland", grita el tipo. "¡Eres tú!"

"Yo me refería a Vincent", murmura Roland. "Tú sólo sujeta la espada por ahora, y...", pero Jo pasa de él.

"Es una de esas bicicletas", dice ella. Mira hacia atrás, frunciendo el ceño. "Pensé que habías dicho que no ibáis en bicicletas".

"Él no es uno de mis muchachos. Simplemente ignóralo y él...Jo..."

"¡Hey!", Jo está llamando al tipo en la bicicleta. "¿Qué demonios estás haciendo?"

Su rostro se abre en una enorme sonrisa. Extiende los brazos hacia ambos lados y grita hacia el cielo nocturno manchado de luz, ¡Zoopedaleo!"



En la estación de metro, una docena de ellos se bajan del vagón. Llevan suéteres y sudaderas con capucha, vaqueros y pantalones caqui. Hay una mujer con un traje de animadora verde y amarillo. Alguien lleva una cabeza de conejo con cara metálica en forma de calavera. Algunos de ellos llevan bicicletas para niños pequeños, como la rosa en el hombro del chico con el pelo rosa anaranjado. Otros llevan bicicletas de montaña. La animadora tiene una gran bicicleta azul con neumáticos gruesos y una cestita blanca florida enganchada en la parte delantera. Un tipo tiene una bici casera de aspecto desvencijado con asiento amarillo de banana y una pequeña rueda trasera y una horquilla larga para la rueda delantera, como una chopper pedorrera.

Se dirigen a los ascensores a cada extremo de la plataforma. Roland

frunce el ceño y levanta una ruinosa bicicleta de montaña roja. Después de él, Jo coloca una bicicleta púrpura para niños sobre la rueda trasera. "Oye", dice el chico con pelo rosa anaranjado, el último en entrar. "Roland. Si no crees que esto va a ser la caña..."

"Dije que lo haría, Ray", murmura Roland. "Así que lo haré".

"Subiendo", dice quien lleva la cabeza de conejo al pulsar el botón superior. La lectura digital comienza una cuenta regresiva de 85 metros hasta la superficie.

"Joven, alto, moreno y delgado", canta otra persona, riendo.

"¿Hacéis esto todas las semanas?", dice Jo.

"Casi", dice una mujer con camiseta blanca sin mangas, sus brazos musculosos rodeados de tatuajes y coderas. "¿Primera vez?"

"Sí", dice Jo.

"¿Sabes, Roland?", dice Ray, "no tienes que..."

"He dicho...", espeta Roland mientras se abren las puertas del ascensor,"...que lo haría".

"¡Atención!", grita alguien afuera, y algo viene volando hacia ellos. Ray extiende su mano y lo atrapa, ¡Tonc! Una lata de Pabst Etiqueta Azul. "Yu ju", dice Ray. Una muchedumbre de personas pululando afuera echa a correr y él agita violentamente la lata de cerveza antes de salir corriendo tras ellos.

Fuera del ascensor, una acera da a un grupo de estacionamientos poco iluminados que se inclinan principalmente hacia la puerta oscura del zoológico de Oregón. Hay un enjambre de personas en bicicletas, personas que andan en bicicleta, personas sentadas junto a las bicicletas bebiendo cerveza y agua embotellada, haciéndose fotos entre ellas, posando en las bicicletas. "Te lo dije", dice Roland. Un tipo grande pasa caminando, usando solo un casco militar y un par de calzoncillos blancos. "A nosotros no".

"Ya", dice Jo. "Pero a Ray sí. ¿Cierto?

"Ray es gilipollas", dice Roland después de un momento.

"¿Entonces qué estás haciendo aquí?"

"Primero", dice Roland, "tengo que asegurarme de que vuelves con la Princesa".

"No tienes que preocuparte por eso", dice Jo. "Ella está en mi apartamento".

"Y no permitiré que nadie diga que me retiré de un desafío", dice.

"Tampoco es tan grave", dice la mujer tatuada. "Todo es cuesta abajo desde aquí hasta la ciudad. Llegamos a sesenta o setenta kilómetros por hora, pero lo peor que hemos visto es una clavícula rota". Sonríe.

"Flipareís. Os arañaréis un poco. Pero es una carrera del demonio".

Alguien canta algo, las palabras se pierden en un falso acento londinense. Otro lo retoma: “¡Somos la Sociedad de la Autopreservación! ¡Somos la Sociedad de la Autopreservación! "

"Zoopedalear", dice Jo, negando con la cabeza.

El enjambre se ordena en una línea que sale de debajo de las luces del estacionamiento a lo largo de la longitud de la conmutación con Kingston. El cielo a ambos lados brilla con las luces del centro, los suburbios al otro lado de las colinas. Las únicas otras luces brillan desde el frontal de las bicicletas, se ponen los cascos, parpadeos y flashes de cámaras y teléfonos móvliles centellean inesperadamente en los reflectores de los radios. Kingston termina de repente en la cima de la cresta hacia Fairview. La línea de ciclistas comienza a colocarse ahí en grupos desiguales a ambos lados de la carretera. Ahí está Ray, caminando hacia el centro con su pequeña bicicleta rosa. "¡Hey!", grita. "¡Hey!" Se sienta allí un momento mientras silban y aplauden a su alrededor y luego, echando la cabeza hacia atrás, grita: "¡En marcha!" Levanta los pies tras impulsarse con las piernas para subirlos a los pedales. La bicicleta rueda oscilando lentamente cuesta abajo. Acelerando mientras se inclina por la curva y fuera de la vista.

Y todos comienzan a seguirlo. Girando y pedaleando por la calle y pataleando hacia la cuesta abajo en sus bicicletas de montaña y bicicletas para niños, una velocidad diez como un Greyhound, una bicicleta roja plegable con ruedas pequeñas, la chopper pedorrera casera. Suenan aullidos y gritos. Jo sigue a la mujer tatuada por la calle, y Roland la sigue a ella. "Cuidado", dice la mujer tatuada, "con los policías", y luego se pone en marcha.

"¿Policías?", dice Jo.

"Esto fue idea tuya", dice Roland.

"Fuiste tú quien dijo que sí, da igual, vamos a hacerlo".

"Fuiste tú quien no lo ignoró en primer lugar".

"¿Sabes?", dice Jo mientras el tipo con el casco del ejército y los calzoncillos blancos pasa pedaleando, riendo, "hay una historia aquí. Si llegamos abajo de una pieza tendrás que decirme qué demonios hay entre ti y este Ray".

“Ni pienses en regatear conmigo, Jo Maguire”, le dice a Roland y sale pedaleando bruscamente cuesta abajo en su bicicleta roja de montaña.

Jo se sienta allí un momento, observándole. Y luego se encoge de hombros, se impulsa, encuentra los pedales con los pies. "Hos. Tiá. ¡Joder!", grita, acelerando.

Marfisa en el Pasillo / Lo que él quiere Oír

Marfisa en el pasillo se sienta con la espalda apoyada en la puerta del apartamento de Jo, las largas piernas con calcetines a rayas azules y marrones estiradas sobre la alfombra naranja. Lleva pantalones cortos azules y una camiseta gris ajustada que dice «Propiedad de S.H.I.E.L.D.» Sus brazos cruzados sobre el jersey azul de vellón y doblados en el regazo. Cuando suena el ascensor por el pasillo, abre los ojos.

"No, en serio", dice Jo.

"Que no", dice Roland.

"Fue una bajada infernal".

“*No* necesito *ayuda*".

"No te estoy", dice Jo mientras Roland la empuja fuera del ascensor."ayudando", concluye ella. Le sigue con la espada todavía en su funda de cuero negro meciéndose en un hombro, su mano apoyada ligeramente en ella. "Es sólo que, estás cojeando..."

"Jo", dice Roland.

El jersey azul de vellón oscila alrededor de la mano izquierda, sostenida ante ellos. El codo de Marfisa se dobla en lo alto de su mano derecha, que sostiene una espada. La luz fluorescente se extiende a lo largo hasta la punta hacia Jo. Ella abre la boca para decir algo.

"No lo hagas", dice Roland.

“Yo *lo haré*", dice Marfisa. "Jo Maguire..."

"No hagas esto", dice Roland.

"Jo Maguire", dice Marfisa, "Te desafío..."

“¿Qué te ha *hecho* ella?" dice Roland. "¿Qué daño?"

“Por *ella*", dice Marfisa. "Es por ella. Por la forma en que ella...”

"No", dice Roland, "no lo es. Depón tu espada. Depón... *Jo*...”

Jo, con la épée roma que aún descansa sobre un hombro, pasa junto a él. Marfisa baja un poco su mano envuelta, la espada todavía en alto. "Detente", dice Roland. La espada de Marfisa es brillante, dos dedos de ancho sin una curva hasta su repentina punta, temblando, arañando nerviosos garabatos en el aire. "¿Sabes qué?", dice Jo. Marfisa respira rápido, la espada gira ante el tirón de la muñeca cuando Jo levanta la épée y su mano se inclina y deja que la punta de cuero negro se balancee hacia abajo hasta golpear la alfombra. "Estoy jodidamente cansada", dice Jo. "Estoy real y jodidamente cansada. Voy a pasar a tu lado; entraré en mi apartamento, me arrastraré hasta la cama y me iré a dormir". Jo mira la espada en su mano casi engullida por el puño de su chaqueta militar. La campana está deslucida y abollada. La empuñadura debajo de sus dedos está envuelta con una mugrienta cinta roja. Ella la suelta y la atrapa por la funda de cuero. La levanta y la mete bajo el brazo. Levanta la cabeza Marfisa ha apartado la mirada, ocupada en el jersey envuelto alrededor de su mano izquierda.

"No le mencionaré", dice Roland, "esto a tu hermano".

"Gracias", dice Marfisa y luego, extendiendo la mano de repente sobre el hombro de Jo, "Espera".

Jo, ojos muy abiertos, mira esa mano.

“Si le *haces daño*”, dice Marfisa.

Jo frunce el ceño. "No lo haré", dice ella. "Suéltame".

"Te mataré si le sucede algo a ella".

"Marfisa", dice Roland. "Déjala. Déja que cuide de la princesa.

Déjala o te retaré yo mismo".

Marfisa levanta la mano. Jo sujeta torpemente la espada bajo del brazo para pescar sus llaves. Marfisa, agitando su jersey, mira cómo Jo abre la puerta. "Bueno", dice Jo. "Buenas noches".

La puerta cerrada, allí en la oscuridad, Jo hunde la espalda contra ella, temblando. La épée cae al suelo con un apagado «clanc».



"Y", dice el pequeño del traje oscuro.

"¿Y?", dice el Sr. Lier lavándose las manos en un mugriento fregadero de plástico, sobre raquíticas piernas.

"¿Qué piensas?"

El Sr. Lier, sonriente, levanta un dedo. Su camisa blanca abierta en el cuello, los puños desabrochados y arremangados. Una mancha color óxido todavía en una muñeca con la que él se ocupa con el pulgar, caminando de regreso a través del polvoriento suelo hacia el fuerte resplandor blanco de la luz de arco que cuelga de un gancho. "¿Y bien, señor Kerr?", dice.

"Yo, um", dice el hombre de la camisa a rayas azules. El suelo de madera bajo esa luz brillante ha sido barrido de polvo. Está estropeado con un puñado de manchas negras de quemaduras. "Él estuvo... magnífico".

“¿Y?”, dice el Sr. Lier sonriendo.

"Es como estaba diciendo", dice Kerr. Su corbata es casi del mismo azul que las rayas de su camisa y el reloj de su muñeca es pesado y dorado. "Las normas de la EPA se están relajando con la seguridad, con la cuestión del terrorismo... como si fuera a suceder aquí, pero aún así. La gente tiene miedo".

"Lo cual no es lo que quiero escuchar", dice el Sr. Lier, todavía sonriendo. “Lo que quiero escuchar es que esos reservorios son una parte importante del tejido de esta ciudad. Quiero oírte decir que no tienes intención de enterrarlos en tanques bajo la ladera, eso es lo que quiero". Uno de los lugares carbonizados aún arde, formando una corriente de humo pálido. "Y por ahora, *él* me *escucha*". el Sr. Lier lo apaga con su zapato blanco marfil.

"Bueno", dice Kerr. Va bien afeitado, su cabello oscuro está pulcramente recogido. “Podría hablar con el comisionado. Organizar otro estudio. Tampoco es que podamos echarnos atrás sin más y decir que no".

"Pero lo harás", dice el Sr. Lier. "Eventualmente".

"Um", dice Kerr. Asiente. "Gracias", dice. "Muchas. Gracias".

Cuando Kerr se ha ido, el Sr. Lier se acerca al fregadero, donde el pequeño espera al lado del grandullón con traje oscuro. "Señor. Keightlinger", dice el Sr. Lier bajando sus mangas," dígale al Sr. Charlock la fecha de hoy".

"Lo que estoy diciendo", dice el pequeño, "es que podemos conseguir a esta chica de seis formas a partir del domingo en el momento en que usted lo diga".

"Tres", dice el Sr. Lier, sacando unos gemelos del bolsillo. “Sólo una de las cuales es probable que funcione. ¿Señor Keightlinger?

"Es sólo una expresión", murmura el pequeño mirando a sus zapatos.

"El diecinueve de septiembre", dice el Sr. Keightlinger.

"Es el dieciocho, joder", dice el Sr. Charlock dándole un codazo.

"A diez pasada la...", dice el Sr. Keightlinger. "...medianoche".

"Ni siquiera en el equinocio", dice el Sr. Lier. “Faltan meses, ¿y

qué haríamos con ella? ¿Dónde la pondríamos?”

“¿La suite en el Lucía?” dice el Sr. Charlock.

“Esperamos hasta el solsticio”, dice el Sr. Lier, “y *entonces* nos encargamos de quien tenga su custodia. No quien sea el más inusual. Vulnerable". Se alisa los puños de la camisa y se quita una pelusa de una manga. "No me malinterprete, señor Charlock. Ha sido un buen trabajo. No creo que sea esta chica, pero si es así, estamos preparados. Mientras tanto, mantenga sus observaciones e investigaciones. Quienquiera que sea, estaremos preparados".

"Sí, señor", dice el Sr. Charlock. El Sr. Keightlinger asiente, una vez.

Y luego el Sr. Lier dice: "¿El chaval?"

"Quién", dice el Sr. Charlock. "¿Beaumont?"

"¿No va lo irá a estropear?"

"No", dice el Sr. Charlock. "Nos ocupamos de él".

"Bien", dice el Sr. Lier.



"¿Jo?" dice Ysabel.

"Vuelve a dormir", dice Jo fumando un cigarrillo en la oscuridad. La espada se encuentra en la mesa de café con tablero de vidrio frente a ella, entre el cenicero y el jarrón lleno de rosas de té pálidas a la luz de la calle.

“¿Aprobaste?” dice Ysabel rodando, sobre un codo.

"No tengo ni idea", dice Jo. “Tengo una espada. Monté en la

bicicleta de alguien por las colinas del Oeste desde el zoológico en la oscuridad. Roland, ese quedó aniquilado en una esquina de los jardines de rosas, le ayudé a levantarse. Se jodió la rodilla, ¿sabes?", da una calada. "¿Qué problema tiene Marfisa?"

"¿Ella dijo algo?"

"Ella casi...", empieza Jo, y luego dice: "No importa. Olvídalo".

"No hay problema", dice Ysabel, frotándose el ojo con el talón de una mano. "Ella es un caballero. Como Roland. El Hacha. ¿Qué has hecho esta noche? "

"Zoopedalear", dice Jo, y luego niega la cabeza. "No tengo ni puta idea". Apaga el cigarrillo.

Coda 3

Te animo a ti y a tu amigo a que vengáis al pedaleo, eso sí, hay insultos y charla malsonante, nadie dijo que el zoopedaleo fuese para los frágiles.

—cupcake

N° 4: una Cacería

Quinientos Pavos / la Cosa En Las Sombras

"Quinientos pavos", dice Frankie quitándose el pelo de la cara y mirando al pelirrojo. "Es justo", dice. Frunce el ceño. "Quiero decir, no vamos a *lastimarla*. ¿Verdad?

"Dice que es justo", le dice el pelirrojo a un fino teléfono rojo. Está de pie en la puerta abierta del apartamento, oscuro ante la suave luz gris del exterior, apoyado ligeramente en un largo tubo portafolios. "¿Has captado eso?"

"¿Qué?", dice el hombre de la camisa en oro oscuro. Iluminado por una sola bombilla, está en un sótano al pie de un tramo hundido de escaleras. "¿Qué es justo?", dice medio agachándose, moviendo la cabeza de un lado a otro, estirando la mano para inclinar la antena de su teléfono púrpura. "Joder, la recepción es miserable aquí abajo". En algún lugar en la oscuridad, algo grande se agita de un lado a otro, gruñendo. Una mujer con una minifalda de vinilo negro se sienta en la parte superior de las escaleras. Está mirando nerviosamente las sombras.

"Quinientos", dice el pelirrojo. “Que quiere quinientos, su Gracia. Medio millar". Frankie mordiéndose el labio dice:" No le haréis daño", al hombre delgado que se sienta en el brazo del sofá. "¿Verdad?" El delgado está mirando el mango de su espada japonesa. Va con los pies descalzos.

"Quinientos dólares", dice el joven, Su Gracia. Se da vuelta para mirar a la mujer de la minifalda negra de vinilo. Ella se encoge de hombros. "Este es su ex", dice.

"Sí, Su Gracia", dice el pelirrojo.

"Que le jodan", dice Su Gracia. Desde algún lugar en la oscuridad,

una voz lúgubre dice: "Señor". Su Gracia levanta una mano con un dedo hacia arriba, amonestando. "No lo necesitamos. No vale quinientos dólares".

"Señor", dice el pelirrojo. Da un paso hacia el balcón. "Lo siento, señor, yo..."

“Maldita sea, Gaveston, tú lo sabes. Podríamos sacar de la calle a cualquiera por esto, cualquiera en la ciudad, y me llamas para preguntarme si quiero pagarle quinientos dólares a un exnovio. Deja de molestarme con esta mierda".

"Sí, Su Gracia", dice Gaveston. Cierra su teléfono rojo y se queda allí un momento, con una mano en la barandilla de hierro forjado del balcón, mirando hacia el pequeño estacionamiento. Una mujer lo está cruzando, soplando el humo del cigarrillo, con una pesada bolsa de basura blanca sostenida en una mano fuera del cuerpo.

"¿Y bien?", dice Frankie. "¿Qué pasa?"

"Tenemos el placer", dice Gaveston metiendo su teléfono en el bolsillo de su cárdigan marrón, "de rechazar su oferta".

"¿Qué?", dice Frankie. El delgado se levanta del sofá y se dirige a la puerta. Golpea una lata vacía de Coca-Cola Light por la alfombra con la punta de su espada envainada.

"No habrá contraoferta", dice Gaveston, levantando su tubo portafolios. "Que tenga una buena tarde".

"Pero", dice Frankie mientras cierran la puerta tras ellos.

Los escalones que bajan al exterior del edificio amarillo de apartamentos son bastante estrechos. Ambos los bajan en fila india, sus pasos resuenan. El delgado levanta la espada y la apoya sobre el hombro. "La venganza", dice, "nunca debe hacerse con un presupuesto".

"El Duque ha hablado, Orlando", dice Gaveston. Suspira. "Y no podemos dejar de obedecer".



En el sótano, Su Gracia suspende un incierto dedo sobre su teléfono púrpura. "El botón del centro", dice la mujer de la minifalda negra. "El que pone «Fin»".

"Su Gracia", dice la voz lúgubre desde algún lugar en la oscuridad. El «clip-clop» se ha detenido. Hay un gruñido sibilante, y luego esa voz dice: "Él se ha decidido. Escuchará tu petición".

Su Gracia gira grácilmente allí en el círculo de luz intensa bajo la bombilla y se pone de cuclillas en el polvo frente a las sombras. Con una mano sobre la rodilla, cierra los ojos e inclina la cabeza. "Erímatos", dice con voz entrecortada. Se aclara la garganta. "Me hacéis un honor indescriptible". El tipo mira hacia arriba, hacia esas sombras. “Mi oferta es esta: dos días de seguridad y un sueño sin sueños, y toda la carne y cereales, vino y agua que tu barriga pueda contener. A cambio, cuando llegue el Equinocio, te cazaremos con un Gallowglas". Mirando hacia abajo, se quita algo invisible de la rodilla. "Saborearás la sangre de los caballeros", dice, "y tendrás la oportunidad del olvido". Su Gracia vuelve a mirar hacia las sombras. "Esa es mi oferta".

Después de un largo momento... clip-clop, clip-clop. Las sombras se juntan en una cosa que se esconde justo fuera de la luz. Una sugerencia de un arco, amarillo vetusto con esta luz, brillante. Un ojo húmedo y negro brilla sobre él. Su Gracia aguanta la respiración. En lo alto de la escalera, la mujer de la minifalda negra se tapa la boca con la mano. La cosa en las sombras asiente, ese diente, ese ojo se agacha una vez y vuelve a aparecer.

"Eso", dice esa voz lúgubre, "es aceptable".

Su Gracia suspira y mira hacia otro lado, rodando los ojos. "Eso ya lo *veo*", dice.

Media docena de Camisetas, la mayoría negras / vestido Formal / Ciertas cualidades de Venganza / Toda mi enhorabuena

Media docena de camisetas, la mayoría negras, están esparcidas por el futón sin hacer. Hay una roja que dice «Banco de Granjeros y Mecánicos» en gastadas letras marrones. Las piernas vacías de las mallas desenrolladas, yacen desplegadas entre ellas, negro de nuevo, rojo, verde opaco, vaqueros azules, vaqueros grises, antaño negros, un par de pantalones de trabajo; azul marino de fontanero y de entrega de paquetes marrones; puños deshilachados y el brillo grasiento del nailon. Suaves camisas de franela, mangas enredadas verde oscuro, una falda escocesa de desteñidos colores de bayas, una falda corta de mezclilla negra, un tartán católico más largo. Ysabel con una sudadera azul de gran tamaño que dice «Brigadoon» se pone en cuclillas al pie del futón, mirando por encima de todo. El zumbido de la ducha se interrumpe y la voz de Jo canta: "En algún lugar como la ciudad de Nueva York suena muy bonito, ¡pero dejemos el momento para el destino!" ¡Ysabel se inclina y saca un doble puñado de ropa interior y calcetines de una de las cajas de madera rubia junto a la pared.

“Seré yo la que llore”, canta Jo saliendo del baño vistiendo un boxer, secándose el cabello con una toalla, “Yo seré la que esté tratando de compensar... ¿qué coño?”

Ysabel está sosteniendo unas gastadas bragas rosas con un dedo torcido por la costura lateral abierta. "¿Es que tienen algún tipo de valor sentimental?", dice ella frunciendo el ceño teatralmente.

"¿Qué estás haciendo?", dice Jo.

"No tienes nada que ponerte", dice Ysabel haciendo una bola con la ropa interior y arrojándola sobre la maraña de ropa.

"¿Qué?", dice Jo. “Oh, a la mierda. Sólo dame una maldita

camiseta".

"Hablo perfectamente en serio", dice Ysabel. "La cacería es el miércoles por la noche y no tienes absolutamente *nada* que ponerte". Se recuesta sobre un codo, con la boca tratando de no sonreír.

"¿Me lanzas una camisa limpia?", dice Jo. "¿Por favor?".

"Debemos ir de compras", dice Ysabel.

Jo echa la cabeza hacia atrás y deja escapar un suspiro gutural. Pasa junto a Ysabel y se arrodilla junto al futón, sacando una camiseta negra del enredo.

“¿Por qué te hiciste ese tatuaje?”, dice Ysabel. Está mirando el vientre de Jo. Líneas negras surcan la cintura de sus boxers. Dos puntos que podrían ser ojos se asoman por debajo de su ombligo.

"No cambies de tema", dice Jo. Se pasa la camiseta por la cabeza y la baja. Un demonio rojo se asoma al frente, forrado y asomando por una agrietada serigrafía. "¿Qué demonios le pasa a la ropa que tengo?"

"Necesitas un vestido", dice Ysabel. "Algo ligero, con el que poder moverte, pero con una buena falda completa... ¿Qué?"

Jo está negando con la cabeza. "¿Se supone que tengo que usar un vestido para ir a cazar?"

Ysabel se sienta, se inclina hacia adelante con los codos sobre las rodillas. “Esta cacería se organiza en mi honor. Aunque no pertenezcas a la corte, serás *muy* notable. Es importante que vistas bien".

"Con un vestido", dice Jo. Mira hacia la mesa de café con tablero de vidrio bajo la ventana. "Para ir de caza". Una espada en su vaina negra yace sobre la mesa al lado de un jarrón azul lleno de rositas silvestres.

"Se espera", dice Ysabel.

"Tú llevas vaqueros", dice Jo. "Y pantalones. Todo el tiempo".

"No en la corte".

“Y eso es algo...”, dice Jo."...como, para tu gente, ¿todas las mujeres tienen que usar vestidos?"

Los ojos de Ysabel son oscuros y agudos. Sus labios se fruncen antes de separarlos para decir: “Sí, Jo. A mi gente le gusta vestirse formalmente para ocasiones formales". Sus pies descalzos están escondido bajo unos calcetines antaño blancos. Los aparta de una patada. "¿A la tuya no?"

Jo se inclina, toma unos vaqueros azules, los enrolla en un pequeño taco irregular y los lanza frente a Ysabel hacia una de las cajas de madera rubia. Ella agarra un par de camisetas.

"Necesito comprar algo para mi misma", dice Ysabel. “No puedo usar nada de *esto*", señala el voluminoso armario que se cierne en la esquina con las puertas entreabiertas, un montón de telas y colores dentro, colas que se derraman en la parte inferior, un vuelo de encaje colgando de un cajón medio abierto.

Jo estira la mano hacia Ysabel, engancha una falda de tartán y la sacude. "¿Vas a vender algunos o algo así?" La dobla por la mitad y comienza a enrollarla.

"No podría", dice Ysabel. "No puedo".

“¿Entonces, con qué vamos de compras?” Jo arroja la falda en una caja, seguida en rápida sucesión de tres camisetas más.

"Te refieres a dinero", dice Ysabel.

"*Por supuesto* que me refiero a dinero".

"Lo que tengo en mente no nos costará nada".

"Te escucho", dice Jo.



Sobre los dos sillones de cuero, grandes letras de cobre dicen Asociados Barshefsky: Calidad asegurada. Orlando está en uno de los sillones, rodando distraídamente la punta de su trenza negra entre índice y pulgar. Gaveston se levanta, sus nudillos golpean un tatuaje marcial en la parte superior de su tubo portafolios. Detrás de él, una puerta se abre y su tambor improvisado se pierde en un repentino torrente de voces interrogativas y golpeo de teclas. Entra un tipo grande con sudadera desteñida roja, con un bolígrafo detrás de cada una de sus orejas. Gaveston, sonriendo ofrece una mano. "¿Arnold Becker?"

"¿Puedo ayudarle?", dice Becker. Un mechón de cabello castaño se alza desde la parte posterior de su cabeza. Sujeta su carpeta frente al pecho con ambos brazos.

"Ciertamente eso espero", dice Gaveston retirando la mano, aún sonriendo. "¿Es amigo de Jo Maguire?"

"Ella está fuera hoy. ¿Qué puedo...?”

"Hemos preguntado...", dice Orlando sin levantar la vista de su trenza,"... si es su amigo".

"Soy su jefe", dice Becker mirando de Gaveston a Orlando y de vuelta al primero. "¿Quiénes son ustedes?"

"Es un asunto delicado, señor Becker", dice Gaveston. "¿Hay algún lugar donde podamos...?"

"Aquí está bien", dice Becker.

“Ya veo. Bueno". Gaveston suspira. "¿La mujer? Ysabel? Jo la ha estado viendo mucho últimamente..."

"Ella también está fuera hoy", dice Becker.

Gaveston mira de reojo a Orlando. "¿Ella trabaja aquí?"

"¿Ella *trabaja*?", murmura Orlando.

"Su familia", dice Gaveston rápidamente en voz alta, "*La familia de Ysabel* está preocupada. Es..." Respira hondo. "Como he dicho, es un asunto delicado, que requiere un cierto grado de *tacto,* y circunspección".

"Ayúdenme aquí, muchachos", dice Becker. Mira por encima del hombro hacia la puerta detrás de ellos. "No tengo ni idea de lo que esto tiene que ver conmigo".

Con las manos juntas y los dedos entrelazados en la parte superior del tubo portafolios, Gaveston se inclina hacia adelante. Algo en el bolsillo de su rebeca se balancea pendulantemente. "Nos gustaría ofrecerle algo de dinero", dice en voz baja.

"Dinero", dice Becker.

"Miércoles por la noche", dice Gaveston. "Pasado mañana, para ser precisos. Ysabel tiene la intención de asistir a una... digamos, *reunión,* en el Centro Lloyd, con su amiga Jo. También le pagaríamos para que usted asistiera, si nos informara de sus impresiones". Becker frunce el ceño y su boca forma una pregunta. "Como *sería* llegar tarde por la noche", dice Gaveston, "estamos más que dispuestos a compensarlo en consecuencia. Con la mitad de la suma acordada de inmediato", golpea la parte superior de su tubo portafolios. "Un adelanto, por así decirlo. Todo lo que necesita hacer es decir sí".

"Esto", dice Becker. Todavía frunciendo el ceño. "Es realmente extraño. Miren, chicos..."

"No está funcionando", dice Orlando desde la silla.

"Yo", dice Becker. "¿Qué?"

"Tienes toda la razón", dice Gaveston. Suspira. "No lo está".

"No ha funcionado desde que entramos por esa puerta". Poniéndose en pie, Orlando lanza su trenza sobre el hombro. "No ha funcionado desde que entramos en este edificio".

"¿Qué propones, amigo Mooncalfe?", dice Gaveston.

"La venganza", dice Orlando, "no tiene presupuesto". Se alisa el pecho de su holgada camisa blanca. “No es educada. No pregunta." Alza la vista hacia Gaveston. Sus ojos son pálidos y azules a ambos lados de su nariz larga y afilada. "Requiere lo que haga falta o no es venganza".

"Hey", dice Becker. "Usted..."

"No", dice Orlando. "No lo hagas".

Gaveston asiente. “Creo que entiendo lo que quieres decir, amigo. Lo que es más", y levanta el tubo portafolios para colgarlo de un hombro. "Estoy de acuerdo".

Y juntos caminan por el pequeño vestíbulo hacia las puertas de vidrio.

"¿Qué?", dice Becker, y luego, cuando Gaveston sale al pasillo, Becker niega con la cabeza, levanta la voz, "¿Qué demonios están haciendo?"

La puerta de cristal se cierra con un clic. Becker, con los ojos abiertos, deja escapar una pequeña medio carcajada.

"Yo, um. hey."

Becker gira tan bruscamente que un bolígrafo cae de detrás de una de sus orejas y casi deja caer la carpeta al tratar de atraparlo. "Jesús", dice. Guthrie está parado allí, vaqueros negros, una camiseta negra que dice «Ganso Tripas Calientes». "¿Cuánto tiempo llevas detrás de mí?"

"Bueno", dice Guthrie. Mira por el vidrio de las puertas durante un momento, luego vuelve a mirar a Becker. "De verdad deberíamos hablar", dice.



La mujer con el amplio sombrero de paja se arrodilla y extiende la mano para revolver la hierba con los dedos. "Benjamin", dice ella. “Vamos, Benjamin. ¿Qué diablos crees que vas a hacer con eso?” A un metro más o menos, un pequeño gato atigrado se agacha suspicazmente sobre un bocado de plumas azules opacas y ojos negros brillantes, un pico abierto de par en par, garganta blanca debajo del gato sacudiéndose en busca de aire. El gato se agacha, estira una pata, con los ojos mirando ora aquí ora allá. "Benjamin", dice la mujer del sombrero de paja golpeando la hierba. Lleva sucios guantes de jardinería blancos con puños amarillos. Mirando hacia abajo, el gato abre la boca tentativamente. El pájaro se congela, su pico todavía está abierto, su garganta aún está quieta. Inclinando la cabeza, el gato encuentra un nuevo agarre sobre los hombros del pájaro. El pájaro comienza a jadear de nuevo. "No tienes ni idea", dice la mujer. "¿Tú?" Su cabello es pesado y largo y oscuro, cadenas brillantes de trenzas recogidas por un simple lazo amarillo.

"¿Majestad?", dice un hombre alto con un traje negro, inclinándose sobre ella por detrás.

El gato mira hacia arriba y es entonces cuando el pájaro se suelta, sus alas se abren en una explosión en el pequeño patio, lanzándose y tropezando sobre la hierba mientras busca una salida, la casa a un lado, la pared de ladrillo rojo le cerca al otro, árboles por todas partes, el gato salta detrás. El pájaro se arquea bruscamente, enhebrando entre la rendija entre la puerta y el arco junto a la hiedra, entre los bancos sobre la calle más allá de árboles bajos, de vuelta hacia la casa y hacia arriba, en dirección al cielo abierto. Abajo, el alto del traje negro se inclina levemente, su cuello es un

brillante anillo blanco. La Reina, con una mano en su sombrero, se pone en pie. El alto conduce el camino hacia la casa. Detrás de ellos, el gato ha dado la vuelta desde el pie de la puerta. Deteniéndose de repente, cae a un lado, frotando su mejilla contra la hierba. Comienza a lamerse repetidamente una pata.



El frasco de boca ancha está medio lleno de polvo de oro. Los renglones marcados con tinta blanca en el lateral denotan onzas, branquias, amotinadas, un calvario. La mujer que lleva finas gafas de montura negra saca una cucharada y la mete en una bolsa de plástico sobre el plato de una pequeña balanza. Un hombre con un traje azul claro observa por encima del hombro de la mujer, su cabello blanco enmarañado en largos mechones. Cuando las puertas francesas detrás de ellos se abren con un crujido, se da vuelta. "Majestad", dice agachando la cabeza en una breve reverencia.

"Siempre Nos complace ver al nieto del Conde Pinabel", dice la Reina quitándose los guantes de las manos.

Él sonríe. "¿Ha oído que se ha anunciado el lugar para la cacería del Duque Barganax?" Detrás de él, la mujer de las gafas con montura negra saca la bolsa llena de la balanza y la cierra.

"Por supuesto", dice la Reina. "Me gustaría un vaso de agua", dice sentándose en el largo sofá blanco.

"Abuelo se pregunta qué se debe hacer". Mira hacia abajo a la bolsa que se le ofrece para su aprobación y asiente con la cabeza. La mujer de las gafas de montura negra arroja la bolsa al otro hombre que está junto a su mesa, quien la atrapa con el brazo cargado de bolsitas arrugadas contra su pecho. Lleva el traje azul oscuro está ajustado sobre los hombros.

"¿Listo?", dice la Reina. Se inclina hacia adelante para recoger una rodaja de limón y pasarla por el borde de un alto vaso de agua

helada. "¿Qué quiere que hagamos, señor Mangodehacha? Es el territorio de nuestra hermana. Es la cacería del Duque. Confiamos en que el Duque haya tomado las precauciones necesarias. ¿Qué haremos, Agravante?" Toma un sorbo de agua. “Llegaremos puntualmente y disfrutaremos de su hospitalidad. Esperamos verte allí".

"Por supuesto", dice Agravante. "Pirocles representará a Pinabel en la caza".

"Pirocles", dice la Reina.

El alto asiente. "Madam". Sus largos bigotes le dan al rostro un aire sombrío encima de esas bolsitas arrugadas.

"¿Y para usted y su hija, Madam?", dice Agravante. "Debo decir que todos están ansiosos de ver qué puede hacer este Gallowglas que ha encontrado".

"De hecho", dice la Reina. Deja el agua sobre la mesa. "Esta entrevista ha sido encantadora, Mangodehacha, pero me temo que nuestro el Carro ha llegado". Allí, en la puerta del Majordomo, se encuentra Roland con una corbata amarilla anudada con fuerza bajo la barbilla.

"No hace falta decir nada más, Madam", dice Agravante. "¿Pirocles?" El grandullón del traje azul oscuro lidera el camino. "Toda mi enhorabuena, Madam".

“Lo mejor para el Conde. Anna, ¿si tú también...?”

La mujer de las gafas con montura negra vuelve a cerrar la tapa del frasco de boca ancha y los sigue. El Mayordomo cierra las puertas al salir.

“¿Cómo *es* nuestro Gallowglas?” pregunta la Reina.

"Majestad", dice Roland dando un paso adelante, apoyado en el respaldo del largo sofá blanco, "tiene buenas intenciones. Nunca dudaría de su corazón".

"Pero", dice la Reina.

"No entiende, Madam. Qué debe hacerse ni cómo. Ella no puede salir al campo".

"¿Para que *vos* podáis ocupar su lugar?"

Roland retrocede. "Vos me herís, Madam", dice en voz baja. "Si existe la posibilidad de que pueda avergonzarnos por su presencia, entonces debe avergonzarnos con su ausencia".

"Ya habéis oído a Pinabel", dice la Reina. “Todos esperan cazar con un Gallowglas. Quedarán decepcionados si no pueden".

"Erne dice que no hay nada que pueda enseñar a alguien que no quiere aprender, Madam"

"¿En serio?", dice la Reina. Ella lo mira entonces con ojos oscuros, rostro inexpresivo. "Es a vos a quien culparán, el Carro. Digamos que estáis celoso de una chica que os venció dándoos la espalda. Tenéis miedo de salir al campo con un Gallowglas". Ella alza una mano cuando él abre la boca para hablar. “Usáis vuestro orgullo muy abiertamente. Al exterior donde cualquiera puede golpearlo. No puedo dejar que os lastiméis con cada comentario afilado".

"Eso no sucederá, Madam", dice Roland. "Vuestro orgullo y honor lo coloco antes que el mío".

La Reina se levanta. "Velad que así lo hacéis", dice ella.

las Luces encima / Brazos Extendidos / Alegres Jarras Anchas / Lo que pasó, Lo que no

Las luces encima de la escalera mecánica están colocadas en copas de metal, el techo alrededor de ellas está hollinado por años de calor incandescente. En la parte superior, tras una baja pared de vidrio, relucen tres maniquíes brillantes, caparazones blancos lisos con pelo, labios y párpados pintados en colores brillantes y finos. Uno lleva una camiseta que dice «Virgo ¿Eres absolutamente positiva?» Otro lleva una camiseta con Albert Einstein, que dice «INTP» en letras grandes. «¡El centro de atención!» dice el cartel colgando sobre ellos. Ninguno de ellos lleva zapatos. Jo se gira cuando llega al escalón de arriba para mirar a Ysabel tras ella. "¿Qué?", dice Ysabel.

"No sé", dice Jo bajando. "Te imaginaba más como una chica Nordstrom".

"Nordstrom", dice Ysabel.

"¿Qué?"

“No importa”. Las letras plateadas en la pared dicen «Petites». «Vestidos de diseñador» dicen letreros colgados sobre estantes de verdes profundos, rojos y marrones como tierra húmeda, como vinos, todos colores tostados, umbras y sienas, ocres, mantequillas. "¿Entramos?", dice Ysabel.



Brazos extendidos, Jo presiona sus manos firmemente contra ambas paredes color beige del probador y mira su reflejo. Labios fruncidos. Ceja torcida. Su cabello corto, rubio en las puntas, es oscuro cerca del cuero cabelludo. Mechas negras más largas se

disparan a medias, ya marchitas, recostadas entre el rubio. Ella levanta la barbilla. Frunce el ceño. El vestido es largo y claro, de color gris jaspeado. Rayas amarillas y blancas caen a ambos lados. Tira de la correa de sostén negro debajo. Cuando baja los brazos, se asoma hacia afuera. "¿Sabes?", dice ella, "me gustan más los capris".

"No", dice Ysabel. Un susurro y un golpe y sus manos aparecen en la parte superior de la pared, su cabeza se asoma. "Ya te lo he dicho. Un vestido ¿Cómo te queda la falda? Para variar.”

Jo se pone en cuclillas, se pone en pie. Pone los ojos en blanco. Planta los pies de par en par extendiendo las rodillas y golpeando con las manos sobre ellas, agachándose como un luchador de sumo. La falda se estira y tensa. Saca la lengua a su reflejo, le pone ojitos. "¿Y bien?", dice Ysabel. Jo junta las rodillas de golpe, las manos siguen a los pies en un Charleston. Resopla. "Está bien", dice al levantarse. "Elástico". Se gira de lado. Su sujetador es claramente visible en el espejo, allí donde las anchas bandas del vestido se cruzan a la espalda.

"Podemos buscar uno de esos sujetadores tipo bandeau", dice Ysabel antes de mirar hacia abajo dentro de su propio probador, su cabeza desaparece. Hay otro golpe.

"No me gustan esos sujetadores", murmura Jo. Se levanta el vestido, se inclina, lo levanta y se lo quita. "Y los colores", dice Ysabel. “Los colores son perfectos. Definitivamente digo que es el indicado".

"Y esta cacería", dice Jo parada allí en boxers y sujetador. "¿Qué es lo que vamos a cazar?"

"No lo sé", dice Ysabel. "Auch".

"¿Auch?", Jo mira hacia la pared, hacia arriba, con las manos inmóviles, el vestido medio atado a su cintura.

“Se ha rasgado en un clavo. Vaqueros arruinados".

"Bueno", dice Jo, cuelga el vestido en el gancho de la puerta. "No

sabemos lo que vamos a cazar. Y el Duque la está organizando, ¿verdad?”. Levanta su camiseta negra, se inclina y se frota la costra en la rodilla con el pulgar.

"Sí", dice Ysabel. "Duque, umpf, el Duque Barganax". Se oye otro golpe.

"El mismo tipo que envió a esos tipos a por nosotras".

"Sí, Jo".

"Pues no lo entiendo". Jo se sienta en el estrecho banco junto al espejo, girando su camiseta del lado correcto. “¿Qué ganamos yendo directamente hacia él? ¿Qué va a sacar? "

"Él no va a sacar nada, Jo. Él ha organizado una cacería, en mi honor". Jo comienza a luchar para entrar en su camiseta. “Incluso puede querer mostrar esto como una disculpa. Cualquier otra cosa que haya hecho, es un Duque. Creo que me estoy inclinando hacia el verde".

"¿Sí?"

"Dime lo que piensas".

Jo abre la débil puerta con rejilla de su probador y da un paso hacia el siguiente, llamando a la puerta hasta que se abre de golpe. Ysabel sonríe con los brazos en jarras. El verde en su vestido es rico y profundo, como el de las viejas botellas de vidrio. La falda se detiene por encima de la rodilla a un lado, y por debajo en el otro. Tirantes finos dejan sus hombros desnudos bajo sus rizos oscuros. "¿Y bien?"

"Sirve", dice Jo.

Ysabel deja caer una mano, exasperada. "¿Eso es todo?"

"Sirve", dice Jo. "Ya está, ¿Ese es el doscientos cincuenta dólares? ¿Qué?

"Lo siento", dice Ysabel riéndose a carcajadas. "Lo siento. Es que, son los boxers. ¿En serio?".

"Lo que tú digas", dice Jo rodando los ojos, apoyándose contra la jamba.

“Debemos conseguirte ropa interior nueva mientras podemos. Junto con un sostén. Un tanga, considerando el corte de ese vestido".

"Diablos, no", dice Jo enderezándose lejos de la puerta.

"Son mucho más cómodos de lo que piensas", dice Ysabel.

"*Diablos*, no."



"¿Frankie?", dice Gaveston y llama a la puerta. "¿Sr. Reichart?”

Orlando se levanta de la barandilla de hierro forjado en la que se ha apoyado. "Permíteme", dice.

“Sólo un momento”, dice Gaveston. "Quizá sea él..."

Orlando sube la pierna y patea. Se oye un crujido y un tintineo. Alrededor de la placa del cerrojo, la puerta se ha doblado. Mordiéndose el labio, Orlando balancea su pierna hacia atrás, se apoya en el hormigón con la punta del pie , se balancea hacia adelante y hacia arriba, con la rodilla en el pecho, impulsa el pie hacia la puerta. Esta se abre de golpe, rebota en la pared interior y regresa para cerrarse. Él la atrapa mientras pasa. Gaveston niega con la cabeza y está a punto de seguirlo cuando alguien dice, "¡Hey!"

Al pie de las escaleras que bajan por la parte exterior del edificio de apartamentos está Frankie mirando hacia arriba, con una mano

se cubre los ojos, un paquete de seis cervezas de limonada cuelga de la otra. "¡Orlando!", llama Gaveston balanceando su tubo portafolios sobre el hombro, baja las escaleras rápidamente, con cuidado, con una mano en la barandilla. "¿Quién co...?", dice Frankie, "¡Qué estáis haciendo, hey!" Cuando Orlando sale por la puerta. Las botellas suenan y tintinean, pero ninguna de ellas se rompe. Con las manos libres, Frankie da un par de pasos apresurados hacia atrás, con los brazos en molino para mantener el equilibrio mientras gira, se inclina y comienza a correr. Orlando se asoma al balcón y salta con las piernas juntas, la camisa medio desabrochada aletea al viento, con la larga y delgada curva de su espada japonesa sobre su cabeza, brillando.



Flecos verdes caen como copos del topiario falso para revelar un marco de mimbre oscuro. Cubos llenos de polvorientas flores de seda se alinean en el fondo de la vitrina. Una fuente portátil de pared se apoya en la base de uno de los arbustos, con la boca del león seca y un tubo negro colgando por detrás. En un pedestal, sobre un grupo de patos de plástico gris; se sienta una niña con alas de mariposa de un grueso yeso gris. "¿Jo?", dice Ysabel.

Jo aparta la vista de la vitrina, lo único visible en aquel pequeño rellano. Ysabel está parada en la base de la escalera mecánica con una mano en la cadera. "¿Para ir a casa?", dice Jo.

Ysabel señala una puerta en blanco, del mismo blanco opaco que las paredes. "Ah", dice Jo.

"Las oficinas están en esta planta", dice Ysabel. “Pasa por allí y desciende hasta la última a la izquierda. No hay puertas. No mires nada, no digas nada, no tienes nada que ver con nada excepto con la última a la izquierda". Ella está metiendo la mano en el bolsillo delantero de sus vaqueros. “Cuando llegues allí, toca cuatro veces en la pared de fuera. Haz exactamente lo que te digan". Está sacando una bolsa de plástico transparente del bolsillo. Una

cucharada de polvo de oro serpentea a lo largo del fondo. “Responde a todas las preguntas con sinceridad. Te irá bien".

"¿Y luego qué?", Jo frunce el ceño cuando Ysabel pellizca un poco de polvo de oro y lo rocía en el pomo de la puerta. "Cierra los ojos", dice Ysabel.

Jo se acerca un paso. Se encoge de hombros y cierra los ojos. Ysabel hace una pausa, su dedo dorado espolvorea por la cara de Jo. La observa, parada allí con sus viejos vaqueros negros y su camiseta negra. Los vestidos se posan en un brazo, gris claro, verde resbaladizo y sedoso. Ropa interior negra colgando de una pequeña percha de plástico en su otra mano, un paquete de medias. Ysabel sonríe. Le roza ligeramente los párpados a Jo, primero uno y luego el otro, con la punta del dedo, brillando. "Te irá bien", le dice al oído.

Jo abre los ojos. "Guao", dice ella.

Las oficinas son oscuras. Las paredes del cubículo llegan a la altura de la barbilla y son de un sucio color marrón lúgubre. Jo no mira las placas en cada abertura. Una luz cálida brilla desde el cubículo a la derecha. "No", dice alguien. "El Tiempo Sombra es ortogonal al Pseudo-Tiempo. ¿Platos? Se alegrarán jarras amplias de nuevo. Sí. El automóvil bajo la luz viciada es una respuesta familiar, pero no corras hacia la bendición del extraño... al final no hay nada más que ahora, y ahora..." Jo se apresura, los vestidos rozan y suenan como maleza. Sus llamadas en la pared exterior del último cubículo a la izquierda suenan amortiguadas. "Adelante", dice una mujer.

Está sentada en una silla negra de cuero sintético, hojeando una enorme pila de papeles impresos en verde y blanco junto a un viejo terminal de ordenador de pantalla negra que brilla con caracteres en ámbar. Lleva una blusa blanca y un gran lazo gris suave anudado al cuello. No hay ningún lugar para sentarse. Jo se queda en la entrada del cubículo con la incómoda carga en sus brazos. La mujer pausa su rápido hojear, sostiene un impreso en el aire mientras selecciona de la mesa una regla de plástico transparente, la cual coloca a lo largo de las líneas borrosas de datos. "Jo Maguire", dice

ella.

"Sí", dice Jo.

"Esa no era una pregunta", dice ella. "La primera pregunta es: ¿Le echas de menos?"

Jo frunce el ceño. “¿Si le echo de menos? ¿A quién?

La mujer está mirando el impreso. "¿Le echas de menos?"

Jo parpadea. Sus labios se separan cuando el fruncimiento se desliza de su rostro. Ella cierra los ojos. "Ah", dice ella. Los abre "Si. Lo hago, sí.

La regla de plástico transparente baja un renglón. "¿Le amas?"

"Por supuesto", dice Jo con voz áspera, muy lejana. Se aclara la garganta.

La regla va hacia abajo una vez más. "Si pudieras decirle una cosa, ¿cuál sería?"

"Lo siento", dice Jo. "Lo siento mucho".

La mujer arregla su pila de impresos. "Eso servirá", dice ella levántandose. Inclinándose frente a Jo, rebusca entre los vestidos, encuentra una etiqueta de seguridad y la quita con una maquina de plástico naranja. Saca una bolsa de compras del estante sobre su terminal, la despliega con una sacudida. Jo deja caer dentro los vestidos, las medias, la ropa interior. "Muchas gracias por comprar con nosotros", dice la mujer.



Becker se reclina frotándose un ojo con la palma de la mano. Un piano suena suavemente por los altavoces a ambos lados del

monitor de su ordenador. «Sansón volvió a la cama», canta una mujer, «no le quedaba mucho pelo en la cabeza. Comió una rebanada de Maná y volvió a la cama». La oficina está oscura, iluminada solo por la lámpara en su escritorio y el blanco brillante que reluce desde la puerta de la cocina, donde Guthrie está de pie con los brazos cruzados. "Hey", dice.

"Jesús", dice Becker sobresaltado. "Pensé que todos se habían ido".

"Estaba esperando", dice Guthrie. "Teníamos que hablar".

"Sí, bueno", dice Becker, "ventajas de ser ascendido". Apaga la música. "Primero en llegar último en irse. Bueno".

"¿Y?"

“¿De qué vamos a hablar?”

Guthrie está acercando una silla al escritorio de Becker. "De los dos tipos", dice. Se sienta a horcajadas sobre el respaldo de la silla, frunciendo el ceño.

"Los dos tipos", dice Becker moviendo el ratón, haciendo clic y pulsando un número en el teclado. "Ayudame aqui. ¿Qué dos tipos? "

"Los...", dice Guthrie, "... los dos tipos". Señala la puerta del vestíbulo. "Los que querían que hablaras sobre Jo e Ysabel".

"Ah", dice Becker. “Esos dos tipos. ¿Qué pasa con ellos? "

"¿No te parecieron raros?"

"Casi todo con esa chica es raro".

Guthrie está jugando con el grueso clip de una carpeta, abriendo y cerrando los pequeños brazos de metal, que chocan contra los anillos en sus dedos. "¿Recuerdas cómo la conocimos?"

"Jo la trajo", dice Becker.

Guthrie deja caer el clip en una cesta de alambre llena de ellos. "No fue así cómo la conocimos".

"Estaba en aquello", dice Becker. “Cuando me la topé. En el VC. Ella estaba allí, ¿no? Y luego Jo se fue con ella a una fiesta en el Noroeste, ¿y qué? "

Guthrie está negando con la cabeza. "Eso no es todo", dice. "No lo recuerdas". Sus manos flotan sobre el escritorio de Becker como si no estuviera seguro de qué hacer con ellas. "Estábamos allí. Era una casa grande y vieja en Everett".

"No, mira, recuerdo la fiesta", dice Becker. “Yo estaba un poco, tomé mucha cerveza. Todo está un poco borroso".

"Yo tomé demasiada cerveza", dice Guthrie. Se golpea la cabeza. “Todavía despejada como una campana. ¿Recuerdas a la chica que intentó robarte el reloj?”

"Sí, pero", dice Becker.

"¿O a la que dijo que había sido ella misma en una vida anterior?"

"Yo no..."

"Te acuerdas de la banda, ¿verdad?" Guthrie mira a Becker ahora, y Becker le devuelve la mirada con los ojos un poco abiertos, frunciendo el ceño. "Eran bastante buenos", dice Guthrie. "¿Recuerdas al novio de Ysabel peleando? ¿Con una espada?”

"Ahora, espera...", dice Becker.

"¿Cómo ensartó a Jo con la espalda?"

"Guthrie". Becker se impulsa hacia atrás con las manos en alto, como si esperara que Guthrie saltara sobre el escritorio hacia él en cualquier momento. Guthrie no se mueve, no aparta la mirada. Le dice: "Ahí fue cuando..."

"Yo nunca...", dice Becker.

“... cuando fuiste a por él. El tipo todavía sostenía esa maldita espada, pero tú le gritaste. Hizo falta tres de ellos para detenerte. Y él ni siquiera te miró, sólo enfundó la espada y se alejó".

"Estás diciendo un montón de mierdas", dice Becker.

Ante eso, Guthrie mira hacia abajo. Sus pálidas manos se acurrucan sobre sí mismas, las uñas cubiertas de astillado esmalte negro. "Yo no hice nada", le dice. “Sólo me quedé mirando cómo te sacaban fuera. Cómo la envolvían en una manta. Me dijeron que la llevarían al otro lado de la calle y dije que vale. Me dijeron que no me preocupara de ello. Que se iba a poner bien. Y yo dije que lo que fuera, que vale. Me dijeron que te llevara a ti a casa." Guthrie aplana las manos sobre el escritorio de Becker y lo mira. “Estabas parado allí en el porche. Mirando a la nada. Te dije, voy a llevarte a casa. Dijiste que sí. Ya lo habías olvidado todo".

"Eso es porque nunca sucedió", dice Becker tranquilamente.

"Pregúntale a Jo", dice Guthrie. "Pregúntale a Ysabel". Se aleja del escritorio de Becker. "Bueno. De esto es de lo que quería hablar contigo". Se pone de pie empujando la silla atrás hacia la línea de teléfonos. "Por eso creo que deberíamos ir a esa cosa mañana por la noche. Ya sabes. Eso de lo que te estaban hablando esos dos tipos". Se encoge de hombros. "O quizá eso nunca ha sucedido tampoco".

Puertas a mi izquierda” / Nosotros, los juerguistas / la estática del Duque / Su elección

"Puertas a mi izquierda", dice la grabación. “Centro Lloyd, la Undécima Avenida del Noreste. Doors to my left." Jo se agita adormilada casi dejando caer el largo paquete envuelto en rojo. Ysabel le zarandea el hombro. "Nuestra parada", le dice. Su reflejo se suspende en la oscura ventana como un fantasma, el verde de su nuevo vestido brilla en el escaparate del vestíbulo de una lúgubre oficina al otro lado de la calle.

En el exterior, Jo con su chaqueta militar y su nuevo vestido gris, con un bulto rojo bajo un brazo, camina hasta el final del andén que da hacia el aparcamiento. Está casi vacío, ahogado en la opaca bruma de una farola. Más allá, un gran granero que hace de sala de cine, con iluminación de neón. Al otro lado de la calle, otro parking vacío se extiende ante la anónima fachada de un centro comercial. Suena una campana. Con un zumbido ascendente y rechinante, el tren se aleja, chirriando sobre un cruce ferroviario. "¿Dónde están todos?", dice Jo.

"Dentro", dice Ysabel.

"Dentro". Jo señala al otro lado de la calle. "En el centro comercial". Niega con la cabeza. "Por supuesto que están en el centro comercial".

"Dame tu espada", dice Ysabel.

"Es de verdad muy tarde", dice Jo tendiéndole el paquete.

"La hora de las brujas", dice Ysabel. Está desenrollando la larga banda roja de la corta épée con su vaina negra. "Quédate quieta". Ysabel se inclina sobre una rodilla allí ante Jo, tira del cinturón para soltarlo. Extiende los brazos envolviéndo a Jo alrededor de las caderas. "Quédate quieta", dice ella abrochándola. "Deberíamos

haberte conseguido unos zapatos".

Jo mira hacia abajo a sus Chuck Taylors que no coinciden, la blanca sujeta con cinta adhesiva. "Son cómodas".

"Son espantosas", dice Ysabel atando los lazos de la funda bajo el cinturón. "Un buen par de Nikes, quizá en crema y amarillo..."

"Sí", dice Jo, "Pues habría tenido que hacerlo", y luego aparta la vista, hacia el otro lado de la calle, hacia el centro comercial. Detrás de ella, la carpa del cine se oscurece de pronto. "Te ves bien", le dice a Ysabel. "Con ese vestido".

"Gracias", dice Ysabel sentándose sobre sus talones.

Jo mira hacia abajo, a los hombros desnudos de Ysabel, la falda verde le cae de una rodilla. "¿No tienes nada de frío?"

"Si lo tuviera", dice Ysabel levantando la mano, "¿me darías tu chaqueta?"

“¿Eso es parte de la descripción del trabajo?”, dice Jo tomando su mano.

Ysabel se encoge de hombros y se pone en pie.



El baño está oscuro. Becker se acuclilla sobre un inodoro, con ambos pies sobre el asiento y las manos apoyadas a ambos lados de la cabina. "Esto es una chifladura", dice.

"¿Qué?", dice Guthrie un puesto más allá.

“Que esto es una *chifladura*".

"Te van a *oír*".

"Nadie nos va a oír". Becker levanta un pie, estira y baja una pierna. Pone su peso sobre ella. Pasos fuera del baño, sacude su otra pierna. "Oh", dice. "Uah, sí".

"¿*Qué* estás *haciendo*? Tenemos que esperar hasta que todo esté despejado."

"¿Sabes lo que harán cuando lleguen aquí, Guthrie? ¿La gente que crees que nos va a oír?”

"¡Becker, te van a ver los pies!"

"Van a limpiar los baños, eso es lo que va a pasar". Becker estira los brazos y arquea la espalda. "No van a entrar, agacharse y mirar bajo las malditas puertas para ver si alguien se esconde aquí y decir que todo está despejado. Van a ir directamente a *limpiar* los *inodoros* con una fregona, un cepillo y un cubo”. Mueve la cabeza de lado a lado. "Seremos difíciles de pasar por alto". Abre la puerta de la cabina. "No puedo creer que te haya dejado convencerme de venir aquí".

"¿Quieres simplemente...?", dice Guthrie y luego las luces se encienden, frías y brillantes. Orlando, con una larga falda gris entra al baño con la cabeza en alto, levantando una mano, una advertencia.

"¿Problemas, amigo Mooncalfe?", dice Gaveston con un arrugado traje color óxido y una mano sobre el hombro de Frankie. "Maldita sea", dice Frankie observando los azulejos blanco brillante, el largo espejo de acero inoxidable sobre los lavabos. "Esto es todo un cuarto de baño".

“*Baja la voz*", espeta Orlando arrodillado.

"Hey", dice Gaveston. Orlando, con una trenza negra que roza el suelo, mira por debajo de los puestos. "Quiero decir", dice Frankie, "¡Qué espejos! Son tan...". Con los ojos cerrados con fuerza, Becker sube los pies al asiento del inodoro con ambas manos apoyadas contra la cabina. "*Condenadamente* brillante", dice Frankie.

"Hey", dice Gaveston de nuevo colocando dos dedos contra los labios de Frankie. "Orlando. Aquí no hay nadie".

Levantándose y girando en suave movimiento, Orlando saca la espada como un rizo de luz en el aire entre ellos. "Puedo olerlo", dice.

Becker abre los ojos.

"De acuerdo", dice Gaveston. "Perdieron a un conserje, está escondido en los aseos, temeroso de Su Majestad. ¿A quien le importa? *Tú* tienes una cita que cumplir".

Gruñendo, Orlando balancea la espada hacia un lado y hacia atrás. "No pienses en burlarte de mí", dice en voz baja.

"Aquí no hay *nadie*", dice Gaveston, y luego se sobresalta cuando se descarga un inodoro. Orlando gira. Becker está abriendo la puerta de su puesto y saliendo para ver a Orlando agachado, con la espada sobre la cabeza. Becker se detiene a medio paso y palidece.

"¿Qué haces aquí?", dice Orlando.

"Uh", dice Becker. "¿Qué estáis *vosotros* haciendo aquí?"

Orlando retrocede, baja la espada, sube las cejas. "Esperando", dice Gaveston rápido, como sin problemas.

Becker parpadea, luego se encoge de hombros. "Ah", dice. "Bien. Hemos terminado". Llama a la puerta del puesto de Guthrie. "Oye. ¿Estás?”

Se oye un golpe.

“Tú, ah, quizás quieras dar la descarga”, dice Becker. Mira desde Gaveston, que tiene una mano en el hombro de Frankie, hasta Frankie, que está mirándose en el espejo de acuoso acero. Hasta Orlando, con su falda gris y la punta de la espada oscilando justo por encima de los brillantes azulejos. "Bueno", dice Becker y traga.

"Todo vuestro". La puerta de Guthrie se está abriendo lentamente.



Un "Pop" y un "Tuanc", como al soltar la cuerda de un arco, surgen del pequeño altavoz marrón junto al pie del niño que sigue el ritmo. "Las flautas de roble suenan maravillosamente estridentes", canta, y alguien se ríe, "Las notas más fuertes y claras de la pequeña cicuta, y de la grande y de las cañas de pantano te llegan a la oreja". Él chico está acurrucado alrededor de su guitarra de grande tripa, apoyado en un rejilla de la tienda bajo un oscuro letrero que dice «Meier y Franco». "¡Pues los sonidos solemnes y los pensamientos sobrios, nosotros, los juerguistas, no podemos soportar!" Aclamaciones y aplausos cuando comienza un estruendoso rasgueo. Hombres y mujeres abarrotan la pasarela frente a él. Tras las barandillas que bordean el amplio atrio abierto, trajes oscuros y brillantes en marrones y negros, hay un burdeos sobre un chaleco de terciopelo, vestidos en rojos y dorados que se mecen como campanas, faldas de marfil viejo, negras, delgadas, un brillo como el agua metalizada. El centro comercial alrededor de ellos es oscuro, las rejas bajan sobre las fachadas de las tiendas, los letreros están apagados. Faroles se mecen en postes sobre la multitud que sigue el ritmo. La pista de hielo en el suelo de abajo brilla tenuemente indecisa. Velas en bolsas de papel iluminan los escalones de las escaleras mecánicas inmóviles, que conducen hasta los balcones del tercer piso, donde se han colgado estandartes: un sabueso azul mayormente en un fondo de color rosa; un halcón rojo deslumbrante, sus alas cortando el fondo marrón; y entre ellos, una gran abeja escogida en negro y amarillo en un fondo crema.

Jo se inclina encima de la abeja con los codos en la barandilla, observando la multitud de abajo. Un viejo con sombrero de paja se acerca al chico de la guitarra y se inclina con cuidado al encontrar un micrófono en el suelo. Sopla en él. Más vítores mientras el rasgueo del chico cae al ritmo de un chirrido y el viejo comienza a gruñir, «oh, algunos montan uno negro, otros montan uno marrón, el mío es tan rojo como la sangre de sus venas». Risas y aplausos.

“Deberíais ir armada, señorita. Y blindada".

Jo se da vuelta, sobresaltándose cuando la espada en su cadera choca con los barrotes de la barandilla. Un tipo grande está parado allí, vaqueros azules y una camiseta blanca ajustada, una sonrisa en algún lugar bajo sus largos bigotes grises. Junto a él, una mesa verde y morada cargada con cuero marrón gastado, con armaduras de placas del color de las llaves viejas, montones sin forma de resbaladiza malla. "Soy Pirocles, señorita", dice. Las lanzas se apoyan contra la mesa y allí. A sus pies, una pila al fondo de escudos como trineos redondos, como grandes cometas. "Voy a cazar con vos esta noche, bajo el estandarte del Conde".

"Jo Maguire", dice ella. «Soy un bebé en brazos y una serpiente en la hierba», viene el gruñido del viejo desde abajo. «Soy una estrella en el cielo sobre tu cabeza».

"El Gallowglas", dice Pirocles.

Ella aparta la mirada. "Supongo", dice ella. "Estoy aquí por la Princesa". La muñeca de su mano izquierda está apoyada en la sucia cinta roja que envuelve la empuñadura de su espada, empujándola un poco hacia atrás. Aprieta la vaina contra su pierna. "Todos estamos aquí por la Princesa", dice Pirocles.

"No he querido decir que tú no lo estuvieras", dice Jo, y ahora la palma de su mano está en la empuñadura. "Es sólo que ella no está aquí. Ella está fuera, con su madre o algo así. Para peinarse. Además, ya tengo una espada".

"Querréis una lanza". Pirocles levanta una, moviéndola con ambas manos, observando su regla. “Un fuerte mango recto de roble o fresno. Sólo un escudo se interpondría en vuestro camino, pero querréis una coraza. Quizá unas grebas". Él está negando con la cabeza. "Encontrad unas con una buena parada de jabalí, señorita".

Jo suelta la lanza que había recogido. "¿Jabalí?", dice ella.



El Duque avalanza una rodilla sobre una mesa verde y morada y se impulsa ágilmente tras ella. "Dad...", dice balanceándose en su traje color crema y su corbata amarilla, "dad mercedes, hermanos y hermanas míos", levanta su vaso en el aire, "por lo que estáis a punto de recibir... Viejo John Barleycorn, nicotina y las tentaciones del acorde de Fa del rock 'n' roll.” Su Gracia drena el vaso mientras alguien, al otro lado del patio de comidas, grita; un hombre con un esmoquin azul claro, apoyado en el mostrador de un casillero oscuro de bebidas. Abajo, junto al bar, un violín cobra vida, un chico pelirrojo toca con él junto a una mujer que sonríe mientras levanta la voz; escaparates, dedos pulsando, pasando el rato en nuestro centro comercial favorito. "Os vais a caer, Su Gracia", dice la mujer con el vestido negro corto, mirándolo a través de unas finas gafas con montura negra.

"Lo decís...", dice el Duque poniéndose en cuclillas, apoyándose con la mano libre, "como si fuese algo malo". Salta de la mesa. "Al menos no me estoy escondiendo en el baño".

"Es vuestra fiesta", dice ella metiendo la mano en su bolso negro y delgado.

"En *vuestro* honor", dice el Duque. Levanta su vaso, frunce el ceño. Ella está sosteniendo una bolsa de plástico con un palmada llena de polvo de oro dentro. "Tomad", dice ella cuando él no lo toma.

"¡Garçon!", ruge el Duque. Ella se sobresalta. “¡Garçon! *Ahí* está." Gaveston con su arrugado traje de color óxido, se dirige hacia ellos a través de la multitud. “¡Más John Barleycorn!” Avisa el Duque agitando su vaso. Se ríe.

"Su Gracia", dice Gaveston. Asiente a la mujer con las finas gafas con montura negra y alcanza la bolsa de plástico en su mano. El Duque se gira para dejar su vaso vacío en la mesa verde y morada. "Venid", dice y lanza un brazo sobre el hombro de Gaveston. "Caminad conmigo". Gaveston está metiendo la bolsa en el bolsillo

de su chaqueta. "¿Está preparado?", dice el Duque acercándose, hablando en voz baja.

“Su Gracia, vuestros amigos están aquí. Uno de los hombres que entrevistamos. Y otro".

Su Gracia está negando con la cabeza. "¿Está preparado?"

Gaveston asiente. "Pandulce le está vistiendo".

"Son quinientos dólares, me llamaste tú". El Duque está sonriendo. “Decides *secuestrar* al hideputa, a plena luz del día, ¿y de pronto no quieres molestarme?"

“¿Su Gracia?” dice Gaveston. "Lo siento, Yo..."

"No te disculpes", dice el Duque deteniendo a Gaveston de golpe. “Le necesitábamos, le conseguimos. Estoy extasiado. Si no lo estuviera, créeme, lo sabrías. Tú juegas a estos juegos". El Duque se inclina aún más cerca, presionando una mano contra el pecho de Gaveston. "Es contraproducente. ¿Se ha hecho la llamada? ¿Orlando está en su lugar?"

"Todavía están *aquí*", dice Gaveston mirando la mano del Duque. "Los amigos de ella. En algún lugar de la multitud".

"La llamada", dice el Duque. "¿Se ha hecho?"

Gaveston levanta la vista. "Me saltó el contestador", dice. "Dejé un mensaje".

"A ti *siempre* te salta el contestador", dice Su Gracia. "¡Estamos listos!" Le da una palmada en la espalda a Gaveston. Gaveston hace una mueca. El Duque sube un par de escalones hacia el amplio balcón lleno de mesas verdes y moradas. "¿Su Gracia?", dice Gaveston, sin moverse. "¿Señor?"

El Duque se detiene, se da vuelta, extiende las manos. "Voy a tomarle la medida", dice volviendo a bajar las escaleras. "A esta chica que mató a Tommy Cabezacuero".

“Los *amigos* de la chica, Su Gracia”, dice Gaveston.

El Duque sonríe. "¿Dos de ellos? ¿Entrevistaste a uno y está este otro tipo?", Gaveston asiente. El Duque se inclina. "Creo que los superamos en número, el Estribo".

Una vez que el Duque se ha girado para subir los escalones. Gaveston suspira y lo sigue.



"Encaja", dice Pirocles apretando un cinturón en la cadera de Jo.

"Parezco una idiota", dice Jo.

"Una cota de malla sería demasiado peligrosa", dice Pirocles. Retrocede, tira de una de las correas en sus hombros. “Un golpe de colmillo o una pezuña rompería los eslabones y los clavaría en vuestra carne. Una mortificación para vos, señorita, si no me equivoco".

"Es que es tan...", dice Jo volviéndose. Su peto, pintado con esmalte lácteo, con bordes dorados, con forma que sugiere caderas redondas, músculos lisos, senos bien formados, pezones anchos con filigrana dorada. Un ombligo clavado en la barriga pálida y rígida con hojas doradas. "Anatómico".

"Os alegraréis de llevarlo cuando comience la caza", dice Pirocles.

"Me gusta vuestro cabello", dice el Duque.

Su Gracia está tras Pirocles, con una mano en el nudo de su corbata amarilla. Su sonrisa se enlaza en una risa mientras la mira a los ojos.

"Gracias", dice Jo rotundamente tras un rato. "Estoy pensando en

afeitarme la cabeza".

"¿No tendréis frío?", dice el Duque.

Ella se encoge de hombros. "Usaré un sombrero". Pirocles tira de su placa trasera y comprueba el ajuste. Ella se encoge de hombros otra vez.

“Es un placer conoceros, Jo Gallowglas, quien me ha causado tantos problemas. Recordaréis a el Estribo", dice moviendo un pulgar sobre su hombro, hacia Gaveston tras él. Los ojos de Jo se agrandan y abre la boca para decir algo. "Soy del Sureste", dice Su Gracia, "el Duque..."

"Disculpa", dice Jo pasando a empujones más allá de él y de Gaveston, quien la persigue. "Ap", dice el Duque, y Gaveston se para. "Su Gracia", dice. "Orlando..."

"Un momento, el Estribo", dice el Duque.

Jo salta un par de escalones desde el balcón y pasa junto a un hombre con traje azul marino, esquiva a una mujer con una falda color burdeos girando su espada, que rebota en las espinillas de Orlando cuando Jo agarra el brazo de una mujer con un vestido negro corto. "¿Qué estás...?", dice Jo, y luego, "Lo siento", y luego, "¿Por qué llevas eso?"

La mujer mira a Jo a través de unas finas gafas de montura negra. Lleva un vestido sobre el brazo, un vestido verde, un verde tan rico y profundo como las viejas botellas de vidrio. "Señorita Maguire", comienza a decir, pero Jo la suelta y se abre paso a empujones por la multitud. "¡Hey!", dice alguien, y "¡Cuidado!", dice otro. Orlando estira la cabeza para verla partir, su mano en la empuñadura de su espada japonesa.

"¡Mooncalfe!", llama el Duque. Orlando se da la vuelta. El Duque asiente una vez, lentamente, levanta un dedo para tocarse la nariz. Orlando lo fulmina con la mirada.



Hay un pasillo fuera del patio de comidas, al lado del bar, iluminado por más velas en bolsas de papel y la luz fluorescente de un par de puertas al final, una forrada en azulejos azul opaco y la otra en rosa terroso. Roland está de pie junto a la puerta rosa, una lanza apoyada al hombro. Sacude la cabeza, la pálida melena de su cabello se ilumina por la fuerte luz. "No deben ser molestadas", dice en voz baja.

"Necesito verla", dice Jo. "Maldita sea, Roland..."

"Oh, déjala entrar", suspira alguien adentro.

Una anciana con pelo largo, blanco brillante y un bocado de alfileres se arrodilla en el suelo de baldosas a los pies de Ysabel. Ysabel está sobre algo, un taburete bajo, entre los retretes y la hilera de lavabos, mirándose en el largo y oscuro espejo. Su vestido es del color del marfil gastado, de talle alto, una falda completa que cae desde el taburete hasta el piso, cubierta con un fantástico jardín de cuentas, contornos de grandes flores que brillan como fuegos artificiales. Su cabello negro va recogido en ingenioso tocado sobre su cabeza, que una mujer con quevedos está estirando para meter un pasador de oro.

"Jo", dice Ysabel, "no te he..."

"Sí, Jo", dice la Reina. "Gracias por todos vuestros esfuerzos en Nuestro nombre". Ella está sentada en la esquina con un vestido negro largo en una silla plegable de lona amarilla. "Pero la situación es, como estamos seguras de que vos daréis crédito, tan sutil como peligrosa. Roland cazará por nosotras esta noche." Se pone en pie cuando Jo abre la boca para decir algo. "Deseábamos que el secreto se guardara celosamente el mayor tiempo posible, u os lo habríamos dicho antes. Podéis quedaros con nosotras, por supuesto, y sed honrada como el guardián de mi hija. O...", dice mientras Jo se gira levantando las manos, "Lo juro por el jodido *Dios*", murmura Jo saliendo como un basilisco del baño. "O...", dice la Reina, "podéis

iros a otra parte y malhumoraros".

Jo se ha ido. Ysabel vuelve a su reflejo en el espejo.

"Vuestra elección está fuera de mis manos", dice la Reina.

Por la Pista de Hielo / una Apuesta Secundaria / una Sala Llena de Hidalgos / Su honor / el Aire Mismo

Por la pista de hielo está tranquilo. Canciones diferentes flotan por el gran atrio central, una guitarra, el violín, una flauta en algún lugar, el sonido de un tambor no mantiene el ritmo con ninguno de ellos. Guthrie está mirando hacia un ala del centro comercial y bajando por la otra, pero los árboles en macetas y las escaleras mecánicas paradas y los quioscos bajo las cubiertas de polvo hacen que sea difícil ver muy lejos. "Se suponía que era una ciudad dentro de la ciudad", dice alguien y él da un brinco.

Hay una mujer a su lado, envuelta en tres o cuatro faldas de colores fangosos y un par de suéteres bajo un sucio impermeable naranja. "Sólo estoy esperando", dice Guthrie. “Buscando a un amigo mío. Ambos están... hace sólo un minuto. Estaban aqui. Él estaba. Ni *idea* de que era tan tarde. Yo..." Ella se está riendo. Guthrie está empezando a sonreír. "¿Qué?"

"Es divertido entrar a escondidas", dice ella. Sus ojos son brillantes y azules y su cabello se pierde bajo una gorra parcheada color confeti. "Como si no lo supieran".

"No es eso lo que hemos hecho", dice Guthrie mirando hacia el patio de comidas. Alguien está gritando. El violín se ha detenido. “No es lo que esperaba, de todos modos. Estoy, eh. Un poco mirando hacia adelante".

"Debería haber tenido veintiún pisos", dice ella, "al igual que el Waldorf-Astoria. ¿Qué es la Enfermedad de Medianoche?", le señala la camiseta. Sus mitones son amarillos y están moteados con estrellas rojas.

"Una banda", dice. "¿Waldorf-Astoria?"

Pero ella está mirando hacia el patio de comidas. "Deberíamos

subir allí antes de que lo dejen salir". Se oye otro grito y un choque, metal contra metal. "Tus amigos probablemente ya estén allá arriba". «CLANG», se oye ahora, allá arriba, uno tras otro.

“Espero que no”, dice Guthrie, y luego, “¿Dejar salir *qué*?



Orlando se inclina hacia adelante con los pies apoyados, la espada japonesa en una mano hacia abajo y hacia atrás. Pirocles frente a él sostiene su gran espada con una mano sobre el largo pomo bajo la empuñadura, la otra levanta el filo hacia arriba, donde está envuelto en cuero rojizo. Da un paso atrás, luego adelante, con las botas chirriando. “¿Qué *posible* razón?” , dice Pirocles.

"Habéis asumido que yo podría enfrentarme a vos sin una", dice Orlando. "Esa es razón suficiente". Pirocles lanza una, dos veces, grandes cortes en bucle. Orlando esquiva el primero y detiene el segundo, su espada roza un corte que obliga a Pirocles a retroceder hacia la barandilla del balcón, derribando una silla del camino.

"¿Debo ir a por él?", dice Gaveston al oído del Duque.

"¿A por quién?", dice el Duque, y luego, "No. Joder".

"¡No juegues conmigo, muchacho!", ruge Pirocles pateando otra silla hacia Orlando, que corre hacia atrás, alejándose y saltando sobre una mesa mientras Pirocles sigue la silla con un embite de espada hacia Orlando, que salta hacia arriba, con la falda aleteando y la espada cortando la espalda de Pirocles.

"Sin Jo", dice Gaveston.

"Suficiente", dice el Duque. "Ya hay suficiente en juego. No hay necesidad de estropear nuestra sorpresa por una apuesta secundaria".

Pirocles, girando, detiene el siguiente corte con su gran espada como una barra en ambas manos, empujando a Orlando con el pie y hacia atrás. Este rueda cuando Pirocles rompe una línea de baldosas de un golpe.

"Llama a tu hombre", dice Agravante. Está detrás del Duque con su traje rosa pálido, su larga bufanda blanca, sus mechones pálidos, pálidos, reunidos en una rígida trenza en la nuca.

"El Mooncalfe no es hombre de nadie", dice el Duque sin volverse.

Otro gran golpe en auge y otro, derribando mesas en una ráfaga de polvo y trozos de azulejo.

“*Llámalo*, maldita sea. No dejaré que nuestro cazador se vea comprometido por tus tontos juegos".

"Llámalo tú mismo", dice el Duque. "Esto terminará en un momento".

Pirocles levanta su gran espada para darle otro golpe, los ojos se ensanchan cuando Orlando no está rodando, sino que empuja hacia adelante y no hacia atrás, levantando su espada del suelo con ambas manos, esta se encrespa en un destello dentro del pecho de Pirocles para estallar por su espalda.

"Ahí", dice el Duque. "Todo tuyo, Mangohacha", se inclina hacia Gaveston. "Asegúrate", dice en voz baja, "de que conseguimos que alguien arregle el suelo antes de irnos".

Pirocles, haciendo una mueca, ve a Agravante mientras Orlando tira de su espada. "Lo siento, Milord", dice.



Roland se pone en pie de golpe al oír el roce de faldas negras, la

Reina sale del baño al largo y oscuro vestíbulo. Se toca la frente con los nudillos. Asiente una vez y pasa junto a él por el pasillo hacia el patio de comidas.

Ysabel sale. Velas en bolsas de papel a lo largo del suelo encienden una ráfaga de chispas de las cuentas que se enroscan alrededor de su falda color marfil y a lo largo de los extremos de sus mangas. Se queda parada allí un momento, sus ojos ensombrecidos, su rostro sereno. Suena una trompeta en el atrio.

“Dije lo que dije”, dice Roland, “para mantenerla a salvo. Yo...", pero ella está negando con la cabeza. "Deberías saberlo", dice ella pasando junto a él por el pasillo, "Yo nunca te daría otra oportunidad".

Él se carga la lanza al hombro y luego la sigue por el pasillo hacia el patio de comidas.

"¡Amigos y vecinos, gentiles todos!" resuena una voz por ahí. "¡Vuestra Reina! ¡Vuestra Princesa! "



Pirocles se sienta en una fina silla de plástico en el extremo más alejado del patio de comidas, inclinándose hacia adelante sobre sus rodillas, con la cabeza baja, con bigotes grises colgando de su cara gris y demacrada. Va sin camisa. La herida en su espalda es irregular, húmeda y roja. Sostiene un vaso de plástico rojo contra la herida en su pecho, una faucha arrugada que exuda algo blanco y espeso. "Cristo", dice Jo. "Esto es de alguna manera culpa mía, ¿verdad?".

"Sacó la espada", dice Pirocles. "Perdí la calma. No veo qué parte tienen vuestras disculpas".

Ella se arrodilla a su lado. "Déjame sostener eso".

"Eso es tarea de paje", dice él, y ella dice: "¿Crees que me importa una maldita cosa?" y él no detiene su mano al tomar la taza. Con la otra mano, ella comienza a trastear con la hebilla de hombro que sujeta el peto a la placa posterior. "Aunque esta sea la jodida armadura más estúpida de la historia".

Él está sonriendo, en algún lugar bajo sus bigotes. "Así que Roland cazará en vuestro lugar y Marfisa en la mía". Lejos en medio del patio de comidas, el Duque se dirige a la multitud con los brazos abiertos, Roland a un lado, su brazo izquierdo enfundado en un gran guante de acero, Marfisa en el otro con un reluciente minivestido como agua metalizada, grebas de bronce rosa sujetas a los muslos y pantorrillas, una lanza sujeta sin fuerza en una mano.

"Echa a Orlando en la mezcla", dice Jo, "y definitivamente apoyo al jabalí". Ella está mirando las cosas que se filtran de su herida como miel hilada, destellos de oro en gotas lácteas que caen lentamente en la taza.

"Él no cazaría", dice Pirocles. “Ni siquiera para el Duque. Me pregunto...", dice cerrando los ojos. Toca la herida en su pecho con dos dedos. "Me pregunto para quién".

El Duque sonríe. "Debo decir que *estoy* decepcionado", dice para que todos lo escuchen mirando de Roland a la Reina. “En esta sustitución de último minuto. ¿Puede ser que no confiéis en mí, Madam? "

"No os hagáis ilusiones, Sureste", dice la Reina. Ysabel a su lado mira al suelo. "Presentad a vuestro cazador. Comencemos".

Pirocles sacude la cabeza lentamente, meneando los bigotes. "Los servidores habituales de Su Gracia no están aquí". Abre los ojos. “La Daga, el Yelmo. El Masón".

"¿Becker?", dice Jo con los ojos muy abiertos.

“Bueno”, brama el Duque, “sé que todos esperábamos ver una cacería con un verdadero Gallowglas en el campo. Y todas vuestras mercedes saben cómo *odio* decepcionarlas". La multitud aplaude.

Pirocles, frunciendo el ceño, mira por encima del hombro. Ahí está Becker con su camisa a cuadros roja y verde. "Te he estado buscando por todas partes", dice Becker. "¿Sabías que él está aquí?"

"¿Qué demonios estás *tú* haciendo aquí?", dice Jo. Y luego mira hacia el centro del patio, donde el Duque sigue con un bramido floreciente: "Presento a vuestras mercedes, amigos y vecinos, el cazador del Sudeste; ¡mi propio Gallowglas!"

Un traqueteo, un chirrido de metal. Tintineos ondulando a través de la multitud. Un forcejeo y Frankie es sacado con las piernas rígidas delante de todos por un chico con un ajustado traje marrón. Frankie sonríe mientras las risas brotan a su alrededor. Chimeneas de estufa se cierran alrededor de sus piernas. Su coraza en la espalda es la tapa de un cubo de basura de plástico y delante la tapa de una gran olla de acero inoxidable. Un colador por casco. En una mano el atizador de hierro para las ascuas, tambaleándose al mismo tiempo que su cabeza oscilante.

"Aguanta esto", dice Jo. Después de un momento, Becker se acerca para tomar la taza. Ella se pone de pie, con la correa del hombro suelta, la coraza abierta, el peto caído. Su mano en la empuñadura de la espada.

"Jo", dice Pirocles. “Quiere burlarse de vos. Quiere enojaros".

“¡Y ahora!", grita el Duque. "¡Si me seguís a las barandillas y prestáis atención a la planta baja, muy abajo!" La multitud se apresura a través de la pista escaleras arriba, dando vueltas alrededor de Frankie, que gira vertiginosamente en el sitio para que el chico del traje marrón lo sujete con las manos. Arrastra a Frankie con él hacia las escaleras mecánicas paradas, después de Marfisa, después de Roland.

"Si entras así en una habitación llena de nobleza", se dice Jo. “Llena de nada. Así.” Ella mira atrás hacia ellos. "Becker. ¿Puedes quedarte aquí, con él? "

"¿Qué vas a hacer?", dice Becker.

"No sé", dice ella, alejándose. "Nada estúpido".

"No necesitáis quedaros conmigo", dice Pirocles.

"No me importa", dice Becker mirando la taza que sostiene. "Estás herido". Parpadea entonces hacia la herida en él. "¡Cielo Santo!", dice. "¿Qué ha pasado?"

"Soy un caballero", dice Pirocles. “El Yunque. Mi nombre es Pirocles".

"Becker", dice Becker. "Superviso un banco telefónico".

“¡Os presento, amigos y vecinos, nuestra presa!” El Duque, inclinándose sobre el atrio vacío, señala el piso de abajo mientras las luces vibran allí. "¡El jabalí, Erímatos!"



"¿Cuántas cabezas?", dice Roland, bajando lentamente la escalera mecánica parada hacia el segundo piso. Los vítores suenan desde los balcones alrededor del atrio. Desde el primer piso, un gruñido rugido, un apresurado clip-clop-clip-clop-clip.

"Una", dice Marfisa justo delante de él.

"¿Veneno?", dice Roland. "¿Icor? ¿Llama?

"Sólo mal genio", dice Marfisa. "Su lomo se eriza como un bosque de lanzas. Y tiene colmillos realmente grandes”. La multitud en el segundo piso ha despejado un pasillo entre la escalera mecánica hacia arriba y la escalera mecánica hacia abajo. Marfisa entra en él, girando su lanza por encima de la cabeza, arrodillándose en movimiento de embestida y corte. Coloca la lanza a un lado y se ajusta la hebilla de una greba. Desde abajo, un tremendo estrépito, un chillido de triunfo.

"¿No vas a llevar coraza?", dice Roland.

Ella lo mira de reojo con una sonrisa irónica. "¿Ni tú tampoco?"

Él se encoge de hombros, el enorme guantelete de acero resuelve un sonido metálico. "Yo lo haré huir primero, lo conduciré de regreso, luego lo acometeré y lo acercaré a ti para el final".

"Simple", dice ella captando su mirada. "Directo". Se pone en pie.

“Y no habrá dudas sobre quién es el asesino”.

"Oh, es un esfuerzo conjunto, eso seguro".

"El Yunque es un idiota", dice Roland.

Ella sacude la cabeza. “El Mooncalfe es provocativo. ¿Cuál es tu excusa? "

Él aparta la mirada. "Una promesa". Señala de nuevo la escalera mecánica. "¿Y él?"

"Espero que se mantenga fuera del maldito camino", dice Marfisa.

Frankie está traqueteando por la escalera mecánica, conducido por el chico del traje marrón mientras la risa borra los vitores y los aplausos. "Es toda...", dice Frankie, con una gran sonrisa en su rostro."... una escalera mecánica", dice mientras sigue al chico fuera del último escalón. "Nunca he visto una que no pudiera moverse. Guao".

"Ni siquiera *penséis* en ello", dice el chico a Marfisa y a Roland. "Ni de coña *penséis* en ofrecerme un jodido papel fiduciario o un valor o una tarifa simple para mantener a este mamón fuera del campo".

"No lo soñaría", dice Roland en voz baja.

"¿Cómo te atreves a sugerir tal cosa?", dice Marfisa sonriendo.

"Yo, um", dice el chico. "Quiero decir. Joder".

"¿Qué es eso?", dice Frankie sonriendo.

"Además", dice Roland, "creo que se darán cuenta allá arriba. Si él no estuviera en el campo".

“¿Qué es ese estruendo?”, dice Frankie. “¿Como botas? ¿Qué es eso?”

"De acuerdo", dice el chico con el ceño fruncido. "A la mierda". Le da un empujón a Frankie hacia la escalera mecánica que conduce a la planta baja. "Espera", dice Roland. "Yo soy el primero".

Los aplausos vuelven a estallar cuando Roland, lanza en mano, pasa a Frankie a la parte superior de la segunda escalera mecánica. Levanta la lanza sobre su cabeza y la multitud comienza a rugir, y él echa la cabeza hacia atrás y ruge con ellos, un grito atronador que inunda el ruido de la multitud, resonando por todo el atrio. Un chillido desde abajo, el clip-clop se ha convertido en una repentina tormenta de cascos. Roland baja su lanza y baja corriendo las escaleras mecánicas tomando los escalones de dos en dos.



"Suéltame", dice Jo.

"No", dice Ysabel.

Están detrás de la multitud del patio de comidas, cerca de la primera escalera mecánica. Nadie las está mirando; todos están inclinados sobre las barandillas para ver lo que pasa a continuación.

"Dijiste", dice Jo. "Dijiste que no sacaría nada. Que esto iba a ser lo que era. Una caza en tu...”

"Basta", dice Ysabel. "Tu honor", dice Jo. "Basta", dice Ysabel, quien está sujetando la mano derecha de Jo entre las suyas y tira de ella hacia sí. Sus manos agarran la coraza blanca de Jo entre el vestido de cuentas de Ysabel. "No me arrojes *sus* mentiras y *sus* engaños a la cara". Ysabel apoya la frente en la de Jo. "*Todo* esto es cosa del Duque, y no es cosa mía".

"Yo no te he arrojado nada", dice Jo. Desde abajo, un gruñido y otro estruendo monumental, metal vibrando, cascada de vidrio, Roland gritando algo, la multitud que los rodea respirando profundamente.

"Y no hay nada que puedas hacer", dice Ysabel.

"Pues dime", dice Jo inclinándose hacia atrás, alejándose. "Dime que no puede salir herido. Dime que va en contra de las reglas. Dime que sólo es un juego".

"Tú", dice Ysabel y se detiene, y luego comienza de nuevo. "Eres imposible, Jo Maguire".

Jo no dice nada.

“¿Qué *es* él para ti?”, dice Ysabel.

Las luces se apagan. Todas ellas: luces tenues en el interior de las tiendas cerradas, luces de seguridad bajo los sofitos, las tenues chispas que brillan en las grandes lámparas que penden de las vigas muy por encima. Las velas se han apagado y las antorchas se han desvanecido como si nunca hubieran estado encendidas. La multitud se mueve, gritando en una docena de voces, cientos en conmoción, alarma y miedo. Más vidrios se rompen a continuación. Los cascos vacilan y se detienen. Un destello de luz, blanco azulado, todo se ha iluminado durante un instante y se ha vuelto oscuro de nuevo, y más gritos, alaridos y chillidos para que todos mantengan la calma.

"Ella tiene ojos como estrellas", dice Ysabel. “Sus manos son de hierro. El cabello le cuelga hasta el suelo". Otro destello de luz parpadeando ahora, solidificándose en algo frío y pálido, muy por

debajo, que proyecta escandalosas sombras por las paredes y los escaparates, las vigas y los puentes, grandes cosas negras sin cuerpo con monstruosas cabezas y manos alrededor y por encima de todas ellas.

"¿Qué?", dice Jo. Se oye un gemido penetrante desde abajo, tan delgado y pálido como la luz. "¿Quién?", dice Jo.

"Ella tiene diecinueve nombres", dice Ysabel.

"¡Erímatos!", grita la mujer parada en medio de la pista de hielo. Está envuelta en una larga capa negra que mantiene cerrada a la garganta. Sus pliegues y andrajos quedan atrapados junto con su cabello negro enredado en los vientos que la rodean. En su otra mano sostiene un nudoso bastón gris, liso y opaco como la madera a la deriva, su punta es una chispa de luz blanco azulada demasiado brillante para mirarla. Un suspiro de metal fundido se oye como un golpeteo desde la oscuridad, más allá de la pista de hielo, que llega hasta al jabalí, hasta la pared baja que rodea la pista de hielo. Una rejilla doblada y desigual del frontal de la tienda cuelga de un gran colmillo. Los vidrios le brillan en el cuello detrás de la cuña cuadrada de su cabeza. Él coloca el hocico en la pared y la sangre negra gotea sobre el hielo y allí humea.

"¿Quién ha hecho esto?", grita la mujer en el hielo con una voz áspera y rasposa, y las sombras sobre ellos saltan y tiemblan. "¿Quién te sacó del sueño y te dejó varado en este lugar?"

"Acudió por su propia elección", llama el Duque desde arriba.

"¡Tú!", grita la mujer en el hielo apuntándole con su bastón, iluminándolo mientras él se asoma sobre el balcón, las sombras de repente se espesan detrás de él. “Es una bestia simple, Barganax. Tanto como a vos mismo, huelo a mi hermana aquí".

"Somos invitados del Duque", grita la Reina al otro lado del atrio del Duque. “Esta caza es de su invención. Si él realmente no buscó vuestra aprobación para el campo y la presa, en este territorio vuestro, os ofrecemos Nuestras condolencias, y con mucho gusto vuestra parte en la pelea". De la oscuridad frente al jabalí, sale

Roland sin su lanza, todo su guantelete de acero manchado de negro azulado. Marfisa lo sigue renqueando, arrastrando su lanza por el suelo.

"Es cierto, Madam, que soy simple", dice el Duque. “Suplico sencillez. Por supuesto que cancelaremos la cacería, y mi hombre en el campo se perderá".

"¿Cuál es tu hombre?", grita la mujer en el hielo mientras la multitud habla sobre murmullos y jadeos. "¿Cuál es tu hombre?"

"¿Cómo?", dice el Duque, "Pues mi Gallowglas".

Gimiendo, la mujer gira sobre el hielo, empujando su palo en la oscuridad a su alrededor. "¿Dónde? ¿Dónde? ¿Usaste a un *hombre mortal* para cazar a mi espléndido Erímatos y hacerlo polvo? *¡Muéstramelo!*" Y la luz encuentra a Frankie, acobardado en el lateral de la escalera mecánica con la cabeza entre sus manos. "¡Tú!", grita la mujer en el hielo. "¡*Tú*! ¡Levántate! ¡Te abriré las costillas y liberaré el aire de tus pulmones!”

"Y un infierno lo harás", dice Jo Maguire.

Ha bajado por la escalera mecánica hasta el primer piso, con su espada levantada en la mano derecha y apuntando a la mujer en el hielo. "Frankie está bajo mi protección", dice ella.

"¿Lo está?", dice la mujer en el hielo.

"Él", dice Jo cruzando el pasillo hacia la pared baja sobre la pista de hielo, "y ella". Apunta la espada hacia arriba y detrás de ella, luego la nivela hacia la mujer en el hielo. "La princesa. Ysabel. Cualquier otra persona aquí que quieras, eres bienvenida. Pero si le pones a cualquiera de *ellos* la jodida *piel de gallina* siquiera, te pegaré con esto".

La mujer en el hielo no dice nada, se queda quieta, su bastón y su luz brillante apuntan a Jo.

"Soy el otro Gallowglas", dice Jo. "Por lo que he visto, eso es todo

lo que se necesita. ¿Cierto?

El centro comercial está en silencio todavía. Incluso las sombras que se suspendían en las paredes a su alrededor permanecen quietas durante dos largos suspiros, luego tres. La mujer en el hielo baja su bastón. Desde algún lugar, un leve sonido se hace más fuerte, un crujido, un gruñido crujiente. La mujer está sonriendo. Está alzando la cabeza. Sin apartar la mirada de Jo, suelta una carcajada.

Marchan / el Héroe Conquistador

Marchan junto a coágulos de automóviles y camiones estacionados al azar bajo las luces vibrantes, muchos de ellos se dirigen a pie por la curva de la rampa y salen a la superficie y a la noche de arriba. El chico con la guitarra de vientre grande colgada a la espalda está ayudando a un pelirrojo a cargar un gran tambor blanco en la parte trasera de una camioneta adornada con una chica pin-up color caramelo que sostenie una enorme serpiente sobre el cuerpo con ambas manos. La puerta lateral está abierta. Marfisa, con una suave túnica azul, se sienta desplomada con un paño en la cara, sus grebas están amontanadas en la acera junto a sus pies descalzos, su cabello color crema espesa le cuelga como una cortina ante el rostro. Agravante se arrodilla ante ella, levanta la mano para apartarle el pelo de los ojos. "Está suelto", dice ella, su es voz arrastrada. Un lado de su rostro está hinchado, manchado de rojo, blanco y amarillo, con los ojos cerrados e hinchados. "Está allá afuera, en alguna parte".

"Es problema del Duque", dice Agravante suavemente. "No el nuestro".

Frente al garaje, a mitad de camino por la rampa, Pirocles hace una pausa para mirarlos. Su chaqueta azul le cubre los hombros, su pecho desnudo envuelto en una venda blanca. Su expresión enmascarada por esos largos bigotes grises. Becker, abriendo la puerta de un pequeño escarabajo rojo, levanta la vista y ve a Pirocles caminando por la rampa. "Yo no...", dice mirando alrededor del estacionamiento, a las personas que pasan, a una camioneta con alas de plástico y marco de madera apilados en la parte posterior, a un sedán coronado por un ídolo de piedra con cara de mono cubierto de hiedra que escupe agua en el parabrisas. "No quiero olvidar esto", dice Becker, pero Guthrie al otro lado del coche se mira las finas manos envueltas una dentro de otra. "¿Necesita...", dice, "que la lleven a algún sitio?”

"A cualquier sitio", dice la mujer envuelta en esas faldas y suéteres. "A cualquier lugar que no sea...", señala a un coche negro

estacionado a un par de plazas de ellos, una poderosa cosa negra parada vacía. Meticulosas líneas de letras blancas pintadas a mano giran hacia arriba y hacia los lados, por el capó y el techo.

"Dame un minuto", dice Becker cerrando la puerta y cruzando el garaje.

"¡Auh!", dice Frankie con una mano en la mejilla, junto a un pilar de hormigón.

"¿Estás con nosotros ahora?", dice Gaveston. "¿Necesitas otra?"

"No, no", dice Frankie. "No, estoy bien. ¡Hey! ¡Cuidado!" Gaveston se inclina tirando de la tapa de la olla atada al pecho de Frankie y mira furioso al chico del ajustado traje marrón. "¿Qué demonios usaste, Pandulce?"

"Jodida cinta adhesiva", dice Pandulce abriendo una navaja de mariposa con una filigrana de latigazo practicado.

"Se acerca el héroe conquistador", dice Orlando.

Jo camina rápida hacia ellos sosteniendo su espada en su vaina con una mano a su lado. "Señorita Maguire", dice Gaveston enderezándose. “Una delicia verla de nuevo. Enhorabuena por su...”

"¿Estás herido?", le dice ella a Frankie, pasando al lado de Gaveston.

"Hey, Jo", murmura Frankie.

"¿Estás *herido*?", dice ella. "¿Esa cosa te tocó?"

"No", dice Frankie, "Estoy...", Jo lo empuja hacia atrás y hacia adelante, hacia el pilar. "¿Qué *coño*?", le grita ella. "¿En qué maldito *infierno* estabas pensando?"

"Te echaba de menos", dice Frankie.

"¡Pues, *basta*!", dice Jo. "Jesús. Mantente alejado de mí". Él está a

punto de decir algo y ella lo empuja una vez más. "Es por tu propio *bien*, maldito idiota".

"Gallowglas", llama el joven Duque, acercándose a ellos con su traje color crema y su inmaculada corbata amarilla.

"Ahora *no*", dice Jo.

“Perdóneme, señorita Maguire, pero me refería a Frankie. Frankie Gallowglas." Sonriendo, el Duque extiende una cartera de cuero marrón a rebosar. "Quinientos dólares, señor", dice y se la da a Frankie. "Según lo acordado".

"¿Pero pensé que había dicho...?", dice Frankie mientras Gaveston, mirando de reojo al Duque, dice: "Venga ya, Sr. Reichart. No sea avaro. Nos ha servido bien".

Frankie acepta los billetes y se los guarda en el bolsillo, las chimeneas de sus espinillas resuenan. "Hijo de perra", dice Jo.

“Y *ahora*, señorita Maguire”, dice el Duque, “para usted. Su valentía hizo algo más que salvar a Frankie aquí de las... ah, *consecuencias* de mi locura". Pone una mano sobre su hombro y ella no se la aparta encogiéndose de hombros. "Yo le concedería un deseo, señorita Maguire. Nombre el deseo de su corazón. Si puedo otorgarlo o hacerlo o robarlo, es suyo".

“Deja en paz a mis amigos”, dice ella.

"¿Qué", dice el Duque,"¿A *todos*? Tendrá que darme una lista". Retrocede. "Muy bien. Concedido. ¡Nunca más serán molestados por mí ni los míos! Vamos, caballeros." Se da vuelta para irse.

"¿Qué pasa con el jabalí?", dice Jo, y el Duque se detiene.

"Erímatos", dice él, "lleva cuidando de sí mismo durante más tiempo de lo que puede recordar. El jabalí", dice volviéndose para mirarla, "estará bien".

Gaveston se apresura tras el Duque, seguido de Pandulce.

"Voy a sentir curiosidad por ver qué pasa después", dice Orlando. "A vos os gustó mucho ella allí, pero habéis llamado la atención de la chica". Él sonríe. "Eso nunca es sabio". Se pasea tras los demás.

"Jo", dice Frankie. "¿Puedo...?"

"Cállate", dice Jo y se aleja. Un coche azul oscuro vaga entre ellos, el pavimento debajo brilla intensamente de un blanco azulado sobrenatural, los tapacubos giran en molinetes de luces de colores. Frankie se sienta haciendo ruido con su armadura improvisada y comienza a luchar con la tapa de la olla pegada a su pecho.

Becker alcanza a Jo en medio del estacionamiento. "Hey", dice. "¿Necesitas que te lleven o algo así?"

"No", dice Jo señalando hacia el otro extremo del garaje, donde hay una larga limusina blanca, un SUV blanco con adornos dorados. "La Reina nos lleva. Pero gracias. ¿Tal vez a Frankie? Si te sientes generoso".

"Mira", es lo que Becker dice entonces: "Voy a olvidar todo esto".

"Yo, uh", dice Jo.

"Y lo que quería decir es que si he sido un imbécil, quiero decir, está claro que *he sido* un imbécil, contigo y con ella, y lo siento, ¿de acuerdo?" Súbito bocinazo de un automóvil. Un mugriento autobús blanco está bajando por la rampa para recoger lo último de la multitud que sale. Hay un hombre con sobretodo verde asomándose por la puerta principal, gritando y sacudiendo un trapo. "Todo es tan malditamente...", dice Becker.

"Sí", dice Jo.

"Hey, mañana", dice Becker. "No te preocupes del ir al trabajo, ¿de acuerdo? Lo cuadraré con Tartt".

Jo se ríe. "Jesús. Yo ni siquiera... Gracias, Becker, pero de verdad necesito el dinero", se cuelga la espada enfundada al hombro,

sosteniendo la correa en una mano. "Demonios, también la traeré a *ella*. Después de esta noche, me lo debe. Me debe mucho".

Becker resopla. “¿Y qué es ella, una Princesa? ¿De qué va esto? "

"Vas a olvidar todo esto mañana", dice Jo. "¿Recuerdas?"

Becker sonríe un poco. "Guthrie no me dejará".

"Es lo mejor", dice Jo. “Quiero decir, de veras que lo aprecio. Gracias. *Y* Guthrie. Olvídalo, ¿vale? No quieres involucrarte en esto. Créeme. Te veré mañana."

"Sí", dice Becker. "Mañana". Él la mira alejarse hacia el SUV blanco. Ysabel la espera con su largo vestido de marfil y la chaqueta militar de Jo sobre los hombros.

Coda 4

Arriba en la montaña aireada
Abajo en la precipitada cañada,
No nos atrevemos a cazar,
Por miedo a los hombres pequeños;

—William Allingham

N° 5: Autovía

La Impresora escupe / Está cubierto

La impresora escupe una foto de Ysabel, cabeza y hombros ante un fondo azul vacío, su cabello oscuro peinado, recogido de su rostro vagamente sonriente. "¿Ves?", dice el hombre gordo, inclinándose sobre el pie de la desordenada cama doble para recoger la foto. Se reclina junto al ordenador portátil cerca de las almohadas y le entrega la foto a Jo. “Sin ojos rojos. La luz es muy brillante. Bastante enfocada. Esta es una buena mierda de calidad del Departamento de Vehículos a Motor". Su camiseta tiene la imagen granulada de un cementerio que dice «Hemos encontrado un nuevo hogar para los ricos». Es difícil saber dónde termina su delgada barba y comienza su cabello desaliñado.

"Se supone que debe poner Oregón", dice Jo.

"Lo hará", dice el gordo con el pelo desaliñado. "También será más pequeño e irá impreso en una tarjeta". El tipo acaricia el arañado ordenador portátil plateado y gruñe a los cables que cuelgan de los lados y del extremo de la cama. "Tengo una plantilla de muerte configurada para esto. Esta es una impresora de seis chorros. No cuatro colores: *seis*. No pasará un chequeo de escáner UV, pero engañará a cualquier par de globos oculares del estado. Lo único que tengo que hacer es enchufarlo bien". Se recuesta en las almohadas, sonriendo. "Que es lo que hago cuando me muestras el cheddar". Inclina la cabeza y mira más allá de Jo. "Hemos terminado con la cámara, nena. Ven aquí, ponte cómoda. O allí", señala a la otra cama doble a la que se ha quitado la colcha. La cual está colgando frente a la ventana de la habitación. Un chico alto está acostado boca abajo sobre las sábanas blancas, sus pies descalzos sobresalen del borde de la cama. "No te preocupes por Abe", dice el gordo de pelo desaliñado. "Sólo está durmiendo".

"Estoy bien", dice Ysabel deshaciéndose la coleta. Está sentada en un taburete bajo en la esquina, iluminada por una intensa luz sobre

un trípode. Hay un gran trozo de papel azul pegado a la puerta tras ella.

"Siéntete como en casa", dice el gordo de pelo desaliñado. "Eso no es una billetera", le dice a Jo. Ella le está entregando la foto. "No necesito engañar a todo par de globos oculares del estado", dice ella. "Ya te lo he dicho. Sólo necesito un permiso de conducir y una tarjeta social baratos que pueda engañar una mala fotocopiadora".

"Ya entiendo", dice él. "Un I-9". Inclina la cabeza para sonreír a Ysabel de nuevo. “¿Eres ilegal, nena? ¿De dónde eres, Canadá?”

"Es de mierda vecina", dice la chica con el mohawk.

Ella está sentada al mostrador al fondo de la habitación, entre los dos lavabos. Su sudadera con capucha es gris, las mangas cortadas hasta los hombros. Está jugando con una botella naranja vacía de prescripción. El lavabo a su derecha está lleno de ellas, todas vacías. "Cállate, Mel", dice el gordo.

Mel se encoge de hombros. "Es de esa mierda de hace un par de semanas. Ella es la que tuvimos que vigilar". Señala a Jo. "Y ella es la, no sé". Señala a Ysabel. "Reina de todos los que están en.. en lo que sea".

"No empieces con esa mierda vecina conmigo", dice el gordo.

"Está bien", dice Mel. "Pero Hib se despierta gritando desde entonces y nadie ha visto a Christian". No levanta la vista de la botella de prescripción, la cual da vueltas en sus manos. "No desde entonces. Y tú *sabes* lo que le hicieron a Popgun, justo tras la casa de Denny".

"¿Christian?", dice Jo, pero el gordo dice: "No, Mel, nadie sabe quién hizo lo que le pasó a Popgun, y *no* quiero escuchar esa chorrada de unos desquiciados vecinos y vampiros y jodidos ángeles extraterrestres saliendo de mi culo peludo. ¿De acuerdo?", ahora sonríe a Jo otra vez. "Bueno. ¿Vamos a hacer negocios? Porque tengo otras obligaciones".

"Negocios", dice Jo pasándose una mano por el pelo, corto y rubio y marrón en las raíces, con mechones negros aquí y allá. "Sí. Como has dicho, Timmo, es un I-9. Para que nos puedan pagar". Ysabel frunce el ceño ante sus uñas. "Verás, necesitamos el cheque de pago para conseguir el dinero, y el I-9 para el cheque de pago, y el permiso de conducir para el I-9 ..."

"Eso no es problema mío", dice él sacudiendo la cabeza.

"El final de mes, te pago".

"Pues el final de mes, te doy la documentación".

"Timmo, por favor, yo..."

“¿Crédito? Eso está muerto". Se reclina sobre las almohadas con las manos detrás de la cabeza. "*Especialmente* si no es clientela habitual".

"Yo", dice Jo. “De verdad necesitamos esto. Por favor".

"Te diré algo", dice inclinando la cabeza, mirando más allá de Jo. "Nena". Ysabel en el taburete con sus ajustados pantalones cortos de mezclilla, su blusa blanca anudada sobre una camiseta sin mangas amarilla. "Cariño". Ella lo mira. "¿Qué tal si despejamos la habitación", le dice. "Sólos tu y yo. Estrictamente fotografía. Con lo que te sientas cómoda, pero apuesto a que puedes convencerme de que olvide el sexto mandamiento sólo por esta vez".

"Oh, demonios no", dice Jo.

"¿Qué eres, su boca?", dice Timmo. Una botella de prescripción naranja rebota en su cabeza. "¡Oye!" Batea a otra en el aire. "¡Maldita sea, Mel!"

"Tú", dice riendo, "eres una jodida bola de carne", lanzando botella tras botella del fregadero. "Mel, maldita chiflada", dice Timmo mientras se desliza hasta el final de la cama. Una botella golpea la colcha que cuelga sobre la ventana con un golpe suave. Jo esquiva una. Otra golpea el espejo sobre el tocador y Abe se agita

ante el «clac» arrastrando un ronquido largo y burbujeante. Mel se congela, con el brazo ladeado. Timmo se sienta al final de la cama, fulminándola con la mirada. Ysabel se pone en pie.

Jo, se endereza, observa a Ysabel meter una mano en su bolsillo delantero. "Creo", dice Ysabel sacando un par de billetes doblados entre sus dedos índice y medio, Jo abre la boca para decir algo y la cierra de nuevo, "que esto debería cubrirlo", entregándole el dinero a Timmo, cuyos pies cuelgan sobre la impresora.

Él suspira. Acepta el dinero "Lo tienes cubierto, hermosa", dice y, rodando, agarra el ordenador portátil.

"Asegúrese de gastarlo todo en un mismo lugar", dice Ysabel. "En algo terriblemente poco práctico".



El hombrecillo camina directamente hacia la puerta cerrada de la camioneta y rebota en ella agitando los brazos, meneando la cabeza. Haciendo muecas Sus dientes son muy largos y captan la tenue luz de la calle, el brillo blancoazulado del letrero en la esquina: «Motel Shilo. Excelencia Asequible». Roland lo atrapa por el cuello y el brazo. "¿Y bien?", dice inclinándose cerca de la oreja del hombrecito. Este se contrae. "Que me condenen si *yo* lo sé", dice el hombrecillo.

Roland empuja y el hombrecillo rebota en la camioneta otra vez. Cuando se tambalea hacia atrás, Roland lo agarra por la camisa y le levanta los pies del suelo con una mano. La otra está agarrando su espada. La manga de su chándal plateado se ha desgarrado en cintas. "Díselo, Cearb", dice Roland y coloca la punta de su espada contra el vientre del pequeño. "Dile a tu repugnante Milady que el Carro todavía guarda a la Prometida". Inclinándose, empuja al hombrecillo y este se ahoga en la espada. Al otro lado del parking, en el hueco de la esquina del motel, se abre la puerta de la habitación 109. Jo sale seguida de Ysabel. Cearb extiende una mano

con la boca abierta y Roland lo arrastra atrás hacia el gran contenedor de basura del motel, arrodillado allí, con la espada aún en el vientre de Cearb. Las gafas de sol de Roland están rotas, falta una lente amarilla. Los auriculares alrededor de su cuello están torcidos, un auricular roto.

"¿Cuánto?", dice Jo sacando un paquete de cigarrillos del bolsillo de sus pantalones de trabajo.

"¿Cuánto?", dice Ysabel.

Jo se detiene en seco. "Sabes de qué coño estoy hablando y sabías que yo iba a hacerte la jodida pregunta en el momento en que lo sacaras, así que le deseo a Dios que por una vez me des una jodida respuesta sin más".
"Nada, Jo".

"¿Nada qué?"

“No tengo dinero. Como bien sabes. Te lo dije el primer día".

Jo mira hacia otro lado. "Así que tú sólo...", frunce el ceño.

"Le di..."

"Shh", dice Jo. Agarra el brazo de Ysabel, el paquete de cigarrillos olvidado en su otra mano. Comienza a caminar por el pórtico del motel, las puertas iluminadas a la izquierda y el aparcamiento oscuro a la derecha. "Calla. No digas una palabra".

Hay un crujido tras la gran caja de madera que esconde el contenedor del motel. "¿Qué?", dice Jo parándose. "¿Qué ha sido eso?"

"Está *tranquilo*", dice Ysabel. La luz roja del letrero al otro lado de la calle dice «Hotel León Rojo. Bienvenidos Boomers».

"Acabo de oírlo", dice Jo.

"Está tranquilo", dice Ysabel. "Todo se ha calmado. Hay alguien

aquí".

"Alguien".

"No deberíamos haber venido", dice Ysabel. “No aquí arriba. No tan pronto".

"Timmo no tiene una oficina en el centro precisamente", dice Jo. "Como descubra alguna vez...", está mirando hacia la habitación del motel, "que eres tú la que le ha estafado...", niega con la cabeza. "Joder, ese es mucho más peligroso que cualquier cosa que te haya *preocupado*".

Detrás de la caja del contenedor de basura, Roland está liberando su espada lentamente. "Gallowglas", jadea el hombrecillo. Roland asiente. "Alégrate, Cearb", le susurra, y luego agarra la mano que le está sujetando la muñeca y la aprieta par abrirla. "Sin trampa ni cartón", dice, "Tú estás fuera de esto. Sin *trampa* ni *cartón*". Con un suspiro y un desplome, Cearb deja caer su mano. "Alégrate", dice Roland, "que no la invitara a unirse a la refriega".

Cearb sonríe alrededor de esos dientes.

una Escala de Uno a Diez / el Vaso Medio Lleno / Cazadores de Perros / Pasando el Rato

"En una escala del uno al diez", dice Ysabel, "donde uno es..."

"Sí, lo sé", dice el hombre por teléfono.

“Donde uno es...”

"Nada satisfecho, sí, lo sé, ya lo ha dicho".

"Por favor", dice Ysabel. "Necesito leer toda la pregunta tal como está escrita". Con una pierna cruzada sobre la otra, se sienta de lado en su angosto cubículo, tirando ociosamente del dobladillo de su falda sobre su rodilla. “Además, podríamos haber cambiado la escala. Sólo para ver si está prestando atención".

“Pues lea la pregunta”, dice el hombre.

“En una escala del uno al diez, donde uno es Nada satisfecho y diez es Muy satisfecho, ¿cómo calificaría, en general, su visita más reciente a Depósito de Mascotas?”

"¿Ves?", dice el hombre. "Es la misma. No has cambiado nada".

"Está prestando atención", dice Ysabel. Se ha tirado de la falda un poco más arriba, con las yemas de los dedos apoyadas en la rodilla y el pulgar dibujando bucles en la piel del muslo.

"¿No puede promediar todos los números que ya le he dado?"

"No sería tan significativo como lo que dice cuando hago la pregunta". Ysabel toca el número siete en su teclado.

"Bueno, diría siete, pero les daré un diez si nunca recibo otra llamada de encuesta como esta", dice el hombre.

“Tengo que pedirle que elija sólo uno”, dice Ysabel. Ya ha presionado «Enter» y está consultando la siguiente pregunta en su pantalla.



"Yo *sé* que lo habéis oído", susurra ella. Se sienta allí en la baja cama en medio de la gran habitación oscura, empujando el hombro desnudo junto a ella. Su cabello rubio es rojizo por la luz que se filtra por las altas y estrechas ventanas. "Su *Gracia*", sisea ella, "*Leo*".

"Gatos", dice él de repente. "El edificio asentádose. ¿Qué?”, él sonríe, su cabeza aún sobre la almohada, que se hunde en las esquinas de sus ojos.

"Lo habéis oído", dice ella.

"Muñeca", dice, "hay un restaurante abajo. Están lavando".

"¿A las *tres* de la *mañana*?", dice ella, y se produce un estrépito.

Las luces cobran vida en la amplia escalera blanca a medida que el Duque desciende, atándose una bata de morados y dorados. "Maldito Tommy", murmura. “Va y se mata. Jodido Estribo inútil." En el vestíbulo, las puertas de la derecha están abiertas, la habitación más allá en la oscuridad. El Duque se queda en la puerta un momento. Una confusión de sillas volcadas descansando sobre las mesas, las patas en el aire. Un chirrido de madera moviéndose. "Arriba, cabronazo", dice el Duque tanteando en busca del interruptor de la luz. "Arriba con el sombrero".

Una de las sillas se ha colocado en posición vertical en el suelo. El hombre sentado en ella está inclinado recogiendo un plato del suelo. Sus pantalones del color de la grava. Su camisa del color de la ceniza. Sostiene en alto el plato... es una tapa de la mesa de vapor a su lado. "Vuestra elocuencia me obliga, Su Gracia", dice. Su

voz lenta y lúgubre. Su rostro como la vieja avena. El Duque, allí en la puerta, no dice nada. El hombre gris pone la tapa sobre la mesa de vapor. "¿No estáis contento de verme?"

El Duque traga. "Hice todo lo que dije que haría", dice.

"No", dice el hombre gris, poniéndose de pie. "No para Erímatos".

“Una *oportunidad*", dice el Duque. "Una *oportunidad* para el olvido". Pero el hombre gris camina hacia él, negando con la cabeza. "El jabalí está suelto", dice. "Lo separé y te lo entregué, y ahora está suelto. Eso pende sobre tu cabeza".

"Demonios", dice el Duque, "ella lo dejó suelto..." El hombre gris pone una mano sobre su hombro. El Duque se lame los labios, todavía abiertos alrededor de la siguiente palabra. Cierra los ojos.

"Me veréis una vez más", dice el hombre gris.

"Honestamente", dice el Duque, "no tenéis que meteros en todos estos problemas". Pero ya no hay nadie allí.



"Hola, gente que no vive aquí", dice la mujer en la pantalla del televisor.

"¡Hola, hola!", dicen las personas en el sofá.

“¡Os di la llave para *emergencias!*", dice ella. Risas.

“¿Por qué vamos a trabajar tan tarde?”, dice Ysabel abriendo el refrigerador. "¿No se supone que trabajáis de nueve a cinco?"

Jo está en su lado del futón, golpeando un cigarrillo en una taza de café. "Nadie ha trabajado de nueve a cinco en *años*", dice ella. "La tercera esposa se vende por separado", dice el hombre en la

pantalla del televisor. Más risas.

"De acuerdo", dice Ysabel. "Pero, ¿por qué esperamos hasta las tres de la tarde?" Está abriendo un cartón de leche.

"Porque llamamos a la gente a su casa", dice Jo y da una calada. "Es mejor esperar hasta que lleguen a casa del trabajo", sopla el humo. "¿Soldados de asalto imperiales de tamaño natural de Sharper Image?", diice el hombre en la pantalla del televisor. "Dos", dice la mujer.

"¿Y...", dice Ysabel colocando un vaso en el mostrador de la cocina,"... la mayoría de la gente trabaja hasta las tres ahora?"

Jo se apoya en un codo. "No, Depósito de Mascotas tiene una encuesta nacional. Vamos a llamar a la Costa Este a las tres. ¿Qué estás haciendo?"

"Vertiendo leche", dice Ysabel inclinando la cabeza y vertiendo lentamente, observando el nivel de la leche alzarse con los cuatro dedos que ha puesto contra el cristal. "¿Y son las personas en la Costa Este las que sólo trabajan hasta las tres?"

"No", dice Jo, "sólo se nos permite hacer llamadas residenciales entre las seis y las nueve. Así que empezamos por ahí".

"De acuerdo", dice la mujer en el televisor. "Al final, te atragantaste con una galleta". El hombre dice: "Eso fue real". Jo se inclina y la apaga.

"¿Y la hora es diferente?", dice Ysabel abriendo el refrigerador

"Zonas horarias", dice Jo. "Sucede en todo el país", apaga el cigarrillo en la taza de café. "El sol *se mueve,* ¿sabes?"

"Ah", dice Ysabel. "Pensé que habían descubierto que era al revés. Lo que ellos digan.", se acerca al armario de la esquina. "Son las tres menos veinte ahora", saca un fino cárdigan burdeos. Se lo pone. "O las seis menos veinte. Hora para otro día en los teléfonos".

"¿Vas a...?", dice Jo, y luego mira hacia abajo y lejos, sonriendo, negando con la cabeza. "¿Vas a beberte la leche?" El vaso medio lleno se posa en el mostrador junto al fregadero.

“¿Vas a llevarte la espada?”

Jo se levanta del futón. "No, Ysabel, no voy a llevarme la espada al trabajo".

"Y yo no voy a beberme la leche", dice Ysabel.

"Pues vale", dice Jo.



"Sí", dice él. Y de nuevo, "Sí". Está detrás del escaso refugio de un teléfono público, con el auricular metido entre la oreja y el hombro encorvado. Su traje es negro. Su corbata delgada y negra, el nudo perdido en algún lugar bajo una espesa barba del color de los muebles de caoba. "Entiendo", dice. Está sacando un cuaderno negro de su chaqueta, grande como la palma de su mano, quitando la banda elástica de la tapa. Lo abre en una página que dice «JUE 29 SEP» en la parte superior. "No. No.", garabatea G-K debajo de eso, dispara el brazo y comprueba la hora. "Probablemente no", «2:48», escribe. Lleva un par de gafas de sol negras. Algo está escrito en una lente en arácnidas letras blancas.

Al otro lado de la calle, Jo sale del edificio de apartamentos, riendo, volviéndose para decirle algo a Ysabel detrás de ella. VAQUEROS, escribe él, luego BLUSA A CUADROS, luego FALDA BLANCA. "¿Esta noche? Esta tarde.”, SUDADERA = VINO. Tacha VINO. "Tan pronto como hayamos terminado aquí". TINTO. Cierra el cuaderno, cuelga el teléfono.

El teléfono público linda con un pequeño aparcamiento en la esquina, junto a la cabina amarilla de «Pagar Aquí». Espera tras el teléfono mientras ellas pasan, y Jo dice: "que *se* mueve, lo que

estaba diciendo, lo que quería decir es que así es...", y luego se dirige hacia la hilera de coches estacionados hacia el coche negro de en medio, una cosa de aspecto poderoso con ventanas oscuras. Líneas arácnidas de pintura blanca se enroscan sobre el guardabarros hasta el capó y el techo. Hay un tipo pequeño sentado en postura padsamana sobre el capó, en medio de los anillos concéntricos de apretadas letras blancas. Su traje es negro. Su corbata es fina y negra. Sus ojos van detrás de gafas de sol negras, la pluma de búho atada a un lado se mece junto a los rizos grises y lacios que se aprietan tras la oreja.

"Sr. Charlock", dice el grundullón de espesa barba.

El pequeño baja la cabeza y la gira de un lado a otro. Respira hondo, cuadra los hombros y se inclina hacia atrás, levantando y sacando el pecho.

"Sr. Charlock", dice el grundullón otra vez.

"¿Podrías callarte un maldito minuto más?", dice el pequeño. El grundullón se encoge de hombros y busca sus gafas de sol y el pequeño dice "¡Mierda!" Roland viene por la calle lateral, chándal de color amarillo pálido, zapatillas blancas impecables, auriculares negros en sus orejas, diadema rígida pegada al pelo plateado. Las manos en los bolsillos. Va asintiendo para sí mismo mientras dobla la esquina detrás de Jo e Ysabel.

"A donde ellas van, él va", dice el Sr. Charlock. Se escupe en la palma de la mano y la toca con un dedo, luego mancha una línea oscura y húmeda a través de los círculos de letras. Estirando las piernas, se baja del capó. "Ya debería recordar eso, Sr. Keightlinger". Se quita las gafas de sol, mira al edificio de apartamentos al otro lado de la calle. “Y todo lo demás. Todo son pistolas bajo las almohadas y correas en las bancas allá arriba... Yo podría estar en ello toda la noche y aún conseguir jodidos bupkes".

El Sr. Keightlinger abre la puerta del lado del conductor con un agudo «scuonc». "Es hora de quitarlo de en medio", dice. Se mete las gafas de sol en el bolsillo de la chaqueta.

“¿Qué te *susurró* la voz de nuestro maestro en tu gran oreja?” dice el Sr. Charlock, abriendo su puerta. "¿Qué recado se le pasó por la cabeza camino a la oficina esta mañana? ¿Leche que agriar? ¿Pulgares que pinchar? ¿Lavandería en seco?”

El Sr. Keightlinger niega con la cabeza. "Algo no volverá por donde vino", dice. "El Barranco de Sullivan", lanza un pulgar sobre el hombro. "Al otro lado del río".

"*Algo*", dice el Sr. Charlock. Toma aire y lo expulsa, un suspiro exagerado. "Estamos haciendo de *cazadores de perros*?"

"Eso se notará", dice el Sr. Keightlinger subiéndose al coche. “Hay que mantenerse fuera de la vista. Un favor para un amigo". Un tintineo de llaves. El motor retumba de vida.

"Juraría por cualquier jodido dios que quieras nombrar", murmura el Sr. Charlock, negando con la cabeza y subiendo al coche, "que este es el único papel en la ciudad".



"En una escala del uno al diez", dice Guthrie mientras Jo camina por el estrecho pasillo de escritorios-cubículo Kelly Green. “Donde uno es nada satisfecho y diez es muy satisfecho”. Su camiseta es negra y dice «No la Bala sino el Agujero». No levanta la vista. "¿Cómo calificaría el servicio prestado por la recepcionista de Depósito de Mascotas?"

Becker está sentado detrás del escritorio al frente de la oficina, mirando la pantalla de su ordenador, una mano en el ratón y la otra en el teléfono. Jo agarra una silla de un escritorio vacío y la detiene junto a la mesa, a horcajadas sobre el respaldo. "Hey".

"Deberías estar marcando", dice Becker. “Acabo de abrir la Central. Nuevos números frescos, listos y esperando".

"Ley estatal", dice Jo. "Quince minutos pagados cada dos horas de trabajo".

"Llevas aquí una hora y media".

Ella se encoge de hombros y apoya los codos en el respaldo. “Quería pillarte antes de que Tartt se fuera. El día de pago de mañana, ¿todo bien?”

Becker quita su mano del ratón y su mano del teléfono y las dobla en su regazo, sentándose hacia atrás con la cabeza inclinada. Lleva una camiseta blanca flexible y su cabello está peinado en varias direcciones diferentes. Hay un bolígrafo detrás de cada oreja. "Sí, Jo. Todo está bien. Ysabel recibirá un cheque mañana".

Jo deja escapar un suspiro, baja la cabeza para descansarla un momento sobre sus antebrazos. La levanta sonriendo. "Genial", dice ella, se levanta. "Gracias, Becker".

"Vas a tener que decirme", dice él, "uno de estos días, quiero decir, cómo terminaste haciendo todo esto por ella. Es amable, es genial, pero...". Mira hacia abajo y luego a la pantalla de su ordenador. Agarra el ratón. "Quiero decir, es asunto tuyo. Obviamente." Al final del estrecho pasillo, Ysabel se ríe en el micrófono de sus auriculares. Asiente, dice algo, sonríe. Ve a Jo y niega con la cabeza poniendo los ojos en blanco y se inclina hacia adelante en su mesa sin perder nunca esa sonrisa.

"Sí", dice Jo. "Es toda una historia. Mira, debería volver a los teléfonos".

"Pensé que estabas en un descanso", dice Becker.

“¿Eso dije? Estoy hablando con mi supervisor. Todavía hacemos eso en el reloj, ¿verdad?", Becker frunce el ceño por encima de su monitor. "De todos modos", dice Jo, "los descansos son cada dos horas. Me quedan otros veinticinco minutos. Como poco", se inclina sobre el escritorio. "Estoy mejorando el ritmo", dice ella.

“Lo estabas”, dice Becker. “Tienes nueve en el tablero. Necesita

dos por cinco para superar la tasa".

"Oh, vosotros los de poca fe", dice Jo volviendo a su mesa.



"Diez minutos, máximo", dice Jo en sus auriculares. "Y estará ayudando a Depósito de Mascotas a aprender cómo atender mejor a sus clientes". Frunce el ceño.

"Es que yo...", dice la mujer desde su teléfono. Está arrodillada, recogiendo un montón de la caja de arena. Tamizando trozos sueltos de basura del montón. "Sólo fui una vez".

"No importa", dice Jo. "Siguen queriendo saber lo que piensa".

"Pero normalmente vamos a Samaritano de Mascotas", dice la mujer tirando el montón en una bolsa de plástico que dice «¡Gracias! Que Tenga Un Buen Día». "En realidad no me gustan esos lugares tan grandes". Su manga alzada expone arabescos de tinta negra y azul circulando su antebrazo. Más tinta como hiedra se enrosca más allá del cuello de su camiseta.

"¿Y está aquí en Portland?", dice Jo. "En realidad, no creo...", dice la mujer, mientras Jo dice: "Quiero decir, Samaritano de Mascotas, ¿verdad?" Ysabel está de pie junto a su mesa, con el suéter sobre un brazo. Jo señala su auricular. Una mujer baja y de edad la empuja llevando una bolsa de gimnasia.

"En serio, no creo que sea necesario", dice la mujer poniéndose en pie y recogiendo la bolsa de compras.

Jo se inclina hacia adelante, con los codos en el escritorio, su corbata se comprime en su teclado. "Todo lo que diga, señora, se lleva a cabo con la más estricta confidencialidad. Por eso Depósito de Mascotas contrató a los Asociados de Barshefsky. No quieren saber quién contesta las preguntas, solo quieren saber lo que dice la

gente. Eliminamos su información de contacto cuando hayamos terminado".

"Aún así", dice la mujer. "Es que no creo que...". Retrocede por una puerta batiente hacia una luminosa cocina de paredes amarillas y un refrigerador color aguacate. La bolsa todavía cuelga de una mano. "Solo fuimos aquella vez, para una emergencia de pulgas".

Jo se inclina con la frente en la punta de los dedos y los ojos cerrados. "Para que la encuesta signifique algo, tenemos que hablar con la mayor cantidad de personas posible, tanto si les gusta o no, si van o no a menudo".

"Bueno", dice la mujer abriendo la puerta trasera de la cocina. "Podría decirles que vi una pulga en Colin un domingo y que él debía entrar en Descuento al menos, pero era domingo..." Desde la esquina hay un ruido, un gruñido y un resoplido.

"Bueno", dice Jo, "hay una serie de preguntas que debo hacer a todos los que hacen la encuesta. Como dije, lleva unos diez minutos..."

"¿Colin?", dice la mujer bajando las escaleras traseras con el teléfono todavía en la oreja.

"¿Señora?", dice Jo.

"Colin", dice la mujer. Se oye un golpeteo. El costado de la casa se ilumina de repente, el cubo de reciclaje amarillo vacío, el cubo de basura verde a su lado, desorden por todas partes, toallas de papel, cáscaras de huevo, un cartón abierto de comida para llevar. La bolsa de compras que dice «¡Gracias! Que Tenga Un Buen Día» en el suelo. El jabalí levanta la vista, la intensa luz capta el flequillo blanco grisáceo del cuello detrás de la cuña en bloque de su cabeza. Colmillos rizados hacia arriba, uno manchado con mantequilla de cacahuete. Ojos oscuros brillantes. El teléfono cae al suelo. La mujer se lleva una mano a la boca.

"¿Señora?", dice Jo. Frunce el ceño. Niega la cabeza. Se quita el auricular y suelta un suspiro. "Ha colgado", dice ella.

"Da igual", dice Ysabel. "Vamos".

"Déjame hacer el parte de horas", dice Jo.

“¿Quizá podría describir?” / los Quinientos enteros / Habitación para Aplaudir / Sin Tarea Vinculada

"¿Quizá podría describir lo que vio?", dice el Sr. Charlock.

"Bueno", dice la mujer. Está sentada en un extremo de un sofá hinchado. El señor Charlock está sentado frente a ella a la mesa de café cubierta de azulejos, con las manos en las rodillas inclinadas hacia adelante. La mira a los ojos. "¿Usaría de verdad la palabra enorme?", dice. La pluma del búho cuelga de las gafas de sol en el bolsillo de su chaqueta.

"Bueno", dice ella, "yo, um".

"¿Monstruo?", dice el Sr. Charlock. "¿Es esa realmente la palabra correcta?"

"Monstruoso", dice el Sr. Keightlinger tocando las cortinas de gasa que cuelgan en la gran ventana delantera.

"Yo tampoco usaría esa palabra", dice el Sr. Charlock. “, da un paso atrás. "Anoche. ¿Qué hizo? ¿Qué vio?”

"Bueno", dice ella.

“Sale de la casa por la puerta trasera. Esta oscuro. Hipocresía en sus manos. Se enciende la luz lateral de la casa, el cubo de basura, el cubo de reciclaje, ¿y qué? ¿Qué lo ha derribado? ¿Qué hay en el café molido? ¿Sólo una...? ¿Todo esto...? ¿Todo este desastre por una pequeña zarigüeya?”

"Coyote", dice el Sr. Keightlinger.

"¿Un pequeño coyote?", dice el Sr. Charlock levantando las manos de las rodillas. "¿Y bien?"

"Supongo que sí", dice la mujer parpadeando. La recorre un escalofrío. Se estira para apoyarse en el brazo del sofá. "Era sólo, un, sólo un...".

"Un coyote".

"Coyote".

Sr. Charlock está de pie. "Tiene más sentido ahora, ¿no?", ella asiente vagamente con el ceño fruncido. La sonrisa del señor Charlock se muestra y se tuerce en una mueca, y él deja caer la cabeza, la barbilla en el pecho, presionando las yemas de los dedos en las esquinas de sus ojos. "No lo tiene", dice mirando hacia arriba, sonriendo de nuevo, "yo no me molestaría con los carteles".

"¿Carteles?", dice ella.

"Gato perdido", dice el Sr. Charlock. “Intentarlo sólo haría que doliera más. Esperanza, ¿sabe?", niega con la cabeza. "Sabemos donde está la salida".

"Me gustan sus tatuajes", dice el Sr. Keightlinger siguiéndolo.

Ella queda sentada allí en el sofá con la boca entreabierta, todavía frunciendo el ceño.



Jo está en la esquina de la blanca cocina de la oficina, bajo la ventana llena de luz solar, sentada de rodillas en el suelo blanco, vaqueros negros y una camisa roja desabrochada sobre una camiseta negra sin mangas, Chuck Taylors diferentes, teléfono blanco en su oreja . "Qué", dice Frankie. "¿Crees que iba a traer aquí a la policía o algo así?"

"Acabas de decir que lo hiciste".

“He dicho que Austin lo hizo. Tuvo una fiesta, ya sabes, se volvio ruidoso, pateó la puerta", Frankie suspira.

"Y se lo creyeron".

“Les pagué para creerlo. Es curioso. Tus amigos me dan quinientos dólares, pero primero me rompen la puerta".

"Te lo mereces", dice Jo.

"No necesitabas decir eso", dice Frankie.

Jo mira hacia el alféizar de la ventana. “¿Y se llevó los quinientos?”

"No, no se llevó todos los quinientos. ¿Por qué te importa?”

“Simplemente quería comprobar si había algo gracioso al respecto. El dinero".

"Gracioso", dice Frankie.

Jo respira hondo. "¿Lo gastaste todo?"

"¿Tú qué crees?"

"Eso es genial, Frankie", dice Jo, deja caer el teléfono en su mano. "Eso es genial". Él está diciendo algo, una vocecita metálica en el auricular. Jo alza la vista para ver a Ysabel de pie junto al teléfono en la pared, con la mano en el dial. Lo pulsa. El auricular en la mano de Jo queda en silencio.

"Ya nos han castigado bastante", dice Ysabel. Sostiene dos sobres blancos. “Becker me acaba de dar esto. ¿Entiendo que tienes medios ocultos para convertirlos en efectivo?”

Jo se encoge de hombros.

"Pues quiero salir", dice Ysabel. “Quiero escuchar música. Quiero bailar. Y no aceptaré un no por respuesta".

Jo se pone de pie. "Está bien", dice ella. Cuelga el teléfono.



El hombre de la chaqueta de cuero negro está parado en la esquina mirando hacia un gran edificio de bloques de ladrillos. La piedra en la base está marcada con una brújula masónica y un cuadrado. Los letreros que anuncian un restaurante indio y una tienda principal se ciernen sobre las puertas delanteras entre columnas blancas de capitel verde. "Hey", dice un hombre corpulento asomando la cabeza por el borde de la parada del autobús. "Hey, colega". Se acerca, chanclas, pantalones cortos de color caqui, una camiseta sucia que dice «America la Bella" sobre un águila volando. "Tengo algo para ti". Está escarbando en un bolsillo lateral de esos pantalones cortos, aparece con una botella de plástico transparente, la etiqueta rota dice algo sobre té «Snapple», algo lechoso chapotea dentro. "¿Sí?", dice el corpulento.

"Está podrido", dice el de la chaqueta de cuero negro.

"No, hermano, no", dice el corpulento, sacudiéndole la botella. “Tienes que tomarlo. Es de la tetera".

"No soy tu hermano", dice el de la chaqueta de cuero negro. Su cabello es oscuro y lo deja caer sobre sus ojos y orejas, su cara delgada y rugosa por una barba a medio crecer. Se encoge de hombros. "Cuídate mejor". Se agacha bajo las líneas de la colada de las banderas de oración, reducido, y pasa entre el cáñamo y abalorios de la tienda de artesanía mundial.

"La Daga", dice el hombre detrás del mostrador. Tiene el pelo rojo intenso y lleva una camisa a rayas azules con puños franceses blancos. Los dos botones superiores sin abrochar.

"El Estribo", dice el de la chaqueta de cuero. "¿Eres hombre del Duque, ahora?"

"Mata el tiempo", dice el Estribo.

"¿Y cómo estás?", dice la Daga apoyándose en el mostrador. "Con la Espada".

"Te está esperando", dice el Estribo apuntando hacia arriba.

"¡Sidney!", grita el Duque abriendo la puerta blanca a sus habitaciones.

"Milord", dice la Daga.

"Entra, entra". El Duque lleva pantalones de pana marrones y el chaleco de un suéter marrón sobre una camiseta blanca. Conduce a la Daga por un pasillo oscuro hacia una habitación llena de luz solar desde altas y estrechas ventanas. "Tampoco es que...", dice una mujer,"... no lo entendiera. Tuvisteis vuestro problema con el caballero de la cocina. De acuerdo. Pero deberíamos haber estado allí. Os hubiéramos evitado la vergüenza". Está de pie junto al gran escritorio marrón, sosteniendo una copa de vino. Su cabello es corto y gris metalizado. Usa medias marrones y una larga camisa roja. El Duque se detiene en medio de la habitación, extiende su mano, mira desde ella a la Daga y viceversa. "¿Qué eres...", dice, "mi madre?"

"No, Milord", dice la mujer de cabello gris. Da un sorbe de su vino.

"Dos cosas", dice el Duque. “Primero, no me digas que habría esto o lo otro. Ese dólar está vendido. Dos: podría importarme una mierda la vergüenza. Esta noche iremos al Noreste para matar a ese jodido jabalí".

“¿Solo nosotros tres?”, dice la mujer de cabello gris.

“¿Jabalí?” dice la Daga.

"Uh, ¿Duque?", dice la rubia sentada detrás del escritorio. Lleva una camisola rosa satinada y sostiene un teléfono. "Me ha saltado el

contestador otra vez".

"Vale", dice el Duque. "Vale". Suspira. "Los tres, más dos más", le dice a la mujer de cabello gris. "Ponte al día con Sidney mientras hago esa llamada". Se acerca y toma el teléfono. "En... en la otra habitación. Volveré enseguida".

La rubia está sonriendo a la Daga. "¿Quieres algo de beber?"



"Pero no puedo hacerlo si no lo creo", canta ella allí, en la esquina de paneles oscuros, mientras las guitarras dan vueltas para otro paso de repique. "Así que me siento aquí sola como una espada en una piedra y espero a que venga un hombre", sus dedos rebotan en las cuerdas de su bajo para darles la palabra a todos ellos, "que se atasca igualmente rápido con el ingenio para, al final, ¡libéranos!" La cabeza rojiza del baterista brilla bajo una luz errante detrás de la cerca giratoria y borrosa de sus baquetas. El pelo rojo se balancea mientras un guitarrista rebota detrás de ella, y el otro no es más que un chico acurrucado sobre su acústica barriga, bandadas de brillantes acordes que le golpean la cabeza para encontrar el micrófono y armonizar con ella, "Sólo un arte simple e ingenioso con un lugar cálido en su corazón para la chica dentro del atuendo de Ginebra... ¡para mí!

Camisas a cuadros, una sudadera con capucha verde, pana y una cadena de billeteras, camisetas sin mangas, un sombrero de cuero de cowboy, gafas y botellas con vítores y aplausos entre un largo banco acolchado en forma de L y la banda en la esquina, vaqueros azules y camisetas a rayas, cabeza rapada y cuernos, faldas escocesas y pantalones cortos y una camisa occidental con cierre a presión, una gorra de camionero que dice «Sistema de Tuberías Trans-Alaska», gritan y silban, de pie, en sillas y mesas junto a la pared del fondo. Allí, junto al banco, Jo tiene que levantar las manos sobre la cabeza para encontrar espacio para aplaudir. Ysabel a su lado, pantalones holgados y una camisa de campana con el

vientre recogido, apartándose el pelo de la cara hacia arriba con los ojos cerrados, riendo bajo todos los aplausos. "Gracias", dice la cantante agachándose mientras se quita el bajo del hombro. “Gracias por consentir. Un viejo, un buen regalo, debería ser más estándar de lo que es”. Una camarera navega cuidadosamente por la brecha entre la multitud y el banco, la bandeja, las botellas vacías, un vaso lleno de algo ligero y efervescente. "Somos Piedra y Sal", dice la cantante. "Creo que eso fue lo que decidimos". Risas, más aplausos, saltos, empujones, la camarera baja su bandeja enroscada y apoya una mano en el respaldo del banco.

"Hemos tomado un poco de whisky", dice el pelirrojo que ha bajado la guitarra y cogido un violín.

“¿Esa es la semana de Willamette?”, dice la cantante. “La Semana de Mark Willamette, damas y caballeros, saciando nuestra sed. El Mercurio de Portland, ¿lo vais a sacar todos?" La camarera empuja a Jo, que tropieza inclinándose hacia un tipo con una sudadera gris que se inclina hacia atrás. "¿Hay Mercurio en la casa?" La camarera pone la mano sobre el hombro de Ysabel, Ysabel se da vuelta, perpleja, sacudiendo la cabeza, "¿Qué?", dice ella. La camarera trata de darle el vaso.

"¿Mensual de Portland?", dice el hombre pelirrojo.

"¿Oregoniano?", dice el chico sin levantar la vista del sombrero atado a su guitarra.

"Dos Louies, ¿nos vas a invitar a una ronda?"

Ysabel le está diciendo algo a la camarera: "No quiero esto". El chico de la sudadera gris levanta su teléfono y mira la pantalla iluminada de azul, buscando el ángulo para hacer una foto a la cantante, que está entregando vasos de chupito de una bandeja en el suelo. "Tenemos un...", dice ella.

“¿Anodina? ¿Revista Anodina, en la casa?"

"¿Diario Vanguardia?"

"No hemos pedido nada", dice Jo.

"Tenemos un problema", dice la cantante poniéndose de pie.

"Te lo dije", dice el baterista. "No estoy bromeando".

“¿Negocios en Oregon? ¿Raíces callejeras?”

La camarera señala hacia atrás, hacia la barra. Jo está mirando, Ysabel estirando los dedos de los pies. Un hombre con polo negro la mira fijamente, sonriendo. Saludando con la mano. "Somos cinco", dice la cantante. "Estos días. No es un cuarteto. Supongo que Mark no pudo ver a nuestro organista a un lado. ¡No pudimos ponerla en el escenario!” El baterista redobla un repentino riff, golpeando los timbales y acabando con un platillo. Marfisa está de pie detrás de un par de teclados, con el enredado cabello pálido como la crema coagulada, brillando bajo las luces. El hombre del polo negro en el bar se encoge de hombros, mira sólo a Ysabel. Ysabel está negando con la cabeza. La camarera pone los ojos en blanco.

Marfisa está metiendo una bolsa de cuero bajo el brazo, los tubos de la gaita traquetean. "Estamos preparando la próxima canción", dice la cantante, "y ese es un trabajo sediento". ¿Alguien puede?", E Ysabel se está estirando para sacar el vaso de la bandeja, la camarera ya se ha girado para irse, la bandeja se tambalea por el cambio de peso. "¿Alguien puede permitirse un vaso o un trago?", dice la cantante.

Ysabel le da el vaso al chico de la sudadera gris. "¡Pásalo!", dice ella. Él sonríe. Se queda el vaso. "¡Hey!", grita ella. "Pásalo!"

Mano a mano sobre la multitud, el vaso se dirige hacia la cantante, quien sonriendo, lo acepta y se lo da a Marfisa. "Gracias", dice ella, "Sí", dice Marfisa, inclinándose hacia el micrófono del baterista. "Gracias, benefactor anónimo", dice la cantante. El hombre del polo negro se da la vuelta, perdido en la presión junto a la barra. "Vale", dice la cantante. Un bajo lamento se filtra en la habitación, deteniendo a la multitud. Marfisa ha comenzado a soplar. Ysabel coge a Jo de la mano. "Esta va a estar en el álbum", dice la cantante. Jo mira su mano, mira a Ysabel, los ojos de Ysabel

están en el escenario, brillando, sonriendo. "Ahí va", dice ella.

"Palabras", se lamenta la cantante, "¿de qué sirven las palabras?" Un eco, el fantasma de una melodía posada sobre el ritmo. "Me voy, como la primera mañana. Me suspendo como el viento en tu mano". El violín gime, un mal acorde. "Comí mi pan tostado con mantequilla y bebí mi café con crema", la guitarra se revuelve bajo el todo, "usé tu máscara durante un año y un día", y con un golpe de platillos todo se cae, salvo el vibrato y su voz. "Pero no voy a gritar", canta sin más, en voz baja, los tambores revolotean detrás de ella, acumulándose. El pelirrojo del violín sostiene en alto su rápido arco, las manos de Marfisa en las flautas, con los ojos cerrados, soplando. Las manos del chico tiemblan sobre las cuerdas que arrojan notas mientras ella abre la boca y grita: "Me voy..."



Una lámpara de escritorio en el suelo, conectada a un cable de extensión naranja que se desliza hacia las sombras. Junto a la lámpara, un teléfono de dial y un contestador automático. Un pie descalzo sale a la luz. Por encima, pliegues crujientes de una falda azul oscuro. Se arrodilla allí, a la luz. Extiende la mano para presionar el botón de «REWIND» en el contestador automático. Gerigonza de voz en el aire. «STOP».

Se sienta sobre sus talones, cara en sombra. Su largo cabello negro suelto cae sobre los hombros de su camisa blanca.

Se inclina hacia adelante. Presiona «PLAY». Espera.

"Orlando, so hideputa, sé que estás allí. Levántate." Se levanta, se aleja de la luz. Se desabrocha la camisa. "Escucha, te estoy llamando. Me lo debes. Lo sabes." La camisa cae al suelo. Un susurro, su falda cayendo en la oscuridad. Las ventanas oscuras en lo alto de la pared frente a él, en blanco con el polvo débilmente atrapado en la luz de la lámpara. “Te dije que me buscaras un Gallowglas. Lo hiciste." Desnudo, cruza las manos e inclina la

cabeza. “La ibas a cortar justo delante de todos hasta que te dije que no lo hicieras. Y no lo hiciste". Levanta la cabeza. Gira alrededor. Una delgada línea oscura de cabello que caía de su ombligo interrumpida por algo pálido, la tensa piel muerta y brillante, una ondulación, un nudo, cicatrices recurvadas sobre el vientre de cadera a cadera.

“Orlando. Maldita sea, coge el teléfono".

Retrocede en el círculo de la luz de la lámpara y se arrodilla. Una mano sostiene un cuchillo largo, un ligero rizo, una simple empuñadura japonesa. "No me vengas con esa mierda de que no hay juramento ni obligación. *Lo hiciste*". Su otra mano flota bajo la hoja que brilla intensamente de pronto. "Por mí". Envuelve sus dedos alrededor, baja la mano en la empuñadura. "Me necesitas. Admítelo". Cierra los ojos. Los aprieta mientras aprieta su agarre. "Esta noche iremos tras Erímatos. La Daga, la Espada, el Estribo y el jodido Gallowglas de Jo. Te necesito allí para cubrirme las espaldas. ¿Me oyes?" Una gota de algo incoloro se desliza por la hoja. Cuelga un momento en la punta, a una pulgada de la cicatriz sobre su cadera derecha. "¿Me escuchas? Orlando. Coge el teléfono".

Tira del cuchillo para dentro sí mismo. Se sienta allí un momento. Su respiración rápida y superficial.

“Me lo debes. Siete veces, me lo debes".

Los antebrazos tensan los puños apretados uno encima del otro y los ha puesto en posición vertical a lo largo de la ondulación congelada de esa cicatriz, abriendo algo húmedo y amarillo a la luz.

"*Maldita sea*". Un traqueteo, un clic. Tono de marcación. Se inclina hacia adelante, extiende una mano para presionar el botón de «STOP». Se sienta de nuevo. Traga. Saca el cuchillo de su cuerpo.

Después de un momento lo deja a un lado. Su otro brazo acuna la herida, húmeda y brillante, reluciente, dorada.

Se inclina hacia adelante. Pulsa «REWIND». La voz gorjea. «STOP». «PLAY».

Encendiendo un cigarrillo / Vida y Miembros / una Media Docena igualada

Encendiendo un cigarrillo, Jo echa la cabeza hacia atrás y deja escapar un remolino de humo por la comisura de la boca. "Así que sois como una verdadera banda ahora y todo eso, ¿eh?"

"Todo este lado de la ciudad es peligroso", dice Marfisa, cabeza gacha y manos apretadas en las correas de su pequeña mochila morada. Ysabel grita con los brazos girando, extendidos bajo las luces rojas intermitentes ante ellas, las calles vacías de tráfico a su alrededor.

“¿Vais a sacar un CD? ¿Lo estáis regalando en internet?”, dice Jo dirigiéndose por la acera detrás de Ysabel. "Esto no es una broma", dice Marfisa siguiéndola. Las puntas de las alas señalan un parking abierto lleno de máquinas de Coca-Cola inactivas "Deberías saber que tenéis que quedaros en el centro de la ciudad ahora". Argile se sube los calcetines sobre las rodillas y un abrigo tweed más largo que su falda corta a cuadros.

"Estamos a dos manzanas del puente", dice Jo.

"No deberíais haber cruzado el agua", dice Marfisa.

"¡Dejad de pelear!", exclama Ysabel sobre el hombro.

"Ysabel quería ver una banda esta noche", dice Jo, y Marfisa dice "No importa" al tiempo que Jo dice, "Al parecer, quería verte *a ti*".

"No *importa*", dice Marfisa deteniéndose en la esquina, y luego levanta la cabeza y grita: "¡Princesa!"

Ysabel camina hacia atrás por la calle y dice: "Canta para mí".

"Milady, regrese a la acera".

"¡Canta!", dice Ysabel. "Tu dama lo ordena". Rie.

"Milady, esa es calle del Sudeste. El Hawthorne corre a través del corazón de sus dominios".

“¿El Duque?”, dice Jo. "No te preocupes por el Duque".

"¿Cómo te fue?", dice Ysabel en el cruce de peatones ahora cuando Jo dice "Lo prometió". Ysabel canta: "Estoy usando trenzas Heidi y gafas de aviador, mi traje azul marino".

"¿Él *lo prometió?*", Marfisa gira lentamente la cabeza para mirar a Jo. "So idiota descerabrada". El siguiente semáforo en la calle se pone en rojo y un motor gruñe. Aparecen los faros, giran a la derecha, va hacia ellas. Ysabel está cantando: "Y si no fuera por ti, me lo quitaría y lo dejaría en un montón", su voz vacila y se gira para ver el automóvil acercarse. "Justo aquí en la calle". La pequeña mochila púrpura de Marfisa cae a la acera.

El coche es de color pardo con una franja negra en el costado. El pelo de la conductora es rubio. Usa una gorra gris de chófer. El motor se instala en un ralentí lento y profundo. Aparece una cara por la parte superior del automóvil, una gran sonrisa, cabello castaño y ondulado, el Duque, izándose por la ventana del lado del pasajero, apoyando los codos en el techo del automóvil. "Guárdala, Hacha", dice dulcemente. "La Princesa es amiga de Jo y yo soy un hombre de palabra".

"Te lo dije", se dice Jo a sí misma. Marfisa sosteniene la empuñadura de su espada hacia abajo a la altura de la cadera, hacia afuera en la calle entre Ysabel y el coche.

"La Princesa es amiga de Jo", dice el Duque, un poco más fuerte, "Pero tú, Hacha, no lo eres, a menos que..." Él mira a Jo, extendiendo sus manos.

"Sí", dice Jo rápidamente. "Ella es amiga mía".

"Maldición", dice el Duque, golpeando el techo del coche. "Espero que no seas *demasiado* derrochadora con ese honor en particular". Mira hacia abajo, hacia el automóvil. "Nena, recuérdame que en

algún momento necesito conseguir una copia de la lista de esta chica". Marfisa mira de reojo a Jo, su brazo se relaja. La punta de su espada se balancea lentamente hacia el pavimento.

"Has interrumpido mi primera noche una semana después de la última", dice Ysabel.

"Lo sé, Milady", dice el Duque, "y lo siento. La mayor fatalidad me obliga".

"Pero no puedes meterte con ella", dice Jo. "Y no puedes meterte con Marfisa".

El Duque la señala con el dedo. "La cosa es que", dice, "estoy seguro que, con un poco de trabajo, se podría idear un sofisma astuto en torno a cómo uno debe amarse a uno mismo antes de amar a los demás, pero el espíritu de mi bendición es tan claro como la frase: sólo voy a dejar en paz a tus amigos".

Jo suspira. "Pero conmigo vas andar jodiendo como quieras".

"¿Andar *Jodiéndote*...?", el Duque niega con la cabeza, tristemente. "Necesito tu *ayuda*, Gallowglas". Y luego sonríe, sus ojos se iluminan. "¿Alguna vez has montado a caballo?"



Pop pop pop una serie de petardos arrojados desde la parte trasera de un camión que se desliza a lo largo de la rejilla metálica del puente. El Estribo en su traje de lino salta, dejando caer un puñado de paquetes envueltos en papel, rojo brillante y dorado bajo las luces fluorescentes, rebotando en el puente. "¡Maldito infierno!", grita el chico de la chaqueta de cuero marrón, "¡aún no está jodido!", alza la mano hacia la camioneta y golpea a las personas que están apiñadas en la parte de atrás, siete u ocho, con las manos en rasgados guantes de cuero, un sucio hombro goretex azul, una camiseta negra con una cara en agrietada tinta blanca.

"¡Ya basta!", grita el Duque, botas marrones resonando en el puente, manos en los bolsillos de su largo abrigo rojo. "Ahora escuchad". El Estribo lanza el último de sus petardos, el chico de la chaqueta de cuero marrón lanza baratos encendedores en la camioneta, púrpura y naranja, verde, amarillo y azul. "Mis muchachos, Gaveston y Pandulce, en un minuto os llevarán por el Centro Lloyd. Os empezarán a dejar cada dos manzanas". Camina de un lado a otro por la parte trasera del camión. "Vais a buscar a un cerdo", dice. "El más grande, maldito y monstruoso cerdo que jamás haya existido". La gente en la parte trasera del camión lo mira, rostros quietos, gafas vacías con las farolas, inclinándose para escupir algo, mejillas picadas con viejo acné, rascándose los dientes con una mugrienta uña del pulgar. "Lo encontráis, lo lleváis corriendo hacia el Sur. Por la I-84. Montad un alboroto, gritad, asústadlo con esos fuegos artificiales." Nadie dice nada. Quizá un encogimiento de hombros. "¿Todos habéis recibidio el dinero?", asienten ahora, sonríen, "Oh, sí", dice alguien, cara llena de cicatrices. "Está bien", dice el Duque. "Al final de la noche, nos vemos en la autopista. Si el trabajo está bien hecho y tenemos nuestro jabalí, obtendréiss el doble de lo que hay en vuestros bolsillos ahora". Pandulce y el Estribo suben a la cabina del camión. "Tened en cuenta", dice el Duque, "Nada de vida y miembros en riesgo en esto. Nadie os está pidiendo que *luchéis* con ese maldito. Sólo hacedlo huir hacia el Sur, hacia nosotros. Pero como no hagáis un buen trabajo en *esto*...", golpea el costado del camión mientras brama. "¡Salid a por él!"

"¿Cómo vas a detenerme?", dice Ysabel, sentada en el estrecho asiento trasero del coche del Duque. «Ciudad de pequeñas luces», murmura la radio. «¿No quieres ir?»

Marfisa, al lado de sus rodillas, con el cuchillo recogido, toma la mano de Ysabel entre las suyas. "Lo pediré por favor". Levanta la mano de Ysabel hacia sus labios. "No vayáis".

"Puedes hacerlo mejor", dice Ysabel. «Diminuto rayo, en la tormenta. Las mantitas te mantienen abrigado».

El automóvil del Duque está aparcado en el puente donde la

rejilla se encuentra con el pavimento, junto a las altas puertas de cruce a rayas rojas y blancas. Detrás, una pared oscura de árboles a lo largo de la orilla del río y que luego sube por la ciudad, ventanas iluminadas, focos y farolas, vallas publicitarias que luchan empujando edificio contra edificio, la profundidad perdida en la oscuridad empañada por toda esa luz. Con los hombros encorvados, las manos apretadas en los bolsillos de su abrigo rojo, el Duque se acerca a la rubia con la gorra gris de chófer, chaqueta gris del uniforme abrochada hasta la garganta, apoyada contra el guardabarros, de espaldas a la ciudad. Ella se endereza cuando él se acerca a ella, con las manos en las caderas. "Cuando nos hayamos ido", dice el Duque, "lleva a esas dos a dónde quieran. Si no vuelvo por la mañana...".

"Leo", dice ella. Él se inclina sobre los dedos de los pies, pasando la mano por la nuca de la rubia, acerca su boca a la de él. "No", dice después del beso, "no me llames así. Aqui no. Si no regreso por la mañana, hay un buen dinero en efectivo en el cajón superior izquierdo del escritorio. Quien sea el próximo no puede quitártelo".

"Nunca he podido encontrar tu maldito escritorio", dice ella.

La besa de nuevo. Se tocan los labios con los labios. "Estará allí". Se aleja de ella. "Bueno, ¿dónde coño están estos caballos?", dice Jo en voz alta.

El Duque suspira. "¿Problemas, Gallowglas?"

Jo está en la acera, lanzando la chispa de un cigarrillo en la oscuridad más allá del puente, hacia las grandes grúas del Sur que duermen junto a torres a medio construir junto a torres envueltas en vidrio, parpadean luces rojas de guía. "La Daga y el Yelmo van a traer los caballos", dice el Duque. "Pero no estás enojada por los caballos", se apoya en la barandilla del puente a su lado. "Y no puede ser por Erímatos. Tú misma me regañaste por soltarlo, y aquí estoy haciendo algo al respecto".

“¿Qué hiciste con Christian Beaumont?”

"Y así como así", dice Su Gracia, "vos me exigís".

"Sí", dice Jo.

"¿Quién diablos es Christian Beaumont?"

"Alguien que conocí", dice Jo. "Lo recogiste la última vez que montaste uno de tus numeritos".

"¿*Otro* amigo?”, dice el Duque. "Si os referís a los rufianes que os atacaron a vos y a la Princesa..."

"Por favor".

Su sonrisa es pequeña y apretada."y debo recordaros que ocurrió hace un par de semanas. Mucho antes de que cualquier palabra pasara directamente entre nosotros".

"Nadie lo ha visto desde entonces", dice ella. "Su Gracia".

Una lluvia torrencial de cascos, a lo lejos. "Estoy conmovido", dice el Duque, volviéndose y cruzando el puente. "¿Creéis que alguna vez supe sus nombres en primer lugar?". Mira por el puente hacia la rampa que se curva desde los oscuros árboles de abajo. Los cascos tamborilean más cerca, rápidamente. "Confíad en mí, Jo Gallowglas", grita por encima del hombro. "Cuando matasteis a Tommy Cabezacuero, el único nombre que yo tenía en mente era el vuestro".

Subiendo por el puente en un trote rápido vienen los caballos, sacudiendo las cabezas, seis de ellos, la Daga cabalgando a la cabeza, todos de negro bajo un abrigo rojo. La mujer de cabello gris que sube por la parte trasera mueve su caballo de un lado a otro mientras los caballos reducen hasta caminar y se detienen, resoplando, allí donde el pavimento se encuentra con el metal, allí ante el Duque. Su Gracia se acerca lentamente, con cuidado, el caballo ante él es todo puntos rojos y negros oxidados ensillados y con bridas, las riendas escondidas, quieto, temblando, parpadea. La mano del Duque se posa en el cuello del caballo y no pasa nada. Sus hombros caen. Su cabeza se inclina hacia un lado. Sonriendo, cierra los ojos y acaricia el cuello del caballo. "Muy cálido", dice.

Jo acaricia al caballo junto al del Duque, oscuro, con un gran resplandor blanco y dorado que brilla alrededor de los ojos. Pasa los dedos por la manta de la silla de montar, azul con adornos dorados. El sello en la esquina. "¿Policía de Portland?", dice ella.

"Tienen caballos", dice el Duque abriendo los ojos. "Los devolveremos cuando terminemos".

"¿Los perros están lejos?", dice el Yelmo, su voz es áspera.

"Y así deberían estar", dice el Duque, levantando el pie en el estribo, impulsánsose y subiendo a la silla de montar, su caballo se mece de un lado a otro. "¿Vienes, Gallowglas?"

“¿A quién más estamos esperando, Milord?”, dice la Daga. Jo echa mano a la silla de su caballo. "Conseguimos seis, pero sólo somos cuatro".

"Pensé que la Princesa montaría en uno", dice Su Gracia, "para mantenerse junto a su guardiana. Pero sucedió que vino el Hacha también, justo a tiempo para..."

"Uooh", dice Jo al moverse en su caballo, ella misma a medio subir en la silla de montar. "Uooh", dice ella. "Uoooh. Como andar en bicicleta." Dientes apretados, coloca los pies en los estribos y desenreda las riendas. “Una bicicleta jodidamente *grande*. Con patas".

El Duque se ríe. La Daga está sonriendo. El Yelmo pasa su caballo junto a Jo, la mira, se encoge de hombros y asiente con la cabeza hacia el Duque. "Yo *dije*...", dice Ysabel levantando la mano con los ojos cerrados para acariciar el cuello de un caballo gris pálido entre los demás, "que voy con vosotros". Abre los ojos. "Así que, mejor que los hayas traído".

"Milady", dice el Duque después de un momento. "No os había visto salir del coche", se balancea sobre la silla de montar, se inclina hacia adelante para apoyar la mejilla contra la melena gris. "Pasaréis frío", dice.

"No me importa", dice ella enderezándose.

"No puedo arriesgarme", dice. “Con un Gallowglas en el campo. Si algo sucediera..."

"Nadie os está pidiendo que os arriesguéis", dice ella. "Y estabais bastante dispuesto cuando pensabais que no teníais a nadie digno de escoltarme a casa".

"Pensé que no tendría otra opción", dice.

"No la tenéis", dice ella.

“¿Y tú, Hacha?”, dice el Duque. Jo está mirando a Ysabel. Ysabel le está disparando a Jo una mirada feroz y oscura. "¿Servirá una media docena?"

Marfisa ya se está subiendo al pinto, pataleando una pierna larga, acomodando su falda, las solapas de su abrigo. "Me gustaría hablar con Erímatos", dice ella, "antes del final".

"Bien", dice el Duque. "Maravilloso. Bueno. Dirigíos hacia el Norte, por la I-5 y tomad la salida I-84.", se inclina hacia adelante y susurra al oído de su caballo. "Suelo franco bajo el casco, y aire limpio y fuerte en los pulmones, y hierba dulce y agua fría cuando hayamos terminado". Se endereza, mira a los demás. "¡El último bajo el puente de la Avenida Grand paga el bourbon!", grita. "¡Yijaaa!"

Los caballos galopan por el puente, lanzando chispas, volando bajo el letrero verde que dice «Seattle, The Dalles», subiendo la curva de la rampa que se inclina hacia arriba y hacia la izquierda, en la vacía y tranquila confusión de los carriles de la autopista. Roland se detiene trotando, se agacha jadeando al otro lado del puente, con una camiseta oscura y sudorosa, gafas de sol que brillan en la farola y auriculares sobre las orejas. Se endereza, junta las manos, respira hondo por la nariz y sopla por la boca. Y, de nuevo encorvándose, sacude una pierna y luego la otra. Y, de nuevo aplaudiendo, una vez más, y luego otra, según da un paso tras otro

y tras otro y el Carro comienza a correr.

Esos dientes / “¡Eleleu!” / Reacción / antes del Fin / Clip-Clop-Clip

Esos dientes que brillan, Cearb se aferra a la valla verde que rodea el puente sobre el aluvión de rampas de la autovía. Una bocina suena desde el tráfico detrás de él. Está mirando hacia abajo, tarareando, con un brazo enganchado a través de la malla de alambre, la cara presionada contra este. Los neumáticos que emiten luces rojas persiguen luces blancas por la autovía bajo el puente. Frunce los finos labios sobre esos dientes y truenos que brotan bajo los sonidos de motores y ruedas, cierra los ojos.

Los abre. La autovía a continuación está vacía. Gira la cabeza. El puente detrás de él esta en silencio. "Sí", susurra Cearb. El trueno se extiende cuando uno, dos y seis caballos corren alrededor del rizo de la rampa por los carriles hacia el Este, jinetes con abrigos rojo oscuro a la tenue luz rosa. "¡Sí!", grita Cearb soltándose, cayendo de nuevo a la acera y por el puente vacío a través de un aullido fantasma que gime, trepando por la valla verde que bordea el otro lado. Se posa allí jadeando, con las manos y los pies ocultos, envueltos alrededor del riel verde. Los caballos que galopan debajo, lentos y vacilantes, se inclinan hacia un lado y otro hacia atrás. Risas y gritos. "Atrápadme", dice Cearb, "juzgadme, golpéadme", las palabras como aplausos, "¡Escribid lo que he hecho en vuestro gran libro negro!" "Pero, ¿dónde escribiréis todo lo que *he* sufrido?", Cearb levanta las manos en el aire y ruge: "¿Quién rabiará por *mí*? ¡Gallowglas! ¡¡*Gallowglas*!!"

Clanc..., la cabeza de la temblante lanza se suspende sobre la malla debajo de sus zapatillas de deporte, los brazos giran para mantener el equilibrio mientras debajo el Duque grita "*Daga*" La risa ha desaparedido. Un caballo grita. La lanza aún está alcanzando la cima de su arco, la punta de la lanza ha desgarrado la malla, mientras Cearb agarra la barandilla con una loca mano, colgando allí por un largo momento, con el extremo de la lanza flotando, cayendo, cayendo, la cabeza de la lanza liberada con un clanc al golpear el borde del puente con un sonido que gira sobre ellos debajo, la montura del Duque se encabrita, Daga se revuelca de

lado, cascos removiéndose sobre el pavimento mientras la punta de la lanza rebota de extremo a extremo de la autovía. "¿Qué coño intentas hacer?", dice el Duque, tirando de sus riendas a medio pie en la silla, mirando a la Daga. “¿Golpearle? Con un mortal en el campo, ¿zoquete?"

"¡*Eleleu*!", grita Cearb golpeando la barandilla. "¡Eleleu!"

"¡Ignórale!", dice Su Gracia, la gran yegua camina hacia un lado y de regreso. "Bastante tenemos con cazar al jabalí. Como mates a *ese* cabroncete, la traerás sobre nuestras cabezas seguro. ¡Yelmo!"

"¡Milord!", grita detrás de él.

“Lleva al zoquete hacia el Este hasta el puente de la Avenida 33 y espera allí”, la mira por encima del hombro. “Aire si ves al cabrón. Anclarlo, pero maldita sea, *no* lo matéis hasta que yo aparezca, ¿entendido?

"Milord", dice el Yelmo. En una mano sostiene un cuerno enrollado del color de las viejas teclas del piano.

"No tan rápido, zoquete", dice el Duque. La Daga, a punto de patear con un pie libre del estribo, lo vuelve a colocar con la boca apretada. “Deja esa cosa justo en el infierno donde esté. Gallowglas". Jo mira hacia adelante y hacia atrás, hacia Ysabel, hacia el Duque, hacia la lanza en el pavimento, hacia Ysabel de nuevo, su caballo se pone nervioso en el sitio. “¡Eleleu!”, grita Cearb sobre ellos. "Recógela, Gallowglas", dice el Duque.

"¡Milord!", dice la Daga.

"¡Ve!", grita el Duque. El Yelmo azuza su caballo en una carrera por la autovía. "¡Vete hasta el trigésimo tercer puente del demonio!", la Daga, con el ceño fruncido, galopa tras él. "Gallowglas, recoge la maldita lanza".

"Estoy aquí, eh, para hacer lo que estoy haciendo", dice Jo. “Permanecer en el campo de batalla. O como se llame. Yo...”

"Me aseguraré de decirle eso cuándo nos esté arrollando", dice el Duque. "Recógela, o no la recojas. Si fuera tú, si no tuviera nada en los bolsillos, tomaría todo lo que pudiera conseguir", no aparta la mirada de ella. Temblando, Jo pasa un pie por encima del lomo de su caballo y cae al suelo. "¡Ataca, Gallowglas!", grita Cearb, el metal resuena furiosamente. “¡Eleleu! ¡Eleleu!”

"¡*Cierra* el puto *pico*!", grita Jo inmóvil, con los puños apretados, mirando hacia la rosada oscuridad, y luego el único sonido es el viento que tira de los árboles a ambos lados de la autovía. El caballo de Ysabel, golpea con los cascos, un paso y otro. "¿Quién *es* ese tipo?", dice Jo.

"Tú aguantas esa vela", le dice Su Gracia a Marfisa. "¿Tienes un cuerno?"

"Si le vemos, me oirás", dice Marfisa.

"Si le ves, quiero que lleves el culo al río", dice el Duque. "No tengo ni jodida idea de por qué no te estoy diciendo que hagas eso en este mismo momento".

"La mantendré a salvo, Su Gracia", dice Marfisa.

"Sí", dice el Duque. "Lo harás".

Jo se para con la lanza en ambas manos, mirando su longitud de arriba abajo. La cabeza es como una hoja espejada del tamaño de su antebrazo, remachada al final con redondos gavilanes negros casi igual de largos. La madera de la caña es oscura, lisa y recta, que se hincha al final hasta convertirse en una férula negra anillada que suena suavemente al moverla. "Buena anti-jabalíes", dice ella, y luego, "¿Él ha *lanzado* esto?"

"¿Preparada?", dice el Duque.

"Un minuto", dice Jo mirando a su caballo. Mueve la lanza hacia su mano izquierda, levanta las riendas con la derecha, comienza a levantar el pie izquierdo hacia el estribo y se detiene. "Mierda", dice ella. Suelta las riendas, toma la lanza en su mano derecha, levanta

con la izquierda las riendas, luego el pie. Respira hondo. "Déjame", dice Ysabel detrás de Jo, le coge la lanza. "Sube, te la devolveré", dice ella.

"Avaunt ya", dice el Duque. "No tengo toda la noche".

“¿Cómo es que sabes cabalgar?”, dice Ysabel.

"No sé", dice Jo con ambas manos en la silla y las riendas, gruñendo mientras se levanta, "No me gusta dejarte sola".

"No estoy sola".

Jo mira por encima de su hombro mientras el Duque se aleja hacia el Este, los cascos golpeando la oscura autovía. "Esto se está yendo de las manos".

"¿Estuvo alguna vez en la mano?", dice Ysabel, entregándole la lanza, extremo romo primero. "No pienses en el tráfico".

"¿Tráfico?", dice Jo.

"No pienses en ello", dice Ysabel.



“¿Pretendes atacar a Erímatos con esto?” dice el Yelmo.

Las luces blancas brillan profundamente en la hoja de la espada de la Daga. Larga y delgada, envuelta en cuero marrón por encima de los gavilanes, la guarnización de cable termina en un pomo con una gran cruz. La extiende a un lado con una mano en la parte superior de la empuñadura, con los dedos enrollados alrededor de esos gavilanes. "Bertilak desmontó", dice levantando su brazo lentamente, "blandió su brillante espada y avanzó con audacia un paso", levanta esa espada sobre su cabeza, pasa la empuñadura a su otra mano, baja lentamente hacia el otro lado. "Atraviesa el vado

hasta donde esperaba su enemigo". Las luces rojas brillan profundamente en la hoja de su espada.

"No eres Bertilak", dice el Yelmo. Su caballo gime. Más allá del puente unas letras rojas en la pared de un gran edificio en blanco pone «Tienda de la Hoguera de Gordon». “Desmontó. Una espada no es lo más adecuado para atacar a un jabalí a caballo".

"Todavía crees que vamos a atacar al jabalí".

"Bueno", dice el Yelmo. “Sólo hay un relevo de perros. Si se puede llamar relevo. La idea es expulsarlo, no abatirlo. Su Gracia nos apostó aquí por si acaso Erímatos lo esquiva, apostados en medio de este condenado...", está mirando hacia la autovía, gira, mira hacia abajo, enrornando los ojos hacia las sombras. "Ford", agrega. "No", dice. "No creo que lo hagamos. Esto es un duelo, no una cacería".

"¿Cuánto tiempo ha pasado desde que hemos tenido una caza adecuada?", dice la Daga.

"No estás enojado por perder tu lanza", dice el Yelmo.

"La sangre, al deshacerse, brilla en la nieve", dice la Daga. Él se ríe, un corto y plano ladrido. "¿Cuánto tiempo ha pasado desde que vimos una nevada adecuada?"

"Sidney", dice el Yelmo

"Tú la has visto", dice la Daga. "Lo que le está haciendo a nuestra Milady. Saliendo para retozar toda la noche con ella así".

"¿Qué nos importa a nosotros?", dice el Yelmo mirándolo con la espada en la mano.

"¡Ella es la Prometida del Rey Regresado!", dice la Daga.

"No me digas qué harías", dice el Yelmo. "Y no te diré que no lo hagas".

“¡Escucha!”, dice la Daga sentado en su silla de montar. Apagado

en la oscuridad, el sonido de los petardos, pop pop pop.



Con una mano golpeando el volante, el Sr. Charlock se revuelve en el asiento delantero pateando a ciegas la puerta. Cabeza en el regazo del Sr. Keightlinger, cara perdida en algún lugar debajo de la palma del Sr. Keightlinger. Una llave de lucha y de repente está quieto, tenso, su voz cortando a través del coche, aguda, fregada. Sus arcos traseros, los talones clavados en el asiento, luego hundidos, caen, quedan quietos. El Sr. Keightlinger levanta la mano. El Sr. Charlock respira hondo y se da vuelta en un repentino ataque de tos. "Jodida *reacción adversa*", dice cuando puede sentarse, con la pluma de búho colgando de sus gafas de sol. Se endereza el cuello, el nudo de la corbata. Alisa rizos rebeldes por las orejas.

"¿Vienen?", dice el Sr. Keightlinger.

"Están *aquí*", dice el Sr. Charlock señalando por la ventana delantera hacia la oscuridad al final de la calle. “Justo en la autovía. Gran parte de ella desacoplada".

El Sr. Keightlinger gruñe. Se quita las gafas de sol, las limpia con la corbata.

"Ella está allí con ellos", dice el Sr. Charlock, y luego pop pop pop pop pop.

Sr. Keightlinger abre bruscamente la puerta y sale a la acera. El Sr. Charlock ya está corriendo por la calle, hacia la gran masa de oscuridad, dejando a un lado las ramas de los árboles, comienza a iluminar la calle mientras otra cadena de petardos aparece a sus pies. Cabello gris y blanco y amarillo como las plumas sobre su cuello. Colmillos balanceándose en el aire mientras grita. Un hombre con un impermeable azul sucio gritando algo inútil mientras enciende otra mecha, pop pop. El jabalí encorvado se inclina para correr por la calle. El Sr. Charlock observa cómo pasa

como una locomotora, pop pop pop. ¡Corre, magnífico hijo de perra! "¡*Corre*!" Pasa corriendo al Sr. Keightlinger, pasa zumbando el coche negro con letras arácnidas blancas, baja por la calle hacia la casa del final, la alta cerca detrás de ella, la oscuridad más allá.



Las paredes de la quebrada se elevan a ambos lados de la autovía, oscuras y cercanas y bordeadas de árboles sin forma, coronadas con una hilera de casas al Norte. El caballo del Duque trota a través de charcos moteados de luz sucia y débil por los carriles hacia el Este, Jo detrás, apoyada en la silla, la larga lanza negra bajo el brazo. "Vamos", vuelve a llamar el Duque por encima del hombro.

"Estoy, uh", dice Jo, tira de las riendas con una mano hacia un lado, tratando de mover la lanza hacia atrás, "un poco distraída..."

"Bueno", dice el Duque mirando hacia otro lado, "no te preocupes por mí, Gallowglas".

"¿Qué?", dice Jo, el caballo se inclina hacia un lado siguiendo las riendas, ella misma se inclina hacia el otro siguiendo la lanza.

"Todavía tengo una cita que cumplir", dice el Duque sin mirar atrás. "No serás *mi* muerte".

"¿Por qué iba yo...?", dice Jo, y luego "hey, uoooh... " Su caballo patea hacia adelante mientras ella se tambalea hacia atrás, la lanza resbala de su mano y cae de punta en el pavimento con un sonido metálico. Tirando de las riendas, su caballo se detiene. "Mierda", dice el Duque, arrastrando su caballo. "Pensé que sabías montar".

"¿Por qué sigues culpándome por aquello?", dice Jo desplomada sobre su silla de montar. Mirando hacia arriba. "Fue *Roland* quien le mató..."

"¿Un embite de espada?", se burla el Duque. “Un embite de

espada no es nada. Si no hubieras estado allí, se había reído y le había invitado a el Carro a una copa. Si no hubieras estado allí, Tommy me estaría diciendo en este momento lo idiota que soy, aquí en medio de la noche así".

"¿Y en lugar de estar aquí, estarías en la cama con tu rubia?", dice Jo mirándolo a los ojos. "Deja en paz a ese monstruo aquí fuera corriendo como loco haciendo Dios sabe qué".

"¡Escucha! ¡Los gritos!", el Duque se lleva una mano a la oreja. "¡Gente, huyendo de un monstruo corriendo como loco!", baja la mano y arquea una ceja. "Dos cosas, vale, y déjala a ella fuera de esto. Es una buena chica. Primero. El jabalí quiere una cosa y sólo una cosa, y yo estoy aquí y no te atrevas, ni siquiera te atrevas a *sugerir* que yo no cumpliría mi palabra. Y de todos modos, si estás tan jodidamente preocupada por este monstruo, ¿por qué no viniste a hacer algo al respecto? ¿Por qué me esperaste?"

"¿Qué puedo hacer yo?", dice Jo, lanzando sus manos al cielo. "¿Qué coño puedo hacer? ¡Ni siquiera puedo sostener una maldita lanza! "

"¡No tienes que hacer nada!", ruge el Duque. "¡Sólo estando ahí quieta podrías matarnos a todos!"

El caballo de Jo patea el pavimento, moviéndose. Ella no mira hacia otro lado. El caballo del Duque se detiene y el hombre está sosteniendo una lanza ahora, el mango de la lanza es oscuro y rojo, la cabeza una hoja ancha y plana y fea, y no mira hacia otro lado.

"Yo no...", dice Jo mientras el Duque dice "Recoge tu lanza". Por encima de ellos, detrás de la línea de casas, el repentino pop pop pop de petardos. "¡Recoge la maldita lanza!", dice el Duque.

Un crujido y algo, tablas, volando por el aire, un rugido estridente, árboles oscuros sacudiendo la maleza que emite un estruendo y luego el sonido de los escombros, asentándose. Allí, en el techo de un edificio largo y bajo sobre la autovía, una gran forma oscura, erizada de furia sobre el hocico bajo hacia ellos, rizos de un viejo color amarillo brillante a la tenue luz. "Las vías", dice Jo. "No

puede..." Debajo del edificio, una fuerte caída en la pared de la quebrada hasta las vías del ferrocarril, una pared alta que regresa a la autovía, tres o cuatro metros de altura, la gran forma oscura se agacha, un gruñido, El caballo de Jo resopla, sacude la cabeza. El jabalí brota del techo sobre esas vías, limpiando la pared, un grito y un trueno, los caballos titubean, "Oh, mierda", dice Jo, y allí se aparece, entre una nube de polvo rosa sobre la autovía y pedazos de pavimento cayendo como lluvia.



"Estarán bien", dice Ysabel, con los ojos cerrados, de pie allí bajo el puente, su mejilla pegada a la garganta de su caballo gris pálido. "¿O de verdad querías hablar con Erímatos antes del final?"

Marfisa está de espaldas a Ysabel en la autovía, observando los carriles hacia el Este.

"Te lastimó mucho", dice Ysabel abriendo los ojos. “Tu pobre cara. Podrías haber muerto. Convertida en polvo. Aún podrías".

"Milady parece casi molesta ante la idea", dice Marfisa.

Ysabel se aleja de los caballos bajo el puente. Pone sus brazos alrededor de Marfisa, se apoya en su espalda, su cabeza sobre el hombro de Marfisa, su mejilla contra el abrigo tweed. Marfisa pone la mano sobre las manos de Ysabel, su cabeza se inclina hacia atrás, el cabello del color de la crema espesa se enreda con rizos negros sueltos.

"No eres muy buena en este juego", dice Ysabel sonriendo.

Rígida, Marfisa intenta alejarse. "No quiero jugar", dice tirando de las manos de Ysabel.

"Pues no lo hagas", dice Ysabel soltándola y tirando de ella hacia atrás. Cara a cara ahora, Marfisa dada la vuelta, mira hacia abajo,

las manos de Ysabel agarradas a la parte baja de la espalda de Marfisa, Marfisa sostenida impotente a su lado. Sonriendo, Ysabel se inclina, besa la punta de la nariz de Marfisa. "El jabalí", dice Marfisa, su voz es ronca.

"Déjalo", dice Ysabel. La luz crece a su alrededor, brilla de color blanco amarillento.

"Deberíamos estar..."

"Deberíamos estar haciendo lo que estamos haciendo".

"Milady", dice Marfisa entornando los ojos ante la luz.

"Cálla", dice Ysabel dándole un beso cuando la luz se separa en dos, un repentino resplandor de motor, el abrumador morro blanco de los faros de un camión pasando, a ambos lados golpean ruedas giratorias, el remolque sobre y alrededor de ellas oscuro mientras se besan aferradas la una a la otra, las luces traseras rojas pasan y desaparecen. Los caballos observan mientras Ysabel ríe, girando al tropezar, arrastrando a Marfisa con ella hacia la barricada en medio de la autovía, otra ráfaga de motor que pasa junto a ellas cortando fantasmas de luz blanca y roja en el aire. Ysabel medio sentada en la barricada con una mano debajo de la falda de Marfisa y la otra enterrada en rizos pálidos manchados de turbio durazno a la débil luz, Marfisa la besa en la boca, en el cuello, las manos de Marfisa sueltan botones, tiran de los pantalones holgados de Ysabel sobre las caderas, Marfisa se agacha, esos pálidos rizos eclipsan la luz que parpadea en el vientre de Ysabel. E Ysabel, con un brazo alrededor del pilar verde rechoncho colocado en la barricada, echa la cabeza hacia atrás mientras coches y camiones a medio volumen se oyen pasar hacia el Este y el Oeste, delante y detrás de ella, cosiendo la oscuridad con luz.



"Oh, mierda", dice Jo en sus manos y rodillas, "oh, Dios".

Sollozando en busca de aliento. "No lo está", dice el Duque, tenso, en otra parte, "no está *muerto*". Un gruñido, el raspado de cabello como plumas contra el hormigón roto, los músculos crujiendo, algo más, metal, algo gimiendo, fuera de todo ello un solo latido: clip. Otro, clop. Jo gateando, las Chuck Taylors pataleando casi corriendo, las manos rozando la autovía, la cabeza baja, "Oh *mierda*". Un resoplido ventoso y quejumbroso. "No lo está", vuelve a decir el Duque. Jo dice, "Eres un hijo de perra. Me *mentiste*". Clip. El Duque hace una mueca: *"Joder*, eso duele. No está muerto".

Clop.

El jabalí Erímatos se encuentra en medio de los carriles hacia el Este, balanceándose de lado a lado. De su hombro izquierdo sobresale una lanza de color rojo oscuro. El pálido y agrietado hormigón debajo de él esta manchado de negro. Él sopla, agacha la cabeza, baja los colmillos, da otro par de pasos, clip-clop-clip. La lanza tiembla. La cabeza gira de un lado a otro. Detrás de él, el caballo del Duque mueve la cabeza hacia arriba y las piernas patean el aire. El Duque grita. El jabalí se da vuelta para mirarlo con la cabeza inclinada y la lanza caída. "¡Estúpido! ¡Maldito! ¡Caballo!

Allí, junto a la barricada, la lanza negra. Jo la alcanza cuando el jabalí mira hacia otro lado. El caballo del Duque se tambalea, la bota marrón vacía cae de un estribo. Clop-clip, el jabalí camina inestablemente hacia el Duque. "Hey", dice Jo de pie, con una lanza negra apoyada en ambas manos. "¡Hey!"

"¿Gallowglas?", grita el Duque. "¡El cuerno! ¡El puto cuerno!", intenta levantarse sobre un codo. "No seas imbécil. ¡Sopla! "

"¡*Hey*!", grita Jo. Clop-clip, clop. Esa gran cabeza de cabello gris y amarillo y blanco como plumas erizadas girando como una vela, esos viejos colmillos amarillos, esos pequeños ojos negros que se proyectan de un lado a otro. "¡Por aquí!", Clip-clop, y dos pasos más, clop-clop. "¡El cuerno!", dice el Duque de nuevo.

Jo traga. Redobla su control sobre el mango de la lanza. El jabalí se cierne sobre ella. "Está en tu jodido caballo", dice cerrando los ojos con fuerza.

El jabalí Erímatos da un último paso y con un suspiro cae al suelo.

Jo abre los ojos. Ella está de rodillas, la lanza negra puesta a su lado. La mano de alguien sobre su hombro. "La lengua", dice el Yelmo, cabello gris opaco en esta luz tenue. "Recoge la lengua". Jo levanta una mano. Restos de polvo reluciente se derraman desde su brazo hasta su regazo y brillan en la autovía a su alrededor. "Recoge la lengua antes de que todo se haya ido".

La cabeza del jabalí aún se cierne ante ella. El polvo se desprende de los colmillos, azota en el aire en una gota que de repente desaparece. Uno de los colmillos se desploma por la mejilla hueca del jabalí, el polvo que brilla en el cuello se disuelve en polvo. Más allá de la cabeza nada más que polvo y más polvo, pavimento vacío, luz sucia y débil. El Yelmo pasa al lado de Jo hacia la mandíbula laxa, la abre, toma la lengua morada y negra en su puño. Ella la apuñala con un fino cuchillo, golpeando el hormigón con un tintineo metálico. Él se balancea sobre los talones, una mano sobre el hombro de Jo nuevamente. Jo parpadea contra el polvo reluciente denso en el aire a su alrededor. "Mi pierna", dice el Duque en algún lugar. "Duele en serio".

"¿Cuál es el nombre?", dice Jo, quitándose el polvo de los brazos y luego buscando la lanza negra. "La Daga. ¿Dónde...?”

"No querrá recuperarla", dice el Yelmo, de pie.

"Yo no he...", dice Jo, pero el Yelmo se dirige hacia el Duque. "Quiero decir", dice Jo. La parte posterior de la cabeza del jabalí se derrumba entonces en remolinos de polvo. El colmillo restante se tambalea, el polvo se desliza mientras se asienta pero no se cae. Cascos. Jo se pone de pie y deja la lanza allí en la autovía. "Hey", dice ella, mirando a su alrededor. "¿Daga?"

Marfisa cabalga hacia ellos, guiando el caballo del Duque por las riendas, Ysabel en su caballo gris pálido va detrás. “¡Jo!”, llama Ysabel. Pasa una pierna sobre el lomo de su caballo.

"Sí", dice Jo mirando a su alrededor. "Tengo que hacerlo, um". Ella se inclina hacia abajo, buscando la lanza.

Marfisa aparece detrás de el Yelmo y se arrodilla junto al Duque que todavía está boca arriba. "Vuestra pierna está rota", dice ella.

"Mierda", dice el Duque con la cara pálida y resbaladiza.

"He visto una antes", dice Marfisa, arrodillada junto a el Yelmo. El Yelmo se levanta.

"Jo", dice Ysabel, y Jo dice "Estoy bien. Estoy bien", y, "¿Qué demonios estás haciendo aquí?", al tiempo que Ysabel dice" ¿Estás bien? "

"Se suponía que debías salir de aquí", dice Jo.

"Escuchamos el cuerno", dice Ysabel. "Marfisa no pudo venir antes. ¿Estás bien? "

"La Daga", dice Jo, tose "Necesito devolvérsela. ¿Dónde diablos está?"

La Daga, pateando montones de polvo acecha entre los caballos. En una mano su espada delgada, envuelta en cuero marrón justo por encima de los gavilanes. En la otra, un cuerno enrollado del color de las llaves viejas.

"No", dice Ysabel. "Bájala. Baja la lanza".

"El Duque", dice Jo. "Lo mató. ¿Por qué hay tanto *polvo*?".

"Jo", dice Ysabel y sus ojos se abren. "¿Ysabel?", dice Jo, y ella se da vuelta para mirar mientras la Daga balancea su espada hacia arriba y hacia atrás detrás de su cabeza.

"Mi juego DDR está bastante jodido, ¿no?", jadea el Duque con los ojos cerrados. Marfisa asiente, sus dedos sondean suavemente su pierna deforme. La bota de la Daga cruje a su lado. Ella levanta la vista para ver esa espada balanceándose por detrás de su cabeza en

un arco plano hacia su cuello. Ella tiene el tiempo de decir "¿Qué...?"

Clang.

Punta de la hoja apoyada contra el pavimento, empuñadura de la espada agarrada en un puño enguantado, una hoja detiene el corte de la Daga. El Carro está estirado hacia adelante en una estocada, el pecho agitado, la camiseta oscura con sudor, las gafas de sol brillando a la luz de la calle. Se endereza cuando la Daga retrocede. Balancea su espada para apuntar a la Daga, inclinándose un poco hacia atrás, contra el pecho. La Daga da otro paso atrás y otro. "Yo...", dice él.

"Oh, no", dice el Carro. "No huyáis".

“Leo, cariño”

"Leo, cariño", está susurrando ella. Al final del pasillo, un golpe retumbante. Ella se sienta allí en la baja cama en medio de la gran habitación oscura, con el Duque a su lado yaciendo sobre la espalda, la pierna derecha apoyada sobre la manta, entablillada con finos palos, envuelta en un paño morado. "Yo no...", murmura él con los ojos cerrados, botones de la camisa desabrochados. Su pecho y su frente relucen, su cabello resbaladizo por el sudor. "No". Otra vez los golpes en la puerta.

Con una corta túnica de seda blanca y azul pálido, ella camina por el pasillo oscuro hasta la puerta blanca que resuena con otra ráfaga de golpes. "Vete", dice ella.

Se detienen los golpes. "Me gustaría hablar con Su Gracia", dice alguien al otro lado, su voz muy aguda, rica, gentil y suave.

"Él no quiere ver a nadie", dice ella. "Ni hablar con nadie".

"Me temo que tendré que escuchar eso de sus labios. No de los tuyos".

"Vete", dice ella. "Vuelve mañana".

"¿Está herido?"

Ella abre la boca para decir algo, se detiene. "No", dice ella. "¿Por qué querrías..." La puerta se estremece con un fuerte golpe, y otro. "¡La contraseña!", grita él, su voz ya no es gentil. Otro golpe. Ella se aleja con las manos en alto y la cabeza baja. "Duncan", dice ella, "Duncan será un hombre".

"¡Y Farquahr será dos!", la puerta se abre de golpe. Al dar un paso atrás, ella tropieza y cae, se agarra a la bata que se abre deslizándose por un hombro. Él entra, sus pies descalzos rozan, la falda azul oscura cruje. Su largo cabello negro está suelto. Pasa el colmillo amarillo sin hueso en el suelo que aún brilla con polvo de

oro para arrodillarse junto a la cama. Ella se coloca contra la pared, con la cabeza apoyada en una mano, todavía agarrando su bata.

Él toma la mano del Duque entre las suyas. Se la lleva a los labios. Su cabello negro resbala de su hombro deslizándose hacia abajo, oscureciendo el beso. "Mooncalfe", dice Su Gracia.

Orlando murmura algo, sin levantar la vista de la mano del Duque. "Yo no...", dice el Duque retirando su mano. Orlando se levanta. Se agacha sobre el Duque, el cabello negro vuelve a caer como una cortina, pero el Duque se tapa la cara con la mano y se da la vuelta. Orlando se queda allí un momento, luego se endereza. Aprieta las yemas de los dedos contra los labios y los presiona contra el pecho desnudo de Su Gracia. Se da la vuelta y se aleja.

"¿Qué vas a hacer?", dice él en la puerta, bañado por la luz rojiza de la máquina de Coca-Cola.

"¿Qué?", dice ella.

“¿A dónde irás? ¿Cómo se llamaba ese lugar? ¿Punto del Diablo? Todavía te llevarían de regreso, ¿me pregunto...?

“¿De qué estás hablando? ¿Qué le pasa? "

"¿No es obvio?", Entonces se da vuelta para mirarla, su rostro perdido en la sombra. "Él ya no te quiere tampoco".

"¿Dónde has estado?", dice ella. "Esta noche". Ella se pone de pie y camina hacia él. "Te necesitó y tú no estuviste allí para él. ¿Dónde estabas?”

Él levanta una mano, la dobla en un puño flojo e inclina los nudillos hacia ella. "*Eres* valiente", dice apretando el puño. Sus ojos se abren, su boca se abre, su mandíbula se tensa, se enrosca en sí misma, temblando violentamente. Él deja caer su mano y ella deja escapar el aliento que ha estado conteniendo, aspira una gran y temblorosa corriente de aire apoyada contra la pared. "¿Qué me has hecho?", Pregunta ella. "*Qué* me has hecho" Él cierra la puerta suavemente entre ellos.



Jo todavía en sus vaqueros negros, su camiseta negra sin mangas, sus Chuck Taylors diferentes yacen de lado, mirando hacia la pared. Está oscuro, la única luz que se filtra desde la calle de abajo. Sus ojos no están cerrados.

Ysabel ronca ligeramente recostada sobre wl vientre, con el cabello oscuro sobre un brazo rizado sobre las almohadas, una pierna desnuda asoma por debajo de las mantas que caen del futón en el suelo. Allí, junto a su pie, junto a sus pantalones holgados, el mango de la lanza negra sobresale hasta la cabeza como una hoja espejada bajo una silla de hierro forjado. En la mesa con tablero de vidrio, junto a un bajo florero de cristal lleno de cabezas de girasol y pequeñas rosas de color claro, un plato, algo largo y oscuro sobre él en un charco de algo oscuro y denso, atravesado por un fino cuchillo.

"No sé si puedo seguir haciendo esto", dice Jo a nadie en absoluto.

Coda 5

No, él no puede dormir en el suelo.
¿Por qué crees que estoy gritando?
Le dejaré caer cerca de la autovía.
¿No tiene él un hogar?

—Steely Dan

N° 6: Yunque

Sólo un poco Ella sonríe / Leche Derramada

Solo un poco ella sonríe y abre los ojos. "De acuerdo entonces", dice Ysabel. De pie junto a la ventana, con su ropa interior amarilla, la luz del día clara y gris está moteada por gotas de lluvia sobre vidrio. Mira el cigarrillo encendido entre sus dedos. Sangre negra espesa en las yemas de los dedos y la palma. La sangre le mancha alrededor de la boca, la barbilla. "Pfeh", dice ella girando la mano, limpiándose los labios con el dorso de la muñeca. La sangre salpica sus senos, un chorro negro y brillante baja por su vibrante vientre, una gota gorda resbala para caer sobre su pie descalzo. Respira hondo por la nariz y suelta el aire en una risa repentina y temblorosa. "De acuerdo", dice.

Un susurro en el futón al otro lado de la habitación.

"¿Jo?", dice Ysabel.

"Y un infierno lo harás", dice Jo con voz apagada. Pateando sus Chuck Taylors diferentes en las sábanas.

Ysabel apaga el cigarrillo en un plato lleno de sangre negra, un fino cuchillo manchado de sangre en la mesa al lado. Se frota el pecho con los dedos y cepilla una chispeante caída de polvo. Cruza la habitación para arrodillarse junto al futón. "Jo", dice de nuevo. Jo gime, su rostro enterrado en la almohada de rayas azules y blancas. Ysabel roza la mejilla de Jo con el dorso de su mano. "Despierta, Jo", dice ella. "Es octubre". Jo aparta la cabeza, un brazo se libera de la manta. Se incorpora de un impulso respirando azarosamente, parpadeando. "No puedo", dice ella, "¿qué?", mira sin ver la pared.



Jo escupe pasta en el fregadero y enjuaga su cepillo de dientes debajo del grifo. Se pasa el cepillo por los dientes y vuelve a escupir.

"¿Qué te dijo ella?", dice Ysabel apoyándose en la puerta abierta del refrigerador. Se ha puesto una camiseta blanca sin mangas. Algo brilla en la esquina de su boca.

"No lo dijo", dice Jo pasándose los dedos por el pelo y empujando hacia atrás la melena rubia para revelar raíces oscuras. Tirando de uno de los mechones negros más largos. “En realidad no. En realidad sólo se rió con esa maldita risa y se alejó por el hielo”. De la pequeña cocina del pasillo, Ysabel saca un cartón de leche de la nevera. "Pero en el sueño era como si hubiese estado diciendo algo todo el tiempo y no es como si no yo pudiera escucharla o estuviera en otro idioma o algo así. Pude entenderla. Simplemente no estaba prestando atención". Ysabel saca un vaso del cajón y abre el cartón. "Estaba mirando otra cosa, no lo sé, pero cuando me di cuenta de que estaba diciendo algo importante y comencé a prestar atención, ya se estaba riendo, dándose la vuelta y alejándose". Ysabel coloca una mano en el borde del vaso. Enrosca cuatro dedos alrededor. Vierte la leche lentamente, mirando cómo sube el nivel dedo por dedo. "Y lo que sea que era tan *importante*", dice Jo, "me lo *perdí*, y supe que nunca iba a tener otra oportunidad". Ysabel deja el cartón de vuelta a la nevera. “Lo cual simplemente. *Duele*". En el baño, Jo aún se mira en el espejo. "Diecinueve malditos nombres y no conozco ninguno de ellos", dice en voz baja. Deja correr un poco de agua, la atrapa en sus manos, se salpica la cara. Cierra el grifo. Algo está goteando. Jo frunce el ceño. Mira hacia la pequeña cocina del pasillo. Ysabel sostiene el vaso inclinado y está vertiendo leche sobre el mostrador, hasta el suelo. "¿Qué coño?", dice Jo.

"No deberías estar teniendo sueños como esos", dice Ysabel. Sacude las últimas gotas de leche del vaso y las deja sobre el mostrador.

"¿Por eso haces un jodido desastre?"

"Es un castigo", dice Ysabel.

"Ah", dice Jo pasando con un empujón hacia la habitación principal, "la leche, la sangre, esa *lengua* es un castigo". Se detiene y mira hacia abajo. en el plato sobre la mesa con tablero de vidrio, la colilla en la sangre, el fino cuchillo manchado de sangre. "¿Ysabel?", dice dándose la vuelta. "¿Dónde está la lengua?"

Ysabel está metiendo un dedo en la leche.

“La lengua. La que fue arrancada de la cabeza de esa... *cosa y acabó sobre este plato aquí anoche. Esa lengua”.*

, dice Jo.

Ysabel se gira y abre la boca para decir algo. El teléfono suena. "Yo lo cogeré", dice ella.

"¡No!", dice Jo. "Déjalo sonar".

"Podría ser..."

"Spam", le dice Jo. “Jodidos teleoperadores vendiendo un jodido apartamento o algo así. Mira. No me cuentes lo de la lengua, ¿vale? De acuerdo. Mientras no me tropiece con ella ni la encuentre en el congelador o algo así y haya desaparecido, por mí bien. ¿Vale? Simplemente ponte unos pantalones o algo para poder ir a trabajar".

"O podríamos no ir a trabajar", dice Ysabel. "E ir a ver un espectáculo o algo así".

¡Maldición!".

"Tuvimos una larga noche", dice Ysabel. "Estoy cansada. Tú estás agotada y ya has pagado el alquiler, ¿no? Entonces...”

"Sí, ¡pero ahora tengo que comprar más leche de mierda!" El teléfono deja de sonar. "Ya hemos hablado de esto", dice Jo. “Yo tengo que ir a trabajar. Y tengo que vigilarte. Por tanto tú tienes que venir a trabajar conmigo. Jodidamente simple. Y será así hasta que, yo que sé, suceda algo".

"¿Como qué?"

"Hasta que tal vez uno de tus matones me rete a un duelo y yo pierda y tú seas su problema".

"Eso no va a suceder", dice Ysabel sonriendo.

"¿Ah sí? Tal vez pelee sin más con Roland la próxima vez que pase. Apuesto a que a él le gustaría eso. ¿Vas a limpiar eso?”

Ysabel se vuelve para mirar el charco de leche. "No", dice ella.

"Pues yo no pienso tocarlo".

"Por supuesto que no".

Jo lanza sus manos al aire. “Tú… sólo vístete, ¿vale? Venga".

“¿Quiénes son los tres leones?” / un ese Moderado y Temperado Caballero / Su cabello / Exaltación / ¿Qué ha dicho?

“¿Quiénes *son* los tres leones?”, dice Marfisa.

"¿Qué?", dice Roland con los auriculares colgando del cuello. Sobre la mesa, una gruesa taza blanca medio llena de café, una capa de cápsulas de gel, un cochecito de juguete, plateado y verde.

"Los tres leones", dice Marfisa señalando las palabras pintadas en la ventana junto a la puerta. "Me preguntaba quiénes eran".

"Haile Selassie", dice la mujer sentada frente a Roland. “Richard Nixon. Luke Skywalker". Está encorvada dentro de un suéter del color de la harina, con un sombrero marrón claro sobre su cabello amarillo. Roland resopla. Marfisa mira a su alrededor, el reluciente puesto de barman, la larga vitrina llena de pasteles bien iluminados, la borrosa pizarra con palimpsestos de viejos menús. “¿Qué?”, dice la mujer. "¿Era una pregunta retórica?" Su rostro se agria, sus ojos se mueven bajo el ala del sombrero.

"Tomad", dice Roland quitando la tapa. "Extended vuestra mano". La mujer lo hace. Los dedos tiemblan, solo un poco. Él pone las píldoras en su palma, una por una, levanta el coche de juguete y dobla los dedos sobre él. Marfisa saca una estrecha silla de una mesa vacía. "Me preguntaba cómo mantienes tus rondas", dice ella. Cuelga su chubasquero azul del respaldo de la silla.

"Gracias, señorita Cheney", dice Roland. La mujer con el sombrero marrón claro se pone en pie metiendo la mano en el bolsillo de su falda de pana. "Gracias a *vos*, el Carro", dice ella. "Que seáis fiero y orgulloso, preciso y constante, adecuado, unificado, vigoroso, habilidoso, ágil, ardiente, muy diestro e implacable". Levanta el bastón con punta roja que se apoya contra la mesa y le da una palmada antes de salir del café.

"No os pedí que hablaráis de mis asuntos, Hacha", dice Roland mientras Marfisa se sienta.

"Por supuesto que no, el Carro", dice Marfisa, mirando hacia atrás desde la salida de la señorita Cheney hacia el ceño fruncido de Roland, con su chándal blanco con rayas verdes y amarillas en las mangas. "Los cuatro quintos saben que habría muerto anoche si no hubieráis pasado por allí. Os lo debo", y ella inclina la cabeza un poco hacia atrás, con la mandíbula abierta,"mi vida". ni un rizo del color de la crema espesa se desprende de su coleta apretada. "Así que supongo que queréis decirme qué debo hacer para ver liberada esa deuda".

Roland está pellizcando el velcro de sus guantes de bicicleta. “Cazamos al jabalí junto con un Gallowglas. Un esfuerzo conjunto. Cualquiera de nosotros podría haber muerto entonces. Yo no...", y luego levanta la vista y dice: "Debéis hacerlo porque es correcto. No por una deuda".

"Qué", dice Marfisa después de un momento.

Roland ha puesto sus palmas enguantadas sobre la mesa. "Dejar de verla", le dice.

"¿A quién?", dice Marfisa.

"Ya sabéis", dice Roland, y se detiene y dice: "a la Princesa".

“¿Cómo voy a poder no *verla*?”, dice Marfisa. "¿Debo sacarme los ojos?"

"Ella es la Prometida". Roland la está mirando, inclinado sobre la mesa. “Prometida al Rey Retornado. No haréis nada para poner en peligro esa promesa",dice en voz baja con palabras mordidas.

"¿Poner en peligro?", dice Marfisa. “¿Cómo podría hacer eso? Decidme, el Carro. Explícadmelo".

Roland se sienta. "La Daga", dice. "Un caballero tan suave y templado como se puede pedir, por todo ello era el hombre del

Duque. Este caballero os habría separado la cabeza de los hombros anoche. Os habría borrado de este mundo".

"Así que volvemos a la deuda", dice Marfisa.

"*¿Por qué*?", dice Roland con los ojos ardiendo. "¿Por qué trataría él de hacer algo así?"

"No lo sé", dice Marfisa, pero ella aparta la vista de él, baja las manos y las acurruca en el regazo. Roland toma su café. "Debéis deteneros", dice. "Ahora. No podré permitirlo cuando ella vuelva a estar bajo mi protección".

Marfisa levanta la vista. “Debéis de estar preocupado”, dice ella, “por enfrentaros a un Gallowglas para recuperarla. Jo es vuestra amiga, ¿no es así?"

Roland termina su café y deja la taza sobre la mesa. "La Reina se cansará de complacer los caprichos de su hija bastante pronto".

“Sin pelear, ¿eh?”, dice Marfisa levantándose. "¿Es eso lo que la señorita Cheney os ha dicho que iba a suceder?"

"Deteneos", dice Roland. "Es lo correcto".

"Sí", dice Marfisa poniéndose su chubasquero, "tratad de decirle eso a *ella*".



Cae la noche. Llegan a la esquina del edificio y se agachan bajo la lluvia, tres de ellas, bajo un toldo color burdeos que dice «Salón Fada». Ya pescando cigarrillos, Jo enciende uno, arroja la cerilla a la lluvia y abre un periódico de golpe. Ysabel, con el cigarrillo apagado en los dedos, gira hacia la mujercita mayor con vello suelto bajo la barbilla. "¿Sabes?", dice la mujercita mayor abriendo un encendedor, "un joven insiste en que soy de la India", su voz es

áspera como el humo viejo. Ysabel se inclina sobre su pequeña llama. “Le pregunté por qué era eso, y él me dijo: tienes acento. Prs claro, soy de Francia. Me dijo que nadie en Francia debía de llamar a la gente por dinero", la mujer mayor se encoge de hombros. "Así que ahora soy de la India".

"Joder", dice Jo cerrando de un golpe su periódico. La ventana detrás de ellas esta oscura. Las filas de botellas de champú captan la poca luz. Da un paso bajo el siguiente toldo, gris oscuro sobre una puerta de cristal iluminada en el interior, un pasillo color beige, una hilera de buzones abollados. Sostiene el periódico a la luz, lo gira del revés. "¿Sabes, Crecy?", dice Ysabel, "Jo dice que hay una diferencia entre el spam y lo que hacemos".

"Por supuesto, cariño", dice la mujercita mayor. "El spam está en Internet".

"*Spam telefónico*", dice Ysabel. "Llamadas de ventas", dice Jo frunciendo el ceño ante su periódico.

"No hacemos ventas", dice Crecy.

"Pero *es* una transacción", dice Ysabel. "No es una *llamada de ventas*", gruñe Jo.

"No pedimos dinero", dice Crecy.

"Les pedimos su tiempo", dice Ysabel. “Un pedazo de su vida. ¿Y no es tiempo dinero? ¿Por qué te enoja tanto?”, dice ella volviéndose hacia Jo.

"¿Qué vendemos?", dice Crecy. "Si es que estamos vendiendo".

“Sus respuestas”, dice Ysabel alegremente, “ayudarán a Depósitos de Mascotas a determinar mejor dónde y cómo mejorar su servicio para garantizar que nuestros clientes y su gente tengan la *mejor experiencia* de Depósitos de Mascotas. ¿Qué fue lo que dijimos para Banco Winthrop? ¿Sus respuestas permitirán a BancoGanador *evaluar mejor* el servicio que brindan? Es una buena acción", dice ella. “Una oportunidad de ayudar. *Atención*. Esa es la transacción.

Tiempo por Atención."

"Ventas", dice Crecy. "No, las ventas las vamos a hacer cuando no podamos hacer *esto*. Soluciones de mercado en Beaverton, hora y media en autobús, y *ventas*. O peor, a un banco de servicio al cliente”, deja caer el cigarrillo a la acera y lo aplasta con el talón. “Ya nadie confía en un teléfono. Con todas las ventas y los robots, y los indúes. Tantas encuestas realizadas en Internet ahora".

"Como el spam", dice Ysabel.

"Estás siendo difícil", dice Crecy.

"Ni una maldita cosa", dice Jo tirando el periódico. Lanza su chispa de cigarrillo bajo la lluvia. "Coge tus cosas".

"Queda una hora de turno", dice Ysabel.

"No me importa", dice Jo. "Hay algo que necesito ver".

"¿Qué?", dice Ysabel mientras Crecy, negando con la cabeza, dice "Con Guthrie fuera *otra vez* y también Dorfman... ¿qué le vas a decir a Becker?"

"Que me siento hecha una mierda", dice Jo. "¿Qué si no?"



Apoyado contra la sucia nevera, con la cabeza hacia abajo, el pelo largo y negro a un lado como una cortina retirada. Anillos brillan en sus dedos, un ankh, una calavera, dados. "Guao", dice levantándose, rascándose las costillas. Pantalones negros con cordón cuelgan de sus estrechas caderas, los bajos lamiendo sus pies descalzos. Saca una jarra de plástico transparente de la nevera y vierte agua en su boca.

"Guthrie", dice ella. El pasillo tras ella está oscuro. Fuerte

repiqueteo de lluvia afuera en la ventana medio cerrada. Ella lleva una camiseta negra ajustada dice «Un Misterioso Pedazo de Escombro Espacial». Su cabello se pierde bajo una gorra de retales color confeti.

"Nunca te quitas eso", dice. "¿Verdad? La gorra".

"Tengo mis razones", dice ella.

“Ya veo, no tengo idea de cómo te pusiste esa camisa encima”.

"De la misma manera que te la quitas". Sus manos giran una sobre la otra. "Pero a la inversa".

"Eso es con una de *mis* camisas", dice. "*Tu* camisa está abotonada en la parte delantera. *Sin abotonar*”. Él pasa los dedos por la camiseta para acariciar su barbilla. Ella los muerde. “Como tu suéter. Y tu otro suéter. Y tu chaqueta desabrochada. Luego..."

"Mi falda", dice ella, "y mi *otra* falda", y ella lo besa.

"Y tus pantalones cortos de ciclista", dice él, "y esas malditas bragas de abuela", y la besa en la barbilla. “Pero no la gorra. ¿Es importante? Si te quito la gorra, ¿te irás y nunca volveré a verte?”

"Menudas preguntas", dice ella besando su garganta. Su mano en sus pantalones. Él la hace girar descalza arrastrando los pies y la levanta con un chillido de risa para sentarla en el borde del fregadero. El dobladillo de su camisa se arruga más allá de sus caderas, el cabello que corona sus muslos de un castaño rojizo oscuro y brillante, rojo fuego lame los bordes, hélices doradas en espiral aquí y allá, blanco reluciente, un fino negro ensombrece una línea fantasmal hasta su vientre bajo la camisa. "Si se supone que debes hacerme olvidar", dice él mientras ella se inclina hacia adelante echando mano a sus pantalones, "Lo recuerdo todo". Él la ayuda a empujarlos hacia abajo. "La ventana y el jabalí y las espadas y...", ella detiene su boca con la punta de un dedo. "¿Quieres olvidar?", dice ella.

Guthrie niega con la cabeza.

"¿Estoy a salvo aquí?", dice ella.

Él se encoge de hombros, su rostro dividido entre un ceño fruncido y una sonrisa. "Como en casa", dice.

"¿Tengo tu palabra?", dice ella y acerca su rostro. Él la besa, un beso largo y ondulante, él cierra los ojos y apoya la frente en el pecho de ella. "Por supuesto", dice él.

"Guthrie", dice ella.

Cuando él alza la vista, ella tira de la gorra de retales hacia arriba y hacia afuera, y cae su cabello, deslizándose sobre los hombros, bajando por la espalda, hacia el fregadero, pasando el mostrador, bajando y rozando sus rodillas y enrollándose entre sus pies. "Guao", dice él.

Ella se estremece cuando él le toca el pelo, cuando toma una gran madeja en su mano y lo deja deslizar por los dedos como si fuera agua. "Oh", dice ella mientras él mete los dedos dentro del pelo a ambos lados de la cara, las palmas de las manos y las muñecas. "Guao", dice él y ella asiente y dice: "Así sin más", respirando rápidamente, su cabello rozando sus antebrazos, sus codos. "Guao", dice él, y la besa. La lluvia hace mucho tiempo que se ha calmado.



La muñeca extrañamente esbelta lanza un saludo en arco bajo la intensa luz de la lámpara de escritorio. Su uniforme, una chaqueta naranja ajustada y una falda corta y voladiza, medias oscuras estiradas hasta la mitad de los largos muslos. El sr. Charlock se toca la cabeza con cuidado, como si pudiera quemarse. "El miércoles de hace una semana", dice. “El equinocio. Ahí es donde estoy poniendo mi dinero. ¿Entonces estuvo fuera casi una semana antes de que nos llamaras? Aún así", el sr. Charlock toca la muñeca otra vez. "Siete avistamientos confirmados... cinco solos y un empate. Los

despejamos todos".

"Siete", dice el Sr. Leir. Sus ojos casi grises. Su cara sin arrugas debajo de todo ese pelo blanco.

"Las fuentes del Sr. Keightlinger nos respaldan", dice Charlock.

"No lo dudo", dice el Sr. Leir. "Pero siete es un número bastante... *notable*".

"Sí", dice el Sr. Charlock. "Entonces son tres y cinco y doce y nueve y cuatro".

“Y ocho”, dice el Sr. Keightlinger en las sombras detrás del Sr. Charlock.

"Pero este es siete", dice el Sr. Leir.

Sr. Charlock se encoge de hombros. "Bueno, anoche lo sacaron del mundo y lo cazaron. Entendí que sus instrucciones eran de no interferir, no lo hicimos". El Sr. Leir asiente. "La Prometida estaba allí", dice el Sr. Charlock. Levanta la muñeca y toca una larga coleta marrón de plástico. "En la cacería". Inclina la muñeca y mira bajo la falda. "El Gallowglas también".

"Sobre un caballo", dice el Sr. Keightlinger inclinándose hacia adelante, su barba rojiza a la luz. El señor Charlock lo mira con los rizos flotando en la frente. "Sí", dice, "había caballos. Es decir, como traigan a esta chica más a menudo, tendrán que nombrarla caballero o algo así".

El Sr. Leir alcanza su escritorio con la palma de la mano pálida hacia arriba.

"Será tan difícil de despegar como uno de los suyos", dice Charlock. "Más difícil, incluso".

Los dedos del Sr. Leir hacen señas una, dos veces. El Sr. Charlock pone la muñeca en su mano. "¿Para qué son estas cosas, de todos modos?", dice el Sr. Charlock.

"*Numquam sine phantasmate intelligit anima*", dice el Sr. Leir levantándose. Abre un armario de vidrio detrás de su escritorio y coloca la muñeca en un estante plagado con otras muñecas, una colegiala en una falda escocesa, una espadachina en bikini de cota de malla, una niña en un maillot subida a una scooter, un mago con un sombrero de copa y corsé. "¿Piensan ustedes...?", dice Leir, y luego, "La verdad es que no estoy seguro de lo que piensan". Cierra el armario. "¿Van ustedes a ayudarme a secuestrar a la Prometida?", coloca los puños sobre el escritorio, inclinándose sobre ellos. “No. Deben observar e informar, y eso es todo. Lo observan. Lo informan. Se lo agradezco".

"Claro", dice el Sr. Charlock, sacudiendo su hombro de debajo de la mano del Sr. Keightlinger, "pero, *¿para* qué es todo esto?"

El sr. Leir sonríe ampliamente bajo esos ojos fríos y claros. "Ella es la exaltación", dice extasiado. “Cruzará cada signo en su cenit. Ella es la mañana que sube al cielo y la rosa que surge de las lágrimas. Su trono es una montaña alta y desde allí el cielo de luz está bajo sus pies, y su diadema son las estrellas", desaparece su sonrisa. "¿Quiere hacer otra pregunta, Sr. Charlock?"

"No mucho", dice el señor Charlock tragando saliva. Se pone en pie. "Quizá en otro momento".



Una bandeja blanca sobre la otomana ancha y baja. En ella hay dos tarjetas brillantes, una blanca, impresa con una estilizada abeja en negro y amarillo. La otra marrón, la cabeza de un halcón en rojo y negro. Una pequeña taza de piedra volcada, la sal derramada sobre la bandeja. Un plato de cristal transparente salpicado de migas de pan. Un farolillo de latón, de baja llama humeante en su punta. El Duque se cierne sobre este, apoyándose pesadamente en un bastón. Apaga la llama. Recoge el cuchillo de mango plateado de la otomana ante la bandeja y se levanta. Deja caer el cuchillo en el

bolsillo de su chaqueta tweed.

"Gracias", dice.

"No hay necesidad de agradecerme", dice la Reina. Vestida toda de negro, se sienta en un extremo del largo sofá de cuero blanco. Un pequeño gato atigrado a su lado agacha la cabeza para lamerle el pecho.

"Ah", dice el Duque, "pero os pediría otra bendición".

La Reina acaricia la espalda del gatito. "No", dice ella.

“¿No?”, dice el Duque. "Pero no..."

“No nombraremos a Jo Maguire”, el gato se avalanza contra ella, levantando una pierna para trabajar su ataque. "¿A menos que tengáis algo más en mente?"

"No", dice el Duque, "no, eso es lo que, ah, yo...", frunce el ceño. "¿Por qué no? Tenéis una excusa perfecta. Si ella no hubiese hecho lo que hizo, sería yo polvo volando por la carretera en lugar de ese jodido cerdo. No me importa lo que haya dicho el Bodach".

"Pues ofrecedle una calle vos mismo", dice la Reina. "Sidney debe de haber dejado algo atrás".

"Pero si la acojo, traigo también a vuestra hija", dice el Duque. "Eso es una locura. Otorgadle *Vos* el título de caballero. Eso traerá a la Prometida de vuelta aquí, sana y salva, lejos de garras como las mías..."

La Reina se levanta. El gatito se congela, luego salta del sofá, correteando hacia las sombras. "Os olvidáis vos mismo, Sureste", dice ella. "*No* tendremos un Gallowglas en esta casa".

Después de un momento, el Duque agacha la cabeza. "No puedo decir que no lo haya intentado", se da la vuelta para irse, pero se detiene con un pie en los bajos escalones. "Duenna", dice. "Yo me *sentaré* en el Trono algún día. Tanto si lo deseas como si no". La

mira por encima del hombro. Ella está sentada de nuevo, con la tarjeta blanca en la mano. “Pero esto no tiene nada que ver con ello. Este soy yo, tratando de hacer lo correcto. Recuerda eso".

Ella sonríe para sí misma. "Siempre habremos sido quienes somos", dice dejando la tarjeta en la bandeja junto a la marrón.



Ella sale del coche, una cosa con chasis bajo, y abre la puerta del pasajero mientras él baja los escalones del porche. Ella lleva un corto impermeable de plástico transparente sobre una chaqueta gris de chófer. El Duque se apoya en el techo del coche y mueve la pierna izquierda hacia adentro, bajando en el asiento. Jala su pierna derecha hacia adentro haciendo una mueca. Lanza el bastón en el estrecho asiento trasero. Ella baja la mano que le había tendido para ayudarlo. "No deberías caminar con eso", dice ella trepando al asiento del conductor.

Él se pasa una mano por el pelo, sacudiendo la lluvia.

"¿Quieres...?", dice ella encendiendo el motor, poniendo el coche en marcha. Él pone la radio. Las guitarras y el sonido de un tamborileo chocan con un verso lento y entusiasta, el platillo suena como una campana, «en una ciudad, en lo profundo de la madera oscura, había calles de faroles de colores, había músicos y grupos de malabarismos, cosas horneadas y pegajosas y cabinas y cabinas...» "¿Quieres hacer algo esta noche?", dice ella.

"Ve a casa", dice.

"Porque si quieres, ¿sabes?, tomátelo con calma". Ella le echa un vistazo. Él está mirando por la ventana. “Debes de estar exhausto, así que estaba pensando, ¿por qué no? Podría llamar a un amiga mía. ¿Penny? ¿Del club?", ella mira a su alrededor, señaliza, cambia hacia el carril derecho. "Podríamos montar un espectáculo, si quieres".

"Sí, vale", dice él aún mirando por la ventana.

"¿Sí?", dice ella.

"*Deberías* salir. Con quien sea. Ver un espectáculo. Yo estaré bien", él le sonríe. "Estuviste increíble anoche, ¿sabes? Tómate la noche libre".

"Ah", dice ella. "Bueno. Gracias".

Y luego ella dice: "¿Cómo te fue a ti?"

"Tan bien como cabría esperar", dice él. "Oye. Anoche. ¿El Mooncalfe apareció por fin? ¿O lo soñé?”

"¿Orlando?", dice ella. "Sí, apareció".

"¿Qué tenía que decir por sí mismo?"

"Sólo", dice ella, "ya sabes. Que te mejores pronto".

Él resopla, mirándose la pierna. "Gran probabilidad de eso", dice.

el paraguas Azul / las Tres Bellotas / Roly-poly Gang Bang / “Simplemente deja que suene” / Su promesa

El paraguas azul está manchado de espirales de luz estrellada, un círculo ardiente de luna amarilla pintada. Ysabel observa la lluvia que gotea por sus bordes con labios mudos y cejas fruncidas. "No voy vestida para esto", dice ella.

"Nadie te dijo que te pusieras tacones", dice Jo. Sin sombrero, se levanta el cuello de su chaqueta militar verde.

"No sabía que íbamos a caminar kilómetros esta noche", dice Ysabel.

"Son un par de jodidos bloques", dice Jo mirando a la cerca, estrangulada de hiedra que se eleva a la derecha.

"Trece", dice Ysabel. "Desde que bajamos del tren".

"Es que es un par muy grande", dice Jo.

"No vas a ver nada", dice Ysabel.

Después de un minuto, Jo dice "Creo que...", mientras Ysabel se detiene allí en medio de la calle y dice: "¡No vas a *ver* nada! Trece manzanas bajo la lluvia y hace frío, me duelen los pies y estamos otra vez en el Noreste, *otra vez*, y todo es una completa pérdida de tiempo porque no vas a *ver nada*".

"Creo...", dice Jo lentamente, apuntando hacia la acera, "que esa entrada, que es un estacionamiento, nos llevará al borde. Más allá de esta porquería", camina con las manos en los bolsillos y los hombros encorvados.

Ysabel hace girar el paraguas entre sus manos, lanzando gotas de lluvia. Inclina la cabeza y la apoya contra el eje del paraguas. El

otro lado de la calle esta lleno de coches aparcados. La casa detrás del porche está iluminada, hileras de luces se enroscan alrededor de las columnas que bajan de los aleros.

La alambrada asfixiada de hiedra termina en el camino de entrada. El camino de entrada se abre a un espacio de un incoherente complejo de pequeños apartamentos. Jo está allí, bajo un letrero que dice «Administración de la Propiedad Estadounidense, No Pasar ni Merodear, Los Infractores Serán Procesados». Sus dedos se entrelazan en la puerta de la alambrada. Más allá de la puerta, otro espacio desciende por el borde del barranco alrededor de un revoltijo de edificios oblongos bajo tejados planos de lonas alquitranadas. Bajo el barranco, las vías del ferrocarril. Más allá de ellas, una pared de tres o cuatro metros de altura y luego la autovía, el tráfico sisea intensamente a Este y Oeste a través de la lluvia.

“Debió de haber atravesado la verja allá arriba”, dice Jo señalando a la parte superior del barranco. “Bajó la pendiente y tal vez saltó de allí al techo. Donde lo vimos. Eso es", se aparta un chorrito de lluvia de la frente. "Él saltó", dice ella. “Desde allí hasta la maldita autovía. La *autovía*. Aterrizó con tanta fuerza que rompió la *carretera*. Me pasé horas quitándome pedazos de pavimento del pelo. *Rompió* la jodida *carretera* y mira", golpea la verja. El agua de lluvia salpica los hombros de su chaqueta. El tráfico pasa de un lado a otro, luces rojas y blancas y el guiño amarillo de un intermitente. "Nada. Sin equipo de obra. Sin conos naranja. No hay una maldita grieta. Como si nunca hubiera pasado. Como si nunca hubiera estado allí".

"Jo", dice Ysabel, "él era un monstruo". Jo la mira por encima del hombro, frunciendo el ceño, "Yo...", comienza a decir Jo. "Su nombre era Erímatos", dice Ysabel, y Jo dice: "Ya *sé* cuál es su nombre", mientras Ysabel dice, "y hace mucho tiempo, como todos saben, él aventaba el mástil de roble de los bosques sobre Eugea, allí, en los tobillos de la montaña Dyfün, hasta que encontró y engulló ciertas tres bellotas." Levanta el paraguas y lo sostiene sobre las dos. “La primera le hinchó los hombros como un poderoso domo de roble, protección solar y trampa para truenos. La segundo arraigó sus cuatro grandes troncos a la tierra, y desde entonces

nunca ha podido ser volteado. Pero la tercera", ahora se encuentra bastante cerca de Jo, su voz es un suave murmullo sobre el sonido de la distraída lluvia. "La tercera bellota endureció su corazón como un tocón de madera, reduciéndolo a una protuberancia no más grande que su ojo, y como negro que es", estira una mano para quitar más lluvia de la frente de Jo. Jo sacude la cabeza. "Nunca más habrá un bosque sobre Eugea".

"Yo no...", dice Jo volviéndose hacia la verja, hacia el destartalado edificio, hacia los árboles a lo largo de la pared del barranco, hacia las vías del ferrocarril debajo, hacia la autovía.

“¿Por qué estás tan enojada, Jo Maguire? ¿Porque se ha ido? Era un *monstruo* porque todas las ciudades lo aterrorizaban, y el hormigón era como el hielo debajo de sus pezuñas", la mano de Ysabel está sobre el hombro de Jo, el paraguas roza la verja por encima de ellas. “Cien centenares de caballeros lo buscaron con espada, lanza y sabuesos, y él se rió de todos ellos y convirtió a más de unos pocos a polvo. ¿Es porque el Duque te escogió como su Gallowglas? Podría haber sido cualquiera. Cualquiera de vosotros que estuviera a su lado, dentro de diez meses, o diez años, o los de el Yunque o de el Carro".

"Es que, yo...", dice Jo y golpea la verja de nuevo. La lluvia salpica. “Deberían haber detenido el tráfico, ¿sabes? Después de todo aquello".



"¿Tres semanas?", dice Ysabel sentada en el banco bajo el refugio con el paraguas plegado entre las rodillas.

"Fue un sábado por la noche", dice Jo apoyándose en la máquina expendedora de billetes. "La fiestecita de promoción de Becker en el VC", gira la cabeza, mira por las vías del ferrocarril hacia la lluviosa oscuridad. Saca un paquete de cigarrillos del bolsillo de su chaqueta. "Hace tres semanas".

"Veintiún días", dice Ysabel.

"Suponiendo que las matemáticas todavía funcionen", dice Jo, el cigarrillo oscila en la esquina de su boca. Un estallido y un fósforo brilla en sus manos.

"Parece más tiempo".

Jo lanza una corriente de humo hacia arriba y fuera de las luces tenues del refugio.

"Todavía estás enfadada", dice Ysabel.

"No estoy enfadada", dice Jo.

"Lo *estás*", dice Ysabel. Hay una luz en las vías, cada vez más brillante. Jo se ríe. "Nunca falla", dice y da una última y larga calada al cigarrillo.

"¿El qué?", dice Ysabel.

"Por eso no he dejado de fumar", dice Jo. "¿Estás esperando un autobús o un tren? Enciende uno y bum. Ahí viene", deja caer el cigarrillo en el andén. "Como por arte de magia".

"Jo", dice Ysabel cuando el tren se detiene. «La Broma nos la hacen a Nosotros», dice el anuncio que recorre su longitud, lleno de sonrientes estrellas de televisión. Jo entra en el segundo vagón y sube un par de escalones desde el suelo hasta los asientos traseros elevados. El vagón está vacío. Ysabel está parada en la puerta. "Vamos", dice Jo mientras una voz grabada dice: "Este es un tren de la Línea Roja al Centro de la Ciudad de Portland. La siguiente parada es la Séptima Avenida del Nordeste". Otra voz dice: "“This is a Red Line train to Portland City Center". La primera voz dice: "Las puertas se van a cerrar".

Ysabel entra al vagón. Las puertas se cierran. "¿Qué pasa?", dice Jo.

"No estoy segura", dice Ysabel. Se agarra al pasamanos mientras el tren se mueve. Las luces parpadean.

"¿Qué?", dice Jo.

"Yo no...", dice Ysabel. "Gabba gabba hey", dice el niño que descansa en la articulación acordonada entre los vagones. "¿Jo?", dice Ysabel.

"Sí, lo veo", dice Jo.

"Y él", dice Ysabel.

"Él no estaba ahí cuando subimos", dice Jo.

"Gowan", dice el niño. "¡Sonríe!" Su cabeza es calva. Lleva una chaqueta vaquera gris sobre una holgada sudadera también gris.

"¿Por qué no...?", dice Jo al tiempo que Ysabel dice: "Te dije que no deberíamos haberlo hecho". Jo está parada en el pasillo. "¿Por qué no subes aquí?"

"Adorable", dice el hombre parado al lado del niño, meciéndose con el movimiento del tren. Ysabel sube rápidamente los dos escalones y se desliza sobre un asiento. El hombre lleva una gabardina marrón claro y su corbata rosa y amarilla está desatada. Hay un viejo maletín marrón en el suelo entre sus pies. "Hubba hubba", dice el niño de la sudadera con capucha. Las luces parpadean.

"¿Qué está pasando?", dice Jo.

"Estamos en el Noreste", dice Ysabel.

"¿Sí? ¿Y?”

"¡Qué calor!", dice el hombre con el mugriento mono azul empujando hacia el suelo al chico de la sudadera con capucha entre las puertas. "Quítaos la chaqueta", dice el chico. "¡Diablos, sí!", dice el larguirucho de los pantalones cortos de baloncesto. Le respalda el

hombre de la gabardina. "Bragas", dice el hombre de la gabardina. Suelta una risita. Todos están riendo, ladrando, rugiendo, el tipo larguirucho ululando, el hombre del modo se dobla colgando a una mano de la barandilla y golpeándose la rodilla. "Jesús", se dice Jo a sí misma. "¿De dónde demonios han salido?"

"Dame un beso", dice el chico de la sudadera con capucha, riendo. "¡Vamos a verles las piernas!", dice el hombre del mono. "Dulces cositas", dice el hombre de la gabardina. "Noreste de la Séptima Avenida", dice la voz grabada. "Puertas a la derecha".

"Levántate", dice Jo. "Despacio. Levántate. Nos bajamos". Se dirige hacia el suelo del vagón paso a paso, sin dejar de mirar a los hombres que ya no se ríen, meciéndose junto al tren.

"No se detiene", dice Ysabel poniéndose de pie.

"No se detiene", dice Jo. Las luces parpadean. "¡No se detiene!" El rostro de una mujer aparece, consternado, enmarcado en una capucha amarilla. El hombre del mono planta sus pies contra el bamboleo del tren, con los brazos extendidos, las manos libres y sonriendo. "Quieres algo de esto", dice.

"Por supuesto que quiere", dice el hombre de la gabardina. "Equipo de etiqueta", dice el tipo larguirucho. "¡Joder, sí!", Dice el chico de la sudadera con capucha. "¡Trágate esto!"

"¿Jo?" dice Ysabel con los ojos muy abiertos.

"Yo, ah", dice Jo. "¿Esta es tu gente?"

“¿Qué?”, dice Ysabel. El hombre de la gabardina resopla. "Garganta de Lolita", dice el tipo larguirucho.

"¿Que si son, ya sabes, como tú?", dice Jo.

"¿Qué tipo de pregunta es esa?"

"Gang bang, gang bang", canta el chico con capucha. "Ñaca ñaca gang bang".

"¡*Cállate*!", grita Jo. El hombre del mono frunce el ceño sonriendo, riendo profundamente dentro de su garganta como un gruñido. "Jesús, lo que quiera que suceda", dice Jo, "es defensa propia de todos modos. Prepárate".

"¿Para qué?", dice Ysabel, pero el pie de Jo ya ha dejado el suelo.

"El bebé quiere pellizcaros", gruñe el hombre con el mono y, luego, el empeine del pie de Jo le da justo en la entrepierna, levanta al hombre de puntillas. Se oye un golpe de vajilla rota. Sus brazos se curvan hacia la boca y sopla el aire en una gran explosión. Con el pie cayendo, Jo extiende la mano hacia la capucha del niño de la sudadera mientras el hombre del mono se desploma sobre el asiento a su lado. Levanta al niño tras ella con un giro, chillando "¡Yah!", para estamparle la frente en la barandilla, los abatidos brazos del niño giran hacia arriba y hacia abajo. El hombre del mono todavía está gimiendo.

"Disculpe", dice el hombre de la gabardina.

"¡Ahora!", grita Jo lanzando su codo hacia atrás, impactando en el pecho del tipo larguirucho. "Hey", dice él. "¡Ahora!", grita Jo de nuevo dando una coz en la rodilla y echando a correr.

"¿Ahora *qué*?", grita Ysabel de pie, con los dedos blancos alrededor de la barandilla. "¡*Jo*!"

El larguirucho atrapa el puño desequilibrado de Jo en su gran mano plana y lo levanta retorciendo la muñeca de Jo. "¡Ahora!", grita ella y sisea con los ojos apretados. "¡El *freno*! ¡Tira del freno!", y ella patea de nuevo. El dedo de su pie rebota en la espinilla del hombre con un ruido metálico. El hombre del mono gruñe en el suelo, con las manos arañando y empujando la nada. El chico de la sudadera con capucha se lleva las manos a la frente, un gran chichón sale de esa calva. El tipo larguirucho gruñe cuando Jo lo patea y lo patea de nuevo. "¡Tira!"

“¿Que tire *qué*?"

“¡El freno! ¡El freno! ¡El jodido freno!", Jo empuja al tipo larguirucho y retrocede, tirando de su puño aún bloqueado en esa gran mano. Ysabel lo examina todo a su alrededor con una mano en la boca. "¡En la pared!", grita Jo. El hombre de la gabardina camina con cuidado alrededor del tipo larguirucho, desconfiado del balanceo del tren. "¡Detrás de ti! ¡En la maldita pared! "

"Maldita *perra*", dice el hombre de la gabardina y, con el brazo encogido, deja caer su maletín en la cabeza de Jo. Ysabel grita. Jo se dobla hacia abajo, sujeta del puño por el larguirucho y brilla sangre en su pómulo. Girada hacia el hombre de la gabardina, el tipo batea con el maletín en el estómago de Jo. Él se aparta, pero al estar doblado, ella lo atrapa con la mano libre, rugiendo. El hombre de la gabardina se tambalea cuando ella se la quita de un tirón. El larguirucho observa con el ceño fruncido mientras el del mono se agarra el tobillo. "¿Sabéis quién soy?", grita Jo con su otra mano todavía atrapada. "¡El jodido *Gallowglas*!", le estampa el maletín al larguirucho en el pecho una vez, "¡Voy a *acabar* con vosotros!", y golpea de nuevo.

Las luces parpadean. "*Perra*", gruñe el del mono, desmoronando la palabra, impulsándose sobre las rodillas; un peso le cuelga entre las muslos. "¡*Suéltame*!", grita Jo. "*Coñito* frígido", espeta el hombre de la gabardina y le retuerce la muñeca. "Jo, no puedo", dice Ysabel, "no...", y la cara de Jo se arruga de dolor. "Jodida *tortillera*", dice el hombre de la gabardina. El maletín le golpea directamente en la nariz. Algo cruje. Al hombre le tiemblan las manos cuando Jo baja el maletín, el tipo se hunde con los ojos, las cejas, la boca y la barbilla apretadas, retrocede, palpándose la cara, aullando, ahogado. Jo mira al larguirucho que tiene su puño en la mano, su sudadera respira, se hincha cuando él inhala, se queda plana en su pecho cuando exhala, roncamente, irregular. Él le aprieta la mano.

Jo tira con más fuerza y con ojos frenéticos, su puño no se mueve, le patea la espinilla y la rodilla, y él resopla por la nariz con cada zapatazo. Gruñe. El del mono se impulsa con las plantas de los pies, agarra a Jo por la chaqueta y tira de ella hacia un lado, meciéndose con el tren, con la otra mano envuelve la barbilla de Jo con los dedos, tocando su mejilla y manchando un pulgar de sangre a lo largo de su mandíbula al empujar hacia arriba y hacia atrás. "Tú, Tú

lo harás", dice él, luchando por respirar, "Que. Te. Jodan", dice Jo. Las luces parpadean. "Que te *jodan*". Las luces se apagan y el suelo del tren se sacude al ondular en su longitud, chillando monstruosamente y todos caen. Jo de repente está libre, el maletín cae por el suelo del vagón mientras los vagones del tren disminuyen la velocidad, chillan y se detienen.

"En la pared", dice Ysabel inclinada sobre el pasamanos. Ella se ríe, un pequeño estallido jadeante. Queda en silencio.

"Jesús", dice Jo en las sombras.

“¿Jo?” dice Ysabel. "¡Jo!"

Sobre su hombro, su codo y las rodillas, con la mejilla pegada el suelo en la articulación de acordeón entre los vagones, Jo dice "Maldito infierno".

"Lo encontré", dice Ysabel, "Lo hice. Lo encontré".

"Sí", dice Jo sentándose sobre los talones. La sangre mancha su cara enrojecida, una huella de mano roja a lo largo de su mejilla. No hay nadie más en el vagón.



En la oscuridad junto al fregadero, un trapo de cocina yace completamente plano. Sobre el trapo, un plato pequeño, un fino cuchillo, un vaso al revés. En la sala principal, en la mesa de café con tablero de vidrio, un vertido de guijarros suaves y limpios, una dispersión de hojas secas. Una llave suena en la cerradura. Jo entra cojeando, encogiendo un hombro fuera de su chaqueta empapada, encendiendo la luz de la pequeña cocina del pasillo. El fino cuchillo reluce. Ella libera su otro brazo y deja que la chaqueta caiga al suelo. Se encamina por la sala principal, tropieza con el negro mango de la lanza que sobresale bajo la mesa y se hunde de rodillas sobre el futón. Se deja caer hacia adelante, bocabajo, con los brazos

abiertos de par en par.

"Estás empapada", dice Ysabel. Pone el paraguas plegado junto al armario en la esquina. Jo dice algo hacia el edredón. "Estás en mi lado de la cama", dice Ysabel. Abre el armario, se pone en cuclillas para tirar de un cajón en la parte inferior. "Todavía estás sangrando, Jo. Levántate".

Suena el teléfono.

"¿Debería descolgar?", dice Ysabel.

"No", dice Jo. Se levanta sobre los codos con la cabeza gacha.

"Pues déjalo sonar", dice Ysabel.

"Teleoperadores", dice Jo. “Reparación de parabrisas. Apartamento en Bend", las puntas de sus dedos salpican sangre por la piel cortada de su mejilla hinchada. "Voy a dejar un infierno de marcas".

"No", dice Ysabel. "No vas. Date la vuelta." Jo se tumba de lado. Ysabel se sienta en el suelo a su lado. En sus manos, una bolsa de plástico transparente hinchada con polvo del color de la arcilla vieja a esa débil luz.

“¿Qué *es* esa cosa?”, dice Jo.

"No", dice Ysabel recogiendo una pizca de polvo que brilla tenuemente.

"¿No qué?", dice Jo. El teléfono deja de sonar.

"No", dice Ysabel. "Quédate quieta".

"¿Que no me quede quieta?"

"Jo", dice Ysabel. Acaricia la mejilla cortada de Jo y luego, el moratón oscuro, la piel hinchada debajo de los ojos, dando brillo a su cara con polvo de oro. "Podrías haberte matado", dice Ysabel. Jo

resopla. "No", dice Ysabel. Mete las yemas de los dedos dentro de la bolsa de polvo de nuevo. Jo dice "¿Qué estás...?" Y luego dice "Venga".

"Te iban a matar", dice Ysabel cerrando la bolsa.

"¿Cómo?", dice Jo y se sienta erguida abruptamente, balanceando sus pies fuera del futón. Ysabel se inclina fuera del camino, moviéndose para ponerse en pie, pero Jo la agarra por la muñeca. "¿Cómo diablos iban a hacer eso?"

"No", dice Ysabel.

"¿Eh?", dice Jo. “Quiero decir, ¿con qué? ¿Con ese maletín?”

"Eso me hace daño", dice Ysabel.

Jo la suelta. "Roland tenía una maldita espada", dice ella. “Me atravesó con una maldita *espada*. Justo aquí.”, se golpea el pecho.

"Que no podemos hacerte daño", dice Ysabel. "La gente como yo. ¿Es eso lo que piensas?", deja la bolsa en el suelo junto a su rodilla. "Yo...", dice Jo, pero Ysabel dice: "Estabas en la casa de Robin Buenamigo cuando Roland te hirió con una espada prestada. Te llevaron a mi Gammer y sus pociones una hora después. Si algo de eso hubiera sido de otra manera, nunca habrías regresado".

“¿Regresado?”, dice Jo.

"La gente como yo", dice Ysabel. "Tú no sabes lo *que* eran. Ni siquera *yo* lo sé. ¿Monstruos? ¿Espíritus vengativos? ¿Hombres, como tú, hechizados?”

"Ellos no eran...", dice Jo.

¡*Tú no lo sabes*!", espeta Ysabel.

"Bueno, ¿y cómo coño se supone que voy averiguarlo si me haces callar cada vez que hago una pregunta?"

"No lo hago", dice Ysabel, y luego ella dice: "No se hacen preguntas, Jo. Se exigen respuestas".

"¡Rah!", grita Jo poniéndose en pie de un salto. Pasa junto a Ysabel, por encima del extremo de la lanza. Para en la pequeña cocina del pasillo. Con la cabeza baja, se toca la mejilla no hinchada, el moratón se ha desvanecido, la herida es una ruborizada línea roja. "¿Cómo se llama?", dice en voz baja. “Esa cosa en polvo. El brillo".

"Owr", dice Ysabel.

"Nuestro qué", dice Jo. [NdT: nuestro = «our», suena casi igual que «owr».]

Ysabel se levanta. "*Owr*, sólo owr".

Jo se da vuelta para mirarla, con una mano apretada en un puño, que se abre de nuevo. “Y esos tipos. Si yo no hubiera saltado así, ¿qué nos hubieran hecho? "

"No lo sé", dice Ysabel.

"Sí lo sabes", dice Jo. "Se supone que debo protegerte, ¿no? ¿Mantenerte a salvo? Eso es lo que juré hacer hace tres semanas".

"Jo, me has mantenido tal como deberías, caliente, seca y alimentada".

"¿Que eres, un gato ahora?", Jo extiende la mano y toma la de Ysabel. "No tienes que hacerlo", dice Ysabel. "Dije que sí, y lo dije en serio", dice Jo. "Estoy en esto. No te defraudaré".

"Pero *no debes morir*", dice Ysabel.

"No está en mis planes", dice Jo.

Ysabel cierra los ojos ante eso. "Entonces de acuerdo", dice ella. Abre los ojos. Sonríe solo un poco. Inclina la cabeza para besar la mejilla de Jo, ligeramente, donde había estado el corte.

Becker pasa la mano / una Invitación / Su Corte de Pelo / ese Moderado y Temperado Caballero

Becker pasa la mano por lo poco que le queda de pelo. "Hey", dice mientras Jo pasa por su escritorio. "Has hablado con Guthrie"

"No desde, ¿cuánto?, hace un par de días", dice Jo. “La última vez que estuvo aquí. ¿Por qué?

"No, quiero decir, hablaste con Guthrie", dice Becker. "Dijo que no se sentía bien. ¿Vale? Dijo que por eso no ha venido".

"Yo, eh", dice Jo. Ysabel, parada detrás de ella, frunce el ceño. Un hombre calvo las empuja, tiene una pizca de lápiz labial en la esquina de su boca, los ojos cubiertos de sombras borrosas.

“Lo verás de nuevo el próximo día, más o menos”, dice Becker, “dile que le enviamos su cheque por correo”.

"Está bien", dice Jo.

"Eso es todo", dice Becker con los ojos en el monitor de su ordenador. "Será mejor que encuentres un teléfono". Está escribiendo algo.

"Sí", dice Jo. Pasa del escritorio de Becker hasta la estrecha oficina llena de personas que se sientan frente a los escritorios-cubículo Kelly Green, un par de docenas de ellos colocados en largas mesas plegables contra las paredes. Jo toma una silla al lado de Crecy, que está metiendo un bolso de tapicería en el espacio entre la pared del escritorio y el monitor del ordenador, los auriculares ya le presionan el pelo cobrizo y rizado.

"¿A qué ha venido eso?", dice Ysabel sentada en la silla junto a la de Jo.

"Tres días", dice Jo.

"¿Qué?"

"De acuerdo, escuchad bien", dice Becker. Se está reclinando en su silla, mirando alrededor de su monitor para verlos a todos. "Sí, ya casi hemos terminado con nuestra ronda mensual de Depósito de Mascotas. Y no, no tenemos nada en proceso para reemplazarlo. Eso no significa que pueda tomarlo con calma y arrastrarlo unos días. Tal vez no tengamos nada hoy, pero tal vez aterrice algo mañana, y elegiré a mi equipo según los números. Por eso os conviene mantener vuestros números altos. Sé que Ventas está trabajando en algunas posibilidades de empresa a empresa, lo que significa pequeños equipos y turnos de día. ¿Vale? Y tal vez hay algo político", se encoge de hombros. "Los teléfonos están al rojo. El tiempo corre. Vamos".

Traqueteo de dedos en las teclas, ruido de auriculares extraídos de los teléfonos. "¿Qué son tres días?", dice Ysabel ajustando el micrófono de sus auriculares.

"Buenas noches, señora", dice Crecy en su micrófono. "Llamo de Asociados Barshefsky, una firma independiente de investigación de mercado. ¿Está Sara Ryan disponible? "

"Puesto que Guthrie desapareció durante su turno", dice Jo abriendo la base de datos de sus encuestas en el ordenador. "Si no has llamado, al tercer turno te despiden. Más o menos de forma automática.", le lanza una sonrisa a Ysabel. "Le está cubriendo".

"En serio", dice Ysabel mirando más allá de Jo, "nos está saludando".

Jo se reclina, mira más allá de su mesa. Becker, en su escritorio, con una mano sosteniendo un teléfono en la oreja, las señala con los dos dedos, los mueve y luego los dobla, haciendo señas.

"Ja", dice Jo. "No llevamos aquí el tiempo suficiente para fastidiarla".



Él está de pie entre los dos sillones de cuero bajo las grandes letras de cobre en la pared que dicen «Asociados Barshefsky: Calidad Asegurada». Es alto, su traje es negro con codos brillantes. Su rostro estrecho y sombrío bajo extravagantes flores de ginebra que le resaltan la nariz y las mejillas hundidas. A un lado del vestíbulo se abre una puerta en un torrente de voces inquisitivas y teclas aporreadas. Se da vuelta y asiente. "Princesa", dice.

"Oh", dice Jo.

"Hola", dice Ysabel.

"Vuestra madre", dice y olisquea. Se estremece de repente. "La Reina me ha enviado para pediros que os unáis a ella para la cena".

"Cena", dice Jo. Ysabel le pone una mano sobre el brazo. "¿Cena?", dice ella.

“Un coche os vendrá a recoger a las siete en punto”, dice. "Ahora. Si me disculpáis...", asiente una vez, con la barbilla hundida entre los puntos verticales de su rígido cuello blanco, y se da la vuelta para irse. Se detiene ante las puertas de cristal que conducen al vestíbulo, mirándolas de arriba a abajo antes de estirar una mano vacilante para empujar la barra de seguridad.

"La Reina", dice Jo.

"Sí", dice Ysabel. "Será mejor que nos preparemos".

"¿*Irnos*?", dice Jo, rodeando a Ysabel. "Sólo son las tres pasadas. Ni siquiera hemos hecho una llamada telefónica todavía".

"Lo sé. Nos deja apenas el tiempo suficiente para hacer algo con tu pelo".

Jo frunce el ceño y mete las manos en los bolsillos. "¿Qué le

vamos a decir a Becker?"

"¿Qué si no?", dice Ysabel alegremente. "Que te sientes hecha una mierda".



Es una cueva oscura de garaje, la mayoría de las puertas de la bahía están cerradas por la lluvia. Las luces fluorescentes no logran mucho desde el techo. Cajones de herramientas y piezas, con estanterías por aquí y allá; un taburete de metal rojo junto a una columna, un ventilador alto y quieto. Un único radiador se posa en vertical sobre un par de ladrillos. Junto a un banco de trabajo en la parte posterior, una luz piloto lame el aire de forma irregular.

"¡Yunque!"

El Duque se encuentra en la luz gris claro que entra por la puerta abierta. Se apoya en un bastón de madera, sus dedos agarran el sólido halcón de áspera talla que hace de cabeza. Él está mirando el radiador de pie sobre los ladrillos ante él. Hay bobina de alambre enrollado descuidadamente sobre el mugriento suelo. Él abrigo que lleva es largo y de color ocre, su sombrero es un bombín pardo.

"Aquí no hay nadie", dice la mujer de los vaqueros ajustados. Está a un lado, apartada de la lluvia con los brazos cruzados y los hombros encorvados con su chaqueta bomber marrón. El Duque mira hacia arriba, hacia la parte trasera del garaje. "¡Yunque!", vuelve a llamar. “¡Pirocles! ¡Tenemos negocios!”, golpea el suelo con el bastón.

En la parte trasera del garaje y hacia un lado hay ventanas en el muro de hormigón, una escalera de metal atornillada bajo ellos sube hasta una puerta de metal azul. Las luces cálidas brillan a través de la mugre y las pilas de aglutinantes y papel que se pueden distinguir a través del vidrio. La puerta se abre y un hombre corpulento sale al peldaño superior, se apoya en la barandilla con la

cabeza agachada bajo el áspero techo de hormigón. "Su Gracia", dice. Tiene largos bigotes grises y usa un mono azul sobre una camiseta rosa desteñida.

"¿Dónde están todos?", dice el Duque.

"Es domingo", dice Pirocles.

"¿Y?"

Pirocles se encoge de hombros, baja las escaleras que crujen con cada paso. "¿Qué necesitáis, Su Gracia?"

"¿Cómo está tu, ah, cómo está tu espalda? ¿Sin resentimientos, espero?

“¿Por qué debería haberlos, Su Gracia? Orlando no es vuestro hombre".

"Por supuesto que no", dice el Duque sonriendo. "Necesito una espada, Yunque".

Pirocles se detiene allí, al pie de las escaleras. Encaramado en su frente, un delicado par de anteojos plateados, las lentes pequeñas en medias lunas. Los baja y los limpia con un trapo del bolsillo. "Deberíais ir a Cuchillería Hawthorne", dice colocándose los anteojos. "O puedo aprovechar una de las réplicas", empuja los anteojos por el puente de la nariz con el pulgar. "No tardará mucho, Su Gracia, y se verá bastante bien". El Duque está negando con la cabeza. "Necesito una *espada*", dice. "Una espada nueva forjada a mano para alguien muy particular en mente".

“¿Para quién?”, dice Pirocles.

"Jo Gallowglas", dice el Duque. "Creo que ya la conoces?"

Pirocles mira hacia abajo, con sus bigotes caídos sobre sus labios fruncidos. "Nunca nadie le había dado una espada a un Gallowglas antes".

“¡Lo sé! Seré el primero. ¿No es eso una patada en los pantalones cortos?", el Duque da un par de pasos cojeantes hacia Pirocles. "Quiero decir, técnicamente supongo que yo se la daré a la *Reina* y ella golpeará a Jo en cualquier hombro, golpeará, y luego será *ella* la primera en darle una espada a un Gallowglas, pero bueno. Yo habré hecho mi parte".

“¿La Reina pretende nombrar caballero a un Gallowglas?”, dice Pirocles.

"Si ella lo hará o no...", dice el Duque.

Pirocles se quita los anteojos y se frota la nariz con dedos sucios. "Su Gracia", dice negando con la cabeza, "Yo, ah, no creo..."

"¡Oh, por el amor de Dios!", grita el Duque. "¿Qué tiene que *hacer* un paisano en esta ciudad para que se fíen de él?"



"¿No lo ves?", un mechón de pelo negro cae al suelo de baldosas blancas. "Ella te *reconocerá*. Tiene que hacerlo. Mantén los ojos cerrados".

"Por eso me estás cortando el pelo", murmura Jo.

"Ya te estaba empezando a quedar desaliñado", dice Ysabel.

"Deja de tratar de convencerme de esto", dice Jo. "Estoy aquí".

“Y tus raíces están haciendo que todo se vea tan *fangoso*".

"*Hazlo* ya", dice Jo. Las tijeras se agitan y chasquean y cae otro mechón. "Sólo es cenar con tu madre. No entiendo qué es..."

“*No* existe eso de sólo cenar con mi madre”, otro mechón y otro. "No me ha dejado poner allí el pie, no me ha *visto* en tres semanas".

"Lo sé", dice Jo en voz baja.

"No te culpes". chic-chic. "No es culpa tuya que seas lo que eres. Tampoco es culpa de mi madre que ella sea una pedante reaccionaria oculta". Las tijeras se suspenden ahí un momento. "Continúa", dice Ysabel. "Yo no he...", dice Jo. "Ojos *cerrados*", dice Ysabel. "Me ha pedido que vaya con ella ahora, *sabiendo* que tú vendrás conmigo, ya que todavía tienes mi custodia. Ella te reconocerá, tiene que hacerlo. Tú estarás allí. Creo que esto se trata de otra cosa".

"Otra cosa que no sea ella diciendo oh, hey, ¿cómo te va, Jo?"

"Creo que va a anunciar tu nombramiento de caballero. ¡Aún no hemos terminado!"

"Caballero", dice Jo con los ojos muy abiertos bajo los párpados cerrados. “Como un caballero con capirote de radiante armadura. Como si fuera a ser Sir Jo".

"Serás el Gallowglas", dice Ysabel.

"Pensé que ya era ese el problema".

"Serás un caballero a su servicio, un miembro de su casa. *Mi* casa. Por fin podré ir a casa, Jo, porque por fin podrás venir conmigo. Nunca más tendrás que hacer una llamada de spam".

"Todo eso", dice Jo, "no sé, todo esto está saliendo de la nada".

"Me salvaste anoche".

"Oh". En la habitación principal del apartamento suena el teléfono. "Pero", dice Jo. "Yo lo atenderé", dice Ysabel saliendo del baño. Jo dice: "No habrías estado allí en primer lugar si yo no hubiera...", y luego, "¡Ysabel! No respondas..."

La tijeras chasquean. El último mechón de cabello negro cae al suelo. Jo abre los ojos. Allí, en el espejo sobre el lavabo, hay un

hombre de pie detrás de ella, bajito, mirando por encima del hombro de Jo, congelado, con ojos negros sobre mejillas oscurecidas por el sol y manchas de pecas negras. "Dígame", dice Ysabel desde el apartamento. Anillos de tijera plateados cruelmente aferrados sobre un pulgar ancho y plano y un grueso dedo índice. "El teléfono...", dice Jo. Las tijeras caen al suelo. El espejo está vacío.

"¿Qué coño?", dice Jo.



El cielo de arriba todavía está lleno de una suave luz gris que no se filtra entre los árboles. Acechando el camino, ella no presta atención al pavimento abultado, más allá de un mausoleo cubierto de verde, ladrillos desmorándose entre el agrietado estuco envuelto en una verja de alambre. Su largo abrigo marrón sin cinturón cuelga abierto. «Fiable», dice el cartel oxidado que cuelga del poste de la esquina. «Alambrado y Construcción». Su pelo corto es gris metalizado. Arriba, en la cima de la colina, él está sentado sobre un bajo muro de piedra, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. "Daga", dice ella.

Él levanta la vista. "No desde anoche", dice sacando una mano de su bolsillo. "Juro que pude *sentirlo*", extendiendo sus dedos de repente, "un estallido, cuando me quitaron sal, pan y fuego", vuelve a meter la mano en el bolsillo. "Pensé que toda la *ciudad* podía sentirlo".

"Sidney", dice ella. Aparta la mirada, una mano delante de su cara.

"Sólo Sidney", dice. “¿Lo has traído? ¿El fiat? " Ella no dice nada. "¿Como pedí?", dice. Al otro lado del camino, una tumba yace enterrada bajo flores caídas, las patas de un trípode caído sobresalen hacia un lado, un estandarte que dice «Nuestro Amado» semienterrado en la tierra. Más allá, otra tumba, una lápida oscura,

una imagen plateada grabada en la piedra pulida, un par de bolas como espejos de color púrpura y verde, molinetes pegados en la hierba delante de ellos. Una botella de refresco de naranja sin abrir. "No puedo quedarme aquí", dice él. “Sentado aquí sin más en esta pared. No puedo. Necesito un billete. Para un autobús, un tren, un avión, lo que sea, necesito un billete. Necesito fiat para el billete. ¿Lo has traído?”

Ella baja la mano. "¿Cuánto tiempo...", dice ella, aún apartando la mirada, "nos conocemos?"

"Estás enojada", dice rotundamente.

"¿Cuánto tiempo, Sidney?"

Él dice: "Una noche y un día".

"Una noche y un...", dice ella. "Todo eso y tú..."

"No puedo quedarme, el Yelmo". Se mueve sus pies crujen en la grava en el borde del camino.

"No", dice ella, "no puedes. Saca un pie de este cementerio en cualquiera de los días venideros y los hombres del Conde y los hombres del Duque te cortarán el cinturón y romperán tus espuelas y partirán tu espada. Si es que puedes encontrarla. No", dice ella buscando algo en el bolsillo de su largo abrigo marrón,"No puedes quedarte. Pero no puedes irte, Sidney", ella arroja algo al suelo ante él. "No puedes irte".

Sidney se pone en pie y mira hacia abajo. "¿Qué es eso?", dice. Un cuchillo; desenvainado, empuñadura envuelta en cuero marrón, hoja larga de un solo filo; allí entre sus pies. "¿Una broma?"

"Recógelo", dice el Yelmo.

"No es gracioso", dice Sidney.

"Recógelo", dice el Yelmo. En su mano una espada, corta y ancha, con una guarda redonda y maltratada que se mueve suelta sobre la

empuñadura. "No vas a subir a un autobús, no vas a subir a un tren, no vas a subir a ninguna lata de hojalata. No vas a navegar río abajo hacia el mar. Recógelo, Sidney. No te vas".

"El Yelmo", dice.

"No me lo dijiste", dice ella.

"Dijiste que no te dijera lo que haría".

"No me dijiste lo que estabas *haciendo*, Sidney".

"Y dijiste que así no me dirías que no lo hiciera".

"¡*No sabía qué era*!"

"Eso no es así", dice Sidney, "yo...", y luego cierra la boca. Se arrodilla lentamente. "No puedes", dice, "no puedes atacarme aquí". No echa mano al cuchillo. “Cementerios e iglesias. El Hacha", dice,"rompió su juramento..."

"Intentaste destruirla", dice el Yelmo.

"¿Y me destruirás?", dice. "No veo ningún Gallowglas".

"¿Quién duerme en el suelo a nuestro alrededor?", ella se mueve, sujetando la espada, las faldas de su largo abrigo marrón enrollado en su brazo izquierdo bajado delante de ella. "Veamos qué sucede".

"El Hacha", dice, su mano por encima del cuchillo, "rompió su juramento..."

"No te corresponde a ti juzgar", dice ella, y avanza con un corte bajo hacia su brazo cuando él arrebata el cuchillo del suelo y salta atrás, encontrando la hoja de ella en alto frente a su cara. "¡Al Rey Retornado!", dice. "¡Su juramento!"

"¡No hagas esa llamada!

"¡*Alguien tiene que hacerla*!" Él encuentra la hoja con su cuchillo,

un golpe raspado mientras empuja ambas manos hacia atrás en la empuñadura. "¡Alguien tiene que demostrar que no todos somos caballeros de alfombra y cacatúas!"

"Pues pruébalo". Ella lanza un corte a los brazos, a la cabeza, él retrocede agachándose, balanceando el cuchillo en tajos irregulares que ella aparta con su brazo envuelto. Ella se avalanza atacándole ampliamente mientras él gira y se lanza a su vez. Se quedan quietos, un momento de proximidad, cara a cara. "Linesse", dice. Ella retrocede con el cuchillo clavado en su hombro izquierdo. Deja caer su espada sobre la hierba. Alguien en el camino se ríe. "¿Qué has hecho?", dice Sidney.

"Es lo que tú me has hecho", dice el Yelmo. “Atacarme en su suelo. A ella no le gusta eso".

“Hiciste esto a *propósito”*", dice Sidney. Hay un destello de luz blanzoazulado, todo sobre ellos se ilumina por un instante, se cubre de nítidas sombras negras.

"No te quedarás", dice el Yelmo. "No te irás. No nos avergonzarás", ella saca el cuchillo y hace una mueca. "Adelante", dice ella dejándolo caer a sus pies. "Ahora eres de ella". Sidney se da vuelta y la mujer que está detrás de él abre los brazos. En una mano un nudoso bastón gris, liso y brillante como la madera a la deriva, su punta es una chispa blancoazulada demasiado brillante para mirarla. Él retrocede pero su brazo está atrapado, su mano ya está hundida en los jirones de la capa negra de la mujer que flotando en el viento repentino. Ella se ríe de nuevo y abre los ojos, su boca se abre mientras ella pasa sus brazos alrededor de él y el viento se apaga. Sidney ha desaparecido.

Con una mano sobre su hombro, el Yelmo se arrodilla, gruñendo, mirando la hierba. "Yo", dice ella, "no puedo..."

"No es el recipiente lo que me importa", dice la mujer. Cierra su capa con la mano libre en la garganta. La punta de su nudoso bastón gris todavía ilumina en azul brillante. “Ni de sangre ni de miel. ¿Qué es otro derrame?", sonríe. El Yelmo aún está sobre sus rodillas. "Qué truco tan cruel haber jugado con ese joven".

"Madam", dice el Yelmo. "No pretendo ser irrespetuosa, pero no puedo encontrar mi espada".

“Te han traicionado, caballero”, dice la mujer, “y la traición debe tener un traidor. *Eso* es lo que me importa".

"Madam", dice el Yelmo poniéndose lentamente de pie.

“No te preocupes”, la mujer extiende sus brazos una vez más. ¡Qué trabajo tengo para vosotros! Ambos estaréis bastante ocupados".

“¡Por supuesto!”, dice Ysabel / Desabotonando / a Su mesa / Feliz Cumpleaños

"¡Por supuesto que no iba a hacerlo yo misma", dice Ysabel. El taxi comienza y luego se detiene cuando una mujer bajo un paraguas transparente cruza la calle delante de ellas. "Dichosos peatones", murmura el conductor.

"Podrías haberlo dicho, eso es todo", dice Jo. "Antes".

"Podrías haberlo preguntado", dice Ysabel. "¿O no te has dado cuenta de que no has tenido que lavar la ropa en semanas? No se lo *agradeciste,* ¿verdad? ", fulmina con la mirada a Jo. "¿Ni le preguntaste su nombre?"

“¿Al hombre misterioso de mi espejo?” dice Jo. “Estaba demasiado ocupada sorprendiéndome. Tienes que contarme estas cosas...”

“¿Qué hay de tu *madre*? ¿Qué tal si hubieras dicho algo sobre *eso*?"

"Te dije que no contestaras al teléfono", dice Jo.

“¡¡Debido al *spam*!!"

"Damas", dice el conductor.

“¿Podemos preocuparnos por *tu* madre en lugar de la mía?” dice Jo.

"Damas, estamos aquí", dice el conductor. El taxi se ha detenido junto a un muelle de carga que se eleva en verde oscuro hasta una barandilla de metal negro y mesas bajo sombrillas grises. Ysabel ha abierto su puerta. El conductor está girando hacia el asiento trasero cuando Jo abre la puerta. "Cuatro setenta y cinco", dice. "¿Damas?"

"Oh", dice Jo saliendo por la puerta. "Dijo que enviarían un automóvil, quiero decir..."

"Cuatro setenta y cinco, señorita", dice el conductor.

"Tenga", dice el hombre alto que se acerca a la parte delantera del taxi. Su traje es negro, su cara estrecha y sombría. "Tenga", dice. En una mano enguantada de blanco, sostiene un billete doblado de cinco dólares. Ysabel ha subido los escalones del muelle de carga. Un reloj redondo cuelga allí, las manecillas azules iluminadas de neón blanco. Jo coge el billete y, negando con la cabeza, se agacha hasta la parte superior de su bota y saca un pequeño fajo de billetes sujetos por un clip de carpeta de tamaño mediano. Libera un par de un dólar y los entrega junto a los cinco pavos al conductor. "Señorita", dice un chico con un chubasquero azul y blanco en un pedestal de paje junto a los escalones. Observa al SUV amarillo rodando bajo la lluvia. Hay risas de un grupo de personas alrededor de una de las mesas, rojizas bajo el resplandor de las lámparas de calor. Ninguna de ellas es Ysabel. "Dentro", dice el hombre alto, haciendo un gesto con una mano ahora desnuda. El taxista lleva el morro del SUV de vuelta a la calle.

Dentro, mesas iluminadas con velas y sillas bajas color marrón, con telas aquí y allá como cortinas de gasa marrón grisáceo colgadas de gruesas vigas blancas. El suelo muy gastado, pintado de blanco. "¿Grupo de Perry?", dice la mujer junto al puesto de anfitriona. "Su mesa no está lista, pero si quiere esperar en el bar." Detrás de ella, un salón oscuro y de techo bajo, amurallado aquí y allá por más cortinas, iluminado por una pared de botellas de licor, la luz blanca brilla con color de caramelo y rojo, verde y amarillo, naranja y la fría nada transparente. Un sintetizador suena bajo un bucle de chicos cantando «oh, oh ah oh». Ysabel está allí con su minivestido de manga larga que brilla en plata y blanco, una bebida ya en la mano. Un tambor toca bajo la música que se abre con un sonido de guitarra como un motor a reacción. «Oh, pero salimos de noche», cantan los chicos. Ysabel se ríe. El hombre a su lado sonríe, diciendo algo más. Las trenzas blancas rozan los hombros de su traje azul de algodón. Roland se sienta allí, encorvado a una mesa con la cabeza sobre las manos, los auriculares en las orejas.

Ignorando al hombre que se inclina ante él con pelo rojo y baila. Marfisa está junto a la barra con un vestido pálido y azul. "¿Tomo vuestro abrigo?", dice el Duque.

Jo niega con la cabeza con las manos en los bolsillos, cerrando su chaqueta verde militar. "¿Cómo está tu pierna?", le pregunta ella.

Él se echa hacia atrás apoyándose pesadamente en su bastón de madera. "Presta cierta seriedad, ¿no os parece?"

"Dijo *cena*", dice Jo. "No esperaba un restaurante normal, ya sabes. Un restaurante normal y elegante".

“La Reina puede llevaros a su casa”, dice el Duque, “pero nunca os dejará entrar en su casa. ¿Qué pasa con el blasón?", le señala la camisa de color amarillo brillante, una ardilla con una bellota posando con brazos rígidos en una línea defensiva. "No es sabueso, ni halcón, ni colmena", dice, "ni liebre, ciervo o hueco. Sino ardilla".

"Ysabel dijo que usara algo amarillo", dice Jo mirando a su alrededor. Marfisa se ha alejado del bar y se dirige hacia la parte de atrás del restaurante. "¿A dónde ha ido ella? Debería...”

"Todos somos amigos aquí", dice el Duque poniendo la mano sobre el brazo de Jo. "Permítidme invitarla una copa. Hacen un Manhattan donde enjuagan el vidrio con oporto. Es...", se besa las yemas de los dedos. "¿Qué decís?"



"No es mucho", dice Marfisa al oído de Ysabel.

"Todavía me queda mucho", dice Ysabel. Hay una leve huella de labios ha quedado en el cuello de Marfisa. En la palma de su mano, junto a la cadera de Marfisa hay una pequeña bolsa de plástico transparente, un dedal de oro brillante. "Eres demasiado generosa". El cabello oscuro está frente a los rizos del color de la crema

cuajada. "Deberías dejar algo para ti". Otro beso en su mejilla, en su boca. La otra mano de Ysabel suelta un botón del vestido de Marfisa y otro. «Todos esos chicos hermosos», canta una voz aflautada por unos altavoces invisibles. «Tatuajes de barcos y tatuajes de lágrimas».

"Milady", dice Marfisa. Apartando su cabeza. "No podemos". Retrocede contra la esquina del baño. La mano de Ysabel cae. "¿*No puedes*?", dice ella. "Esa frase no funciona. Aqui no. No conmigo".

"Están *todos* por aquí", dice Marfisa. "Mi hermano..."

"Y no tienen ni idea", dice Ysabel, tirando de Marfisa hacia ella. Besándola y volviéndola a besar. "Mi madre", dice Ysabel, "siempre llega tarde". Suelta otro botón sobre las rodillas de Marfisa y otro.

"Roland", dice Marfisa.

"Roland es un zoquete", dice Ysabel.

"Roland lo vio".

"¿Vio qué?", dice Ysabel inclinándose hacia atrás en los brazos de Marfisa, mirándola.

“A nosotras, Milady. La noche de la cacería, cuando nosotras... dejamos de jugar. Él dijo eso. Me dijo...”

"¿Qué te dijo?", dice Ysabel.

Marfisa saca una mano de la parte baja de la espalda de Ysabel para pasar las yemas de los dedos por la mejilla de Ysabel. "Os amo, princesa", dice ella. “Más allá de toda razón. Pero eso depende sólo de mí. Estáis prometida al Rey...” Ysabel se libera de su agarre. "Milady, escuchad, por favor, os prometieron..." Ysabel tira del cerrojo en la puerta del compartimento, abre esta saliendo al tocador. «A los ochenta y siete años», canta una mujer por unos altavoces invisibles. «Podría justificadamente ser llamada la última en subir al cielo surrealista».

"Entonces has decidido", dice Ysabel de espaldas a Marfisa. Bolsa de polvo en un puño cerrado.

"No tengo otra opción", dice Marfisa.

"Sí *la tienes*", dice Ysabel. "Te la estoy dando. Marfisa. Por favor".

"Roland..."

"¡*Roland*!", Ysabel se da la vuelta, fulminando con la mirada. "¡¡¡¡¡Por *supuesto*!!!!!"

"¿Qué queréis...?"

“¡He dicho que *por supuesto* que nos vio! ¿De qué otra forma iba yo a conseguir que me *dejaras en paz*?", Ysabel se acerca a los lavabos. "Como un jodido cachorrito de dos metros, lo juro", coloca la bolsa en el mostrador y hace correr agua fría sobre las manos. “Ve a encerrarte la boca y las manos y el corazón en tu habitación, el Hacha. Estarás perfectamente a salvo. Él es muy discreto, no dirá una palabra. Obsérvalo todo desde tu ventana, el Hacha. Yo me voy a casa”. Se salpica la cara con agua, saca toallitas de papel del dispensador para secarse las manos. “Mi madre tomará a Jo como caballero y ella vendrá a casa conmigo y *nunca* me dirá que me prometí a *alguien*", Marfisa no la está mirando. No se ha movido. "Tendré todo lo que necesito", dice Ysabel. "Puedes *pudrirte*", Marfisa. "Püdrete *a salvo*. No necesitaré tus *patéticas* limosnas nunca más." , inclinándose sobre el lavabo golpea el espejo con la bolsa, aplastándola hasta que se abre de golpe, el polvo de oro nubla su mano , raya el espejo, el cristal se oscurece, cruje, una grieta lo atraviesa de repente hasta el marco. El polvo se deposita en el mostrador y se ennegrece donde toca el agua que se acumula en el lavabo. Ysabel se da vuelta para irse. Marfisa se lleva las manos a la boca. En lo más profundo de su garganta, un lamento afilado, casi un gruñido.



Riendo, Jo baja las escaleras, sus botas, su falda escocesa, su camiseta amarilla. Su chaqueta ha desaparecido. El Duque va unos pasos detrás de ella. "Mano al corazón", dice.

“¿Y luego él?”, dice Jo.

"Justo sobre el borde", dice el Duque. "Perdí la cuenta después del quinto rebote". Jo se ríe más fuerte tropezando con el último escalón, brazo saliendo hacia fuera produciendo un tsunami de licor en su copa de cóctel. "Uooh", dice el Duque agarrando su otra mano. "Oh", dice Jo mirando a su alrededor. Es una habitación cerrada, lo suficientemente grande como para que la mesa que recorre el centro esté cubierta con una tela blanca, forrada con copas de vino lamidas por la luz de las velas. Banquetas de cuero a lo largo de una pared detrás de una fila de mesas más cortas. Las otras paredes están repletas de bastidores de botellas de vino del suelo al techo, miles de botellas, parpadeantes de color verde orcuro y verde miel y marrón sangre. Ysabel se sienta en una silla marrón de respaldo recto, los codos sobre la mesa, la barbilla en las manos y una mano envuelta en una servilleta blanca. La luz de las velas adorna los bordados de plata de su vestido. Sus ojos están ocultos detrás del cabello. Al otro lado de la mesa, un anciano con un traje azul claro, cabello de marfil, una loca corona alrededor de su cabeza rosa que se menea. Allí, a la cabeza, un joven de algodón azul con sus trenzas blancas adornadas de oro, sonriendo y diciéndole algo a un hombre mayor con una camisa blanca almidonada y delantal blanco que le está cepillando los zapatos. "Gallowglas", dice Roland. Su chaqueta a cuadros verdes y negros. Su mano en el respaldo de la silla marrón recta de Ysabel.

"Una palabra tan fea", dice el Duque soltando la mano de Jo.

"La verdad es con frecuencia fea, Su Gracia", dice Roland.

"La verdad es un proceso, chico", dice el Duque cojeando en la habitación. Su abotonado chaleco es de ante rojo intenso con espalda a rayas. “No es culpa nuestra que se convierta en mierda en tus manos. Querrás sentarte al lado de la Princesa", le dice a Jo.

"¿*Chico*?", dice Roland.

"Privilegios de rango", dice el Duque alegremente. Jo está sacando una silla al lado de Ysabel. "¿Estás bien?", le dice a ella en voz baja.

Ysabel levanta la vista de la servilleta envuelta alrededor del puño. "Estoy bien", dice ella. "¿Por qué preguntas?"

"No sé", dice Jo. "Acabo de pensar que..."

"¡Remolacha asada!", grita el viejo. “Roja y dorada con rúcula y espinacas y las primeras naranjas sanguinas del año. Aceite de oliva virgen de una primera prensa fría y pimienta molida...*no* machacada... un vinagre de jerez y sal marina ahumada sobre un fuego de aliso. ¡Aliso!", golpea la mesa con un puño sorprendentemente grande para un brazo tan flaco. "Yo lo sabría si no fuese así. Y el risotto, con la calabaza de la herencia y las setas. ¿No *fueron* recogidas esta mañana?". De repente se queda mirando a los demás. "¿Con los chalotes?"

"¿Ya estamos pidiendo?", dice el Duque sentado un par de lugares más allá del viejo.

El camarero en su delantal inclina cuidadosamente la cabeza sin sonreír, asiente y se encoge de hombros de inmediato. "Tenemos una succotash", comienza a decir.

"Sorpréndeme", dice el Duque. “¡Agravante! ¿Habéis conocido a Jo Gallowglas, quien salvó a nuestra Princesa de un destino de lo más nefasto?”

"Lo habitual, sí", dice el hombre en algodón azul. "Me gustaría mucho el risotto y la ensalada de veinte verduras. Y no", dice mientras se dirige hacia Jo, con la mano extendida,"no he tenido el honor, no en persona, aunque, por supuesto, os vi en la cacería del equinocio del Duque. Agravante." Jo medio se levanta para estrecharle la mano. "El Mango del Hacha".

"El hermano de Marfisa", dice Jo.

"El mismo", dice Agravante.

"El risotto", dice Ysabel. "No es una reliquia", comienza a decir el camarero, y ella dice: "Está bien".

“¿Estamos todos? ¿Sabes lo que deseas?", le dice Jo a Roland.

"La ensalada de cebolla", dice él.

“Quiero decir, creo que había más de nosotros o algo así, supongo. Más allí. La fiesta, quiero decir", dice Jo.

"¿Elegiríais quién se sienta a Nuestra mesa, señorita Maguire?", dice la Reina erguida al pie de las escaleras vestida de negro. El Duque sonríe. Ysabel está desenrollando la servilleta de su puño. "No, madam", dice Jo, "majestad, yo, um. Madam. Nunca antes había estado en una cena en un elegante restaurante con una Reina. No conozco el protocolo".

"Uno nunca podría conocerlo", dice la Reina. Se ha acercado a la cabecera de la mesa. "¿Sabéis lo que os gustaría?", dice ella al sentarse.

"El, um", dice Jo mirando al camarero, "¿filete? El como se llame de Nueva York, con el, um", el camarero no asiente. No esta sonriendo. El Duque está mirando una copa de vino vacía al final de la mesa. Ysabel ha envuelto la servilleta alrededor de los dedos de ambas manos. El viejo está mirando a Jo, un gordo puño temblando sobre su plato, y la Reina sonríe para sí misma.

"¿La succotash, tal vez?", dice el camarero.

"Claro", dice Jo. "La succotash".

"También me gustaría eso", dice la Reina. ¡BUM! Tintineo de cubiertos y vasos. "Lo traes contigo a donde vayas, niña", gruñe el anciano y golpea la mesa de nuevo con el puño. "*Sangre* y muerte..."

"*Basta*, Frederic", dice la Reina. Él baja el puño, lo abre sobre la mesa, los dedos doblados y temblorosos. "A menos que una cena sea

un asunto de estado, señorita Maguire, preferimos que sean pequeñas e íntimas. Les hemos pedido a Nuestros vasallos que cada uno trajera un solo invitado, como lo hizo nuestra hija, tanto como Nos hicimos con nuestro el Carro. El Conde, por supuesto, ha traído a su nieto. ¿El Duque, sin embargo ...?”

"Parece que mi el Yelmo está comprometido", dice el Duque.

“¿Quizá ella fue a busca a vuestra la Daga?”, dice la Reina. "No importa. Pero a pesar de que esta es una cena pequeña e íntima, todavía hay asuntos que realizar antes del pan. El Duque ha solicitado con la honestidad lo que no pudo lograr a través de la astucia: ha pedido abiertamente que seais nombrada caballero en honor al servicio que Nos prestó anoche".

"Pero no *formalmente* solicitado", dice el Duque.

"¿Por qué tan modesto, Leo?", dice la Reina. Él se encoge de hombros. "¿Tiene algo que decir a esta noticia, señorita Maguire?"

"Lo que hice, Madam", dice Jo, "no lo hice por ninguna recompensa u honor. Estábamos siendo *atacadas*. No voy a dejar que eso suceda sin más".

“¿Quizá escuches, entonces, cuando te digan que no se debe jugar en el territorio de nuestra hermana? No importa. Hemos decidido aceptar la solicitud del Duque. Aún siendo informal".

Ysabel deja escapar un suspiro que había estado conteniendo. El Conde vuelve a cerrar la mano en un puño. El Duque sorbe su cóctel. Agravante frunce el ceño. Roland se queda quieto con las manos en el regazo.

"Os crearemos un estandarte de caballero, Jo Maguire, en el Samani a finales de este mes".

“¿Estandarte?” dice Jo.

"Un gran honor", dice el Duque frunciendo el ceño. Deja su copa de cóctel. "Un *muy* gran honor", dice Agravante. No está frunciendo

el ceño. Ysabel aprieta más la servilleta.

"Lo siento", dice Jo, "pero, ¿qué significa eso?"

"Podéis luchar bajo vuestro propio emblema", dice Agravante. "La ardilla", dice el Duque. El Conde está sentado en su silla con el puño cayendo. "No respondéis a nadie", dice Agravante. “Como el Mooncalfe. Pero nadie es responsable de vos tampoco. Aún así: los mortales no necesitan owr, y tres semanas sin haberle hecho mucho daño a la Princesa." Ysabel arrastra su silla hacia atrás y deja caer su servilleta en su plato. Jo pone su mano sobre la de Ysabel. "¿Pasa algo malo?", le dice.

"Por supuesto que no", dice Ysabel.

"¿No es esto lo que dijiste que pasaría?"

"Dije..." dice Ysabel. "Quiero irme...", se pone en pie. “A lavarme la cara. Suelta. Por favor".

“Lo dije en serio. Correría el riesgo".

"*Jo*".

“Que alguien pelee conmigo. Si eso es lo que se necesita para corregir esto. Yo..."

Agravante se está riendo. Ysabel ha liberado su mano. Se aleja a lo largo de la larga mesa blanca.

“¿Qué *ha pasado*?", dice Jo.

"Nadie os desafiará", dice Roland en voz baja. "Si hay una ocasión, perderías deliberadamente".

"Dijisteis que sí, Gallowglas", dice la Reina.



"No puedo tenerla en mi casa", dice la Reina en voz baja. Ysabel no se gira para mirarla. Al otro lado de la barra, Jo le está entregando un ticket a la anfitriona. "Hacer tal honor a un Gallowglas cuando los lacayos están *muriendo* y los caballeros huídos de la ciudad es... impensable". La Reina pone su mano sobre el hombro de Ysabel. "¿Quién te traía el owr? ¿El Hacha?", Ysabel se sobresalta ante eso. "¿Creías que estaba ciega, chica?", dice la Reina. "¿Creías que *me importaba*?"

"Seré Reina, madre", dice Ysabel.

"Un día, sí", dice la Reina.

"*Pronto*", dice Ysabel. "Lo he visto. Y ella estará a mi lado", la anfitriona le está entregando a Jo su chaqueta militar verde. "Ella es mucho más fuerte de lo que crees".

"Pobre Erímatos", dice la Reina levantando la mano del hombro de Ysabel. "Yo también he visto cosas", dice ella. Se acerca y murmura al oído de Ysabel. "No serás tú quien le rompa el corazón".

"Toma", dice Jo tendiéndole la chaqueta a Ysabel.

"¿Por qué?", dice Ysabel.

"A menos que tengas efectivo para un taxi, caminaremos. Y no tienes abrigo. Y ninguna de nosotras tiene paraguas. Pero, ¡hey!", sostiene una bolsa de papel blanco. "Al menos tenemos mucho risotto para el almuerzo".

"Te congelarás", dice Ysabel aceptando la chaqueta.

"Pues date prisa", dice Jo. "Tal vez sea un kilómetro. Vamos". Se da vuelta para irse.

"Feliz cumpleaños, Jo", dice Ysabel poniéndose la chaqueta.

"¿Qué?", dice Jo frunciendo el ceño.

"Es lo que dijo tu madre. Por teléfono. Dile feliz cumpleaños de mi parte".

"Te *dije* que no quería hablar de eso".

"Bueno, pues yo no lo sabía y pensé que debía decir algo. ¿Cuándo fue?”

"Ayer", dice Jo todavía con el ceño fruncido. "El uno".

"Feliz cumpleaños, entonces", dice Ysabel.

“¿Qué ha pasado?”, dice Jo. "Se suponía que debía ser caballero o lo que sea y lo voy a ser, ¿y eso es lo peor del mundo de repente?"

"No ha pasado nada, Jo", dice Ysabel. "Nada ha cambiado. Nada en absoluto".

Sentado a la Orilla del Mar

«Sentado a la Orilla del Mar», canta la radio. «Tenía un cuarenta y cuatro alrededor del cuerpo y un banjo en la rodilla». Él apaga el motor. La radio queda en silencio.

Es un hombre grande ocupado en la parte trasera de la camioneta. Su gabardina azul, capucha puesta, brilla a la extraña luz tenue de la mañana. Aparece con un par de guantes de trabajo grises y se los pone. La lluvia gotea en su capó cuando se inclina hacia la camioneta nuevamente. Largos bigotes grises caen a ambos lados de su boca chata. Aparece con algunas cuerdas elásticas de colores brillantes y un brazado de sacos de lona.

El edificio al otro lado de la calle es un largo almacén, una pared de metal corrugado gris se ve interrumpida aquí y allá por puertas de garaje. Grandes letras de pintura descascarada dicen « Almacenes Bushnell, Corp» en las puertas. Abajo, al final, hay una porción de aparcamiento, un remolque de plataforma con una carga de barras de refuerzo. Él se para allí un momento junto a un poste de teléfono, mirando por encima del remolque. La barra de refuerzo es larga, recta y negra, apilada cuidadosamente y envuelta en plástico transparente a cuenta de la lluvia. Las gotas de lluvia caen sobre su capucha. Hay una tarjeta blanca clavada por encima de su cabeza. «5 + Acres», dicen las letras negras descuidadas. «55K Lg» abajo. Otro letrero clavado en el siguiente poste de la línea dice lo mismo. Levanta la carga de saco y cuerdas sobre un hombro y pasa el remolque, rodea la parte trasera. Más allá de la pared posterior del almacén hay una pila de chapa oxidada, enredos de cable de acero, barras de refuerzo dobladas y rotas que sobresalen en ángulos extraños, veteadas de naranja y rojo. Se frota las manos enguantadas, sus bigotes se extienden en una sonrisilla.

"Hey", dice un chico joven con un mono verde sin forma sobre los escalones de hormigón junto a la puerta trasera del almacén. "¡Hey! ¿*Qué* coño está haciendo?

El hombre corpulento se endereza y se cepilla las rodillas. "Soy el

Yunque", dice, mirando por debajo de su capucha. “Pirocles. ¿Está Mike Abierto?”

"¿Quién?", dice el joven con mono verde.

“Ve y encuentra a Mike Abierto o Doble Tom. Diles que el Yunque está aquí".

"¿Conoces a Tommy Tom?"

"Sí", dice Pirocles poniéndose de cuclillas de nuevo. "Vale", dice el joven abriendo la puerta de atrás. Pirocles está echando mano bajo una esquina de la pila para tirar de algo. Se agacha para meter ambas manos allí, luchando por sacarlo.

La puerta trasera se abre de golpe y un hombre bajo y pesado con mono verde sin forma sale a la lluvia. "Cabronazo de zapatos blancos", dice sonriendo. "¿Qué, vienes a llenarte la nariz de olor honesto?", lleva una gorra azul de malla que dice «Vanport 15».

“Esto, esto es bueno. Me gusta. ¿Puedo quedármelo?", Pirocles no levanta la vista de la larga barra de metal suavemente curvada en su regazo. La está acariciando con sus manos enguantadas, operando en las escamas de óxido, liberando algunas con una palmada.

"Eso es de un amortiguador", dice Doble Tom. "Creo que del Buick muerto de Peabo. No tengo idea qué demonios está haciendo aquí".

"El coche nunca fue tan rápido como quería", dice Pirocles. "Necesitaría recortarlo, pero el óxido ayudará con eso. También algo de cable", señala hacia atrás por encima del hombro sin dejar de mirar la barra. "Puedo tomar una bobina en lugar de tratar de cortarla aquí".

"Primero tienes que decirme qué estás haciendo", dice Doble Tom apoyado en la barandilla de metal.

"El cable es como calentamiento", dice Pirocles. “Quizás para un par de cuchillos. ¿Pero esto?”, levanta la vista de la barra, su

capucha cae hacia atrás para asentarse sobre sus hombros. "Esto voy hacerlo una espada".

Doble Tom silba. "¿Y cuánto tiempo ha pasado desde que hiciste una de esas?"

"Un tiempo", dice Pirocles mirando de nuevo la barra. "Bastante tiempo". La lluvia brilla en su cabello gris muy corto. "Pero tampoco es que *se me haya olvidado*".

Coda 6

No importa las caras de hollín
¡Cuando tiras de la fragua!

—Emily Dickinson

N° 7: Empapado en Ginebra

Dos dedos de Bourbon / “Yo Gente”

Vertiendo dos dedos de bourbon en una taza de café, hace una mueca, los ojos muy abiertos, la cabeza moviéndose, "*Luchan*", dice con la boca dentro de su salpimentado Van Dyke, alrededor de las palabras. Coloca la botella en el borde de una larga mesa perdida bajo montones de libros y pilas de papel, levanta el corcho y lo mete en su sitio, luego toma la taza de café y echa un largo trago. Su otra mano es un gancho de metal al final de una prótesis beige unida justo por debajo del codo. Baja la taza, apaga la luz.

Más allá de las puertas dobles, bajo una luz esmerilada de respiradero, una habitación amplia y profunda, el extremo más alejado perdido en las sombras, una pared forrada con espejos de suelo a techo. Ella está en medio de ella, su dedo del pie descalzo se interesa en una X de cinta adhesiva azul pegada al suelo. Su cabello con una gran corona de pequeñas trenzas enrolladas con hilos de colores y cuentas, todo sobre su cabeza con una bufanda de seda azul. Media docena de niños se alinean entre ella y los espejos, pantalones de chándal y pantalones de yoga, pantalones cortos de gimnasia sobre pantalones largos, un chaleco suéter marrón sobre una camiseta blanca. Ella los mira, un mechón de cabello se desliza por la bufanda y le cae por el hombro. "*Luchan*", dice ella en voz alta.

Junto a las puertas, él resopla. Está soltando con el gancho la cuerda de un manojo de espadas.

"Shakespeare nunca fue muy bueno en las direcciones de escena", dice ella, "pero aquí estamos, en el clímax de nuestra obra, nuestro Harry y nuestro Hotspur finalmente se han encontrado en el campo de batalla, y ¿cómo el Bardo enmarca la acción épica de su clímax? Luchan". Un murmullo de risas, alguien se ríe. Él agarra las espadas en su brazo derecho, liberando la cuerda. "Por lo tanto, necesitaremos", dice ella, "escribir nuestra propia escena de *acciones*

para complementar las *palabras*. Pero". Mantiene el momento ahí, hasta que todo ellos quedan quietos, la están mirando, incluso la muchacha que reía con la camiseta que dice «Bardo que Muerde». "El bloque de coreografía que ideemos es lo mismo que las palabras en papel". Mira hacia abajo y luego a la X, sonriendo. "Lo mismo. Todos debéis volveros tan hábiles con una espada como lo sois con vuestra voz: para *saber*, Shaquina", habla para la muchacha que reía, "cómo responder, tan *seguramente* como ya sabes, cómo decirle que ya no vas a tolerar sus vanidades. Para *saber*, Jason", habla para el chico del chaleco suéter, "no sólo que debes conducirla y subir a la izquierda, sino *cómo* lo haría Harry", luego se gira con un movimiento magnánimo de su mano y le presenta junto a las puertas. "Vincent Erne ha sido el director de combate de todas las producciones de Diente Serpentis que ha necesitado uno".

"*Casi* todas", murmura él caminando hacia la línea de niños, las espadas traquetean.

“Os entrenará en el combate escénico y trabajará estrechamente conmigo en los bloques de lucha, pero lo más importante es que trabajará con cada uno de vosotros para que os sintáis cómodos con esta forma ciertamente extraña de moverse... con estas *armas* en vuestras caderas y en vuestras manos". Él les va ofreciendo el grupo de espadas aún debajo del brazo, golpeando las empuñaduras con su gancho. "Continúa", dice él. "Hasta que", dice ella, "ya sepáis, en vuestros *huesos* cómo moveros, cómo golpear, como Harry, como Hotspur, como Falstaff o como el Rey".

"Judith es demasiado amable", dice él. "Yo me conformaré con que ninguno de vosotros os saquéis un ojo". Y ellos se ríen con las espadas en la mano, tocando las puntas romas, moviendo las espadas y haciendo poses en los espejos. "Han pasado doscientos sesenta y siete días desde nuestro último accidente laboral", dice, y ahora hay carcajadas en lugar de risas, y el balanceo se detiene. "De acuerdo. Parece que todos sabéis por qué extremo se agarra, así que pasaremos directamente a la lección dos..." Una de las puertas dobles cruje al abrirse. Judith vuelve la cabeza bruscamente, las cuentas metálicas suenan. "Disculpe", dice ella, "este es un ensayo cerrado".

"Lo siento", dice Jo Maguire con una mano en el pomo de la puerta. "No tenía el número de teléfono". Renquea entrando en la habitación, su cabello castaño corto y liso, su chaqueta militar verde, oscura por la lluvia. Debajo de su brazo izquierdo, un bulto largo y delgado envuelto en toallas. "Podría volver".

"Por favor", responde Judith, aún sin volverse hacia sus hijos.

"Hemos terminado, tú y yo", dice Vincent.

"Sí", dice Jo, "yo solo, quería hablar sobre...", pero Vincent ha comenzado a cruzar la habitación hacia ella, hacia las puertas, con la última espada en su mano, hacia Ysabel, camina pasando por su lado, Empuja hacia atrás la capucha de su chaqueta amarilla, con los mechones de cabello negro y brillante cayendo libremente, la cabeza de Vincent se agacha al caer sobre una rodilla a sus pies, los pies de Ysabel, la espada apoyada en el suelo primero ante ella, su gancho recogido en la parte baja de su espalda.

"Majestad", dice.

"*Alteza*", murmura Ysabel sonriendo un poco.

"Por supuesto", dice Vincent sentándose sobre sus talones. "Milady". La mira, ve el feo moratón que le engulle el ojo, el rasguño a lo largo del pómulo. "¿Qué?", dice él, y traga, "¿qué ha pasado?"



El santuario está oscuro. La luz de la calle teñida de rosa se filtra a través de ventanas altas y estrechas, un falso amanecer que mancha columnas blancas que se ciernen sobre los pasillos. Jo está sentada hacia el frente desplomada, sus mugrientas Chuck Taylors diferentes negra y blanca se apoyan en la parte posterior del banco delante de ella. El clic de un cerrojo de la puerta en algún lugar de atrás. Un hombre sale de las sombras bajo el balcón de barandillas

blancas, su cabello es una impactante oscilación color rosa anaranjado mientras baja por el pasillo, sus ojos se hinchan sobre una sonrisa incierta. "*Ahí* estás", dice. Su chaqueta de cuero cruje cuando dobla los codos y las rodillas en el banco frente a ella.

"Es que lo necesitaba, no sé", dice Jo. "Soy tan jodidamente idiota". Frente apoyada en la mano, codo apoyado en la rodilla delante de ella. "Una pensaría que ya lo habría descubierto. Nunca vayas a ningún lado con ella. No sin un jodido ejército".

"Podríamos seguir esperando", dice él. Está mirando la botella en sus manos, el cristal verde oscuro a la tenue luz.

"¿A quién, al Duque?", dice Jo. “¿Roland? Cualquiera que nos ayudara tendría que pasar por ellos ahí fuera, igual que el Yunque. Bien podría esperar a que *ella* apareciera y a sus malditos diecinueve nombres.

"Ella no cruzaría el río", dice mientras tira la botella hacia ella.

“¿Qué más tiene ella que lo haría?” dice Jo.

Él se encoge de hombros, desenrosca la tapa. Echa un trago. "Entonces *no* esperes", dice mirando hacia el techo. "Él está debajo del maldito puente". Sus ojos se deslizan hacia ella junto a una sonrisa. Señala hacia atrás sobre su hombro. “Tal vez a diez manzanas, más o menos. No puedes no verlo".

"Tienes razón", dice Jo. "No podemos".

"*Jesús*", dice. "Cristo. Tampoco es como si yo te estuviera evitando ni nada. Te llevaré allí".

"La semana pasada", dice ella, aún sin mirarle a él sino al altar oscuro, "un jabalí de dos toneladas cayó en los carriles hacia el Este de la I-84. Los destrozó en pedazos. ¿Puedes llevarme allí también?”

Frunce el ceño, mira la botella. "No, quiero decir, claro, por supuesto..."

"Porque tal vez él estará allí debajo del puente, y tal vez no lo estará, ¿sabes? Simplemente no me fío de nada en lo que tú y tu gente estáis involucrados".

“¿Mi gente? ¿*Mi* gente?”, se ríe y echa otro trago. "Jesús, Jo. Aquí estoy, sentado en una iglesia, bebiendo ginebra de la botella... "

"¿Se supone que eso te hace más como yo o como ellos?", dice Jo. "Porque hay una habitación llena de ellos en el sótano, e Ysabel bebe como un puto pez".

"Claro", dice, "pero no están *aquí* arriba en el, el... ¿ella bebe tanto?

"Sí. El Duque también. No creo haberlo visto nunca *des*cargado".

"Ja". Con los ojos entornados, sonríe mostrando dientes afilados. "Supongo que hay una diferencia entre «no se puede» y «no se suele» hacer". Le tiende la botella. "¿Estás segura de que no quieres probar? ¿Antes de que despeguemos?", Jo se la quita. "Quiero decir, si ellos son mi gente... si *soy* como ellos y salgo, lo sabrás pronto. Un toque de esos espeluznantes cabrones y estoy frito".

"Pero eres como yo, Ray", dice Jo, "así que no será más que besos y palmaditas cariñosas". Ella da un sorbo y arruga la cara. Él ríe. "Jodida trementina", dice Jo.

"Despeja la cabeza", dice Ray tocándose la sien.

"Estás bastante despejado", dice Jo, le devuelve la botella. "Vamos".

"Vale, vale", dice Ray poniéndose en pie, tambaleándose.

Becker está esperando en las sombras, bajo el balcón de barandilla blanca con los brazos cruzados, mechones de cabello sobre las orejas. Jo dice: "¿Estás listo?", mientras se acerca por el pasillo hacia él. Ray detrás de ella tropieza con una arruga en la alfombra.

"¿Y tú?", dice Becker. Ray se ríe y hace alarde de sacudir su pie izquierdo y luego el derecho.

"Estaremos bien", dice Jo. “Sólo tenemos que correr. Bajar las escaleras con la Princesa".

"Claro", dice Becker. "Ella puede ayudarme a mantener a Guthrie tranquilo".

A lo lejos a través del ladrillo, vagamente un rugido y chillidos, el sonido metálico de la campana. "Ahí va", dice Jo. Pone una mano sobre el brazo de Becker. "Pase lo que pase", dice ella, "*pase lo que pase*", apretando su brazo, "no pongas un pie ahí fuera. No hasta que termine. Seguro que se irá si lo haces".

Ray está arrodillado junto a las puertas dobles que dan al exterior con una mano en la barra de protección. Empuja suavemente, abriendo una grieta la puerta derecha. Un enjambre, una ráfaga de media docena de bicicletas en la calle dando vueltas y vueltas, bicicletas pintadas de blanco, relucientes blancos lisos y desiguales toques blancos y antaño brillantes rayas de carreras y nombres de marcas perdidos bajo borrosas capas de pintura blanca de esprai, neumáticos blancos y huellas blanquecinas sucias, tarjetas blancas metidas entre los radios, un tren ondeante de notas fotocopiadas en papel blanco. Flores secas de sólo colores apagados, conectadas a un poste sujeto a la parte posterior de un asiento de banana con cinta blanca, flores verde mortecino y amarillo pálido apiladas en una cesta al manillar pintada de blanco, flores antaño rojas y azules envueltas alrededor del cuello de este ciclista, de las muñecas de aquel ciclista, ciclistas con sudaderas grises, una capucha aquí arriba, un casco gris, un casco marrón allá, zapatillas grises que pedalean en pedales blancos mientras se deslizan para despegarse a izquierda y derecha, cadenas y tarjetas chasqueando, flores rozando, acelerando hacia la parte de atrás de la iglesia.

"Está funcionando", dice Ray. Se pone en pie, deja que la puerta se cierre, aplaude y se frota rápidamente una contra otra, inclinando la cabeza hacia un lado y el otro. Asiente.

Jo abre las puertas de una patada.

un Hombre Corpulento oprimido / Lo que ella Debe / Cuatro Simples Lecciones

Es un hombre corpulento oprimido por los hombros de una chaqueta azul oscuro, sentado en uno de los sillones de cuero bajo las grandes letras de cobre que dicen «Asociados Barshefsky: Calidad Asegurada». Largos bigotes grises caen a ambos lados de su boca. Voltea en sus manos una y otra vez una tarjeta de presentación blanca. Cuando la puerta lateral se abre con un repentino torrente de voces inquisitivas y golpeo de teclas, se pone en pie y esos bigotes se extienden en una sonrisa. Becker sale al vestíbulo con una gran camisa a rayas sin abrochar sobre una camiseta amarilla, el fino cabello castaño lamido aquí y allá en la parte superior de su cabeza.

"¡Es Becker!", dice el grandullón. "Usted administra un banco de teléfonos".

"Lo siento", dice Becker. "Es usted muy... ¿Te conozco?"

"Por supuesto", dice el grandullón. "Pirocles".

"Pirocles", dice Becker. A punto de asentir, en cambio, niega con la cabeza lentamente, su rostro se posa en un ceño fruncido. "¿Eso es griego?"

"No, soy de Vergina, donde gobernaba el Argead. Pero han oído hablar de mí en Bizancio".

"Ja. No sabía que quedara un Bizancio".

"Bondad", dice Pirocles. "Ciertamente espero que sí".

"Y está aquí porque..."

“¡Ah! Jo Maguire. Necesito hablar con ella. Brevemente, por supuesto".

"Tenía que ser una de esas dos", murmura Becker.

"Mire, debo examinar las manos de Jo".

"¿Las manos de Jo?"

"Estoy haciendo", dice Pirocles, y luego levanta la tarjeta de presentación. “Perdóneme, ¿es esto correcto? ¿Como su sello?”

"¿Su qué?", la tarjeta está impresa con una B estilizada, redondeada, con filigranas enrolladas. "Ese es el logotipo de Barshefsky".

"Esta es la casa de Jo, ¿no?", dice Pirocles, y una de las cejas fruncidas de Becker se levanta. "Ella trabaja aquí, ¿no?"

"Claro, pero ella no es..."

"Oh, pero debería preguntarle yo mismo", dice Pirocles. "Así no pierde su tiempo, lo siento".

"La cosa es que", dice Becker, "ella está fuera. Hoy".

"¿Fuera?"

“No trabaja. No sé dónde está, de hecho".

"Oh".

"Tampoco es que pudiera decírselo si lo supiera".

"Ya veo", dice Pirocles.

"Quiero decir, no es... Son normas. Nada personal".

"No pensaba tomarlo como algo personal".

"¿Si hay algo más?"

"No, no, ya le robado suficiente tiempo...", dice Pirocles al tiempo

que Becker dice "Me aseguraré de hacerle saber, lo siento, que usted estuvo aquí..."

"Supongo que tendré que volver entonces", dice Pirocles.

"De acuerdo", dice Becker. "Cuando quiera. Aunque... las cinco es buena hora. Días laborables. Por lo general toman su primer descanso a ese hora".

"Lo tendré en cuenta".



Jo se sienta estilo indio a lo largo de una línea de estanterías. A su lado, una pila de libros viejos encuadernados en tela, títulos escritos en los lomos con tinta blanca, un gran libro de bolsillo plano con una cubierta brillante de fotos, una figura en un traje blanco anónimo detrás de una máscara de malla de aluminio sostenida *en garde*, la punta oculta detrás de una etiqueta de código de barras. Un libro abierto en su regazo. Con el brazo derecho estirado hacia un lado, mira hacia abajo hasta su mano, relajada, con la palma hacia abajo. "Pronación", dice ella. Ella pasa su brazo sobre su palma ahora hacia arriba. "Supinación", dice ella. Riza los dedos en un puño suelto y los enrolla una y otra vez.

"¿No sería más fácil con la espada?", dice Ysabel de espaldas a Jo, pasando ociosamente sus dedos por los lomos de los libros.

"Lo siento", dice Jo. "¿Has dicho algo?"

Ysabel inclina con un dedo un libro de su sitio en el estante, lo inclina hacia atrás. Jo todavía está mirándose el puño, que ahora se mueve en un pequeño cuadrado, ahí arriba, allá arriba, allá abajo, allí abajo. Palma arriba, palma abajo.

Bajan las amplias escaleras de caracol hacia el vestíbulo, un escalón tras otro, con los libros de Jo apilados en sus brazos, la

larga y remendada falda de mezclilla de Ysabel se balancea como una campana, el dobladillo deshilachado roza los oscuros escalones de piedra. "Nunca aprenderás nada de valor al leerlos", dice ella.

"Sé que no puedes estar hablando *conmigo*", dice Jo. "Tras jurar ese poderosa promesa esta mañana de no volver a hablarme nunca más". Se dirige más allá de los quioscos de autoservicio hacia el alto mostrador oscuro que recorre un lado del vestíbulo, donde deja caer sus libros junto al monitor de pantalla plana de un bibliotecario. "Necesito encargarme de algunas multas", dice ella sacando un conjunto de tarjetas y papeles del bolsillo de su desgastada chaqueta verde excedente del ejército, desatando el lazo púrpura que lo mantiene unido. Saca una tarjeta de biblioteca blanca y sucia del centro y se la entrega. El bibliotecario la escanea y se la devuelve sin apartar la vista de su pantalla. "Ha pasado un tiempo", dice él. Su cabello es arenoso, sus ojos enrojecidos.

"¿Cuánto?", dice Jo. Está contando los billetes sujetos en un clip de carpeta de tamaño mediano.

"¿Sabe?, siempre puede darnos su dirección de correo electrónico", dice el bibliotecario.

"¿*Cuánto*?", dice Jo.

“Porque de esa forma podríamos enviarle un correo electrónico cuando venzan sus libros. Y puede renovar online. Lo cual...”

“Lo cual sería genial si tuviera un ordenador en lugar de tener que venir *aquí* para estar online, lo cual descabalga un poco su argumento. ¿Cuánto cuesta? ¿Debo?".

"Veintisiete setenta y cinco", dice el bibliotecario. Comienza a escanear la pila de libros de Jo.

"¿Qué?", dice Jo por lo bajini a Ysabel a su lado. Con las manos en los bolsillos de su falda apoyada contra el mostrador, Ysabel levanta un poco la cabeza y señala con la barbilla. Jo se da vuelta. Un hombre bajo y pesado con mono verde sin forma está de pie junto a los quioscos de autoservicio. No las está mirando. No está

buscando en ningún otro lado. Gira una y otra vez en sus manos una gorra azul de malla. "Alteza", dice.

"Mierda", dice Jo.

"Alteza, nosotros nos reuniremos esta noche, y nos preguntábamos si... nuestro Soames se pregunta si estáis dispuesta y seriais capaces de asistir".

"¿Asistir?", dice Jo. "¿Quién demonios eres?"

"Doble Thomas", dice y agacha la cabeza. Su espeso cabello negro brilla con gomina.

"Me encantaría", dice Ysabel.

"¿Tienes idea de quién es este tipo?", dice Jo.

"Conozco a todos los sujetos de mi madre", dice Ysabel. "¿Y quiénes somos nosotros, Doble Thomas?", él parece perplejo. "¿Nosotros, con quién nos reuniremos?"

"El Local Dos Tres Cinco, Milady", dice.

"Ah", dice ella. "La Liebre".

"No, señora, yo nunca..."

"Por favor", dice Ysabel.

"Solo un jodido minuto", dice Jo.

"¿Sabes, Thomas?", dice Ysabel, "sería mucho más fácil si la desafiaras a un duelo". La carcajada de Thomas es más que un hipo. "Ysabel", dice Jo bruscamente. Ysabel está sonriendo. "Ella no sabe luchar, ¿sabes?. Tiene que leer sobre ello en los libros. Derrótala y le harás perder todos sus oficios. No habría impedimento para mi asistencia".

"Esto se pasa *tres pueblos* de ser gracioso", dice Jo.

"Vos sois una gloria de contemplar, Milady", dice Doble Thomas, "pero mi mano no es apta para vuestro gusto".

"Oh, bien dicho", dice Ysabel. "Ya ves, Jo, *él* conoce su lugar".

"Debería dejarte marchar", dice Jo. “Mandarte al pedo donde mierda sea de una vez. Si te secuestraran de nuevo. Habría terminado contigo".

"Muy bien", dice Ysabel, se acerca a Doble Thomas y lo toma del brazo.

"Ah, que me jodan", dice Jo.

"Um", dice el bibliotecario. "El, eh, se deben devolver el día veinteséis".

"De acuerdo", dice Jo. Barre con un brazo la pila de libros. "Lo escribiré en alguna parte". Jo va siguiendo a Ysabel, que se marcha con Doble Thomas caminando a su lado con los ojos muy abiertos al ver las manos de ella metidas en el hueco de su codo.



Jo se reclina en la larga mesa perdida bajo montones de libros y pilas de papel, haciendo una mueca, frotándose la cadera. "Deberías sentarte", dice Ysabel inclinándose hacia adelante en la silla de oficina para poner su mano sobre la de Jo. Jo niega con la cabeza. "Si voy a ser un caballero", dice, "debería acostumbrarme a toda esa caballería, ¿no?" El cartel en la pared detrás de ella dice «Gorboduc...Ferrex y Porrex».

"No seas una idiota", dice Ysabel apretando la mano de Jo y sentándose en la silla. La puerta de la oficina se abre. Vincent está allí en la puerta, el cable corre a lo largo de su sacudida protésica, el gancho se abre y se cierra, se abre y se cierra. "¿Y bien?", dice.

"Necesito aprender a luchar con una espada", dice Jo.

"¿Por qué acudir a mí?"

"Porque sabes por qué necesito aprender a luchar con una espada".

Vincent resopla.

"Sr. Erne", dice Ysabel.

"Alteza", dice, "nunca cuestionaría vuestro juicio, pero..."

"Bien", dice Ysabel.

Su gancho se abre por última vez. "¿Dónde está la épée, chica. ¿Ese pedazo de mierda que te di?". Jo se agacha para recoger el paquete largo y delgado, deshacer las gomas, desenrollar las toallas. Con atención a su mano izquierda, la palma se ha puesto roja y dura. "¿Intentabas mantenerla seca?"

"Fuera de la vista", dice Jo. "La policía me empapeló una vez por un cuchillo de mantequilla en el bolsillo trasero".

Vincent vuelve a resoplar. ¿De qué te sirve esto? Ya te lo dije. Si peleas con estas personas, pierdes".

"Lo he hecho bastante bien hasta ahora".

"¿Sí?", dice Vincent. "Pierdes con una espada en la mano, mueres".

"Lo sé". Jo equilibra la punta de la espada envainada equilibrada en la punta de la zapatilla con cinta adhesiva, la guarnición con el guardamano de campana suelto, deslucido y abollado, ligeramente en una mano. La otra, rígida, frota distraídamente en su pecho allí donde su chaqueta se ha separado sobre una camiseta que dice «Banco Granjeros y Mecánicos». "Pero me están haciendo una".

"Lo están", dice Vincent rotundamente. Su mano se mantiene abierta a su lado, su delgado suéter le cuelga holgadamente de los hombros.

"Jo Maguire se convertirá en caballero", dice Ysabel inclinándose hacia atrás y cruzando las piernas con mucha atención a su corta falda tweed.

Vincent retrocede, su mano en el pomo de la puerta. "Ven conmigo", dice, asiente a la espada. "Trae eso".

Las luces parpadean a la vida en la amplia sala profunda, el otro extremo aún perdido en las sombras. Espadas de práctica colocadas en hileras en el suelo. Vincent se agacha para recoger una. "Llegas puntualmente a las once de la mañana para una o dos horas de instrucción, dependiendo de mi horario. De lunes a viernes." Jo, cojeando, se quita la chaqueta y la deja caer al suelo. "Me pagas doscientos dólares al mes. Por adelantado".

"¿*Así* es cómo cambias de opinión?", dice Jo desenvainando su espada.

"Eso es menos de diez dólares la hora para mí", dice Vincent. "Para ser instrucción privada, no es exactamente un alarde para mi billetera." Corta el aire una vez, dos veces, se vuelve hacia Jo. Ysabel se sienta en el suelo de espaldas a los espejos. "Tiene que costarte algo, chica. Así nunca quedas tentada de irte a hacer mierdas y no venir a las once en punto. El dinero gastado tiende a centrar la atención".

"¿Cuánto tiempo requiere?", dice Jo, gira su pie derecho hacia él, mirándolo sobre el hombro derecho. La punta de su espada toca una X de cinta adhesiva azul pegada al suelo.

"¿Cuánto tiempo?"

"Aprender a pelear con una espada. El camino de Vincent Erne. ¿Cuántos meses tengo que centrar mi atención por doscientos dólares?

"¿Para aprender?", sonríe, un giro agrio en su salpimentada Van Dyke. "Te enseñaré todo lo que necesitas saber esta noche. Cuatro lecciones simples. El resto es práctica. En seis meses sabremos lo buena que serás".

"Vale", dice Jo levantando su espada, asentándose con las rodillas un poco flexionadas. Su brazo izquierdo hacia arriba y hacia atrás, torcido, su mano izquierda suspendida sobre su hombro. “Cuatro lecciones. La primera es por qué extremo se agarra, ¿verdad?”

"No, chica", dice Vincent. "Eso es una broma para los estudiantes de teatro que no están aprendiendo a luchar. La primera lección es una pregunta".

“¿Una pregunta?”

“Una pregunta. ¿Dónde estás, chica?



La sala del sótano está muy iluminada. Una pancarta de fieltro cuelga en la pared del fondo, una mancha abstracta de paloma, hojas verdes, un arcoíris colgando sobre una mesa plegable cargada con un termo de café, vasos de papel, chaquetas de papel corrugado, paquetes de azúcar y leche sin lactosa, un plato de migas y un par de donuts. Un gran piano diminuto con ruedas gigantes bajo una tela acolchada de color marrón. Un estante repleto de sillas plegadas, más sillas desplegadas en un tosco círculo, hombres y mujeres de pie a su alrededor y al lado de ellos, sobretodos en azul y verde, monos y cubretodos, chaquetas de mezclilla, gorros de malla en las manos. Jo de verde militar junto al termo de café, al lado de Ray de cabello rosado con su chaqueta de cuero negro. En el centro de todo se encuentra Ysabel junto a una mujer muy pequeña que lleva una camiseta rosa que dice «Elige un Trabajo». La mujer muy pequeña sostiene una bandeja de metal oscurecido. En la bandeja una docena o más vasos pequeños y transparentes. En cada vaso que brilla en la luz radiante una pizca de polvo dorado.

Él se para a la cabeza del bajo vuelo de escaleras que conducen a la habitación, con una capa azul y negra echada hacia atrás desde los hombros, los brazos y la cabeza descubiertos, su cabello oscuro peinado con mechas blancas, cayendo sobre sus ojos y orejas, su cara delgada, áspera por una barba gris y negra a medio crecer. Su coraza es de color blanco lácteo y ribeteada con plata, aunque ensombrecida por indentaciones y los bordes mellados. Su mano derecha descansa sobre la empuñadura de un cuchillo largo, sujeto a través de un cinturón de eslabones plateados verdosos. Brillando alrededor de su cuello un torque plateado pulido.

"No os conozco, caballero", dice la mujer muy pequeña. Su cara está gastada, sus mejillas redondas y rojizas. Lleva pequeños anteojos redondos con una delgada cadena que cuelga del cuello y el cabello blanco amarillento recogido en un moño apretado. "Pero debéiss saber que este es un terreno sacro, sagrado por su largo uso y hábito. No habrá peleas aquí".

"¿Y si hubiera yo de sacar mi espada?", él saca el cuchillo de su funda. "A quién llamaríais, quien velaría por que hacerme mantener la paz, es con *ella* con quien me ocupo. Da un paso más, Gallowglas, y suelto mi brazo. *Habrá* cortes en la gente".

Jo no se ha movido. Sus puños están apretados.

"Os conozco", dice Ysabel alejándose de la mujer muy pequeña, su larga falda de mezclilla barre el piso. "Y puedo deciros, la Daga, que ni vos ni ella..."

Él baja apresuradamente entonces, una repentina lluvia de sillas arrastrándose, hombres y mujeres retroceden cuando Jo se interpone entre Ysabel y el caballero, quien se detiene al pie de las escaleras. Su cuchillo de mano invertido en su puño, plano junto a su antebrazo. "Ya no", dice él, y escupe. "Sólo Sidney ahora, Sidney a secas. Tu madre se ha ocupado hábilmente de *eso*".

una cáscara de Blanca Satinada / un Franco y Abierto Intercambio / Conejos en sus Madrigueras

Una cáscara de pintura blanca satinada moteando desde el marco de la puerta en la que se apoya Becker. Se rasca bajo las uñas. La puerta se abre ligeramente, Guthrie mira por el borde. Becker se aclara la garganta. Guthrie pega un brinco. "Lo siento", dice Becker.

"Joder", dice Guthrie abriendo la puerta. Su camiseta negra dice «Mai Pastede Hed» en letras blancas. Una guitarra rasguea a través de altavoces baratos desde algún lugar más adentro. «Me gustaría otra forma de respirar», canta una chica encima de la guitarra. «Mantener los ojos bien abiertos mientras duermo. Porque cuando estoy bajo el agua, me mantienes bajo el cristal...»

"No has aparecido en casi una semana", dice Becker.

"¿Al trabajo?", dice Guthrie.

"Sí".

"¿Estás aquí por el trabajo?".

"Sí", dice Becker.

“¿Te pagan por esto? Vienes a mi casa y me despiertas para... ¿para qué exactamente?”

"No has aparecido. ¿Renuncias? ¿Has encontrado otra cosa?

"Porque, quiero decir, si no apareces en el Burger King, el gerente no viene a tu casa y pregunta, ¿qué pasa, dónde has estado?". Becker dice: "El gerente del Burger King no es tu amigo", al tiempo que Guthrie dice: "Despiden tu culo. Y Tartt nunca habría aparecido aquí ni nada".

"Tartt tampoco era tu amigo. ¿*Quieres* que te despidan? ¿Has encontrado otra cosa? Porque estoy cubriéndote el culo en serio con esto".

"Yo no te he pedido que..."

"¡Maldición, Guthrie!", Becker pasa una mano por lo poco que le queda de pelo. "Calla un minuto, ¿de acuerdo?"

"¿Qué pasa?", dice Guthrie.

Becker está mirando el techo descascarado. "¿Te acuerdas de esos dos tipos?. ¿De los que tú, de los que querías hablar conmigo?. Esa vez. Y que nosotros nunca, quiero decir, los dos tipos", pero Guthrie está negando con la cabeza. "Hablamos", dice Guthrie. "Te olvidaste".

"Olvidé", dice Becker. "¿Uno de ellos tenía bigote? Largo y gris, y..."

"No", dice Guthrie. Una mano pálida asoma por una manga del color de las serpientes de la avena alrededor de su cintura. "Sin bigote". Aparece una gorra de color confeti sobre dos ojos brillantes y azules sonriendo mientras ella estira los pies descalzos de puntillas para lamer la oreja de Guthrie. "Vuelve", dice ella y besa su mejilla. "Vuelve." Sus piernas desnudas asoman bajo el dobladillo irregular de su suéter. Por altavoces baratos una mujer canta «Estoy con un vestido sin espalda en una sala que brilla con colores pastel, creo que todavía te quiero, pero puede que sea el efecto de las pastillas». Entonces ella ve a Becker y sus ojos azules se arrinconan bajo cejas fruncidas. Todavía presionada contra Guthrie, levanta un brazo desde la puerta y dos dedos apuntan para tocarle la nariz. Becker se sobresalta.

"No deberías estar aquí", dice ella.

"¿Qué demonios...?", dice Becker frotándose la nariz.

"¿Nadie te lo ha dicho? ¡Lo arruinarás todo!", ella sale al pasillo.

"Um", dice Guthrie, "hey..."

"Tenemos que llevarlo a donde se supone que debe estar", dice ella.

"Quiero decir", dice Guthrie, "um, *pantalones*..."

"No hay *tiempo*", espeta ella, y pisa fuerte un pie que suena desde el talón de una bota de trabajo gastada, los cordones desabrochados. Con la lengua colgando, gira sobre sus caderas con las manos alisando una caída de pliegues naranja, una parodia de falda de pana. "¡Y tú ya *llevas* pantalones!", ella pisa con el otro pie en plano y cae una zapatilla de deporte verde y amarilla. "Tenemos que irnos ahora". Y volviéndose de nuevo, camina con zapatilla y bota por el pasillo.

"¿Qué...?", dice Becker mirándola fijamente, "¿...acaba de suceder?"



La mujer de la camiseta rosa los mira a través de sus pequeñas gafas redondas. "No puedo decir cuánto, Alteza. Un tremendo honor".

"Sí", dice Ysabel. "¿Y vos sois...?"

“Nell”, dice ella inclinando levemente la cabeza, “El Soames. Bienvenida, Milady.

"Y esta es", dice Ysabel volviéndose cuando Jo dice: "Disculpe", y se aleja por el sótano hacia el termo de café, allí en la mesa en la parte de atrás.

"Esa fue Jo", dice Ysabel detrás de ella. "Mi Gallowglas".

El hombre parado junto a el termo de café se endereza,

levantando una taza de papel. Su cabello es un mechón rosa y naranja. "Hola", dice Jo. "Es Ray, ¿verdad?" Su taza de papel se detiene a medio camino entre la mesa y su boca curvada bajo sus ojos azules. "Me gustaría pensar", dice, "que me habría dado cuenta si te hubiese visto aquí antes".

“No, del Zoopedaleo. La amiga de Roland".

"¿Amiga?", dice, y su taza la saluda. "Eso es bueno. Ya era hora de que consiguiera uno de esos".

“Dijo que *tú* eras amigo suyo”.

"¿Lo dijo?", Ray levanta la taza y la baja de nuevo. Su sonrisa se ha excusado. “Yo le *conozco*. Roland no tiene amigos".

Jo toma una taza para ella. "También dijo que no le caías bien".

"Bueno, yo *sí* tengo un par de amigos...", su taza flota de nuevo hacia sus labios. "Hola, Sproat", dice.

"Hola", dice el hombrecillo con la nariz extraordinariamente grande, sirviéndose una taza de café.

"Quiero decir", dice Jo, "no eres, no eres uno de su gente. No eres de donde sea que ellos vengan".

“¿Las colinas del Oeste?”

“Ja. Eres como yo, eso es lo que quiero decir".

Levanta una ceja sobre uno de esos ojos saltones. "Espero haber notado *eso* también".

"Yo sé por qué *estoy* aquí, eso es a lo que me refiero", dice Jo girando la llave del termo y llenando su taza. "Por *ella*. ¿Por qué estás tú aquí?"

"¿Ella?", dice Ray. Ysabel se agacha para escuchar a el Soames, que está marcando puntos en la palma de su mano. "¿De verdad?

Ja", su taza lo consigue esta vez. Él sorbe. Uno de esos ojos se cierra y sus labios se fruncen. Busca en el bolsillo de su chaqueta de cuero, saca una botella de vidrio verde con tapón plateado. "¿Por eso estás siendo tan imbécil?"

“¿Qué?”, dice Jo.

"El café", dice Ray, "tampoco es que sea de tu incumbencia", vierte una gota de algo incoloro en su café. “¿Ha sido eso demasiado grosero? ¿Imbécil? Si eso fue demasiado duro... no, eso fue de comadreja, *fue* demasiado grosero. Entonces me disculpo. Sin «sis»".

“¿El café?” dice Jo. "Yo no..."

"Es gratis", dice Ray. "Respondiendo a tu pregunta. Una mierda, pero gratis. Y *esto* es gratis, esta reunión, como el discurso, como la cerveza. Así que, de nuevo, lo siento. Pero eres tú la que ha saltado con respuestas exigentes".

"No lo he hecho..."

"Has echo un mal trabajo al ocultar lo mucho que querías que me justificara".

"¿Sí?", dice Jo, su voz baja, rápida y silenciosa. "Bueno, me arrastraron aquí por capricho de *ella* con un tipo que no he visto nunca y no sé lo que está pasando y, por lo general, voy a lugares con ella, por lo general, termino a caballo o asaltada o *apuñalada* y aquí estás tú, que realmente he conocido una vez antes, y tal vez vienes aquí todas las noches, no sé, pero tal vez puedas *decirme* algo, así que, sí, voy a hacer preguntas", su mano es un puño sobre la mesa junto a su taza desechada.

"Todos los meses", dice Ray. "Quiero decir, *yo* no. Sólo lo he hecho dos veces, pero el primer miércoles de cada mes, San Patricio está debajo del puente. Será mejor que consigamos sillas", se dirige hacia un par de sillas vacías en el anillo que se está llenando, sillas alrededor de ellos chirriando en el piso de linóleo mientras las sacan, empujan, se acomodan aquí y allá, los hombres y mujeres

sentados, cubretodos, monos, sobretodos, mezclilla, franela y cambray, botas de color marrón amarillento y botas negras arrugadas en blanco, máscaras de malla en sus manos. "Mira, Mike Abierto", dice Ray inclinándose para murmurar en el oído de Jo.

"¿Mike Abierto?", dice Jo. Un hombre largo y desgarbado con una camiseta negra palmea a Doble Thomas en el hombro.

"Está a punto de acorralar a todo el mundo, a todos los rezagados. Por lo general, unos veinte, tal vez dos docenas. Aunque debería decir eso cuando digo dos veces, lo que quiero decir es que esta es mi segunda vez aquí, así que debería decir más como un tercio y quizás un quinto más o menos, y deberías tomar todo esto con un grano de sal. Pero a continuación...", se inclina más cerca, esos ojos se proyectan sobre una sonrisa oculta en las comisuras de sus labios. "Qué", dice Jo.

"Galleta está a punto de tocar el piano".

Un hombre con sobretodo marrón ha levantado la tapa del teclado del piano de cola y con su mano izquierda toca un acorde bajo y grave una vez, luego rápidamente uno dos tres, dejando que el último latido se suspenda en el aire un momento antes de cerrar la tapa y dejar caer el borde de la cubierta antipolvo acolchada sobre ella. Todos están de pie, Ray también, y después de un momento Jo, están tarareando ese acorde del piano, y el Soames junto a Ysabel, todavía sentadas solas, Soames extiende los brazos y abre la boca para cantar "Levántaos", y todos se unen, "¡Levantaos, trabajadores de vuestro sueño, levantaos prisioneros de la miseria! ¡Por una razón en la revuelta ahora truena, y por fin terminamos la era del canto!”

"¡Y luego cantan!", dice Ray al oído de Jo.

“Entonces, camaradas, vengan a reunirse”, cantan ellos, “¡Porque la lucha continúa! ¡La Internacional une al mundo en la canción!”

"Hermanos y hermanas", dice el Soames, mientras los ecos del último acorde del coro se apagan, sonando débilmente las cuerdas en el gran piano diminuto cerrado. "Llamo a esta reunión de la

Orden de Mecánicos Americanos Unidos, Local Dos Tres Cinco, al orden".



"Estoy en tu sala de práctica, tu dojo, lo que sea", dice Jo.

"¿Dónde *estás*, chica?" dice Vincent.

Las cejas de Jo se arrugan. "¿Segunda planta? ¿Parque y roble? Esquina Noroeste. En el Suroeste, me refiero al centro de la ciudad. El cual es... ¿cómo se llama? El Conde. No, espera... está abierto. No reclamado, ¿verdad?" Los ojos de Ysabel se cierran sonriendo, su cabeza descansa en el espejo.

"¿Dónde estás?", Vincent da un paso con su pie izquierdo hacia adelante, caderas y hombros, la cabeza gira aún mirando a Jo. Su prótesis se tuerce ante él con el brazo derecho suelto a su lado, la mano inclinada, la espada inclinada hacia arriba, hacia atrás, hacia afuera.

"¿Aquí?", dice Jo, acomodando sus rodillas, haciendo una mueca. "Aquí. De pie aquí. Delante de ti".

"¿Dónde están tus *pies*, chica?"

"Debajo de mis hombros".

"¿Dónde están tus hombros?"

"Donde los dejé", gruñe ella. "Adelantados. Hacia ti".

"¿Tus manos?", dice él, pero ella ya está diciendo: "Mi mano izquierda está hacia arriba y hacia atrás como un apestoso pirata dandy para equilibrar una estocada y me pica como una cabronaza. Mi mano derecha está arriba, muñeca en *secondé*".

"Has estado leyendo", dice Vincent. "¿A quien? ¿Qué? ¿Naldi? ¿Talhoffer? ¿El abate?”, su cabeza hacia arriba, hacia atrás, su espada vibrando.

"No sé", dice Jo. "Acabo de sacar algunos libros de..."

"Olvídalo", dice Vincent chasqueando su gancho. "Tíralos a la basura".

"Los dejé en la camioneta de Doble Tom. Probablemente nunca los vuelva a ver".

“¡Cuatro lecciones, chica! Después, práctica. No quiero nada más que desordene tu bonita cabecita".

"Cuatro", se burla Jo. "Y la número uno es decirte dónde estoy".

“La número uno es *saber* dónde estás, chica”, Vincent retrocede, su pie izquierdo alineado con el derecho. Levanta su espada para apuntarla. “Conócelo en tus huesos, sin dudar, sin buscar palabras para describirlo. Conoce donde estás. Sin eso, no tienes nada".

"Y no querría entrar en una habitación así", dice Jo.

Otro giro dentro de su pañuelo Van Dyke. "Lección dos", dice.

"¿Otra pregunta?"

“Otra pregunta. ¿Dónde estoy?



“Luego su hermana nos acabó”.

Se encuentra a la cabeza del bajo tramo de escaleras que conduce a la habitación, los pliegues de su capa azul y negra separados justo sobre un largo vestido de acuosa cota de malla manchada con

brotes de óxido, y aquí y allá algunos eslabones rotos no elásticos. Sobre su cabeza, un casco de metal redondo y liso del que no escapa su cabello. Brillando alrededor de su cuello un torque plateado brillante. "Hazlo rápido, Sidney, para que podamos despedirnos más rápidamente".

"¿No puedo tomarme un momento, Linesse? ¿Para saborear esta nueva experiencia extraña?", mira de un lado a otro a lo largo del arco irregular de hombres y mujeres parados frente a él, con el cuchillo todavía en la mano, la mano delante de la cara. "Nunca he batido conejos en su guarida".

"Es allí donde son más peligrosos", dice Linesse, pero ella está entrando más en la habitación. Jo vaga entre Sidney e Ysabel, con los ojos muy abiertos y la respiración entrecortada. Se lame los labios. Nell mira a Ysabel a través de sus gafas. Mike Abierto detrás de ellos aprieta sus manos en puños pero no las levanta.

"Bueno, ¿Sidney a secas?", dice Nell entonces. “¿Cuál es vuestra oferta? ¿Qué sería el Cailleach con personas como nosotros?

“¿Con vos?” dice Sidney. "Nada con vos. Vos tenéis esto que elegir: quedaos o marchaos. Como queráis".

"Estamos con la Prometida", dice Doble Thomas, al lado de Mike Abierto.

"¿Queréis?", la risa de Sidney es una sílaba rota. "¿A pesar de que ella se entretuvo con el Hacha y mancilló el regalo que se suponía que debía darle al Rey cuando regresara?", baja los puños. "Ella no está en peligro. A nuestra amante no le importa qué labios ha besado, aunque me agrada usarla como cebo. No", y mueve su mano, luego, lentamente, apuntando con la empuñadura de su cuchillo a Jo, "estamos hablando de su bulldog... quién mató al jabalí de nuestra señora, quién la hizo reír más cruelmente. Quién no tiene lugar en la corte de su hermana, todavía".

Ysabel dice: "La Daga... Sidney...", y, con un rugido, da un paso a la derecha para pasar delante de Jo, quien se apresura a bloquearla, pero el siguiente paso de Sydney va hacia la izquierda, girando

alrededor de ella la empuñadura de su cuchillo, que se balancea para atrapar el costado de la cabeza de Ysabel. Doble Thomas se apresura a atraparla mientras Jo, gritando, agarra la capa de Sidney y tira de él hacia atrás, "¡Maldito cabronazo!", mientras este tropieza gritando "¡Gallowglas!" Y ella le da una palmada en el hombro. Hay un siseo repentino. Jo grita. El deslustrado metal espectral del cuchillo acaba dentro de la mano que ella aparta de un tirón, un sonido desgarrador, la carne de la palma y los dedos rojos.

Sidney se gira lentamente. Doble Thomas se arrodilla junto a Ysabel que yace de costado, con las manos en la cara, Mike Abierto sobre los dos, con los puños preparados. Jo ha tropezado y caído al suelo, acunando su mano. Las gafas de Nell tintinean en la bandeja que no ha dejado. "No se trata de *luchar* contigo, chica", dice Sidney, pero ahora está mirando a Nell, a la bandeja temblorosa. "Se trata de hacerte *observar*". Y luego, para sí mismo, "Esta farsa", dice. "Todos vosotros os merecéis lo que viene".

Linesse, en la parte superior de las escaleras, niega con la cabeza. "Sidney", grita, una advertencia.

Él gira su cuchillo y con un pequeño arco cortante golpea el plano de su hoja entre los vasos, dispersándolos, golpeando la bandeja de las manos de Nell. Una nube dorada y brillante explota a su alrededor. Su otra mano está en alto, sosteniendo una bocina de bicicleta. La aprieta dos veces, repicando fuerte y claro. *"¡Todos vosotros os merecéis lo que viene!"*, se abre paso entre la multitud y sube las escaleras tras el remolino de la capa de Linesse. La nube brillante se desploma, se asienta en el suelo de baldosas, entre los fragmentos de vidrio, sobre sus botas y zapatos, sobre Ysabel, sobre las rodillas, sobre sus manos protectoras. Luego se apagan las luces y todos comienzan a gritar a la vez.

“Sube ahí” / tal excesiva Carga / el Apuro de los Tiempos / un Infierno de brillantina

"Sube ahí", dice Guthrie desde el asiento trasero.

"Estamos en el camino equivocado", dice Becker detrás del volante. Una bandada de violonchelos raspa y grazna desde el estéreo.

"¡Es en la Diecinueve!"

“Que es de una dirección por el camino equivocado. Voy a subir y volver a doblar. Si es que está allí siquiera".

"Está ahí", dice Guthrie mientras la mujer a su lado en el asiento trasero, con la gorra color confeti, dice "Está debajo del puente. Justo donde llega hasta abajo". Guthrie sostiene una de las manos entre las suyas. "Juro que está en la Diecinueve", dice Guthrie. "Si subes demasiado, tendrás que bajar por la Veintitrés, lo cual, o sea, joder".

"Lleva allí durante más de cien años", dice ella. “El puente no es más viejo que tú. Lo construyeron para cerrar el círculo, pero ya era demasiado tarde".

"Vas a terminar teniendo que dar la vuelta en todos esos, uh, estacionamientos. ¿Dónde está esa compañía?"

"¿Has estado allí antes?", dice Becker. "¿Cuál es la calle que cruza? ¿Qué letra, R? ¿S? ¿U? ¿Para qué demonios es la U, por cierto? ¿Hay una U?”

"Yo que sé", dice Guthrie. "Upshur", dice la mujer con la gorra color confeti. "Aprisa. ¡Date prisa!”

"¿Cuál es el problema?", dice Becker desviando el automóvil con

un rápido giro a la derecha frente a un semáforo en rojo. "¿Qué es lo que voy a estropear, por cierto?", El violonchelo retumba ahora. Becker apaga el estéreo. "¿Eh?" Ella no dice nada. "Guthrie". ¿De qué va esta mujer? "

"¿Sabes?", dice Guthrie, está mirando su mano en la de ella. “Ella ve cosas, a veces. Creo que a veces eso incluye, ya sabes. El futuro".

"El futuro", dice Becker deteniéndose en una señal de Stop. "¿*Esa* es la razón por la que no has venido a trabajar?"

"Tú *nunca* me creerías", murmura Guthrie.

"¡No te detengas!", grita la mujer. "¿Qué pasa? ¡Dale! ¡Vamos!”

"¿*Por qué*?, ruge Becker mirándolos por el espejo retrovisor. "¿Que esta pasando? ¿Quién coño eres y *qué* le estás haciendo a Guthrie?

"¿Es que tú no...?", dice la mujer.

"Se olvida", dice Guthrie. "Se ha olvidado de nuevo".

"¿*Olvidar qué*?", Becker se da vuelta, con ojos feos y boca apretada. La mujer tiembla bajo su gorra color confeti. “¿Qué estoy olvidando? ¿*Qué* ?"

"Sigue", dice Guthrie. "Ya lo verás".

Gruñendo, Becker pone en marcha el coche y avanza bruscamente hacia la intersección, acelerando hasta detenerse cuando algo choca con el capó, una figura blanca bajo las farolas.

"Mierda", dice Becker. "Oh, que me jodan".

La mujer de la gorra color confeti grita.

"¡Cállate!", dice Becker. "Cálla". Él sale del pequeño escarabajo rojo. Hay una bicicleta junto a una rueda trasera, inclinada, girando, haciendo clic sonoramente, una bicicleta blanca, manillar retorcido, flores esparcidas por el pavimento, el lado hay alguien

boca abajo, sudadera gris con capucha y mugrientos vaqueros blancos y zapatillas negras aún puestas. "Hey", dice Becker. "Hey. ¿Estás bien?", camina lentamente hacia el cuerpo con las manos en alto frente a él. "No estés muerto. Por favor, no estés muerto". Inclinándose sobre el cuerpo, baja la mano hacia la capucha. "Honestamente, por favor".

"Llegaste demasiado tarde, amigo".

Becker mira hacia arriba. Caminando hacia él por la intersección, un hombre grande con un traje azul oscuro. A cada lado de su boca caen bigotes, largos y grises. Detrás de él; a la derecha y por encima de los árboles, detrás de una hilera de casas, las curvas de las rampas: el gran arco imponente del brumoso puente de azul oscuro y oro y rosa; la torre de techo rojo de una iglesia.

"¿Pirocles?", dice Becker.

El cuerpo a sus pies se aleja arrastrándose, con las manos y los pies arañando el pavimento hacia la bicicleta, la pone en posición vertical mientras Pirocles salta con las manos hacia arriba sobre su cabeza y baja una gran espada que parte el asfalto de un golpe, sacando chispas donde la bicicleta había estado. Becker tropieza hacia atrás y pierde el equilibrio, cae de culo y deja escapar el aliento. Pirocles da un paso largo y rápido, balanceando la espada hacia un lado, arañando el capó del automóvil para cortar la sudadera gris que se desploma en un fardo de nada mientras la bicicleta sin conductor cae de nuevo a la calzada con un ruido metálico y sordo.

Pirocles se endereza. Se limpia las manos en los muslos. "¿Te echo una mano?", dice.

"He *atropellado* a ese tipo", dice Becker poniéndose en pie lentamente. "¿A dónde ha ido? ¿Qué acaba de pasar?”, Pirocles golpea el parabrisas del coche. "¿No tenías una espada hace un momento? ¡Hey! ¿Me estás escuchando?" Guthrie abre la puerta del coche, estirando la cabeza para mirar por encima.

"Debemos darnos prisa", dice Pirocles. "No nos seguirán a una

iglesia. Hay unas pocas manzanas por este camino".

"A ella nos dirigíamos", dice Guthrie.

"No iremos a ninguna parte", dice Becker. "Tenemos que llamar a la policía o algo así".

"La policía no puede ayudarnos", dice Pirocles. Guthrie está ayudando a la mujer con la gorra color confeti a salir del asiento trasero.

"No puedo dejar aquí el coche", dice Becker.

“Este coche”, dice Pirocles, “matará a la siguiente persona que lo conduzca. ¡Deprisa! Nunca viajan solos". Se aleja por la calle oscura, seguido rápidamente por Guthrie de mano de la mujer con la gorra color confeti.

"Que alguien...", dice Becker, mirándolos fijamente,"...por favor, me diga lo que acaba de pasar".



Están sentados de nuevo, los veinte o veinticuatro, los pies de Ysabel acurrucados en dos sillas plegables junto a el Soames, Doble Thomas detrás de ellos, con la gorra apoyada en la rodilla. Al otro lado del círculo, Jo se sienta junto a Ray, que se inclina para murmurar algo en su oído. Mike Abierto está en el centro del círculo con los brazos abiertos, diciendo "Con el debido respeto..."

"Siete días más uno, hermano Mike", dice un anciano con una gran barba blanca, hay un águila americana bordada en la parte posterior de su desgastada chaqueta de mezclilla.

"Con todo el *debido* respeto, Hermano Templomasa", dice Mike Abierto. "Conozco bien nuestros términos". Mira alrededor del círculo, junta sus finas cejas en una sola línea. "Todos ustedes han

escuchado el informe de la hermana Jenny. Nuestras reservas se han agotado por la limpieza y reparación del centro comercial. El pago de esa factura fue casi suficiente para cubrir las reparaciones posteriores de la autopista en el Barranco de Sullivan. Hasta que se cubra *eso*, hermanos y hermanas, estamos intervenidos. Solo os pido que miréis hacia el futuro".

"No me gusta un futuro después de habernos enemistado innecesariamente con el Duque", dice una mujer de barbilla afilada con sobretodo gris y las letras «Jenny Rye» en el pecho izquierdo.

"¿Cómo se puede pagar siquiera una tasa tan elevada dos veces al mes?", dice un hombre de facciones pequeñas con el pelo rojo y barba de cabra.

"Siete días más uno", dice el Soames. “Presionamos el tema el domingo por la mañana, no antes. A menos que...”, inclina su cabeza, la luz brillante se desliza por las lentes de sus gafas. "¿Se secunda la propuesta del hermano Michael? ¿Que el Local busque restitución inmediata del Duque por la reparación de la autopista en el Barranco de Sullivan? "

"A ver si me aclaro con esto", murmura Jo inclinándose sobre el hombro de Ray. "*¿Arreglaron* ellos la maldita autopista?"

"Supongo que sí", dice.

"¿Cuándo?"

"No sé".

"Porque yo estuve *allí*.. Quedó en siniestro total".

"Pero está bien ahora, ¿verdad?"

“Con esto”, dice Soames mientras Mike Abierto toma asiento, “se concluyen los asuntos pendientes. Me gustaría presentarles a nuestra invitada de esta noche, quien nos ha hecho un honor incalculable al asistir con tan poca antelación." Jo resopla. “Nuestra Princesa, la Prometida del futuro Rey Retornado”. Un susurro barre

la habitación cuando se quitan las gorras, se inclinan las cabezas y se colocan las manos sobre las rodillas. El Soames siguen en pie y dice: "Le he pedido que nos cuente un asunto que incumbe directamente a las preocupaciones del hermano Michael. En una palabra, Milady...", volviéndose para hablar directamente con Ysabel, sentada ahora con las piernas cruzadas bajo esa voluminosa falda de mezclilla,"...la distribución ha sido bastante exigua últimamente".

Y luego el Soames se sienta.

Ray, al mirar a Jo, levanta una ceja y encoge la boca.

Ysabel deja de cruzar las piernas, se sienta hacia adelante como para levantarse y se detiene. Luego, con una respiración profunda, se pone en pie. "Gracias, Nell", dice ella. “Todo esto es una sorpresa para mí. Me temo", y luego sacude un poco la cabeza para sí misma. "Os lo aseguro", dice ella, "que cuando el Rey regrese y yo me siente en el Trono como su Reina, encontraréis en mí una verdadera y constante amiga".

Por un momento no se dice nada.

"Gracias, Milady", dice el Soames, "pero, ¿podríais hablar con vuestra madre y contarle lo que habéis escuchado aquí esta noche?"

Ysabel comienza a decir algo, pero no lo hace. Sus manos están dobladas una envuelta en la otra. "No", dice ella. “Mi madre conoce vuestra situación, así como sabe todo lo que sucede en su ciudad. Si sus porciones son escasas, es porque los tiempos son escasos. Lo habéis visto vosotros mismos... un Duque tiene una vida tan frugal como un limpiador doméstico..."

Hay quejas ante eso, lamentaciones. "Bah, lo dudo", murmura alguien. Chasquidos, agitación. "Yo", dice Ysabel, "eso no lo sé, debéis entenderlo". El Soames se pone de pie. La mano de Ray está en el brazo de Jo. "Hermanos y hermanas", dice el Soames, suplicando.

"¡Calma!" retumba Mike Abierto.

"Aún no soy Reina", dice Ysabel mientras la habitación se calma. "Yo no soy mi madre". Se lleva las manos a la cara, los dedos cercan su boca y ella cierra los ojos, deja escapar el aliento que ha estado conteniendo y deja que sus manos vuelvan a descender ante ella, juntas una vez más. "No puedo hacer nada acerca de la distribución, ahora no, aún no. Pero puedo hacer *esto", una mano se desliza en el bolsillo de su falda para sacar una pequeña bolsa de plástico, hinchada con polvo de oro.*

"¿Qué está ella...?", dice Jo.

"Esto", dice Ysabel, "es lo último de mis reservas. Los tiempos son lo que son. Pero soy consciente de la importancia del trabajo que hacéis".

"Oh", dice Ray.

"Y así, porque soy, y seré, vuestra amiga".

"Ysabel", dice Jo, pero en voz baja.

"Os lo ofrezco libremente".

"Oh, guao", dice Ray y las sillas se arrastran, los zapatos chirrían, la habitación se pone en pie, se levanta hacia Ysabel, los brazos se extienden, algunos se alejan, otros son empujados, y Jo se abre camino por el medio entre Galleta y un niño con camiseta gris. "¡Hey!", avisa Ray, perdido en el bullicio de agradecimientos y súplicas y gritos de "¡Milady! ¡Oh, Milady!" Ysabel se aleja de ellos con los ojos muy abiertos y retrocede de nuevo, acorralada entre ellos y el piano, con la bolsa en ambas manos sobre su cabeza. El Soames a su lado, con los brazos extendidos, "¡Hermanos y hermanas!", grita, pero ellos están estirando los brazos por encima de su cabeza.

"¡Hey!", grita Jo en el fondo y avanzando, "¡Gallowglas en la sala! ¡Soy el jodido Gallowglas, abran paso! "

"¡Animales!", grita Doble Thomas, y de repente todo queda en silencio otra vez.

"¡Poco mejor que groseras bestias!", continúa él.

"Tommy Tom", dice alguien, y "Hey, yo...", dice alguien, y "Cállate", dice otro. Doble Thomas, mientras se abre camino hacia al frente de la multitud, dice "Eso es lo que dicen de nosotros. Por eso lo dicen, deben repartirlo. A cada cual lo suyo, dicen, pero con sus términos, y a su propio tiempo conveniente, y si ellos se quedan la mayor parte por todos sus problemas, ¿quiénes somos nosotros para quejarnos?", está parado junto a Mike Abierto ahora, ante Ysabel y el Soames. "Y aunque un

Duque nunca sentirá la frugalidad como lo hacemos nosotros. No es excusa para demostrar que tienen razón".

"Vuestro regalo", dice Soames, recuperando el aliento, "es muy generoso, Milady".

"Yo no tenía...", dice Ysabel acercándose a ella, "No tenía planeado esto, no tengo escalas ni bolsitas ni..."

"Hay vasos y cucharas de medir en la cocina", dice el Soames. "Hermano Michael, ¿serías tan amable?"



Jo no dice nada como respuesta. Reafirma la muñeca del brazo derecho, girando en el sentido de las agujas del reloj, la espada en la mano, una línea que apunta al hombro para inclinar el pecho de Vincent. Él asiente y, sin apartar los ojos de ella, mueve su pie izquierdo hacia un lado y su peso mueve el pie derecho a continuación, una y otra vez. La punta de su espada le sigue suavemente. Su pie izquierdo se cruza detrás de su derecho, doblando rápidamente el paso y dos veces más rápido ahora, su prótesis aún ladeada, su espada aún hacia abajo y alejada. La punta de la hoja de Jo se balancea para seguirle, ella da un paso con su pie izquierdo hacia la derecha y los hombros inclinados para mantenerse de canto. "¿Qué más?", dice Vincent.

"¿Qué más?"

“¿Qué más hay aquí?”, él baja el brazo izquierdo, relaja el brazo derecho, los hombros se levantan y se acomodan, sus pies plantados. "No estoy sólo yo, chica. Ahí está la luz", su brazo izquierdo señala, la luz intensa reluce en el gancho. “Las sombras a un lado. El espejo. Esas espadas junto a la puerta detrás de ti, listas para hacerte tropezar. Hay mucho en esta sala además de mí".

"Vale", dice Jo flexionando su brazo de nuevo, su espada de nuevo en un ángulo defensivo, "Vale. La número dos es dónde está todo lo que no soy yo. Lo capto".

"¿Estás segura?", dice Vincent.

"Sí", dice Jo. "A la número tres".

"Así que tienes prisa", dice Vincent. "Vale".

"Espera...", dice Jo, pero él ya está dando tres pasos rápidos para plantarse delante de Ysabel, que aleja sus pies de su camino subiéndose de espaldas al espejo. El brazo izquierdo se alza entre ellas, el gancho chasquea una vez cuando él gira la cabeza hacia Jo, con la espada

subiendo, rodillas instaladas allí, entre Jo e Ysabel, y su sonrisa ahora es bastante clara y aguda. "¿Y bien?", dice. "¿Y ahora qué?"



"¡Ysabel!"

En el suelo, al lado de Ysabel, en la oscuridad, con la mano izquierda cerca de la derecha, Jo repta como un gusano mientras una bota se estrella en su cabeza y otra persona tropieza con sus piernas.

"¡Jo!"

En el suelo, de rodillas, con la cara entre las manos, Ysabel está gritando hacia el suelo invisible. Doble Thomas se acurruca sobre ella, su gorra ha desaparecido hace mucho tiempo, el oro brilla en el dorso de sus manos. La oscuridad destella por el parpadeante rociado que se arremolina al paso de pedigüeñas manos y dedos y piernas temblorosas que tiran de puños de camisas y pliegues de pantalones, los respaldos y las patas dobladas de las sillas, las yemas de los dedos, los labios y el borde de una cara. "¡Jo!", grita Ysabel y de nuevo, "¡Jo!", mientras todo a su alrededor resuena con sollozos que arrojan átomos de oro, gemidos y gritos de "¡No, oh, no!" Y "¡Milady, por favor!" y "¡El owr! ¡Salvad el owr!”. En medio de todo eso, el Soames está inmóvil con las manos vacías delante de ella, a sus pies la bandeja derribada, la basura de los cristales rotos de los vasitos dorados.

Un clic, un sonoro zumbido, las luces cobran vida en el techo aquí y allá, el sótano una vez más localizado debajo de esa intensa luz blanca que los silencia a todos. Se han detenido en el sitio, luego se giran lentamente, miran lentamente a su alrededor. Galleta se frota los ojos con los talones de las manos y las yemas de los dedos brillan. Sproat está ha hecho un ovillo en un grupo de sillas caídas, Rye Jenny se agacha junto a él con los dedos en su cabello brillante. Jo se encorva sobre una silla derecha junto a Ysabel, que está de pie mirando hacia la parte superior de las escaleras que conducen a la habitación.

"Yunque", dice Ysabel. "Bienvenido". Su voz plana y tranquila, su rostro inexpresivo. Con el ojo rojo hinchado y púrpura, una cicatriz roja baja por su mejilla.

"Milady", dice Pirocles. "Estáis herida". Detrás, Becker jadeando, detrás de este, Guthrie y la mujer con la gorra color confeti.

"Sidney", dice ella. "La antigua Daga".

"Él ha mostrado su rostro", dice Pirocles bajando las escaleras,

metiendo la mano en el bolsillo interior de la chaqueta del traje.

"Ha cambiado de bando", dice Ysabel. "Acudió a la hermana de mi madre y llevó a el Yelmo con él".

"Ellos son los que han llamado a los ciclistas fantasma", dice Pirocles. "La iglesia está rodeada", saca una bolsita de plástico, un dedal de oro. "Acabamos de llegar", se agacha para mirarla a la cara, abriendo la bolsa con los dedos, pero ella niega con la cabeza. "La mano de Jo", dice ella. "Ella le ha tocado".

Jo sostiene su mano izquierda con fuerza sobre su derecha, la piel está fuertemente hinchada, roja, moteada aquí y allá con ampollas negras. "Hostia Cristo, pero si él estaba frío", jadea.

"Por favor", dice Ysabel a Pirocles, juntando las manos. Él inclina el polvo en sus manos. "No sé si será suficiente", dice.

Ella junta las manos y las acerca a sus labios, susurrando algo con los ojos cerrados en el hueco de los dedos. Ella se arrodilla junto a Jo. "Quédate quieta", dice ella. Abre las manos sobre la palma de Jo y Jo sisea. Toma la mano de Jo entre las suyas, frotando el polvo en la carne. Los hombros de Jo se estremecen. Ysabel se inclina sobre la mano de Jo y presiona la palma contra sus labios mientras su pesado cabello negro se desliza de sus hombros para acortinar el beso. Jo levanta la cabeza con la cara tensa, jadeando, luego despacio, despacito, se relaja, su respiración disminuye, se hace más profunda.

Ysabel se endereza y se quita el polvo de los labios. "No fue suficiente", dice ella. "Picará, durante unos días todavía".

"Y tú estás manchada de un infierno de brillantina", dice Jo.

"Yo estaré bien", dice Ysabel, y luego, con una risita incierta, "no puedo tener un caballero con una sola mano".

"Lo sentimos mucho, Milady", dice el Soames. "Nunca deberíamos haberos puesto en tal peligro". Ahora están todos juntos ante la mesa plegable cargada con el termo de café, bajo la pancarta con la paloma, las hojas, el arcoiris. Con las manos a los lados, dobladas juntas, unidas a la espalda. Gorras en la cabeza. "Debemos sacaros lo más rápido posible".

"No seas tonta", dice Pirocles. "¿Qué quieres hacer? ¿Atravesar el cordón de los fantasmas? Toca uno con cualquier cosa que no sea un arma y ni siquiera quedara tu polvo".

"¿Cuántos hay?", dice Mike Abierto.

"¡Docenas!", dice Guthrie cuando Becker dice "Diez, más o menos".

"Once", dice Pirocles.

"¡Pues pide ayuda!", dice Mike Abierto. "¡Un puñado de caballeros

podría dispersarlos en minutos!"

"Eso es lo que quieren", dicen el Soames. "Ciertamente, podrían ser dispersados. Pero uno o más caballeros morirían".

"Para eso están", murmura Mike Abierto cuando Jo dice, "Y sería culpa mía. Otra vez. Esta cosa del toque", le dice a Pirocles haciendo una mueca al abrir y cerrar la mano. "¿Es para todos? ¿O hay excepción para el Gallowglas?"

"Es posible que sientas un escalofrío", dice Pirocles.

"De acuerdo. Y hay tres de nosotros aquí, ahora..."

"Cuatro", dice Ray sentado en una silla junto al piano.

"No sería suficiente, Gallowglas", dice Pirocles. "Incluso si cerrarais los brazos para protegerla con vuestros cuerpos, ellos entrarían en ti, te derribarían y la tocarían. Tal vez yo podría sorprenderlos atacando desde el interior de su cordón... si es que logro cortar a suficientes de ellos..."

"Hay otra forma", dice Ray. "Destrozadlos sin caballeros. Sin poner a ninguno de vosotros en peligro. Esta iglesia", dice mirando hacia el bajo techo," está prácticamente justo debajo del puente más grande de la ciudad".

"¡Oh!", dice la mujer con la gorra color confeti.

"Veo que ella tiene una pista", dice Ray. "¿Qué es, amigos, lo que vive debajo de los puentes? ¿En los cuentos de hadas?"

las Puertas se Abren a Patadas / Sidney descansa / quizá Azul / una Disputa sobre la Pérdida

Jo abre las puertas de una patada y las cruza hasta el porche que baja las escaleras, Ray detrás de ella. Becker atrapa la puerta, mira a través de ella mientras ellos corren calle abajo entre los troncos de los grandes pilares de hormigón que sostienen las rampas de acceso sobre ellos.

Desde lejos, detrás de la iglesia, otro golpe de metal. "Puerta de atrás", dice Becker y deja que la puerta se cierre.

En el sótano, la mayoría están sentados de nuevo. Mike Abierto está paseando junto al piano. Ysabel está girada de lado en su silla, su ojo ennegrecido vuelto hacia el estante lleno de sillas plegables. Junto a ella, el Soames, con los hombros en la espalda de Ysabel y sus gafas en una mano, se aprieta el puente de la nariz. "¡Debería estar ahí afuera!", grita Mike Abierto golpeando el piano acolchado con un puño cerrado.

Doble Thomas se levanta y camina por el irregular arco de sillas y hombres y mujeres, con la gorra en la cabeza y las manos cuidadosamente ahuecadas delante de él. Cae pesadamente sobre una rodilla ante Ysabel. "Milady", dice. "Nunca rechazaría un regalo tan valioso, pero debo hacer algo para..."

"Se ha echado a perder", espeta ella. "Se ha vuelto muerto. Vertido. No mejor que la pelusa de conejo en tu bolsillo".

Él se pone en pie, se da vuelta y se aleja, aplaudiendo el polvo de sus manos.

"Yo estaba equivocada", dice la mujer con la gorra color confeti. Está en cuclillas en una silla junto al termo de café, con las piernas dobladas bajo su falda naranja, mordisqueando una rosquilla.

"¿Quién era quién ahora?", dice Guthrie, ocupándose de una uña con los dientes.

“Cuando dijo que había cuatro. Sólo hay tres en la pista".

Becker está bajando el último tramo de las escaleras. "Están fuera", dice. "¿Por qué no ha vuelto a entrar él todavía?"

"¡Está *pasándolo en grande*!", grita Mike Abierto golpeando nuevamente el piano.

"Vale", dice Becker, "¿dónde está la puerta de atrás?"

Las manos se disparan para señalar la puerta detrás del estante repleto de sillas plegables. "Allá atrás", dice Templomasa y "Hay unas escaleras allá atrás", dice una mujer con cubretodo blanco y "Sube esas escaleras", dice Rye Jenny. "¡Te lo mostraré!", dice Mike Abierto.

"Hermano Michael", dice el Soames. "Pensé que debíamos dejar esto a los caballeros".

“¡Tengo que hacer *algo*!", grita Mike Abierto golpeando su palma abierta con el puño.

"Para eso están", dice el Soames.

"Iré contigo", dice Ysabel poniéndose en pie, camina hacia Becker. "No pasa nada", se gira ella para decirle a el Soames, su sonrisa se ve obstaculizada por el moratón en su mejilla. "Él es mi jefe. Y prometo que me quedaré dentro de la iglesia".

Todos están mirando a Becker. "Um", dice. “Superviso un banco telefónico. Ella trabaja allí con Jo".

"Incluso me dieron un *cheque*", dice Ysabel y ella toma el brazo de Becker y camina con él hacia la puerta, detrás del estante repleto de sillas plegables, su falda de mezclilla roza el suelo polvoriento.

En la escalera, Becker dice: "Así que eres una Princesa".

"Sí", dice Ysabel.

"Y Jo es tu, eh, ¿qué era?".

"Gallowglas".

“Porque sigo olvidando, ¿ves?”

"Eso sucede".

"A Jo no".

"Quizá yo no la deje olvidar", dice Ysabel.

"No me digas que también estás prestando atención a Guthrie".

“A algunos de vosotros les resulta más fácil de esta manera”.

Becker, en la parte superior de las escaleras, su mano en el pomo de la puerta, se vuelve hacia ella. “¿Voy a recordar esto acaso? ¿O mañana me despertaré y todo esto ni siquiera será un sueño, como si no hubiera comido esos huevos de armadillo que nunca tuve".

"Abre la puerta", dice Ysabel, y él lo hace.

El callejón exterior recorre la parte posterior de la iglesia, pavimentado con grava, forrado con una pared recta de vegetación. Más allá de él, otro estruendoso golpe metálico, gruñidos y jadeos, pisadas y golpes y caídas. "No puedo ver nada", dice Becker.

"Él regresará cuando pueda", dice Ysabel. "Sabe que sólo está ganando tiempo".

"Pero tal vez él...", dice Becker. "Voy a ir y... hacerle señas. ¿Sabes? Hacerle saber. Me mantendré fuera de la vista, salvo cuando salude o algo así", y él sale hacia la grava, se dirige a lo largo de la pared de vegetación, se agacha buscando un espacio.

"No", dice Ysabel. "No lo hagas. Detente".

Becker pasa a empujones entre los arbustos. Más allá de un estacionamiento iluminado en un blanco pálido y vibrante, farolas aquí en la esquina de la iglesia y al otro lado del aparcamiento vacío. Una media docena de engranajes de bicicletas blancas hacen ruido mientras Pirocles, con la chaqueta del traje hecha jirones, se agacha bajando su espada ancha con ambas manos en ángulo ante él, retrocediendo en arco la punta para alcanzar a Sidney, una oscura forma que salta, cuchillo por delante, y que fulminando con la mirada, se agacha sorteando el golpe de espada, la cual se estrella el pavimento, y Pirocles, girando las manos, da la vuelta apartando el cuchillo con un sonido metálico.

"Sidney", llama Pirocles con voz ronca. "No me digas que quieres descansar", avalanzándose, planta su espada ancha de punta quebrando el asfalto al lado del bulto oscuro de la capa de Sidney. “¿Sidney?” Apoyándose sobre la empuñadura como una muleta, embiste. La capa colapsa.

Pirocles mira bruscamente hacia arriba para ver la cara de Becker en los arbustos. "¡Vete!", le ruge. "¡Vuelve adentro!", inclinándose alarmantemente en una carrera agitada. El lamento que ha estado surgiendo se transforma en otra figura oscura encapuchada, una luz blanca reluce en un casco plateado, un brazo arriba y hacia atrás, una espada ancha y corta, una boca abierta en un aullido de ira sin palabras. Becker desaparece en los arbustos cayendo hacia atrás, medio recuperándose, rueda para acabar reptando hacia la puerta mientras Pirocles irrumpe entre los arbustos con sus grandes pies aplastando la grava, golpeando con los puños por delante el muro de la iglesia, se impulsa girando para alcanzar los vaqueros de Becker, la espalda de la camisa a cuadros de este sube y cruza la puerta trasera entornada mientras esa espada corta y ancha taja la maleza entre chispas de la piedra gris rojiza. Becker, en el hueco de la escalera, baja tropezando tres escalones, cuatro, y agarra la barandilla cuando Pirocles choca contra la pared interior con los hombros, cierra la puerta de una patada, asegurándola con los pies cuando un golpe la hace temblar desde el otro lado.

"¡Adelante!", grita Pirocles. “Llévale a La Daga de vuelta al Badb Catha. ¡Dile cómo fallaste!", la puerta tiembla. "¡No volverás a cruzar este umbral! ¡*Vete*!"

"Hey", dice Becker cuando la puerta queda quieta. "¿Estás bien?"

Pirocles sobre su espalda baja la vista hacia los jirones de su chaqueta azul oscuro, su camisa blanca rasgada, los cortes en su pecho y brazos que rezuman algo espeso y amarillo lechoso. Comienza a reír. "Me curaré, Becker", dice entre toscas risas. "Me alegro de no haber recibido una de estas mientras tú aún estabas allí parado".

"Yo", dice Becker arrodillándose en los escalones, apoyando las manos en el rellano junto a Pirocles, "voy a despertar por la mañana y no recordaré nada de lo que ha pasado. Lo cual creo...", y se inclina hacia adelante,"...que es la única razón por la que puedo hacer esto", y besa a Pirocles en la boca.

Pirocles roza la mejilla de Becker con magullados nudillos. "Espero que recuerdes algo", dice, y atrae a Becker hacia él y se besan de nuevo.



"¿*Y bien*?", dice Jo de pie en medio de una calle oscura y silenciosa. Muy por encima de ella, la cubierta de la autopista se eleva sobre pilares de hormigón más delgados a mayor altura, el ruido de los motores, llantas rodando, luces que se ven pasando de un lado a otro sin iluminar lo que hay debajo. Detrás de ella, hierba alta susurra hacia el río negro y vacío más allá. "¡Estamos fuera del jodido *puente*, Ray!" Ray, en medio del cruce de la calle, se agacha sobre sus rodillas luchando por respirar. "¿Dónde está el puto *troll?"*

"No... no lo sé. No lo sé".

"¿Qué aspecto tiene, eh? ¿Cómo es de grande? Tal vez salió a tomar algo".

Ray está negando con la cabeza, sacando su botella verde del

bolsillo de la chaqueta de cuero. "No sé", dice, y echa un trago.

"¿Alguna vez has *visto* a esa maldita cosa?"

"¡Es un *puente*!", espeta Ray. "¡Se supone que debe haber un *troll*!"

"No puedo creer que te haya hecho caso", dice Jo. "Tenemos que volver. Hostia *puta*".

"Espera", dice Ray. "Espera un segundo".

"¿Por qué?"

"¿Por eso?", Ray apunta su botella hacia el travesaño muy por encima de los dos pilares. Encaramada allí, una forma oscura, un pájaro, demasiado grande para ser un pájaro, hombros suaves y redondeados sin sugerencia de plumas, sino grandes glifos angulosos tallados en el pecho ancho.

“¿Una estatua?” dice Jo.

La estatua gira la cabeza recortando el perfil caído de un águila. Un parpadeo y algo que podría ser un ojo los mira. Sus alas se abren con un crujido de piedra sobre piedra y se agitan una vez antes de asentarse lentamente con un ruido sordo.

"Eso no es un troll, Ray", dice Jo intimidada.

"No, pero seguro como el infierno que es algo".

"¿Quieres subir allí? ¿Ver si quiere ayudarnos?”

Ray sonríe, se encoge de hombros y sus ojos se deslizan hacia ella por encima del hombro. "Mierda", dice mientras el sonido del chasquido se hace más fuerte y más cercano, la bicicleta blanca se desliza de farola a farola y el ciclista gris, blanco y negro está encorvado sobre el manillar, oscilando de un lado a otro pedaleando para ganar velocidad.

"Oh, demonios", dice Jo.

Ray bebe una vez más de su botella verde y luego la arroja estrellándola en el asfalto. Levanta los brazos, se cruje los nudillos, toma una gran bocanada de aire por la nariz y comienza a correr.

El ciclista se desvía en el último instante, pero Ray se gira y se inclina hacia él y la bicicleta gira al revés sobre sus cuerpos en expansión, la cabeza con casco del ciclista rebota en el pavimento, los pies de Ray se levantan en el aire, la bicicleta se estrella contra el suelo. Jo se dirige hacia ellos cuando Ray se apoya sobre manos y rodillas dejando escapar gritos irregulares entre carcajadas. "¡Funcionó!", grita.

Jo se agacha sobre las manos del ciclista, que se ciernen sobre su suéter gris. "Hey", dice ella. "Hey".

"Nunca antes había placado a un ciclista", dice Ray.

Jo toca el suéter retirando los dedos del ciclista hacia atrás y luego toca despacio el cuerpo. "No está demasiado frío", dice ella. La cabeza del ciclista se mueve un poco, sus ojos se abren, lácteos a la pálida luz de la calle.

"¿Quién eres?", dice Jo. "¿Qué estás haciendo aquí?"

"John", dice el ciclista. “John Milus. No estoy donde se supone que debo estar".

"¿Dónde está eso, John Milus?", dice Jo.

"¿Jo?" dice Ray.

“Ankeny con Sandy. Sureste. Viniendo cuesta abajo, se toma ese giro... donde hay flores. Suele haber flores. Mi hermana, ¿sabes?”, esos ojos lácteos se cierran con fuerza y cuando se vuelven a abrir, quedan un poco más claros a la incierta luz. Quizás sean azules. "¿La recuperarás?"

"Hey, ¿Jo?"

“¿La bicicleta?” dice Jo “Claro. Ahora...”

Pero ya no hay nadie allí.

"¡Jo!", dice Ray. Jo se levanta. "¿A dónde ha ido?", dice Ray. Jo toma la bicicleta blanca y la pone en posición vertical. La hace girar de un lado a otro. "¿Jo?". Ella pasa una pierna sobre el sillín con cinta blanca y encuentra los pedales blancos con los pies. Los hace girar, pedaleando en un círculo cerrado, reflectores tintados con pintura blanca, asiento de vinilo blanco, cinta blanca mugrienta en el manillar. "Jo", grita Ray. "¡Qué coño!"

"Voy a romper el asedio", grita Jo por encima del hombro, oscilando de lado a lado mientras comienza a pedalear para ganar velocidad.



“¿Qué vas a hacer, chica?”, dice Vincent. "Esa es la tercera lección. Estas ahí. Olvidaste que tu Princesa estaba en juego, y aquí estoy, entre vosotras. ¿Qué vas a hacer al respecto? Toma la decisión".

"Vale", dice Jo, "Voy a..."

“¡Pero no me lo *digas*!

"Vale", dice Jo, "no lo haré".

"La cuarta lección, chica", dice Vincent. "Decidir. Luego, *hacerlo*. De lunes a viernes, de aquí en adelante, se supone que eso te dará los reflejos para que puedas poner la punta de esa espada donde la necesites sin pensar. Es lo que aprende todo espadachín, más o menos. Si quieres luchar, debes seguir estas cuatro lecciones todo el tiempo, una y otra vez, un ciclo. Como el latido de un corazón ¿Dónde estás? ¿Qué hay a tu alrededor? ¿Qué vas a hacer? Luego, hacerlo y vuelta a empezar: *ahora* ¿dónde estás? *Ahora* ¿qué te

rodea? *Ahora* ¿qué vas a hacer? ¿Eh?

"Vale", dice Jo. Ella no se ha movido. Sus rodillas siguen flexionadas, su mano izquierda hacia arriba y hacia atrás, su brazo derecho extendido pero no rígido, su espada inclinada un poco hacia un lado.

“Pues *hazlo* ya”, dice Vincent.

Jo deja caer su brazo y baja la espada. Se inclina para dejarla en el suelo. Se endereza con las manos extendidas a ambos lados. Mirando no a él, sino a Ysabel detrás de él, que está negando con la cabeza, sonriendo y mirando hacia otro lado.

"¿Por qué has hecho eso?", dice Vincent. "Muéstrame tu trabajo".

"Vi la forma en que la mirabas", dice Jo. "Ni siquiera sabes fingir que finges amenazarla. Ahí parado frente a ella de esa manera y mírándome".

"Pero esa es su seguridad. ¿Qué hay de la tuya?

"Si ella te pidiera que saltaras del tejado, lo harías", dice Jo. "¿Qué pensabas que iba a hacer? ¿Atacarte?

"Pensé que tal vez tratarías de sorprenderme durante mi pequeño discurso. Por eso seguí tanto tiempo", da un paso adelante con su pie derecho, moviendo su cuerpo, su brazo derecho ahora con la espada hacia arriba y hacia fuera, con su prótesis doblada junto al pecho. "¿De verdad crees que puedes depender de una palabra de ella?"

"Deponed vuestra espada, Sr. Erne", dice Ysabel. "Todos hemos mostrado nuestros diversos argumentos".

Él se ríe. Baja su espada. Corta el aire de un lado a otro, la punta roza el suelo. "Vale", dice. "Te veré mañana. A las once en punto".

"¡Mañana!", dice Jo.

"Es viernes, ¿no?", él camina por la habitación hacia la hilera de espadas de práctica en el suelo. "De lunes a viernes. Sin excepciones.", vuelve a colocar su espada en su lugar. “Y trae el dinero”.



Linesse se arrodilla en medio del estacionamiento vacío donde ninguna de las farolas llega realmente, sin forma bajo su capa azul y negra. En una mano sostiene un torque plateado tan pulido como el que lleva colgado del cuello. "He hecho lo que he podido", dice para sí misma, para el torque en su mano. "Nadie ha venido a rescatarla. Los fantasmas permanecen en la estación, pero he perdido la campana cuando Sidney fue destruido. Y hay más de un Gallowglas aquí". El desfile de bicicletas blancas pasa alrededor de la iglesia. Una de las bicicletas se libera, una bicicleta de chica, cesta de mimbre blanca con flores de plástico abrochadas al frente, la ciclista va con falda gris y un chubasquero blanco, se arquea hacia Linesse, girando en un amplio círculo alrededor de ella, y luego se detiene, mientras una por una, las otras bicicletas se detienen. Los pasajeros esperan en sus asientos a que sus bicicletas se equilibren entre sus piernas, inclinan sus bicicletas hacia un lado, un pie en el pedal, uno en el pavimento.

Algo sigue sonando, cada vez más fuerte, cada vez más cerca.

Linesse se pone de pie lentamente y se da vuelta para mirar hacia la calle donde la miran todos los ciclistas. Donde Jo frena su bicicleta blanca para detenerse en la entrada del estacionamiento, pasa un pie por encima del sillín y camina con la bicicleta en las manos hacia ellos. Casi como uno, los ciclistas desmontan soltando las bicis o pasando una pierna sobre sus sillines.

"Volved a montar", dice Linesse. Se acerca a la masa de fantasmas, tiene el torque todavía en sus manos. "¡Volver a montar! ¡Seguid moviéndoos! ¡Vigilad! ¡Llegarán en cualquier momento! "

Jo se detiene ante el fantasma del chubasquero blanco. "Hey", dice ella, y "Hey", dice el fantasma.

"¿Cómo te llamas?", dice Jo.

"Cindy Wojtowicz", dice el fantasma.

“¿A dónde necesitas ir?”

“Lovejoy con la Novena. Se la llevarán, pero alguien siempre devuelve algún tipo de bicicleta".

"Vale", dice Jo, y la bicicleta de chica blanca con la cesta de mimbre blanca cae al suelo. El fantasma planta su bicicleta con su pata de cabra, luego recoge la bicicleta caída y también la planta.

"¡Alto!", grita Linesse.

"Tú", dice Jo señalando a un fantasma con polo blanco y pantalones blancos de carpintero, de pie junto a una esbelta chica de blanco.

"¡*Alto*!", grita Linesse.

“¿O *qué*?", espeta Jo. "¿Cómo te llamas?", le pregunta al fantasma. La capa de Linesse aletea, la cota de malla tintinea, con la cabeza baja, empuja a Jo derribándola al suelo, rueda y lucha para acabar encima de Jo, arrodillada sobre su vientre. Con una mano sujeta el hombro de Jo, la otra mano sacude su espada hasta liberarla de su capa, hoja corta y ancha, una castigada guarda redonda que suena suelta sobre la empuñadura. “Brian Northrop,” dice el fantasma esperando allí junto a su bicicleta.

Jo patalea y trata de liberar un brazo. "¡Detén esto!", grita ella. "¡Vete de una vez! ¡Márchate!” Linesse arroja su espada a un lado, vuelve a buscar en su capa y saca un cuchillo largo con una hoja de un solo filo. "¡Perdiste!", chilla Jo y luego trata de ceñir la barbilla cuando Linesse coloca la hoja junto a la garganta de Jo. "Maldita sea el Mor Muman", murmura Linesse antes de apretar la empuñadura del cuchillo.

"¡Para!", grita Jo.

"Yo haría lo que ella dice".

Linesse queda bastante quieta, baja la vista hacia la hoja de espada sobre su hombro. Levanta el cuchillo de la garganta de Jo y lo sostiene hacia arriba y hacia un lado, suelto ahora entre el pulgar y el índice. La espada golpea su hombro y se levanta, y ella se pone en pie y se gira para ver al joven Duque detrás de ella, con una rebeca de color rojo oscuro y una camisa blanca abierta en el cuello, con su espada larga en una mano a su lado. "Te lo debía", dice él. "De lo contario te habría cortado la cabeza y terminado contigo. Pero ahora estamos en paz, tú y yo. Sé que ya no tienes nada que decir sobre el asunto, pero ten cuidado de que no nos crucemos de nuevo".

Y Linesse se da vuelta y se aleja abruptamente. Jo está sentada, tosiendo. El Duque extiende una mano para ayudarla a ponerse en pie. "¿Y bien?", le dice. "¿Nada cariñoso por mi rescate en el último segundo? ¿Esperabas quizás a el Carro? Ya lo había enviado al sótano, de lo contrario se habría puesto a pelear con los fantasmas".

"Sabio", dice Jo, y luego se vuelve hacia el fantasma junto a la bicicleta de chica. "¿A dónde tienes que ir, Brian?", dice ella.

"Cuarenta y siete, justo al sur de Stark", dice. "Hay un árbol, en la franja delantera entre la acera y la calle. Simplemente encadénala allí".

"Los fantasmas", dice el Duque al notar al chico. "Estoy impresionado. Los que están al frente tampoco se mueven. Tengo a el Masón vigilando por si acaso, pero parece que lo tienes todo controlado."

"Sí, bueno", dice Jo buscando un pie de apoyo. "Me preguntaba si tal vez me prestarías tu camioneta".

Colada Sucia

Colada sucia apilada en el futón, las almohadas caídas en el suelo. Las puertas del voluminoso armario de madera rubia están entreabiertas, hay más ropa apilada en el suelo de allí, sobresaliendo de los cajones. Sobre la mesa de café con tablero de vidrio, un florero de cristal verde y recto lleno de marchitas madrearañas ha sido empujado hacia un lado para dejar espacio a una caja de pizza abierta vacía, excepto por un par de bordes mordiscados y un caos de pétalos. El fregadero de la pequeña cocina del pasillo se pierde bajo una pila de platos sucios, vasos, cuencos y una cacerola. Una llave suena en la cerradura. Jo entra cojeando y encoge un hombro para sacar un brazo de la chaqueta, enciende la luz en la pequeña cocina del pasillo. Libera su otro brazo y deja que la chaqueta caiga al suelo. Se dirige por la sala principal tropezando con el negro mango de lanza que sobresale debajo de la mesa, aparta del camino con el pie las almohadas para llegar junto al futón con su mano izquierda abriéndose y cerrándose cuidadosamente.

Ysabel está en la pequeña cocina del pasillo mirando la chaqueta verde excendente del ejército de Jo en el suelo junto al desbordado cubo de basura. Ella empieza a decir: "¿Podrías al menos...?", pero Jo dice: "Ahora no, ¿de acuerdo? Joder, ahora no". Se desabrocha el cinturón. "Y no quiero oír que no habría sido un problema si no hubiera abierto los ojos cuando no debería haberlo hecho". Patea suficiente ropa para liberar un espacio en el futón junto a la pared.

"Fue más tu bocaza", dice Ysabel. Jo se está arrancando los vaqueros, hace una mueca sacudiendo su mano izquierda. "Te dije que dolería un poco", dice Ysabel.

"Lo que tú digas", dice Jo retorciéndose debajo de las mantas. Ysabel se sienta en una de las elegantes sillas de hierro forjado junto a la mesa con tablero de vidrio. "Vamos a ver a ese Erne como se llame, mañana", dice Jo.

"Muy bien", dice Ysabel. "¿Eso significa que vas a comenzar a

llevar la espada?"

"Marfisa es el Hacha, ¿verdad?", dice Jo. "Su hermano, él es el Mango del Hacha. No el Hacha".

Ysabel mira a Jo, medio oculta por la ropa, de lado, mirando hacia la pared. "Te refieres a lo que dijo la Daga. Lo que dijo Sidney". Saca una pitillera dorada del bolsillo de su falda. "¿Cambia eso algo?"

"No sé", dice Jo. "¿Lo cambia?"

"Por supuesto que no", dice Ysabel. Enciende un cigarrillo y lo fuma hasta que casi le llega a los dedos, luego lo apaga en la caja de pizza. Cuando Jo comienza a roncar, vuelve a meter la mano en el bolsillo de la falda y saca un frasquito de vidrio. Lo sostiene en alto a la luz de la cocina. Dentro hay un fluido viscoso y lácteo, espumoso con pequeñas burbujas en la parte superior, tocado con sólo un poquito de cálido oro amarillo.



Es un hombre corpulento quien tensa los hombros de una desteñida camisa de franela a cuadros, sentado en uno de los sillones de cuero bajo las grandes letras de cobre que dicen «Asociados Barshefsky: Calidad Garantizada». Largos bigotes grises caen a ambos lados de su boca. En una mano sostiene un pequeño cuaderno forrado en cuero azul. Cuando la puerta lateral se abre con un repentino torrente de voces inquisitivas y golpes de teclas, se pone de pie. Becker sale al vestíbulo con una camiseta holgada color marrón sobre una térmica gris de manga larga, cabello castaño fino lamido aquí y allá en la parte superior de su cabeza.

"¿Becker?", dice Pirocles.

"Lo siento", dice Becker. "Es usted muy... ¿Le conozco?"

Pirocles guarda el cuaderno azul en el bolsillo de su camisa. "Jo me ha hablado mucho de ti", dice.

“¿Sí?”, dice Becker.

“¿Está ella aquí hoy? Necesito reunirme con ella brevemente sobre un asunto personal".

"Puedo...", comienza a decir Becker.

"Mira", dice Pirocles, "nunca pude examinar sus manos".

"Yo...". Becker mira por encima del hombro hacia la puerta lateral. "Yo solo...", dice. "Iré a ver si está, eh, si está lista para su descanso".

"Y yo esperaré aquí afuera", dice Pirocles.

Coda 7

Soy el fantasma en la máquina,
Soy el genio en el gen.
Soy la belleza en la bestia.
Soy el ocaso en el Este.
Soy el rubí en el polvo,
Soy la confianza en la desconfianza.
Soy el caballo de Troya en Troya.
Soy la ginebra.
En el niño empapado de ginebra.

—Neil Hannon

N° 8: Belleza

“Hagámoslo en uno”

"Hagámoslo en uno", dice el pelirrojo, y Marfisa se encoge de hombros. Él levanta las colas de su largo abrigo verde y se posa en un taburete redondo antes de que un teclado se balancee sobre un par de caballetes. Se da vuelta para mirar la bombilla negra y suave del micrófono con una redecilla en la cabeza, un círculo de malla negra fina sostenida ante un brazo de plástico retorcido. "Tal y como dijimos", dice y cruje los dedos con las palmas hacia atrás, moviéndolas sobre las teclas un momento antes de dejarlas caer. Los acordes simples marchan uno por uno para colocar los huesos de una melodía, y cuando se flexionan un poco más seguros, ella toma aire una vez y luego otra y comienza a cantar.

"Quieres que te llamemos, *¿qué*?", dice la mujer con el pelo corto y oscuro, acurrucada en una esquina del sofá de la pared trasera de la oscura cabina del estudio.

“La. Raya. Azul.”, El chico separa cada palabra en su propia burbuja de discurso. Está envolviendo una guitarra acústica de gran barriga al otro extremo del sofá.

"Quiero decir para abreviar. ¿Te llamamos, no sé, «La»? "

"Azul está bien", dice el chico.

"Se refiere a que es estúpido", dice el calvo sentado en un taburete ante la mesa de control. "¿Quieres callarte un minuto?" A través de la gruesa pared de vidrio, Marfisa levanta las manos a ambos lados de su micrófono como si fuese a evitar que se apagara una vela.

"¿Qué es estúpido?", dice el chico. "¿Por qué tenemos que llamarle a *él* John Wharfinger?" Los ojos del pelirrojo están cerrados, su mano izquierda marcha aún por las teclas, su mano

derecha titubea, suspendida sobre ellas, rociando notas. “No sólo John. Siempre John Wharfinger".

"Hay muchos Johns", dice el calvo.

"No en la banda", dice el chico. "Y no me hagas hablar de *tu* nombre".

"¿Qué?", dice la mujer, "¿Otto?", al tiempo que el calvo dice: "Es un apellido. Ahora, ¿os vais a callar los dos y escuchar?" Sube el volumen de los monitores. La voz de Marfisa es pura, clara y fría, y está cantando "Hay signos en nuestro cielo de que la oscuridad se ha ido, y muestras en un sinfín de arreglos...", y toma todo lo que le queda para mantener esa palabra en alto, y los ojos bien abiertos no ven el sonido de espuma desconcertante en la pared ante ella mientras se balancea allí con sus rizos del color de la crema cuajada atada en una gruesa trenza a lo largo de su espalda. "Pues la tormenta que al parecer había desterrado el amanecer", su voz ahora bajo los acordes implacables de la mano izquierda del pelirrojo, "sólo acelera el advenimiento del día", y cuando los acordes se acercan a una nueva clave, ella levanta su cabeza y deposita con su corazón: “El buen momento por venir está casi aquí, ¡oh! ¡Fue largo, largo, largo el camino!”

"Jesús", respira la mujer.

"Guao", dice el chico.

“Ahora corre y dile a Elijah que apure a Pomp”, canta Marfisa, “y encuéntranos en el alcornoque junto al pantano, para despertar a Nicodemo hoy...”

Sus Ojos se mueven como locos / un Latte Venti Vainilla / un Billete de Cinco dólares / una (breve) Disquisición sobre el Amor

Sus ojos se mueven como locos. Está tendido en el angosto asiento trasero con el abrigo de su traje negro sobre él como una manta, agitándose debajo de él, resoplando, luchando por liberar sus brazos. En el asiento delantero, el Sr. Keightlinger inclina un brazo hacia atrás ofreciendo una enorme taza de plástico llena de granizado azul brillante. El Sr. Charlock lo agarra y aspira por la pajita con avidez con largos tirones huecos en las mejillas hasta que la taza gorgotea. Sujeta la taza entre las rodillas y presiona delicadamente las yemas de los dedos sobre las sienes, probando una serie de agarres, índice y anular, anular y meñique, pulgares y medio, sólo pulgares, hasta que tiembla y se dobla de golpe, tosiendo algo azul y pegajoso en un pañuelo. "Que me jodan", dice. "Era más fácil cuando *no podía* entrar". Respira por la nariz, aparta la pajita alrededor de la taza y sorbe lo que queda. "¿Qué hora es?"

"Se ha ido la mitad del mediodía", dice el Sr. Keightlinger.

"Mierda"

“Necesitabas dormir. Relajarte. Están volviendo de casa de Erne".

“Lo que *necesito*"; dice el Sr. Charlock, “es una larga ducha caliente. ¿Va a calentar como se supone que debe hacerlo hoy? No quieres oler por lo que estuve pasando. Ni el *crujido* en mi cuello".

"¿Valió la pena?"

"¿Anoche?", el Sr. Charlock se encoge de hombros. "Lo que fuese que tenían ya ha desaparecido. El Carro o cualquiera puede cruzar la maldita puerta que quiera, y mientras yo estoy acorralado en una cáscara de nuez hecha por una ardilla carpintera y unida por un equipo de pequeños átomos redundantes, puedo entrar allí la noche

que quieras. Pero, *por favor*. Hazlo primero en una noche que ella haya tenido bien larga y agotadora, ¿de acuerdo? Me duelen las costillas como si las hubieran pateado zapatos rojos".

"¿Sí?"

“Es positivamente *peligrosa* allí arriba”.

"Debería avisar", dice el Sr. Keightlinger.

"Porque el Lord sabe que deberíamos fracasar al tratar de informar en sus misiones sincronizadas con el terrible Erne", el Sr. Charlock deja caer la taza de plástico en el suelo entre una basura de envoltorios de comida rápida y vasos vacíos y bolsas de papel, luego agarra el respaldo del asiento delantero y comienza a impulsarse hacia él. "¿Recuerdas los viejos tiempos?", dice. "¿Las cartas en las revistas de caballeros? ¿Los boletines ocultos en carteles de carretera mal escritos?", agacha la cabeza y gira la espalda hacia el asiento delantero, balanceando los pies, rozando el cristal de la ventana. "Requería tanto tiempo", dice retorciéndose, "Es toda una maravilla que alguna vez hayamos conseguido terminar algo".

"Seguimos haciendo todo eso".

"Sí, pero", dice el Sr. Charlock alisando su corbata, señalando por la ventana hacia el teléfono público que está junto a cabina amarilla de «Pague Aquí», "esas cosas son jodidamente de *mago,* ¿sabes? Y las están arrancando. Por todos sitios. Todos tienen teléfonos móviles o lo que sea. No dejan dinero en ellas. Y aquí estoy pensando, elaborando estrategias, ¿sabes?, resolviendo los detalles en los que estamos, ¿qué vamos a hacer si arrancan *esa* antes de que ella se mude? "

El Sr. Keightlinger abre la puerta del lado del conductor con un «scuonk». "Plantamos una nueva", dice saliendo del auto.

"Ja", dice el Sr. Charlock. "Supongo que eso podría funcionar".



Con el paquete largo y delgado en sus brazos envuelto en toallas, Jo está de pie justo en el umbral de la puerta, en la parte superior de las escaleras que bajan hacia el vuelo de la rampa de acceso. Está examinando los puestos de control, la floristería está a un lado, los pasillos de las tiendas de comestibles. Los letreros en la pared del fondo dicen «Café Signatura» y «Almuerzos Estupendos» y «Comidas Preparadas». Hay una foto muy grande de algunos fiambres y queso. El techo es un laberinto de conductos y puntales pintados de blanco y allí, colgando sobre la parte superior de las escaleras, un gran televisor de pantalla plana que muestra a todo color la entrada al supermercado y Jo parada justo en el umbral de la puerta con su desgastada chaqueta militar verde, mirando el televisor, en sus brazos un paquete largo y delgado envuelto en toallas. "Tal vez deberíamos volver más tarde", dice ella. “Supongo que podemos recoger todo después del trabajo. Excepto, joder. La colada".

"¿Puedo tomar un café al menos?", dice Ysabel, su mano en la barandilla de la escalera. El letrero verde que dice «Starbucks» está al otro extremo de la tienda junto al mostrador de comida india. Un guardia de seguridad uniformado se apoya en el mostrador de la florista, riéndose de algo que ella ha dicho. El parche del hombro del guardia dice «Prevención de Pérdidas de Safeway».

"No lo creo", dice Jo.

"Ni siquiera tardará dos minutos", dice Ysabel.

"Yo creo...", dice Jo moviendo el bulto en sus brazos, volviéndose hacia la puerta,"... que te esperaré fuera".

Ysabel baja las escaleras hacia la tienda, vaqueros ajustados y desteñidos metidos en botas sangre de buey, una cazadora de cuero marrón sobre una camiseta sin mangas con estampado de leopardo. El cristal transparente destella del alfiler de oro que perfora su ombligo. Los collares cuelgan y resuenan, cuentas de ámbar y eslabones de oro, una pequeña abeja dorada, un ojo arcoíris

parpadeante, un crucifijo llamativo. Un suave sombrero de fieltro marrón sobre su negro negrísimo cabello. «Su media sonrisa hacía tan difícil ganar», canta una voz por altavoces invisibles en algún lugar de arriba entre los conductos y puntales, «de acuerdo, y sus promesas son sólo promesas, pero un pequeño movimiento de su mano...»

La mujer detrás del mostrador de Starbucks usa una camisa azul y una visera azul oscuro y un delantal verde y una insignia que dice «Petra B». Su cabello es corto, aunque su flequillo es lo bastante largo como para rozar las comisuras de sus mandíbulas, y sus gafas tienen bordes gruesos y negros. "¿Qué te sirvo?", dice Petra B.

"Me gustaría...", dice Ysabel apoyando los antebrazos en el mostrador y juntando las palmas de las manos, "un gran", mirando hacia el tablero del menú, "Latte Vainilla".

"Gran", dice Petra B. "¿Te refieres a Alto, Grande o Venti?"

“¿Cuál es el gran Latte?” dice Ysabel. "¿El más grande?"

"El Venti".

"Entonces me gustaría un Latte Venti Vainilla", dice Ysabel.

"Serán tres sesenta y nueve", dice Petra B.

“¿Hay más de una Petra?”, dice Ysabel. "La etiqueta de tu nombre", añade mientras Petra B levanta la vista de la caja registradora.

"Es mi nombre".

"Y es un nombre encantador", dice Ysabel. “¿Pero por qué no solo Petra? ¿Por qué Petra B?”

"Hemos llegado al punto de la transacción en el que tienes que darme el dinero", la sonrisa de Petra B es un puchero, y sabia y de un rojo oscuro intenso.

"¿No me habrías preparado el café primero?"

"Se supone que tienes que pagar primero. Así es como se supone que funciona".

"Pero eso no servirá en absoluto. ¿Qué pasa si no me gusta? Te quedarás con mi dinero y estaré con una taza de café muy grande que no querré beber".

“¿Alguna vez has probado un Latte Venti Vainilla de Starbucks? ¿Te gustó?”

Ysabel se encoge de hombros y asiente con la cabeza hacia un lado y dice "Sí".

"Bueno, ahí lo tienes".

"¿Pero y si no eres muy buena haciéndolos? Es un suponer".

Petra B se estira y retrocede con exagerada consternación. "¿Es eso lo que piensas?"

"Dime una cosa, Petra B", dice Ysabel, con el dedo medio de su mano derecha escribiendo ociosamente un círculo en la encimera. Sus uñas cortas y limpias pintadas de oro brillan bajo un satinado esmalte. "¿Crees que soy hermosa?"

“¿Qué?”, dice Petra B.

"¿Soy hermosa, según tú? ¿Soy atractiva? ¿Guapa? ¿Dirías, en tu opinión, que soy, bueno, *preciosa*? ¿Que giro la cabeza y detengo el tráfico?"

"Eres, uh", dice Petra B, "¿impactante?"

"”Impactante ”", dice Ysabel con un giro irónico en la boca. "Eso es casi tan malo como mona".

"No quise decir...", dice Petra B, alarmada, pero Ysabel dice: "Déjame ser más directa" y se pone de puntillas apoyando los

palmas de las manos sobre la encimera para ahora levantarse mucho más cerca. Petra B, cuyos ricos labios rojos ya no sonríen tanto, tiembla un poco, sus ojos detrás de esas gafas pasan de los ojos de Ysabel a la boca y la vuelta a los ojos de Ysabel. "¿Me encuentras deseable?",dice Ysabel en voz baja.

"No sé", dice Petra B demasiado rápido.

"¿Me quieres?", dice Ysabel.

Y Petra B abre la boca para decir algo, y tal vez está a punto de asentir, cuando Ysabel inclina la cabeza y la levanta para besarla.

Por un momento permanecen allí, Ysabel abalanzada contra el mostrador, Petra B arqueada sobre ella, sus manos extendidas inútilmente a cada lado, sólo sus labios se tocan, y luego Petra B suspira en el beso, sus hombros se relajan, su boca se abre sobre la boca de Ysabel, sus manos revolotean hacia abajo para posarse en el brazo de Ysabel, en el cuello de lana de la chaqueta de Ysabel, vibran como si Ysabel quemara y luego vuelven a posarse con cautela. Ysabel rompe el beso y, con los ojos cerrados detrás de esas gafas, Petra B descansa su frente contra la de Ysabel hasta que Ysabel se aleja un poco. "Ahora", dice ella sonriendo y reubicando su sombrero. "Hazme ese Latte Venti Vainilla".

Asintiendo, Petra B se acerca a la máquina de café espresso. Ysabel se agacha para mirar su reflejo en el lateral de la caja registradora. Petra B está vertiendo sirope transparente en un vaso grande de papel blanco. Ysabel está retocando con sus uñas rosadas una esquina de su boca pintada. La leche hace espuma bajo la varita de vapor. "¿Crema batida?", sice Petra B.

"No", dice Ysabel alisándose, "tal vez un poco de nuez moscada. ¿Fumas?”

"¿Qué?", dice Petra B. "No, quiero decir, podría, supongo. Yo nunca. Aquí.", ella le entrega el latte. "¿Te volveré a ver?"

Ysabel da un sorbo con cuidado. "No está mal", dice ella. "No está mal. Gracias".

Una mano desliza un billete de cinco dólares sobre el mostrador, una mano en un mugriento mitón de ciclista. "Quédese el cambio", dice Roland. Sus gafas de sol dentadas, verdes como trozos de botella rota.

"Oh, no", dice Petra B. "Eso no es necesario".

"No es necesario aquí", dice Ysabel en voz baja y los ojos entornados.

"¿Dónde está Jo?", dice Roland.

"Ella no quería café. Tampoco es que sea de tu incumbencia".

"De verdad", dice Petra B. "No es necesario".

"Adelante, señorita".

"Vete, Roland".

"Señorita, por favor. Acepte el dinero".

"Roland".

"No es necesario. De verdad".

La mano en el mitón de ciclista se arruga en un puño sobre el billete de cinco dólares que todavía está plano sobre el mostrador.

"*El Carro*", dice Ysabel.

En la esquina, delante de las puertas del supermercado, Jo fuma un cigarrillo con el bulto largo y delgado sobre un hombro y su mano libre sobre él para mantener el equilibrio. Al otro lado de la calle, un búnker en bloque de un edificio, de ladrillo rojo pálido, un letrero que dice «Sala de Lectura de Ciencia Cristiana». Al final del bloque, un solar en construcción, una torre de apartamentos con los niveles más bajos cubiertos de vidrio verde nuevo. Un camión de paneles resopla. «Grapas», dice el gran cartel rojo a su lado. Jo se da

la vuelta justo cuando, detrás de ella, los brazos rígidos de Roland empujan la barra de seguridad de las grandes puertas de vidrio del supermercado y este irrumpe en la acera para plantarse allí con un chándal blanco con ribetes verdes y sus auriculares azules y blancos alrededor del cuello. "Roland", dice Jo, y él levanta la vista para verla allí, "Hey", dice Jo, "Tenía intención de preguntarte", y camina hacia ella, "sobre Ray, quiero decir, ¿cómo puedo contactar con él", y su mano enguantada se alza apretada en un puño, "¿tienes un... qué es esto?", y planta el puño de lleno en el pecho de Jo. Hay algo adentro. Ella se mete el cigarrillo entre los labios y saca el billete de cinco dólares de la mano de Roland. "¿Para qué es esto?"

"Averígualo", dice Roland, y se aleja.

“¿Y bien?”, grita Jo después de un momento. “¿Quieres un número de teléfono para Ray o algo así? ¿Eh? ¡Encantada de verte también, gilipollas!”

"¿A qué ha venido eso?", dice Ysabel detrás de ella, dando un sorbo de una gran taza de café. Jo está metiendo el dinero en su bolsillo. "Que me jodan si lo sé", dice ella. "Vamos a deshacernos de esta mierda y prepararnos para el trabajo, ¿eh?"



En la bañera, Ysabel está levantando una pantorrilla que gotea del agua humeante, deslizando una mano jabonosa por ella. En su otra mano, una maquinilla de afeitar de seguridad rosa. Al lado de la bañera, una taza de té blanca translúcida con el borde manchado de lápiz de labios rojo y un estuche rosa y blanco de «Mi Pequeño Pony». Un cigarrillo a medio fumar humea junto a una mancha negra de ceniza en un platillo amarillento. "No lo sé", dice ella llevando la maquinilla a lo largo de su pierna. "Quería pagar el café". La puerta del baño está entornada. La música flota desde la sala principal, una guitarra, una mujer canta como riendo con líquido en la boca, como dudando entre reír o escupirlo todo. "Supongo que eso explica el dinero", dice Jo. "Más o menos".

Jo está de cuclillas en el futón, clasificando camisetas arrugadas, arrojando las negras a un extremo, cualquier cosa con color allí, un par de blancas caídas a su lado. «Banco de Agricultores y Mecánicos» dice una y «Laboratorios de Sistemas Mykle» dice otra. Una de las negras tiene la cara de un gran demonio rojo sacando la lengua. Ella lleva una blanca con cuello irregular y axilas amarillentas que dice «Esto no es un eslogan» en letras garabateadas con rotulador. "¿Entiendo que te está vigilando? Lo entiendo.", libera una camiseta gris impresa con una colorida maraña de luchadores y ninjas, la deja un momento sobre el montón negro antes de tirarla con las camisetas de colores.

"Había un pero en eso", dice Ysabel desde el baño.

"Pero", dice Jo. "¿El momento? Joder, apesta. ¿Aparece para intentar invitarte a un *café?*? ¿Dónde demonios estaba él cuando, cuando lo que fuese aquello intentó saltarnos encima en el tren MAX, eh?", escarba en uno de los cajones de madera rubia y saca un par de vaqueros negros, alcanza el interior para desenredar un par bragas blancas. "Una maldita aparición más útil que un billete de cinco dólares. ¿Vas a estar ahí toda la noche? Ya son las diez. "

"¿Y?"

"Pues que cierran la lavandería y el Safeway a medianoche, y no fuimos de compras antes del trabajo como queríamos, y no lavamos la ropa anoche porque simplemente tenías que ver la película La Chica de Marte en la tele..."

"La cual fue una gran película", dice Ysabel. El agua se derrama cuando ella se mueve en la bañera buscando su cigarrillo.

"Lo que tú digas, pero eso no viene al caso. No podemos seguir gastando cinco dólares en una taza de café porque no hay nada más que polvo en el tarro de Elección de Gourmet".

"No es lo mismo", murmura Ysabel con el cigarrillo en los labios y levantando la otra pierna del agua.

"¿Y vas a salir de ahí algún día?", Jo está metiendo sus montones de ropa en un gran saco de lona beige. El radiocasete en el suelo junto al futón está tocando una nueva canción, una guitarra eléctrica solitaria y apagada, la voz aguda y ronca de una mujer canta «si el sol brilla, pero apenas. ¡Qué mundo de torpeza! ¡Qué implementos hostiles de sentido!

"Déjame preguntarte algo, Jo", dice Ysabel deslizando jabón por la pantorrilla, colocando el cigarrillo sobre su platillo y tomando la maquinilla rosa. "¿Crees en el amor?"

Jo está sentada allí, la boca del saco de lona en una mano y sus camisetas blancas y ropa interior en la otra. "¿Que si yo qué?", dice ella. "¿Qué demonios tiene eso que ver con cualquier maldita cosa?"

"Es una pregunta simple", dice Ysabel. "¿Crees en el amor?"

"No tenemos tiempo para esto", dice Jo tirando del cordón del saco.

"¿Cuál era su nombre?", más chapoteo. "¿Frankie? Nunca hablas de él".

“El amor es mentira, ¿de acuerdo? Ahora, ¿quieres salir de la jodida bañera?”

"Entonces, ¿eso es un no?"

"Es una cosa glandular", dice Jo con las manos en alto, agitada, "que evolucionó para que pudiéramos estar junto a otra persona el tiempo suficiente para..."

"Mira", dice Ysabel, "creo que sólo dices eso porque *has estado* enamorada y ahora no lo estás".

“Yo *no* estaba enamorada de él”, murmura Jo mientras Ysabel dice: “Ahora bien, yo *nunca* he estado enamorada, pero no puedo evitar creer en él. Lo veo a mi alrededor todos los días. Por eso Roland hace lo que hace".

"¿Nunca?", dice Jo todavía sentada en el futón, con los codos sobre las rodillas. "Entonces tú y Marfisa, eso fue, ¿qué? Nunca hablas de ella".

"¡Mierda!", dice Ysabel. "¡Auh".

"¿Qué pasa?", dice Jo mirando hacia arriba y hacia la puerta entornada del baño.

"Me he cortado", dice Ysabel.

"Bueno, eso es lo que pasa...", dice Jo, y luego, mientras se pone de pie "Oh, Dios", y tropezando con el mango negro de la lanza en el suelo que sobresale de la mesa de café con tablero de vidrio, cruza corriendo la puerta del baño para ver a Ysabel inclinada hacia adelante en la bañera con una pierna apoyada en el borde, mirando hacia arriba, lamiéndose el pulgar y presionándolo en una pequeña herida amarillenta en el gemelo de su pantorrilla justo debajo de la rodilla. "¿Estás...?", dice Jo, "¿estás bien?".

"Es solo un corte, Jo", dice Ysabel con su otro brazo levantado para cubrir sus senos.

"Te has cortado", dice Jo todavía en la puerta, mirando, "*Estoy* aquí, y te has cortado, y...", pero Ysabel se echa a reír. "Oh, Jo, pobre Jo", dice ella echando hacia atrás la cabeza, sus pesados rizos negros y húmedos caen en el agua. "No no no. Esto no es un campo de batalla, dulce Gallowglas".

Jo suspira. "Nosotras, bueno. Estábamos en una especie de discusión".

Ysabel levanta su pulgar resbaladizo con algo grueso y lechoso hasta los labios y lo lame para limpiarlo. "Pensaste que yo estaba acabada por... haberme quedado sin polvo. Y viniste corriendo", ella presiona su pulgar contra el corte que se enrojece lentamente. "Luego, *sí* te preocupas".

"Voy a...", dice Jo saliendo de la puerta hacia la habitación principal. "Voy a llevar la ropa. A lavarla", un susurro de tela, un

tintineo de llaves. "Tú ve al jodido Safeway y ponla en la secadora cuando regrese". Ahora ha vuelto a la puerta, con su desgastada chaqueta verde excedente del ejército y el saco de lona colgado al hombro. "Tú quédate aquí, cúrate, lávate, haz lo que te de la jodida gana, pero no salgas del apartamento".

"Me vas a dejar sola".

"Hay mierdas que hacer", dice Jo. "Solo llevará una hora más o menos. Y no vas tienes que ir a ningún lado. Y siempre puedes llamar a Roland si lo necesitas, ¿verdad?”

Ysabel cruza los brazos sobre el borde de la bañera, apoyando la barbilla sobre las muñecas cruzadas. "No tienes nada mío en esa bolsa, ¿verdad?"

“*No* pienso clasificar tu colada, Ysabel”, dice Jo. "De todos modos, más de la mitad es limpieza en seco".

"¿Podrías al menos lavar algo de mi ropa interior?"

Jo resopla. "Te compraré algo de Woolite. Puedes usarlo para que chapotee contigo la próxima vez que te bañes”. Abre la puerta del departamento y la cierra de golpe.

Ysabel busca el cigarrillo, mira lo que queda allí entre sus dedos, luego lo apaga en el platillo. Sale de la bañera y se dirige hacia la puerta del baño, de pie, mira la puerta del apartamento.

Luego camina de regreso a la bañera, recoge la toalla que cubre la parte posterior del inodoro. Se seca delicadamente la cara, el pecho, las manos, se agacha junto a la bañera y abre el estuche rosa y blanco de Mi Pequeño Pony. Entre la mezcla de botellas de esmalte de uñas y lápiz de labios y botes de exfoliantes hay un pequeño frasco de vidrio, lleno hasta la mitad con un fluido viscoso y lechoso, espumoso con pequeñas burbujas en la parte superior, tocado con sólo una pizca de cálido oro amarillo.

Sobre su espalda en la cama en la oscuridad / Preparándose / Hablando Precisamente / Veintiocho treinta

Ella sbre su espalda en la cama en la oscuridad. Su cabello pálido, con su gruesa coleta trenzada sobre un hombro, absorbe la poca luz que puede. Con las rodillas juntas inclinadas hacia un lado, su pequeño vestido negro se arruga y cubre sus caderas, sus pies descalzos. Tiene los ojos cerrados. Es una habitación redonda con ventanas abatibles, abiertas para oír el sonido de la lluvia. Cajas de cartón llenas de ropa apilada aquí y allá, y más ropa esparcida por el suelo de madera. La mesa junto a la cama es una encimera de mármol con virutas equilibrada sobre un único pedestal estriado. Una lámparita de cristal azul oscuro, un despertador, el frágil globo de una copa de vino con un pequeño charco oscuro en el fondo. Un libro de bolsillo abierto y bocabajo dice «El Cielo Herido» en su columna vertebral. Ella abre los ojos.

Él está de pie en la puerta de la única pared plana de la habitación, recortado por la tenue luz del hueco de la escalera. Su cabeza es una gran masa oscura, su cabello son trenzas que bajan más allá de los hombros. "Estás malhumorada", dice.

"Vete", dice ella cerrando los ojos de nuevo.

"Dime...", dice él, "que esto no es lo que parece".

Después de un momento, ella alcanza la cuerda del interruptor de la lámparita de cristal azul y la enciende. "¿Qué es lo que parece?", dice ella sentándose un poco, recogiendo la copa de vino.

"Que has sufrido un apocalipsis del corazón, querida hermana". Sus ojos son brillantes, su sonrisa es gentil. "Como si hubieras perdido a tu verdadero amor que nunca volverá". Se apoya en la puerta con los brazos cruzados. Su camisa es de seda rosa pálido, abierta en la garganta. "Dime que no lo has arruinado todo".

"Tú", dice ella, antes de apurar lo que queda en el vaso. “Está claro que lo sabes. ¿Cómo te enteraste?”

“¿Te refieres a los dulces momentos que has robado con nuestra futura Prometida del Rey ausente? Amor de hermana, ¿quién crees que la envió a buscarte en la fiesta de verano de Robin?", él entra en la habitación, pasando de la tenue luz de la escalera a la tenue luz proyectada por la lámparita de cristal azul. "Ese primer torpe beso es un recuerdo que atesoraré hasta el final de los días".

“Nos descubrieron”, dice ella mientras toma mucho cuidado al volver a colocar el vaso sobre la mesa al lado del libro. "Tal vez lo hayas oído. La Daga me atacó con un Gallowglas en el campo".

"¿Por *eso*? Oí que se volvió loco y que lo exiliaron por ello", se sienta en la cama junto a ella con las manos en el regazo. "Por desgracia estabas allí cuando él apareció, y gracias a la providencia y la suerte y las zapatillas, el Carro llegó a tiempo".

"El Carro, quien incluso *me* amenazó con el destierro si hablaba con ella otra vez".

“¿Y es él quien dice a quién se le debe negar el pan, la sal y el aceite estos días? Ahora me entero".

“Él *lo sabe*, hermano. Nos vio juntas. La Daga lo sabe. El Duque lo sabe", respira temblorosa. "El Gallowglas..."

"Ah", dice y pone la mano sobre su rodilla. "Hermana mía, un secreto que todos conocen pero del que nadie se atreve a hablar, se sigue *manteniendo* en secreto. La Princesa será Reina pronto y si todavía fueses su amante... bueno. Hay poder a ser ejercido para obligar a otros a comentar algo así".

Cerrando los ojos, ella niega con la cabeza. “No, querido hermano. La torre está en ruinas. No servirá de nada", levanta de su muslo la mano de él. Él la retira bruscamente de entre sus manos, aparta la vista de ella, hacia una ventana abierta a la noche lluviosa. "Hace frío aquí", dice él. Se pone en pie y cierra la ventana, pasa a la siguiente. "Deberías tener cuidado", dice dándole la

espalda. "Recuerda, un hacha es inútil sin su mango". Pero por su respiración, sabe que se ha quedado dormida.



Envuelta en una toalla de Bob Esponja, Ysabel se agacha junto al futón con los dedos suspendidos sobre los botones del radiocassete, pulsa de pronto el que pone «EJECT». El cajoncito de la cinta se abre. Saca el cassette y lo arroja a un lado, luego escarba por una caja de zapatos llena de cintas, saca una cinta transparente que dice «The Weasley Variations» en pulcras letras de tinta blanca. La deja caer en el cajoncito de las cintas, lo cierra y presiona el botón de «PLAY». Tambores atronadores y una guitarra estruendosa y un hombre cantando «en algún lugar después de ello, todos te dieron en la escuela, te odian si eres, y "¡Mierda!", dice Ysabel, presionando el botón que dice «STOP». Sus dedos se suspenden de nuevo hasta que encuentra «REWIND» y lo mantiene presionado hasta que la cinta se detiene. Presiona «PLAY». Una guitarra tintineante seguida de batería, luego un bajo, luego la voz de un hombre declamando que ya no quedan ángeles en Estados Unidos. Que se fueron después de la Segunda Guerra Mundial dirección al Oeste. Ysabel se pone en pie y, todavía envuelta en la toalla, baila a medias hacia la mesa de café con tablero de vidrio, toma la caja de pizza vacía y el florero alto de vidrio verde, mete la caja de pizza en el cubo de basura en la pequeña cocina del pasillo, coloca el florero en el fregadero. :-"Siguieron dirigiéndose hacia el Oeste, a quién sabe dónde", canta ella junto con la cinta y entra bailando en el baño.

Envuelta en la toalla de Bob Esponja, Ysabel está de pie junto a la mesa de café con tablero de vidrio y la observa con una caja de fósforos en la mano. Tres velas encendidas, una alta, blanca y delgada, otra corta y roja, su pared de cera arrugada se ha derrumbado a un lado, en vaso alto cubierto de manos rezando y un corazón sangrante envuelto de espinas y rostros de santos. Ante ellas, el frasquito de vidrio medio lleno con algo lácteo. Las guitarras densas y borrosas se filtran desde el radiocassete, y alguien está cantando que «cuando limpias la colmena, ¿te dan

ganas de llorar? ¿Te sigue persiguiendo el FBI adolescente?» Ysabel está en la cocina, deja los fósforos sobre el mostrador, saca un cuenco redondo y amarillo de un armario. Pone el cuenco sobre la mesa junto al frasquito, retrocede, con la cabeza ladeada. Niega con la cabeza. Quita el cuenco, vuelve con una copa de vino. La pone sobre la mesa junto al frasquito. "No", dice quitando el vaso. Vuelve con el cuenco. Lo pone. Lo recoge de nuevo. "Mierda", dice.

Con la toalla de Bob Esponja envuelta alrededor de su cintura, Ysabel se mira a sí misma en el espejo del baño, sonrie, frunce el ceño y mueve las cejas. La música se filtra desde la otra habitación, una voz oscura canta que «cuanto más bajo es el sol, más largas se vuelven las sombras». Ysabel saca un lápiz de labios rojo oscuro del estuche de Mi Pequeño Pony y se pinta los labios, corrigiendo una esquina de la boca con la uña del meñique, luego, de pronto, se embadurna un pezón y luego el otro. Se pasa el cabello húmedo sobre los hombros mirándose. Su sonrisa se convierte en un ceño fruncido. Deja el lápiz de labios en el fregadero, clava los dedos en un frasco de vaselina y se mancha el color de los labios. "Joder", dice ella alcanzando una toallita de papel.

Ysabel, desnuda, se sienta en la alfombra, de espaldas al voluminoso armario de madera rubia, con el pelo recogido en una simple coleta y la cabeza entre las manos. El radiocassete está en silencio. Las velas aún arden sobre la mesa. Ella se inclina hacia un lado y agarra el bajo de un vestido blanco brillante de la ropa que se derrama fuera de los cajones del armario, tira de él hasta tenerlo sus manos, los dedos se ocupan de una leve mancha, una mancha de algo rojo en el cuello. "Maldita sea, Jo", dice ella dejándolo caer sobre la nube arrugada de encaje espumoso a su lado. "Eso te habría matado". Encuentra un par de pantalones grises de yoga y los huele, su rostro se arruga, los sacude, mete un pie dentro de ellos y luego el otro.



La lavandería está brillantemente iluminada y llena de la estática

esencial de la ropa empapada. Hay tres secadoras en la pared trasera, una está girando, cinco lavadoras en hilera, dos con las tapas levantadas. Ysabel; con pantalones grises de yoga y su camiseta sin mangas de estampado de leopardo, su carga de satén brillante y encaje espumoso; se pausa frente a uno de los aros abiertos, pasa un dedo por el texto impreso en la parte inferior de la tapa. "¿Necesita ayuda?", dice el hombre parado en la puerta.

"¿Cuál de estos es el lavado en seco?", dice Ysabel sin levantar la vista de la tapa.

"Ah, ninguno de ellos", dice frunciendo el ceño. Lleva una barba rojiza y una sudadera con capucha azul marino que dice «Facultad de Beloit». "Tendría usted que ir a Abeja, creo que son los más cercanos".

“¿Cuánto tiempo requiere limpiar algo en seco?”, dice Ysabel mirándole.

"Creo que...", dice, "dan servicio el mismo día, pero, ¿sabe?, no están abiertos en este momento, ¿puedo ayudarla? ¿Con cualquier cosa? ¿Tiene otra ropa aquí? Voy a tener que cerrar esto en una hora aproximadamente".

"Creo que Jo tiene sus cosas en estas lavadoras de aquí, pero ella vendrá pronto para hacer lo que haya que hacer con esto".

“Jo. ¿Vives con Jo? ¿En el cuatro cero siete? "

"Sí", dice Ysabel.

"¿Podría hablar con usted? Sólo un minuto. Sobre Jo. Quiero decir, esto es irregular, sí, no tiene que responder a mis preguntas si no quiere, pero estoy tratando de ayudar a su..."

"¿Quién eres exactamente?", dice Ysabel.

“¡Oh! Tim, Tim Carroll. Ayudo a administrar el edificio, doy algunos consejos, para nuestros residentes..."

"¿Asesoramiento?"

“Muchas de nuestros residentes reciben asistencia de un tipo u otro, les ayudamos a entender el papeleo, ¿podemos ir a la oficina? Es un poco más, ah, privada..."

“¿Esas preguntas son *privadas*?”, dice Ysabel caminando por la hilera de lavadoras.

"Bueno, es un poco más... ¿discreta?, que la lavandería.

Es una pequeña oficina escondida detrás de la recepción frente a los casilleros de buzones en el vestíbulo. Tim se aprieta entre el mostrador y la pared y se deja caer en una silla giratoria, vigilando la pila tambaleante de cajas de papeles de banco en la esquina. "Adelante", dice señalando, "tome asiento, pero cierre la puerta primero, es más difícil que si lo hace al revés". Él está abriendo un cajón mientras ella empuja la otra única silla de la habitación hacia un lado para dejar espacio y poder cerrar la puerta, y él levanta la vista de la carpeta amarilla que acaba de sacar para verla retirar la silla hacia atrás para tener espacio y sentarse, y sus ojos se fijan en el cristal que brilla en el alfiler de oro que perfora su ombligo. "¿Sus preguntas?", dice Ysabel sentándose, dejando su brazado de encaje y satén sobre el regazo.

"¿Cuánto tiempo hace que, ah, conoce a Jo?", dice, mirando a su sonrisa de reojo.

"No lo sé exactamente", dice Ysabel.

"Bueno, ¿cuánto tiempo lleva con ella?"

"No podría decirle con precisión", dice Ysabel.

“¿Quizá una suposición? ¿La conoció en la escuela? ¿Han pasado años? ¿Meses? ¿Semanas?”

"¿Qué hora es?", dice Ysabel suspirando.

"¿Un cuarto pasadas...?", dice Tim. "¿Las once?"

“Entonces conozco a Jo Maguire desde hace treinta y tres días, una hora, quince minutos. Por ahí".

Él toma un bolígrafo y lo vuelve a dejar. "Bien..."

"No puedo ser más exacta".

"Eso está bien", se reclina en su silla con un chirrido. "¿Podría, *suponer* entonces, cuánto tiempo lleva con ella, quiero decir, *se va* a quedar con ella, ¿verdad?

Ella se encoge de hombros. "¿Menos de medio día?"

Se sienta de nuevo. "Ah".

"¿Ah?"

“¿Dónde estaba usted antes?”

Ella espera hasta que él vuelva a mirarla a los ojos. "Con mi familia. Aquí en la ciudad".

"¿Es que, usted...? ¿Huyó? "

"Ni siquiera me ha preguntado mi nombre, Sr. Tim Carroll".

"No, no necesito saber eso, no es usted una de nuestros residentes. En realidad no. Esto es sobre Jo".

"Todo ha sido sobre mí, hasta ahora. No he huído, no. Yo diría que es más como si me hubieran empujado".

"¿Por Jo?"

Su sonrisa se ensancha. "No en la forma en que está pensando".

Vuelve a mirar la carpeta vacía, jugueteando con el bolígrafo que no ha destapado. "Y, ah, ¿tiene usted empleo?"

"Trabajo con Jo, sí".

“¿Ayuda con el alquiler? ¿Compras? ¿Cosas así?

"Al parecer estoy pagando mi camino en la vida", dice Ysabel.

"Ah", dice Tim.

"Esta es la segunda vez que pronuncia esa sílaba terriblemente cargante, Sr. Tim Carroll".

"Jo", dice golpeando el bolígrafo contra la carpeta, "recibe un cupón de la Autoridad de Vivienda para ayudarla con el alquiler, tuvo mucha suerte de conseguirlo. Pero una de las condiciones del cupón es que debe informar por escrito a la Autoridad de Vivienda de cualquier cambio en el tamaño de su hogar, lo cual nos lleva a usted. Y una de las condiciones del cupón es que debe informar de cualquier cambio en los *ingresos*, de su hogar por escrito. A la Autoridad de Vivienda".

“¿Y tenemos que escribir una carta?” , dice Ysabel. "Ya que tiene la carpeta. Es muy amable de su parte".

"Esto no es, ah, ha pasado más de un mes. No hay nada que pueda hacer ahora, revisarán el caso, pero me temo que Jo va a perder su cupón".

"¿Debido a que cree usted que ella no lo necesita? ¿Porque yo he cambiado su situación? "

"Tendrá usted que marcharse de todos modos. También se suponía que debía informarnos a nosotros de que tenía a alguien viviendo con ella. Lo cual es motivo de desalojo".

Ysabel recoge la espuma de encaje y el vestido brillante de su regazo con un susurrante roce y los deja en la pila de papeles junto a su silla. "No ha sido usted completamente honesto conmigo, Sr. Tim Carroll".

"Yo, tampoco es que yo..."

“Tenía usted un motivo oculto que atentaba contra nuestros mejores intereses. Si yo lo hubiera sabido, me habría negado a responder a sus preguntas".

"Tengo una responsabilidad..."

“Sí, con sus residentes, ah, ¿qué fue lo que dijo? ¿A ayudarlos a comprender estas reglas y regulaciones?", ella se inclina hacia adelante con los codos sobre el escritorio, las manos ligeramente sobre la carpeta. "Es algo muy...", empieza él, "las reglas", mientras ella dice "Dígame algo".

"Son muy estrictos", dice.

“¿Qué fue lo primero que pensó al verme en la lavandería esta noche? ¿El primer pensamiento que le pasó por la cabeza? ¿Fue, será mejor que le haga las preguntas mientras tenga la oportunidad? ¿Fue, Dios, espero que me sonría?", ella se reclina en su silla. "¿Fue, me pregunto si lleva puesta la ropa interior?", sus chanclas caen al suelo. Ella levanta sus pies descalzos para que descansen en el borde del escritorio. Una tobillera dorada brillante, un anillo plateado dorado alrededor de un dedo del pie medio. "¿Por qué no te quitas esa sudadera, Tim?", mueve las uñas de los pies pintadas de oro y relucientes bajo un esmalte brillante.

"Esto es incorrecto", dice él con la parte inferior de la sudadera apretada en sus manos.

"Lo supiste desde el principio", dice ella enganchando los pulgares en la cintura de sus pantalones de yoga, bajándolos de sus caderas y por sus piernas. Dejándolos caer en el montón de encaje espumoso. "¿Crees que soy hermosa?"

Y él asiente lentamente.

"Entonces, quítate la sudadera". Para cuando él se ha quitado la sudadera, ella se ha quitado el top sin mangas. Él lleva una camiseta marrón que dice «Chewie es mi copiloto». Ella se estira con los brazos en alto para desatar el nudo y dejar caer gruesos

rizos negros. "Ahora", dice ella de pie. "Pensemos un momento", se sienta en el borde del escritorio de espaldas a él, empujando su silla contra la puerta con un pie. "¿Qué se puede hacer?", gira sobre el escritorio resbalando un poco hacia adelante para extender las piernas y descansar los pies en cada brazo de la silla de Tim. Boquiabierto, sus ojillos abiertos de par en par miran el cristal que brilla en el alfiler de oro que perfora el ombligo de Ysabel. "Jo es muy buena amiga mía", dice ella y luego toma la cabeza de Tim entre las manos. "Ella me cuida muy bien, y yo no haré menos por ella", se inclina para besarle la parte superior de la cabeza. "Entonces, ¿cómo vamos a evitar que sucedan estas cosas terribles?"

"Yo no...", dice, y ella lo atrae hacia sí, apoyando la cabeza de Tim entre sus pechos. "No digas no", dice ella suavemente con los labios contra su oreja. "Di puedo, Tim. Di quiero".



Jo posa en el suelo las dos cestas de compras que lleva en las manos delante de los estantes de frijoles enlatados. Deja caer un par de latas con etiquetas azules que dicen «Frijoles negros». «Ochenta y nueve centavos» dice el precio. "Noventa centavos", se dice ella poniendo una lata en cada cesta. "Además de los veintiséis cincuenta, veintisiete, veintiocho uh, treinta". Saca una pequeña y sucia libreta blanca de un bolsillo de su desgastada chaqueta verde excedente del ejército, saca un rotulador de otro bolsillo, tacha algo en la libreta. "Veintiocho treinta", dice de nuevo. "Lácteos". Recoge las cestas de la compra, cada una medio llena, un par de cebollas en una, un par de patatas en la otra, una caja de arroz equilibra un tarro de café. Avanza por el pasillo vacío hacia el frente de la tienda. La música flota desde altavoces invisibles entre los conductos y puntales, un ritmo suave y lento, «bebe esto para apagar la llama, bebe esto, sabe a vainilla». Además del empleado en el solitario puesto iluminado de control, la única persona en ese lado de la tienda es una mujer con cabello largo y negro y una holgada falda azul que mira por encima de las pizzas congeladas al final de uno de los pasillos. Jo se dirige hacia la sección de lácteos.

"Que le den al Woolite", se dice a sí misma deteniéndose y dejando las cestas. Saca la libreta y el rotulador para hacer otra nota.

"Gallowglas", viene una voz detrás de ella.

Jo mira sobre su hombro.

Orlando está de pie junto al congelador lleno de pizzas, con su pareo azul, su camisa de vestir blanca medio desabrochada y su largo cabello negro sobre un hombro. "¿Dónde está la Princesa, Gallowglas?", dice, y aunque su voz es suave, impacta.

"Oh, que me jodan", dice Jo mirando más allá de él. El empleado del puesto iluminado de control ha desaparecido. El mostrador de la floristería está oscuro y el mostrador de comida india también, y no hay nadie, nadie a la vista, ni siquiera en las mesas junto al mostrador del Starbucks.

"¿Estás sola aquí?", dice él. Pone la caja de pizza de cinco quesos en el estante del congelador. “Qué fortuito. Yo también.”, su mano es un puño laxo hacia su costado, un rizo de luz en el aire entre ellos mientras acerca su brazo hacia sí mismo, y todo se queda repentinamente en silencio, no más pitidos de las registradoras, ningún chirrido de ruedas de algún carrito de compras en el siguiente pasillo, incluso el compresor del congelador se ha detenido junto con la música. "Adelante", dice Orlando colocando la empuñadura de su espada japonesa entre ambas manos. "¿Dónde está la tuya?"

"Joder y el jodido infierno", dice Jo.

La luz del Refrigerador / “Desenvaina tu espada” / Un Largo Trago / Algo está Pasando

La luz del refrigerador al abrirse la puerta brilla tenuemente sobre ella en la silla azul ceñida en la esquina, acurrucada en una larga camiseta rosa, su libro en una mano, un dedo mantene la página, el frágil globo de una copa de vino en la otra. "Venado y colmena, chica", gruñe él. "Me has asustado".

"Agravante me ha despertado", dice Marfisa. "No consigo volver a dormir".

"Dormir no me soporta", dice él cerrando el refrigerador. Está apoyando la mayor parte de su peso en un bastón de metal azul de cuatro patas con mango negro. "Llevamos años lanzándonos a la garganta del otro", se arrastra hacia el mostrador y busca el interruptor de la luz. Las manchas de halógeno debajo de los cajones superiores cobran vida. "No recuerdo quién empezó. ¿Pero una chica encantadora como tú? ¿Cómo podría el sueño resistirse a tus encantos?", su bata es de un brillante azul intenso, sin cinturón sobre el pijama a cuadros azules claro y rosas.

"Hay bastantes personas que pueden", dice ella levantando la copa de vino como si quisiera dar un sorbo de ella, pero girándose para colocarla en el estrecho escritorio de la cocina. "¿Por qué debería el sueño ser diferente?"

"Problemas de lomo, ¿verdad?

“Del *corazón,* Abuelo. Por favor".

“Ah. El amor", él resopla. "Algo que no teníamos en nuestros días. Nunca vi la utilidad del mismo. Ahora bien, ¿*belleza*? ¡Oh!", con las dos manos en el bastón, inclina la cabeza hacia atrás con la cara arrugada e iluminada con una sonrisa beatífica, el cabello color marfil es una corona alocada. "¿Por qué arrasé una vez las torres de

su Alteza Pareval y asalté los cimientos de sus muros si no fue porque su Reina pensó en mantener a sus tres hijas más bellas fuera de los ojos del mundo?", sus cejas peludas se unen y su sonrisa cae, sus ojos miran hacia otro lado mientras su cabeza se menea de un lado a otro. ¿O eso lo hizo tu abuela, descansen sus dientes? Ya me confundo".

"Siempre nos has dicho que Abuela se fue con los Vikingos", dice Marfisa.

“Y lo hizo. Y lo hizo. Yo me quedé en casa horneando el pan".

"¿No la amabas, Abuelo?"

“Yo estaba *vinculado* a ella, chica. Lazos de toradh. Grandes cadenas de pesadas obligaciones forjadas por primera vez cuando el mundo era joven. Y por el sabueso y el halcón que yo la quería, sí, lo hacía, aún lo hago. Cierro los ojos", y él los cierra,"y puedo verla como la vi por primera vez el día que nos conocimos, yo saliendo de la cocina con mi delantal espolvoreado de harina, ella con esa gran espada en sus manos...", abre los ojos. "El dolor en mis huesos", dice. “El hielo en mi vientre. Verla es como si fuera poesía, me pone los pelos de punta.", golpea el suelo con su bastón. “El amor no tuvo *nada* que ver con eso", se conduce hasta sentarse en la oscuridad esperando a que alguien más haga lo que se necesita hacer, o eso parece. Ella sonríe un poco. "Yo debería haberte vinculado a alguien hace mucho tiempo, chica. Eliminar toda incertidumbre y duda. Permitirte seguir adelante con cosas importantes".

“Hubiera debilitado nuestra posición. Agravante lo ha dicho".

Su cabeza oscilante está temblando de nuevo. "No hay suficiente mundo ni tiempo para el *amor* ahora. Voy a contarte un secreto", se inclina sobre su bastón hacia ella, pero le está sonriendo al refrigerador. "Hay una esquina de una milhoja allí. Con grandes flores azules. Te cortaré un trozo".

"Gracias, Abuelo", dice Marfisa.

"Es *terrible*"", dice con gran deleite. "El glaseado no es más que

azúcar y un horrible color químico cocinado en un laboratorio".



Jo, entre sus cestas de comestibles, ambas manos levantadas lejos de sí misma, los ojos fijos en Orlando allí junto al congelador lleno de pizzas con la espada en sus manos. Ninguno de los dos ha dado un paso. Dos pasillos enteros entre ellos. "Si no lo hago", dice Jo, "entonces, ¿qué?, ¿pierdo automáticamente? ¿Pago prenda o algo así? Todas mis oficios se vuelven tuyos, ¿es eso?”

"Confundes la situación, chica", dice Orlando. “Esto no es un duelo. Esto es un asesinato".

Jo da un paso o dos hacia atrás. Él no da un paso adelante. "De cualquier...", comienza a decir ella, y traga, y lo intenta de nuevo, "de cualquier manera consigues a la Princesa, ¿verdad?"

"Esto no trata de ella", él reafirma el agarre de la empuñadura de su espada. "Dime algo, chica, antes de matarte, y dime la verdad". avanza un paso, sólo uno. "¿Le amas?"

"Yo...", dice Jo mientras comienza a fruncir el ceño, a negar con la cabeza, y dando otro paso atrás, dice cuidadosamente: "Ya respondí esa pregunta".

"No a mí, no lo has hecho", dice Orlando.

"¡Sí!", grita Jo, su voz resuena en el supermercado vacío. "¡Si! ¡Le amo! ¡Le echo de menos! Yo...", y se interrumpe con un repentino sollozo, "... lo siento mucho. Como ya. He. Dicho, joder. ¿Qué gano esta vez? ¿La compra? ¿Eso es todo?”

"¿Te compadeces de él?", dice Orlando con la empuñadura de su espada traquetea en sus manos.

“¿Qué?”, dice Jo.

“¿Te compadeces de él? ¿Por su pierna?”

"¿Su *pierna*? Yo no..."

“¡Su pierna! La que le rompiste en la caza para que ahora cojee como un perro tullido", da dos pasos con los brazos subiendo y bajando, la espada como un rayo sobre su cabeza. “¿Le tienes *lástima*? ¿Por eso le amas?”

"Yo no estoy hablando del Duque", dice Jo en voz baja.

"*Yo sí*"

"Yo no amo al Duque", dice Jo.

"Mentirosa", baja la hoja ante él apuntando con una ligera curva hacia la punta. "No pienses que vas a salir de esta con palabras".

“¿Por qué debería hacerlo?”, dice ella. "Un corte y listo".

"Así que aquí estamos", dice. "Saca tu espada".

"Sí", dice Jo. "Acerca de eso", dice mirando sobre su hombro, las escaleras detrás de ella retroceden por la rampa de acceso hacia las puertas exteriores llenas de pura noche negra.

"No lo lograrás, chica", dice Orlando.

"Probablemente no", dice Jo y empieza a correr. Corre por el lado. Por el pasillo. Hacia la parte trasera de la tienda.

Orlando, corre con los pies descalzos y rápidos, la hoja alzada por encima de su cabeza, pasa el pasillo vacío y las cestas de víveres abandonadas, da la vuelta a la esquina para ver a Jo a medio camino frente a los estantes, ella gira su brazo hacia arriba y hacia afuera, y las latas azules vuelan sobre él, una, dos. Él da un paso lateral agachando la cabeza y una tercera gira por el aire directamente hacia él. Él baja su espada en una corta y rápida tajada. Dos mitades de la lata vuelan a ambos lados, la parte

superior y la parte inferior chocan contra los estantes y un derrame de frijoles negros salpica el suelo. Jo está corriendo por el pasillo girando al final.

Retrocediendo, Orlando, con su camisa blanca salpicada de púrpura, en la parte delantera del supermercado otra vez, más allá de las cestas abandonadas de víveres que se asomaban por el siguiente pasillo. No hay señales de Jo. Èl permanece inmóvil con los ojos cerrados, la cabeza inclinada hacia abajo, escuchando, con la espada en ambas manos sostenida ante él. Lejos por los pasillos, un chirrido, un ruido metálico. Un golpecito, un ruido de pasos, lento y cuidadoso. Él abre los ojos, mira a un lado, las escaleras y la rampa de acceso. Al otro, el mostrador de comida india, el mostrador de Starbucks, más puertas en blanco y negro. "No puedes vencerme esperando", la avisa y luego, con un rápido susurro de sus pies descalzos, avanza por el pasillo.

Ella está agachada al final del pasillo y se pone en pie cuando él dobla la esquina. Le arroja otra lata y él batea, un chorro de tomate que cae sobre su cabeza al separar la tapa y el fondo de la lata y cuando ella gira para volver corriendo por ese mismo pasillo le lanza una lata más del arsenal en su brazo y él gira siguiendo el arco con su espada para cortar la lata de lado. Esta es una lata más larga que las otras, más delgada, que oscila mientras vuela girando hacia él, tiene una tapa de plástico amarilla en un extremo.

Hay un fuerte grito y un estrépito de latas y frascos que caen, y tal vez estantes, y un rugido de rabia y dolor. Jo llega al siguiente pasillo mirando hacia atrás, coloca en el estante las latas que lleva, una lata azul de frijoles, una lata roja de tomates y otra lata más larga y delgada, coronada por una tapa de plástico amarilla. «Limpiafácil Para Hornos», dice la etiqueta. «Uso Industrial. Contenido Bajo Presión». "Pregunta número dos", murmura para sí misma. "¿Qué hay a tu *alrededor, gilipollas?* La música surge de altavoces invisibles entre los puntales y los conductos: «¡Ray...hey, Hey, Tío Ray!» El escáner está sonando en el puesto de control, el guardia de seguridad mira a su alrededor cuando ella sale en tropel del pasillo, corriendo por el frente de la tienda hacia las escaleras. "¡Hey!", le grita.

"¡Tiene una espada!", grita Jo. "¡ Ha explotado algo!"

"Mierda", dice el guardia mirando hacia el pasillo echando mano a la porra junto a la cadera, mira hacia ella, pero ella ya está subiendo las escaleras y cruzando las puertas.



Riendo, abre la puerta del apartamento. "¿Jo?", llama ella, parada allí en la pequeña cocina del pasillo. Sostiene un sobre manila en una mano. “¡Jo!” En la sala principal de la mesa de café con tablero de vidrio, tres velas apagadas. Ante ellas, el frasquito de vidrio, medio lleno. Ella planta un beso en el sobre y lo deja sobre el mostrador de la cocina.

En el baño, el agua llena el lavabo. Está frente al espejo mirándose a los ojos. Cierra el grifo, sumerge las manos en el agua, se salpica la cara haciendo una mueca. Se pasa las manos mojadas por el cabello, tirando de él hacia atrás, lo aprieta contra su cráneo. Sus labios sin pintar son una delgada línea recta. Sus ojos parpadean una vez. Se suelta el pelo y recoge más agua, se salpica la cara otra vez, jadeando, luego agarra el dobladillo de su camiseta sin mangas y la levanta sobre su cabeza. Con cuidado, saca el broche del alfiler de oro que perfora su ombligo y deja brillar este en el borde del lavabo. Se quita los pantalones de yoga y los deja en el suelo junto al inodoro.

No enciende el radiocassete.

Vuelve a encender las velas, vuelve a poner los fósforos en el mostrador de la cocina y apaga la luz de la habitación principal. Se para ante la cabeza de la mesa, inclinada un momento a la luz cálida parpadeante. "De acuerdo entonces", dice abriendo los ojos. Toma el frasquito y desenrosca la tapa, la coloca sobre la mesa, levanta el frasquito hasta su nariz. Su rostro se ajusta ante tal alegre vista. "Oh", susurra y "Guao". Levanta el frasquito y asiente con la cabeza hacia las ventanas frente a ella, llenas con las luces nocturna

de la ciudad, luego gira a su derecha, levanta el frasco y asiente hacia la pared junto al futón. Un collage de tarjetas postales y trozos de papel, notas post-it garabateadas y páginas arrancadas de revistas. Se gira para mirar hacia la pared detrás de ella, levanta el frasco y asiente con la cabeza hacia el armario de madera rubia, la ropa que cubre el suelo, luego gira hacia su izquierda, levanta el frasco y asiente con la cabeza hacia la puerta del baño y la pequeña cocina del pasillo y la puerta hacia el pasillo más allá. "Lo dado libremente", dice en voz baja pero clara, "libremente lo doy. El precio es demasiado alto cuando es lamido de las espinas". Y levantando el tarro hacia sus labios, vierte el líquido lácteo por la garganta en un largo trago.

Ella se balancea, le brillan los labios.

Girando lentamente, vuelve a poner el frasquito sobre la mesa.

Un sonoro tintineo. Levanta su mano demasiado rápido por la sorpresa.

"¡Guaoh!", dice con media carcajada rodando para sentarse entre las mantas enredadas del futón.

Con la mano al pecho, el pulgar acaricia la muesca en su clavícula. Se limpia la boca con un dedo y una mano sobre las almohadas. Se lame la punta de los dedos. Otra media carcajada. Niega con la cabeza, rueda para sentarse entre las mantas enredadas en el futón. Levanta una pierna en el aire doblando los dedos de los pies y "Oh", dice con su mano de pronto sobre su vientre, su vientre ondula como agua bajo una repentina ráfaga de viento.

Al ponerse en pie, tropieza con el mango negro de la lanza en el suelo que sobresale bajo la mesa, extiende los brazos para recuperarse, rueda medio riendo en las mantas enredadas del futón, gime, se agarra el estómago que se agita como la arena bajo fuertes pisadas.

"Guaoh", dice y su risa es una tos burbujeante y húmeda. Abandonándose lentamente, con las manos en el borde del futón ahora. "El primer paso es un sueño", se impulsa hacia adelante para

ponerse en pie cuando su barriga se revuelve como un saco lleno de serpientes y ella gime a través de dientes apretados. Rueda sobre las mantas enredadas en el futón, sobre sus manos y rodillas mientras algo amarillo y húmedo brota de su boca y se aferra a sus labios. "Oh, no", dice con voz diminuta y débil, apretando el estómago hasta que de repente se levanta y expulsa una gota de vómito blanco y húmedo y teñido de amarillo y rojo, resbaladizo a la luz de la vela que cae sobre las mantas, otro rociado de aquello salpica la pared con pequeños racimos de cuajada nacarada. Se acuesta allí de lado, su respiración se ha vuelto rápida y superficial. "Ayuda", dice muy bajito antes de doblarse sobre sí y caer del futón al suelo.



“Todo esto es terriblemente básico y muy bueno al respecto”, dice el Sr. Charlock, pescando con palillos un pedazo de carne de cerdo. "El tiempo de adivinación es ortogonal al pseudo-tiempo, claro". A su lado, el Sr. Keightlinger está masticando un sándwich de ensalada de huevo con los codos sobre el volante. "Lo que no parecen apreciar, al pensar en el vértice de lo que llaman tiempo vertical como una porción síncrona de la divinidad", echa un trago de una botella de refresco y la deja entre las rodillas, "Bueno, el asunto que parece que no comprenden, es que lo has logrado, estás jurando que todo *está* en perfecta armonía y felicidad sincrónica, bien, pero aún no has resuelto el jodido problema del nirvana, esa pregunta eterna sin respuesta: ¿qué pasa después?”

"Nada", dice el Sr. Keightlinger extrayendo cuidadosamente una pizca de lechuga grasienta de su barba.

"¡*Nada*! ¡No pasa una mierda allí! Porque todo es felicidad y perfección, como debe ser, y no *quieres* nada y no *necesitas* nada porque la dicha está instantáneamente en todas partes, así que nada nunca *cambia*. No pasa nada. Estás. Eficazmente. Muerto. Hay una razón por la que lo llaman celestial". El Sr. Charlock saca un rollo de huevo a medio comer de una bolsa de papel. "Y yo no sé tú, pero morir es lo *último* que quiero".

"Yo diría que estoy de acuerdo", dice el Sr. Keightlinger metiéndose una patata en la boca.

El Sr. Charlock golpea su sien con los palillos. "Que le *jodan* a la iluminación. Me *gusta* haber caído de la vieja y pomposa gracia, estar encerrado en esta caja de huesos, comillas cierro comillas, atrapado en este feo mundo viejo donde quiero cosas y necesito cosas y llegar al jodido *hacer* cosas. Donde las cosas *cambian*. Se sabe que hay una *razón* por la que la civilización occidental se ha apoderado del jodido mundo. *Aprovechamos* esa mierda. Tenemos que ver qué pasa *después*".

"Luces fuera", dice el Sr. Keightlinger colocando lo que queda de su sándwich en el salpicadero.

"¿En serio?", dice el Sr. Charlock arrugándose para mirar a través del parabrisas hacia una ventana del cuarto piso del edificio de enfrente. "No sé. Parece que tiene velas encendidas allí. ¿Tiene algún asunto con alguien en el edificio? "

"Lo sabrías".

"Cristo, no me lo recuerdes. Sólo dime, una vez más, ¿por qué demonios no estamos allí arriba secuestrándola ahora mismo?".

"Observar", dice el Sr. Keightlinger sacando los últimos trozos de patatas fritas de la bolsa. "No participar".

“Si quiere a la Princesa en diciembre, ¿por qué nos contrata en junio? ¿Qué demonios? Ella está allá arriba, sola, total y completamente desnuda, sin un jodido atrapasueños siquiera en la pared, su guardaespaldas salió a quién demonios sabe dónde, apuesto a que ni siquiera ha cerrado la maldita puerta. Madura y lista, y esto podría terminar en cinco minutos y nadie se enteraría, pero tenemos que sentarnos en nuestros tuchés y observar y no intervenir", el Sr. Charlock coloca su caja de cartón sobre el salpicadero con un ruido de palillos. "Algo está pasando. ¿No puedes sentirlo?", levanta los pies hacia el asiento en cuclillas y gira sobre el respaldo. "¿Toda esa tensión en la nuca?"

"¿Adónde vas?", dice el Sr. Keightlinger.

"A comprobarlo", dice el Sr. Charlock subiéndose al asiento trasero.

"Sr. Charlock", dice el Sr. Keightlinger inclinándose abruptamente para evitar una de las puntas de las alas negras del Sr. Charlock.

"Mantén tu corbata anudada", dice el Sr. Charlock, recostado sobre el asiento. "No estoy participando. Solo observando más de cerca. A la mierda los trece veinte, ¿verdad? Doce sesenta para siempre."

"No tengo ni idea de lo que estás hablando", dice el Sr. Keightlinger.

"Lo que es entrañable es que creas que yo sí", dice Charlock cerrando los ojos. "Waca-ding-joy", dobla las manos sobre el pecho.

El Sr. Keightlinger recoge la botella de refresco que el Sr. Charlock ha dejado en el suelo. Echa un trago. Se frota la nuca. "¿Tensión?", dice. “¿Sientes algo? Ups. Atención", se mete la mano en la chaqueta y saca un par de gafas de sol negras clásicas. La lente izquierda llena de arácnidas palabras escritas en tinta blanca. Se las pone. Fuera, al otro lado de la calle, bajo la lluvia, Jo pasa corriendo, tropezando a las puertas del vestíbulo del edificio, agarrando la manija, echando la cabeza hacia atrás para gritar de alegría mientras abre la puerta. El Sr. Keightlinger frunce los labios inclinándose un poco, mirando a través de las gafas de sol a Jo, que cruza el vestíbulo con paredes de vidrio hacia el ascensor del edificio. Él silba suavemente. "¿Sr. Charlock?", se inclina hacia atrás. "¿Sr. Charlock", el Sr. Charlock gime. "Despierte, Sr. Charlock", dice el Sr. Keightlinger. Las manos del señor Charlock se abren y se mueven frente a su cara. Sus ojos aún están cerrados. "Todo el edificio está sonando", dice el Sr. Keightlinger. "Será mejor que regreses".

El sr. Charlock comienza a gritar. El Sr. Keightlinger abre su puerta con un agudo «scuonk» mientras el Sr. Charlock arquea los

talones traseros tamborileando y el Sr. Keightlinger sale del coche y se inclina hacia adelante para agarrar al Sr. Charlock por los hombros. La voz del Sr. Charlock resuena en su garganta cuando el Sr. Keightlinger balancea su gran brazo en ese espacio estrecho para abofetearlo, fuerte y otra vez. El grito se interrumpe.

"¿Estás aquí del todo?", dice el Sr. Keightlinger, la lluvia cae sobre su ancha espalda vestida de negro.

"Cualquiera", dice el Sr. Charlock, y tose, "a este lado del río *mínimamente* sensible va a tener *tal* dolor de cabeza mañana...", sus manos a cada lado de su rostro bajan y el mira las manchas oscuridas en las puntas de sus dedos. "Guao", dice. "Nunca me habían sangrado los oídos antes".

Riendo ella Abre la Puerta / Sin respirar siquiera / Algo Afilado / “Extiende la mano”

Riendo, ella abre la puerta del apartamento. "¿Ysabel?", grita parada allí en la pequeña cocina del pasillo. En la sala principal, tres velas siguen encendidas en la mesa de café con tablero de cristal. Ante ellas, un frasquito de vidrio, sin tapa, vacío, sus bordes tienen una película de residuos lácteos. "¿Querías un poco de atmósfera?", Jo enciende el interruptor de la luz. Los hombros de su chaqueta y su corto cabello castaño están oscuros por la lluvia. Su cara se descompone. "Jesús, qué *olor*", dice ella. En la alfombra, pies descalzos, piernas desnudas que se extienden a lo largo de la esquina, Jo se lanza de golpe hacia delante para ver a Ysabel desnuda en el suelo junto a la cabeza del futón, con los ojos abiertos, la boca abierta, los rizos negros y manchados y húmedos. Jo, manos en la boca y ojos abiertos como platos, dice, "¿Ysabel?", en voz baja, y luego, e nuevo, "Oh, joder, oh, joder. Ysabel ¿Qué has hecho? ¿Qué...?”, se arrodilla al lado de Ysabel cerca de la garganta bajo el cabello enmarañado, “¿Qué has tomado?”, echa mano a su muñeca, su brazo vuela inclinado hacia un lado sobre el futón, se detiene poco después y acerca el brazo a su propia cara, baja otra vez para apartar el cabello del cuello y el pecho de Ysabel y luego sus dedos buscan un pulso justo debajo de la esquina de la mandíbula cuando la boca de Ysabel aspira un aliento entrecortado. Jo grita, su mano vuelve a elevarse en el aire. Ese aliento se escapa en un suspiro suave y es seguido por otro, más profundo, que resuena en el abismo. "Joder", dice Jo, "Jesús, joder", casi un sollozo, "¿qué has hecho qué has hecho?", estira la mano hacia el brazo desplomado de Ysabel, acercándolo hacia sí, mirando la doblez a la altura de los codos. "¿Qué has hecho?", Jo se pone de pie, mira por la habitación. Junto a las velas de la mesa, el frasquito todavía esta cubierto con una película de un residuo lácteo.

Ella lo levanta y lo sostiene a la luz, se lo lleva a la nariz para olerlo. Un limo de vómito se aferra a su mano y ella lo huele, su cara se arruga nuevamente. "¿Qué coño *es* esta cosa? *¿Qué has*

hecho?"

Otra respiración irregular. La espalda de Ysabel se arquea, un brazo se alza, su mano como una garra, y el otro brazo se agarra el vientre, ojos perdidos y enrojecidos buscando a Jo. "Oh, joder", dice Jo dejándose caer de rodillas otra vez junto a Ysabel mientras el brazo de ella se extiende hacia Jo, le agarra el brazo a Jo. Las manos de Jo cuelgan inútiles, "No lo sé", y finalmente Jo extiende la mano y tira de Ysabel hacia ella. "¿Que está sucediendo?", la respiración de Ysabel ahora viene en cortos y poco profundos jadeos, "Ysabel, di algo, por favor", la cabeza de Ysabel se ha posado en el hombro de Jo, las garras de sus manos se relajan, pierden el agarre en el hombro de Jo, caen y hunden el brazo lentamente hacia el suelo mientras Ysabel de debilita entre los brazos de Jo. "Ysabel. Ysabel, por favor. Respira, maldita sea. Respira. ¡*Respira*!", Jo se reclina. La cabeza de Ysabel se desploma hacia adelante y Jo la sostiene alzando la barbilla y retrocediendo. Los ojos de Ysabel están ahora cerrados y su mandíbula laxa una vez más. "¡Ysabel!", Jo la zarandea. La cabeza de Ysabel cae de un lado a otro sin tensar el cuello. “Oh, Dios, Ysabel, estúpida. Estúpida, maldita Ysabel, estúpida, *estúpida* estúpida...", Jo la abofetea. Levanta la cabeza. La abofetea de nuevo. "¡Joder!" Acercándola, sosteniéndola fuertemente, con la cabeza nuevamente sobre su hombro, dice, "Oh, Dios, no sé, no sé". Meciéndose de un lado a otro. "No sé qué hacer, Ysabel, no sé qué hacer, no sé, no sé". Jo retrocede de nuevo, coloca la cabeza de Ysabel suavemente sobre sus hombros. "Roland", dice Jo. "Roland". Tiene a Ysabel en el suelo junto al futón, Jo alisa su cabello hacia atrás, endereza sus brazos. El vientre de Ysabel se estremece. "Oh, Dios", dice Jo y no se atreve a acariciar la piel vibrante con los dedos. "Roland", dice ella, y se pone en pie.

Jo gira salvajemente el tirador de la ventana, abriéndola y apoyándose con el hombro en ella. "¡Roland!", grita ella. "¡Roland! ¡*Roland*!" Asomándose sobre el falso balcón, con las manos sobre la barandilla blanca. "¡*Roland*!", grita bajo la lluvia. "¡Hurra!", grita alguien invisible afuera. En el estacionamiento al otro lado de la calle, un grandullón con traje oscuro está mirándola de pie junto a un coche negro. "Roland", dice ella de nuevo con voz vacilante. “Inútil hijo de perra. ¡Cinco malditos dólares y no puedes, no puedes *oírme* cuando te... *te necesito*, ¡Roland! ¡*Roland*!"

A uno o dos bloques de distancia, un automóvil hace sonar un chirrido de llantas y viniendo por la esquina aparece una figura reluciendo bajo la blanca farola desde dentadas gafas de sol verdes como trozos de una botella rota, corriendo por la calle bajo la ventana, y hay un golpe y un grito y el sonido de cristales rotos. Jo se aleja de la ventana frotándose los ojos con los nudillos. Encuentra la delgada silla de hierro forjado junto a la mesa y cae sobre ella mientras unos pasos golpean por el pasillo. Él no llama. La puerta se abre de golpe y allí está él, más allá de la pequeña cocina del pasillo ante ella en la sala principal. Con una mano se quita las gafas de sol, con otra mano se quita los auriculares azules y blancos de las orejas. Ni siquiera respira con dificultad. La lluvia brilla en la melena blanca y rubia de su cabello.

"Está desnuda", dice él.

"Joder, no está *respirando*", dice Jo. "Ha tomado algo. No sé, ¿qué es lo que tomáis vosotros? No es heroína. Ha tomado una sobredosis de *algo*..." Él ya está junto a la mesa que se cierne sobre ella, agarra el frasquito de vidrio, le da la vuelta con la mano enguantada observando el residuo lácteo rodar por los costados. "¿Quién le ha dado esto?", dice él en voz baja, tensa.

"No lo sé. Tenemos que conseguirle ayuda, Roland. No sé a quién llamar ni dónde..."

"¿Quién le *ha dado* esto a ella?"

"¡*No lo sé*!"

"Tú *debes* saberlo. Ella es tu *responsabilidad*".

"Roland, por favor", dice Jo todavía sentada en esa silla delgada. "Se está muriendo".

Él encierra el frasquito dentro del puño y se agacha para recoger la toalla de Bob Esponja del suelo. Cubre con ella el cuerpo de Ysabel, luego se sienta al borde del futón, arrastrando su mano enguantada por el espantoso charco entre las mantas. Levanta la

pegajosa mano sosteniendo algo pellizcado, una cuajada nacarada. Lo aprieta hasta que estalla en una repentina nube de polvo ceniciento que silba y se agita. Rasga el velcro de su guante y se lo quita dejándolo caer en el vómito. “¿Es esta la única cama?”

"Nah", dice Jo, "hay otra en el baño. *Estoy bromeando*".

"Pues ayúdame a despejar esta", dice.

Jo se levanta de la silla y coloca las almohadas a un lado y junta las mantas, las sábanas y las mete en una de las cajas de madera rubia al pie del futón. El futón en sí está manchado, un charco gris opaco irregular empapado a través del plástico blanco. "Ayúdame a levantarla aquí", dice Roland.

"Eso no es vómito", dice Jo.

"Cuidado". Roland toma los hombros de Ysabel, acunando su cabeza mientras Jo pasa las manos bajo las rodillas de Ysabel. La acuestan en el futón cerca de la pared, lejos de la mancha. "Es muy *pesada*", dice Jo. Roland está volviendo a colocar la toalla sobre el cuerpo de Ysabel. "¿Quién le dio el frasco?", le dice.

"No puedo recordar de repente algo que nunca he sabido", dice Jo.

"Esto es importante, Jo". Se sienta allí a la cabeza del futón, con las manos sobre las rodillas, una desnuda, otra todavía enguantada.

"¡Y *esto* también!

"Ella no está en peligro de muerte. No de la forma que piensas. ¿Hubo alguien en la tienda hoy?”

"¿Se va a despertar sin más, es eso? ¿Sin más que una terrible resaca? ¿Cegador dolor de cabeza? ¿Temblores, espasmos y bebés en el techo? ¿De qué estamos *hablando* aquí, Roland? "

"¿Reconociste a alguien hoy?"

"¿Qué diablos pasa con hoy?"

"Ella *lo hizo* hoy", dice Roland. "La dejaste *sola,* hoy. En la tienda".

“Esto *no* es...", dice Jo, pero la mano de Ysabel levanta unos dedos temblorosos y su barbilla se inclina, la boca se abre entre un sorbo de aire gorgoteante. "Demonios", dice Jo, cuando la mano de Ysabel se posa ahora con la palma hacia abajo, "si es por que yo la dejé sola, tal vez fue alguien en la cena de la Reina. O en el asedio a la iglesia la semana pasada. O tal vez fue porque tú se lo diste mientras yo estaba cazando al jabalí con el Duque. Alguien podría haberlo dejado esta noche mientras yo estaba siendo asaltada..."

“¿Esta *noche*?", ruge Roland.

"¡Había mierda que hacer! ¡Ella no quería salir de la jodida bañera! ¿Y qué coño podía importar que la dejara sola? ¿Acaso *yo* sabía que se suponía que ella no debía recibir un jodido frasquito de algo? Alguien se acerca y le entrega un tarro de algo y ¿qué le digo yo, acaso alguien *me ha dicho* algo? *Jesús*, Roland, *qué hacemos*?"

Él está mirando su mano sin guante y toca las tiras de velcro de su mitón de ciclista restante. "Necesito un cuchillo", dice.

“¿Qué?”, dice Jo.

“Un cuchillo de trinchar. Cuchillo de carne. Algo afilado". Ella lo mira sin comprender. "No puedo usar mi espada, Jo. Olvídalo", se dirige a la pequeña cocina del pasillo, abre cajones, revuelve cubiertos.

"¿Qué vas a...?", trata de decir Jo, y luego otra vez, "¿qué vas a cortar?". Mira el cuerpo de Ysabel, la toalla tiembla, ondea sobre el vientre de Ysabel. “¿Roland? ¿Qué coño vas a *cortar*?" Él está de pie junto a la mesa de café con tablero de vidrio, sosteniendo la hoja larga y fina de un cuchillo sobre la llama de la alta vela blanca. "Jesús, Roland", dice Jo levantándose del futón y agarrándole el brazo, "¿qué estás *haciendo*..."

"Si luchas", dice, "un corte la destruirá". Levanta el cuchillo. La

cuchilla humea en negro, el borde brilla con chispas rojas aquí y allá.

"¿Qué vas a *cortar*?", dice Jo sin soltarle el brazo.

Sus auriculares se juntan alrededor de su cuello mientras avanza en el agarre de Jo. "Ella ha intentado transformar el medhu", dice con voz plana. "Fracasó. Se ha vuelto malo en ella y debe ser cortado".

Jo le suelta el brazo. "Dime que no le harás daño".

Roland da un paso hacia el cuerpo de Ysabel en el futón. "Debo", dice. “Intenta hacer todo lo que puedas para recordar que esto es quirurgerie. No batalla". Se arrodilla al lado de Ysabel sin prestar atención a la mancha.

"Espera", dice Jo. "¿No necesitamos vendas o algo así? ¿Agua hirviendo? ¿No...?"

"Siéntate", dice Roland. "Por favor".

"Vale", dice Jo y se sienta en la silla de hierro forjado. Roland, con el cuchillo en su mano enguantada, alcanza la toalla con la mano desnuda y la levanta del cuerpo de Ysabel. Los músculos en su estómago se contraen y se relajan, se contraen y se relajan. Él se inclina sobre ella, su mano desnuda se acerca con cautela justo debajo de sus senos, trazando el arco de la caja torácica, apuntando con la hoja del cuchillo hacia abajo en su puño enguantado con el pulgar desnudo. Jo cierra los ojos y luego los abre justo cuando Roland clava la punta del cuchillo a través de la piel de Ysabel.

Jo jadea, se lleva los nudillos a la boca. Los hombros de Ysabel saltan arqueando el cuello y no sale ningún sonido de su boca abierta. Roland, encorvado con la mano desnuda temblando, arrastra el cuchillo desde el esternón hacia abajo y hacia abajo hasta el ombligo, abriendo una línea amarilla que brilla, que se atenúa y se llena de algo que se oscurece en color marrón rojizo oscuro, que se desborda por los costados en paletas lentas y gruesas como almíbar. Las caderas de Ysabel se sacuden, sus brazos caen y

desde el fondo de su garganta, ahora un gruñido agudo gime, su cabeza se inclina sobre el pecho y se eleva durante una gran aspiración de aire e Ysabel comienza a gritar.

"Ayúdame". Roland arroja el cuchillo al suelo y sujeta con los brazos las patadas de Ysabel. "Sus hombros". Jo se levanta de la silla y se arrodilla junto a la cabeza de Ysabel, que golpea de lado a lado con los ojos abiertos mientras grita. "¡Déjala que grite!" Las manos de Jo saltan de la cara de Ysabel. "Déjala gritar", dice Roland con voz ronca. "Ayúdame a convertirla. Al lado de sí misma". El vientre de Ysabel se tensa al final de su grito, una burbuja marrón y brillante, resbaladiza con una ampolla roja y amarillenta, surge de la herida cuando Jo mete sus manos bajo la espalda de Ysabel, y cuando la levantan y la giran, esta estalla salpicando la pared, el futón. El chándal blanco de Roland sisea y humea, salpica los vaqueros de Jo, la manga de su chaqueta y por su cara le cae un grumo de ello que ha rezumado de la herida, en el futón entre ellos, salpicando la alfombra con grandes y gruesos pliegues, manchando las impecables zapatillas blancas de Roland. "Sujétala", dice él, se pone en pie. Las piernas de Ysabel han quedado laxas ahora. Su grito se ha convertido en sollozos. "Sujétala". Jo, torpemente, moviendo las manos con fuerza, sujeta a Ysabel, quien se agarra a los brazos de Jo, acercándola, "Jo", dice entre hipos, "oh, Jo".

"Shh", dice Jo. "Te pondrás bien. Te pondrás bien". Jo está mirando a Roland mientras dice esto, Roland está tirando de una cremallera en una bolsa de nailon blanca. "Vale", dice Jo. "Te pondrás bien".

"La herida", dice Roland. “Mantenla cerrada. Debemos cerrarla". Jo mira fijamente los arruinados bordes del vientre de Ysabel, el corte de grasa que cuelga ligeramente reluciente a la luz y surca con toques y manchas de verdes y azules, púrpuras, rojos y amarillos, la mancha en el futón que se ha extendido ante ella ahora se ha vuelto oscura, se filtra mojada de gotas de grasa aquí y allá aún cayendo sobre la alfombra. "Yo no", dice Jo, y luego, "no hay nada", y luego, "no hay nada ahí. Está ahí." Sus manos se tiznan con el color del hígado. Se empapan los puños de la chaqueta. Los húmedos ojos de Ysabel se cierran suavemente.

"Esto será suficiente", dice Roland sacando una bolsa de plástico de la bolsa de nailon. "Esto podría ser suficiente". Un dedal de polvo de oro en una esquina. Él mira a Jo, que acuna a Ysabel en sus brazos, y él desliza las manos en el oscuro desastre de la herida. Los ojos de Ysabel se cierran con fuerza ahora, está mordiéndose el labio. "Jo", dice él. "Jo, tendrás que hacerlo tú", le tiende la bolsa a ella.

Requiere un momento antes de que ella le mire y le diga: "No puedo".

"No hay mucho aquí. Tú tienes su custodia. Tendrá mayor significado de tu mano..."

"Roland, no puedo. No, no tengo, no tengo el..."

"¿El qué?", su voz se ha elevado, ya no es tranquila. "¿El honor? ¿La devoción?", su rostro se suaviza. "Jo", le dice. "Extiende la mano".

Ella extiende la mano, recoge la bolsa, por encima del cuerpo de Ysabel. Vierte el polvo en él.

"Oh", dice Jo. "Oh, guao".

"Rápido", dice Roland.

Jo baja cuidadosamente su mano, lo bastante brillante como para iluminar toda esa oscuridad, mientras la presiona contra la herida. Ysabel solloza, rígida y temblorosa mientras Jo lleva esa mano a lo largo de los bordes húmedos y abiertos de la herida y por donde todo lo que ha quedado: una línea blanquecina de cicatriz. Jo acaricia de nuevo el vientre de Ysabel y hasta la cicatriz se frunce, las manchas en la piel de Ysabel se disuelven en chispas de color, y cuando Jo cierra su mano humeante en un puño y la abre de nuevo sin dejar de brillar, la cicatriz ha desparecido. Ysabel tiembla en los brazos de Jo, apoyando su cabeza en su pecho. "Estoy tan...", dice Ysabel. "Lo siento. Yo nunca...".

"Shh", dice Jo y luego, "Creo que está dormida".

"Domirá por un tiempo", dice Roland. "Convendría sacarla de esa cama".

"Sí, bueno", dice Jo desplomándose contra la pared sin moverse, "Ya sólo el olor... Cristo, ¿cómo voy a limpiar esto? "

"Debes quemarlo todo", dice Roland sentado pesadamente en la silla de hierro forjado. "Nada sino infortunio y pesadillas surgirán ahora".

"¿Qué", dice Jo, "¿incluso la alfombra? Creo que... creo que van a tener un problema con eso". Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. La cabeza de Ysabel se desliza desde su pecho hasta su hombro. ¿Podrías encontrar una manta que no esté maldita o lo que sea? No quiero molestarla".

"Oh", dice Roland. "Por supuesto". De pie y hurgando en la ropa dispersa, recoge la toalla de Bob Esponja y la sacude, la levanta examinando ambos lados. La extiende sobre las dos, Jo a su lado, Ysabel dormida en sus brazos. "Ahí tienes", dice. "Ya está". Jo cierra los ojos.

"¿Me vais a comprar un nuevo juego de cama o qué?", dice ella con la voz llena de sueño.

"*Debes* aprender a tomarte esto más en serio", dice Roland y Jo resopla, temblando por las risitas silenciosas. Roland se endereza frunciendo el ceño. "¿Tú *eres* consciente...?", dice Jo cuando puede, "¿... de lo gracioso que es eso?"

"Sí", dice Roland. "Creo que sí". Las temblorosas risas de Jo se duplican. Roland se gira y se sienta pesadamente en la elegante silla. Se toca la mancha en la rodilla de sus pantalones de chándal blancos. Esta es de color marrón violáceo que se desvanece hacia el amarillo en los bordes como un viejo moratón.

Cuando Jo comienza a roncar ligeramente, él se levanta, va a la pequeña cocina del pasillo y se agacha para llamar a la puerta del armario debajo del fregadero. Llama de nuevo. Levanta la vista, se

endereza y llama a la puerta del armario que hay sobre el refrigerador. Mientras lo hace, está mirando el fregadero lleno de platos sucios. "Oh", dice moviendo el mango de una sartén llena de sobras de frijoles refritos. "Ya veo". Mira alrededor de la habitación principal, Jo e Ysabel están dormidas bajo la fina toalla, la espantosa mancha ha salpicado el futón y la alfombra, la ruinosa pila de mantas y sábanas está pateada a un lado, la ropa sucia de Ysabel. aquí y allá por la habitación. El mango negro de la lanza sobresale en el suelo bajo la mesa de café con tablero de cristal. Las velas muertas. Él entra en la habitación y toma el cuchillo de donde lo había arrojado, luego vuelve a salir y apaga las luces a medida que avanza.

Despierta, ella

Despierta, ella se sienta con las mantas verticales cayendo sobre el regazo. Una mano sobre su pecho y otra sobre su vientre, el cabello negro enredado se desliza sobre un hombro en una maraña mientras se sostiene. Algo rasca. Algo está chisporroteando. Su boca se abre alrededor de una palabra. Lo intenta de nuevo: "¿Jo?", dice ella.

Jo aparece en la esquina de la pequeña cocina del pasillo con la espátula en la mano. "Estás despierta", dice. “¿Te he despertado? ¿Cómo estás?". Lleva boxers y una holgada camiseta negra sin mangas.

"Sedienta", dice Ysabel con voz áspera y débil. Jo se ocupa en la cocina abriendo armarios y el refrigerador mientras Ysabel se recuesta, cierra los ojos y tira de las mantas hasta la barbilla.

“Solo nos quedaban dos huevos”, dice Jo. Ysabel abre los ojos y toma el vaso de agua. “Los corté con la lata de crema de champiñones. Huevos camperos, como los que solía comer cuando era niña". Jo coloca los platos en las mantas junto a Ysabel, unas rodajas de huevo de color amarillo grisáceo, tostadas con esquinas negras. “Solo que creo que la proporción de huevo debe ser mayor. Pero puedes remojar la tostada en ellos, lo cual es bueno porque el pan está bastante duro". Ysabel le está devolviendo el vaso, vacío, y tira de las mantas hasta la barbilla. "¿Quieres una camisa?", dice Jo.

Ysabel niega con la cabeza. "Son nuevas", dice ella. La manta superior es de tela escocesa de lana en negro y rojo y marrón anaranjado sobre una manta térmica marrón.

"También reemplazaron el futón...", dice Jo pinchando con el tenedor un goteante huevo, “...con un colchón, pero no tengo ni idea de cómo lo hicieron mientras dormíamos en él". La alfombra sobre la que están sentadas ya no está manchada, sino que está descolorida, casi blanca, en grandes puntos redondos. "Sin embargo, los platos no estaban limpios. Y tu ropa todavía está por todos

lados.”, toma un poco más de huevo en su tostada, mira a Ysabel. “Me adelanté”, dice ella, “y he llamado al trabajo diciendo que estamos enfermas. Gripe estomacal, dije".

"Jo", dice Ysabel. "¿Qué me hicisteis?"

"¿Qué hicimos?", dice Jo. "Te salvamos, Ysabel".

"No estoy muy segura de eso". Ysabel se desploma y se dobla sobre sí misma.

Jo dice: "¿Qué demonios eran esas cosas?", al tiempo que Ysabel dice: "Me siento, me siento más ligera. Vacía. Más vacía. Como si me faltara algo.", se abraza firmemente debajo de las mantas. "Tengo frío".

“Roland dijo que se volvió contra ti. Que salió mal y que teníamos que extirpártelo".

“¿Qué sabrá *él*?

"Más que yo".

Ysabel estira el brazo fuera de las mantas y toma la mano de Jo. "Nunca quise decir...", dice ella y le aprieta la mano, la suelta y vuelve debajo de las mantas. "Es un misterio".

"Bueno, sí", dice Jo.

“Quiero decir que podría haber estado funcionando. Tal vez eso es lo que tiene que pasar. Cada vez, siempre", acurrucada sobre sí misma, apoya la mejilla sobre las rodillas de Jo. "No lo sé".

“¿De qué estamos hablando?”, dice Jo, su mano sobre el hombro de Ysabel.

"¿Qué hace la Reina?", Ysabel se sienta, la mano de Jo se cae.

“¿Tu madre? Yo no..."

“¿Por qué es ella la Reina? ¿De dónde viene el owr, Jo? "

“¿El owr?”, Jo frunce el ceño. “Roland dijo una palabra diferente. Comenzaba por eme. "

"Medhu", dice Ysabel. Quedan en silencio así un momento, Ysabel en la cama, Jo al lado, con los ojos cerrados, los platos olvidados.

"¿Entonces tú...?", dice Jo, "¿la Reina toma eso?", y llaman a la puerta. "Joder", dice ella. Llaman otra vez. "Espera", dice Jo poniéndose de pie.

"Jo", dice Ysabel, "espera".

"Solo un minuto", dice Jo dirigiéndose a la pequeña cocina del pasillo, abre la puerta del apartamento. Marfisa está allí con botas negras y una gabardina azul oscuro, con el cabello sobre los hombros como una nube suelta de rizos del color de la crema espesa. "Jo Gallowglas", dice ella. "No entraré".

"Vale", dice Jo.

"Marfisa", llama débilmente Ysabel desde la cama.

"Me gustaría que supieráis", dice Marfisa, "que se acerca el Samani, cuando nuestra Reina de Su mano os dé una espada y os nombre caballero, entonces tendré que ofreceros grasa, cenizas y azúcar o vuestro cuerpo podría probar los méritos de mi lucha: sois un falso caballero, y de ninguna manera sois apta para portar espada ni oficio".

"¿Estás...?", dice Jo, "¿Estás hablando de un duelo?"

“No haré que nadie diga que fuisteis tomada por sorpresa. En diecisiete días, os arrebataré a Ysabel. Si eligís pelear o no, no me preocupa". Marfisa se da vuelta y se aleja por el pasillo hacia los ascensores.

"¡Marfisa!", llama Ysabel con su voz aún áspera, todavía débil. "¡El Hacha!"

Coda 8

Aparca ese coche.
Suelta ese teléfono.
Duerme en el suelo.
Sueña conmigo.

—Emily Haines

N° 9: Justa

Marfisa cae / Sólo a dos Bloques de distancia

Marfisa cae, extendiendo las grebas, saltan chispas de los adoquines, la espada rebota fuera de su mano y se aleja ruidosamente mientras se estira a por ella, las suelas de las sandalias resbalan buscando agarre cuando una patada la alcanza en el vientre, levantándola, haciendo rodar sus brazos, su cabeza gira siguiendo la la hoja que se desliza por la ligera pendiente hacia las puertas de vidrio a través de la plaza. Gritos de la multitud en el gran tramo de escalones y las bajas paredes a ambos lados de la plaza adoquinada, de los balcones cuelgan ligeros estandartes en el aire tranquilo de la noche, el halcón y el sabueso, y brillando sobre ellos con intensa luz blanca, la colmena. En la plaza, Marfisa con su cabeza acunada en un brazo flexionado, los ojos cerrados por la hinchazón, el labio amarillento partido por los estragos de un golpe. Las hojas de la falda de su armadura están dobladas, un golpe ha abollado el borde de su peto, clavando eslabones rotos de la cota de malla rasgada debajo, hundidos a través de la desgarrada seda y dentro de una fea herida láctea. Gimiendo al rodar el brazo para liberarlo, ella planta la mano en el suelo junto a la cara. Nombres hay tallados en los adoquines bajo sus dedos, James Elkins y Michael Lynn Tinnin y Marie Equi. La multitud esta callada de nuevo. El eco de los pasos que se acercan son estrépitosos, agudos chirridos metálicos. Músculos se tensan bajo un moratón que se oscurece. Ella se impulsa hacia arriba, armadura chirriando en sus manos y rodillas, y se inclina con los brazos hacia atrás, los extiende en busca de equilibrio, esos pasos suenan más rápido ahora detrás de ella y más fuerte, más cerca, allí la espada, su mano alcanza la empuñadura, la levanta, gira atacando para atrapar la hoja enviada para rebanarla. Golpeada hacia un lado, agacha los hombros bajo la rebanada, su brazo yerra bajo el enorme guantelete, ella lleva su espada hacia dentro hasta que esta sr detiene súbitamente, se oye el chirrido de la hoja quedando atrapada en el verdoso disco de bronce atado al pecho desnudo de

él.

Él retrocede un paso, dos, sus castigadas botas le pesan sobre los adoquines. La máscara de calavera pintada engulle la mitad de su cabeza, su levantada melena de cabello negro ondula lentamente por un imperceptible temblor de viento. Bajo los toscamente tallados dientes superpuestos de la máscara, sus labios se tuercen en una horrible sonrisa.Ella está medio doblada, su espada aún arrebatada ante ella en ángulo, sus hombros se agitan con el esfuerzo de absorver bocanadas de aire. Un lento paso tentativo a la vez, ella retrocede, ruido y golpes de armadura y sandalias en el aire sin aliento de la plaza rodeada por cientos de personas acribilladas por intensas farolas blancas, cientos de bocas entreabiertas esperando para aullar, vitorear, jadear o llorar de nuevo. Él, con su mano libre envuelta en una anudada correa de cuero y presionada contra ese verdoso disco, gira la espada una vez en su mano enguantada, con esa máscara y la alta melena negra flotando extrañamente a la luz, y los ensombrecidos agujeros vacíos a modo de ojos. Ella, agachada ante él, alza la mirada hacia el balcón sobre las puertas de vidrio donde cuelgan los estandartes del sabueso, el halcón y la colmena, y bajo ellos la Reina de pie con su vestido negro, detrás de ella en el balcón, Jo con un vestido sencillo, largo y gris con ribetes amarillos, su mano de nudillos blancos en la mano de nudillos blancos de Ysabel.

"Termina esto", dice la Reina.



"Estás cambiando de tema", dice Jo abriéndose paso entre la multitud tras Ysabel, que cruza la puerta y gira a la derecha cantando "¡Sobrevive siempre, así, sinceramente, la mayor parte del tiempo!", abre los brazos en su voluminoso abrigo verde guisante. "¡Ysabel!", llama Jo. "La cola va a ser jodidamente absurda".

“¿Y?”, dice Ysabel. "Quiero un donut".

"Te he hecho una pregunta".

Los ojos sonrientes de Ysabel brillan, sus rizos negros están recogidos bajo una gorra gris de la marina. "¿Puede ser más importante que un donut de chocolate con glaseado de chocolate y esas horribles bolitas de cereal de chocolate por todas partes?"

"He dicho que sería mejor si ella ganara".

La sonrisa de Ysabel desaparece. Jo, allí delante de ella, la multitud presionando entre ellas, Jo encorva los hombros con las manos metidas en los bolsillos de su desgastada chaqueta verde grisáceo a la chillona luz de neón, los bajos de sus holgados pantalones de pata de gallo ruedan sobre sus Chuck Taylors diferentes. Jo dice: "Podrías ir a casa o, al menos, jodidamente más cerca".

"Estarías *muerta*, Jo", dice Ysabel.

"Lo cual es un inconveniente", dice Jo mirando hacia un lado.

"Y yo estoy bien, aquí, contigo. ¿Sabes?", esa sonrisa se desliza hacia los lados. "He visto más espectáculos en los últimos meses de los que he visto en un año con Roland".

"Espectáculos de diez dólares", dice Jo, "y una mierdecilla de buenas bebidas. ¿Por esto se supone que debo vencer a tu novia en una pelea de espadas?"

"*Ex*- novia", dice Ysabel.

"Como la golpee con una espada... eso si logro golpearla con una espada... ya está, ¿verdad? ¿Cuenta como duelo? Habrá desaparecido, como Tommy Cabezacuero". Ysabel asiente. "Yo no quiero volver a hacer eso", dice Jo.

"Si no... Jo, ella te matará *por eso*. Y no sólo te vencerá. Para estar segura".

Jo está negando con la cabeza. “Y es que no podría yo decir no

cuando ella se plante ante mi cara. Soltar la espada. Marcharme".

"Pero", dice Ysabel, "tu *honor*..."

Jo resolpa una risa amarga, "Que le *jodan* a eso. En serio. Puedo retirarme, es la solución. Y de todos modos, no me importa una mierda mi honor, ¿recuerdas?"

"Dije", dice Ysabel levantando la mano como si tocara la cara de Jo, "que lo tienes en bastante ligera estima", se detiene, baja la mano. "Estaba equivocada, ¿verdad?"

"Vamos, tienes que estar helada", Jo está mirando a Ysabel ahora, sus piernas debajo del corto chaquetón van dentro de medias negras en espiral con manecillas de reloj. "Has olvidado ponerte pantalones otra vez".

Ysabel aplaude con sus manos enguantadas de gris. "¡Ya sé qué voy hacer!", agarra la mano de Jo, arrastrándola a través de la multitud, cada vez más delgada, sus tacones de aguja claquean en la acera. "Uooh", dice Jo y "qué demonios", al doblar la esquina del club, mientras Ysabel dice: "Literalmente, está a sólo dos bloques de distancia, no puedo creer que no se me haya ocurrido esto antes", a media carrera, cruza la calle y atraviesa un estrecho estacionamiento vacío, entre una columnata y sobre las vías del tren hasta detenerse en una pequeña plaza adoquinada. Otra columnata independiente frente a ellas dice Plaza Ankeny en letras doradas moteadas, bordeadas de viejas manchas de humedad. Detrás de ellas, un gran edificio antiguo, carteles de impresora láser que dicen: «No sentarse ni dormir frente a las ventanas», pegados una y otra vez a los cristales por todo primer piso. En el centro de esa plaza hay una fuente con una baja piscina octogonal. Dos cariátides en el centro de la piscina vacía alzan un gran cuenco sobre sus cabezas. "¿Tienes un centavo?", dice Ysabel.

"Un centavo". Jo abre su chaqueta para excavar en los bolsillos de los pantalones.

“Cualquier moneda sirve. Pero es mejor con un centavo".

"¿Vas a tirarlo y pedir un deseo?", Jo deja caer un centavo en la mano extendida de Ysabel.

"Algo así", dice Ysabel sosteniendo el centavo entre ellas. "Vale", dice ella. Se oye un sonido metálico en algún lugar detrás de ella, luego un gorgoteo ascendente. "Dime. ¿Qué es...?", y respira hondo,"¿qué es lo que más te gusta de nuestra situación?". El caño en el cuenco está temblando.

"Nuestra situación".

“Sí... si tuvieras que marcharte. ¿Qué es lo que más echarías de menos?", el agua burbujea y sale de la boquilla, salpicando el cuenco. Más tintineo y redobles burbujeantes.

"La promesa", dice Jo. "Hice una promesa y la voy a cumplir. Y no quiero romperla ahora ni evitarla con un tecnicismo. ¿Sabes?

"Yo...", dice Ysabel, "vale", asiente rápidamente, tiritando. "Hace *frío*". El agua se desborda del cuenco, aquí y allá hay chorritos que se convierten en arroyuelos al unirse alrededor del borde y bajan convertidos en una cortina resplandeciente que salpica sobre la diáfana piscina seca, Ysabel se desabotona el abrigo.

"¿Ysabel?", dice Jo. "¿Qué estás...?", y luego Ysabel le está entregando el abrigo. Se quita la gorra. Extende su mano, girando y levantando un pie hacia el borde de la piscina. "Quiero hacer esto antes de que sea demasiado profundo", dice ella.

"Estás loca", dice Jo ayudándola a subir al borde.

"Estas no son mis reglas", dice Ysabel y ella entra cautelosamente en el agua. "Oh, que me jodan, está *congelada*", se abraza a sí misma en su brillante minivestido plateado y blanco, vadeando un par de pasos hasta la cascada. "¿Ysabel?", dice Jo, pero Ysabel agacha la cabeza y cierra los ojos, atraviesa el agua con un chillido. "Ay, jesús", dice Jo sosteniendo el abrigo. Detrás de la cascada, Ysabel se está estirando para agarrar el brazo levantado de una cariátide, pisando su zócalo, balanceándose sobre los dedos de los pies frente a la estatua, agachando la cabeza bajo su brazo para presionar el

centavo en sus labios inexpresivos, para susurrar algo en su oído y seguir después con un beso, para dejar caer el centavo en el pedregoso pañuelo sobre su impasible pecho. Saliendo del zócalo y agachándose al cruzar la cascada, Ysabel jadea y escupe agua, salta tambaleándose en el borde de la piscina y Jo extiende una mano para ayudarla a bajar.

"Ya está", dice Ysabel quitándose el agua de la cara mientras Jo la envuelve en el abrigo. Ysabel se acurruca en los brazos de Jo y ella le frota los brazos. "Eso es todo", dice Ysabel. "Dí que sí si ella te reta. Lucha con ella si hay que lidiar con eso. Todo terminará bien".

"¿Sí?", dice Jo. "¿Qué has deseado?"

"¡No puedo decirte eso!", dice Ysabel. "No se haría realidad. Seguro que ya sabías *eso* al menos".

Esta saliendo / un Favor / su Trato / algo Húmedo y Ruinoso

Está saliendo del ascensor antes de que las puertas se hayan abierto por completo, agachando su cabeza de sombrero blanco y levantando un pesado calzado irlandés blanco marfil sobre las puertas interiores que se abren verticalmente, balanceando sus hombros envueltos en una larga bata blanca que barre el exterior. Las puertas se abren de lado a lado. Detrás de él, un tipo grande y un tipo pequeño con trajes negros y finas corbatas negras, el pequeño pegado a sus talones, su cabello adelgazado en vano tratando de lanzar un rizo entre su frente y la parte superior de su cráneo, una diabólica caja-cesta en su manos, tallada de un solo trozo de madera roja oscura. El grandullón le da un último tirón a la cadena que abre las puertas y les sigue. Su barba es del color de la caoba y lo suficientemente tupida como para enterrar el nudo de su corbata.

El suelo que los rodea es amplio y oscuro, con láminas de plástico que cuelgan aquí y allá, flotando e hinchándose ocasionalmente con ráfagas de viento. La luz brillante de las lámparas enjauladas deja profundos charcos de sombra en las esquinas y a lo largo del panel de yeso con parches blancos. En una silla plegable se sienta un hombre con un traje azul claro con los brazos cruzados, su cabello blanco tocado con oro en rizos que cuelgan sobre su rostro y le rozan los hombros, "Leir", dice él.

"Vizconde Pinabel", dice el Sr. Leir, quitándose el sombrero. Su rostro bastante joven debajo de todo ese rebelde cabello blanco. "¿Espero que la temporada os haya recibido bien? Sobre nosotros asciende una mujer de buen rostro y hábito; dos hombres la golpean, y sus golpes provocan lindeza, belleza, pero también todo tipo de disputas y traiciones, engaños, detracciones y perdición".

“Charles Wentworth Leir”, dice Agravante, y las láminas de plástico crujen en una ráfaga repentina. "Decidme por qué estoy sentado en un edificio a medio terminar".

Sr. Leir sonríe, le da su sombrero al señor Keightlinger y luego se quita el abrigo de los hombros. "Qué superstición tan pintoresca", dice.

"Os he dicho que me lo *digáis*", dice Agravante. "¿Qué ha salido mal?", el plástico cruje y vuelve a hincharse.

"Creer eso, que porque uno sepa el nombre completo y verdadero de una cosa, o de una persona", dice Leir doblando su abrigo y colocándolo sobre el brazo extendido de Keightlinger, "uno podría controlarlo. Como si todo lo que soy, mi sangre, mis huesos, cada libro que he leído, el sándwich que almorcé y los dos mil dólares en mis pies, los viejos amigos que he amado y traicionado, los vectores de cada deseo y necesidad que me ha traído aquí para estar delante de vos en este momento... como si todo eso pudiera resumirse y doblarse a su voluntad con veinte cartas escritas en un pedazo de papel archivado en el Palacio de Justicia del Condado de Breathitt". < / p>

Agravante está de pie, la silla empujada hacia atrás. "No me *importan* vuestros zapatos", dice, pero el Sr. Leir cruza los brazos entre el Sr. Keightlinger y el Sr. Charlock y dice "Oh, pero deberíais. Es *precisamente* el conocimiento de estas pequeñas cosas lo que nos otorga el control que buscamos. Que vos buscáis, por ejemplo, Vizconde", y abre una mano para comenzar a marcar puntos con sus dedos, "os irritáis bajo el pulgar de vuestro Abuelo, no tenéis estómago para tratar de sentaros el Trono vos mismo, dejáis de lado el dinero y la propiedad en un intento de posicionaros en relación a aquellos que consideráis más propensos a convertirse en el Rey Retornado, eso... y este puede parecer el hecho *importante*, pero no lo es, pues sois prudente y adaptable, aunque vuestras suposiciones actuales a tal respecto son incorrectas, todas incorrectas", y cuatro dedos marcados por el Sr. Leir ahora doblan tres hacia atrás y levantan su dedo índice, un argumento final, "No, el hecho importante para nuestros propósitos aquí y ahora es que, a pesar de vuestro cuidado y preparación, os sorprenderéis terriblemente de lo que vuestra hermana planea hacer dentro de dos semanas", el Sr. Leir extiende las manos y todas las láminas de plástico alrededor se hinchan y tensan. "¿Todo eso de alguna manera está relacionado con un nombre que llevo sabiendo durante años... Agravante Pinabel, Mango del Hacha en la Corte de Su Majestad?", niega con

la cabeza. El señor Keightlinger vigila impasible el sombrero que lleva en la mano. El Sr. Charlock está sosteniendo esa caja-cesta en alto, fuera y lejos de sí mismo. Agravante vuelve a sentarse lentamente. "Un nombre, aunque verdadero y completo", dice el Sr. Leir, "sirve simplemente para reunir estos hechos y ponerlos en primer plano cuando se requiera".

"Hablasteis", dice Agravante, "de mi hermana. Y de una terrible sorpresa".

"Pero hace un año y un día, Vizconde", dice el Sr. Leir, "vos me pedisteis que intercediera en vuestro nombre con ciertos poderes para asegurar el éxito de una empresa de construcción", examina el suelo inacabado. "Estas torres de apartamentos frente al río, que se presentaron con todo detalle particular, elaboradas a partir de planos meticulosamente hermosos".

"¡Decidme qué sabéis de mi hermana, hechicero!", dice Agravante, y sobre ellos el plástico vuelve a tensarse y las luces tiemblan en sus jaulas salpicando sombras.

“Estos edificios”, dice el Sr. Leir, “no son los edificios que esos planes describieron. No con cada detalle particular. "

"Vos", dice Agravante, "vos querréis decir, que no pudisteis", el plástico cruje, revolotea, se desploma. "Ciertos elementos tuvieron que ser alterados, me avisaron, sí, estaríais loco si pensáis..."

"El compromiso", dice el Sr. Leir, "siempre es la muerte del arte. Si se hubiesen construido *esos* edificios, los que me presentaron el año pasado en esos planes, aquellos en cuyo nombre intercedí... vuestro éxito habría estado asegurado". Hace una seña al Sr. Charlock, quien da un paso al frente con esa pequeña y diabólica caja-cesta. “He cumplido mi parte final de nuestro acuerdo. Vos, a su vez, os dignasteis a otorgar un deseo".

"Lo hice", dice Agravante en voz baja.

"Me gustaría que vos os llevarais esto por mí, Vizconde", dice el Sr. Leir levantando la caja del agarre del Sr. Charlock. "Mantenedlo

a salvo y sin que sea perturbado hasta que os pida que lo devolváis. No le digáis a nadie que lo poseéis. Si me falláis en esto, debéis saber que ni siquiera la tumba me impediría daros a conocer mi disgusto". Una luz intensa ilumina desde donde queda atrapada en el brillo pulido de la madera roja oscura. "Si está en vuestro poder hacer esto por mí, nuestro acuerdo se cumplirá y estaremos en paz".

Agravante pone una mano sobre la caja pero no la toma. "Debéis decirme, hechicero, qué es lo que planea hacer mi hermana".

"Por favor", dice el Sr. Leir, sonriendo. "Llámadme Charles".



"Hop", dice él y ella da un paso adelante con la rodilla flexionada profundamente, la espada tiembla hacia adelante y hacia abajo, atacando para chocar contra el corazón rojo sujeto al maniquí frente a ella. La pierna retrasada traza una larga línea recta desde el pie plantado hasta la cadera, el otro brazo se suspende hacia atrás. "Y arriba", dice él, y ella se retira, apoyando plantando el pie su peso sobre las rodillas, flexionadas un poco, el brazo de la espada tuerce la hoja en un ligero ángulo antes de que su punta se acerque al nivel de los ojos, con el brazo pegado a ella cerca de la sucia chaqueta acolchada, mano vacía con la palma hacia fuera frente a su pecho. "Hop", dice, y ella se lanza hacia el maniquí moviendo la hoja hacia abajo contra el corazón rojo, "y arriba", dice él, y arriba retrocede ella, esperando. "Hop", dice él, y luego "Vale", dice, "vale", acariciando pensativamente su salpimentado pañuelo Van Dyke. "Dime qué estás haciendo mal".

"Está cortando", dice Ysabel sentándose de nuevo en la pared del espejo, sin mirar a ninguno de ellos, sino al grueso librito en su regazo, con las piernas dobladas bajo los rígidos pliegues de una falda de pana.

"Por favor, Milady", dice. “Menos consejos no solicitados. Pero sí, lo estabas”, dice. "Cortando".

"Sí", dice Jo de pie, relajada y erguida, mirando la espada en sus manos. La campana de la guarda es opaca y abollada, la empuñadura envuelta en una mugrienta cinta roja.

"¿Qué te he dicho acerca de cortar?", él se acerca al estante de la lámina junto al maniquí y envuelve sus dedos alrededor de un agarre complicado con curvas y ganchos extraños como un oscuro instrumento médico. "Que no lo haga", dice Jo mientras él saca la lámina del estante y la gira para encararla hacia ella en su nervuda longitud allí ante sus ojos, con las muescas y cortes hechas con la punta del estoque, negro mate en la protección redonda de goma. “Esto es un *estoque*, chica. No es un maldito cuchillo de carnicero. La razón por la que está acolchado en la punta es porque esa es la parte que es *peligrosa*. Si cortas así, se desperdicia todo el poder de las piernas, las caderas y el brazo. Todo lo que importa es el movimiento de tu muñeca. No es suficiente. Y si terminas con un corte decente", mueve la hoja hacia atrás y hacia arriba y sobre su cabeza, con el codo hacia arriba y hacia un lado,"alejas la hoja y te dejas al descubierto durante mucho tiempo. Cualquiera podría entrar aquí y hacer lo que quisiera y mi única manera de detenerlos es esperar a que se comprometan de otra manera", baja la hoja «en garde» y luego, con una pequeña estocada de saludo, hunde la punta en el suelo. Jo dice: "Supongo que estaba sólo... que seguía pensando en cómo Orlando se había acercado hacia mí".

"El Mooncalfe va con una katana", dice Vincent con la punta de su espada golpeando una X desigual de cinta azul en el suelo. "Cualquiera que use una katana es un maldito idiota y cree que un sable en realidad es un bisturí. De vez en cuando, alguien como él está lo suficientemente loco como para sacar una".

"Marfisa empuña un estoque", dice Ysabel.

"Bueno, sí", dice Vincent. "Muchos caballeros lo hacen". Mirando hacia adelante y hacia atrás, desde la boca repentinamente fruncida de Jo hasta Ysabel todavía no levanta la vista de su libro. “Cuatro de cada cinco veces un pesado estoque italiano de la vieja escuela vence a un creído cuchillo Ginsu, todo lo demás es igual. ¿Algo que quieras decirme?”

Jo niega con la cabeza. Ysabel da la vuelta a una página.

"*Maldición*", espeta Vincent alejándose con un giro, sin cortar nada. "¿*Qué* os he dicho sobre ser discreta?”

"Llamó a mi puerta mientras yo preparaba el desayuno llevando ropa interior", dice Jo. "¿Suficiente discreta para ti?"

"Está bien, Sr. Erne", dice Ysabel dejando su libro a un lado, al tiempo que Vincent dice: "No está casi preparada. Ni siquiera casi".

"Está *bien*", dice Ysabel.

“El Hacha es *rápida*, Milady. Ha vencido a el Carro, tres de tres", se vuelve hacia Jo. “No *puedes* ocultarme estas mierdas a mí, chica. ¿En qué demonios estabas pensando?”

"Todavía no ha desafiado formalmente a Jo", dice Ysabel. “Sólo dijo que lo haría. En el Samani", y Vincent dice: "Está bien, bueno", al tiempo que Ysabel dice: " Además, he pedido un deseo".

"Yo...", dice Vincent, y engulle una mueca sin apartar la mirada de Jo. "Bueno. Bien. Cuando ella te lo pregunte, entonces, ¿vas a ser lo suficientemente tonta como para decir que sí? "

"¿Qué coño te importa a ti?", dice Jo. "Si digo que sí, estoy muerta. Si digo que no, estoy fuera. De cualquier manera, pierdes tus doscientos pavos al mes".

Nadie dice nada. Nadie se mueve hasta que Vincent vuelve a golpear en el estante con su estoque. "Milady", dice con la mano apoyada en el borde del estante, "por favor. Salga. Llevaos a vuestro Gallowglas con vos", sus hombros se elevan y caen entre un suspiro. "Vuelve el lunes". Jo se arrodilla junto a la puerta, empujando su espada en su suave funda de cuero. La envuelve en un par de toallas dobladas. "Antes de que alguien diga algo y todos terminemos arrepintiéndonos".

"Honestamente, vosostros dos", dice Ysabel caminando hacia la

puerta. "He *pedido* un *deseo*".



“Aquí va tocino de pimienta con un menú de queso y un batido de la Selva Negra, un menú colosal y una Pibb Xtra, dos hamburguesas regulares sin ketchup y una Coca-Cola grande, una cosecha de Oregon con menú de queso cheddar y té helado. ¿Esas hamburguesas normales quieren patatas fritas?”

"Nah", dice arrastrando la vocal el conductor que se asoma por la ventana abierta. «Golpea y agítalos y entonces ya sabes», dice la radio del coche en un estribillo. «Déjalos fuera de la corriente y luego cébalos con la masa, puedes hacerlo funk o hacerlo disco». El gordo en el asiento de atrás se inclina hacia adelante con una carita aún escondida en las sombras allá atrás. “Ponnos un poco de buenas patatas fritas. Mi bien".

"¿Quieres un pedido grande?", dice el altavoz en el poste junto al panel iluminado de menús.

"Claro", dice el conductor. Su barbilla es enorme, manchada por la luz roja, verde y naranja del tablero del menú. Sus ojos son muy pequeños y somnolientos.

“Treinta dólares trece centavos”, dice el altavoz. "Siga hasta la ventanilla dos".

"Ja", dice el gordo mientras el conductor pone el auto en marcha. «Díle que hay un auge en la prostitución infantil, cuando él aparezca en el paseo dale una restitución de plomo», suena cantando por la radio. "¡Ja!", el gordo golpea el ritmo sobre las rodillas desnudas bajo los mellados dobladillos de sus pantalones cargo cortos. La chica en el asiento de atrás, junto a él, se sienta apretada contra la puerta con el codo sobre el borde de la ventanilla, la cabeza en la mano y la luz del «drive-throught» atraviesando la ventanilla hasta sus ojos cerrados. Su cabello va

desaliñado en un rastrojo irregular alrededor de un holgado mohawk. «Pon uno de cincuenta en el cañón de una pistola, ¡sí, él trata de chuparla bien cuando conoces este truco!» Cambiando de un lado a otro, el cabello desgreñado se tambalea mientras mueve la cabeza. Delante, el conductor se inclina empujando al tipo en el asiento del pasajero con la mano extendida y la palma hacia arriba. "¿Qué coño?", dice el tipo en el asiento del pasajero. “Su bien. Ha dicho", el cabello oscuro le cae descuidadamente hasta los hombros. La cazadora va subida hasta su garganta estrecha.

"Timmo solo paga las patatas fritas", dice el conductor. "Apuesta previa".

"¡De cinco millones de maneras, cabronazo!", grita Timmo zarandeando el respaldo del asiento del pasajero. "Pillarás también las de Mel. Se lo debes, estoy bastante seguro. Sé que eres bueno en eso". Gruñendo para sí mismo, el tipo en el asiento del pasajero hurga en sus bolsillos. El empleado le entrega bebidas por la ventana y el conductor pasa hacia atrás el batido a Timmo, luego le quita algo de dinero al tipo en el asiento del pasajero y le entrega otro par de vasos de papel grandes. "Solían llamarlo Sr. Pibb", dice. "Pibb Extremo es un nombre de tonto del culo".

"Llámalo como quieras", dice Timmo. Pone una pajita en su batido y toma un sorbo. El conductor toma las bolsas del empleado y las deja caer en el regazo del tipo en el asiento del pasajero, que levanta esos vasos hacia arriba y fuera del camino. "¿Estamos bien?", dice Timmo. "¿Estamos bien? Vamos, vamos, lo dividimos en la casa. Vamos Abe, vámonos ya".

"Problema", dice el controlador.

"¿Qué problema?", dice Timmo inclinándose hacia adelante. A su lado, la chica se agita, levanta la cabeza y abre los ojos. Delante del automóvil, una figura con una mano sobre el capó, largo cabello negro que se levanta en una ráfaga de viento, cara oculta en las sombras proyectadas por los rayos de los faros. "Que la follen", dice Timmo. "Acelera".

"No la voy a atropellar", dice Abe.

"Le", dice el tipo en el asiento del pasajero.

“¿Le?” dice Timmo. "¿Frankie? ¿Tú *conoces* a este mamón? "

La figura ahora camina al lado del coche, pasando esa mano por el guardabarros. Camisa de vestir blanca medio desabrochada, cabello negro cayendo sobre los hombros. Un ojo no está perdido en la sombra, sino escondido tras un parche negro ahuecado junto a su afilada nariz angular. "Vámonos", dice el tipo en el asiento del pasajero, "¡Vamos, Dale! ¡Vamos!”, dice él apartándose hacia atrás de la puerta mientras la figura levanta una mano pálida para tocar su ventanilla.

"Él está en esto", dice Mel rascando su mohawk. "Es uno de los que está en esto".

"¿Quieres hablarme sobre ello, Frankie?", dice Timmo.

"Jo", dice Abe. Esa mano pálida ahora está alrededor de una empuñadura, una tela negra áspera envuelta sobre una empuñadura blanca como el hueso, el pomo golpea contra el cristal. "¡Mierda!", dice Frankie. Abe tiene una pistola en la mano, un revólver feo y pequeño, el cañón apenas es lo bastante largo como para sobresalir del dedo nudoso enrollado alrededor del gatillo. "¡Guarda esa jodida cosa!", dice Frankie.

"Bueno, tal vez deberías salir del coche y hablar con él", dice Timmo. "Me parece que todo esto depende de ti y de ninguno de los nuestros".

"No puedes dejarme aquí", dice Frankie. Timmo se encoge de hombros. "¿Cómo diablos voy a volver?"

"Cuando lo hagas", dice Timmo, estirando la mano para agarrar las bolsas de comida del regazo de Frankie, "mejor será que vengas a hablar conmigo". El cañón del arma de Abe apunta ahora al vientre de Frankie. "Joder", dice Frankie tirando de la manija de su puerta, abriéndola con un hombro. Incluso antes de poner los pies en el pavimento, algo se desliza y se encaja dentro del coche, y

mientras se gira para cerrar la puerta, Frankie grita, "¡Hey!", y el coche se aleja con un brinco del motor, gruñendo, las luces rojas se encienden al frenar, girando a la derecha y chirriando hacia la calle. "¡Mi hamburguesa!", grita. "¡Mierda!"

"Frankie", dice Orlando con la espada en alto a su lado.

"Que te follen", dice Frankie volviéndose para alejarse. Se detiene a medio paso. La punta desnuda de la hoja descansa sobre su hombro. Él se da la vuelta, agachándose de debajo de la espada aún cuando Orlando la levanta y la aparta. "Eres su ex, Frankie. Jo Maguire. Jo Gallowglas. Sabes muchas cosas de ella, estoy seguro. Sabes a quién ama".

“¿Qué?”, dice Frankie.

"Antes", dice Orlando, "no me hubiera importado cómo fuese expulsada de la corte, siempre y cuando fuese expulsada. Pero ahora...”, se rasca la mejilla junto al parche, tirando de la piel y mostrando brevemente algo húmedo y arruinado bajo este. Levanta la espada en la otra mano. “No puedo permitir que Marfisa la mate en un duelo. Ahora no. No antes de que yo haya tenido la oportunidad de hacerle cosas terribles", acaricia la mejilla de Frankie con la parte posterior plana de la hoja. "Cosas con las que tú me ayudarás".

"¿Matar?", dice Frankie con un chillido, ojos en la espada que acaricia su rostro. "¿Duelo?"

Guisantes Verdes Crudos / sólo tres Preguntas / “Subpárrafos y mierdas” / Empañar

Guisantes verdes crudos en el fondo de una taza de té a un lado del mostrador de linóleo. Una vela roja y ancha desplomada sobre sí misma, que gotea en un charco de cera derretida, un par de fósforos de punta azul dispersos ante ella. Un fósforo ennegrecido humeando en un vaso de chupito Tlingit con un águila. Una vieja llave borrosa por el óxido, un palillo astillado, unos billetes de autobús en un tarro de plástico que dice «Lejía Limpiadora Oxígeno». Un desharrapado conejillo con una correa de cuerda mordisquea una página arrancada de una revista pornográfica. Más páginas se extienden por el linóleo, lonchas de piel como gamuza cepillada, como caramelo tostado, como plástico liso de color beige. Gasa como secado de espuma de mar, encaje como hielo podrido, vinilo negro brillante. "Sal", dice la mujer sentada en el mostrador. La correa del conejo atada a su muñeca. Ella mueve la cabeza de lado a lado y arruga la nariz. "Sudor seco". Encorvado dentro de un suéter del color de la harina, un endeble sombrero negro calado bajo sobre el pelo amarillo. Bajo el ala, sus ojos se entornan lácteamente.

"Vale", dice el hombre sentado en el taburete frente a ella. Su abrigo es largo y de color ocre. Un bombín de color marrón rojizo en una mano enguantada, la otra en un maletín marrón claro, plano en el mostrador con las hebillas desabrochadas. Un bastón de madera se apoya contra el mostrador, su mango es un halcón sólido y tosco.

"Aire del mar", dice ella, "y lejía, y ¿gelatina?”, Ese movimiento de cabeza nuevamente, molesto. “Calcetines viejos. Chips de maíz".

"Sugerente", dice. "¿Primera pregunta, entonces?", ella asiente una vez, bruscamente. "¿Cuántos años tienen?"

Ella se encoge de hombros, con el ala del sombrero hundida para

encontrarse con su hombro. “Viejo y viejo, Leo. ¿Veintidós días? ¿Veintitrés?"; en la pared, detrás de ella, una serie de pinturas, una con naves espaciales con fondo negro terciopelo adornada con luces parpadeantes, una con una brillante luz que sugiere una cascada detrás de plástico translúcido. El pequeño chirrido de su pequeño motor suena en el silencio. Él pone el bombín en el mostrador al lado del maletín. "No tiene edad para una revista", dice entonces, "no especialmente". Se quita los guantes un dedo cada vez. "Pero viejo y viejo, de hecho, por un poco de golpe".

"No dije que fuera de golpe", dice ella, tirando de la correa del conejo.

"Tampoco lo he pedido", dice, revolviendo las páginas. "Hace tres semanas, la Princesa y su tutor fueron atacados en un tren MAX que se detuvo a una cadena de distancia de donde finalmente se encontró esta bolsa".

"¿Finalmente?", dice la mujer acariciando el hocico del conejo.

"No presté atención a los detalles al principio, no me importó durante un tiempo, estuve ocupado. Cosas de Duque. Luego el Noreste fue por alguien. Luego el Noreste se distrajo y no fue difícil. Pasa a todas horas, ¿verdad?”, saca una de las páginas de la extensión. “Sólo que el Noreste tiene muchos monstruos. El Noreste no necesita hacer hombres feos y huecos a partir de esperma seco y malos sueños". En la página que tiene en la mano, una chica recostada con una chaqueta naranja apretada y una falda corta sin cremallera girada sobre su vientre, medias oscuras atadas hasta la mitad de sus finos y largos muslos, ropa interior a rayas estirada entre las rodillas abiertas. “Esto es material de magos. Cosas de brujas. Locos de sangre roja".

"Tienes tres preguntas", dice ella arrastrando al conejo hasta su regazo. "No es una conferencia".

"No soy el único que puede sumar dos y dos en esto, señorita Cheney. Por supuesto, la mayoría de ellos pensarán que *yo* encargué el golpe”, coloca la página de nuevo sobre el mostrador. “Le digo a la Reina que haga del Gallowglas un caballero, ella dice que no,

estas cosas pasan, el Gallowglas da un paso al frente. ¡Voilà! Su mano real se ve forzada. Parece bastante evidente para ojos poco sofisticados políticamente".

Parpadeando, ella dice: "Estás tratando de limpiar tu nombre".

"No tengo la menor oportunidad de esperanza de eso en el infierno", dice. "Pero te olvídas de las dos mierdas que me importa lo que diga la gente. Quiero saber qué están *haciendo*. Segunda pregunta. ¿Quién tocó esta bolsa si no fui yo? "

Ella abre la boca, la cierra de golpe. El conejo comienza a agitarse. Se inclina para dejarlo caer de su regazo. "No podría saberlo", dice ella enderezándose.

"No podrías saberlo", dice el Duque. "Bien. Hay una serie de razones por las cuales quizás no podrías. Fracasaste, por ejemplo. Esto te supera. O pudiste, pero estás bajo un geas, viola las restricciones de una promesa que le hiciste a otra persona", pone sus codos sobre el mostrador, su barbilla sobre las manos. "En el momento en que pregunto si o cuál, ahí está mi tercera pregunta. Al menos, tampoco es que pudieras o eligieras *no* haberlo hecho, empapelarlo con retórica...", él sonríe. "Casi digo: «¿verdad?»", luego, con una inclinación inquisitiva como esa. "Chico, *eso* habría sido una estupidez".

"Haga su tercera pregunta", dice ella con el ala del sombrero ocultando sus ojos y su nariz, pero no su amarga boca.

"¿Qué tienes en el bolsillo?", dice el Duque.

Ella inclina el sombrero negro hacia atrás, su mirada láctea apunta directamente a él. Echa mano a su voluminoso suéter para buscar en un bolsillo y acercarse con la mano alrededor de algo que coloca cuidadosamente sobre las páginas de color carne. Levanta la mano. Un cochecito de juguete, plateado y verde, cubierto con la débil luz de la tarde que se filtra por las altas y polvorientas ventanas detrás de él.

"El Carro", dice el Duque. "No puedo decir que me sorprenda".

"No es lo que piensas", dice la señorita Cheney.

"No he preguntado", dice colocando el chochecito de juguete a un lado, levantando las páginas, laxas y resbaladizas, muy incómodas. "Encuentro que es mejor cuando consulto a un oráculo saber lo que quiere decir al entrar. Ahorra noches de insomnio después y las quejas por las ambigüedades".

"Sabrías más", dice con la cabeza agachada de nuevo, "si hubieras hecho algo más con tu tercera pregunta. La décima palabra en la página veintitrés, sexto libro desde el final. El nombre de mi conejo. La próxima vez que veas el Bodach Glas", y el Duque dice" No lo hagas...", mientras mete las páginas en el maletín, y ella dice: "Quién ganará el duelo entre el Hacha y el Gallowglas", al tiempo que el Duque dice: "Ni siquiera intentes...", y luego se detiene, con una mano todavía sosteniendo el maletín abierto. Frunciendo el ceño, dice: "¿El qué de quién has dicho?"



"Vuelve el lunes", dice Jo mientras se cierran las puertas del ascensor. "El lunes es el jodido día". Una mano lleva un paquete largo y delgado envuelto en toallas. La otra sostiene un burrito envuelto en papel de aluminio en un tarro de papel a cuadros rojos y blancos.

"El Samani no es hasta la medianoche", dice Ysabel mordisqueando un rollo de ensalada envuelto en papel de arroz.

"Genial", dice Jo. "Mucho tiempo para una charla animada antes de levantarme y hacer que me maten".

"Tampoco es que fueras a aprender mucho en los próximos días", dice Ysabel. "¿Qué?" Las puertas del ascensor se abren y Jo sale por el pasillo alfombrado de color naranja. "Te irá *bien*", dice Ysabel, y luego. "Tienes que confiar en mí en esto".

Jo está abriendo la puerta del apartamento con el burrito en la otra mano y el bulto apoyado contra la pared. "*Yo* no tengo problemas en confiar en ti", dice abriendo la puerta. "Es mi cerebro de lagarto", mira atrás hacia Ysabel. "Se pone a pelear o huye sólo de pensarlo", al apoyar su primer pie, se resbala de repente hacia adelante y cae de espaldas.

"¿Estás bien?", dice Ysabel.

Jo se sienta, aún sosteniendo el tarro de papel, dentro de él sigue el enorme burrito envuelto en papel de aluminio. "Auh", dice ella. En el suelo, un sobre manila con una etiqueta que dice «JO MAGUIRE 407». "¿Qué coño?", dice Jo poniéndose de pie.

Ysabel pasa junto a ella entrando en la pequeña cocina del pasillo, hacia la sala principal, más allá de la mesa de café con tablero de cristal, para abrir la ventana. Se sienta en el suelo, golpea un cigarrillo contra una pitillera de oro. Todavía en la cocina, Jo está sacando del sobre un paquete de papeles, despegando la primera página con una mano y retirando la lámina que envuelve su burrito con la otra. Ysabel enciende el cigarrillo, luego se reclina para exhalar el humo por la ventana, alisando los rígidos pliegues de su falda de pana.

"Bueno", dice Jo dejando caer las páginas de su mano. "Mierda. Resulta que no eres un huésped. Resulta que eres un miembro de mi hogar. Y debido a que no les informé sobre un cambio en el tamaño de mi hogar, no tienen más remedio que revocar mi cupón de vivienda".

"No se suponía que íbamos a recibir eso", dice Ysabel. "No te preocupes por eso".

Jo la mira con las cejas levantadas. "¿Se suponía que no íbamos a recibir esto?".

"Sí, él me dijo que todavía había tiempo de sobra para detener el aviso y que no debería haber ningún inconveniente. Supongo que estaba equivocado acerca de...”

"¿Sería ese él...?", dice Jo pasando un par de páginas,"¿Tim Carroll? "

"Sí", dice Ysabel.

"¿Quién ya no es empleado en Capacidad de Gestión de Comunes Gretchen Kafoury?", dice Jo.

“Bueno”, dice Ysabel sentándose, “vale, pero dio su palabra. Y él lo escribió todo y me dio una copia. No quería preocuparte, es..."

"¿Y esa copia decía que...?", dice Jo, examinando otra página, "¿El acuerdo no debe considerarse vinculante, y luego enumera todas las cosas que violan...?", otra página y otra. “¿Subpárrafos y mierdas? Es una lista impresionante", levanta la vista del documento. "¿Qué demonios le *hiciste* a ese tipo?

"Jo", dice Ysabel, "Yo..."

“Cristo, nunca se me ocurrió que tendría que decirte que no le dijeras al jodido arrendador que vivías aquí. Nunca pensé siquiera que os *encontraríais* sin estar yo cerca. Demonios, ni siquiera imaginé que tú tuvieses la más mínima idea de *para* qué existían".

“¿Tenemos que hacerlo?”, dice Ysabel inclinándose hacia adelante, “¿Marcharnos? ¿Ahora?

"Treinta días", dice Jo volviendo a meter los documentos en el sobre. "Va a ser un día de Acción de Gracias del demonio".

"Bueno, entonces hay tiempo", dice Ysabel poniéndose en pie, tirando el cigarrillo por la ventana. "Sólo necesito, supongo, hablar con quien sea su jefe..."

“Necesitas no hacerlo, ¿de acuerdo? Tú sólo...", ambas manos sobre su cabeza empujando su cabello corto hacia atrás, " no lo hagas. ¿De acuerdo?

"Jo, puedo arreglar esto", dice Ysabel.

"¿Cómo?", dice Jo levantando las manos en el aire. ¿Le harás a otro lo que le hiciste a Carroll y que le llevó al despido? Eso fue lo que removió toda esta...", recoge el sobre,"...mierda", lo dejá caer sobre el mostrador de nuevo. "¿Es así como lo vas a arreglar?", Ysabel baja la vista, se da la vuelta con las manos inútiles a los costados. Jo dice: "O vas a pedir otro maldito deseo, ¿tal vez?", Ysabel cierra los ojos de golpe y sus manos se juntan en dos puños.



"Dile que se quede agachado", dice el hombre arrodillado en las sombras.

"Quédate agachado, Mike", dice la muy pequeña mujer junto al escritorio de metal. Con la cara gastada, las mejillas redondas y rojizas incluso a la tenue luz de la lámpara de lectura del escritorio.

"No...", un gemido del suelo en sombras, una tos burbujeante y luego "no hay problema".

"No entiendo, señor", dice la muy pequeña mujer. Una delgada cadena alrededor de su cuello sostiene un par de gafas que ella levanta y se ajusta sobre sus ojos. "¿Qué delito hemos causado?"

Algo pequeño y brillante traza un arco desde hombre arrodillado que ella atrapa torpemente al chocar en su pecho, un frasquito de vidrio, vacío, recubierto de una película de un residuo blanquecino. Las gafas caen de sus ojos. Ella se pellizca el puente de la nariz. Coloca el frasquito sobre el escritorio junto al buzón de entrada desbordado. "Te debe de quedar poco", dice el hombre arrodillado. "Envía un cubo para recoger lo que se derrame de eso", se mueve, levanta un brazo, un sonido húmedo y una mano rebana la luz de la lámpara del escritorio, un mugriente mitón de ciclista, un pesado mango dorado, una espada que brilla a la luz que apunta hacia ella antes de volver a hundirse en las sombras.

"Me imagino que vos reisteis mucho y fuerte cuando ella acudió a vos con esto", dice, "y os dijo lo que yo pensé que había planeado con ella. Pero luego fuisteis y lo vertisteis directamente en los tarros de la Reina. Todos estamos agotados estos días, aguados, débiles y agrios, esperando a un Rey que no ha venido".

"La Princesa no se ha reído se vos, el Soames", dice el hombre arrodillado. "La Princesa es *ingenua*", él sale y se levanta, su rostro se eleva hacia la luz. "Ese frasquito estaba vacío cuando lo encontré", su cabello es un mechón rubio blanco muy corto. Sobre su cuello unos auriculares azules y blancos.

"Entonces ella lo convirtió", susurra el Soames con las manos cruzadas delante de su cara.

Roland niega con la cabeza. “Se volvió malo en ella. Tuve que cortarlo".

"Vos...", su rostro se queda en blanco, la cabeza se echa hacia atrás y hacia arriba mientras sus hombros se hunden. “Podríais haberla destruido. Es muy posible que la hayáis lisiado".

"Entonces algún día habrá otra Princesa", dice Roland. ¿Pero la habrían encontrado envenenada? ¿O vuestro loco plan funcionó y ella lo puso en práctica por su cuenta?, Usurpar a la Reina es..."

"Una Reina que ha dejado morir de hambre a esta ciudad", dice el Soames súbitamente feroz.

"¿Preferís verla en llamas?", dice Roland.

Y mientras ella se hunde de nuevo de pronto. "Supongo, entonces", dice ella, "que es el exilio para las dos", levanta el frasquito de vidrio y lo gira en sus manos. Roland, en ese trozo de luz, no dice nada. "Oh", dice el Soames colocando el frasquito sobre el escritorio. "Pues claro. También tendrías que ponerle los grilletes a la Princesa. Toda traición que hayamos cometido está igualmente sobre su cabeza", ella levanta una mano y un puño frente a la boca. "Habrá un incendio, ¿verdad? Quedaremos trágicamente atrapados por las llamas. Al trabajar hasta tarde como estábamos, no hubo

nadie para escuchar nuestros gritos de socorro".

"Debo asegurarme primero", dice Roland mirando el suelo de sombras, dando un paso atrás, y otro. "Vuestro nombre es Mike Abierto, ¿verdad?", ambas manos en la empuñadura de su espada.

"Sí", dice Mike desde el suelo.

"Perdonadme, Mike Abierto", dice Roland levantando su espada sobre la cabeza.

Mike se debate. Algo salpica. Las dos manos de el Soames se levantan frente a su boca. "Que te jodan, jefe", dice Mike.

Roland baja la espada en un salvaje golpe repentino.

El Soames dice temblorosamente: "Decime, señor. ¿Iréis a quemar la casa de el Hacha y arrancarle la cabeza de los hombros a su hermano? Ella ha empañado más el nombre de la Prometida a los ojos del Rey, si es que alguna vez regresa..."

"¿Tendréis esos como vuestros últimos pensamientos, el Soames?", dice Roland enderezándose.

“No”, dice los Soames, “no” y luego, mientras él asegura ambas manos sobre la empuñadura de su espada, “Tuve un sueño anoche. Decidme, señor, ¿sois vos lo suficientemente joven como para haber dormido y soñado alguna vez?" Roland no asiente. No niega con la cabeza."Puedo recordar los tiempos cuando no necesitábamos tales cosas", dice ella. “Cuando los tengo son terriblemente vívidos, pero tan ingrávidos, tan intrascendentes; anoche, de alguna manera, volví a mi pequeña cabaña en la montaña. Pude ver los colores de los diferentes esmaltes de los azulejos en las paredes de barro con tanta claridad. Alguien me estaba sirviendo pasteles de castañas calientes a la plancha. Calentado envuelto en hojas mojadas como solíamos hacerlo, para evitar que se quemara. Una y otra vez los dejaban caer a la mesa ante mí, y yo los abría y los engullía, cada uno de ellos".

Como ella no dice nada más, Roland dice: "Levantaos al lado del

escritorio de allí, el Soames Nell. Y levantad la barbilla".

"Debería haberlo sabido", dice ella, sus palabras lo suficientemente fuertes como para ser escuchadas. "Son las cosas más blandas que puedas imaginar, sin una pizca de sal siquiera", se aleja del escritorio, con las manos a los lados y la cabeza en alto. Sin mirarlo. "Pero cómo he extrañado ese sabor".

"Mi espada es afilada y yo soy fuerte", dice Roland. "Si no os apartáis, será limpio y rápido", y levantando su espada, los brazos hacia atrás y hacia un lado, dice: "Perdonadme".

de Crema Indecisa / un Cambio de Ropas / un Infierno de Pista / el Sonido y la Luz

La oficina está pintada de color crema indecisa, lo suficientemente grande como para un escritorio y un par de sillas. Ninguno de los dos sentado. Jo está apoyada en una de las puertas cerradas, todavía con su desgastada chaqueta verde excedente del ejército. Sobre su hombro, un cartel, una foto de la Luna llena que dice «Dispara a la Luna ... Aunque falles, Aterrizarás Entre las Estrellas.» "No puedes *hacernos* esto", dice ella.

Becker se encoge de hombros con su gran camisa de franela, medio sentado en el borde del escritorio. "Tengo las manos atadas. El cliente ha retirado la encuesta antes de tiempo. Tartt está tan enojado como cualquiera de vosotros y ahora Ventas está ahí fuera luchando", mueve un pulgar sobre su hombro hacia la otra puerta cerrada detrás de él, "Porque no hay nada en la tolva hasta que Depósito de Mascotas vuelva a estar en línea en un par de semanas".

“¡Venga ya, Becker! Tienes tres personas ahí marcando como locos en este momento. Danos un par de teléfonos. Sabes que Ysabel y yo podemos acumular completas como nadie", Becker se encoge de hombros otra vez, se pasa una mano por lo poco que le queda de pelo. "¡Becker, vamos! Necesitas los números".

"Necesito gente fiable, eso es lo que necesito", dice Becker. "Tú y ella termináis temprano, no aparecéis..."

“¡Yo llamo! ¡Te aviso! "

"Juegas según las reglas, sí", dice Becker. “Y puedo darte un turno nocturno. Pero para lo comercial necesito personas en asientos que esten ahí. Quiero decir, ¿alguna vez estas consciente a las seis de la mañana?”

"Que te jodan, Becker", dice Jo. "Sabes la mierda con la que tenemos que lidiar".

"¿Sé qué ahora?", dice Becker.

"A la mierda", dice Jo desplomada contra la puerta. "No importa".

"El trabajo no es fiable, Jo. Tú lo sabes. Tuvimos una buena racha pero siempre hay tiempo de inactividad. Depósito de Mascotas es algo seguro en un par de semanas. Hasta entonces, ya sabes, solicita el desempleo, agárrate fuerte, ve a buscar otra cosa, no lo sé. No puedo decirte qué puedes hacer aquí".

"Es solo una maldita cosa más que tengo que..."

La puerta detrás de Becker se abre y una mujer asoma la cabeza coronada por un sombrero de tricornio con bordes de volantes y cintas rojas. “Arnie, necesito ese viejo archivo de BancoGanador. ¿Creo que está encima del monitor allí? "

"Claro, Donna", dice Becker, "solo un segundo".

"Oh", dice ella entrando y viendo a Jo. "Lo siento. No sabía que tenías a alguien aquí". Una blusa escotada de color rojo llamativo se desliza de ambos hombros sostenida por un corsé negro brillante. Ella señala con un pequeño machete de plástico hacia el escritorio. “En realidad, lo dejé ahí mismo. Si pudieras simplemente...", Becker levanta el archivo y se lo entrega. "Saldré de tu vista".

"Luchando, ¿eh?", dice Jo cuando la puerta se cierra.

"Fiesta de Halloween", dice Becker.

"¿Sí? ¿De qué vas tú?”

"¿No es obvio?", extiende las manos sonriendo tristemente. "Supervisor de banco telefónico".



Jo se salpica agua sobre la cara, pasa las manos mojadas por su cabello. Se queda un momento sobre el fregadero, manos apoyadas a ambos lados. "Vamos", se dice a sí misma. "Venga. Puedes hacerlo. Pase lo que pase. Hazlo.", se impulsa hacia arriba y allí está ella en el espejo sobre el lavabo. Cabello castaño corto, oscurecido por el agua, peinado hacia atrás. Ojos turbios a ambos lados de su nariz, esa nariz entre mejillas planas calentadas por grandes bombillas amarillas redondas alrededor del espejo, la boca una delgada línea plana de labios pálidos. Las cuerdas en su garganta suben, caen hacia atrás cuando ella traga. Un vestido sencillo, largo y suave, gris jaspeado, con ribetes amarillos y blancos a cada lado. El agua salpicada mancha la tela aquí y allá. Un elástico de sujetador negro asoma por un lado. Se lo vuelve a ajustar con el pulgar, recoge más agua, se salpica la cara otra vez, vuelve a peinarse y se detiene con las dos manos sobre la cabeza. "Vale", dice. "Vale". Se sacude el agua de las manos. En el suelo, junto al inodoro de acero inoxidable, la ropa enredada, un par de vaqueros, unas medias arrojadas, una camiseta sucia, una sudadera azul medio del revés, una desgastada chaqueta verde excedente del ejército. Encima de la pila, en su funda de cuero suave, la campana de la guarda de su espada está deslustrada y abollada. Ella se pone en cuclillas allí, escarba por la ropa, aparece una y luego otra de un par de Chuck Taylors diferentes, blanca y negra envuelta en una sucia cinta adhesiva. Abre una y afloja los cordones cuando se detiene, las coloca ambos junto a la espada sobre la pila de ropa. Hace una pausa para flexionar los dedos sus pies descalzos contra las amplias baldosas blancas. La uña de su dedo gordo es una cresta gris muerta.

Subiendo por una estrecha escalera de paredes altas de hormigón vertido, Jo entra en las oscura cafetería de sillas volcadas sobre las mesas, las luces sobre todo son tenues globos de cristal pálido como panales de abeja vacíos. Por todos lados las paredes son ventanas del suelo a techo, llenas más allá con una masa de pululante gente agitada que se ve a medias en la confusión de deslumbrantes reflejos y sombras en el vidrio. Más allá de un oscuro armario de cristal lleno de carteles de pasteles y rosquillas en platos vacíos, la Reina con su vestido negro está junto a un estante de CD bajo un letrero que dice «Un Pasatiempo de Nochecitas de Invierno». Su mano sobre el hombro de Ysabel, quien se inclina hacia adelante

para decirle algo, sus dos cabezas oscuras se juntan. Adornos de cartón rojo y blanco que dicen «Esperanza» y «Fe» y «Deseo» cuelgan de las cuerdas de las vigas a su alrededor. A un lado, un hombre con traje negro con las manos detrás de la espalda, inquieto entre los altos postes blancos del cuello de su camisa. Una silla ha sido puesta junto a una mesa para una anciana con un vestido brillante y una chaqueta de color rosa, rojo y blanco, su cabello blanco brillante va recogido en un moño elaboradamente trenzado. Más allá de todos ellos, la barra del barman, donde bajo la débil luz y sobre el mostrador se coloca una espada.

La vaina, lisa y negra, con una garganta de metal forjado y una capa del color de las nubes de tormenta. La empuñadura es simple y recta, envuelta en alambre opaco. Los gavilanes son limpias barras rectas casi tan anchas como la empuñadura. Alrededor de ellas, una reluciente red de hebras hiladas en gruesos nudos de acero redondos y trabajados, todos reunidos en una sola trenza que desciende a lo largo de la empuñadura para terminar en el gran peso plateado de un pomo.

"Guao", dice Jo con más un respiro que una palabra al acercarse.

Detrás del mostrador, el hombre corpulento que tensa los hombros de su suave abrigo azul dice: "Bienvenida, Gallowglas", sobre su boca, sonriendo suavemente, caen dos largos bigotes grises. "Como mi Reina ha pedido, una espada hecha a vuestra mano".

"¿Está bien?", dice Jo. “¿Mirar, quiero decir? No es como eso del novio y la novia, ¿verdad? "

"Sentíos libre", dice Pirocles. Ella toma la empuñadura con una mano, la garganta de la vaina con la otra, y saca unos quince centímetros de hoja. La superficie pulida brilla, pero por el centro, profundas olas de acero oscuro y claro persiguen su columna vertebral. "El acero fue doblado más de once veces", dice él.

"Eso es, ah, eso es bueno, ¿no?", dice Jo.

La sonrisa de él se ensancha. "Esta espada fue una vez el eje amortiguador de un Buick Skylark de 1972", dice. “El coche

pertenecía a Peabo, un viejo amigo de los mecánicos, aunque nunca fue miembro de su sindicato. Era un coche precioso, de un hermoso color rojo intenso, y su dueño se esforzó mucho para mantenerlo así.", ella envaina la espada con un susurro y una risita. "Nunca fue tan rápido como quería".

"¿Quieres decir que hiciste esto a partir de un coche?"

"De parte de un coche", dice Pirocles.

"Guao", dice Jo.

"¿No tienen los pies fríos?", dice la Reina, su vestido negro suena rozando hacia ellos.

"Majestad", dice Pirocles, agachando la cabeza, y "Madam", dice Jo.

"Gracias por vuestro arduo trabajo", dice la Reina, "es cierto que vemos una hoja fina y verdadera, el Yunque. Si quisierais marcharos. Ahora", dice ella volviéndose hacia Jo mientras Pirocles vuelve a agachar la cabeza y sale de detrás del mostrador. "Seamos claras sobre algo. Sólo se te otorgan tus espuelas extraoficialmente. En el momento en que mi hija se canse de este coqueteo y lo deje a un lado, será el momento en que ya no seréis bienvenida en esta Nuestra corte".

"No soñaría con imponerme, Madam".

"Y aún así dijisteis que sí", la Reina pone una mano sobre la vaina de la espada. "Estas decoraciones", dice ella mirando un momento los adornos. "¿Es que vosotros no sabéis qué estación es?"

"Me sorprende que hayan esperado hasta Halloween, sinceramente", dice Jo.

La Reina sonríe. "Nuestra hija te ceñirá antes ella misma con sus dos manos", dice y envuelve la vaina de laca negra con su pálida mano, levantándola. "Encuentro que ayudará a mantener los deslices al mínimo durante el colée. Cuando escuchéis las

trompetas", girándose, se marcha, espada bajo el brazo, hacia las puertas de la cafetería, donde Pirocles y el hombre del traje negro las abren. La muchedumbre se sienta y va quedando en silencio ahí afuera mientras ella atraviesa la cafetería con paredes de vidrio hasta un balcón iluminado con intensas luces blancas bajo finos estandartes, un halcón, un sabueso, una colmena.

"Te ves hermosa", dice Ysabel. El vestido de Ysabel es una escandalosa caída de ámbar y cuentas de oro sobre un breve deslizamiento de marfil. En sus manos sostiene un laxo cinturón negro.

"Tienes una extraña idea de la belleza", dice Jo levantando los brazos mientras Ysabel envuelve el cinturón sin apretar sobre sus caderas. "Las dos vamos a pasar frío".

"No hace tanto frío esta noche", dice Ysabel. "Y no llevará mucho tiempo. Te golpeará suavemente en los hombros, tres veces".

"Ya has pasado por esto". Afuera están vitoreando algo que la Reina les ha dicho.

"Les dirá a todos que recuerden tu honor y tu valentía". Jo pone los ojos en blanco ante eso, e Ysabel tira del cinturón con más fuerza, una advertencia. “Te dirá que recuerdes tus juramentos y obligaciones, y te pedirá que cumplas con la distribución y, de igual manera, que mantengas todas nuestras fiestas y juergas. Y luego te dirá que te levantes, Milady caballero.

"Y luego Marfisa me reclama".

Ysabel ajusta el ángulo del cinturón. "¿Me crees? ¿Confías en mí?
"

"¿Que todo saldrá bien?", Jo se encoge de hombros. *"Algo* tiene que salir bien hoy". Fuera, un repentino torrente de notas de trompeta, una fanfarria intesamente brillante como los focos. "Menuda señal del demonio", dice Jo.

"No perderás", dice Ysabel, las dos manos de Jo apretadas con las

suyas. “No la destruirás”.

"Vale", dice Jo asintiendo. "Vale".

"Estoy justo detrás de ti". Ella abre la puerta antes que Jo y afuera la multitud comienza a aplaudir mientras Jo cruza la cafetería con paredes de vidrio hasta el balcón bajo los estandartes. Ysabel se para y mira, manteniendo la puerta todavía abierta.

"Hola, Ys", dice una voz desde la tienda, que de otra manera estaría vacía, y ella da un brinco y deja que la puerta se cierre. No se da vuelta. Tranquila, serena y plana, dice: «Hijo de perra. ¿Dónde diablos has estado?

“El Gallowglas ha embrutecido tu lengua”, una voz profunda, áspera, se arrastra un poco. "¿Es esa forma de hablar de Madre?" Tal vez una sombra en uno de los pilares entre las deslumbrantes ventanas llenas de gente cambia algo que podría ser una cabeza, un hombro.

"Me han dejado aquí sola sin ti", dice, algo que llena sus palabras hasta que casi explotan, pero él dice "La amas, ¿verdad?" y ella se detiene. Apoya su cabeza en el cristal. "Y ella no lo sabe, ¿me equivoco?", dice él. Afuera más aplausos los agita a todos como el viento.

"Sabes lo que eso me costaría", dice ella, tranquila, serena y plana de nuevo.

"Ella", dice él con un pequeño nudo en la respiración, que podría ser una risita. "Ella es sorprendente".

"Ella es feroz", dice Ysabel. “Y tan leal y verdadera y tan...”, y ella se detiene para dejar salir el aire de sus palabras nuevamente, “hermosa”, dice, “pero mi madre me ha dicho que no seré yo quien rompa su corazón. Ella lo ha visto, me lo dijo".

“No prestes atención a lo que dice Madre”, la sombra se inclina hacia atrás, plegándose en las sombras más afiladas del pilar y la viga y el marco de la ventana. "Las próximas semanas serán

difíciles", dice, su voz se desvanece, cayendo. “Más difícil de lo que fue antes. Pero te prometo esto...”

Ella levanta la vista. Pasos hacia el pilar. No hay nada allí, nada en absoluto. Pero afuera la multitud se ha quedado quieta, inmóvil y silenciosa.

Ysabel empuja las puertas y sale por el costado de la cafetería con paredes de vidrio, el ruido de las cuentas de su vestido destaca en el silencio de la multitud, en su mirada y estiramiento para ver lo que se puede ver en la plaza debajo. Claro como una campana, la Reina dice: "Si esto es una broma, es de mal gusto".

Empujando entre las últimas personas, Ysabel sale al balcón, allí, debajo de los estandartes donde Jo está parada mirando la espada enfundada en su cinturón. Nadie mira a Jo, ni a la Reina, ni a Ysabel, aún cuando se apartan de su camino. Todos en esa multitud están inmóviles y silenciosos en el gran tramo de escalones a la derecha, las paredes bajas a ambos lados, mirando hacia la figura en el centro de la plaza adoquinada, un hombre de anchos hombros con gastados pantalones de cuero, botas polvorientas. Sus anchas correas de cuero sobre los hombros fijan un disco de bronce verde sobre su pecho desnudo. Una máscara blanca y cuadrada, pintadada toscamente con gruesas líneas negras para parecer una calavera sonriente, esconde su rostro. Una melena alta de cabello negro ondula lentamente en el aire, que de otra manera estaría quieto. Con el brazo extendido, sostiene en la mano derecha enguantada la empuñadura de una espada larga que apunta a la multitud junto a la pared baja, la misma multitud que se ha alejado de donde apunta la espada para revelar a Marfisa, de pie con su armadura de peto y falda y grebas.

Ysabel toma la mano de Jo.

Marfisa baja de la pared y saca su espada, sus sandalias golpean sobre los adoquines mientras camina hacia el hombre enmascarado quien, esperando sobre rodillas ligeramente flexionadas, tiene ahora ambas manos en la empuñadura de su espada preparada.



Él cae hacia atrás al arrancarle la espada en su mano, la espada que está enterrada a la mitad de su longitud o más atraviesa su costado en ángulo, la punta brillante irrumpe por la espalda raspando el adoquín mientras mitad del costado intenta rodar impulsándose él mismo, con su mano enguantada sobre el cuerpo por impulso. La melena alta de cabello negro sobre su máscara cae suavemente como para asentarse sobre sus hombros. Marfisa jadea, planta su sandalizado pie en el disco de bronce amarrado a su pecho y empuja el cuerpo contra los adoquines. Envuelve su mano sobre la empuñadura de su espada y la libera. Le dice algo que se pierde entre los vítores y los gritos y el estruendoso aplauso que azota a la multitud a su alrededor. Ella da un paso atrás y le ofrece su mano izquierda. Él la toma con la mano desnuda y ella lo pone de pie.

“Bien luchado, El Hacha”, avisa la Reina sin esfuerzo sobre el rugido de la multitud, acallando a todos y tranquilizándolos nuevamente. “No habíamos pensado celebrar esta investidura con un pasaje de armas. Vuestra voluntad de uníos a la carnada de este guerrero desconocido es muy encomiable. Y en cuanto a vos, señor", ningún indicio de sonrisa en su rostro. “Vuestro sentido del humor es quizá demasiado raro para una audiencia tan grande. El oficio de Cazador es anatema para nosotros... consolaos, pues, en esto: si en algún día oscuro que aún está por venir busco un caballero para cumplir ese papel, lo único que habéis conseguido esta noche es eliminar vuestro nombre de nuestra consideración". Hasta ahora, tal vez, cierta relajación en su boca, la posición de su mentón. "Cualquiera que sea ese nombre. *¡Mi ciudad!*", y ella abre los brazos como si quisiera recibirlos a todos. "Todos aquellos que llaman a estas calles su hogar. Cuando llegamos aquí hace muchos años, trajimos una luz que no había brillado hasta ese día, un color que no se había visto antes. Dijimos una palabra tácita e hicimos música donde una vez había habido sólo silencio. ¡Esta noche!”, mientras barre entre la multitud otro sonido, el susurro de las manos en los bolsillos, las bolsas de plástico en las manos, las latas de dulces y pitilleras, los frascos de pastillas y las ampollas, las cápsulas de gel

chasqueando entre los pulgares y los dedos índices, mientras las manos se levantan por encima sus cabezas relucen y brillan con una luz dorada que se acumula y llena la vacía plaza de adoquines. “¡Esta noche, Nuestro pueblo! ¡Levantad vuestra voz con la mía y mostrad a este mundo que la luz no se ha apagado!"

Y detrás de ella, Jo queda atrapada fuertemente en el abrazo de Ysabel, su mentón sobre el hombro de Ysabel dice: "No perdí". A su alrededor, las multitudes han comenzado a cantar, una vocal sin nombre que se eleva lentamente hasta que se desliza vertiginosamente, todos a la vez, en una ululación que resuena desde los edificios que se alzan sobre ellos. E Ysabel en el oído de Jo, dice: "Tampoco ella ha perdido".

Inclinándose hacia atrás en los brazos de Jo, Ysabel comienza a cantar con todos ellos, con la Reina, otra ronda de esa simple frase desde mil gargantas que llenan la plaza y las calles a su alrededor y los bloques más allá, todas brillando ahora con una brumosa luz dorada que se desplaza en rizos y remolinos como una niebla, aferrándose a las farolas y letreros de neón. Jo extiende la mano lejos de Ysabel para que una gota de ella se deslice fuera de su alcance, cayendo ligeramente y agitando la estela de su mano. Los adoquines bajo sus pies han adquirido un brillo rojizo apagado cuando la luz que cae se filtra en ellos. La hiedra se enrosca sobre los pilares ardiendo con una luz verde y amarilla. Los pilares mismos brillan como si estuvieran recién hechos, y la banda verde alrededor del letrero de la cafetería, demasiado brillante para mirarlo, suena como un insoportable y portentoso sello de una sirena sumida en tinta negra.

"¡Vamos a bailar!", grita Ysabel, y Jo comienza a reír. A su alrededor, la canción se desvanece cuando la gente baja las manos de la luz, un niño sin camisa con un traje de tres piezas, una mujer corpulenta con medias de ciclista blasonadas con gatos enojados de dibujos animados, un anciano con una chaqueta de punto y pantalones de pijama a cuadros. apoyado en el hombro de una mujer en un brillante suéter amarillo, guardando botellas y viales y estuches y bolsitas de plástico, ahuecando las manos aún brillantes como velas en el pecho, un hombre con una chaqueta de algodón color menta echa mano a un bolsillo que se convierte en una

linterna tenue, y uno por dos y por tres, giran y empiezan a marcharse.

ramas Desnudas, hojas Muertas / Lo siento, Hemos Cerrado / algo Caballeresco / cuando seamos la Reina

Ramas desnudas se agitan y chocan, hojas muertas susurran por la calle ante repentinas ráfagas de viento. Velas y luces navideñas guiñan y parpadean desde cada ventana de la ruinosa mansión blanca en la esquina. Un joven delgado abre una de las dos puertas de entrada y avanza hacia el porche, dejando escapar un estallido de música, un violín y unos fuertes tambores. Anillos brillan de sus dedos mientras él llama a alguien adentro. Su camiseta negra dice «Bobu Magurasu» en letras blancas. "Mira", dice en voz alta y luego se calla. "Creo que lo sé".

“¿Qué?”, dice la mujer que lo sigue hasta el porche. Su sarape es a rayas marrones y amarillas. En su cabeza una gorra de retales color confeti.

“¿Por qué eran tres? ¿Por qué eran solo tres?", Guthrie se acerca y susurra: "Creo que soy como tú".

"Hay una manera fácil de averiguarlo", dice ella.

Dentro de la gran sala delantera, la batería se ha instalado entre la chimenea y la barra. La cabeza del baterista suda mientras trabaja furiosamente sobre un tambor, arrojando fusiladas en el patio de armas. Un pelirrojo está arrodillado ante él meciéndose, aserrando un tema altísimo desde su violín. Detrás de él, en un taburete, un chico, que aferra una guitarra acústica de gran barriga, golpea el suelo con el pie. Una mujer de pelo corto y oscuro, una mano en el cuello de un bajo, la otra en el hombro de Marfisa, apoyada muy cerca y cantando en el mismo micrófono, "Torre del sol, pregunta... cubriente, amante... junio cálida, luna rápida... a medida que uno cambia”, Marfisa engulle una carcajada mientras tantea un pareado. Sin armadura, usa un ajustado vestido rojo bastante corto. En una mano una flauta. Una docena de personas o más se apretujan a lo largo de la pared bajo las escaleras con las

cabezas flotando, oscilando, un tocado de plumas, un gran sombrero negro, manos adornadas y manos desnudas y manos manchadas con colores arcillosos que ondean al mismo tiempo, alguien arrojando bufandas de gasa. Roland, en chándal verde con rayas blancas y plateadas, frunce el ceño cuando un chico, con una chaqueta bomber marrón y su cabello un copete enmarañado, lo empuja escaleras arriba donde Becker con su gran camisa a cuadros se sienta apoyado en Pirocles uno o dos escalones por encima de él, chaqueta azul claro, en otro lugar su pálida camisa azul desabrochada sobre una camiseta blanca. "Por supuesto que sí", dice Becker.

“¿Qué?”, dice Pirocles inclinándose sobre él, sonriendo entre bigotes colgantes.

"¡Sí!", ríe Becker reclinándose contra él. “Sí, he dicho que sí. ¡Mil veces sí!”

En la brillante cocina de color crema dental, Jo está embutida en un rincón junto a un gran cubo de basura azul rebosante de botellas vacías de color marrón y verde. Ella se abraza a su largo vestido gris y su espada alrededor de sus caderas. Ysabel ante ella, su vestido de cuentas que golpean de lado a lado, un cigarrillo entre dos dedos de la mano que envuelve su copa de vino. Con un estrépito, la banda en la gran sala principal retoma el tema, el bajo y la batería ahora se agitan bajo el violín y la flauta y, sobre ellos, toda la guitarra clara y rasgante que se pliega sobre sí misma. "¡Quiero bailar!", grita Ysabel.

"¡No me dijiste que *ella* estaría aquí!", dice Jo.

"No lo sabía", dice Ysabel agitando la copa de vino entre ellas y derramando vino tinto al suelo. "Ella no va a... Jo, no tienes nada de qué preocuparte..."

"Porque es la casa de Robin comoselllame, ¿verdad? Y nadie *nunca* se lastima en la casa de Robin". Temblando con la mano sobre la empuñadura de su espada, pasa al lado de Ysabel caminando un poco tambaleante hacia la nevera. "Necesito otra sidra".

"¿Estás...?", dice Ysabel dando una calada del cigarrillo, "¿no tienes los pies fríos?" Los pies descalzos de Jo estan sucios en el piso de cuadros blancos y negros, ella junto a la nevera sin mirar hacia atrás, levanta un dedo medio de la mano. Ysabel se encoge de hombros y apaga su cigarrillo en una botella vacía en el basurero. «72», dice la etiqueta. «Absenta Verte de Fougerolles». Ese tema vertiginoso se ha derrumbado en la gran sala delantera y de los restos de un calipso se está ensamblando de nuevo con lo que suena como un verdadero tambor de acero. Jo saca la botella del refrigerador y se da la vuelta con ella en la mano para ver a Becker allí en la puerta, mirándola boquiabierto. "Oh, hey", dice, "oh, hey, lo siento".

"No lo sientas", dice Jo, cruzando la cocina hacia él.

"No, de verdad", dice, "Hay que recordar. Lo olvido. No recordaba nada de esto, ni sobre ti, o, o... No lo recordaba, ¿puedes creerlo? "

Jo toma la botella vacía de las manos de Becker y la arroja a la basura. "No lo sientas". Le entrega su botella sin abrir. "Yo, eh, no tenía idea de que eras..."

"¿Que era qué?", dice Becker girando la tapa. Traga un poco de sidra.

"Gay", dice Jo.

"Bueno, sí", dice Becker limpiándose la boca con el dorso de la mano. Guthrie irrumpe en la cocina con una mano delante de él en la otra, y se dirige al fregadero. Abriendo el grifo, empuja la mano bajo el agua gritando "¡Oh, ay, oh!" La mujer en el sarape y la gorra de color confeti se dirige a la cocina diciendo "Querías saberlo".

"¡Me has *mordido*!", el agua corre roja de sus dedos. Becker niega con la cabeza y mira a Jo, que no está prestando atención a lo que está sucediendo en el fregadero, sino que mira hacia la gran sala delantera donde Ysabel está bailando junto al violinista pelirrojo que toca el tambor de acero en un pequeño teclado. El bajista y Marfisa cantando de nuevo en el mismo micrófono, intercambiando

versos y la-la-las, "¡Tenemos un millón de dólares en gas etílico y la reserva para una habitación!"

"Hey", dice Becker inclinándose cerca de Jo. "Como he dicho, lo siento. Veré lo que puedo hacer para que participéis en la encuesta..."

"No, no lo harás", dice Jo sin apartar la mirada de Ysabel bailando. "Olvidarás que alguna vez lo dijiste cuando llegue la mañana". Una mano en la empuñadura de su espada nuevamente. El talón de su otra mano se frota un ojo. "Voy a buscar un lugar donde acostarme. Por si ella viene a buscarme. ¿De acuerdo?

A la derecha de la puerta de la cocina, un pasillo oscuro pasa por debajo de las escaleras. Jo la baja con una mano acaricando el papel tapiz de terciopelo. En marcos llamativos cuelgan viejos libros de bolsillo de colores brillantes con títulos que dicen «Go-Go Sadisto» y «Juego Dedo» y «Las Sirenas Crueles». Más allá de una puerta cerrada pintada de blanco con un letrero que dice: «Lo sentimos, estamos cerrados», la música se disuelve en un gran vibratto atronador iluminado por estocadas de latón metálico. Fotos antiguas ahora en marcos de cristal transparente de frutas y verduras, primeros planos en blanco y negro de curvas brillantes y piel áspera y extrañas sombras huecas, más allá de una puerta cerrada pintada de blanco con un letrero que dice «Lo sentimos, estamos cerrados». Jo gira insegura, la música acelera y se avalanza a su alrededor. La cocina, unos pasos atrás, conduce por un pequeño tramo de pasillo verde-negro que se extiende sobre la oscura pared magenta. Una puerta cerrada, pintada de blanco, con un cartel.

Volviendo atrás. Fijados a las paredes, ahora restos de pergamino entintado con letras iluminadas, extrañas y carnosas criaturas que se arrastran a través de la maleza tipográfica. La puerta de al lado está entornada, un charco de luz cálida se filtra por el suelo. Una pequeña habitación llena de libros de suelo a techo en estantes de madera oscura iluminados por discretos focos. Más libros en montones más o menos ordenados sobre alfombras junto a un par de sillones y mesas estrechas que soportan el peso de más libros apilados, encuadernados en cuero y con sobrecubierta, algunos

envueltos en plástico transparente, libros de bolsillo escondidos aquí y allá y algunos libros en blanco sin rasgos en envolturas de papel marrón liso. Jo camina cuidadosamente entre los libros, los pies descalzos se hunden en la alfombra persa, se detiene para clavar los dedos de los pies con los ojos cerrados. Ante ella, el amplio y alto respaldo color sangre de buey de un sofá de cuero acolchado colocado ante el parpadeante resplandor de una chimenea. Algo crepita y explota. Ella abre los ojos, se acerca al sofá con una mano en el respaldo. El Duque está acurrucado ante el hogar con una chaqueta a rayas rojas y marrones, alimentando el fuego lentamente. "Hey, Sir Jo", dice.

"Oh", dice Jo, "yo no sabía...", dice ella volviéndose para irse mientras él dice: "Un poco ruidoso y abarrotado, ¿eh?" y luego, alcanzando su bastón, poniéndose de pie: "Oh, no, no te preocupes por eso. Siéntete libre. Es la casa de Buenamigo, ¿verdad?", levantando su largo cabello castaño lejos de su cara. "No se me ocurriría ni soñando decirle a alguien adónde ir". Ella todavía tiene una mano apoyada en el respaldo del sofá. "¿Estás bien?" Ella niega con la cabeza, rápidamente. "Vamos vamos. Siéntate. ¿Dónde está la Princesa? "

"Bailando", dice Jo pasando la mano por el sofá y rodeándolo con cautela. La espada se engancha cuando ella trata de sentarse y por un momento se queda allí parpadeando hasta que él la ayuda a sentarse con las rodillas dobladas hacia el brazo del sofá. "Lo siento, no pude llegar al colée", dice él. “He oído que hubo un combate. Tu aspecto es horrible".

"Estaré bien", dice Jo.

"Hey", dice el Duque. "Hey". Ella lo mira. "¿Dónde están tus zapatos?"

La risa de Jo es baja y temblorosa. “En el baño del Starbucks de la Plaza Pioneer. Junto con mis pantalones, mi chaqueta y mis cigarrillos y...", se ríe de nuevo, más aguda ahora, más segura, "mi *otra* maldita espada y *no* puedo volver a pasar por esto. "

"Vale", dice el Duque, y "Lo siento", dice Jo y "No, no", dice el

Duque, "no te disculpes, está bien", volviéndose para agitar los restos de leña con su bastón. < / p>
"No prentendí...", dice Jo.

"Por supuesto que no", dice el Duque. "En realidad, tengo una confesión... Vine esta noche para preguntarte algo". La férula de cobre raspa contra la chimenea. "La cena de la Reina, cuando prendí todo este engendro equivocado. Dijiste que perderías un desafío, una pelea, si eso era lo que la Princesa quería. ¿Sí?

"Lo dije", dice Jo, "pero..."

"Espera", dice el Duque agitando una mano, "esa no es la pregunta que quería hacer. Mi pregunta, y es básicamente discutible porque no perdiste, demonios, ni siquiera sucedió, pero compláceme. Este duelo que se suponía que iba a suceder esta noche. Tú y el Hacha, que está cantando como si la mantequilla no se fuese a derretir en su micrófono. ¿Vosotras dos montasteis eso para que ella y la Princesa pudieran volver a estar juntas, solo que un loco con máscara se saltó la cola y enturbió vuestro numerito? Porque, y no dejes que esto afecte a tu respuesta de ninguna manera, yo estaría jodidamente cabreado si así fuera".

"He pedido mi trabajo hoy, debido a esto", dice Jo. El Duque la mira por encima del hombro con la cara ensombrecida. "La semana pasada", dice, "supe que me van a expulsar del único apartamento que puedo pagar en el centro. Y no habría tenido que montar nada con nadie. Si ella se hubiera acercado a mí, podría haberle dicho que no.", Jo tiene la mano en la garganta de la vaina. "Joder", la otra mano en la empuñadura. "Podría haber soltado la espada y salido de allí".

Él se aleja del fuego. "Yo me hubiera puesto incandescente si hubieras hecho eso".

"Como que me importa".

Él se apoya en ese bastón, el sólido halcón en su cabeza, enjaulado entre sus dedos. "Ella quiere a la Princesa, vendrá a por ti de nuevo. ¿Esperarás a que el loco de la máscara aparezca de

nuevo? ¿Y quizá soltar la espada si no aparece? ¿Por qué esperar? Adelante. Joder, déjalo todo ahora mismo".

"No estás escuchando", dice Jo. "He perdido mi trabajo. He perdido mi casa. Todo por esta promesa que hice y que voy a cumplir. Y si el Hacha o alguien, o tú, se me acerca y me dice que no puedo hacer esto, que no soy jodidamente digna...", ella mira hacia abajo y luego hacia él. "Os cortaré y os veré caer en polvo".

"Vale", dice él, y luego golpea el bastón una vez contra el suelo. "Bien", dice. "Bien".

"Bien", dice Jo rotundamente. "¿Esto está bien?".

“Está bien que lo sepas. Bien que puedas decirlo", apoya el bastón en el sofá. "Está bien que te asuste", se está desabrochando la chaqueta. Ella relaja la mano sobre la empuñadura que no suelta. "Sí", dice ella. Una respiración aguda por la nariz. "Bien".

"Toma", dice el Duque. "Siéntate derecha". Jo no lo hace mientras él se quita la chaqueta por los brazos. “Parece que tienes frío. Intento hacer algo caballeresco aquí”, ella levanta la mano, toma su chaqueta y se cubre los hombros. Se desliza más cerca del respaldo metiendo los pies debajo de la chaqueta mientras él se da la vuelta para sentarse pesadamente a su lado. Haciendo una mueca, él se frota el muslo. "Hay aspectos", dice, "ventajas de la caballería, las cuales no creo que hayas tenido en cuenta. Junto con las importantes responsabilidades. Fuiste nombrada caballero con estandarte, que es el modo que tiene la Reina de joder a su hija, manteniéndote fuera de la distribución. Como no tienes patrón y nadie está obligado a darte medhu, no hay nada que yo pueda hacer al respecto. Pero puedo...", mete la mano en el bolsillo de su chaleco, "darte esto", saca una tarjeta de crédito dorada. "Adelante. Tómala".

Con cautela, ella lo hace. "Esto", dice ella, "ese es mi nombre completo", dándole la vuelta en la mano. "Y mi firma".

"No funcionaría de otra manera", dice el Duque. "Y hay un encantador lema..."

"Jo lo hará bien", dice Jo dando la vuelta a la tarjeta de nuevo. "Esto es en serio, ¿no?"

"Ciertamente", dice el Duque.

"¿Banco de Trebizond?", dice ella tropezando con una pequeña risa sin aliento.

"Yo no compraría un automóvil con ella", dice él. "Pero en cuanto a lo demás... Y nunca verás una factura".

"No sé... no sé qué decir", dice Jo. "Quiero decir, gracias, sí, claro, muchas gracias, pero yo..."

"Complicados, ¿no es así?", dice el Duque. “Estos nuevos problemas que de repente te abruman. Que te preocupan ahora. Sin embargo, llenan tus días. ¡Ah!", levantando un dedo. “El apartamento que aún podrías perder. Esa tarjeta no ayudará mucho con eso, pero yo podría hablar con el propietario", sonríe. “Algunas personas dicen que puedo ser persuasivo. No lo consideras un amigo, ¿verdad?”, Jo se ríe. "Guárdala, no la pierdas. Obviamente. Pero quiero echar un vistazo a tu espada", Jo mete la tarjeta en su sostén, luego desengancha la vaina de su cinturón. "Sácala", dice el Duque. "Confío en ti".

Tira de la espada para liberarla con un roce limpio y silencioso de acero contra cuero y metal. La hoja suena débilmente, silenciosa mientras la gira y la sostiene en el aire antes de que la luz del fuego lama las espirales oscuras en el centro de su brillo pulido. "¿Puedo?", dice el Duque tendiéndole la mano.

"Vale", dice Jo entregándole la empuñadura. "Confío en ti".

Él inclina la hoja hacia abajo y luego la vuelve a subir. "Bien", dice. Inclina la hoja lejos de ella, colocándola plana contra su otro brazo, inclinándose para mirar a lo largo del filo. Jo le observa con una sonrisa burlona. "El Yunque es un buen herrero", dice el Duque levantándola de nuevo e inclinándola hacia el otro lado sobre su regazo, apoyada el brazo del sofá. "La ha firmado, aquí", señala a un

pequeño y burdo sello estampado en el grosor de la hoja por encima de los quillones, una simple forma de bloque con un cuerno a un lado, la sugerencia de un pie. "Si alguna vez descubres tu estandarte, él puede estamparlo aquí", gira la hoja, "márcala como tuya. ¿Qué es tan gracioso?"

Jo está sonriendo ampliamente, negando con la cabeza. "Tú".

"¿Moi?", el Duque retrocede con la mano en el pecho.

“Tú. Eres todo un pieza, ¿lo sabes? Pusiste a tus matones sobre nosotros, Sobornaste a mi ex novio para un numerito que pudo haberlo matado, me arrastraste a la caza de un maldito jabalí que podría haberme matado a *mí*, me insultaste, me fastidiaste y crees que dándome una tarjeta dorada y tal vez llamando a la Autoridad de Vivienda por mí, significa que todavía tienes una oportunidad".

El Duque, que sigue sonriendo, se lame los labios y suelta una risita tranquila. "No", dice, "no, lo divertido es esto. Lo gracioso es que tú mataste a Tommy Cabezacuero. En primer lugar, soltaste al jabalí y casi me matas a *mí* buscándolo y me rompiste la jodida pierna. Me hiciste perder a la Daga y a el Yelmo y cuando te busco siendo tú un caballero recién bautizado, miembro de la fraternidad, escupes en mi obsequios y amenazas mi vida y aún así, de alguna manera, eres tú quien piensa que tienes una oportunidad".

Hombro a hombro, ninguno de los dos no sonríe. Jo se inclina un poco más cerca. El Duque levanta la cabeza. Jo frunce el ceño un poco encima de su sonrisa y está a punto de decir algo cuando decide cerrar los ojos para un beso rápido y suave. "Ja", dice ella con su nariz junto a la de él. "Supongo que sí".

"Qué coincidencia", dice el Duque. Se besan de nuevo.



"¡Basta!", ruge ella con la espada de Roland en la mano, el público

en la gran sala se desploma con gritos y alaridos que van desde el baile a la carrera y al agacharse. La banda tartamudea mientras que el baterista y el bajista y el violinista siguen cantando "Cuando seamos Reina", sus duu-duu didel uu-duus caen en el tenso y repentino silencio jadeante. Marfisa baja el silbido enlatado de sus labios mirando a Roland mirarla a ella. "Basta", dice ella.

Ysabel lo agarra del brazo y lo empuja hacia un lado y él tira de ella pero no la empuja. "¡Por favor!", dice ella. "¡el Carro! ¡Guárdadla!”

"Esta locura suya debe detenerse", dice él bajando su espada. Ella suelta su brazo. Marfisa está quieta, sus brazos a los costados silbato laxo en una mano. "Si su hermano estuviera aquí", dice Roland.

"No lo está", dice el hombre bajito, todo de negro, empujando a través de la audiencia. "¿Es ahora de hacer vuestro numerito en la fiesta, señor?", su barba oscura recortada cuidadosamente es un susurro de rizos justo tras del rastrojo a lo largo de la línea de su mandíbula. "Guardad vuestra espada".

"Cantan traición, Buenamigo..."

"Esta es una casa libre, señor", dice el hombre bajito, todo de negro. La banda se mira de un lado a otro bruscamente, excepto Marfisa, que no aparta la vista de Roland. “Todos pueden hablar libremente aquí. Y ningún metal se blandirá con ira. Aqui no. No lo aceptaré".

"Es un insulto", dice Roland. Ysabel a su lado niega con la cabeza. "A la Reina, a la Princesa..."

"No deseo volver a pedirlo, señor", dice Robin Buenamigo levantando las manos con las palmas de las manos hacia abajo en un gesto apaciguador. La uña de un dedo meñique es una cosa negra larga y rizada. "No en mi propia casa".

Roland está girando la hoja hacia atrás, levantando la empuñadura con un suspiro cuando Marfisa comienza a cantar en voz alta y ronca por la adrenalina, "Habrá más baile y menos

preocupación", y la cara de Roland gira la espada hacia arriba y hacia afuera de nuevo, y Marfisa está cantando "más cantar y menos prisa" , mientras Ysabel grita "¡No!" y se interpone entre ellos cuando un hombre con una chaqueta de franela gris llama "¡Princesa!" y una mujer con un encaje blanco irregular se cubre las manos antes de gritar y el bajista levanta su guitarra delante del cuerpo de Ysabel y un hombre sin camisa se da vuelta y empuja hacia atrás entre la multitud y otro hombre, y otro, y una mujer y otros más sobre sus talones hacia la puerta principal que se abre ante ellos y Roland detiene su ataque Justo antes de tocar la garganta de Ysabel, el rostro de Roland afligido. Marfisa termina con una voz de canto, "pero todo se hará a tiempo, cuando seamos Reina".

"Princesa", dice Roland y su mano está vacía ahora.

"Estúpido, estúpido idiota", dice ella. "Sólo es una canción".

"¿Lo es?", dice Marfisa detrás de ella. Ysabel se da vuelta. ¿Eso es todo, Princesa? ¿Sólo una canción?”

"¡Solo estás cantando una canción!", dice Ysabel. "Para llamarlo *traición*..."

"Es sólo una canción", dice Marfisa, “Entonces estas deben de ser sólo palabras, "Este pan que has hecho para mí".

Y bajo sus rizos negros salvajes, la cara de Ysabel de repente empalidece. "No", dice ella, su voz bastante pequeña y lejana. "No".

"¡El pan que has hecho para mí!", grita Marfisa, y la multitud se ha quedado quieta y silenciosa en esa habitación. “Lo escupo. ¿Por qué no debería hacerlo? "

"¿Porque te pido que no lo hagas?", dice Robin, pero Marfisa dice: "No es la canción, no es la canción en absoluto. Soy yo. Soy el insulto que no se puede soportar. Esta sal que me has dado".

"Marfisa, por favor", dice Ysabel, y "¡Eso no es cierto!", grita Roland.

"¡La derramo y la muelo en el polvo!", dice Marfisa. Ysabel la agarra por los hombros. "¡Por favor!", grita ella. "¡Pedí un deseo!"

"¿Lo hiciste?", dice Marfisa en voz baja. Detrás de ella, el baterista se ha ido, el taburete detrás de la batería está volcado en el suelo. El chico y el bajista a cada lado de ella miran guitarras sin palabras colgando inútiles a sus costados. "¿Deseaste que ganara el duelo? ¿Deseaste que pudiéramos estar juntas de nuevo? "

Ysabel está negando lentamente la cabeza. "Deseé", dice ella, "que no te lastimaras". Y luego dice: "Ninguna de vosotras".

"Ninguna de nosotras", dice Marfisa, y toma las manos de Ysabel de sus hombros y las sostiene un momento. "Bueno, no estoy herida", dice y besa los dedos de Ysabel. "Y ella ni siquiera está aquí. Esta lámpara que has encendido para mí".

"mientras me amas", dice Ysabel.

"La sofoco", dice Marfisa, "y se desvanece y se oscurece".

Se aleja de Ysabel y luego levanta las manos juntas en el aire, separándolas con la mano derecha sobre la empuñadura de su espada, la mano izquierda cayendo hacia su punta mientras la gira una vez para cambiar su agarre con ambas manos sobre la empuñadura, ahora la hoja gira y señala hacia abajo. Ella la clava con una gran grieta y un destello de luz hacia el suelo de la gran sala delantera.

"Ahí", dice ella un poco temblorosa, el humo flotando de su espada clavada en posición vertical a través de una marca negra chamuscada. "He terminado. Con todos vosotros".

Y pasa junto a Ysabel alejándose de la banda y más allá de Roland y más allá de Robin con la cabeza entre las manos y más allá de la multitud que retrocede y se aleja mientras ella los pasa hasta la puerta principal abierta y la cruza hacia la noche.

“¿Qué estabas pensando?”

"¿Qué estabas pensando?", dice Ysabel.

Ysabel se encuentra en la acera con los brazos en jarras, la cara oculta en las sombras bajo las farolas. Una neblina fina que no llega a llover se filtra lentamente del aire para iluminar el pavimento y los coches estacionados a ambos lados de la calle. Jo todavía descalza con su largo vestido gris, la espada envainada en su mano, baja los escalones desde el porche de la ruinosa mansión blanca en la esquina, las ventanas tras ella iluminadas con velas y luces de Navidad. "Estaba pensando", dice Jo, "en tomar un taxi. He cogido prestado un teléfono del baterista. Quiero decir, aún cuando estuviera lista para caminar a casa de esta manera, tú no lo estarías con esos tacones".

Con su vestido con cuentas traqueteando, Ysabel cruza los brazos mientras Jo llega a la acera. "¿Cómo vamos a pagar un taxi?", dice ella.

"Se supone que esa frase es mía", dice Jo sosteniendo la tarjeta de crédito dorada. "Así que tal vez copie la tuya y diga que no te preocupes por eso".

"¿De dónde has sacado eso?", dice Ysabel tomando la tarjeta lentamente de la mano de Jo y girándola una y otra vez.

“El Duque me la dio. Dijo que era uno de los..."

“¿El Duque?”, dice Ysabel bruscamente. ¿El Halcón ha estado aquí? ¿Esta noche?”

"Sí", dice Jo. "Estuve hablando con él en la biblioteca. Supongo que era donde yo estaba cuando sucedió todo el asunto, lo cual, quiero decir, lo siento, pero..."

"Esto es un gran problema", dice Ysabel. Ella no está mirando la tarjeta. Mira a través de la intersección hacia una casa verde oscura

en la esquina opuesta detrás de un bajo muro de piedra.

Jo se abraza con fuerza, tiritando un poco. "Sí", dice y deja escapar una risa temblorosa. “Si funciona como él dice, realmente lo cambia *todo*. Tomaremos muchos más taxis, ¿sabes?"

"Podríamos", dice Ysabel tendiéndole la tarjeta a Jo. "¿Te lo follaste por esto?"

Jo no toma la tarjeta, sus manos todavía están apretando los brazos desnudos. "Me la dio porque ahora soy un caballero", dice ella, la voz contenida tensamente, su aliento una nube húmeda ante el rostro.

"Maravilloso", dice Ysabel dejando que la tarjeta caiga a la acera. "¿Te lo follaste porque ahora eres un caballero?"

"Qué demonios", espeta Jo agachándose para recoger la tarjeta.

"No me digas que no es asunto mío, Gallowglas", Ysabel agarra el brazo de Jo y tira hacia arriba para encarala. "El Duque se sentaría en el Trono Vacío", Jo sacude el brazo para liberarlo. "Si sobrevive, él será el Rey. Me tendrá como su Prometida. Enviará a mi madre al convento Gammer, o algo peor".

Jo no dice nada, dedos curvados alrededor de esa tarjeta dorada.

“¿Le amas?”, dice Ysabel.

La risa de Jo es corta y plana. "No. No seas..."

"¿Me amas?"

Jo tirita. Se envuelve a sí misma con los brazos. "Tú, tú no...", dice ella, "tú dijiste...", y luego respira hondo por la nariz. Cierra los ojos. "Pensé que lo entendías", dice en voz baja y tranquila, y luego abre los ojos. "No de esa forma. Ysabel, lo siento, yo no soy... ¡Ysabel! "

Ysabel está cayendo, hundiéndose muy lentamente de rodillas allí

en la acera mientras que con fuertes y fríos repiqueteos, grandes gotas de lluvia comienzan a salpicar sobre ellas. Jo se arrodilla allí junto a Ysabel, que está apoyada sobre las manos y rodillas diciéndose a sí misma "Más difícil que como era antes", y luego, mirando a Jo con vacíos ojos oscuros, se mece hacia atrás y dice: "Ahí", su pelo se ha aplanado por la densa lluvia. "Así de sencillo", dice. "Eres suya. Y ahora soy tuya".

“¿Qué?”, dice Jo Maguire.

Coda 9

Aquí puedes evitar que tus brazos se oxiden,
Puede respirar bien tu caballo de guerra;
Rara vez ha pasado una semana sin justa
O hazaña de armas ocurrida:
Los escoceses pueden frenar un corcel armado;
Y aman empuñar una lanza;
¡San Jorge! vida tan agitada conducen
Que tienen tales vecinos cerca.

—Walter Scott

* * *

NdT: No he encontrado traducción a español (que pueda publicar aquí) de este extracto de *Marmion: A Tale of Flodden Field* (Marmion: una Historia del Campo de Flodden) del Canto I: El Castillo, Poema XIII. Publicado por Walter Scott en 1808. Perdón por cualquier incorrección. Incluyo del extracto original:

Here may you keep your arms from rust,
May breathe your war-horse well;
Seldom hath pass'd a week but giust
Or feat of arms befell:
The Scots can rein a mettled steed;
And love to couch a spear:-
Saint George! a stirring life they lead,
That have such neighbours near.

Marmion: A Tale of Flodden Field es un romance histórico en verso que concluye con la Batalla de Flodden de 1513.

El poema cuenta cómo Lord Marmion, un favorito de Enrique VIII de Inglaterra, desea a Clara de Clare, una mujer rica. Él y su amante, Constance De Beverley, falsifican una carta que implica al prometido de Clara, Sir Ralph De Wilton, en una traición. Constance, una monja deshonesta, espera que su ayuda restablezca

su amor con Marmion. Cuando De Wilton pierde el duelo que él reclama para defender su honor contra Marmion, se ve obligado a exiliarse. Clara se retira a un convento en lugar de arriesgar las atenciones de Marmion.

Las esperanzas de Constance de una reconciliación con Marmion se desvanecen cuando él la abandona; ella termina siendo emparedada viva en el convento de Lindisfarne por romper sus votos. Ella se venga dando a la abadesa, que es uno de sus tres jueces, documentos que prueban la inocencia de De Wilton. De Wilton, que ha regresado disfrazado de peregrino, sigue a Marmion hasta Edimburgo, donde se encuentra con la abadesa, quien le entrega los documentos exonerantes. Cuando al anfitrión de Marmion, el Conde de Angus, se le muestran los documentos, arma a De Wilton y lo acepta nuevamente como caballero. Los planes de venganza de De Wilton se ven frustrados en la Batalla de Flodden. Marmion muere en el campo de batalla, mientras que De Wilton muestra heroísmo, recupera su honor, sus tierras y se casa con Clara.

—**Fuente**: Wikipedia.

N° 10: Vigilancia

Silbando sin melodía / arriba de esa Colina

Silbando sin melodía, cruza la calle, las manos en los bolsillos de su chaqueta negra de cuero. Trotando los últimos pasos antes de que la luz cambie su oscilante pelo de color rosa anaranjado. El cielo arriba es oscuro y sin estrellas, nublado y bajo allí donde no se pierde en el resplandor de la farola. El pequeño estacionamiento de la esquina está lleno de media docena de carritos de compra hombro con hombro con letreros que dicen «El Brasero» y «Campeón Patata» y «Empanadas Fritas Whiffies». Él se aprieta entre un par de tubos de cableado eléctrico y agua envueltos en espuma aislante y toca la puerta trasera de un carromato plateado adornado con púrpura, verde y oro. El carromato se tambalea. "Vete a la mierda", llama alguien desde adentro. Él llama de nuevo. La puerta se abre lo suficiente como para que un hombre se asome. "Son las cinco en punto en el jodido...", dice. "Jesús, Ray". Envuelto en un abrigo de pana marrón sin forma. Mechón de barba inclinado hacia un lado de su barbilla. "No hay desayuno. Lo sabes".

"Como si pudiera pagar si lo hicieras".

"No hago caridad tampoco", dice el hombre del abrigo de pana.

"Relájate". El hombre de la chaqueta negra de cuero saca la otra mano del bolsillo. "Solo necesito un poco de agua y un cazo". Sostiene tres huevos todavía moteados con trozos de plumas y guano de pollo.

Tres huevos en agua burbujeante en un cazo rojo sobre un fogón de propano azul brillante junto a la gran plancha vacía. Ray, con su chaqueta negra de cuero, se apoya en una pared llena de listas y recetas garabateadas en fichas, menús sucios, una foto del hombre del abrigo de pana con una camisa de bolos y gafas oscuras, sonriendo con el pulgar hacia arriba junto al carromato iluminado

por el sol. Está ocupado con la estrecha boca vertiendo café de un termo naranja en tazas de papel blanco. Se inclina para entregarle una, el vapor ondula en la intensa luz de la lámpara eléctrica que cuelga sobre la plancha. "Oh, hey", dice Ray. "Gracias".

"Soy un hijo de perra tacaño y un bastardo egoísta", dice el hombre del abrigo de pana. "No soy inhumano".

Ray toma un sorbo de café, lo pone en la plancha y saca una botella de vidrio verde de su chaqueta. Vierte una ronda de algo incoloro en la taza.

"Jesús, Ray", dice el hombre del abrigo de pana.

"Ninguno de nosotros ha dormido aún", dice Ray, "así que pasa de lejos del mediodía". Toma otro sorbo, más lento. “Y las esencias de enebro y cilantro realmente resaltan las notas florales de un buen licor arábigo. ¿Cómo va el negocio? "

"No me puedo quejar", dice el hombre del abrigo de pana, bostezando inmensamente. “Los borrachos necesitan sus almidones fritos, pero maldición. Me quedo horas limpiando hasta las grietas del jodido infierno. ¿Y Tú?

"Ah, ya sabes", dice Ray. Quita el cazo burbujeante del ojo encendido, lo coloca en la plancha y cierra la tapa. “No hay trabajo. No hay perspectivas. Robando huevos del gallinero trasero de alguien. Sin embargo, todavía no he pateado a un gato. Así que todavía estoy lejos de caer".

Ray deja el carromato con una bolsa de papel marrón y una taza blanca cubierta. Corre a través de la calle vacía frente a la luz y corre más rápido a través de la intersección con el semáforo en luz amarilla, avisando a un autobús que baja pesadamente por la calle oscura hacia la esquina. Saca una tira de papeles, bonos de autobus en rojos, naranjas y verdes apagados, y los revisa a una mano hasta que encuentra uno corto, de color amarillo grisáceo. El autobús resopla al detenerse y él se lo muestra al conductor, luego se dirige a la parte de atrás, más allá de los otros únicos pasajeros: un hombre con un esmoquin azul claro, el cuello abierto, la pajarita

desabrochada y una figura anónima en un voluminoso parka negro y una gorro verde de redecilla que dice PC-815 delante.

El autobús avanza lentamente pasando apartamentos y restaurantes, una ferretería y una tienda de vinos, una panadería, una tienda de cómics, un mercado de tiendas de campaña y una mujer que saca carteles que dicen «Abierto», «Naranjas de Sangre», «Dos Noventa y Nueve». Coronando la colina, una funeraria tras un majestuoso patio de césped. Por el otro lado, la calle cae a través de bloques cada vez más densos de edificios de dos y tres plantas que lindan con las aceras iluminadas a través de un aluvión de cables eléctricos y telefónicos. Los semáforos hacen clic y cambian sobre intersecciones vacías. A treinta bloques i así de distancia, la calle sube de nuevo hasta el porche con columnas de una gran casa amarilla, sus ventanas oscuras en el regazo de una colina sombreada de árboles mucho más grandes. Detrás de todo eso, luces naranjas se filtran por las grietas en el suave techo gris de nubes.

Alguien tira del cable y el autobús se detiene frente a una oscura sala de cine con un gran cartel que dice «Bagdad» en letras ornamentadas. El hombre del esmoquin se levanta y, con cuidado, pasa las manos en el respaldo de los asientos para abrirse camino. «Volver a Casa de Morgan Stewart», dice la marquesina apagada. «Aventuras en Babysitti». «Barbarella 1100».

A diez bloques o así de la gran casa amarilla en la colina, el autobús sale a la calle y Ray tira del cable. Se baja en una parada en la esquina de un estacionamiento vacío. El letrero de arriba dice F.O.E. Portland Este Ærie N° 3256. Sus pasos resuenan al seguir de nuevo por la calle y continúar por la última de los bloques de dos plantas. Un barman está colocando un letrero que dice «Albina Press». Unos bloques arriba de casas de una y dos plantas ahora, todavía oscuras detrás de setos, bajo árboles esqueléticos. Cuando la empinada calle llega a esa gran casa amarilla con su porche con columnas y un letrero al frente que dice «Seminario Occidental», la rodea y sube y sube entre más casas oscuras hasta que finalmente termina en una gran berma de hierba con grandes bloques a ambos lados. Ray sube por un estrecho tramo de agrietadas escaleras de hormigón hasta un bajo muro de piedra coronado por una verja de hierro forjado con puntas de flecha. Más allá de la verja, bajo el

zumbido de las farolas, un enorme depósito abierto lleno de agua negra hasta la mitad, que no ha sido tocado por el resplandor naranja que todavía amenaza en algún lugar detrás de la colina. Al otro lado del embalse, una casa almenada de bombas de agua como una torre sin su castillo. Más allá, la colina sigue subiendo, las casas que quedan ahora con árboles oscuros enraizados en sombras negras por todas partes. Otro tramo de escaleras de hormigón mucho más largo y más empinado que el anterior. Ray drena su taza de café de papel y la arroja a la basura. Bolsa de papel en la mano, con los hombros encorvados, la cabeza baja, comienza ese segundo vuelo, disminuyendo en velocidad y resoplando mientras se acerca a la cima. Hay otro bajo muro de piedra, otra verja de hierro forjado, otra casa almenada de bombas, ovalada en lugar de cuadrada. Otro vasto depósito de tinta. Ray se agacha en la parte superior de los escalones, con las manos sobre las rodillas y el cabello cayendo sobre los ojos. El zumbido de las farolas se apaga y él queda solo en la penumbra, su respiración es pesada y áspera en el silencio. Se endereza, gira y mira hacia atrás.

Más allá de la vertiginosa caída de escalones, más allá del embalse cuadrado bajo los árboles y las casas, la calle se aleja de los semáforos que parpadean de amarillo a rojo, flanqueados a cada lado por más calles, más bloques que disponen el suave ruido de la tierra con farolas y las luces del porche, los escaparates y los letreros, la cuadrícula de líneas rectas, a su vez apaciguada por racimos oscuros y matorrales de árboles, todo ello rodeado de una baja cresta a unos treinta bloques de distancia. Más allá de esa cresta, la niebla se alza más liviana que las nubes de arriba, el río invisible entre corchetes al Norte y al Sur junto al gran arco de un puente, el barrido de otro, los coches tan lejos sólo arrastran luces blancas y luces rojas. Más allá de esa cortina ondulada, las torres del centro de la ciudad y miles de ventanas llenas de una luz incierta, azul amarillento sin una pizca de verde, y las esquinas, bordes y marcos de esas ventanas captan, todas vacilantes, chispas de naranja.

Ray se sienta en el escalón superior y saca tres huevos de la bolsa de papel. Gira uno entre su rodilla y la palma de su mano, aplasta la cáscara y la despega observando la ciudad antes de caer la luz del día. La luz en todo ese vidrio se reafirma en un blanco suavemente

grisáceo, un poco más brillante que las nubes iluminadas de arriba, todavía tocado con los brotes azul y amarillo sobre los bordes y las esquinas naranjas ardientes. Se come el huevo y comienza a pelar un segundo. Una de las torres se encuentra sola, lejos de las otras hacia el Norte, con su vidrio ámbar rojizo enmarcado por una piedra oscura rosa aún tenue, intacta por el rayo de día. Excavando en sus bolsillos, Ray saca un paquete de papel que dice «Sal» y lo abre, vertiéndolo en una pila sobre su palma, rociando una pizca sobre el huevo pelado. Esa torre solitaria brilla y, de repente, cada panel de vidrio del edificio se enciende con una luz naranja ardiente que crece y se extiende mientras él se lleva el huevo a la boca y en algún lugar detrás de él, las nubes se abren y la luz de la mañana cae sobre la ciudad. Una oleada que lava todas esas pequeñas luces en la calle y subiendo por la cresta, la niebla entre los puentes se hace jirones, derritiéndose, la luz nublada llena esas miles y miles de ventanas en las torres apagadas en naranja, amarillo y rojo. Y el cristal de la torre solitaria se llena de todos esos colores y más, dorados y rosas, púrpuras, blancos perlados, incluso líneas limpias y puras de los verdes y azules que sólo brillan al amanecer y al atardecer, y su piedra rosa oscuro brilla ahora mientras detrás de él se pone el sol y se levanta la mañana. Él se pone de pie con una mano protegiéndose los ojos de la gloria.

"Lo sabía", dice. Se ríe y gira una vez en el escalón superior. "¡*Lo sabía*!" Retrocediendo un par de pasos a medio bailar, dejando caer un hombro y levantando el brazo y girando una y otra vez y arroja el tercer huevo hacia la colina, hacia la torre en llamas, hacia esa estruendosa salida del sol recortada en las oscuras colinas del otro lado del río. El huevo gira fuera su mano, una pequeña sombra perdida en todo ese fulgor y nunca vuelve a bajar.

Luz solar suavemente / casi unas Vacaciones / Fennel y Sorghum / Todo en su Poder

La luz del sol se desplaza suavemente por los tragaluces del pálido atrio, aunque más brillante y más blanco que los apliques que calientan las sombras sobre las paredes exteriores. Puertas de madera debajo de un letrero que dice «Cámaras del Consejo» se abren y entra un robot, un hombre con un traje de robot hecho de escamas de plástico azul y gris, articuladas alrededor de las rodillas y los codos, una rejilla gris como máscara en su casco azul. Una mujer con un sombrero de ala ancha y un traje de baño a rayas en blanco y negro lo lleva del brazo, sonríe coquetamente en un espejo de mano cuando alguien hace una foto, luego guarda el espejo y extiende el brazo hacia un chubasquero verde ofrecido por un hombre con un traje de franela gris y un elaborado tocado rojo y morado. Un calvo con chaleco blanco se apoya en un bate de cricket hablando animadamente a un hombre con una camisa a rayas rojas con cuello y puños blancos. Flash y Flash de nuevo, más fotos. Un chico pequeño con traje y fina corbata negros se separa de la multitud y se dirige hacia una oficina al otro lado del atrio. El cabello que tiene es gris, lacio, aglomerado alrededor de sus orejas luchando por lanzar un rizo entre su frente y la parte superior de su cráneo. Se quita las gafas de sol, con cuidado de la pluma de búho atada a un lado. Mira amargamente al hombre de camisa a rayas rojas que caminaba hacia él. "¿Qué diablos ha sido eso?", dice el pequeño guardando sus gafas de sol en el bolsillo de la chaqueta.

"Mes de los cómics", dice el hombre de camisa a rayas rojas. Su corbata es muy roja como las rayas. "Hacen obras de caridad". Detrás de él, el hombre del traje de robot aparece arrastrando los pies para entrar en un ascensor.

"Lo cual lo significa todo para mí", dice el pequeño. “Y tiene mucho que ver con los apartamentos frente al río”.

"Los horarios cambian", dice el hombre de la camisa a rayas rojas.

"No eres exactamente la gente más fácil de contactar". Inclinando su muñeca para mirar su reloj, pesado y dorado.

"Necesito un teléfono", dice el pequeño, y el hombre de la camisa a rayas rojas saca uno de su bolsillo y lo abre. El pequeño lo mira fijamente. "Algo seguro", dice. "Un maldito teléfono fijo". Señala hacia la puerta de la oficina.

"No puedes entrar ahí", dice el hombre de la camisa a rayas rojas.

"Claro que puedo", dice el pequeño.

Se sienta en una silla giratoria con las puntas de las alas negras y gastadas cruzadas sobre el escritorio, con el teléfono en alto frente a la cara, el auricular delante la frente y diciendo: "Completo. Maldito. Inútil", lleva las gafas de sol otra vez. "La próxima reunión es el martes", gira el auricular, colocándolo entre la oreja y el hombro, "pero será mejor que lo saquemos de nuestro maldito plato antes. Estamos muy presionados. De nuevo. Él tene que entender...", se inclina hacia adelante para cepillar algo de su zapato. El hombre de la camisa a rayas rojas lo mira a través del cristal de la puerta. "Él tiene que resolverlo, si nos sigue distrayendo así, el trabajo va a sufrir. Y *sabemos* quién está jodiendo con los apartamentos del Suroeste, quiero decir, *venga ya*...", se inclina más en la silla. "Lo que sea. Lo que sea. Claro, claro, claro. Perderé el tiempo haciendo las cosas triviales de este trabajo pesado en el que soy *tan* bueno y seguiré haciendo lo que él dice y tú corre detrás de nuestros objetivos por tu cuenta en otra juerga de compras interminables en el Derrochador o lo que sea. Sí. Todo un jodido plan", golpea la base con el teléfono. "Mierda", dice quitándose las gafas de sol, se hunde los ojos con los dedos y el pulgar. "Necesitamos un maldito día libre".



"Cuéntalos de nuevo", dice el hombre con el mono verde sin forma. Está mirando al suelo y sus manos están apretadas en

temblorosos puños de bordes blancos.

"Mira las papeletas, Tom", dice el hombre con el mono marrón. En la mesa plegable debajo de una pancarta de fieltro de un arcoíris y una paloma, junto al termo de café y un plato lleno de rosquillas, tres pilas de trozos de papel rasgados. Una tiene quizá una docena, otra tiene quizá tres o cuatro, una tercera está apilada descuidadamente alta, tal vez cien, tal vez más. El hombre del mono marrón revuelve la gran pila con la mano. "Incluso si contamos mal y hay un par de votos para Jenny en tu montón o en el de venado y colmena, un voto por mí se ha perdido en algún lugar por aquí", levanta unas cuantas papeletas, las deja revolotear de nuevo hasta la mesa. "Hemos hablado, Tommy Tom. Alto y claro. Tú eres el nuevo el Soames".

El hombre del mono verde se lleva esos puños con bordes blancos a la boca mientras hombres y mujeres con sobretodos y monos, chaquetas de mezclilla y camisas de franela, de azules y rojos desgastados claros y verdes y marrones rugosos, gorras de malla en la mano, asienten o agachan la cabeza o levantan las manos libres en saludos incompletos. Para muchos de ellos no hay espacio para sillas, empujadas contra las paredes, plegadas y apiladas en un estante detrás del piano de cola. Están murmurando, "Soames" o "Soames Thomas" o "Ah, por supuesto" o "¡Ve a por ellos!" o "¡Doble Thomas, sí".

"¿Ir a por quién?", dice el hombre del mono verde abriendo esos puños y juntando las manos. Todos alrededor de él callan ante eso y miran hacia otro lado. "No podéis decir lo que creo que queréis decir". Todos en silencio, sólo moviendo su cabeza, él gira lo suficiente como para examinarlos a todos. "Si lo hicierais, no deberíais haberme elegido". Extiende las manos. “Nell, el Soames Nell y Mike Abierto. Bueno, mi viejo amigo Mike Abierto. Fueron destruidos en un horrible accidente. Un incendio imprevisto. No hay nadie a quien buscar".

Y después de un largo y tranquilo momento, una pequeña y tranquila voz de la multitud dice: "Fueron ejecutados".

"¿Lo fueron?", dice el Soames Thomas. “¿Hubo un juicio? ¿Los

compañeros hablaron con una sola voz delante de nosotros para ordenarles que los decapitaran?”, y las manos dan la vuelta a los sombreros ante eso, y los pies se hacen a un lado u otro. De vuelta a la mesa, el hombre del mono marrón comienza a recoger las papeletas, pero se congela cuando el Soames dice: "Ahora bien, si os referís a que fueron *asesinados*...

Toda la habitación se ha quedado quieta. El Soames mira hacia abajo, pero no a la punta de sus dedos, ocupados en un viejo corte en el dorso de su mano. "Tened cuidado", dice, "antes de decir algo así", su voz se ha tornado suave y gentil. "*Pensadlo* largo y tendido. Si eso es lo que habéis querido decir", y él alza la vista y mira a todos ellos, "no nos dejáis otra opción. Ninguno de nosotros tendrá más remedio que convertir nuestras herramientas en armas de nuevo y marchar una vez más. Pero no contra la Mafia de Almacén de Seda, ni los vigilantes de color verde oliva. No contra Mecklem y Meier, ni contra Odale y su Escuadrón Rojo o Marchant y Bacon y Stroup. Marcharíamos contra nuestra Reina y sus seis docenas, y nos destruirían a todos".

Como nadie dice nada al respecto, el Soames se vuelven hacia el hombre con el mono marrón detrás de él. "Me alegra, entonces, que no sea eso lo que se ha querido decir", dice. "Continúa, Galleta".

El hombre del mono marrón se acerca al piano de cola y levanta la tapa del teclado. Toca un acorde bajo y grueso una vez, luego rápidamente uno dos tres, y deja que el último latido cuelgue en el aire. "Levantaos", dice el Soames Thomas, su voz se quiebra en esa palabra, pero todos se unen y comienzan a cantar juntos.



"Ahora *eso es* de lo que estoy hablando", dice el pequeño, saliendo descalzo del baño, envuelto en una toalla blanca. "Diez horas de sueño y esto es lo más cercano a unas vacaciones que probablemente *nunca* tengamos en este trabajo". Se sube a una de las dos camas de matrimonio y se desliza de nuevo apoyado en la

cabecera acolchada. Alcanza el control remoto en la mesita de noche. "No", dice el grandullón.

"¿No?"

"Todavía sintonizando". Su chaqueta negra cubre el respaldo de la silla del grandullón, sentado a la mesa redonda junto a la gran ventana panorámica de la habitación. Extiende sobre la mesa un mapa. Esparce letras de plástico por el mapa, imanes de nevera de colores brillantes y simples, una Y amarilla en el borde del centro de la ciudad, una P azul sobre la autopista, una R roja sobre ellos, una C naranja sobre el río al otro lado del mapa, junto a la 39 con la Hawthorne. En su mano otra ficha gira en sus dedos gruesos y peludos, otra C, una verde. "¿Para qué es esa?", dice el pequeño.

Sr. Keightlinger mira la ficha en su mano. "Conejillo", dice. Coloca la ficha en el mapa al pie del puente de la autopista norte sobre el río. El señor Charlock resopla. "¿Crees que están involucrados?" Gira la pequeña ramita de cabello rizado casi con precisión entre su frente y la parte superior de su cráneo.

"No lo sé", dice el Sr. Keightlinger.

"Claro que lo sabemos", dice el Sr. Charlock. "Es el Sureste, jodiendo al Suroeste. Los mecánicos ni siquiera están en la mezcla. Te lo aseguro, si Leir nos escuchara hablar sobre esto", y el Sr. Charlock se inclina hacia adelante, secándose la frente con una esquina de la toalla. “En lugar de llevarnos a buscar algo probable, puede conducirlo a joder a Agravante. ¡Cristo, hombre!", el señor Charlock golpea la colcha. "Estás jodiendo el ambiente de vacaciones con eso. Guárdalo para que podamos ver un poco la tele".

Sr. Keightlinger dice: "*Yo* no lo sé". La ficha que está girando en sus dedos es una M púrpura. Levanta la vista hacia el Sr. Charlock, con la barba colgando sobre su hombro, y estampa la ficha sobre el mapa. Levanta los dedos, se gira para mirar, "Ja", dice. La M ha acabado en el medio de un arco de tierra vacío cerca del aeropuerto, cerca del pantano.

"Bueno, demonios", dice el Sr. Charlock. "Tendremos que ir a buscarte un par de paquetes más de fichas para que tengas un juego completo de setenta y dos para el..."

"Cincuenta y seis", dice el Sr. Keightlinger.

"En realidad, cincuenta y siete", dice el Sr. Charlock. Comienza a contar con los dedos. "Príncipe, Cazador, Luthier, Forajido, uh, Toromendigo, Daga y Yelmo..."

"Hacha", dice el Sr. Keightlinger. Desliza la M hacia un lado, la desliza de vuelta a su sitio. "Ja", dice de nuevo.

"Sí, claro, ella, lo que tú digas, de acuerdo", dice el Sr. Charlock. "Vamos a dejar a todos clavados en el maldito mapa, vas a ignorar que el tipo tenía el motivo y la oportunidad".

El sr. Keightlinger comienza a decir "Más que...", pero la pila de letras del arco iris a un lado del mapa tiembla, se sacude, traquetea.

"Característica o error", dice el Sr. Charlock bruscamente, impulsándose hasta el borde de la cama. "¿Característica o error?"

“No”, dice el Sr. Keightlinger, sin apartar la vista de las letras vibrantes.

“¿Ya lo has cerrado?”

"No", dice el Sr. Keightlinger. Una de las letras sale de debajo de la pila de asentamiento y gira hacia el borde de la mesa, un número rojo, el dos.

"No, no lo has cerrado", dice el Sr. Charlock, saltando de la cama. "Mierda". Se dirije rápida y silenciosamente hacia la puerta, de espaldas a la pared al lado, una mano retira la toalla blanca sobre la hinchazón dura y redonda de su vientre, la otra sobre su cabeza, dos dedos doblados hacia atrás frente a la palma, dos dedos extendidos, el pulgar ladeado. Con silencio, alcanza el pomo de la puerta. Un repentino tirón y la puerta se abre y él da un paso para bloquear la puerta con la pistola-dedo apuntada a la cara del

hombre parado en la acera justo fuera de la habitación. Un hombre con un traje gris y una camisa blanca abotonada hasta el final de la garganta, cara oscura estirada por una sonrisa vacilante, una mano en alto pendiente de una llamada que no ha tenido la oportunidad de hacer. "¿Coño eres tú?", dice el Sr. Charlock.

"Charley", dice el hombre. Sus ojos se cruzan al mirar las yemas de los dedos a solo unos centímetros de su nariz. "Doc Charley, hombre, soy yo. Botella John".

"Será mejor que confíes en tener algo mejor que eso", dice el Sr. Charlock.

El hombre inclina la cabeza hacia un lado y se sobresalta cuando los dedos del Sr. Charlock se mueven para seguirla. Su sonrisa se abre de nuevo. "Voy a meter la mano en mi chaqueta, sacar algo para demostrar mis buenas intenciones", el brazo que había estado tocando baja lentamente, con cuidado. "Lo haré despacio y sin trucos. Recuerdo lo que puedes hacer con eso", su mano se desliza dentro de la chaqueta. El Sr. Charlock se endereza cambiando el ángulo de sus dedos, levantando un poco más el pulgar. Con cuidado, lentamente, el hombre levanta la mano fuera de la chaqueta. Sostiene un tubo de pasta de dientes. «Cuidado Natural de Tom de Maine», dice el logotipo redondo blanco. Pasta de dientes antiplaca natural con propóleos y mirra. Hinojo.

"¿Pasta de dientes?", dice el Sr. Charlock.

"Hinojo", dice Botella John. "Venga ya. Fue todo lo que pude encontrar".

"Pasta de dientes", dice el Sr. Charlock. "¿Crees que tengo demasiado sorgo en mis galletas?"

"Hombre, me dijiste que si alguna vez me encuentraba contigo de nuevo", dice Botella John aún plantado firmemente en la puerta, con su mano aún entre ellos, todavía ofreciendo la pasta de dientes, "te comportarías como un gilipollas". Mira más alla de la pistola-dedo hacia su rostro, hacia los ojos del Sr. Charlock, entornados ante la débil luz del cielo incoloro del atardecer. “Y aquí estás.

Dijiste que recordara traerte un poco de hinojo. Y que...”

"Ya *sé* lo que te dije que me dijeras", dice el Sr. Charlock. "O tal vez sé lo que quieres que *piense* que te dije que me dijeras, para que gran parte de lo que estés tramando salga bien, amigo. Kay ¡Señor Kay!

"Sí". El Sr. Keightlinger toma el número dos rojo.

“¿Alguna vez te hablé de Ciudad Ganso? ¿Alguna vez has dicho algo sobre el sargento John Wesson de la Fuerza Eco? ¿El aluxob y la jungla?

El sr. Keightlinger dice con una suave voz de canto: "La jungla está llena de ojillos, la jungla está llena de pies trepadores", coloca el número dos en el mapa, donde la calle Sandy surge de Burnside con la Duodécima. El señor Charlock, ojos aún entornados, se vuelve a cernir la toalla sobre la barriga, con la pistola-dedo aún apuntando a la cara de Botella John. La sonrisa de Botella John se ha esfumado. Se encoge de hombros y desliza la pasta de dientes dentro de su chaqueta. "Te salvé la vida allí abajo, hombre", dice.

"Sí, bueno", dice el Sr. Charlock, bajando el brazo. "*Yo* he salvado al jodido mundo entero. Todavía me debes una", le estrecha la mano, cuatro dedos y un pulgar. "Así que dices la verdad, o eres tan bueno que en realidad no importa. ¿Qué quieres?”

"Bueno", dice Botella John, "estoy yo y mi hermano Ezra". Se hace a un lado. Al otro lado de la calle, detrás de él, un coche de color naranja chillón con una lona negra polvorienta. Al lado del coche hay un hombre, sus brazos y piernas son un revoltijo de tubos dentro de un traje gris dejado caer en una silla de ruedas, con una camisa blanca abotonada hasta la pajarita gris bajo la barbilla. Manos y ojos demasiado grandes para el resto de él, manos juntas en su estrecho regazo, ojos detrás de gruesas gafas negras con montura de pasta. "Tengo uno de los arreglos mutuamente beneficiosos sobre los que hablar", dice Botella John.

"Ja", dice el Sr. Charlock. "Vale", se ajusta la toalla de nuevo. "Te diré qué. Espera fuera un minuto, déja que me ponga unos

pantalones, iremos a buscar unos sándwiches vietnamitas, tal vez, nos sentaremos, veremos cómo resulta esto”.

La sonrisa de Botella John ha vuelto.



"Sin ofender", dice Botella John mirando el mapa sobre la mesa, a las letras extendidas sobre él, a las apiladas al lado, "pero no eres el Dr. Kilo, lo recuerdo".

"Logia diferente", dice el Sr. Keightlinger sin levantar la vista. Un largo sándwich todavía envuelto en papel blanco junto al codo sobre la mesa.

"El Sr. Kay tiene algunas sorprendentes opiniones sobre el tema de servir al país de uno", dice Charlock, sacando un poco de cilantro de su labio. "¿Cuántos indicativos terminan usando, de todos modos? Al menos hasta el Dr. Mike, ¿verdad?

"No", dice Botella John sentado pesadamente en una silla junto al Sr. Keightlinger. "M era un Doc Munroe, por razones en las que no soporto entrar. El último que conocí fue el Dr. Oscar", empuja el último bocado en la boca con el pulgar.

"Maldición", dice el Sr. Charlock. "Vosotros hicisteis de niñera a muchos de nosotros".

"Es agradable ponerse al día con viejos amigos", dice Ezra. Tiene un trapo amarillo extendido sobre el regazo que dice McDonald’s una y otra vez. Queda un bocado o dos de hamburguesa con queso.

"Pero aburrido para los que no lo son", dice Charlock. "Te escucho. Tal vez deberías contarme qué hay de este acuerdo y cómo puede ser de beneficio mutuo".

Botella John enrolla un envoltorio blanco con una mano y aparta

un trozo de zanahoria de su rodilla. Levanta la vista hacia Ezra y lo mira con la boca fruncida con el mismo giro contemplativo. "Viajé por ahí un poco, ¿sabes?", dice Botella John. “Después de dejar el servicio. Necesitaba algo de tiempo", se encoge de hombros. "Pero lo que hicimos en Eco, hombre, fue *duro*, pero fue *bueno*, ¿verdad? Y al hacer algo bueno, ¿no tienes ese picorcillo? Bueno", lanza el envoltorio enrollado, encestando en la papelera de la pared. “Descubrí un modo, con mi hermano, de hacer algo bueno. Nosotros, ah, bueno, básicamente, caminamos por el mundo".

“El buen Señor”, dice Ezra, “me dice dónde deben hacerse las cosas. Y vamos y los hacemos".

"El Señor", dice el Sr. Keightlinger.

"Dios", dice Ezra. "Nuestro Padre Todopoderoso, Hacedor de los Cielos y de la Tierra", dobla el envoltorio del McDonald's precisamente por la mitad y por la mitad otra vez.

Después de un fino y largo momento, el Sr. Charlock se pone un mechón de pelo detrás de la oreja y dice: "¿Qué demonios es lo que Dios necesita que se haga en Portland, Oregón?"

"Ayudaros", dice Ezra.

"Ayudar", dice el Sr. Keightlinger. Recoge su sándwich.

“¿A nosotros?”, dice el Sr. Charlock.

"A vuestro jefe", dice Botella John, mientras Ezra dice: "Vuestro empleador, ¿el Sr. Leir?, os ha encomendado una determinada tarea. Debemos hacer todo lo que esté a nuestro alcance para ayudaros a lograrla".

"¿*Vosostros*?", dice el Sr. Keightlinger levantando la vista del mapa, y Ezra suspira con aspereza y dice "El Señor me lo ha dicho" y "Es genial", dice el Sr. Charlock ruidosamente. "Estamos bien. Sr. Kay, Dr. Kilo", resopla. El Sr. Keightlinger da un gran mordisco a su sándwich. "La cosa es que", dice el Sr. Charlock, "básicamente tienes dos opciones para elegir."

"¡Charley!", dice el Sr. Keightlinger con la boca llena de bánh mi.

"Estamos. Bien", dice el Sr. Charlock. "Uno de ellos es un trabajillo de vigilancia a largo plazo. El otro es más inmediato, más orientado a objetivos, un favor para uno de los asociados comerciales del señor Leir. Ah", agita una mano y sonríe irónicamente. "No creo que el buen Señor os haya dado detalles", Ezra no dice nada. No sonríe. Botella John apenas niega con la cabeza. "Lo que sea", dice el Sr. Charlock. "Vamos a hacer una especie de estrategia general de vigilancia esta noche..."

El sr. Keightlinger golpea sobre la mesa con su sándwich, revuelve la pila de fichas y recoge una.

“Así que, ¿por qué volvéis por la mañana? Tomaremos algunos gofres, resolveremos esto. La verdad es que estamos un poco peces. Nos ayudas con uno, nos ayudas con ambos. ¿Es lo bastante bueno?”

"Suena bien", dice Botella John poniéndose de pie. El Sr. Keightlinger estampa la letra en el mapa, una O púrpura, más allá de la R roja, pero se aleja mientras la suelta. La levanta, la vuelve a dejar, espera un momento antes de levantar la mano. Se desliza suavemente lejos de él a través del río y hacia el Norte, arriba y arriba, más rápido, fuera del mapa, sobre el borde de la mesa, donde cae sin ser oída sobre la alfombra.



El coche naranja sale de la calle lateral del motel, luego gira a la izquierda y pasa un cartel que dice «Alojamiento Ejecutivo... Su Hogar Lejos del Hogar». Ezra, en el asiento del pasajero con el dedo índice contra una sien, murmura algo por lo bajo. Botella John se mordisquea un pulgar, pegando un volantazo con una mano en un giro a la derecha sin señalizar, y luego otro, frente al semáforo.

"Estoy seguro", dice Ezra abriendo los ojos, "no estamos siendo seguidos ni observados".

"Da igual", dice Botella John. "No lo han comprado".

"No vendemos nada, John".

"No creyeron ni por un minuto que llegamos de la nada sin más para ayudarlos con lo que sea que estén haciendo".

"Pero lo haremos, John", dice Ezra. Botella John reduce la velocidad del automóvil, se detiene en el semáforo en rojo de una intersección de cinco vías y seis carriles en la cima de una colina baja. Se extienden ante ellos las torres y las luces de la ciudad ante el cielo oscuro. “Haremos exactamente lo que hemos dicho. Si fuese en contra de la voluntad de Dios, no estaría en nuestro poder". Botella John está mirando a su alrededor, observando las señales en los cruces, las luces, el flujo del tráfico. "Pero sí, en su sospecha", dice Ezra, "y su paranoia, van a... ves por esa calle, allá, no la inmediata a la derecha, sino la ortogonal..."

"¿Te refieres...", dice Botella John poniendo el intermitente,"... a la derecha normal? ¿O a la derecha difícil?". Mirando de reojo a su hermano iluminado por destellos amarillos.

"En su sospecha", dice Ezra, "tomarán medidas. AUn cuando no acudan directamente al hechicero Leir, harán algo que nos revele alguna debilidad que podemos explotar".

El semáforo cambia. Botella John sale a toda velocidad por la intersección. “Quiero seguir un par de bloques, ¿vale? Para dar la vuelta".

Ezra se quita las gafas, las está limpiando con un pañuelo. "Me gustaría que llevaras corbata, John".

“Ezra”, dice Botella John dando otro giro a la derecha, “Ya te lo he dicho. Me pondré el traje. Me embutiré la camisa, la abotonaré hasta arriba", detiene bruscamente el coche, tira del cambio de marchas hacia atrás y pasa un brazo por el respaldo del asiento.

"Pero no voy a llevar una maldita corbata", mira atrás por la ventana trasera mientras conduce el coche hacia una plaza de estacionamiento junto a la acera.

"Infundiría una apariencia más uniforme", dice Ezra.

Botella John apaga el motor. A un bloque, más o menos, se eleva sobre el edificio junto a ellos el letrero que dice «Alojamiento Ejecutivo... Su Hogar Lejos del Hogar». "Oh, sí", dice Botella John. "Nos va bien".

"Sí, John", dice Ezra. "Así es".

Tres hombres de pie / ni una Cortesía / Su Sucia Mente / Lo que el Lord requiere

Tres hombres de pie alrededor de un barril de petróleo volcado, con una tabla gris desgastada sobre la parte superior. Todos ellos con el pelo oscuro muy rizado y muy corto, todos con monos grises opacos con mangas cortas y muchos bolsillos. Uno de ellos sostiene una herramienta de algún tipo, un engranaje, una manivela, con bordes borrosos por el óxido, y está diciendo algo a los demás, pero queda ahogado por la voz de un narrador invisible, por los socialistas disidentes de Nueva Bretaña, conserva una marca peculiar de socialismo que es casi tan ineficiente como lo ha sido el socialismo, pero a los moambanos parece gustarles y sienten un fuerte sentido de apego a su comunidad y su isla. Uno de los otros toma la herramienta y apunta dónde se une el engranaje con la manivela, y todos se ríen. Su mono está desabrochado hasta la cintura, debajo hay una camiseta estampada con un enorme hombre estilizado y sonriente, los ojos apretados en alegres aberturas. El señor Charlock sentado al borde de la cama no mira la televisión. Está mirando la espalda del señor Keightlinger. El señor Keightlinger, con su bocadillo a medio comer todavía junto al codo, mira las letras en el mapa. Hay un vaso de agua junto al bocadillo.

"Está bien", dice el Sr. Charlock. "Qué. Entonces crees que soy un completo aficionado, ¿es eso? "

El agua dentro del vaso tiembla. El cristal en sí está vibrando débilmente. Sin levantar la vista del mapa, el Sr. Keightlinger pone una mano sobre él para detenerlo.

“John sabe cómo trabajo, ¿de acuerdo? Conoce la instrucción. Así que él y yo saldremos mañana a observar a la Prometida, tú quédate aquí y juega con tu mapa y vigila esa *cosa* en la silla", con las manos apoyadas en las rodillas, mira a la ancha espalda del señor Keightlinger. "Al final del día tendrás lo que necesitamos para quitarnos esto de Agravante de encima y la Prometida no habrá salido y escapado a Seattle mientras no estábamos mirando, *y* habremos ayudado a un viejo amigo mío". En la televisión, una

franja de arena candente a la luz del sol cortada por una línea recta de sombra, un hombre desnudo sobre su espalda, pies y espinillas enrojecidos al sol, un brazo sobre los ojos, piel pintada a rayas y formas irregulares de verde fluorescente y rosa y amarillo. Su cabello blanco agrupado más pálido que la arena. Su otra mano acaricia ociosamente su rígida polla. Permanece muy húmedo, dice el narrador, y cerca de treinta y dos grados centígrados en todo momento. El nudismo, aunque no es universal, se practica comúnmente y es bastante obvio en todos los lugares públicos. ¡No tengo dificultad en distinguir a las chicas de los chicos allí!

"Eso es como un ganar-ganar-ganar", dice el Sr. Charlock. "¿Bien? Sr. Keightlinger? ¿Confías en mí? ¿Dr. Kilo?

El sr. Keightlinger levanta la vista del mapa, la barba cruje contra su camisa mientras se gira para decir: "No me llames así". El vaso está vibrando débilmente de nuevo.

"¿Confías en mí?", dice el Sr. Charlock.

El sr. Keightlinger levanta el vaso de agua y con su mano libre atrapa la O púrpura antes de que pueda salir de la mesa. "Con mi vida", dice.

"Tu *alma*, colega", dice el Sr. Charlock. "De lo contrario, todo esto se desmorona". Niega con la cabeza. En la televisión, una mano coriácea con pequeñas cicatrices blancas ajusta delicadamente algunas cuentas en un complejo remolino de alambre. "Me siento insultado, de verdad, así me siento". el Sr. Charlock se recuesta con las manos entrelazadas detrás de la cabeza. "Como que voy a creer que Botella John Wesson ha tenido un hermano todo este tiempo y nunca me lo ha dicho".



Deslizándose fantasmalmente a través del barranco oscuro por las vías del tren descalza, equilibrada en un único raíl pulido que brilla

tenuemente a la luz de la ciudad reflejada por las nubes invisibles arriba. Desnuda salvo por un amplio collat blanco alrededor la garganta. Ha sido salpicada con algo que se ha secado en franjas de costra blancas a lo largo de los lados y brazos, su barriga y su espalda. Ella se detiene de repente, todavía equilibrada en ese riel. "Salid", llama ella. "Mi señora sabe que estáis aquí y le gustaría que os presentarais ante ella".

Un hombre sale entre los árboles a un lado de las vías, un hombre con un pareo azul y negro y una camisa blanca desabrochada. "La lluvia ha parado por un tiempo", dice. Su cabello es largo y oscuro y está recogido en una sola trenza a su espalda. Un parche negro le cubre un ojo. "Pensé en dar un paseo". Se gira hacia los árboles y les hace un gesto con el dedo. "Parece que has venido sin capa". Las hojas tiemblan y traquetean, y una rama se quiebra ruidosamente.

"Mooncalfe", dice la mujer con el volante. "Siempre pensé en vos como un loco, no un cruel". Otro hombre sale de los arbustos, el cabello oscuro enredado en la cabeza, la cazadora azul pálido manchada de mugre.

"Oh, estoy loco", dice el hombre del pareo agarrando la mano del otro hombre. "Loco como tú me has hecho. Guía el camino, Linesse".

Un poco más adelante y a un lado del barranco, cae un claro, y mucho más allá y debajo de una carretera y farolas y señales luminosas, una figura aparece anónima e impasible en una tosca y cuadrada armadura de mimbre, con la cabeza escondida detrás de un gran barril urdido a modo de yelmo. Con un crujido levanta un brazo que sostiene un largo poste de mimbre para impedirles el paso. En un borde del pequeño claro, hay una blanca sábana lisa atada a las ramas de árboles y estacas clavadas en el suelo. Una película parpadea en ella, un primer plano de un gatito frotándose de un lado a otro contra la mejilla sin afeitar de un hombre, una repentina toma de una escalera de metro que se funde en otra toma de las células sanguíneas que recorren una vena. Una mujer se ríe. Está sentada en la hierba frente a la pantalla de espaldas a ellos, envuelta en una capa negra hecha jirones. Dos niños, niños pequeños, luchan en las lodosas hojas a su lado por un camión de

bomberos de plástico roto. Ella levanta un nudoso bastón gris, liso y opaco como la madera a la deriva, y la figura en la armadura baja el brazo y acerca el poste de ratán hacia su cuerpo.

"Enhorabuena", grita Orlando, y la mujer ladea la cabeza ante eso. "Al haber encontrado una corte propia, aquí en este bosque falsificado".

Ella apoya una mano en una rodilla. “Y a ti”, dice ella gruñendo, poniéndose de pie, “ahora que puedes ver la verdad de las cosas directamente. Hay algo en ti", sostiene ese bastón delante de él con una chispa blanca azulada brillando en su extremo.

"Ojos", dice Orlando, "ojos vibran sobre mí. No quiero que vean adónde voy, ni la compañía que tengo".

"¡Una cortesía!", ella pasa junto a él hasta el hombre que está a su lado abrazándose con fuerza en su cazadora. “Nadie me hace ninguna cortesía. Conozco a este hombre", ella retrocede, el bastón se enciende, una intensa luz blanco azulada llena el claro. "¡Caballero Cocina!", grita ella. "¡Perdición-Jabalí!" El hombre de la cazadora esconde la cara en las manos. Algo gruñe en la oscuridad más allá de la pantalla, donde los automóviles se persiguen entre sí entre el intenso flujo de tráfico en una autopista. Orlando saca su espada y la sostiene con la hoja hacia abajo a su lado. "No hagáis nada", dice él.

"¿Ni una sola cosa?", dice ella, su bastón aún despide luz.

“Él está bajo mi protección”, dice Orlando, “y ya lleva casi una semana. Pero...”, el otro hombre mira como loco al oír eso, de Orlando hacia la mujer pálidamente desnuda a su lado, hacia la figura con armadura de mimbre, hacia los niños sentados quietos en el claro sosteniendo cada extremo del camión de bomberos entre ellos. "No", dice él, "no puedes...", y Orlando lo golpea en la nuca y le dice: "Negociaría con usted, señora".

"Nunca se me ha hecho cortesía", dice la mujer de la capa. La intensa luz de su bastón se apaga. "Él no es tanto. Apenas un bocado. No era un perdición-jabalí, lo era la chica que hizo por mi

pobre Erímatos. La que mi hermana ha llevado a su seno".

"Y él es la clave para ella", dice Orlando. "Frankie Reichart, quien retuvo a el Gallowglas y le susurró dulces palabras".

"Cristo, jodido gilipollas, no puedes *hacer* esto...", y luego Frankie se detiene, la mano de Orlando es un puño en su pelo tirando de él. La espada de Orlando todavía apunta al suelo mientras se acerca, nariz con oreja. "Hago lo que quiero", dice. "Bueno, señora. ¿Algo más valioso, tal vez, de lo que habías pensado un momento antes? "

"No necesito esa llave", dice ella. Orlando sonríe. "Quizá", dice ella, "Linesse", dice ella, "a mi patito feo le gustaría un Gallowglas propio". Linesse, sus rudas manos a los costados, no dice nada. "Pero tal burla no vale *tanto* para mí".

"Oh", dice Orlando mirando a los niños pequeños en el césped, "sólo uno de tus bastardos".



Con su traje gris, sosteniendo un periódico sobre la cabeza contra la lluvia, Botella John corre los últimos pasos hacia el coche naranja estacionado junto a un bajo edificio blanco que dice «Tapizado de Automóviles» sobre la puerta. La luz del día sin rumbo y gris sobre él. Coloca una bandeja de cartón con un par de tazas de café tapadas en el techo del automóvil, pero todavía no abre la puerta. Por la acera, algunas mesas vacías debajo de sombrillas negras desplegadas que dicen «El Capitán Morgan». Estacionado junto a ellos, un automóvil marrón rojizo con una franja negra en el costado.

Dentro del coche naranja, el Sr. Charlock está desplomado en el asiento del pasajero, su cabeza presionada contra la ventana, la lengua colgando en la esquina de su boca entreabierta. El párpado izquierdo se contrae sobre un globo ocular blanco. Una mano se levanta bruscamente mientras Botella John se acomoda en el

asiento del conductor, luego cae contra su pecho con los dedos temblorosos. Botella John coloca las tazas de café en el salpicadero, saca una, limpia el agua de lluvia de la tapa antes de tomar un sorbo vacilante. Su cara se arruga y se limpia los labios con el pulgar, vuelve a colocar la taza y saca la otra taza. En todo momento está viendo al Sr. Charlock retorcerse y temblar, su mandíbula se mueve ahora, pronunciando palabras silenciosas con formas irregulares. Su mano se levanta de nuevo, la cierra en un puño, se muerde el labio, olfatea el aire, se dobla repentinamente en un ataque de tos, echa mano al salpicadero, se aferra a él y se levanta impulsándose contra él desde un pozo profundo. Botella John empuja la bandeja de cartón a lo largo del salpicadero hasta que roza la mano del Sr. Charlock. "Café", dice Botella John. "Solo. Una puta tonelada de azúcar". El Sr. Charlock busca la taza, saca la taza del café que le cae en la mano, le da vueltas y la vierte por la garganta en un largo trago. Levanta la taza para alejarla de los dientes temblorosos apretados detrás de los labios tensos, las cuerdas en su cuello resaltan los ojos abultados y giratorios hasta posarse en Botella John, que le mira desde el asiento del conductor. El Sr. Charlock suelta un pequeño resoplido de tos y respira hondo y luego, con un suspiro, se relaja, se desploma, cara apacible, cierra los ojos, las manos se acomodan en su regazo y envuelven la taza de café. "Gracias", dice.

“¿Y?”, dice Botella John.

“¿Y qué?”, dice el Sr. Charlock. "Sólo están, sólo están hablando. ¿Qué demonios vas a hacer en un club de striptease a las once de la mañana?”

"Un hombre entra a un club de striptease con tres mujeres así y no importa qué hora sea. Vas a tener ideas".

"Pues deja de tenerlas", dice el Sr. Charlock frotándose los ojos. "Es una distracción".

Botella John apoya un codo en el volante y dice: "¿Estás captando lo que *estoy* pensando? Hombre, eso es francamente inquietante".

El Sr. Charlock está hundiendo la punta de los dedos en las

esquinas de sus ojos. "No funciona así", dice tirando de sus mejillas hacia abajo, haciendo palanca con los ojos bien abiertos.

"¿Así cómo?", dice Botella John.

"Cómo lo que estás pensando", dice el Sr. Charlock. Deja escapar otro suspiro y echa su taza de café hacia atrás, drenando el resto. Saca la tapa y vuelve a volcar la taza, sacudiendo un poco de lodo azucarado del fondo de la taza. "Es que te conozco, John. Tienes una mente sucia".

"Puedes llamarla sucia si quieres", dice Botella John mirando por el parabrisas hacia la puerta negra indescriptible más allá de las mesas con sombrillas. El letrero de neón en la esquina del edificio dice «Cócteles» en grandes letras rojas apagadas. «Punto del Diablo». "Lo que estoy pensando es francamente hermoso".

"Ya, ya", dice el Sr. Charlock, sacudiendo más lodo en su boca.

"¿Entonces es eso? ¿Pasas de salvar el mundo a oler bragas psíquicas?"

El sr. Charlock se inclina y da una palmada a Botella John en el hombro. "¿Cuántas operaciones hemos hecho juntos? ¿Y sigues jodiendo esta?"

"Jesús, hombre, vamos..."

"Es un pensamiento descuidado, es lo que es. Todavía estás colgado de Foxtrot y su mierda mentalista".

"Ella era bastante impresionante, tienes que admitir..."

"Tenía piernas largas y un trasero que se veía genial en pantalones ACU", dice el Sr. Charlock, y Botella John resopla. "Ella también tenía", dice el Sr. Charlock, "un guión de lectura fría y trucos de salón que apuntalaban un don que ella *no* entendía. Si piensas en ello como malditos poderes psíquicos, estás operando en el modelo equivocado. Hay que pensar que es racional, que es repetible, que tiene cierto sentido. Que se comportará". Botella John

mira hacia abajo, hacia afuera, hacia su café, da un sorbo. El señor Charlock se inclina cerca, agachando la cabeza, tratando de atrapar los ojos de Botella John. "Que es una ciencia, pero *no lo es*. Es un arte, ¿de acuerdo? No tiene ningún jodido sentido en absoluto. No tiene que tenerlo. Es correcto y verdadero de una manera a la que no le importas una mierda, si no lo respetas, te matará".

"Ya", dice Botella John. "Tú sólo estás cabreado por que ella te azotó el culo al póker".

"¿Quién está sentado aquí, eh?", dice el Sr. Charlock. "¿Quién está sentado aquí en el coche a tu lado y quién está enterrada a cinco kilómetros de profundidad bajo Joburg? Dime", Botella John da otro trago de café. "Póker", dice el Sr. Charlock metiéndose la mano en la chaqueta. "Te mostraré un puto póker". Tiene un par de cartas y le entrega una a Botella John. El rey de tréboles.

"¿Qué es esto?"

"Lame la parte de atrás y pégatela en la frente". El Sr. Charlock lame su carta y la pega allí justo bajo su rizo gris lacio. La reina de diamantes. De otro bolsillo saca un cuadrado doblado de papel brillante, un anuncio arrancado de una revista, un elegante coche deportivo con vidrio ahumado y techo redondeado. "Vamos vamos. Se irán pronto". Él se lame el pulgar, mancha saliva en la parte superior del anuncio, se inclina para pegarlo contra el parabrisas.

“¿Qué demonios estás haciendo?”, dice Botella John.

"¿Coche naranja?", dice el Sr. Charlock. ¿Un par de hombres con traje? Bastante jodidamente notable. Al mirar aquí, verán una feliz pareja amorosa en un bonito Audi gris".

"Pareja amorosa, eh", dice Botella John, mirando a la reina roja pegada a la cabeza del Sr. Charlock. "¿Eso te hace la chica?"

"Maldito infierno", dice el Sr. Charlock, arrebatándose la tarjeta de la cabeza. "¡Seguridad operativa, mastuerzo!", frota los nudillos en la cara de la reina, luego lame la carta y vuelve a colocarla en su lugar. "No quiero preguntas estúpidas mientras estoy trabajando".

Del otro bolsillo ahora saca un par de gafas de sol negras clásicas, una pluma de búho atada a un lado.

"Auh, demonios, hombre", dice Botella John. "Odio esa cosa".

"Esta cosa odia a todo el mundo", dice Charlock poniéndoselas. "Lame y pégatela ya".

Botella John lame el reverso de su carta y se la pega a la frente. "¿Por cierto, qué demonios estás persiguiendo aquí?", dice.

"¿No es obvio?", dice el Sr. Charlock. Él está sonriendo ahora. "Ultraterrestres de Sefirah X".



La C verde sobre Swan Island ahora, en un canal de luz solar láctea desde las cortinas no mucho más abiertas que una mano. La R roja aún se ilumina en la esquina de Everett con la 20. Fuera de la luz, al otro lado del mapa, la C naranja y la Y amarilla se unen allí donde Foster Road comienza a cortar diagonalmente a través de la cuadrícula regular de calles. Un tintineo y un zumbido sonoro cuando la O púrpura debajo de un vaso de agua volcado se golpea contra la mesa. "Eso es bastante molesto", dice Ezra. El Sr. Keightlinger levanta la vista del mapa, pero no dice nada. Golpea el vaso. El zumbido se detiene.

La silla de ruedas en el oscuro nicho junto al baño, Ezra se apoya fuertemente en la cama más cercana, deslizándose con pasos inciertos más cerca de la mesa para poder mirar el mapa por encima de la amplia espalda del Sr. Keightlinger. "Puedo ayudar, ¿sabes?", dice Ezra.

Esa espalda ancha se encoge de hombros.

Ezra se sienta en la cama, levanta las piernas para reubicar los pies en brillantes zapatos negros, demasiado grandes para el resto

de él, como sus manos, como sus ojos detrás de esas gafas. "Tu nombre comienza con una P", dice. "Pero no suena como una P. El Señor me ha susurrado tu nombre, aunque no pude entenderlo. Sin embargo, su compañero, el Dr. Charley. El Señor no me ha dicho nada sobre él. ¿caramelos de mantequilla?" Un par de caramelos de amarillo dorado se mueven arriba y abajo en la gran palma pálida de su mano. El señor Keightlinger niega con la cabeza, el torpe bastón de su coletal se agita de un lado a otro. Ezra desenvuelve un caramelo y se lo mete en la boca. "No tenemos ninguna disputa contigo", dice con el caramelo haciendo clic contra sus dientes. "Algunos podrían abrir el libro y citar el Éxodo, capítulo veintidós, versículo dieciocho: No dejarás que una bruja viva", sonríe para sí mismo con las manos grandes juntas en su estrecho regazo. “Pero he visto demasiadas cosas en este mundo para olvidar lo incognoscible, la constantemente sorprendente majestad de Dios. Él realmente trabaja de maneras misteriosas, e incluso uno como tú, tu compañero y vuestra diablería pueden ser parte de Su plan”, chupa el caramelo y lo mueve entre los dientes. En el vaso sobre la mesa, la O está vibrando de nuevo. Hay un crujido. Ezra levanta las cejas con un pequeño suspiro, mastica, traga. "A veces puedo ser tan impaciente", dice. “Lo que el Señor requiere de mí ya es más de lo que podría pedirme a mí mismo. He aprendido a no suponer qué *más* podría yo hacer para cumplir con mi parte en su plan. Ya casi ni testifico". Está jugando con el segundo caramelo en la palma de su mano. "Mi yo más joven estaría muy decepcionado de mí". Desenvuelve el caramelo y se lo mete en la boca. “Una lección muy difícil de aprender, para algo tan obvio. Que nada en este mundo es puro. Especialmente uno mismo".

El Sr. Keightlinger golpea nuevamente el cristal y el zumbido se detiene. Abre la boca y saca una X de plástico rosa. La envuelve en el puño, cierra los ojos y desliza el puño sobre el mapa, adelante y atrás, dentro y fuera de esa banda pálida de luz, disminuyendo la velocidad, abriendo el puño, toma la X con cuidado entre el pulgar y los dedos, los ojos todavía cerrados, la mano bajando para colocar la X con exactitud. Abre los ojos. La mano que se cierne sobre la X rosa, allí, junto al río en la parte inferior del mapa, donde la cuadrícula de la calle rodea una lagunita justo al sur de una estrecha isla con forma de garra. El resto de las letras están dispersas muy por arriba y alrededor, girando y retorciéndose en su

lugar. La Y amarilla y la C naranja se deslizan juntas por Powell hacia la Treinta y nueve, tropezando un poco sobre un pliegue en el mapa. El Sr. Keightlinger se levanta y saca un llavero de la parte superior del televisor.

“¿Vamos a algún lado?”, dice Ezra.

"No", dice el Sr. Keightlinger abriendo la puerta.

"Pero", dice Ezra incorporándose, apoyándose pesadamente en la cama, "no entiendo. ¿Qué debo hacer?”

"Contesta al teléfono", dice el Sr. Keightlinger. "Si suena".

Gruñendo, la Forma / Tête-à-tête / “¿Tú razón para marcharte?” / Marcando el Lugar

Gruñendo, la forma rueda en el futón, se retuerce y se encorva de repente. Aparece una cabeza encogiéndose de hombros entre un rumor de mantas, cabello despeinado y ralo, un hombre a cuatro patas en algún lugar bajo la maraña de colchas, mantas y sábanas, rojas y naranjas y verdes y rosas y azules, azules de medianoche, manchas iridiscentes. azul como plumas, como ojos, una ola de azul como un mar tropical cálido y claro, franjas de cielo azul sin nubes. Gatea hacia el borde arrastrando toda la masa de color con él y se detiene, trata de liberarse. Un pie se sacude, una pierna desnuda cae sobre el costado, liberándose del edredón a rayas, su cadera, su pecho, su hombro y su brazo. Tirando de un tramo de sábana hacia atrás sobre su desnudez, se estira por encima de su cabeza y tantea el suelo a un lado, con un par de pantalones de mezclilla azul todavía enrollados y boxers a cuadros verdes todavía metidos dentro de estos. Pateando, retorciéndose, libera ambos pies y los levanta en el aire, mete las piernas en los vaqueros y, rodando sobre el vientre, sube los vaqueros hasta las caderas. Saca una esquina de una sábana de la cintura antes de ceñirse, abrocharse y apretarse el cinturón. De rodillas, ahora extendiéndose sobre el borde del futón junto a una gruesa camisa en un claro atardecer. "Billetera", dice palmeándose los bolsillos, "billetera, bien, llaves. Llaves. Mierda". Mira por la larga y estrecha habitación, pasa una mano por lo poco que le queda de pelo. "Zapatos. Zapatos". El futon está en un extremo. Una larga mesa recorre su longitud, con pilas de carpetas y papel suelto encima iluminados por luces fluorescentes a través de ventanas de persianas verdosas. El suelo de tablas de madera anchas, astilladas y rayadas pero limpias, despejadas. Él chasquea los dedos, se inclina, se agacha bajo el futón y saca un viejo zapato marrón. Lo sacude. Suena. Él sonrie. La puerta se abre.

El hombre allí es grande, ancho, con un holgado impermeable amarillo que lo cubre brillando con la lluvia. Largos bigotes grises caen a ambos lados de su boca. Una bolsa de papel blanco y una

bandeja de cartón con un par de tazas de café de papel. "Iba a despertarte con burritos", dice.

"Sí", dice el hombre en el futón. Se abrocha la camisa. "Desayuno, eso es... gracias".

"Almuerzo", dice el hombre de la chaqueta.

"Mierda", dice el hombre en el futón.

“Dijiste que querías quedarte despierto tan tarde como...”

"Sí, lo siento, ¿qué hora es?"

“... tan tarde como fuera posible.”

“¿Qué hora es?”

El hombre de la chaqueta deja la bolsa y el café sobre la mesa. "Después del almuerzo", dice.

"Mierda", dice el hombre en el futón, metiendo los pies en los zapatos. "Tengo que llamar a la oficina..."

“Les llamaste. Ya les has llamado".

El hombre en el futón se pasa la mano por el cabello nuevamente. "No lo he hecho", dice. "No recuerdo haber hecho eso".

"Más o menos durante el amanecer", dice el hombre del chaleco. "Dejaste un mensaje".

El hombre en el futón se pone en pie. "No recuerdo haber hecho eso. No recuerdo... nada. Debo de haber bebido anoche algo feroz..."

"No. En realidad no", dice el hombre de la chaqueta. "¿Café?", saca una taza de la bandeja.

"No, lo siento, es solo... que no lo recuerdo. Nada. Sobre lo de anoche. No recuerdo haberte conocido..."

"Está bien, Arnold", dice el hombre de la chaqueta.

El otro hombre se agacha, toma un impermeable azul del extremo del futón. "¿Qué, lo viste en mi permiso de conducir?" Él se lo pone.

"Tienes razón", dice el hombre de la chaqueta. "Becker. Lo siento..."

"Debería, eh, marcharme", dice Becker avanzando hacia la puerta. "Para asegurarme de que todo esté bien, eso es. Normalmente no falto al trabajo, quiero decir..."

"Pirocles", dice el hombre de la chaqueta, saliendo de su camino.

"Pirocles", dice Becker de pie junto a él un momento. Busca la puerta abierta bajo una estrecha escalera de metal atornillada a una pared de hormigón, una oscura cueva de garaje que se abre debajo, cajones de herramientas y piezas en estantes. "¿Dónde...?", dice Becker, abrochándose la chaqueta, "lo siento, ¿dónde estoy?"

"Decimocuarta con Everett", dice Pirocles. "Noroeste".

"Vale", dice Becker asintiendo. Aparta la mirada al pasar bruscamente junto a Pirocles y baja las escaleras con una mano en la barandilla, sin mirar atrás.



"Perry coma Yizzabel", dice el Sr. Charlock. "Edad desconocida".

"Vale", dice Bottle John. "Parece antiguo, de mediados de los años veinte para mí".

"Ella", dice el Sr. Charlock. “Hija de Perry, coma Duenna, ídem de edad. Padre muerto hace algún tiempo, no sé cuándo. Anónimo. Había un hermano, pero él se escapó hace un tiempo, ídem ídem

ídem”.

"Así que llevas siguiendo a esta chica durante cuatro meses, cinco meses, y no sabes una maldita cosa".

"No, no, no", dice el Sr. Charlock, y luego suspira. "Bueno, sí. Pero...”, se adelanta, se inclina más cerca, se retuerce un poco y se desabrocha el cinturón de seguridad. "Es como...", dice, "creo que es como, bueno, un cuento".

Botella John tamborilea con los dedos sobre el volante. "Un cuento", dice.

"Bueno, vale, como si siempre hubiera estado allí, esperando", dice el Sr. Charlock. “Y luego, cuando aparece la persona adecuada, comienza, ¿de acuerdo? Y cuando comienza", golpea la palma de su mano con el dedo, "ella siempre tiene más de veinte, veintiuno, ¿de acuerdo? Su madre siempre es rica y, y pasa todo el tiempo haciendo lo que sea que hace todo el día, y su padre siempre ha estado muerto durante el tiempo que sea, y su hermano siempre hace mucho tiempo que huyó, y luego, cuando ha terminado, lo que sea. es...”

"¿Siempre se besa con chicas rubias calientes en los asientos delanteros de los coches deportivos?", dice Bottle John.

"¿Qué?", dice el Sr. Charlock, inclinándose hacia adelante, frotando la condensación que empaña el parabrisas delante de él. "Mierda".

"Los otros dos ni siquiera han esperado cinco minutos", dice Bottle John.

"Espero que esto no ofenda tus nuevas sensibilidades sobre la Biblia".

"Hombre, que te *jodan*", dice Bottle John con repentino calor. “No nos tomes por creer en esas ignorantes mierdas de pobres blancos. Podrías estar cantando melodías de programas de televisión en la ducha con tu Dr. Kilo y no me importaría mucho. Mi hermano y yo

hablamos en serio. Estamos aquí para hacer Su voluntad y luchar contra el mal en esta tierra, ¿me oyes? Y sea lo que sea eso", señalando el parabrisas del coche pardo estacionado a medio bloque frente a la calle,"no es malo".

"No estés tan seguro de eso", murmura el Sr. Charlock.

"¿Qué?"

"Tu hermano", dice el Sr. Charlock, reclinándose en su asiento. "¿Cómo es que nunca has hablado de él?"

"Te hablé de Ezra", dice Bottle John.

"Nunca mencionaste a un hermano, John", dice el Sr. Charlock.

“Hombre, tengo otros cinco hermanos y tres hermanas, y con las sobrinas y los sobrinos me dijeron que ya representaban la mitad de Judson, supongo. Me reprendían tanto, ¿no recuerdas?, por sacar sus fotos a todas horas", se inclina hacia adelante presionando el salpicadero. "Mamá y papá aparecen en su cincuentenario en un par de años, oh nena, no la acuestes, no te acuestes". Golpea el volante. "Mierda. No puedo ver una mierda ahora".

"Sácalo de tu cabeza", dice el Sr. Charlock. "Sólo para. Deja de pensar en eso. En serio".

“Bueno, allí está ella, donde cualquiera puede verla. Como este tipo, ¿el corredor? Está a punto de echar un vistazo".

"Ese no es un corredor", dice el Sr. Charlock.

“¿Qué?” dice Bottle John.

Afuera, el hombre del chándal verde está desacelerando mientras se acerca al coche pardo gritando algo. Aparecen dos cabezas, rubia, morena, dos figuras sentadas en el asiento delantero de ese coche. "Ella es *peligrosa*", dice el Sr. Charlock. "Esta es la razón por la que te dije que no te involucraras, pero si Dios no te permite hablar con ella, si te topas con ella en la acera y le llamas la

atención y dejas escapar la más mínima pista, la menor pista de que tú, la *quieres*, eso es todo. Se acabó". El hombre del chándal verde está apoyando ambas manos en el techo del coche pardo diciendo algo muy serio por la ventanilla medio abierta del lado del pasajero. "Te tendrá a cuatro patas ladrando a la maldita luna si ella cree que puede echarse unas risas con ello".

"Haces que suene como todas las mujeres con las que he salido", dice Bottle John.

"Madura", dice el Sr. Charlock.



"¿Tu razón para irte?"

Fino cabello negro que le cae sobre la cara, las manos dobladas una sobre la otra, relucientes anillos de plata, ankhs, calaveras, cabezas de serpiente y dados. "Se, uh", dice, "se han quedado sin trabajo". Su voz es profunda y sedosa alrededor de esa captura.

"¿Qué tipo de trabajo?"

“Yo, uh, llamaba a algunas personas. Por telefono. Y les hacía preguntas".

"¿Telemarketing?"

“Oh no, no”, se levanta, mira ahora a la mujer detrás del mostrador. Su camiseta negra dice «Kurtzberg Krackle» en letras blancas. "Encuestas. Cosas así. Sin ventas. Pero. Pero tengo experiencia en ventas. Al por menor. Fue en una tienda de comestibles".

Ella se ríe. "Tienes experiencia con la fregona", él frunce el ceño. "¿Limpieza en el pasillo siete?", aún frunciendo el ceño. "Porque tienes que llevarte bien con la limpieza de las cabinas privadas de

vez en cuando".

"Está bien", dice, "quiero decir que está", y luego se detiene y dice "Oh. Um".

"Sí", dice ella. "Um. ¿Algún problema?". Ella tiene un anillo plateado en una de las fosas nasales y un anillo plateado le atraviesa el labio, y lleva un polo a rayas rojas y azules una talla o dos más pequeña. Un michelín se desliza por debajo del dobladillo sobre su gran cinturón negro.

"¿De verdad", dice, "lo hacen, allí, y...?"

"En las cabinas *privadas* de visualización", dice ella. "¿Qué esperabas? También tendrás pajilleros en los pasillos. Chicos que no quieren pagar una cabina privada. Tal vez la biblioteca es demasiado pública para ellos. Encuentran una carátula que les gusta y se la llevan a un rincón en algún lugar fuera de vista", da una palmada en el monitor del ordenador del mostrador a su lado. “Ni piensan en las cámaras de seguridad. O tal vez lo sí".

Él dice: "¿Y tienes que ir y...?"

"Oh, no hay que ir", dice ella, toma el micrófono en el soporte giratorio al lado del monitor y lo aprieta y dice: "Les metemos el miedo a Dios en el cuerpo", con una voz que resuena por los altavoces de toda la tienda. "Hilarante", dice ella soltando el micrófono, "la forma en que se asustan y corren. ¿Seguro que quieres este trabajo? "

Él dice: "Hay cheque de paga, ¿no?"

Ella se encoge de hombros. "¿Cómo supiste que estábamos contratando?"

"Ella me lo dijo", dice señalando. Al otro lado de la tienda, más allá de los bastidores de alambre negro llenos de carátulas de DVD en verdes y naranjas y magentas y montones de bronceados y beiges y rosas con letreros aquí y allá que dicen «Anal» y «Anime» y «Asiáticas» y «Nuevos Lanzamientos», hay una hilera de delgados

maniquíes blancos con camiseta interior y viudas alegres y ligas con lentejuelas y faldas escocesas de colegiala absurdamente cortas. Frente a ellos, una mujer con un impermeable amarillo y una faldita color ladrillo sobre vaqueros remendados y un suéter voluminoso salpicado de ovejas bordadas. Sobre su cabeza una gorra de retales color confeti. Se inclina cerca, casi tocando una borla brillante.

"Tu novia te dijo que buscaras un trabajo en una tienda de porno", dice la mujer detrás del mostrador.

"Yo, eh, supongo que sí", dice. Se está mirando las manos otra vez. Una yema del dedo envuelta en un fajo de vendajes deslucidos.

"¿Supones que te lo dijo?", ella apoya los codos en el mostrador con la barbilla en la mano. "¿O supones que es tu novia?"

"Es", dice, "complicado", suspira y se encoge de hombros delgados sobre las orejas. Se estremece y gira la cabeza de lado a lado, acomodando el cuello. “Ella me dijo que me darían el trabajo, lo cual es bueno, porque es importante. Es lo que ella me dijo".

"¿Te lo dijo ahora?", dice la mujer detrás del mostrador.



El sr. Keightlinger le da a la cadena un último tirón y la envía volando, luego baja del ascensor. La planta más allá de las vigas de acero está sin terminar, abierta y con paneles de yeso con parches blancos, láminas de plástico colgando flácidas, golpeteando suavemente con lluvia. "Me pregunto quién es Joe", dice. Se dirige hacia la sábana de plástico más cercana, la acaricia con un dedo peludo y nudillo. "En serio", dice, mete la mano en la chaqueta y saca un par de gafas de sol. La lente izquierda está llena de arácnidas palabras pintadas con tinta blanca. Se las pone y aparta el plástico a un lado.

Veinte o treinta pisos debajo del río, desatados por la lluvia, los

puentes sobre él marchan uno por uno hacia la profunda penumbra de la tarde, hasta el lejano arco del puente de la Autopista Norte que parpadea con luces rojas y blancas. A su izquierda, el grupo de edificios del centro, la torre de ladrillo, la alta torre blanca con estrechas ventanas oscuras, la torre gris y blanca coronada con la forma de un ala, un jardín en la sombra a la sombra. Más allá de ellos, más allá de una torre solitaria de cristal ámbar rojizo enmarcada por una piedra rosa opaca, todo ella untada contra las oscuras y lluviosas colinas más allá.

"Lado equivocado", dice el Sr. Keightlinger dejando caer el plástico. "Debería haber dicho algo".

Se dirige por la planta vacía y diáfana hacia el otro lado del edificio donde las láminas de plástico empapadas en una suave luz gris brillan ante las sombras. El sonido de la lluvia es más fuerte aquí y, debajo de él, el silbido del tráfico de la autopista. "¿Armenios?", dice. "Eso no importa". Y luego, "Debajo de su cuello. ¿De espaldas?", mira por encima del hombro, todavía con las gafas de sol. "No tiene ningún sentido". El Sr. Keightlinger levanta el plástico a un lado. "Está solo", dice luego lo empuja y sale hacia borde de la planta.

El río abajo, colinas a su derecha oscuras con árboles y tachonadas de casas, la autopista pasando por delante y alrededor de una loma oscura iluminada con faros y luces traseras, a su izquierda, acantilados y árboles, una calle concurrida a lo largo de la orilla del río, más casas. Un rizo de isla como una garra delante de él, como una flecha apuntando hacia él, rebosante de árboles de color verde oscuro y salpicado de amarillos y naranjas de equipos de construcción, andamios, grúas. Más allá, la orilla izquierda se eleva un poco y allí, en los árboles, la plana pared azul celeste de un largo edificio pintado con un águila que extiende sus alas sobre una larga y destartalada escalera que desciende hasta el agua.

El Sr. Keightlinger deja que el plástico caiga detrás de él, se baja un poco las gafas de sol, inclina la cabeza y observa la lejana pared azul, el acantilado, los árboles oscuros, las casas alrededor. Justo más allá de la isla, una repentina confusión de luces, una rueda de la fortuna, un rizo serpenteante de montaña rusa, pero él está

mirando por encima, más allá. Levanta las gafas de sol en su lugar. "Vale", dice. Mueve las puntas de sus zapatos negros que penden sobre la larga caída hacia la inacabada calle debajo, se lame un dedo y extiende el brazo, señalando. Una ráfaga y una explosión humeda, a lo lejos, una mancha de luz rosa florece en el aire sobre las casas más allá de esa pared azul celeste. Arde allí, parpadeando, muriendo mientras chispas blancas y rosas brotan y se tornan amarillas, anaranjadas y rojas y en nada en absoluto a medida que caen.

"El hijoputa tenía razón", dice el Sr. Keightlinger, y su espesa barba se mueve hacia un lado en una pequeña sonrisa.



"El fuerte viento soplaba", dice Ezra y con sus grandes manos cerradas sobre el borde de la mesa, la levanta con un gruñido y la deja caer sacudiendo las letras esparcidas por el mapa. "Y cuando Pedro comenzó a hundirse, gritó y el Señor extendió su mano". Otra vez, y las letras caen y caen, todo menos la X rosa, tercamente fijada allí junto al río en la parte inferior del mapa, donde la cuadrícula de la calle se enrosca alrededor de una lagunita justo al sur de una estrecha isla con forma de garra. "Y yo digo Gloria a Ti, oh, Dios", su voz se eleva, "quien creó a los ángeles, oh, gobernante de los eones, el coro celestial de los eones te canta alabanzas". La X rosa ahora se ilumina, líneas y rayas blancas que la atraviesan mientras él sacude la mesa por tercera vez. "Llamo a mi mano ahora a todos los que se hicieron justos por sus luchas, y en memoria de San Cosme y San Damián", y luego él se echa hacia atrás de la mesa cuando una delgada nube de humo comienza a formarse debajo de la X y el mapa debajo se oscurece. "Los querubines", dice ahora silencioso, sin aliento, "alabado sea Dios, y el coro de ángeles que alaba a la iglesia tres veces bendecida, y la hermandad de los santos bendice al Rey Cristo, nuestro Señor..." La X se ablanda, se hunde , brillando al rojo vivo cuando una llama de fuego alborota el aire sobre ella. Él se frota la mandíbula con su gran mano, sonriendo ahora, perdiendo fuerza, un bulto pronunciado en su traje gris. "Oh,

hermano mío", dice. "Oh, los tenemos".

Se impulsa hacia arriba hasta sentarse nuevamente en el borde de la cama con las manos cruzadas en el regazo, la cabeza inclinada, cierra los ojos y respira hondo. El único sonido en la habitación es el crepitar del fuego moribundo que se come un agujero en el mapa. "Escúchame, Padre mío", dice, su voz es ahora un susurro, un aliento apenas cayendo de sus labios apenas separados. "Padre de todas las paternidades, de la luz infinita, haz que todos sean dignos de recibir tu bautismo de fuego y libéralos de sus pecados y purifícalos de sus transgresiones, sí, escúchame Padre mío mientras invoco tus nombres imperecederos, los nombres que están en el tesoro de la luz", y se detiene un momento, se lame los labios, los ojos aún cerrados, y dice" Azarakaza A", y luego dice" Amathkratitath", y luego, su voz se vuelve más fuerte, más fuerte, más fuerte, dice "Yo" y "Yo" y "Yo" y "Amén, amén" y grita ahora y dice "Yaoth Yaoth Yaoth Phaoph Phaoph Chioephozpe, Chenobinuth, Zarlai Lazarlai Laizai"

El Sr. Charlock se sienta / la Espada en el suelo / Baker, Juliet, India

El Sr. Charlock se sienta sobre una carpeta de listines telefónicos vacía en el fondo de una cabina de teléfonos, con las rodillas dobladas, los brazos estirados, el auricular verde grisáceo presionado contra su mejilla. "Jesús, estaban por toda la ciudad hoy", dice. "En autobús hacia Hawthorne y se dirigieron directamente a la maldita casa del Duke, desayunan con él, y luego se van en su automóvil para hacer un recorrido por todos los puntos importantes del Sudeste. Te lo aseguro...escucha", se inclina contra el lateral de la cabina telefónica. "Ojalá hubiéramos sido tú y yo, o solo tú y yo en otra maldita reunión del consejo...", golpea el auricular contra el lateral de la cabina telefónica. "Sí, lo que sea", grita en el aparato, luego vuelve a colocar el auricular contra su mejilla. "¿Cómo fue trabajar con el llamado hermano?"

Se recuesta en la parte trasera de la cabina telefónica, escuchando. Sobre su cabeza, una pegatina medio despegada dice que alguien ilegible es un capullo. A su lado, una pegatina con forma de taxi. «Llame a Radio», dice. Alguien ha garabateado un monstruo en tinta negra con una gran cabeza asomando por la ventana del taxi, una mano en el cambio de marchas recorriendo el capó del taxi. El Sr. Charlock se estremece de repente, se sienta de golpe. "Mierda. ¿En serio? De acuerdo. De acuerdo. ¿Y qué te dije yo? Jodido Sureste. Oh, no me digas que ambos sabemos que es él. Me debes diez dólares. ¡No me importa, me debes diez dólares por principio general!", sonrie ampliamente. "Sí. ¿Qué? Sellwood. Te lo dije, todo el jodido Sudeste. Si, Sellwood. No sé, este lugar de locos en un terreno vacío junto al río. Todo ventanas y puertas y chatarra y madera y esa mierda", su sonrisa se disipa ahora, se encorva hacia adelante. "No sé, a un par de bloques de distancia. Tenía que encontrar... tenía que encontrar un teléfono", una mano en la jamba de la cabina de teléfonos, se pone de pie. "¿Un qué? ¿Edificio azul? ¿Junto al río?"

Fuera de la cabina telefónica, en el borde del estacionamiento, una escuela vacía y más allá de la escuela se cierne sobre los árboles

un gran edificio en bloque con una alta pared de color azul celeste. Arriba, en las nubes de arriba y detrás, un tinte rosado descolorido, un destello, unas últimas chispas moribundas que se trazan un arco hacia el suelo a un par de bloques de distancia.

"Mierda", dice el Sr. Charlock. "¿Ese eras tú? Estaba buscando un maldito teléfono, no...”, se gira hacia la cabina telefónica. No hay teléfono dentro de la cabina. El cable del auricular está metido a través de un agujero en la cabina donde solía estar el teléfono. "Es un... es una jodida coincidencia, eso es todo. Si. Está bien, aún cuando no sea por el Duque y la Prometida, ¿y qué?, joder. Todavía no tiene nada que... podría no tener nada que ver con John ni su así llamado... bueno, seguro. ¡Ven aquí abajo! Qué coño", el señor Charlock tira del cable del agujero de la cabina telefónica y se queda allí un momento con el auricular en la mano. Enrolla el cable y se lo guarda en el bolsillo. "Mierda", dice de nuevo.

Se gira bruscamente y baja la acera. Arriba en el cielo, el brote rosado casi ha desaparecido. Él echa mano mientras camina al nudo de su corbata y tira de él para aflojarlo. Desabrocha el botón superior de su camisa.



El sr. Keightlinger le devuelve el teléfono al joven del traje azul marino, que lo cuelga del soporte en el escritorio vacío de cristal y madera rubia en medio del vestíbulo acristalado. En los caballetes esparcidos hay representaciones de un edificio terminado, fotos de hombres y mujeres sonrientes, planos de planta en tinta blanca sobre papel azul. «Ático», dice uno. «240 metros cuadrados» dice otro. "Eso fue extraño", dice el joven del traje azul marino.

"Joe te dice hola", dice el Sr. Keightlinger.

La cara del joven se ilumina. "¡Oh! Joe ¡Cierto! ¿Conseguiste lo que necesitabas? ¿Todo bien? ¿Algo más? "

"No hay coincidencias", dice el Sr. Keightlinger volviéndose y alejándose.

Estacionado en la calle afuera, un coche negro a través del cristal verde marino. "¿Isla Ross?", dice el Sr. Keightlinger para sí mismo. “¿Sellwood? Isla Ross”, saca el llavero del bolsillo mientras empuja la puerta del vestíbulo.



Es una espada corta y recta, cuya hoja tiene dos dedos de ancho desde la cruceta hasta su longitud visible, la empuñadura envuelta en desgastado cuero blanco y amarillento con un largo mango, gavilanes y pomo pesado y plano, reluce con frío brillo plateado incluso a la cálida luz de la lámpara. El suelo donde ha sido clavada está chamuscado, la madera agrietada es negra y áspera como el carbón en un limpio anillo alrededor de la hoja vertical.

"Es bueno que hayas venido", dice el hombre de corta estatura en la puerta, vestido todo de negro, vaqueros negros, botas negras y un polo negro. "Como puedes ver, bailar es un poco incómodo, desde que tu hermana se fue", su barba es un susurro de rizos domesticados justo al lado de la barbilla.

El hombre a su lado no dice nada. Una cabeza y media más alta, al menos, está usando pantalones de franela grises salpicados de blanco, negro y rosa y un voluminoso suéter azul. Su cabello blanco adornado con toques de oro, colgando en trenzas enredadas más allá de sus hombros. Entra en la habitación y se acerca a la espada, pisando cuidadosamente ante ella, se arrodilla a su lado. Roza a lo largo del pomo liso y pesado con los dedos, levanta la mano bruscamente. Se acaricia la barbilla. "Es de ella", dice.

"Perdón, Mango de Hacha", dice el hombre vestido de negro, "pero eso nunca estuvo en duda".

"Es de ella, Buenamigo", dice el hombre de las trenzas,

poniéndose en pie. "No puedo sacarla".

“Tampoco puede dejarla aquí, señor. Todo el debido respeto".

"Piensa en ello", dice Agravante, una mano llena el aire al buscar la frase adecuada, "como un tema de conversación. Las historias que puedes contar. La espada, en tu salón de baile".

"Solo hay una historia que contar sobre eso", dice Robin. "Señor. Y todos ya la saben".

"Ella regresará", dice Agravante. Mira la espada de nuevo. Camina junto a ella. "Ella regresará, y cuando entre por esa puerta...", señala la puerta de entrada más allá de las escaleras"... y levante esta espada de nuevo...", deja caer su brazo. "*Esa es* la historia", le dice a Robin. "No puedes arriesgarte a perder *eso*."

Robin se para en la puerta con los brazos cruzados sin inclinarse a ningún lado. "Todos son bienvenidos en mi casa", dice. "Si ella entrara por esa puerta, le haría una copita con mis dos manos para saber dónde había estado, pero dejó su espada allí y se fue sola. Ella está sin linaje, sin casa, sin estandarte ahora. Su significado era bastante claro".

"Todavía tiene un hermano", dice Agravante en voz baja. Y luego, "Piensa en ello como un favor que te hago y una bendición, yo..."

"No le debo ningún favor a nadie", dice Robin rápidamente. "A cambio, pido que no se me deba nada". En algún lugar detrás de él, en la casa, una carcajada, "¡No, no, espera!", llama alguien, y con un resuello y un golpe, se lanza algo de música de conducción. Varias habitaciones de distancia. Agravante se encoge de hombros. “Pues aquí se queda”, dice, “y no te debo nada por eso. No puedo sacar esa espada".

"Quieres decir que no lo haréis", dice Robin. "Señor".

"Y porque no lo haré, no puedo", dice Agravante alejándose de la espada en el suelo hacia Robin en la puerta. Sácala tú mismo si quieres. Recogeré mi abrigo ahora y me iré después de agradecerte

por una tarde encantadora".

Robin se hace a un lado y Agravante pasa a su lado, y aquel regresa a la casa y regresa a la música.

"Maldita sea", dice Robin Buenamigo.



Dos calles residenciales jalonadas de coches estacionados, una simple intersección, el pavimento pintado en un gran círculo que se extiende de esquina a esquina en amarillos y blancos, un girasol desvanecido por el clima y el tráfico que se abre bajo el cielo oscuro. Las casas se sientan cómodamente en tres de las luces de las esquinas que brillan frente a la noche de la reunión, y en tres de las esquinas, junto a las aceras, se han construido puestos, pequeños quioscos de chatarra y madera pintados en colores primarios oscurecidos por la edad. «La Biblioteca» dice un letrero sobre un puesto, y los viejos libros de bolsillo están metidos en un estante detrás de una mugrienta puerta de vidrio. «Té» dice otro letrero sobre otro, y un par de termos y algunas copas y tazas viejas y tarros y latas de té en los estantes debajo.

En la cuarta esquina, una alta puerta roja recién pintada con luces blancas colgadas a su alrededor. Dos viejas ventanas con paneles cuelgan en el aire a cada lado de ella, los cables se pueden ver colgados de las ramas de los árboles y de la puerta. Más allá de una destartalada confusión que se acumula, desde ventanas y puertas y madera desnuda a techos de hojalata y plástico translúcido brillando a la luz de lámparas, los árboles del espacio entran y salen de la estructura construida a su alrededor. Uno de los coches estacionados cerca de la puerta es de color pardo y tiene una franja negra en el costado. A un bloque más o menos, el coche naranja con el polvoriento trapo negro. Botella John se sienta al volante mirando el teléfono doblado en la gran palma pálida de su mano. Pegada al parabrisas, una página arrancada de una revista, una fotografía de un hombre, con botas hasta la cadera y un

sombrero con señuelos de pesca, apoyado en el guardabarros de una camioneta nueva. "Esperemos que tengas razón", le dice al teléfono y lo guarda en el bolsillo de la chaqueta. Se inclina hacia adelante para alcanzar un revólver de nariz chata, casi tan pequeño en la mano como el teléfono. Lo mira, abre el cilindro para revisar las balas, contándolas por lo bajo. Lo cierra. Coloca el revólver en el asiento a su lado, debajo de un pliegue de su chaqueta, mirando hacia atrás por encima del hombro mientras lo hace. El señor Charlock viene por la calle hacia el coche.

El sr. Charlock abre la puerta del pasajero, pero no entra. Se pone en cuclillas y juguetea con el lateral del asiento hasta que este se inclina hacia adelante, luego sube al asiento trasero y cierra la puerta tras él, tirando del asiento delantero hacia atrás.

“¿Has hecho lo que necesitabas hacer?”, dice Botella John.

"Sí", dice el Sr. Charlock. "Voy a echarme un minuto o dos", se acomoda en el estrecho asiento trasero, rodando sobre sus rodillas, estirando las piernas todo lo que puede.

"¿Te importa si me quejo?", dice Botella John. "¿Mientras estamos mirando?"

“¿Tienes algo que quieres quitarte del pecho?”

"Algo así", dice Botella John levantando el pliegue de su chaqueta, el revólver en el asiento.

"Sírvete tú mismo", dice el Sr. Charlock cerrando los ojos y cruzando las manos sobre el pecho.

"Sabes que dejé el servicio hace un par de años", dice Botella John. "Pero no me fui exactamente bajo el color de la ley, ¿sabes?", con cautela, toma el revólver. "No es que me consideren Ausente Sin Permiso Oficial ni nada, sólo piensan que todavía estoy en algún lugar donde no estoy. ¿Ves?, yo estuve en el Cúpula A".

"¿Sí?", dice el Sr. Charlock.

"Tú has estado fuera del circuito, estoy seguro. La Cúpula A. El fondo del mundo, hombre. El fondo del jodido mundo", mete el dedo en el gatillo. “La estación Kunlun. ¿Operación conjunta con el Tercer Instituto de Investigación del PLA? Habían estado *escuchando* cosas. En el hielo. Tenían a su gente, desplegamos una tropa completa. Y tres doctores, hombre. Tres mamones como tú. Baker, Juliet e India", el arma tiembla en su mano. Él la envuelve con su otra mano para estabilizarla, la deja quieta. "Mira en nuestras chaquetas", respira hondo, "estoy seguro de que verás algo sobre un helicóptero de transporte cayendo en Afganistán o algo así. No hay sobrevivientes. ¿Y sabes que todavía no tengo idea de si logramos salvar al mundo allí o no? Algunos días no creo haberlo logrado. Algunos días creo que todavía estoy allá abajo y todo esto sólo soy yo soñando lo que sea que me queda. Bueno", levanta el brazo de pronto para apuntar el arma hacia el asiento trasero. No hay nada más que un traje negro vacío, una camisa blanca, una fina corbata negra aún enrollada bajo su cuello desabrochado.

Botella John parpadea.

"Ouh, *demonios*, no", dice abriendo la puerta de un tirón, sacándose del coche con un revolver apuntando hacia el asiento trasero vacío. Se levanta lentamente, mira a su alrededor, el arma no vacila ahora, estable, firme.

"Demonios, no", dice Botella John nuevamente.

Afuera, en la intersección, a un bloque más o menos, el aire sin lluvia que pintaba girasolses temblorosos ondula, un borrón de calor, y de allí un leve aullido de trompeta, de viento, un rugido de leones y de fuego. La cabeza de Botella John se mueve de un lado a otro, el aire en movimiento, el coche naranja, "Maldita sea", dice lanzándose hacia el coche, apunta con el arma detrás de él, gira para apuntar el arma hacia la acera del otro lado. No hay nadie ahí. La luz se derrama desde el agujero en el aire sobre el girasol ahora, luz y plumas, un gran ala desplegándose y otra, y otra, la intersección se llena de luz solar. "Hijoperra", murmura Botella John. Comienza a caminar hacia la luz del sol, mirando hacia atrás mientras lo hace, su arma aún apunta hacia el coche. "*Hijo* de perra, no estamos preparados, *no estamos preparados*", rompe en una

carrera rápida, bordea la intersección llena ahora con luz brillante y alas, y entre las alas se abren lentamente los ojos del color de la tierra sombreada y la madera pulida y la seca hierba muerta y los cielos del desierto. Le dedica un último vistazo antes de girar y abrirse camino a través de la puerta roja.



El humo blanco grisáceo se eleva desde la mesa humeante en vertiginosas espirales para fundirse en nubes que abrazan el techo. Deja el teléfono en la base de la mesita de noche y se pone de pie, luego, apoyando pesadamente una mano en cada una de las camas de matrimonio, se abre paso por el estrecho pasillo entre ellas. "Hazlo bien", dice resoplando por el esfuerzo. “Hazlo bien, John. Hazlo bien.” Deteniéndose a los pies de las camas, en posición vertical, cargando su peso en sus piernas ahora, no en sus brazos. Al otro lado de la habitación llena de humo, en la alcoba oscura junto al baño, su silla de ruedas espera. "Anaharath", dice cerrando los ojos. "Ashbel y Baara. Cuth-Cuthah", canturrea los nombres levantando las manos de las colchas, ahora levantado sobre sus propios pies. “Elealeh y Esh-ban. ¡Ur, Uri, Urías, Urim! ¡Zephat y Zephon, Zethar, Zuph!”

La puerta del baño se abre de golpe y se estrella contra la silla de ruedas, golpeándola contra el lavabo. La brillante luz fluorescente atraviesa el remolino de humo. Los ojos de Ezra se abren sorprendidos y él tropieza, agitando los brazos en busca de equilibrio, pero falla al atrapar el extremo de cualquiera de las camas al dar la vuelta y cae al suelo. El Sr. Charlock sale desnudo del baño a través de ese rayo de luz con una mano levantada. El pulgar levantado, dos dedos enroscados y dos dedos apuntando hacia la cara estupefacta de Ezra. "Tú", jadea Ezra, "¿cómo...?"

"Soy mago, jodido mamón idiota", dice el Sr. Charlock. "¿Crees que me engañaste por un minuto?"

"Por favor", dice Ezra girando sobre el vientre, "por favor, deja de

lado tu ira...estamos aquí por el hechicero, Leir, no tú, no tu compañero. Todavía hay tiempo...", planta la manos en el suelo empujándose medio en posición vertical, levantando una de esas manos hacia el Sr. Charlock, implorando: "Por favor", dice. “Por favor, arrodíllate ante el Señor en su Majestad y su ira. *Todavía. Hay. Tiempo*".

"¿Sí?", dice el Sr. Charlock bajando la mano, con el pulgar aún ladeado. "¿Leir? ¿Crees que Leir está cerca de *cualquier* mierda de esta?”

"Pero..." dice Ezra y el Sr. Charlock levanta la mano nuevamente y dice: "Cállate. Quédate quieto. Esto te va a joder ferozmente".

la Mujer arrodillada junto a la bañera

La mujer arrodillada junto a la bañera no lleva nada más que unas finas gafas con montura negra. Con la barbilla doblada, solo mira sus manos plegadas una sobre la otra en su regazo. En el piso de baldosas blancas a su lado, una bandeja ovalada de cobre; y en la bandeja una placa de oro y un cuchillo de hueso, un embudo de plástico blanco, una jarra Rejobán con una película de un residuo lácteo. Al lado de la bandeja, una pila de gruesas toallas blancas dobladas. El baño es grande y esta forrado de pequeños azulejos hexagonales blancos, las líneas de lechada oscurecidas con la edad y la mugre. La bañera se asienta sobre sus cuatro patas en garra sobre un bajo pedestal en bloque en un extremo de la habitación, debajo de una ventana de vidrio esmerilado, totalmente blanca en todo ese blanco.

Su nariz se contrae moviendo sus gafas. No levanta una mano para rascarse. Su cara ha sido cuidadosamente pintada, sus labios son un exagerado arco de Cupido en un espeso rojo brillante, sus párpados cepillados con oro sobre pestañas largas y oscuras. Ella parpadea. Su nariz se contrae de nuevo. No levanta la vista. Sus manos no se mueven de su regazo.

La bañera esta llena casi hasta el borde de agua inmóvil, tensa con cuerdas algo viscoso blanco. Una mujer estirada sobre su espalda sumergida, ojos cerrados, su cabello negro flotando suelto, rizos enredados alrededor de su cabeza y hombros, zarcillos en bucle sobre su rostro, sus senos y sus brazos. Sus manos flotan flácidamente a ambos lados. Una burbuja de aire surge de una de las fosas nasales para temblar un momento antes de su liberación, brujuleando hacia arriba y arriba a través de mechones de cabello oscuro y hebras de cosas blancas, lentamente, muy lentamente, hasta que se tambalea y alcanza la superficie del agua donde se aferra a su parte inferior. momento antes de romper el silencio con un diminuto pop. La mujer junto a la bañera parpadea rápidamente detrás de sus gafas pero no levanta la mano, no gira la cabeza. En la bañera, las manos de la Reina se mueven ahora, lentamente, revolviéndose, enredando, triturando los mechones en cuerdas, en

nubes lácteas alrededor de sus dedos. Con la cabeza rodando lentamente, muy lentamente de un lado a otro, los ojos aún cerrados, los labios se separan lo suficiente como para liberar una bocanada de humo, rojizo, negro parduzco, y donde ondea en el agua las cuerdas lácteas se retiran, se separan en el agua que comienza a ondular contra los lados de la bañera, agua con un brillo grasiento. Los ojos de la Reina se abren entonces en el agua, en estado de shock, aterrorizados mientras su boca se abre alrededor de una gran gota de las cosas que salen de ella. Una mano rompe la superficie del agua con un chapoteo para alcanzar algo, y la mujer arrodillada junto a la bañera no extiende la mano para agarrarla, no levanta la vista. La Reina se apoya en un codo y ahora baja la mano en el aire inútil, se impulsa arqueando la espalda hacia arriba y arriba, el agua se desliza de su cara y se retira el cabello hacia atrás con el peso, su boca aún abierta, la garganta salta, los ojos aún abiertos, buscando mientras el agua fluye de ellos y ese material del color de la sangre vieja gotea de su boca y nariz por sus mejillas, su garganta, su pecho y hombros. El agua en la bañera se oscurece, se aclara. Un jadeo lacrimoso y la Reina comienza a respirar, sacudiendo la cabeza, levantando el pecho, un pie chirriando contra la bañera mientras intenta apoyarse, y la mujer arrodillada junto a la bañera ha cerrado los ojos y tiene las manos en el regazo dobladas, juntas.

"Anna", dice la Reina. "Una toalla".

Y ahora la mujer junto a la bañera se inclina hacia adelante, levanta una toalla del montón y la abre, entregándosela a la Reina, quien se limpia la cara, la boca, la barbilla y la garganta. "Estas tendrán que quemarse", dice ella.

"Madam", dice Anna.

La Reina se pone de pie y deja caer la toalla sucia sobre los azulejos. Anna le pasa otra, y ella se frota las cosas pegajosas a lo largo de sus hombros y brazos, sus senos y barriga. “Escúrrela. No la dejes en los desagües. Viértelo en cubos y avisa a Cragflower cuando hayas terminado. Él sabrá dónde llevarlo. Deja caer la toalla y levanta un pie hasta el borde de la bañera, y Anna, arrodillada de nuevo, la seca con otra toalla. "Madam", dice Anna. "¿Todo ello?"

"Se ha vuelto salobre y agrio", dice la Reina. "Hay que reunir más e intentarlo de nuevo", limpio y seco el pie, da unos pasos para colocarlo sobre el pedestal de azulejos y levanta de la bañera el otro pie goteante.

"¿No se puede hacer nada?", dice Anna frotándolo.

La Reina arrodillada allí en el pedestal a su lado, se arranca la toalla manchada y la deja caer al suelo junto a ellas, toma la cara de Anna en sus manos. "Límpiate tú misma cuando hayas terminado", dice la Reina. “Sé muy cuidadosa y minuciosa. No te tendré enferma".

"Madam", dice Anna.

Coda 10

«Vigilar» ha encontrado el mismo tipo de resistencia crítica que una vez se le otorgó a otras formaciones posteriores, como «diagnosticar» y «donar». Queda por ver si también llegará a ser considerado como útil o inaceptable.

—the American Heritage ® (La Herencia Americana) Libro del Uso del Inglés

N° 11: Rondas

La luz del Televisor / ¿qué hora es?

La luz del televisor parpadea sobre mantas enredadas en la habitación oscura. Es un modelo grande de pantalla plana colgado en la pared sobre cajones de madera rubia al pie del futón. En la pantalla, un hombre con un sombrero de copa blanco y frac baila delante de un coro de gospel mientras una pareja de hombres con monos naranja lo rodean en patines. Si no vienes a verme hoy, dice la televisión, no puedo ahorrarte dinero. Alguien ronca ligeramente. Al pie del futón, una pila de cajas de zapatos vacías, un par que dice «Converse», una más grande que dice «John Fluevog». Un paquete naranja de cigarrillos abierto por un extremo. «Djarum», dice la etiqueta. «76». El anuncio termina con una fanfarria y cambia la luz del televisor. Un hombre con traje oscuro saca comida para gatos de una lata a otra en una cocina verde menta en colores pastel. Está tarareando junto con la banda sonora. Una toma de un gatito atigrado arañando y maullando en las puertas de la cocina. Los ronquidos se atascan y se detienen y un pie descalzo sale de debajo de las mantas cuando Jo se da la vuelta. Envuelto en una túnica blanca, esponjosa y limpia, con cinto suelto que cae de un hombro. "Oh, el gato tiene hambre, cierto, cierto", dice la televisión. "Te prepararé la cena en cuanto me fume un pitillo". Jo toma una respiración profunda y agitada y los ronquidos comienzan de nuevo. En la cabecera del futón, una baja repisa pintada de blanco, un cenicero de vidrio con tres o cuatro colillas, un vaso ancho de fondo grueso, una mancha de algo de color ámbar que queda dentro. Media docena de cajas de DVD, la mayoría de ellas todavía dicen «Dispositivo de Cierre de Seguridad» a un lado y tres libros acostados, el primero con un recibo escondido dentro. Una espada en una vaina negra lisa, su guarnición es una red brillante de hebras alrededor de la empuñadura, su extremo es una gran pomo plateado. Alguien gime.

La puerta del baño está cerrada. El interior está oscuro excepto por tres velas en la parte posterior del inodoro. Ysabel, sobre la

alfombrilla de baño en ropa interior de encaje negro, pelo rizado sobre el costado con un gran enredo negro extendido a través de los mugrientos azulejos, sus brazos tiemblan apretados sobre ella. Jadeo. Un sollozo y otro. Sus labios se mueven, los lame y traga, su mejilla contra las baldosas, dice con voz entrecortada: "¿Podría yo encantar, si fuera eso legal?", y tose o quizá ríe, y luego dice con voz baja y gastada, "a ella encantaría, suavemente, para que nadie escuchara..."

Se incorpora, se apoya en el lavabo, levanta la mano ante su reflejo sombrío e incoloro. Su dedo índice y su dedo medio, juntos, extendidos, brillando a la luz de las velas. Presiona las yemas de sus dedos contra el espejo y con un chirrido las pasa por el puente de la nariz de su reflejo dejando una estela manchada y borrosa que borra los ojos. "A la mierda la naturaleza más sabia", dice ella negando con la cabeza, su reflejo gira, cae mientras ella se sienta en la alfombra del baño, la mancha queda atrás, atrapando la luz de las velas. Ysabel se inclina para girar una perilla en el calentador del zócalo y luego, abrazándose a sí misma, se acuesta nuevamente de espaldas a ella mientras un zumbido de mosquito sube un par de niveles y algo en algún lugar del interior comienza a zumbar suavemente. Ella cierra los ojos, con la boca en línea recta. De un gancho en la puerta cerrada cuelga una túnica blanca y esponjosa, el cinturón cuelga de un lazo suave hasta arrastrarse por el suelo.

La luz de las velas atrapadas en esa mancha en el espejo se enciende, estalla. En el suelo, Ysabel no se mueve. Cuatro chispas, cinco, quedan brillando en el espejo, latiendo un poco ante el parpadeo de las velas, desvaneciéndose. Alejándose del espejo, tres motas de polvo de oro brillante, cuatro, que se deslizan hacia abajo y abajo para asentarse en el borde del lavabo. Una de ellas y otra aterrizan en gotas de agua, aún en pie junto a un grifo, donde se ennegrecen y desaparecen.



"No lo sé", dice Jo en su bata blanca sentada en el futón,

comiendo cereal naranja de un oblongo tazón de plástico amarillo. En la gran pantalla en la pared detrás de ella, una niña de dibujos animados con zahones y botas de cowboy y una larga bufanda blanca dispara silenciosamente sus enormes pistolas a un robot gigante.

"¿Son las diez en punto?", dice Ysabel en ropa interior negra, acurrucada en una de las sillas de hierro forjado, los talones en el cojín y los brazos alrededor de sus espinillas. En la mesa de café con tablero de cristal, un recipiente de plástico rosado y oblongo vacío y una caja de cereal abierta que dice «DO». "¿Las diez y media?" Apoya su mejilla sobre sus rodillas.

"No tengo ni idea", dice Jo. Su voz es áspera y lenta. "Quizá. Salimos hasta tarde".

“¿Son casi las once?”

"Dios, *maldición*, Ysabel", dice Jo inclinándose y agarrando un teléfono negro vidrioso del estante a la cabeza del futón. Aprieta el único botón en su panel. "Las diez menos cuarto", dice ella. "¿Bien? ¿Feliz?”, lanza el teléfono al estante de nuevo.

"Dijo que podías volver el lunes", dice Ysabel girando la cabeza, la barbilla ahora sobre las rodillas. Mirando por la ventana. "Y no volvimos el lunes". Jo está recogiendo más cereal. "Ni el martes, ni el miércoles, ni el jueves..."

"¿Hay algún argumento?", dice Jo secando un poco de leche de la barbilla.

“Dijiste que querías aprender de él. Que querías aprender a usar la espada".

“¿Tienes hambre?”, dice Jo. "¿No tienes frío?" Ysabel descansa la mejilla sobre sus rodillas de nuevo. "Estaba pensando", dice Jo, "no sé. Tal vez sería inteligente si ambos usáramos un poco de tiempo para enfríar las cosas. Él y yo".

"¿Y él sabe eso?", dice Ysabel.

“Jesús, ¿querrías ponerte una jodida *camiseta*?"

Ysabel no se mueve, y Jo mira hacia otro lado, mira hacia abajo, coloca el tazón en el estante. En la televisión detrás de ella, la chica de los zahones y botas de cowboy se ve recortada por una enorme explosión naranja. "Como quieras", dice Ysabel entonces, y se despliega estirando los brazos y las piernas y, aún sentada, se inclina para agarrar una camiseta blanca del suelo, sacándola de debajo de la lanza negra que sobresale bajo la mesa de tablero de vidrio. Jo se inclina sobre el futón, escarba en la ropa que atesta los cajones de madera rubia y se sienta con un cargamento de cosas, todas negras. Alejándose del futón, sosteniene la bata cerrada mientras se pone de pie. Ysabel observa mientras Jo pasa hacia la pequeña cocina del pasillo con la bata bajo un brazo. "No solías vestirte en el baño", dice Ysabel.

"No solías dormir en el baño", dice Jo cerrando la puerta.

“¿Es el Dinero?” / Lo que se Llevan / Poco más que un Armario / ¿Por qué lo Hace?

“¿Es el dinero?”, dice Ysabel.

"¿Qué?", dice Jo. "No. Elige lo que quieras. Lo que sea. No me importa". Pasa los vestidos de un lado del estante al otro sin mirarlos en realidad. Su abrigo de cuero suave y de color mantequilla aún va adornado con gotas de lluvia.

"No", dice Ysabel, "quiero decir, ¿fue por el dinero?", girando un par de botas en sus manos, cuero marrón gastado, puntas afiladas, tacones altos. “Podría haberte dado lo que quisieras, ¿sabes? Cuando... cuando lo quisieras", lleva una gabardina blanca desabrochada sobre un ajustado vestido y camiseta estampada con una Batgirl rubia en púrpura y gris. "Antes de que lo regalara todo", vuelve a poner las botas sobre el estante.

"Eso", dice Jo y deja de examinar los vestidos. ¿Y qué hay de lo que necesitábamos? ¿Eh? ¿Qué hay de lo que necesitábamos? Todas esas veces que te mandé a la mierda por comprar té de durazno que no podíamos pagar, ¿alguna vez pensaste en decir eh, oye, espera un minuto, aquí tienes veinte dólares que tengo en mi bolsillo? Eso", saca algo del estante, un vestido de verano, cuadros azules y amarillos. "¿Qué piensas, eh?", dice sosteniéndolo frente a ella. “Demasiado veraniego. Sí", lo deja en el estante. “Lo hiciste una vez. Le diste el dinero a Timmo por la identificación falsa. Le dijiste que lo gastara todo en un sólo lugar. ¿Por qué le dijiste eso? "

"Jo", dice Ysabel.

“¿Cuánto tiempo duró ese dinero en su bolsillo? ¿Cuánto tiempo antes de echara mano y viera que había desaparecido?

"Jo", dice Ysabel, "esa tarjeta es lo mismo".

"Una mierda lo es", dice Jo. "Todavía está aquí, en mi bolsillo. No se ha convertido en polvo, cenizas, hojas o lo que sea".

"¿Qué pasa con el...?"

“¿Cuánto tiempo duró en su bolsillo? ¿Cuánto tiempo duraría en el mío?”, Jo se dirige al siguiente estante del pasillo, pasando su mano, clac-clac, a lo largo de las perchas.

"Solo son dibujos en papel", dice Ysabel. "Fácil de hacer".

“Fácil viene, fácil se va. ¿Cuánto tiempo? Timmo no salió gritándo que le habíamos estafado, así que al menos será... ¿media hora? ¿El tiempo suficiente para comprar el desayuno, tal vez, en lugar de quejarse de la pizza fría? Solo que nuestro camarero va a servirnos y Timmo está corto de pasta porque uno de sus billetes de veinte ya no está ahí, se ha convertido en un rayo de luna o en telarañas o lo que sea la mierda que pase".

"Esa tarjeta es una promesa de pago", dice Ysabel, quien sigue la hilera de bastidores. "Pero no vas a pagar, ¿verdad?"

"Diablos, espero que no", dice Jo.

“Entonces, ¿quién es? ¿Cómo es eso diferente? "

"Porque es todo diferente, no sé. Entre bancos. Números en un ordenador. Y de todos modos, los bancos no le dan una paliza a quien está junto a ellos cuando descubren de pronto que su billetera ha perdido peso".

"¿Es así como funciona?"

"No lo sé. Dímelo tú", Jo sostiene un vestido camisero en negro y gris con puntos rosados y blancos aquí y allá. "Qué piensas. ¿Rockabilly recatada?", empuja el vestido hacia atrás con un susurro. “Tú querías venir aquí. Busca lo que quieras, no me importa. Iré a mirar algunas camisetas, quizá", se da vuelta, camina por el estante hacia la otra habitación grande.

"Deberías hablar con él, Jo", llama Ysabel detrás de ella. Jo se detiene, gira su mano sobre su cadera, ese abrigo amarillo que se

abre sobre su satén negro y sus vaqueros negros. "Él te dijo que era porque eres un caballero", dice Ysabel.

"Es mi dote", dice Jo.

"El Carro no tiene una tarjeta como esa", dice Ysabel.

"¿Qué?", dice Jo caminando por los estantes hacia ella, "¿se las arregla con su encanto? Creo que te estás perdiendo el sentido del asunto. Si esta tarjeta funciona, y hasta ahora lo ha hecho, entonces *nosotras* no tenemos que ir. ¿Vale? No más llamar a personas al azar para preguntar qué piensan sobre esta medida de voto electoral. O la última vez que fueron al puto Depósito de Mascotas. O cuán felices están con su cuenta corriente. ¿De acuerdo?

"¿Y evitará que nos desalojen?", dice Ysabel.

"Él también está trabajando en eso", dice Jo.

"Tienes que *hablar* con él", dice Ysabel. "¿Qué puede hacer él que yo no pueda?"

"Bueno", dice Jo, "desde el principio, apuesto a que no va a tratar de acostarse con el administrador nocturno".

Ysabel mira hacia otro lado, luego comienza a caminar volviendo por los estantes, pasando al lado de Jo. "Tienes que saber en qué nos estás metiendo", dice ella dirigiéndose a la otra gran sala. "¿Adónde vas?", dice Jo siguiéndola. Pasa estantes de viejas camisetas y pantalones serigrafiados, abrigos y chaquetas, un expositor de calcetines blancos hasta las rodillas impresos en los lados con lemas que dicen «Whisky» y «Bacon» y «Kosher» y «Brooklyn». Más allá de las cajas registradoras, carteles burlesque de color diurno cuelgan sobre las altas paredes rojas. "¿Ysabel?" Más allá del último estante de ropa, un tigre gigante de peluche descansa en el estante superior, ella atraviesa una de las puertas de vidrio hacia un lluvioso día incoloro y claro. Ysabel se detiene un momento y saca un sombrero blanco arrugado de debajo del brazo, lo sacude, lo mira en sus manos antes de colocarlo en su cabeza. Jo la agarra del brazo. "¿Qué coño, Ysabel?"

"Vamos a ver al Duque", dice Ysabel. Señala calle abajo, más allá de carteles que dicen «Pan» y «Tinta» y «Bagdad» y «Ciudad Desnuda» y «La Famosa Coney Island de Nick». "Tres bloques", dice ella y se da vuelta y comienza a caminar.

"¡Ysabel!", llama a Jo detrás de ella. "Jesús. ¡Está lloviendo! "

"¡Es Portland!", vuelve a gritar Ysabel. "¡Siempre está lloviendo!", espera a que pase un coche, luego cruza la calle lateral. "Excepto en verano", se dice a sí misma. "Cuando se vuelve el extraño lugar del desierto". Jo trota tras ella con la cabeza descubierta y las manos apretadas en los bolsillos de su abrigo.



Atravesando las puertas dobles abiertas y apoyadas en el vestíbulo de azulejos en blanco y negro, Jo se quita el agua de lluvia del cabello corto y oscuro. "Hiciste trampa", dice ella.

Ysabel, con una bota blanca ya en el primer escalón ancho pintado de blanco, no se gira, pero se detiene con una mano en la corona de su sombrero blanco, y dice: "Esa es una acusación grave".

“Este fue tu plan. No querías ir de compras en absoluto".

"Eso", dice Ysabel quitándose el sombrero y mirando por encima del hombro. "Por supuesto que quería ir de compras".

"Y terminaste llevándonos a un lugar a un par de bloques de la casa del Duque", Jo mira el vestíbulo a su alrededor, a la amplia escalera, el letrero debajo de ellas que dice «Horno de la India», el grupo de camisetas teñidas colgando en la puerta de enfrente. "¿Esta es la casa del Duque?", un hombre se agacha bajo las camisetas. "Señoras", dice, "discúlpenme", su cabello es abundantemente rojo, cayendo de un alto sombrero de pico. "No pueden, ah, no pueden subir ahí", su chaleco es de color ladrillo

opaco, su camisa es de oro lúgubre, su corbata de punto es marrón.

"¿Cómo iba a saberlo?", dice Ysabel, volviéndose ahora, quitando el pie del escalón, "¿va a usted a meterse en una pelea por él?", el hombre con corbata marrón se queda mirándola con los ojos muy abiertos, la mandíbula se afloja "¡Majestad!", dice, y luego, rápidamente, "Alteza, no, yo..."

"Alteza, bien", dice Ysabel mientras Jo comienza a decir: "Yo no iba a meterme en una...". Ysabel pasa junto a ella hacia el hombre con la corbata marrón. "La última persona", dice ella, " en confundirme con una Reina tuvo que abandonar su espada. La etiqueta es *tan* importante".

"Alteza", dice el hombre con la corbata marrón, y traga saliva, "está ocupado. No debe ser molestado".

"Pero seguramente", dice Ysabel sonriendo pasando junto a él, detrás de él, a su alrededor, "no le diría que no a su Princesa ni a su paramor".

“¿Su *qué*?", dice Jo.

"¿Dirá *usted que no...", dice Ysabel poniendo la mano sobre su hombro,"... a su Princesa?"*

Y él se muerde el labio y no asiente, pero tampoco niega con la cabeza.

"No hace falta que nos muestre el camino", dice Ysabel.

Las escaleras se doblan hacia atrás y terminan en un rellano blanco del segundo piso que se abre tras cruzar amplias puertas dobles hacia un salón de baile vacío. Una hilera de mesas plegables, forradas con tubos de vidrio en colores delicadamente enjoyados, bajo vibrantes luces fluorescentes. Jo se para en la puerta mirando adelante y atrás entre el salón de baile y el rellano. "¿Y bien?", dice ella.

Ysabel, de pie junto a una brillante máquina de Coca-Cola, señala una puerta blanca sin marcas al otro lado de esta.

“¿Esto...?”, dice Jo. ¿Hay más escaleras o algo así? ¿Es esta su casa? ¿No hay timbre... con el que llamar?”

Ysabel se encoge de hombros. "¿Por qué no abrir la puerta y ver?", dice ella, y Jo pone su mano en el pomo de cristal facetado y lo gira y abre la puerta.

La habitación más allá es poco más que un armario y, a un lado de la puerta, hay un cubo de limpieza con la fregona apoyado dentro. En la esquina, más allá de un estante de casilleros llenos de botellas de esprai y cartones de bombillas y paquetes de toallas de papel bajo los ganchos enrollados de cable de extensión naranja, está el Duque con una bata sin cinturón llena de estampados color púrpura y marrón y dorado y pardo. Su pelo cuelga frente a los ojos de la mujer arrodillada ante él, sus manos en la cabeza de ella, los dedos en su brillante cabello rubio despeinado y extendido por la espalda desnuda de la mujer y por un corazón ardiente en un brillante estallido estelar de rayos rojos y amarillos, cruzado por el negro de la correa de su tanga satinado. El Duque está mirando hacia arriba, abriendo los ojos sobre una boca abierta y torcida en una mueca de ojos entornados. "¡Fuera!", ruge él. "¡Cierra la maldita puerta!" La mujer sentada sobre los talones, con la parte inferior de sus pies descalzos manchada de polvo, se lleva una mano ante la boca cuando Jo cierra de un portazo sin entrar. Mira a Ysabel, que se muerde un nudillo y trata de no sonreír.

"¿Qué diablos ha sido esto?", dice Jo.

Un susurro de un golpe, un ruido y pasos acercándose a la puerta desde el otro lado. "¡No me digas que acabas de abrir mi puerta!", dice el Duque. "Dime que no acabas de abrir mi puerta sin llamar ni anunciarte o tendré las tripas de el Estribo para mis ligas, te lo aseguro".

"Yo, ah", dice Jo, mirando de la puerta a Ysabel y viceversa, e Ysabel está examinando la máquina de Coca-Cola, y Jo frunce el ceño. "Lo siento", dice ella. "No lo sabía. Simplemente, nos iremos, ¿de acuerdo? Lo siento".

"No, no, no", dice el Duque y hay un sonido deslizante y un fuerte aplauso. "No te vayas, no te vayas. Estás bien. Quédate por ahí".

"¿Qué?", dice Jo. "¿Que me quede dónde?"

"¡Tú no!", grita el Duque. "Tú no. Estás bien. Hay una contraseña, la cual voy a imponer a la Princesa, porque ella la sabe, y sabe jodidamente bien que la sabe. ¿De acuerdo?", algo en el otro lado de la puerta cae con un estrépito. "¿Estáis lista? ¿Alteza?"

Ysabel retrocede de la máquina de Coca-Cola, con los ojos en el pomo de la puerta. "Sí", dice ella. Jo la está mirando.

"Duncan será un hombre", dice el Duque.

"Y", dice Ysabel, "Farquahr será dos".

"Está bien", dice el Duque. "Está bien".

"Adelante", dice Ysabel.

"Que te jodan", dice Jo. "Adelante tú".

"De acuerdo", dice Ysabel y pone su mano en el pomo de cristal facetado y lo gira y abre la puerta y entra en un pasillo oscuro que se abre en una habitación llena de luz clara de ventanas altas y estrechas, colgadas de blanco, cortinas de tela echadas. El Duque en medio de la habitación, que de otro modo estaría vacía, con su bata con el cinturón puesto y los pies descalzos. "Alteza", dice. "Qué sorpresa. Qué bien que hayas venido. No mires por ahí".

Jo, que está buscando entre uno de los largos tonos blancos, detiene su mano en el aire y mira al Duque. "Todavía está un poco crudo", dice él y se encoge de hombros con una cara llena de una sonrisa de disculpa. "No sé lo que verías por ahí. ¡Alteza!", su sonrisa se tensa. "Qué maravilloso que estéis aquí. Deberíais haber hecho que alguien avisara".

"Fue algo así como un capricho", dice Ysabel.

"Dijo que quería ir de compras", dice Jo.

"Ella tenía preguntas sobre la tarjeta", dice Ysabel, y luego al Duque, "¿Qué opináis de su abrigo?"

"Es bonito", dice, "Me gusta el atuendo, es..."

"Creo que es un poco ostentoso", dice Ysabel.

"Yo no tenía preguntas sobre la jodida tarjeta", dice Jo.

"Querías agradecerle el detalle, entonces", dice Ysabel.

"Ysabel fuiste tú quien salió de la tienda de repente y tuve que perseguirte por la calle porque, porque..."

"¿Por qué?", dice Ysabel, pero Jo no responde, está mirando más allá de Ysabel hacia la puerta y hacia el Duque que mira hacia abajo, frotándose la frente. Ysabel se da vuelta para ver a la mujer en tanga apoyada en la puerta, abrazándose a sí misma, levantando una mano y quitándose el resbaladizo cabello rubio de la cara. "Leo", dice ella.

"¡Qué gran idea!", grita el Duque. "Encontraré una camisa, tú encuentra algo de ropa, y todos iremos juntos a almorzar. ¿Vale? Mi bien".



El Duque drena el jugo de su copa de vino, se humedece los labios con el pulgar, coloca el vaso sobre la mesa y mira a Jo frente a él en la mesa

todo el tiempo. Ella está mirando su plato, arrancando un bocado de una gruesa rebanada de tocino moteado con migas de pimienta negra. Él niega con la cabeza, hornea un poco de tortilla. "Realmente no lo entiendes", dice.

"A veces puede ser bastante ajena", dice Ysabel tomando un sorbo de café, sentada junto a Jo en el banco ante la ventana manchada de lluvia.

"¿Qué?", dice Jo. "Es un buen beicon". Lo termina, prueba un poco de huevo revuelto. "De todos modos, no soy vegetariana".

"A él no le gusta", dice la mujer rubia mojando un poco de gofre en un charco de caramelo de color morado oscuro. "que se coma carne", dice ella metiéndolo en la boca.

"¿Y eso?", dice Jo.

"En realidad", dice el Duque, "depende", se gira en su silla, levanta su vaso vacío y lo agita hacia la mujer que está detrás del mostrador cargando platos de panecillos, bollos y bialys. "¿Y voz?", le pregunta a Ysabel.

"Estáis preguntando", dice rotundamente.

"¿Por qué no?"

"¿Qué?", dice Jo frunciendo el ceño.

"¿Que de qué?", dice Ysabel sin tocar el plato delante de ella, un par de pasteles de frijoles debajo de huevos escalfados, un montón ordenado de salsa de mango a un lado. "Seguir las necesidades de ella, debo", dice ella, casi para sí misma.

El Duque se sienta. "No me digáis", dice. Ysabel no toma su tenedor, no bebe más café. En la pared roja opaca sobre ellos hay caricaturas caligráficas, una t minúscula representada como un tambor, una V representada como un violín. Jo mira a un lado y otro entre ellos, y frente a ella, la mujer rubia, con una chaqueta gris de uniforme de chófer abrochada hasta la garganta, está terminando su gofre. "No importa", dice el Duque. "¿Sabéis por qué estoy haciendo esto?"

"Porque seríais Rey", dice Ysabel.

"Yo seré Rey, Princesa. Y vos, mi Reina", se inclina hacia adelante con los codos sobre la mesa. "¿Sabíais que el Soames se ha ido?", Ysabel mira ante eso con los ojos muy abiertos, la cara pálida. "No lo sabíais", dice el Duque.

"¿Cómo se llamaba.., Nell?", dice Jo. "¿Dónde se ha ido?", y luego se detiene y dice: "Oh".

La mujer detrás del mostrador pone un vaso de zumo fresco junto al Duque. "¿Algo más?", dice ella.

"Casi hace una semana", dice el Duque negando con la cabeza. "Oficinas quemadas hasta los cimientos, y ella y uno de sus lugartenientes dentro. Quizá más, quién puede hacer un seguimiento hoy en día. Eligieron a uno nuevo la otra noche", levanta su vaso en un pequeño saludo. "Largo tiempo presida".

"Mi madre", dice Ysabel y Jo levanta una mano, la sostiene en alto al ver el puño cerrado de Ysabel, "nunca habría..."

"Lo cual lo empeora", dice el Duque. "Mucho más, si otra persona está dispensando tales destinos, y ella no lo detiene... O no puede".

Ysabel abre el puño, luego levanta el tenedor y Jo baja la mano. Ysabel corta un bocado de pastel de frijoles y huevo, y la yema amarilla se filtra sobre su plato. "Y entonces todo cae sobre Su Gracia", dice ella.

"¿Véis a alguien más?", dice el Duque. "Decidme algo, Alteza. ¿Por qué fuisteis a ver a el Soames el mes pasado?"

"Ella me invitó", dice Ysabel.

El Duque resopla. "Y aquí estoy yo, siempre haciendo la pregunta equivocada", echa mano al bolsillo de la chaqueta tweed que cubre el respaldo de su silla, se escucha un crujido y él deja caer una gran bolsa de plástico transparente en el centro de la mesa. La bolsa está sellada con una cremallera púrpura. Dentro, tal vez una docena de bolsitas de plástico, cada una retorcida con fuerza con un dedal de polvo dorado, y cada una, incluso a aquella débil luz, brilla a través de las nebulosas capas de plástico. Chispas doradas se ponen a bailar en los vasos. "¿Sabéis qué es eso, Alteza? Eso es el mismo Sudeste ante vos, o lo que queda de él. Mis legendarios tesoros y depósitos se abren ante vos", él pone una mano sobre la bolsa. "No es suficiente ni para llenar vuestra bandeja del desayuno".

"Sois famoso por vuestra prodigalidad", dice Ysabel.

"¿Es así como ellos lo llaman?", dice el Duque. "Bueno, incluso un saltamontes podría algún día aprender a cultivar granos para el invierno que viene, Alteza, pero cuando llega el invierno cada arruinado mes...", levanta la mano. "Vuestra madre llega tarde. De nuevo. Y aún así...", recoge la bolsa y la sopesa un momento en la mano. "Satisfacer las necesidades de ellos, debo", lo mete de nuevo en el bolsillo de su chaqueta. "Venid conmigo".

"¿Qué?", dice Ysabel.

"Puesto que tengo ocupaciones hoy. Vuestras dos mercedes vendrán a ver lo que yo veo mientras elijo entre quién de mi gente podría yo dividir estas últimas polillas en mi billetera", mira por encima del hombro, captando la atención de un hombre mayor que hila entre las mesas con

una cafetera y el Duque le hace un gesto de garabatear en el aire. "¿Y bien?", pone su mano sobre la mano de la mujer rubia a su lado. “¿Te importaría ir a buscar el coche, cariño? ¿Mientras me preparo?”

Mademoiselle Juliette / “Yo soy la Casa” / Lo que Hace el Estornino/ Tetas y Culo, Oh

"Mademoiselle Juliette n'a pas vraiment la tête", esa voz suena a toda velocidad, el coro entre Montesco y Capuleto, dos mujeres en el escenario que llena un extremo de la habitación de color rojo oscuro, las mismas pelucas blancas altas apiladas encima sus cabezas, los mismos ojos azulados bajo cejas pintadas elaboradamente, las mismas narices llamativas, senos muy similares al descubierto sobre corsés bordados, faldas largas y anchas con las caderas abiertas como cortinas sobre la misma confusión espumosa de ropa interior de encajes y ligueros y medias, todas con polvos rosas y marfiles y azules pálidos y dorados más pálidos. Caminan delicadamente de un lado a otro con ese enorme tocado, con las manos a ambos lados, una de ellas con un abanico y la otra con un pañuelo. "Cette commedia del'arte n'est pas assez déjantée", canta esa voz resonante, y ellas se inclinan y se susurran al unísono, se liberan de sus faldas, dejándolas rígidas y vacías, piernas largas, caderas desnudas girando, agachándose y deteniéndose, y una de ellas se inclina, echa la cabeza hacia atrás y mira por encima del hombro. "Jackie", grita sobre el ritmo. "¡Jackie, las malditas *luces*!", y luego una sonrisa florece en su voz, creciendo en un arrullo, "¡Leo!"

"Ettie, cariño", saluda el Duque, allí junto a la barra. "¿Podríamos?", menea un dedo en el aire con la música.

"¡Jackie!", grita ella. "¡Corta!", la otra bailarina baja del escenario, se pone una larga túnica, cuida de su peluca. La música se detiene a mitad de Juliette. Una mujer aparece detrás de la barra, con el pelo rojo y puntiagudo y un maquillaje lleno de pecas, una camiseta negra sin mangas y brazos delgados adornados con tatuajes. "¿Lo quieres de nuevo desde el principio?", y luego su ceño fruncido despliega sus ojos, ensanchando su voz en un grito, "¡Jessie!", plantando sus manos en la barra, la salta en un solo brinco practicado. "¡Maldita sea, chica!", esquivando las mesas pasa junto

al Duque, Jo e Ysabel para engullir a la mujer rubia con la chaqueta gris de uniforme de chófer con un sorprendente abrazo giratorio.

"Leo, chér", dice la primera bailarína con una mano en la columna de cadena en la esquina del escenario, girándose y agachándose para bajar una pierna con medias. Con los brazos extendidos, avanza hacia ellos con zapatos de tacón alto y suela gruesa. La otra bailarina está sentada desabrochándose los zapatos, los pone sobre la mesa delante de ella, blancos con espirales doradas. En el escenario, detrás de ellas, las faldas de pie vacías, cáscaras acampanadas de lino almidonado, cintas y encajes.

"Ettie", vuelve a decir el Duque. "Chrissie. Qué delicia encontrarte aquí".

"Nos han dado una noche, mon chér", dice Ettie inclinándose para besarle la mejilla mientras él la abraza con un solo brazo. "Burlesque en progreso", su voz se mueve del arrullo al gruñido. "Si es que logramos hacer bien las frases alguna vez", en la penumbra enrojecida junto a la mesa de billar, Jackie se ríe de algo que ha dicho Jessie.

"Si me permitís presentar", dice el Duque, "Jo Maguire", apoyándose en su bastón, todavía tiene un brazo sobre el hombro de Ettie. "Y, por supuesto, la Princesa".

"Enchanté", dice Ettie, ofreciéndoles la mano. Chrissie, con su bata, se acerca con sus pies en las medias. Ysabel, con una sonrisa en la comisura de la boca toma la mano de Ettie y Ettie, con un medio giro, la levanta y deja un beso de lapiz de labios en sus nudillos. "Es tan sofisticada", dice Chrissie con las manos en las caderas de Ettie. "Cómo revives la pompa de una corte real como lo has hecho". Ettie se endereza y dice: "La etiqueta". La barbilla de Chrissie se posa en el hombro de Ettie. Sus pelucas se rozan crujiendo.

"Ciertamente", dice Ysabel frotándose los nudillos con un pulgar.

"Debéis asistir a nuestro espectáculo", dice Ettie, y "Oh, debéis", dice Chrissie. "Estamos ensayando una obra de nuestra nueva

colaboración".

"Pero sin nuestros colaboradores", dice Ettie.

"La Dispute d'enfants après jeux", dice Chrissie.

"No encajarían", dice Ettie. "Orquestas, ya sabes".

"¿Qué estáis haciendo ahora?", dice el Duque.

"¿No te lo dijimos, chéri?", Ettie sale de debajo de su brazo y Chrissie mientras dice "Lo llamamos Imágenes a una Ecdisis", pasa un brazo por la cintura del Duque ahora, y la otro por la de Ettie. Una Ettie que dice "Queríamos llamarlo Strippers en una Exposición", su brazo se posa sobre los hombros de Chrissie. "Maestro Vajda es un poco aprensivo. Pero también lo son los suscriptores. Él tiene cierta razón. ¡Pero piensa en ello... el SÏurs Limoges... la Orquesta Sinfónica de Oregon... el Schnitz!" Y el Duque mira de una a otra con sonrisa creciente. Él dice: "Pero necesitáis ayuda".

Chrissie se aprieta contra él. "¿Somos tan obvias, mon grand?"

"Ayuda es una palabra muy vulgar", dice Ettie.

"Os diré qué", dice el Duque levantando la mano de Chrissie de su cadera y tomándola en la suya. "Haced que vuestra gente llame a mi gente", toma la mano libre de Ettie también. "Mientras estén distraídos, nos escabulliremos para cenar en alguna parte", besa sus nudillos, cada uno a su vez. "Sólo nosotros tres. ¡Pero más tarde!", da un paso atrás lejos de los das. "¿El Estornino está allí?"

Se miran, Ettie y Chrissie, y luego Chrissie dice: "Sí".

"Ella estará", dice Ettie.

"En ese caso", dice el Duque tomando la mano de Ysabel, "la Princesa y yo deberíamos excusarnos".

"Uoh", dice Jo empujando a Jackie y a sus brazos tatuados para

pasar. Jessie con su chaqueta gris, se planta allí entre el Duque e Ysabel, y Ettie y Chrissie brazo con brazo. "Tranquila, asesina", dice el Duque. “Nada de cuchi cuchi. Lo prometo".

"Dónde ella vaya, voy yo", dice Jo.

"¡Y estás aquí!", dice el Duque. "Y ahora vamos a cruzar esa puerta de allí. Y de vuelta en cinco minutos. Ni siquiera tanto", él se encoge de hombros. “¿Qué podría hacer yo en sólo cinco minutos? Silencio, señoras", Ettie y Chrissie resoplan precisas risitas.

"Jo", dice Ysabel.

"Si no confiáis en mí", dice el Duque, "confiad en vuestra bendición".

"Jo", dice Ysabel de nuevo. “Esto es sólo parte de su pequeño espectáculo. Deja que se divierta".

"Sí, yo no lo habría puesto de ese modo", dice el Duque, "pero vale. Y tú diviértete mientras estamos de vuelta. Allí el bar está abierto. Lo que quieras. Es antes del mediodía, pero tampoco es que tengas que conducir a otro lugar pronto. ¡Todas!”, señala el cristal reluciente en la pared con un barrido de su bastón. "¡La casa invita a las bebidas!"

"¿En serio?", dice Jackie con los brazos tatuados en jarras.

"Yo *soy* la casa, nena", dice el Duque. “Y la casa se siente famosa por la prodigalidad hoy. ¿Princesa?”

Avanzando, conduce a Ysabel hacia la anodina puerta del escenario mientras Jackie vuelve a saltar sobre la barra. Jessie se acomoda en un taburete. Chrissie le murmura a Ettie: “¿Qué piensas? ¿Cuatro dígitos?”

"Cinco", dice Ettie.

"Siempre te gustaron las compras de una única parada", dice Chrissie soltando a Ettie, tirando de su bata con más fuerza

alrededor de ella, caminando para sentarse en un taburete al lado de Jessie. Jackie vierte de tres botellas a la vez en un frasco de cóctel plateado.

"Es una pequeña Marie Antionette", dice Jo. "¿No te parece?"

"¿Qué?", dice Ettie con sus medias y ligueros, sus zapatos de suela gruesa y su corsé bordado. Levanta la mano para aflojar la peluca y se la quita de la cabeza. El pelo amarillo muy liso se desliza hasta los hombros.

"¿No querríais algo más medieval? La canción", Jo saca las manos de los bolsillos y cruza los brazos con su chaqueta color mantequilla. “Montescos. Capuletos".

"Obviamente nunca has intentado desnudarte llevando enagua y cotilla", dice Ettie colocando su peluca sobre una mesa.



Más allá de la puerta anodina, un pasillo corto y estrecho, oscuro, a un extremo otra puerta entornada con luz blanca y papeles apilados en lo alto de un viejo aemario de metal gris. En el otro extremo, una lúgubre sala, pequeña, paredes pintadas de negro, un trozo de espejo, cálidos charcos de luz. El Duque se detiene allí entre inclinaciones sobre su bastón cerca de Ysabel mientras los ojos de ella se mueven de él hasta sus labios y de vuelta a él, pero él está mirando a lo largo de ese pasillo hacia la salita oscura. "Es que...", dice, "El Estornimo... bueno. Es un poco rara. No seas, ah..."

"¿No seas grosero?", dice Ysabel.

"Vale, sí", dice el Duque. "No seas grosero. Esperad", la está mirando ahora y ella mira rápidamente de nuevo, hacia sus ojos, su boca, hacia la puerta por la que han entrado, hacia sus ojos. "Ambos fuimos esquivos en el almuerzo", dice, "así que repasemos nuevamente. Lo preguntasteis".

"Sí", dice Ysabel.

"Y ella dijo que no".

"Ella dijo que no", dice Ysabel.

"Ya veo", dice el Duque mirando la punta de su bastón, "lo que no entiendo es por qué lo preguntasteis. Quiero decir, debíais haber sabido..."

"¿Por qué os acostasteis con ella?"

Levanta la vista de nuevo. "¿Ella os dijo eso?".

"¿Mintió?"

"Decidme otra cosa", dice el Duque. “Cuando os comisteis la lengua. ¿Qué visteis? Oh, venga ya", Ysabel se echa hacia atrás contra la pared, mirando hacia abajo, hacia otra parte, con el sombrero blanco en las manos. “Os *permití* quedaros con su lengua. Os dejé quedaros con su lengua porque sabía que no podíais resistiros a comérosla. Sabía que cuando la comierais veriais lo que está por venir. Yo quería que vierais eso", ahora está aún más cerca. “Lo que todos sabemos será. ¡Decidme!”, ella lo está mirando ahora, inclinado sobre ella. "Me visteis como Rey, ¿no es cierto? Los estandartes de halcón y colmena juntos sobre la ciudad. Un nuevo día amaneciendo".

"Vi", dice Ysabel sin levantar la vista. “Me vi como Reina. Vi a Jo a mi lado".

"Sí, bueno", dice el Duque retrocediendo. "Obviamente yo estaba fuera ese día cuando mirasteis. ¡Ocupado con los negocios!", golpea el suelo con el bastón. "Siempre ocupado con algo".

El vestidor, pequeño, oscuro, pintado de negro muchas veces, las líneas regulares de las paredes de bloques de hormigón son suaves y borrosas. Bajo uno de los espejos, rodeado de dibujos y fotos, un sillón corto de terciopelo rojo, en el sillón una figura con pantalones

de chándal y una gran sudadera negra con capucha, la capucha puesta, ella mira hacia abajo.

"El Estornino", dice el Duque.

La figura no se mueve, la cabeza no se levanta, la capucha no cae, las manos no se mueven desde el regazo. "Su Gracia", la voz es rica pero desgastada y desigual.

"Nunca os perdéis un viernes".

“Ni un lunes. Ni un jueves”, una de esas manos se sumerge ahora un momento en las sombras bajo esa capucha, luego vuelve a caer entre las rodillas. Una mano grande, el dorso lleno de gruesas venas, uñas cortas y planas pintadas de rojo, el esmalte astillado y escamado. “Lo siento mucho, Su Gracia. Hoy no soy yo misma".

"No hay necesidad de disculparse", dice el Duque en cuclillas. "No, Su Gracia, por favor", murmura ella, pero el Duque está negando con la cabeza, metiendo una mano en el bolsillo de su chaqueta tweed. "Tengo algo para vos", presionando en esas manos una bolsita que se comprime alrededor de un dedal de polvo de oro, dice "Mejor algunas veces que nunca".

"¿Siempre os la trae él mismo?", dice Ysabel en la puerta.

"¡Alteza!", grita el Estornino, alzándose del sillón, cayendo sobre una rodilla junto al Duque, quien se está enderezando lentamente, de pie. "Estaba tan envuelta en sentir lástima por mí misma que no os vi ahí".

"La princesa ha accedido amablemente a venir conmigo en mis rondas", dice el Duque.

"Su Gracia puede ser bastante persuasivo", dice Ysabel.

"Su Gracia puede ser bastante cruel, en su amabilidad", dice el Estornino girando, levantándose para sentarse nuevamente en el sillón frente al espejo. "Abriremos pronto", dice el Estornino. “Debo prepararme. Pensé que sería mejor continuar temprano hoy.

Cuando no estuvierais tan ocupado".

"Mostrádnoslo", dice el Duque.

Ysabel con su bata blanca en la puerta, el Duque apoyado contra la pared negra opaca, el halcón severo y tosco en la cabeza de su bastón en sus manos. Su capucha se aleja de los dos, mirando al caos de frascos de maquillaje y tarros en la pequeña pila de estantes atornillados en la esquina junto al espejo. "Bastante cruel, Su Gracia", dice ella.

"Mostradle", dice el Duque. "Mostradle lo que hacéis con el regalo de su madre".

El Estornino toma un frasco de boca ancha casi lleno casi hasta el borde con un fluido viscoso y lácteo, tocado sólo con un matiz de oro. "No puedo sino hacer lo que pedís", dice ella entregándole el frasco al Duque. "En respuesta a su pregunta, Alteza", dice ella colocando la bolsita en un estante, desenrollándola para abrirla, "No. Él no. No siempre", sumerge el dedo y el pulgar para pellizcar un poco de polvo. “Por lo general, su hombre Sidney viene a mí. La Daga", sosteniendo ese pellizco, toma un tubo de loción con su mano libre, abre hábilmente el tubo y rocia una pizca en la palma de la mano con el pellizco. “A veces tan a menudo como una vez a la semana, o incluso cada pocos días. Él podía llegar a ser bastante... bullicioso. Entusiasta. A menudo me decía lo hermosa que me encontraba", deja que el polvo se deslice de la punta de los dedos a la loción, que brilla blanca en su palma. "No le hubiera gustado verme como soy hoy".

"Era un tarugo", dice el Duque. Ambas manos en el halcón de nuevo. Ha guardado ese tarro en alguna parte. "Debería haberos escuchado".

"Yo nunca dije una palabra contra él", dice el Estornino. Los dedos de esa mano se iluminan un poco, callosidades y arrugas se recogen en sombras más nítidas ahora.

"Bueno", dice el Duque. "Aún así. Debería haberos escuchado".

Esas manos juntas ahora están frotándose la loción de adelante hacia atrás. Cruzadas, las mangas de su sudadera se deslizan mientras se frota la loción a lo largo de las muñecas, los antebrazos, las manos de nuevo, y el Estornino dice: "Pero Su Gracia viene a verme de vez en cuando", sus manos ahora más suaves, más delgadas, más largas quizá, sus uñas definitivamente más largas, y un rojo brillante e impecable. "Me siento honrada cuando lo hace", ella levanta las manos hacia su rostro, allí, debajo de la capucha, y las mantiene quietas un momento.

"Una artista de vuestro talento nos honra a todos", dice el Duque.

"Pero desearía que me hubierais advertido", dice el Estornino empujando la capucha hacia atrás, barriendo una ola de cabello negro brillante en ingeniosos enredos. Mira a Ysabel con los ojos verdes desde el espejo, vuelve a mirar al reflejo de sí misma, un poco mayor, la nariz un poco más ancha, la barbilla más prominente, a la sonrisa roja vacilante. "Por favor", dice el Estornino. "Perdónadme. Es... una especie de homenaje, con el mayor respeto..."

"¿Por qué", dice Ysabel allí en la puerta, "¿por qué debo perdonar tanta adulación?"



"¿Roja Ruth?", dice Jo. En la barra frente a ella, un vaso medio lleno de algo claro e incoloro. Jackie encoge esos hombros tatuados. "Está en algún lugar de Inglaterra", dice ella. “Lo vi en un mapa una vez. Me dije a mí misma, ese es un nombre perfecto de stripper", levanta una mano. En el escenario, un hombre con vaqueros y un abrigo matinal sostiene un paraguas con pequeñas luces blancas. Está cantando sobre una guitarra con un rasgueo áspero, «Narcícisma, Narcícisma» mientras Ettie y Chrissie, con brillantes batas amarradas y guantes de ópera bailan un Foxtrot. «Narcícisma es el orgullo de Pomona», canta él, y Jackie desliza un par de interruptores más tenues en la mesa de mezclas que hay posada en

la barra, y las luces se atenúan y cambian al escenario de amarillo y rojo a azul mientras las luces blancas se encienden sobre la llamarada de su paraguas. «Pomona, Pomona dice que se parece a mí, pero que se parecerá a ti cuando me liberen». "Solía hacer eso de los piratas", dice Jessie volviendo la espalda desde la consola. "Cuando eso era grande".

"Hermanas, ¿eh?", dice Jo observándolas girar hacia el escenario.

"Lo de las gemelas", dice Jackie.

"Es una licencia para imprimir jodido dinero", dice Jessie, empuja un vaso que traquetea con unos cubitos de hielo sueltos hacia Jackie. "Sírveme otro, nena".

"Diet Dr. Pepper a costa de la casa", dice Jo.

"Quizá tú no tengas que conducir, pero *yo* sí", dice Jessie alisando la parte delantera de su chaqueta gris de chófer. Ella toma el vaso de refresco de Jackie. Jo dice: "¿Cuál era tu nombre?", y Jessie deja el vaso sin probar, cierra los ojos y dice: "Oh, Dios, era tan jodidamente emo".

"Oh, por favor", dice Jackie.

«No tiene trenzas en el tintero, no hay dinero en el premio», canta el hombre mientras Ettie o Chrissie le quita un guante al brazo de Chrissie o Ettie. «No hay novio detrás de ella que no pueda hipnotizar».

"Lluvia", dice Jessie abriendo los ojos.

“¿Lluvia?”, dice Jo.

“Me mudé aquí desde San Diego, ¿vale? Tuve la idea de pasar estas largas y perezosas tardes en un jacuzzi en una cabaña en el bosque con velas y vino y un buen libro, y lluvia a todas horas sobre un techo de hojalata o algo así. Así que tenía que ser Lluvia, ¿vale?" Meciéndose de un lado a otro, Ettie y Chrissie sin guantes se desatan los cintos de las batas de la otra. «Narcísima es el orgullo de

Biloxi», canta el hombre del abrigo matinal. «Biloxi, Biloxi dice que no es de tu especie, pero Narcísima me da tranquilidad». "Es tan jodidamente romántico", dice Jessie.

"Si hay alguien en el jacuzzi contigo", dice Jackie.

“Habla por ti misma. Déjame decirte algo", Jessie se inclina y pone la mano sobre la de Jo. "Es la música, ¿de acuerdo? Escoger tus canciones. Todo lo demás, son solo tetas y culo y tu, ah, cara. Tienes que escuchar bien la música". Ettie y Chrissie sostienen su última pose frente a frente con los brazos alrededor del cuello de la otra, y luego una de ellas se da vuelta repentinamente diciendo: "Gracias, Jeff. ¿Podemos repasar esto de nuevo? ¿Para que las luces sean correctas?", mientras, la otra vuelve a colocarse la bata en su lugar. "Y si de verdad quieres decirles de qué vas en realidad", dice Jessie, "solo hay una canción con la que bailar".

"¿Cuál es?", dice Jo con su mano todavía debajo de la de Jessie.

"Eleanor Rigby", dice Jessie.

“Lo que yo creo es que quizá” / Moderno y más Equitativo / la mano Fuerte / Varado / Incondicionalmente

"Lo que creo es que quizá esta vez Jo venga conmigo", dice el Duque con el brazo posado sobre el reposacabezas, mirando a Jo y a Ysabel en el estrecho asiento trasero. "Si os preocupa la Princesa, asesina", dice, "no lo hagáis. Todos conocen mi coche. ¿Cuál es el lugar más seguro de la ciudad, especialmente en mis territorio? El asiento trasero de este mismo automóvil.", él sale del coche, mueve su respaldo hacia adelante, se inclina para ofrecerle una mano a Jo. Ysabel se desplaza para que Jo salga y la sigue impulsándose fuera del coche. "He pensado que me sentaré al frente, con tu conductor", le dice a un Duque con la ceja arqueada. "Un lugar más agradable para pasar los cinco minutos, más o menos, que estaréis dentro".

"Vosotros os fuisteis por lo menos veinte", dice Jo mirando el bloque de ladrillo al otro lado de la calle. En la puerta principal justo en el medio de la fachada, una pequeña maqueta de un velero de tres mástiles, una banderita roja de metal congelada en una racha de viento. Las letras talladas en el dintel de abajo dicen «Armas Vitula».

"Una exageración", dice el Duque. "¿Entramos?"

Mientras se desliza en el asiento delantero, Ysabel le dice a Jo: "No olvides". Cierra la puerta contra la lluvia que se filtra suavemente. Observa trotar a Jo y al Duque dar saltitos de cojo por la calle y por la acera hasta la puerta principal del edificio. El Duque alcanza a Jo para abrirla. "¿Cuánto tiempo hace que lo conoces?", dice Ysabel.

La puerta se cierra, Jo y el Duque entran. La mujer detrás del volante con su gorra y su chaqueta grises mira a Ysabel sentada a su lado. "Casi un año", dice ella. "Más. La primera vez que hablé con él fue en Navidad del año pasado, pero lo había visto en el club antes".

“¿No está un poco cargado aquí?”, Ysabel encoge un hombro y luego saca el otro del abrigo blanco y se lo quita. "El calentador ha estado haciendo horas extras". La rubia Batgirl sobresale en las arrugas de encrestan la camiseta vestido. "¿Te importa si abro una ventana?", la mujer detrás del volante se encoge de hombros e Ysabel baja un poco la ventana. "Eso está mejor, ¿no te parece?"

"Te vas a casar con él, ¿no?"

"Soy la Prometida. Tengo que casarme con alguien".

Una lluvia inestable empaña el parabrisas delante de ellas. "Yo no soy sólo su amante", dice la mujer detrás del volante.

Ysabel apoya el codo en el respaldo del asiento y la cabeza en la mano. "No es a mí a quien deberías decirlo", dice ella.

"Él lo sabe", dice la mujer detrás del volante, mirando a Ysabel a los ojos desde el borde de la gorra de chófer.

Ysabel dice: "Oh, esto será divertido". Se estira por el asiento hacia esa gorra. La mujer detrás del volante se aleja un poco. "Creo", dice Ysabel, "que vas un movimiento o dos por detrás en el juego".

"¿Qué juego?"

"Dime", dice Ysabel. "¿Crees que soy hermosa?" La mujer detrás del volante contiene el aliento. "Ah", dice Ysabel. "¿Te dijo él lo que eso significa?"

La mujer detrás del volante frunce el ceño y comienza a negar con la cabeza. "Yo", dice, "no sé lo que tú...", e Ysabel la hace callar, se acerca más a lo largo del asiento hacia ella y le dice: "Está bien", le quita la gorra. La mujer no se aleja esta vez. "Ya has respondido", dice Ysabel inclinándose para besarla en la boca.



Jo se inclina hacia atrás y abre los ojos. Manos en las caderas del Duque. "No esperaba eso".

"¿En serio?", dice el Duque, con las manos sobre los hombros de Jo. Se inclina cerca, la frente rozando la de ella. "He estado queriendo hacer eso toda la semana". Se besan de nuevo, allí en el vestíbulo, con la puerta cerrada detrás de ellos. El Duque retrocede de repente. "No me llamaste", dice.

"No, no tengo tu número", dice Jo.

"No lo pediste".

"No sabía que tenía un número que pedir", dice Jo. "De todos modos, eres un Duque. ¿A qué estás esperando para que te llame la chica?”

“¿No es esta una era moderna y más equitativa? ¿No somos ahora ninguno de nosotros capaces de esperar una llamada telefónica?”

Jo sonríe. "Lo haces sonar tan romántico".

"¿Eso es bueno?"

“¿De verdad esta es la conversación que quieres tener? ¿Aquí? ¿Ahora?”, las paredes del vestíbulo son de un amarillo que flota tenuemente a la nublada e inmóbil luz diurna. "¿No hay algo que se supone que teníamos que hacer? ¿O ir? ¿O era sólo eso, qué?”

"¿Se te ocurre algo más importante?"

"Vale", dice Jo y da un paso atrás. Las manos todavía en sus caderas. "Vale", sus manos caen a los costados del cuero pálido de su abrigo. "Entonces lo primero es lo primero". Frunce el ceño. “Necesito que tú, perdón. Pero. Necesito saber qué tienes con ella".

“¿La Prometida?”, dice el Duque.

"*Jessie*", dice Jo. "Tu, tu conductor". Delante, una larga escalera

oscura conduce a los apartamentos en el segundo piso. "Tuve", dice ella, "una conversación de lo más incómoda con ella en el club. No se qué decir. No sé lo que ella sabe ni qué piensa que está pasando, no sé, no sé lo que yo sé. No sé... esta mañana", se mira las botas negras sobre la alfombra gastada, a los desgastados brogues marrones del Duque, a la férula de cobre rayada de su bastón. "¿Fue eso algo que querías hacer toda la semana también?", levanta la cabeza para mirarlo a los ojos. "O fue solo un picor y entramos mientras disponías que lo rascaran".

Es un momento largo antes de que el Duque diga "Me gustaría", y luego tose para aclararse la garganta. "Objeto. Me gustaría objetar la formulación de esa pregunta..."

"¿Sí?", dice Jo. Ella no lo suelta. Él no la suelta. La risa del Duque es suave y breve y él aparta la mirada durante un momento con una sonrisa fruncida. "Yo también tengo una pregunta, siempre y cuando todos tratemos de descubrir dónde estamos situados", la mirá a los ojos. ¿Dónde estuviste durante el golpe? El *intento* de golpe".

Ante eso Jo retrocede y lo suelta, y las manos del Duque caen, encuentran el pomo de halcón en la cabeza de su bastón apoyado contra la pared. "¿Qué?"; dice ella. "Golpe. Yo no..."

"¿Su Alteza no recibió un frasco o botella o vial de medhu de el Soames Nell?", dice el Duque y Jo niega con la cabeza, lentamente. "Venga ya", dice él. “¿Fuisteis o no fuisteis a visitar a los conejos? ¿Y tenía o no de repente tal tarro después de su visita? "

"Ella no me dijo dónde lo consiguió", dice Jo. "Yo no le pregunté dónde había..."

“¿Y trató o no de convertir el medhu una vez que lo consiguió?” En mitad del pasillo al lado de esa escalera arde una bombilla incandescente, pero su luz no parece caer en ningún lado. "De hecho, si no me estás preguntando qué significa eso, es suficiente para decirme que lo hizo", el Duque cambia su peso, se frota la pierna, haciendo una mueca cuando dice: "Ponte al día. Ella lo hizo, convirtió el medhu en owr, eso es cosa de la Reina. Ella lo hizo...

tampoco es que lo *consiguiera*, no sin un Rey, pero si hubiera ido y usurpado al gobernante legítimo...", su bastón golpea significativamente contra la alfombra: "Eso es un golpe de estado".

"Pero ella no puede hacerlo", dice Jo. "¿Verdad? Entonces, ¿cuál es el problema? "

El Duque mira hacia otro lado un momento, se oye el roce de su chaqueta tweed en el vestíbulo. "¿Sabes, Jo Gallowglas, lo que es más molesto para el orden y la rutina y un día normal que puedes tomar como viene, que la escasez?"

"Apuesto a que me lo vas a decir", dice Jo.

"La abundancia", dice el Duque. Apoyándose pesadamente en su bastón, se pone en marcha por el pasillo.

Jo observa sin seguir, no se mueve de su lugar junto a la puerta, levanta una mano temblorosa que se agarra lentamente en un puño, abre la boca por fin gritando exasperada "¡Duque!" y se apresura tras él. Él está diciendo "una consumación devota que se desea, pero debe de haber una mano fuerte en el arado".

"La tuya", dice Jo.

El Duque gira allí en el estrecho pasillo levantando su bastón, el halcón del pomo se alza junto a su sonrisa. "¿Ves a alguien más?", la puerta que está al lado se abre de repente. La mujer en la puerta tiene el pelo largo y suelto del color del acero y usa una rebeca gruesa sobre una camisa blanca y esponjosa. La luz detrás de ella es gris y fría. Ella se abraza y se estremece un poco. "Perdón, Su Gracia", dice ella. "No pude evitar escucharos en el pasillo, vuestra voz, y pensé, ¿por qué haceros llamar a la puerta y esperar?" Hay risas detrás de ella, y el repentino golpeteo de pasos, "¡Te pillé!", grita una chica, y "¡No! ¡No! ¡No!", grita otro, y "¡No es justo, Thya! ¡No es justo!", la mujer en la puerta suspira y sonríe con fuerza. Sus mejillas manchadas, sus ojos enrojecidos. "¡Chicas!", grita ella. Las risitas se apagan. "Nietas", dice ella. "Pero si quisierais entrar, Su Gracia, yo..."

"Hoy no, Nan", dice el Duque.

"Bueno, si tenéis prisa, lo entiendo, hay mucha gente esperando, estoy segura..."

“Hoy. No", dice el Duque de nuevo, y ella parpadea cuando sus palabras calan, las manchas se desvanecen repentinamente de sus mejillas y se vuelven blancas. "Sólo", dice la mujer en la puerta, "un *pellizco*... con el Samani ya esta semana y todo..."

El Duque pone una mano sobre sus brazos cruzados. "Te guardaron un poco", dice. "Tendrás que esperar hasta la próxima vez".

"¿La próxima vez?"

“La siguiente sin falta. Lo juro".

Ahora hay un crujido de vajilla y un poderoso chapoteo y chillidos de risa. "¡Chicas!", grita la mujer en la puerta. "¡Artemita! Tiatira! Dionisia! ¡Meganisi!", girando por la puerta para volver a mirar furiosamente al apartamento. “¡Colocad eso de nuevo *ahora!”*", el Duque agarra la mano de Jo y tira de ella hacia él por el pasillo. "¡Espera!", dice Jo, "¡espera!" La puerta se cierra de golpe detrás de ellos. El Duque se va. "Si es un problema", dice Jo, mirando hacia la puerta cerrada.

"¿Realmente quieres tener esta conversación en este momento?", llama a la puerta de al lado, dos golpes bruscos con la cabeza de su bastón. "¿Aquí mismo?" La puerta se abre, el marco se llena con la enorme figura de un hombre con una camisa amarillenta y un chaleco desabrochado a rayas negras. Ojos pesados y un mechón al frente arrugado, plantado en un nido de pelo duro, todo negro y ramitas negras y blancas y espinosas. Una pipa de pasta gruesa con cuenco sobresale de algún lugar debajo de los ojos. Una mano de nudillos peludos engulle el pomo de la puerta, y la otra se apoya contra la jamba, la otra no es una mano sino una forma de mano, fundida en bronce y moteada con remolinos de puntos arrugados. "Su Gracia", dice una voz de densa siesta como surgida de una tubería.

"Coffey", dice el Duque.

"No le esperaba. Entrad, entrad. Cuidado con el escalón", retrocede un paso y ellos cruzan, primero el Duque, luego Jo, a una pequeña habitación bien ventilada con paredes blancas y alfombras azul pálido, un sofá largo y angular, un estante bajo enterrado bajo un gran ramo de flores silvestres. Junto a las flores, un pequeño revoltijo de adornos, una bola de cristal con un salmón de madera suspendido en su interior, una bolsa de tabaco de cuero, un anillo con llaves, una fotito enmarcada de una mujer con los hombros desnudos mirando a otro lado de la cámara, una mano levantada como si tratara de esconder su arrugado cuello. En la pared de encima, una sencilla y plana rosa de los vientos roja y negra, y el retrato de un ceñudo y burlón presidente de muchos años atrás. Se oye un golpe sordo desde algún lugar al otro lado de esa pared. Coffey le quita importancia con un gesto de su mano. "A todas las horas esas chicas le dan la murga a la vieja Nan", dice. "Lo os atrae por aquí", dice con su mano de latón se metida bajo el brazo.

"Lewis David Coffey", dice el Duque, "¿podría presentarte a el Gallowglas..."

"Podría", dice Coffey.

"La..., eh, el caballero más nuevo", dice el Duque, "en la corte".

Coffey se quita la pipa de la boca. El cuenco es una sirena que se pasa un peine por el pelo."¿Quieres una medalla por eso?", le dice a Jo, quien todavía está de pie junto a la puerta.

"No", dice Jo.

"Bien", dice Coffey. "No me permiten regalar medallas". El vástago de la tubería está entre sus dientes. El Duque le está entregando algo, una bolsita de plástico. "¿Qué es lo que estás mirando?"

"Ha dejado de llover", dice Jo.

"¿Estaba lloviendo?", dice Coffey metiendo la bolsa en el bolsillo

de su camisa. "Pasa dentro", le dice, y Jo camina cautelosamente por el salón hacia la gran ventana panorámica en la pared opuesta.

No hay árboles en la ventana. No hay casas, ni coches. No hay nada más que una neblina ininterrumpida de cielo blanco azulado sobre un filamento amarillo grisáceo, opaco bajo una luz que no cae hacia ninguna dirección en particular. Más allá, hacia afuera y hacia un borde escarpado, se extiende un mar grisáceo frío e inquieto. El Duque observa y sonríe cuando Jo, con los ojos bien abiertos, se lleva una mano a la boca y dice "Oh. Oh guao".

"Locuaces, estos nuevos caballeros", dice Coffey.

"Mira hacia la playa", dice el Duque. "Hacia la fachada", da un paso detrás de Jo para mirar sobre su hombro, señalando. "¿Las ves?"

Un contrapunto de blanco en el viento, un vestido largo y suelto tirando de las piernas y espalda de Ysabel con la cara entre las manos, descalza, su cabello negro ondea ante ella como bandera con todo ese viento. A su lado, mirando hacia el mar, con una mano sobre el hombro de Ysabel, está Jessie con un sombrero «houppelande» gris, demasiado pesado para que ondule su cabello rubio envuelto en una espinilla. Su otra mano se posa en un poste plantado, un estandarte sobre las dos, naranja con un halcón rojizo. "Oh, puedo olerlo", dice Jo. "El océano". Ysabel y Jessie permanecen inmóviles, solo el viento azotando el estandarte, el cabello y el vestido.

"Bueno, está ahí mismo", dice el Duque.

"Bien podrían ver más allá", dice Coffey. Está sosteniendo unos binoculares. El Duque deja caer una botella de plástico de algo viscoso y lácteo en el bolsillo de su chaqueta para poder usarlos. La mano de bronce de Coffey señala a un arrastrero de pesca anclado no muy lejos, hay alguien, con un impermeable oscuro en la proa, observando a las mujeres en la orilla.

"Duque", dice Jo, señalando hacia la orilla de la playa. Él baja los binoculares. Un bajo carro de dos ruedas tirado por dos caballos a

paso lento rueda por la arena hacia Jessie e Ysabel. De pie en el carro, con una mano asiendo las laxas riendas, una figura con un largo camisón reluciente y una coraza plateada pulida con reflejos en verde, con la cara oculta por un yelmo completo de ojos rasgados. Sobre el carro, un estandarte blanco con una abeja amarilla.

"¿Ves?", dice el Duque entregándole los binoculares a Coffey. "Sabía que nos estaban siguiendo".



"Hey", llama el Duque, lanzándose hacia la acera. "El Carro".

Roland bajo la lluvia; con las manos en guantes de ciclista sobre el techo del automóvil al otro lado de la acera, el automóvil pardo con la franja negra en el costado; está diciendo "Princesa, por favor" a través de la ventana entreabierta. Ysabel en el asiento del pasajero, recostada un poco hacia atrás contra Jessie, le mira por la ventana y, negando la cabeza, le dice a Roland: "Márchate, vete sin más".

"¡El Carro!", vuelve a llamar al Duque.

Roland levanta la vista para ver a Su Gracia avanzando por la calle vacía, para ver a Jo en la puerta bajo la pequeña maqueta de un velero de tres mástiles. Vuelve a mirar hacia el coche y dice: "Por favor, venid conmigo".

"¡El Carro!", El Duque se apoya en su bastón en medio de la calle y murmura para sí mismo: "¿Qué soy, hígado picado?".

"Roland, no pasa nada", dice Jo en la acera. "No necesitamos ningún..."

"¡*Vos*!", Roland golpea el techo del coche y Jessie retrocede en su asiento un poco. "¿Hace un mes os hizo perseguir por la calle como

a los perros y ahora andas con él en su *coche*?", rodea el choche por delante para plantarse allí con su chándal verde, oscuro por la lluvia. "¡Tienes la *custodia* de la Princesa! ¡Ella debe estar *segura* en tus manos! ¡Ese es tu *oficio*!"

“¿Quieres hablar de seguridad?”, dice el Duque, “seguridad como en el interior de las casas, como en mejor prevenir que curar, como en las preguntas que no son, bueno... ¿dónde estuvisteis vos la noche en que las dos subieron al tren?"

La cara de Roland se agita, se torna interrogativa, levanta la barbilla, cierra las manos dentro de esos guantes en puños y las abre de nuevo.

“¿Os comió la lengua el gato?”, dice el Duque. “Vuestro celo por recuperar el oficio que perdisteis ante el Gallowglas es bien conocido. Es bien celebrado como una *broma*. La mitad de todos piensan que fuisteis vos bajo aquella máscara del Cazador, perdiendo otro nuevo duelo contra el Hacha". La lluvia se ha detenido. Todo se ha tornado terriblemente silencioso. “La Princesa llama, ella *tose* y vos acudís corriendo. Excepto...", hay perlas de agua sobre los hombros de la chaqueta tweed del Duque. El asfalto bajo sus pies refleja humedad. "...aquella noche".

Roland dice "Esto no es asunto..." y el Duque golpea un extremo de su bastón contra el pavimento y el sonido es atronador. "No. He. Terminado”, dice frunciendo los labios. "La mejor razón que puedo imaginar", dice, "es vergüenza". Roland repite la palabra "vergüenza", con una voz extrañamente melodiosa. Jo lo está mirando a él, a los dos, el Duque impasible, Roland temblando en el bordillo de la acera. Ysabel inclinada sobre Jessie, ambas mirando por la ventana del conductor salpicada de lluvia.

"Sí", dice el Duque. "Tal vez estabais tan avergonzado por pagar a una bruja del Casco Antiguo para que inventara la jodida emboscada que no podíais mostrar vuestra cara para salvar el día.."

"¡*Mentiroso*!", ruge Roland saliendo del bordillo, golpeando con el dedo al Duque, quien vuelve a golpear la punta del bastón contra el pavimento. Roland se detiene bruscamente y sigue señalando al

Duque en medio de la calle. El Duque dice: "¿Tan seguro estáis de eso, caballero?" En el coche, Jessie se ha llevado las manos a la cara. "¿Que llegaríais a demostrarlo en mi cuerpo?"

Roland va bajando su mano lentamente, abierta, laxa, con la palma hacia el Duque, allí a su lado la estira y comienza a cerrar los dedos sobre algo, el aire, cuando se detiene. Con los ojos muy abiertos, solo está mirando al Duque, quien se da vuelta y mira a Jo, quien sale del portal del edificio, hacia la calle, con el abrigo color mantequilla aleteando, la cara firmemente inexpresiva y los ojos fríos que miran directamente hacia Roland. "Adelante", dice ella con la voz cortada, entre ellos ahora. La mano de Roland se ha cerrado en un puño mientras ella se paraba delante de él. "Hazlo. Nada de joder con tonterías. ¡Continúa!”

"Jo", dice Roland tratando de pasar, "Toma a la Princesa, márchate, os encontraré..."

"¡Él te está incitando, tonto hijo de perra!", Jo le bloquea el paso con los brazos en jarras, agachando la cabeza para mantener sus ojos en los de él. "Y eres lo bastante tonto como para caer en la trampa, pues adelante, pero hagámoslo bien, ¿vale?"

Roland se aleja de ella ahora, su mano aún cerrada en un puño sobre algo que no está allí. "No hice lo que él dice que hice".

"¡No me importa!", grita Jo, y la boca de Roland se curva y se contrae, y él levanta el puño a su lado y dice: "Sí," y la luz comienza a filtrarse de lo que sea que esté sosteniendo.

El Duque dice: "Lo siento, el Carro".

Roland se estremece y abre el puño con un destello silencioso. No hay nada allí. "¿Qué?", dice.

Jo se está volviendo ahora para mirar al Duque, quien tiene las dos manos todavía en el bastón, y el cabello húmedo y lacio. "Expresé mis sospechas", dice el Duque, con voz tranquila, fría, "hablé hipotéticamente y lo hice sin pensar. Vuestra ira está completamente justificada, y por eso ofrezco una retracción

completa y me disculpo sin reservas".

Y nadie se mueve, y nadie dice nada más. En algún lugar a unos bloques de distancia, la alarma de un automóvil comienza a sonar. La lluvia vuelve a caer lentamente alrededor. Roland le dice a Jo: "Por favor, ve al coche y lleva a la Princesa de vuelta a..."

"Márchate", dice Jo. "Sal de aquí. Estamos bien". Él está negando con la cabeza a punto de decir algo. "Sé lo que estoy haciendo", dice Jo. Y la boca de Roland se vuelve a curvar y se tensa, pero él agacha la cabeza. Fuera en la calle, un par de coches se dirigen hacia ellos. El Duque ha dado un par de pasos hacia su coche, con una mano ahora tendida hacia Jo. Ella no la toma. Roland gira y, con un pequeño salto, vuelve a la carretera y a media carrera ahora, dobla la esquina y se pierde de la vista.

El Duque baja la mano. "Te llevó bastante tiempo", dice él.

"Cierra el puto pico", dice Jo. Excava en los bolsillos de su abrigo, aparece con un paquete naranja de cigarrillos.

"Tu preocupación", dice el Duque. "Conmovedora". Cojea hacia el coche. Jo lo sigue con el cigarrillo en la boca, embolsándose el paquete de nuevo y sacando un encendedor plateado. "Tenía que saber", dice el Duque. Jessie está saliendo del coche, empujando el asiento delantero hacia adelante. "Podría importarme dos mierdas", dice Jo apretando el mechero, haciendo clic clic y clic antes de encenderlo.

El Duque, apoyado en su coche, niega con la cabeza. "No vas a hacer eso en mi coche", dice.

"Entonces podemos esperar cinco jodidos minutos", dice Jo, y da una larga calada y expulsa el humo hacia la lluvia que cae suavemente, "mientras me calmo los putos nervios".

El Duque la observa fumar durante momento, Jessie está de pie a su lado y luego se agacha. "Princesa", dice ella. ¿Podría tal vez recuperar mi asiento? Esta pierna...".

"En realidad", dice Ysabel tumbada, recostándose contra la puerta del pasajero, "¿no te importaría viajar en la parte de atrás?" La rubia Batgirl sonrìe desde su apretado vestido camiseta.

El Duque suspira. "Hoy", dice, "es un día para la capitulación".

doblando una Esquina / El Próximo Jueves / sin Hullabaloo / para haber ido a Bailar / como Burbujas

Doblando una esquina, las casas a un lado se alejan cayendo y, allí, pasando una gota de agua inmóvil y un poco más allá de unos bajos edificios, un tejado rojo brillante como una carpa de circo, una rueda de la fortuna y una montaña rusa serpenteante. Al otro lado del río, tras él, todas las colinas con árboles verde oscuro y marrón y naranja, salpicadas de casas y luces que apenas comienzan a encenderse y pasando luego la brecha, los árboles y las casas vuelven a tomar ese lado. "¿Qué territorios?", dice Jo estirando el cuello. El Duque junto a ella se gira, mira hacia atrás también. "¿Hay una especie de mini Disneylandia allá abajo junto al río?" «Endicott siempre está atrás en el tiempo», canta una voz sobre un pulso continuo de guitarras. «Endicott no es de los que hacen trampas».

"El Parque de los Robles", dice el Duque. "¿Nunca has estado en el Parque de los Robles?"

"Nunca he oído hablar de él", dice Jo.

"Una de las delicias de mi territorio", dice el Duque. “Deberíamos ir alguna vez. Las atracciones están cerradas en este momento, pero pista de patinaje sobre ruedas... Hey, cariño, gira a la derecha allí. Quiero ver algo".

"¿Atracciones?", dice Jo mientras el coche reduce la velocidad y gira. "¿Me estás pidiendo una cita? ¿Vamos a ponernos patines y a escuchar Journey? "

"¿Por qué no?", dice el Duque mirando hacia atrás por la ventanilla trasera. «Endicott mantiene su cuerpo limpio. Endicott no usa nicotina».

“¿Y eso será antes o después de la boda?”, dice Jo.

Él aparta la vista de atrás y la mira, ella acurrucada en la esquina del asiento trasero con su abrigo color mantequilla, con los brazos cruzados sobre sí misma, la barbilla agachada detrás del hombro y una ceja levantada sobre ojos fríos y acuosos. Él chasquea la lengua. "No lo sé. ¿Qué opináis, Princesa? ¿Una boda de solsticio?”

Desde el asiento delantero y sin girarse, Ysabel dice: "¿Por qué no vemos si sobrevivís al Trono antes de preocuparos en fijar una fecha?"

El Duque resopla, gira para mirar por la ventana trasera de nuevo. "Se siente el amor en este coche", dice.

"¿Debo ir al próximo jueves ahora?", dice Jessie.

"¿Qué?", dice el Duque. “Sí, sólo, encuentra una calle transversal y ataja. Vamos bien".

"¿Qué jueves?", dice Jo.



Dos calles residenciales, jalonadas de automóviles estacionados, una simple intersección, el pavimento pintado en un gran círculo se extiende de esquina a esquina en amarillos y blancos, un girasol descolorido por el clima y el tráfico que se abre bajo el cielo incoloro. Las casas se sientan cómodamente en tres de las esquinas, ventanas iluminadas aquí y allá ante la lluviosa penumbra, y en tres de las esquinas, allí, junto a la acera, se han construido gradas, pequeños quioscos de chatarra y ventanas pintadas con colores primarios oscurecidos por el tiempo. Jo está de pie junto a un letrero que dice «Plaza Central» sobre un tablón de anuncios empapelado con tarjetas de notas y post-it y fotos y octavillas impresas con láser, «Se Busca Guitarrista», «Niñera Vegana», «Encontrado un Gato», «Desarrollo del Proceso de Feng Shui». Ysabel, con su gabardina blanca, está al lado de Jessie junto a un

letrero que dice «Té» sobre estantes instalados con un par de termos y algunas copas y tazas viejas y latas y cazos de té.

"Plaza Central", dice el Duque de pie junto al coche pardo. Levanta el bastón y señala la cuarta esquina. "Y la Casa de Té El Próximo Jueves".

En la cuarta esquina hay una alta puerta roja recién pintada con luces blancas suspendidas a su alrededor. Dos viejas ventanas con persianas cuelgan en el aire a ambos lados de ella de cable apenas visible tendio desde las ramas de los árboles y la puerta. Más allá, una destartalada confusión se reune a sí misma en las ventanas y puertas y madera desnuda, techos de hojalata y plástico translúcido brillando con luz de faroles, los árboles del espacio entran y salen de la estructura construida a su alrededor.

"Tu territorio contiene maravillas con las que nunca habíamos soñado, Duque", dice Ysabel.

"Sí", dice Jo para sí misma.

"Entrad", dice el Duque. "Nos esperan. Siempre se nos espera". Ysabel toma la mano de Jessie y cruzan el girasol hacia la puerta roja. Jo se dirige hacia el Duque, que sigue parado junto a su coche. "¿Te has puesto al día ya?", dice él apoyándose en su bastón.

"¿Con qué?", dice Jo. "Ha sido un día largo".

"Con el *mensaje*", dice el Duque.

"Sí, sí, la gloria y la majestad de vuestra merced", dice Jo. "Todos estamos impresionados. ¿Qué?", ante su mirada de reojo. "Eres dueño de un club de striptease. Tienes algunas cafeterías. Estás metido en el colectivo anarquista de ciclistas y apoyas a los dibujantes de cómics y cuidas a los viejos y... ¿construiste este lugar con tus propias manos?

"Lo hice *posible*", dice el Duque. "Todo lo que has visto hoy, lo hice todo posible. No *hice* nada de eso, despejé el camino y lo mantuve seguro para que pudiera hacerse".

"Tú", dice Jo mirando sus manos envolviendo el halcón en la punta de su bastón, "deberías hacerlo con más frecuencia", dice ella y alza la vista. "Es bueno para tus ojos".

"Continúa", dice el Duque. Flexiona los dedos. "Tengo que ocuparme de algo".

Jo se dirige hacia la puerta, pero se detiene justo delante del coche. "Hey", dice ella. "¿Qué... cómo te llamo? Quiero decir, Duque, hey Duque, parece un poco raro".

"La mayoría", dice el Duque cojeando hacia la parte trasera del coche, "generalmente se dirige a mí como Mi Gracia".

"Su Gracia", dice Jo sonriendo.

"Continúa", dice el Duque. "Échale un vistazo. Estaré allí en un minuto para mostrarte lo bueno".

Cuando ella cruza la puerta, él saca una llave del bolsillo y abre el maletero. Se inclina, empuja una caja hacia un lado, busca otra en la parte de atrás, se detiene, suspira para sí mismo, abre la primera caja. En el interior, tal vez diez o más grandes bolsas de plástico selladas con cremalleras púrpuras. Dos o tres de ellas, cada una llena a su vez con una docena de bolsitas de plástico retorcidas con fuerza con un dedal de polvo de oro, el resto gordas con polvo suelto, sin torcer, iluminando el maletero con una imitación intermitente de la luz del día. Le da una palmadita, niega con la cabeza, cierra la caja y el color. Alcanza la segunda caja, forrada con una bolsa de basura, e intenta tirar de ella hacia él, pero está atrapada. Se agacha, trabaja un poco hasta liberarla, deja a un lado que estorbaba, una máscara que puede engullir media cabeza, blanca, pintada toscamente con gruesas líneas negras para parecerse a una calavera sonriente, una melena de largo cabello negro cuelga flácida de ella. Tira para acercarse la segunda caja. Dentro hay una jarra de vidrio salpicada con algo viscoso, blanco, espumoso con un brillo de burbujas, un toque de cálido oro amarillo. De sus bolsillos saca frascos y botellas y los coloca en el maletero junto a la caja. Destapa la jarra y comienza a verterlas. A medida que se vacían, las

deja caer en la caja, en el forro de bolsa de basura, entre otras botellas y frascos vacíos. Algunas en blanco, sin etiqueta, otras con etiquetas gastadas. «Agua Snapple Fiji». Vuelve a cerrar la jarra y vuelve a colocar la caja en su lugar. Junta sus manos mirándolo todo por un momento. Luego cierra el maletero.



"¿Dónde están todos?", dice el Duque. Cuelga su abrigo en una acogedora pequeña antecámara forrada con alfombras persas. El único otro abrigo que cuelga allí es una gabardina blanca, un sombrero de fieltro blanco en el gancho sobre esta. La luz de las bombillas blancas que cuelgan es tenue pero llega a todas partes. El montón de polvo del tamaño de un pulgar en la bolsa que saca del interior de su chaqueta no puede arreglárselas para chispear del todo. "¿Hola?", grita metiendo la bolsa en el bolsillo de su camisa de seda amarilla sin cuello. Sale a una habitación incierta, con ángulos y aberturas en todos los lados, la luz aún es tenue, pero llega a su alrededor. Un torrente de sonido, ramas sacudidas por un viento cargado de agua que aún no ha caído como lluvia, levantando y sacudiendo las hojas de lata clavadas encima. La punta de bastón hace hoyuelos en las alfombras dispuestas una sobre otra y sobre otra bajo los pies.

"Leo", dice el hombre que se agacha para mirar por lo que es otra puerta. "Estoy muy contento de que hayas venido".

"Noche tranquila", dice el Duque.

"Nosotros", dice el hombre al desplegarse en esa habitación incierta, "se supone que tuvimos la audiencia ayer". Zapatillas para correr sin cordones, holgados pantalones de chándal grises, un jersey de lana gris oscuro que dice «Tartans» con un logotipo de un perro escocés. "Hacemos correr la voz para que se piense que la Casa de Té estará cerrada este fin de semana". El jersey subido hasta la barbilla. Su cara, todo pómulos y nariz y cejas sobresaliendo. Lleva una gorra negra. "Ganar o perder. No quería mucho alboroto".

"Pero no tuviste audiencia", dice el Duque.

El hombre flaco niega con la cabeza. "Ha sido una mala semana, Leo", dice y levanta una mano, "está bien. Esta noche es mejor. Estoy bien. Bien", su mano en un guante de punto negro, sin las yemas de los dedos. "Se pospuso hasta la próxima semana".

El Duque se lleva una mano al bolsillo de la camisa. "Tengo otra cosa, Michael", dice. "Ayudará".

"Hablaremos", dice el hombre demacrado. "Sobre eso. Pero Jasmine está abajo, vino de Seattle."

"No queremos ser una molestia..."

“No, no. Lauren también está aquí. Tendremos una cena temprana. De corazón. Sólo intenta ser discreto.”

"Intentaré", dice el Duque, y luego, "oh. Por supuesto", sonriendo. "Temprano. ¿Cómo puedes saber eso aquí?”

Otro lavado de casi lluvia hace temblar el techo sobre ellos. Michael levanta la vista y pone una mano enguantada sobre una viga desnuda. "Debería haber derribado todo esto al final del verano", dice.

"Hablaremos de eso", dice el Duque.

"Tus amigas están en el porche de fumadores", dice Michael.



Cigarrillo en la boca cerrada y abriendo la cremallera una larga bota blanca. Ysabel dice: "¿Qué te parece?". Se quita la bota, estira el pie y flexiona los dedos de los pies. Jo, todavía con su abrigo color mantequilla, se sienta en el otro extremo del largo y bajo sofá,

cigarrillo en la mano y las manos colgando entre las rodillas. El porche que las rodea se abre por tres lados, el techo se sostiene por columnas de ramas peladas y pulidas. Más allá de ellas, sobre las copas de los árboles, un tramo de río gris brilla con lo que queda de la luz del día. "Es increíble", dice Jo. “No tenía idea de que nada de esto estuviera aquí abajo. Debe de haber estado construyéndolo durante años".

"No es eso lo que quise decir", dice Ysabel abriendo la cremallera de la otra bota y quitándosela. Jo mira sobre su hombro. En la pared del fondo, Jessie con su chaqueta gris de chófer y las manos detrás de la espalda, examina una pared de manchadas y descoloridas instantáneas tomadas en esta habitación de personas con cigarrillos, puros, pipas en las manos, en la boca, un tallo de narguile, colillas de cigarrillo y colillas de puro; clavadas alrededor de las fotos. El viento sopla alrededor del porche, llevándose el humo de sus cigarrillos, los árboles a su alrededor ondean como olas. "Creo que te gustan las rubias", dice Jo en voz baja.

"¿Celosa?", dice Ysabel girándose para estirar las piernas a lo largo del sofá, con los pies desnudos, pintados con un brillo dorado, sin tocar el abrigo de Jo.

"Puedo llamar a un taxi para nosotros cuando haga falta", dice Jo.

Ysabel se encoge de hombros. "Como desees", tira de sus piernas hacia atrás, con los brazos alrededor de ellas, la barbilla sobre las rodillas. "Pero eso tampoco es lo que he querido decir".

"Te vas a casar con él", dice Jo e Ysabel baja las rodillas para sentarse a medias, tirando de su vestido de camiseta para cubrirse el regazo, estirando a la sonriente Batgirl rubia. "Cuando el Rey regrese", dice acariciándose distraídamente el vientre, "entonces seré Reina". Se inclina hacia adelante de pronto estirando el brazo a lo largo del respaldo del sofá hacia el hombro de Jo, la masa suelta de su cabello cae sobre un hombro cuando ella agacha la cabeza tratando de llamar la atención de Jo, mientras Jo baja la cabeza y apaga el cigarrillo en el cenicero a su lado. "¿Qué piensas de él?", dice Ysabel. "Ahora que has hablado con él. ¿Qué opinas de esto en lo que nos has metido? "

Jo se gira para mirar a Ysabel y... "¡Ahí estáis!", grita el Duque en la entrada baja y ancha del porche. "Juro que este lugar se hace más grande cada vez que vengo". Ysabel se sienta y apaga el cigarrillo en el brazo del sofá, lleno de cicatrices de quemaduras. Jo está mirando hacia abajo otra vez. Jessie se presiona contra el Duque y él la abraza con un solo brazo. "Tenemos el lugar casi para nosotros esta noche, lo cual, aunque inesperado, es bueno, regala caballos o como se diga", suelta a Jessie y se acerca un poco más al sofá. “¿Alguien tiene hambre? ¿Jo?", Ysabel está estirando las piernas otra vez, recostándose de nuevo, tirando de su vestido otra vez. Jo se encoge de hombros. "Hay al menos un par de cocinas aquí", dice el Duque, "generalmente abastecidas con esto o aquello. ¿Podríamos organizar una cena de picnic? ¿Qué tal? ¿Listas para una aventura?”

"Claro", dice Jo poniéndose en pie. Pasa por delante de él hacia el pasillo bajo y estrecho jalonado a lo largo de las paredes de más alfombras y tapices de luz negra y fantasmales mantas batik. Él se pausa en el umbral, mira hacia atrás, a Jessie, a la mano de Ysabel en el respaldo del sofá. "Volveremos", dice, "pero los minutos aquí a veces parecen horas. Y viceversa. Parte de su encanto".

"Bueno", dice Ysabel mientras se alejan los golpes de bastón. "Yo quería ir a bailar".

"Bueno, habla con Leo cuando regresen", dice Jessie.

Ysabel sentada, se inclina sobre el respaldo del sofá y apoya la barbilla sobre sus brazos cruzados. "Leo", dice ella. “Ya veo por qué te hace ponerte esa chaqueta. Tienes unas piernas fantásticas. No, yo quería ir a bailar sólo contigo".

Jessie dice: "Eso estaría bien".

"Bien", dice Ysabel. Ella inclina su cabeza hacia atrás sonriendo, mirando hacia el techo de vigas desnudas que traquetean con otra racha de viento. "Yo quería ir a bailar contigo", dice ella, "en una habitación llena de hombres que no conocemos. Quería que corrieran entre sí hacia el bar para invitarnos a las bebidas". Jessie se quita la gorra, la sostiene en sus manos de espaldas a esa pared

de fotos. "Quería", dice Ysabel estirándose, "que pensaran en lo que habrían estado pensando que nos harían", y luego se da vuelta y se recuesta en el sofá, "mientras que en todo momento habríamos sabido lo que nos estaríamos haciendo la una a la otra".

Jessie no da un paso hacia el sofá. Ella no da un paso hacia la puerta baja y ancha. Las piernas de Ysabel aparecen levantadas directamente del sofá con los pies descalzos estirados. "Habríamos fingido ir juntas al baño", dice ella, "y los habríamos dejado pelear por la cuenta". Sus manos aparecen ocupadas con un trozo de encaje negro a lo largo de esas piernas. "En el ascensor todo habría sido demasiado". Jessie deja caer su gorra sobre la alfombra. "Las puertas se habrían abierto", dice Ysabel, liberando un pie y luego el otro, "y un par de hombres habrían estado de pie allí, mirando, y habríamos corrido por el pasillo hacia nuestra habitación, riendo." Deja que la ropa interior caiga de su mano detrás del sofá, baja las piernas, enganchando una en la parte de atrás del respaldo del sofa, su pie gira incansablemente. "No hubiéramos llegado a la cama", dice Ysabel. Jessie se agacha para recoger la ropa interior, queda de pie con una mano en el respaldo del sofá. Ysabel se extiende a lo largo, la Batgirl rubia perdida en las arrugas de su vestido doblado hasta arriba, y destellando desde el alfiler de oro que perfora su ombligo, un pedacito de cristal. "Y en algún momento entre todo eso", dice ella, "me habrías dicho tu nombre".

"Lluvia", dice Jessie.

"Lluvia", dice Ysabel, levantando una mano. "Ven aquí, Lluvia".



"Michael San Juan Lago", dice el Duque. ¿Era arquitecto o algo así? No lo sé". Está sentado a una mesa de picnic pintada con remolinos de graffiti arcoiris.

"Tengo una lata de sardinas", dice Jo, arrodillándose junto a algunos estantes integrados en el ángulo de esa habitación donde

una pendiente del techo se encuentra bruscamente con las paredes. “Y algunos chip de pita. Chips de pita rancios".

"¿Algunos vasos?", dice el Duque. Sobre la mesa cinco o seis botellas, redondas y cuadradas, de vidrio transparente y vidrio verde y de color marrón oscuro. “¿Copas? ¿Vasos de papel?”

"No, no y no", dice Jo de pie. Se quita el abrigo color mantequilla de un hombro y el otro, lo deja deslizarse por los brazos y lo coloca sobre el estante detrás de ella.

"¿Has decidido quedarte un rato?", dice el Duque mientras ella se sienta frente a él. Pasa una mano sobre las botellas. "Las damas eligen". Ella toma una botella transparente y se sorprende que él diga: "Whisky".

"¿Te hace?", dice ella ofreciéndolo, y él niega con la cabeza y toma una gruesa botella corta, demasiado oscura para poder ver el contenido. "Ginebra para mí".

"Y este Michael", dice ella. "San Juan Lago!, desenroscando el tapón de su botella. "No es como tú. ¿verdad?", echa un trago. "Se parece más a mí".

"En un mundo", dice el Duque, descorchando la suya, "donde solo hay dos tipos de personas, claro. Se parece más a ti", da un sorbo de la suya. "Bueno. Oí de alguien sobre sus ideas para las piazzas suburbanas, no sé quién, y pensé..."

"¿Piazzas?"

"Plaza Central", dice el Duque. “Con la pintura de la calle y los quioscos de las esquinas y, de todos modos, quería ver cómo se vería una, ¿y te he dicho que tienes buenos hombros? Porque los tienes. Son bonitos. Deberías usar cosas que los mostraran más. Eso me dicen". Jo mira hacia abajo, hacia otro lado, da otro trago rápido de su botella. Su vestido negro satinado tiene sencillas cintas no más anchas que un dedo. "¿Por qué nunca haces preguntas directas?", dice el Duque.

Jo levanta la vista, deja la botella sobre la mesa. "Hag..."

"No, no las haces. No cuando importa".

Jo descansa los codos sobre la mesa. "Vale", dice ella. "A veces", dice mirándolo a través del matorral de botellas. "Es como si... como si lo hiciera, sobre algunas cosas, a veces, creo, creo que todos haríais simplemente... Pop. Como pompas de jabón".

"¿La gente, como yo?", dice el Duque. Jo asiente. "Bueno", dice. "Me gustaría pensar que soy un poco más sustancial que eso. Adelante. Pruébame".

"Vale", dice Jo con la barbilla apoyada en las manos. "¿Cuántos años tienes?"

"¡Esa es una pregunta terrible!", grita el Duque retrocediendo. “¿Cuántos años tengo? ¿La velocidad es rápida? ¿Es profunda?", da un sorbo de su botella y luego se inclina hacia adelante con ambas manos sobre la mesa. "Soy joven de corazón", dice. se sienta de nuevo. "Inténtalo de nuevo".

Jo saca algo de su bolsillo, un fajo de billetes sujeto en un clip de carpeta de tamaño mediano, y lo abre lo suficiente para liberar una tarjeta de crédito dorada. "¿Quién paga por esto?", dice ella y la pone sobre la mesa entre ellos.

El Duque asiente. "Mejor", dice. "Mejor". La tarjeta es dorada y brillante entre los remolinos verdes y morados. "Tú lo haces", dice.

"Dijiste que nunca vería una factura", dice ella.

"No lo harás", dice. "Ya lo has pagado". él aparta una botella entre ellos, luego otra. "Lo confieso", dice. "Hubiera sido una infracción menor del protocolo, pero acudí a ellos para crear una modesta línea de crédito para ti", desliza la tarjeta hacia ella. "Imagina mi sorpresa al descubrir que ya tenías una cuenta bastante importante". Jo niega con la cabeza y dice: "No tengo idea de...", y el Duque toma su mano entre las suyas, se inclina hacia adelante y dice: "Cuidado, cuidado. Algunas cosas *sí* explotan como burbujas. Tal

vez escribiste algo en un papel y lo quemaste. Tal vez respondiste tres preguntas de un extraño. Tal vez lo susurraste dentro de una lata debajo de un puente, no lo sé, pero no me lo digas. Nunca le digas a nadie lo que dijiste. ¿Entiendes?", Jo asiente. El Duque se sienta erguido un poco. Él no suelta su mano. "Tal vez debería haber dicho algo", dice. "Pero, ah. No lo hice".

"Eso es", dice ella, "Su Gracia, es...gracias. Gracias".

"Leo", dice. "Llámame Leo". Frunce el ceño, mira por encima del hombro. "¿Has oído eso?"

"¿El qué", dice Jo, "¿como un... rugido?" Su mano está vacía. "¿Leo?", no hay nadie sentado al otro lado de la mesa.

“¿Señor? ¿Señor?”

“¿Señor? ¿Señor?”; dice el guardia. "¿Cómo se llama, señor?"

"Ray", dice el hombre de la chaqueta de cuero negro.

"¿Sólo Ray?", dice el otro guardia del otro lado.

"Bueno, no es Ray Lemon o Ray Limonada o cualquier otra cutre imitación de Sprite si eso es lo que quiere decir". Sus ojos saltones están inyectados en sangre, húmedos. Su cabello rosado arrastrado a extraños colores oscuros por la tenue luz del vestíbulo. "¿Quién...?", dice él, "¿quién vive en el piso superior?"

“¿Qué?”, dice el primer guardia.

"*¿Quién*?", dice Ray. "Hace un par de días lo vi todo desde el volcán". Se avalanza hacia el otro guardia y ambos comienzan a dar saltitos hacia atrás, sus llaves tintineando y ellos diciendo "Uoh, hey, Uoh", y él se detiene, levanta las manos. "*Lo sé*, ¿vale? Lo que tiene que pasar. Solo que... de veras que *necesito* saber quién está allí arriba. Antes de ir", se da la vuelta. Todos están frente a una pantalla de ordenador en una pared bajo un letrero que dice «Torre US Bancorp. Toque la Pantalla para Listados Individuales». "¿Vale? Todo esto es *alfabético*, no sale nada *geográfico*. ¿Saben? Y realmente quiero saber quién está allí antes de ir. Me refiero a esa explosión. Hubo una fuerte explosión al otro lado del río. ¿Oyeron esa explosión?”

"Señor", dice el primer guardia, "vamos a tener que pedirle que..", y el otro guardia dice "La 142ª".

“¿Qué?”, dice el primer guardia.

"La Guardia Nacional Aérea", dice el otro guardia. “A veces hacen vuelos rasantes. Tal vez escuchó un bum sónico".

"Hombre, *no* respondas a sus preguntas, ¿de acuerdo?", dice el

primer guardia.

"Pero es muy simple", dice Ray. "¿Quién vive allá arriba?"

"A la mierda con esto", dice el primer guardia. “Tú vigílale. Voy a llamar a CHIERS", se aleja, las llaves suenan como campanas.

"Si es quien creo que es", dice Ray, apoyándose en la pared cubierta de vidrio, "oh, Dios, si es *lo que* creo que es". Cabeza en sus manos, rodillas dobladas, cae lentamente, lentamente al suelo.

"Está bien, hombre", dice el otro guardia. "Cuidarán bien de usted. Le sacarán el alcohol hasta dejarle sobrio".

"Oh, no", dice Ray, "oh, no, no, no", las manos se arrastran como tortugas mientras fracasa en impulsarse hacia arriba de nuevo, "oh no, eso sería un desastre".

"No pasa nada", dice el guardia. "Todo va a ir bien".

Coda 11

No tenía ambición más allá de la ronda diaria de la vida y la celebración del fin de semana.

—Eddie Campbell



—*Continuará...*—

Colofón

Kip Manley vive en Portland, Oregón, con una dibujante, un niño pequeño y, según la última cuenta, dos gatos.

Se le puede contactar por correo electrónico en kipmanley@yahoo.com .
Su sitio web de interés general está disponible para su visualización en www.longstoryshortpier.com .

City of Roses Vol. I: "Wake up ..."

Publicado originalmente como capbook individual n° 1 - 11 de 2006 - 2011. Partes también publicadas en **Coyote Wild** n° 3, verano de 2007 (coyotewildmag.com) y en la séptima edición de **Stumptown Underground** , "City Folk" (< a href = "http://www.stumptownunderground.com/"> stumptownunderground.com).

—Todos los pasajes citados de acuerdo con los principios de uso justo.

Supersticery Press
Manley, Kip
City of Roses vol. I: "Wake up ..." / Kip Manley
ISBN 0-9823437-5-2



Descárgate la Serie en Castellano

Primera Temporada

- **Episodios 1-11, Vol I: "Despierta...":**

  Vol I en artifacs.webcindario.com

- **Episodios 12-22, Vol II: El Fulgor del Día**:

  Vol II en artifacs.webcindario.com

Segunda Temporada

- **Episodios 23-33, Vol III: En el Reino de la Buena Reina Dick** : (disponible en febrero de 2020):

  Vol III en artifacs.webcindario.com

- **Episodios 34-44, Vol IV**: en preparación en: thecityofroses.com